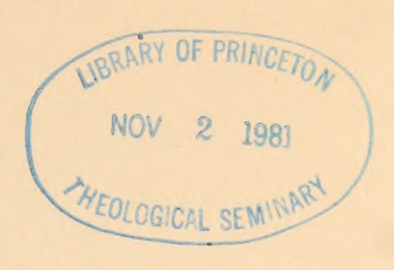
Iglesia con Pablo VI

Cipriano Calderón

Iglesia con Pablo VI



Cipriano Calderón



Iglesia con Pablo VI

EDICIONES SIGUEME

Apartado 332
SALAMANCA
1964

NIHIL OBSTAT:
El Censor: José Gómez Lorenzo
Salamanca, 31 de julio de 1964

IMPRIMATUR:
Dr. Constancio Palomo
Vicario Capitular, Sede vacante

Es propiedad Núm. de Registro S-584/64 Printed in Spain

Depósito Legal: M. 12.444.-1964 Sucs. de Rivadeneyra ,S. A.-Madrid

SUMARIO



1. Montini, Papa.

Presentación

No he puesto dedicatoria a este libro. Como todos mis trabajos, va dedicado con inmenso amor a la Iglesia. Espero que sea un pequeño servicio a la misma en esta hora espléndida del Concilio Ecuménico.

Hace justamente un año la elección del papa Montini llenó de alegría a la cristiandad. En aquel momento Pablo VI era una esperanza para los tiempos nuevos. Ahora sigue siendo esperanza; pero sus orientaciones certeras, sus afanes pastorales y ecuménicos, su gestos decididos en el timón de la Iglesia, son ya hermosa realidad.

En la nueva frontera de la Historia el Vaticano II dibuja la fisonomía moderna del catolicismo. ¿Hacia dónde va la Iglesia? En el misterio de los tiempos nuevos ¿es posible barruntar el futuro de la cristiandad? El Papa, y el Concilio con el Papa, tienen intuiciones proféticas. Es importante saberlas captar. La palabra de Pablo VI va siempre cargada de tensión eclesial. Sus gestos son lección de vida y sus decisiones seguridad en la acción comunitaria y personal. Conocer la figura del Papa y reflexionar sobre sus ideas; oir a los padres conciliares tratando de captar su pensamiento y atentos a sus conclusiones; sentir con profundo amor la comunión de todos los hermanos en Cristo, tratando de dilatar en todas las

direcciones los espacios de la caridad... Nuestra tarea sacerdotal gira en torno a estas coordenadas. Temas de meditación y guía para la acción. Siempre sintonizando con la Iglesia de nuestro tiempo. Estas páginas quisieran ser un testimonio de esa actitud vital.

Con mi libro Montini, Papa *saludé la llegada de Pablo VI presentando su personalidad y su atrayente y original mensaje. A lo largo de este primer año de pontificado he seguido en Roma, día a día, la marcha de la Iglesia, con la mirada vuelta hacia el Papa y el Concilio, y extendida también hacia toda la geografía de la cristiandad.*

Como sacerdote periodista me tocó vivir muy de cerca la despedida a Juan XXIII, el conclave y la elección del cardenal Montini. Después procuré observar atentamente la cadena de acontecimientos eclesiales y humanos que con ritmo acelerado se han ido sucediendo en este año venturoso. Asistí a todas las sesiones del Concilio con la misión de informar luego a la prensa. Fui a Palestina siguiendo las huellas de Pablo VI en los primeros días de 1964. En los meses sucesivos hasta la jornada de hoy —30 de junio—, primer aniversario de la coronación del Papa, he procurado, como siempre, escuchar todo lo que dice el Santo Padre en sus discursos, seguir con intensa atención los acontecimientos vaticanos, observar la marcha del Concilio en su fase silenciosa de preparación para el tercer período, captar en lecturas y contactos personales las corrientes de ideas que cruzan por la cristiandad y fijarme en las noticias eclesiales que llegan de todos los meridianos del orbe... Estar siempre en la hora de la Iglesia, anclado en la actualidad mundial, con mentalidad abierta a una visión positiva, optimista, católica, ecuménica, cósmica, de los hombres, de los acontecimientos y de las cosas...

En mis artículos he ido vertiendo algunas de estas vivencias —informaciones e ideas—. En este libro he querido resumir las principales y he pensado que a este esfuerzo de síntesis le cuadra bien un título que lo dice todo: IGLESIA CON PABLO VI.

Ofrezco un libro de pensamiento, de información y de documentación. Empiezo hablando de la Iglesia con palabras de Pablo VI que he ido recogiendo y comentando en mis meditaciones romanas. Hago desfilar luego ante el lector la cadena maravillosa

de los últimos papas que han ido preparando esta hora nueva de la historia cristiana. La mirada se detiene complacida ante la figura genial del Pontífice actual: el papa Montini, cuya biografía completa trato de narrar con datos de primera mano.

Pablo VI ha cerrado en la fecha de hoy el primer año de su pontificado. ¿Qué ha dicho y qué ha hecho el Papa a lo largo de estos doce meses? ¿Qué mentalidad trajo al Vaticano y qué orientaciones nuevas ha dado a la Iglesia? ¿Qué estilo tiene este Papa? En la segunda parte de este volumen intento dar una respuesta, aunque sea incompleta y sumaria, a estas interesantes preguntas.

Con Pablo VI la Iglesia sigue reunida o convocada a Concilio. Por eso la vida de la cristiandad se va desarrollando estos años en un ambiente especial que todo lo condiciona. Hablar de la marcha de la Iglesia es hablar del Concilio: el Vaticano II que abrió Juan XXIII y que ahora guía Pablo VI. Estas páginas son crónica del Concilio, quieren ser espejo de sus ideas e intentan reflejar el pensamiento del Papa. Por eso están frecuentemente salpicadas con textos pontificios y citas de padres conciliares. Los problemas de la Iglesia en la hora presente, los temas de actualidad en el Concilio y en la opinión pública de la cristiandad, se comentan y analizan a lo largo de este libro en sintonía con la nueva mentalidad que el Concilio y Pablo VI han traído a la Iglesia.

Crónica de la Iglesia en el primer año del pontificado de Pablo VI *podría ser el título de este libro. Una crónica hecha desde la «capital» con especial atención a la vida vaticana. El Papa, protagonista número uno, y como acontecimientos de primer plano en el panorama de la cristiandad, el Concilio y el viaje de Pablo VI a la tierra de Jesús. Iglesia en camino hacia un futuro que ya se vislumbra. Iglesia con un pasado glorioso que nunca podemos perder de vista. En este marco de ideas están encuadrados los capítulos de este libro. Escritos sobre la marcha, con afán periodístico, pueden tener el defecto de la prisa en la redacción o de la urgencia en la publicación, resultando tal vez incompletos y en algunos aspectos todavía no definitivos. Pero son fruto de atento y cuidadoso estudio. Con abundante información, incluso de última hora, se mezclan los textos y los comentarios. Las notas, colocadas todas al final del volumen como hoy se estila, son una parte importante de la obra, porque completan cada uno de los capítulos con un*

arsenal de datos, citas y orientaciones bibliográficas sobre los personajes, hechos e ideas que aparecen a lo largo del libro. Una especie de guía para conocer el ambiente vaticano y a los hombres de la Iglesia de nuestro tiempo.

Esto es mi libro, expresión de los afanes e ideas que he vivido al compás con la cristiandad en este primer año del pontificado de Pablo VI. El lector verá que está escrito con un intenso amor al Papa y a la Iglesia, con subido interés por el Concilio, con una gran afición a estos temas, sobre los que procuro estar siempre al día, leyendo todo lo importante que se publica en este campo y manteniendo el contacto con la Iglesia viva que tiene aquí en Roma su centro y encrucijada.

Como el libro toca temas de actualidad no puede ser exhaustivo; tendrá que ser completado. El lector puede profundizar la materias siguiendo las indicaciones bibliográficas que le doy en las notas. Ojalá lo que yo dejo escrito ayude, a los que se acerquen a estas páginas, a conocer y amar más a la Iglesia. Que sirva para despertar en los lectores el Sensus Ecclesiae.

Quiero expresar mi gratitud al director general de los Sacerdotes Operarios Diocesanos, don Vicente Lores, y al rector del Colegio Español, don Germán González, por las facilidades que me han dado siempre para mis tareas en Roma. Mi agradecimiento también a los amigos que me han animado y ayudado a elaborar este libro, en especial a los seminaristas José Manuel Pérez, Román Sánchez y Ramiro Moliner.

Roma, 30 de junio de 1964.
Primer aniversario de la coronación de Pablo VI.

I

LA IGLESIA Y EL PAPA

1. *Ecclesia*

Junto a la tumba de San Pedro, en el centro ideal de la cristiandad, comienzo siempre mi oración con un acto de fe y confianza en la Iglesia, en el Pontificado romano, en el Papa actual, en el Colegio Episcopal...; con un acto de esperanza que es optimismo ante el futuro de la cristiandad...; con un acto de ardiente caridad que es amor a los hombres de nuestro tiempo, simpatía hacia el mundo moderno...

Meditación sobre la Iglesia en la basílica vaticana

El lugar donde reposan los restos del primer Papa encierra un misterio para la Historia. Ante esta tumba invisible, desde hace dos mil años, se arrodillan sin cesar cristianos de Oriente y de Occidente. En torno al sepulcro del humilde Pescador de Galilea se han construido veinte siglos de Iglesia. La majestuosa basílica vaticana quiere simbolizar algo que las piedras, los mármoles, las estatuas y las inscripciones tratan de expresar en una armoniosa sinfonía de grandeza. La mejor sala de fiesta para el espíritu. Escenario de acontecimientos tan grandes como puede ser un Concilio, y capilla única para la devota y estremecedora plegaria de los peregrinos que rezan en todas las lenguas.

Hay que saber comprender la espiritualidad de este templo, que no está precisamente en el triunfalismo, al que pueden convidar sus apariencias, sino en el símbolo eclesial de su dinamismo histórico; en esa línea ideal que se descubre bajo los signos arquitectónicos o artísticos y que hizo decir a Pío XII: «Esta basílica, punto culminante de la visita a la capital del orbe católico, es la imagen de la Roma eterna religiosa, de la fe cristiana, de la Iglesia católica, de su voluntad de llevar a todo el mundo la verdad y la gra-

cia de Cristo; y símbolo de la conciencia que la Iglesia tiene de estar sobre el tiempo y de superar todas las épocas».

En esta basílica quiso Juan XXIII que se celebrase el Concilio del siglo XX. Aquí se están elaborando estos años la constitución sobre la Iglesia, los decretos sobre su nueva organización, los mejores mensajes para los hombres de nuestro tiempo. De este escenario, construido sobre el humilde y sencillo sepulcro de San Pedro, saldrá la llamada a la Iglesia de los pobres, como saldrá también el canto de la verdad iluminante y de la caridad renovadora.

En la banda circular interior de la soberbia cúpula de Miguel Angel manos de gigante escribieron estas palabras: *Hinc unitas exoritur.* El papado en la mente de Cristo es un carisma para la unidad. Resulta así trágico que el sucesor de San Pedro tenga que contemplar desde aquí el panorama de la desunión entre los hermanos. Pero el mundo camina ya hacia la unidad; las cristiandades tratan de encontrarse y reconciliarse fraternalmente; el diálogo se abre en múltiples direcciones. Este es el signo más luminoso y esperanzador de los tiempos nuevos. Por eso la Iglesia de Cristo, reunida en Concilio, trabaja en su reforma, definiéndose a sí misma y preparando la hora sublime de la unidad, de la evangelización universal, y del amor [1].

Habla el Papa: Discurso programático sobre la Iglesia

El 262 sucesor de San Pedro se llama Pablo VI [2]. Juan Bautista Montini fue elegido Papa el 21 de junio de 1963. El 29 de septiembre, desde el altar de la Confesión de San Pedro, colocado sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, Su Santidad pronunció ante la asamblea ecuménica del Vaticano II un discurso programático. Meditación sobre la Iglesia hecha con los padres del Concilio. Se trata de uno de los documentos más importantes del papa Montini. Enlaza directamente con el radiomensaje dirigido al mundo después de su elección y con la homilía del día de la coronación. Es un discurso que, como el mismo Papa dio a entender, tiene el valor de una encíclica:

> Pensábamos, como nos lo prescribe una sagrada costumbre, enviaros a todos vosotros nuestra primera carta encíclica; mas ¿para qué, nos hemos dicho, confiar al escrito lo que, gracias a una felicísima y singularísima ocasión —que nos ofrece este Concilio Ecuméni-

co—, podemos manifestar de viva voz? Es evidente que no podemos decir ahora de palabra todo lo que tenemos en el corazón y que es más fácil expresar por escrito. Pero queremos que la presente alocución valga como preludio no sólo de este Concilio, sino también de nuestro pontificado. Que la palabra viva sustituya a la carta encíclica [8].

Este documento que podríamos calificar de sensacional, definitivo, combinado y completado con los discursos que el Papa ha ido pronunciando después —recordemos, en primer lugar, los de Palestina—, nos da una imagen formidable de la Iglesia que sueña Pablo VI. Son palabras pontificias que, ensambladas con los textos que el mismo Papa nos dio antes de llegar al supremo pontificado, constituyen temas grandes para una meditación sobre los aspectos divinos y humanos de la Iglesia.

Actualidad del tema "Ecclesia"

La visión vigorosa, originalísima, de la Iglesia, que nos va presentando el actual Papa con sus palabras, con sus escritos e incluso con sus gestos o actividad de Pastor universal, ilumina ahora el horizonte de la cristiandad, suscitando creciente interés en el mundo de hoy. Hacia la Iglesia está enfocada la expectación de nuestro tiempo y por eso el Concilio del siglo XX tiene como tema central el *de Ecclesia.*

En ninguna época de la Historia han cruzado por la teología y por la vida católica tantas ideas eclesiales como en el momento actual. Todas estas corrientes de pensamiento han venido a desembocar en el aula conciliar durante los debates en torno a la constitución dogmática sobre la Iglesia. Los que hemos tenido la suerte de asistir días tras día a estas sesiones del Vaticano II, en las primeras jornadas del mes de diciembre de 1963 y en el otoño de 1964, no podremos fácilmente olvidar lo que allí oímos. Algún día en las actas conciliares se podrán saborear las páginas más hermosas que se han escrito sobre el misterio, la misión y la estructura de la Iglesia.

Al compás de las discusiones en la sala del Concilio los estudios eclesiales han polarizado, durante estos años como nunca, la atención de los espíritus más nobles y cultivados del cristianismo. El tema está de actualidad y los hombres de exquisita sensibilidad van descubriendo, cada vez con más emoción, el «misterio de la Iglesia»: este mundo insospechado, donde

se cruza lo divino con lo humano en una maravillosa síntesis. Algo inefable que suscita en las almas finas consoladoras vivencias interiores y serena admiración por la grandeza visible de esta Madre, siempre joven, siempre fuente de energías renovadoras.

La Iglesia en la palabra y en los escritos del papa Montini

Apilar pensamientos sobre la Iglesia buscando en los mejores libros y en los mejores artículos las ideas más vivas y luminosas sobre tan inagotable tema es una tarea inmensamente grata para el espíritu.

En las numerosas notas de este libro el lector encuentra citada abundante bibliografía eclesial moderna. El conjunto forma una selección de libros que tengo frecuentemente entre mis manos. Podría transcribir aquí, tomándolas de estos autores, algunas páginas que nunca me cansaré de leer. Me gustaría copiar también íntegras algunas intervenciones de padres conciliares relativas al esquema *de Ecclesia.* Pero no es ése ahora mi objetivo ni mi plan. Lo que me interesa en este momento es, sobre todo, la palabra del Papa, los documentos de Pablo VI, no sólo por el incomparable valor que les da su carácter pontificio, sino también por su atrayente belleza.

Se puede afirmar que algunas de las páginas más hermosas que se han escrito en nuestros días sobre la Iglesia proceden de la pluma de Pablo VI; y añadiré que los textos del Papa actual empalman maravillosamente con los escritos de sus años de arzobispo de Milán.

Lo que dije en mi libro *Montini, Papa* quiero repetirlo ahora aquí. La Iglesia fue siempre para Juan Bautista Montini el más grande entusiasmo de su vida. El apasionante «amor a la Iglesia» y el fino «sentido de la Iglesia» constituyeron siempre la nota característica de su mentalidad. Su desbordante inquietud apostólica, sus incontenibles afanes pastorales, su generosidad al servicio del papado, todo tuvo ese mismo eje en este sacerdote profundamente enamorado de la Iglesia [4].

Montini es uno de los grandes especialistas en temas eclesiales que ha conocido nuestro tiempo. Tal vez sea ésta una faceta poco explotada en la biografía del actual Pontífice. Pero lo cierto es que durante sus años de arzobispo en Milán se formó para sí una de las mejores bibliotecas especializadas en temas eclesiales modernos. Leyó infinidad de cosas sobre este atrayente tema; realizó estudios profundos en este campo y escribió páginas estupendas sobre la materia [5].

Por esto ahora, desde la cumbre del pontificado, sabe hablar con tanta fuerza y con ese estilo impresionante que inevitablemente arrastra. Es un carisma especial. Muchos lo han comprobado y lo han puesto de relieve. Cuando habla sobre la Iglesia el papa Montini lanza siempre palabras impregnadas de profundo sentimiento, de espíritu paulino, de humana comprensión, de misericordia. Es como una amplia abertura de brazos para estrechar con la dulce violencia del amor a la humanidad de nuestro tiempo. Porque su afán es ése: presentar un «cristianismo simpático» y hacer que la Iglesia trace su nuevo camino en el mundo moderno.

Cristo y la Iglesia

Si analizamos los discursos de Pablo VI, para ver hacia dónde quiere el Papa llevar a la Iglesia, observaremos en seguida que la primera dirección está marcada hacia Cristo. La segunda, hacia los hermanos separados. La tercera, hacia el mundo moderno. Estas son las tres grandes coordenadas que aparecen en el programa del actual Pontífice.

Poner a toda la Iglesia en contacto más íntimo y vital con su divino Fundador: he aquí una idea obsesiva del papa Montini. Viejo afán de este sacerdote, que aparece ya, con expresiones singulares, en la primera carta pastoral que escribió como arzobispo de Milán. Idea que expuso con singular viveza en la primera sesión del Vaticano II, cuando todavía hablaba desde los escaños de los padres cardenales —diciembre de 1962—. Idea que lanzó al mundo en sus primeros radiomensajes y que constituye una de las tesis fundamentales en el discurso inaugural del segundo período del Concilio. Es el afán por el cual realizó su histórica peregrinación a la tierra de Jesús y que constituye la fuerza dominante de su actividad apostólica, hasta el punto de sentirse él, como Sumo Pontífice, pequeño y anonadado ante la figura de Cristo, el cual, con su presencia radiante, llena la Iglesia. Es preciosa la presentación de sí mismo que Pablo VI hizo ante los padres conciliares:

> Nos parece que Jesús está ante nuestra mirada, extasiada y atónita, en la majestad propia del Pantocrátor de vuestras basílicas, hermanos de las Iglesias orientales y también de las occidentales: Yo me veo a mí mismo representado en el humildísimo adorador, nuestro predecesor Honorio III, que aparece en el espléndido mosaico del ábside

de la basílica de San Pablo extramuros, pequeño y casi aniquilado en tierra, besando el pie de un Cristo de gigantescas dimensiones, el cual, en actitud de Maestro soberano, domina y bendice la asamblea, es decir, la Iglesia.

Este texto está tomado de la citada alocución del 29 de septiembre de 1963, en la que el papa Montini habló así:

¡Cristo! Cristo, nuestro principio. Cristo, nuestra vida y nuestro guía. Cristo, nuestra esperanza y nuestro término... Relación múltiple y única, firme y estimulante, misteriosa y clarísima, apremiante y beatificante entre nosotros y Jesús; entre esta Iglesia santa y viva, que somos nosotros, y Cristo, del cual venimos, por el cual vivimos y hacia el cual vamos... Cristo, luz del mundo, sea nuestro único faro. Las palabras del Señor, auténtico Maestro, constituyan la sola verdad capaz de atraer nuestra mente. Que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles. Y que sólo nos sontenga esa esperanza que, nacida de su divina palabra, conforta nuestra angustiosa debilidad: «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (*Mt.*, 28, 20). ¡Ojalá fuésemos capaces de elevar a Nuestro Señor Jesucristo una voz digna de El! Diremos con la Sagrada Liturgia: «Solamente te conocemos a Ti, Cristo; — a Ti con alma sencilla y pura llorando y cantando te buscamos; — mira nuestros sentimientos» (Himno de *Laudes,* feria IV).

... Cristo, la fuente de la humanidad redimida, de su Iglesia. Y la Iglesia algo así como la emanación terrena y al mismo tiempo misteriosa de Cristo. De tal manera que parece delinearse ante nuestros ojos la visión apocalíptica de San Juan: «Y me mostró un río de agua de vida, clara como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero» (*Apoc.*, 22, 1).

... Nuestro Señor Jesucristo es el Verbo Encarnado, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, el Redentor del mundo, esto es, la esperanza de la humanidad y su único supremo Maestro. El es el Pastor, el Pan de la Vida, nuestro Pontífice y nuestra Víctima. El es el único Mediador entre Dios y los hombres, el Salvador de la tierra, el que ha de venir Rey del Siglo Eterno... Nosotros somos sus llamados, sus discípulos, sus apóstoles, sus testigos, sus ministros, y, con todos los demás fieles, sus miembros vivos, entrelazados en el inmenso y único Cuerpo Místico que El, mediante la fe y los sacramentos, se va formando en las generaciones humanas que se suceden: la Iglesia, espiritual y visible, fraterna y jerárquica, hoy temporal, mañana eterna... Cristo es nuestro Fundador, nuestra Cabeza, invisible pero real, y nosotros todo lo recibimos de El, de forma que constituimos con El ese *Christus totus* de que habla San Agustín y del que está penetrada toda la teología de la Iglesia.



2. Coronación de Pablo VI.

Comentando estas palabras el teólogo René Laurentin ha escrito que «jamás la persona de Cristo había dominado a tan alto nivel un discurso pontificio. Era la manifestación espontánea de una conviccion muy íntima que Pablo VI exteriorizó, elevándose a momentos de intensa emoción. Sin perder en ningún instante la fuerza y la nitidez de su expresión» [6].

Todos los que oyeron al Pontífice, presenciando el acto del 29 de septiembre en la basílica de San Pedro, o viéndole a través de las pantallas televisivas, recordarán el entusiasmo con que el Santo Padre habló de Cristo y el énfasis que puso en las citadas palabras. Es —dice Bevilacqua— el estilo del papa Montini, el secreto que explica la elección de su nombre, Pablo: «Quizá desde hacía siglos, en la basílica de San Pedro no se había oído exponer con tanta fuerza y pasión la línea de la teología paulina». A este religioso le he oído contar que al salir de la ceremonia de la inauguración del segundo período del Concilio se cruzó con el famoso teólogo Rahner y le encontró emocionado, comentando precisamente esta parte del discurso papal: «Nadie ha hablado así de Cristo, con esa fuerza y luz para la Iglesia». También Congar ha escrito que lo que más le impresionó de la alocución pontificia fue la «llamativa y elevadísima afirmación cristocéntrica» [7].

«Mientras pronunciaba aquellas ardientes expresiones, con una voz que parecía doblegarse por la urgencia de la emoción —ha comentado monseñor Colombo, arzobispo de Milán, en una carta a sus fieles—, recordaba yo un coloquio confidencial que tuve con el Santo Padre, algunos días después de su elevación al Solio Pontificio. La conversación recayó sobre Pablo V, del cual el actual Papa ha continuado el número y el nombre. Fue el Pontífice que hizo construir la fachada de la basílica de San Pedro. Su Santidad me decía con cierta pena: 'Aquel Papa, en el centro del frontispicio del templo vaticano puso su nombre y el de su familia: *Paulus Quintus Borghesius*. En ese lugar debería haber figurado un nombre sólo: el de Jesucristo'. Pablo VI ha querido reparar ahora, colocando en el frontis de esa basílica viva, cual es el Concilio Ecuménico, el nombre que es luz, verdad, esperanza, amor para todos los hombres: Cristo Jesús» [8].

El citado texto de Pablo VI sobre las relaciones entre Cristo y la Iglesia llamó tanto la atención que el obispo monseñor Jenny propuso, en una congregación general del Concilio, que el esquema *de Ecclesia* comenzase con una declaración solemne sobre la presencia de Jesús en la Iglesia, usando las palabras pronunciadas por el Papa [9]. Otros padres pidieron que la palabra «Cristo» figurase ya en el título del esquema: Constitución dogmática *de Ecclesia Christi*.

El nombre de Cristo, colocado en la portada del Vaticano II y también

al comienzo de su documento fundamental, que es la constitución dogmática sobre la Iglesia. Ya sería bonito que, como recuerdo de este Concilio Ecuménico, el nombre de Cristo —*Ecclesia Christi, lumen gentium*— sustituyese, realizando así la idea del Papa actual, al de *Paulus Quintus Borghesius* en el frontis del primer templo de la cristiandad.

Así, pues, como hemos visto, el Sumo Pontífice quiere que el Concilio, al delinear la imagen de la Iglesia —tarea principal del Vaticano II—, arranque de esta visión cristocéntrica. Lo dice expresamente en el citado discurso, afirmando además que, con esta concepción ante la vista, será mucho más fácil comprender y realizar luego los fines del Concilio.

Ya en su famosa pastoral sobre el Vaticano II, que el actual Papa escribió en 1962, siendo todavía arzobispo de Milán, hizo notar que una de las principales tareas del Concilio era la de purificar a la Iglesia, exigiéndola una mayor fidelidad y unión con Cristo:

> Es de desear, sobre todo, una sola cosa: La unión cada vez más íntima de la Iglesia con Cristo. Con Cristo como aparece en el Evangelio: su conocimiento, su imitación, su gracia. Esto es ir a los orígenes. Esta es la prueba de fidelidad y de la autenticidad de la Iglesia. Debemos desear que toda la vida de la Iglesia se acreciente, se perfeccione, se embellezca con el misterio que desde simpre posee y vive, el de su auténtica derivación de Cristo Jesús, como nos lo presentan los Evangelios y como la secular meditación doctrinal del magisterio y de la piedad de la Iglesia lo han delineado autorizadamente basándose en las fuentes de la Sagrada Escritura y tradición: *La Iglesia realiza con el Concilio un gran acto de amor a Cristo. Es la Esposa fidelísima que celebra su felicidad.*
>
> Y este gran acto de amor, que recuerda al Cristo histórico, pero que se eleva inmediatamente al Cristo celestial, va espontáneamente orientado hacia su vida, hacia su divina realidad, y mira al futuro encuentro; se transforma en ansia invocadora del Cristo que ha de venir y engendra un arranque espiritual místico, un presentimiento, una esperanza que, en parte, resulta ya goce actual. Y produce al mismo tiempo una tensión ascética, una vigilancia, una aceleración moral, que da verdaderamente a la vida cristiana terrena el aspecto de una peregrinación hacia la meta final, que informa y valoriza toda experiencia humana temporal en función de su última relación ultraterrena: ¿Qué es esta vida ante la eternidad?
>
> De esta visión de las perspectivas conciliares, polarizadas totalmente en Cristo, resulta fácil el paso a la visión de su Cuerpo Místico [10].

Una propuesta del cardenal Montini en la primera sesión del Concilio.

Este «capital y luminoso» tema: las relaciones entre Cristo y la Iglesia, espléndidamente presentado en las hermosas páginas del papa Montini que antes hemos transcrito, es el punto focal de la eclesiología. Por lo mismo, ha de constituir también en el Concilio el nervio de la constitución dogmática sobre la Iglesia. Esta fue la propuesta que hizo al Vaticano II, ya durante el primer período, el entonces cardenal Montini.

El arzobispo de Milán habló en la XXXIV Congregación General —5 de diciembre de 1962—, durante el primer debate en torno al esquema *de Ecclesia,* exponiendo las siguientes ideas:

> Es necesario que el Concilio *pie, sollemniter, consulto celebret Dominum Nostrum Jesum Christum,* mostrando cómo El vive en su Iglesia y comunica su vida a los hombres. Cristo es la vida de la Iglesia. Sin El nada podemos hacer. La Iglesia no es solamente la sociedad fundada por Cristo; es también su continuación y el instrumento a través del cual Jesucristo obra y realiza hoy la salvación del mundo. Este aspecto de las relaciones íntimas entre la Iglesia y su divino Fundador no está suficientemente explicado en el esquema presentado al Concilio. Hay que redactar un texto que exponga con mayor fuerza esta doctrina [11].

Sobre este tema, relativo a las relaciones entre Cristo y la Iglesia, insistieron numerosos padres conciliares, durante los debates dedicados a la constitución dogmática *de Ecclesia* en la pasada sesión del Vaticano II. Por citar alguno me referiré a monseñor Guano, obispo de Livorno y amigo personal del actual Papa: «Al hablar del misterio de la Iglesia es necesario explicar muy claramente las relaciones que existen entre Jesús y esta sociedad por él fundada, presentando con suficiente amplitud algunas imágenes de la misma, como la de 'Pueblo de Dios', 'Reino de Dios', 'Familia de los hermanos de Cristo', 'Cuerpo de Cristo'. Hay que subrayar con eficacia la analogía existente entre la Iglesia y el misterio de la Encarnación. Para mejor demostrar que la Iglesia es Cristo y, como tal, el sacramento primordial de la salvación, conviene exponer cómo la Iglesia participa del oficio sacerdotal de Cristo, viviendo en el mundo sin formar parte del mundo. La expresión 'Esposa de Cristo' es una imagen preciosa para explicar el amor que la Iglesia tiene a sus hijos y el amor que Cristo tiene a su Iglesia» [12].

Magnífica doctrina ésta, destinada a suscitar una nueva generación de cristianos, fuertemente enamorados de Cristo, que conozcan a fondo la figura del Maestro, su doctrina evangélica, sus exigencias de fidelidad; y que sepan estar presentes en el mundo actual haciendo Iglesia, que es como decir, en frase del mismo cardenal Montini, «ensanchando los espacios de la caridad».

> La Iglesia es la prolongación de Cristo y el punto de enlace, móvil en la Historia, entre Dios y los hombres. Dios no ha fijado un punto de encuentro celeste, sino humano, en Cristo; no ha dejado un lugar de encuentro individual, distinto para cada hombre, sino un espacio social y organizado, la Iglesia donde todos los hombres pueden encontrarle y comunicarse con El [13].

> La misión de la Iglesia es esencialmente religiosa; es una comunicación de gracia y consiste en prolongar en el mundo la vida de Cristo, en hacer a la humanidad partícipe de los misterios de Jesús: La Encarnación y la Redención [14].

Este afán de descubrir cada vez más las intimidades de la Iglesia con Cristo y de acercar vitalmente los hombres al Señor le realizó Pablo VI de una manera al mismo tiempo real y simbólica en su viaje a Palestina, cuando —como él mismo dijo— fue al encuentro de Jesús para ofrecerle la Iglesia. De esto hablaré en el capítulo final del libro. Aquí quiero sólo recordar las palabras que Pablo VI escribió en una carta al episcopado católico evocando su peregrinación a Tierra Santa, donde pidió al Señor

> con toda humildad y entre lágrimas (Cfr. *Hechos,* 20, 29) que los hombres de nuestro tiempo se sientan eficazmente invitados a conocer mejor «el sentido de Cristo» (1, *Cor.,* 2, 16) [15].

Los hombres tienen necesidad de Cristo

Nunca ha tenido la humanidad tanta necesidad de Jesucristo como ahora. Esta idea, muy vivida y comentada por los grandes apóstoles de nuestro tiempo [16], ha obsesionado siempre al papa Montini. Es un tema para sus reflexiones de Pontífice supremo, como lo fue para sus primeros años de Pastor de almas, arzobispo de Milán.

El día 6 de enero de 1955 monseñor Montini hizo su ingreso en la ar-

chidiócesis ambrosiana. Un mes después dirigió a sus fieles la primera carta pastoral, que tiene por tema Cristo y lleva como título *Omnia nobis est Christus:*

> ... ¿Qué os diré en esta primera carta pastoral, que quiere concentrar en un pensamiento común vuestros sentimientos filiales y los míos de padre en orden a nuestra vida religiosa?
>
> Os diré una cosa que todos conocemos ya, pero que nunca meditamos suficientemente para ver su fundamental importancia y su inexhausta fecundidad: Que Jesucristo nos es necesario. Sí, Jesucristo Nuestro Señor nos es absolutamente necesario. No se diga que éste es un tema ya gastado; porque es siempre nuevo. No se diga que es un tema ya conocido; porque es inagotable.
>
> De las muchas proposiciones entre las cuales puede sintetizarse el cristianismo, con su admirable unidad y coherencia de doctrina, creo que ésta es ahora la más oportuna, desde el punto de vista de mi ministerio, por su intrínseca importancia y también por la resonancia que actualmente puede encontrar en el ambiente de los espíritus y de los acontecimientos...
>
> Hoy el ansia de Cristo invade incluso el mundo de los alejados, cuando vibra en ellos cualquier auténtico movimiento espiritual.
>
> La Historia contemporánea nos muestra en sus más destacadas manifestaciones los signos de un mesianismo profano. El mundo, después de haber olvidado o negado a Cristo, le busca; pero no quiere buscarle cual es y donde está; le busca entre los hombres mortales; rehusa adorar al Dios que se ha hecho hombre y no teme postrarse servilmente ante el hombre que se hace Dios. El deseo de encontrar un hombre excepcional, único, un prototipo de la humanidad, un héroe virtuoso hasta lo sumo, un maestro de acabada sabiduría, un profeta de nuevos destinos, un libertador de la esclavitud y de la miseria, agobia hoy a las generaciones inquietas que, fascinadas por algunos profanados fragmentos de verdad arrancada al Evangelio, crean mitos efímeros, imponen políticas inhumanas y preparan así las grandes catástrofes. De esta inquietud de los espíritus laicos y rebeldes, y de la aberración de las dolorosas experiencias humanas, arranca fatalmente una confesión al Cristo ausente: Tenemos necesidad de Ti.
>
> Tenemos necesidad de Cristo. Este es el grito que lanzan otras voces aisladas procedentes de las más diversas direcciones; son muchas y forman hoy un inmenso coro. Es una extraña sinfonía de nostálgicos que suspiran por el Cristo perdido; de pensadores que entrevén algunas huellas de Jesús; de tipos generosos que aprenden del Señor el auténtico heroísmo; de los que, al verse agobiados por el sufrimiento, sienten espontánea simpatía hacia el Hombre de los Dolores; de gente desilusionada que busca una palabra segura, una palabra duradera; de los honestos que reconocen la sabiduría del auténtico Maestro; de los sinceros y decididos que esperan encontrarle por los caminos derechos

del bien; de artistas que tratan de poner su inspiración en los aspectos expresivos relacionados con la íntima verdad de las cosas; y, finalmente, de los convertidos que narran su aventura espiritual proclamando la propia felicidad por haber encontrado a Cristo.

Resulta también interesantísimo observar cómo las clases obreras, cuando no tienen los ojos vendados por convencionales negaciones, miran a Cristo, como al Obrero divino que ha compartido las fatigas de los trabajadores y las ha ennoblecido y santificado; ven en Jesús el Profeta de los pobres, de los que lloran, de los que tienen hambre de justicia, descubren en el Señor el Maestro defensor de la dignidad humana, juez de toda hipocresía personal y social, Pregonero de la solidaridad y de la caridad.

El ansia de encontrar a Cristo aparece igualmente en ese mundo dominado por la técnica, el materialismo y la política; pero que no quiere dejarse sofocar y, por eso, cuando puede respirar con profundidad, nos escucha a nosotros y trata de seguirnos.

¡Oh Cristo, Tú eres necesario...! [17].

La Iglesia, portadora de Cristo, sale al encuentro de la humanidad

Monseñor Montini, desde su puesto del Vaticano, cuando estaba en la Secretaría de Estado a la sombra de Pío XI y Pío XII [18], conoció como pocos, durante los años treinta y cuarenta, las tragedias de nuestro mundo, abocado a la ruina por las filosofías ateas, los regímenes totalitarios, los mitos del laicismo en la política y en la cultura, los engaños del comunismo y la falta de humanismo, acompañada de la más absoluta carencia de justicia social. Eran aquéllos los años desventurados del siglo XX, el túnel por el que pasó la Historia de nuestro tiempo en busca de la claridad solar.

Cuando el futuro Pablo VI dejó el Vaticano para iniciar sus tareas pastorales en Milán escribió los párrafos que hemos citado, insinuando en ellos el itinerario de la humanidad, primero a la deriva y luego en el camino hacia Dios.

Sí, los hombres de nuestro tiempo, también los alejados, buscan afanosamente a Cristo. Y la Iglesia sale al encuentro de esta humanidad anhelante, llevándole el mensaje evangélico.

Para eso comienza por definirse a sí mismo, presentando ante el mundo las credenciales que la entregó su divino Fundador y tratando de reformar

sus estructuras humanas para hacerse más atrayente, más dinámica y más eficaz en el cumplimiento de su misión:

> Es la Iglesia la que nos une a Cristo. No podemos hacernos católicos por nuestra cuenta, aisladamente... Todo lo recibimos de la Iglesia; por eso, para un cristiano católico, no hay nada más necesario y vital que la Iglesia [19].

> En Cristo formamos todos los hombres una sola familia, un solo cuerpo, la Iglesia. La gracia de Jesús, su autoridad, su palabra, su ley, su presencia, generan, sostienen y vivifican a la Iglesia... Al Señor está ligado nuestro destino y nuestra salvación [20].

> La Iglesia católica es lo más grande y santo que hay en la tierra. En efecto, fue fundada por Cristo y redimida por su Sangre; es su Esposa inmaculada y amadísima; es la madre de todos los que han dado su nombre a Cristo y se adhieren a El con fe; es la luz y la esperanza de todos los pueblos [21].

> He aquí la única finalidad, para la cual existe y trabaja la Iglesia: unir las almas a Cristo; o hacer surgir y dar nuevo vigor a las relaciones entre Dios y los hombres, es decir, a la religión; estimular a todos para que orienten su vida al centro natural y bendito de ella, que es Cristo Jesús [22].

–

La Iglesia se define a sí misma en el Concilio

En el Vaticano II la Iglesia se propone explicar al mundo lo que piensa de sí misma; y trazar un programa para su acción entre los hombres de nuestro tiempo. Ha sido ésta la tarea fundamental de las pasadas sesiones del Vaticano II y lo será de la próxima, según el programa trazado por Juan XXIII, que Pablo VI volvió a presentar a los padres conciliares en su discurso programático del 4 de septiembre de 1963:

> No hay duda alguna de que la Iglesia desea, necesita y debe dar, finalmente, una más meditada definición de sí misma. Todos nosotros recordamos las imágenes estupendas con que la Sagrada Escritura nos hace pensar en la naturaleza de la Iglesia. El texto sagrado llama a la Iglesia, frecuentemente, edificio construido por Cristo, casa de Dios, templo y tabernáculo de Dios, su pueblo, su rebaño, su viña, su campo, su ciudad, la columna de la verdad, y luego, finalmente, la Esposa de Cristo, su Cuerpo Místico. La riqueza evidente de estas luminosas

imágenes ha hecho que la Iglesia, en su continuada meditación sobre sí misma, se reconociese como una sociedad histórica, visible y organizada jerárquicamente, pero dotada de un alma misteriosa. La famosa encíclica del papa Pío XII *Mystici Corporis* ha respondido, en parte, al ardiente deseo que la Iglesia tenía de darse por fin a conocer con una doctrina completa y ha estimulado también el deseo de dar de sí misma una definición más exhaustiva. El Concilio Ecuménico Vaticano I había planteado ya este tema y muchas causas externas concurrían a proponerlo al estudio religioso dentro y fuera de la Iglesia católica: así, la acentuada sensibilidad de la civilización temporal, el desarrollo de las comunicaciones entre los hombres, la necesidad de enjuiciar las diversas denominaciones cristianas según la verdadera y unívoca concepción contenida en la Revelación divina, etc.

No hay razón para extrañarse de que, después de veinte siglos de cristianismo y del gran desarrollo histórico y geográfico de la Iglesia católica y de las confesiones religiosas que llevan el nombre de Cristo y se honran con el de iglesias, el concepto auténtico, profundo y completo de la Iglesia, cual Cristo la fundó y los apóstoles la comenzaron a construir, tenga todavía necesidad de ser enunciado con más exactitud. La Iglesia es un misterio, es decir, realidad penetrada por la divina presencia y por esto siempre capaz de nuevos y más profundos estudios.

El pensamiento humano progresa; de una verdad conocida experimentalmente pasa a un conocimiento científico más racional; de una verdad cierta deduce lógicamente otra; y ante una realidad permanente y complicada se detiene a considerar ya un aspecto ya otro, dando lugar así a un desarrollo de su actividad que la Historia va registrando. Creemos que ha llegado la hora en que la doctrina sobre la Iglesia de Cristo debe ser estudiada, ordenada y formulada, no quizá con los solemnes enunciados que se llaman definiciones dogmáticas, sino con declaraciones que digan a la misma Iglesia, con magisterio más explícito y autorizado, lo que ella piensa de sí misma. Es la conciencia de la Iglesia que se hace más clara con la adhesión fidelísima a las palabras y al pensamiento de Cristo, con el recuerdo reverente de las autorizadas enseñanzas de la tradición eclesiástica y con la docilidad a la iluminación interior del Espíritu Santo, el cual parece que quiere, precisamente hoy, de la Iglesia que haga todo lo posible para que se la pueda conocer tal cual es.

Y creemos que en este Concilio Ecuménico el espíritu de verdad encenderá en el cuerpo docente de la Iglesia una luz más radiante e inspirará una doctrina más completa sobre la naturaleza de la Iglesia, de forma que la Esposa de Cristo se refleje en El y, con ardiente amor, trate de descubrir en El su propia imagen, esa belleza que El quiere ver, resplandeciendo en ella.

Así, pues, tema principal de esta sesión del Concilio ha de ser el que se refiere a la Iglesia misma, con el fin de estudiar su íntima

esencia, para darnos, dentro de las posibilidades del lenguaje humano, la definición que mejor nos explique la real y fundamental constitución de la Iglesia y nos muestre su múltiple y salvífica misión.

El Papa señala luego los principales puntos de eclesiología que han de ser objeto de atento estudio en el Concilio, con miras a una adecuada y perfecta definición de la Iglesia:

> Entre los varios problemas que presentará esta meditación a la que el Concilio se dispone, será el primero el que se refiere a todos vosotros, venerables hermanos, como obispos de la Iglesia de Dios. Nos no vacilamos en deciros que aguardamos con viva expectación y sincera confianza este próximo estudio, que dejando a salvo las declaraciones dogmáticas del Concilio Vaticano I sobre el pontificado romano, deberá ahora profundizar la doctrina sobre el episcopado, sobre sus funciones y sobre sus relaciones con Pedro, y nos ofrecerá ciertamente a Nos mismo los criterios doctrinales y prácticos por los que nuestro apostólico oficio, aunque dotado por Cristo de la plenitud y la suficiencia de potestad que vosotros conocéis, pueda ser mejor asistido y ayudado según las formas que se determinen, con una más eficaz y responsable colaboración de nuestros amados y venerables hermanos en el episcopado.
>
> A tal declaración doctrinal deberá luego seguir la que se refiere a la variada composición del cuerpo visible y místico que es la Iglesia, militante y peregrina en el mundo, es decir, los sacerdotes, los religiosos y los fieles, sin olvidar a los hermanos separados de nosotros, llamados también ellos a la unión de manera plena y completa.
>
> Nadie dejará de ver la importancia de semejante tarea doctrinal del Concilio, de donde la Iglesia puede sacar una luminosa, elevada y santificadora conciencia de sí misma. Quiera Dios que sean oídas nuestras esperanzas.

La constitución dogmática sobre la Iglesia

No es nada fácil esta tarea que la Iglesia ha emprendido de definirse a sí misma. Y prueba de ello la tenemos en las vicisitudes por las que ha pasado el esquema conciliar sobre este tema.

Como recuerda Pablo VI en el texto antes citado, Pío XII, con su estupenda encíclica *Mystici Corporis*[23], dio un impulso muy notable a los estudios eclesiales. El documento del Papa salió en junio de 1943, y desde entonces la teología del Cuerpo Místico ha venido constituyendo el nervio

de la pastoral y de la espiritualidad moderna. Por eso cuando en el horizonte del siglo xx apareció, hace cinco años, la palabra «Concilio» todos pensaron en seguida que el tema *de Ecclesia* ocuparía un puesto de preeminencia en la agenda de la ecuménica asamblea. Así, el Vaticano II estaba llamado a empalmar admirablemente con el Vaticano I, que dejó este tema ya iniciado.

Para los asuntos doctrinales Juan XXIII instituyó, en la fase preparatoria del Concilio, una Comisión Teológica. Este organismo se encargó de preparar un proyecto de constitución dogmática sobre la Iglesia, que fue presentado a los padres del Vaticano II en la XXXI Congregación General, el día 1 de diciembre de 1962 [24].

Aquel primer *Schema Constitutionis Dogmaticae de Ecclesia* constaba de once capítulos que abordaban los siguientes temas: Naturaleza de la Iglesia militante; miembros de la Iglesia militante y necesidad de la Iglesia para la salvación; el episcopado como supremo grado del sacramento del Orden y el sacerdocio; los obispos residenciales; estados para adquirir la perfección evangélica; los laicos; el magisterio de la Iglesia; la autoridad y la obediencia en la Iglesia; relaciones entre la Iglesia y el Estado; la Iglesia tiene la misión de anunciar el Evangelio a todas las gentes y a todo el orbe; el ecumenismo. Y un apéndice final en el que figuraba como esquema aparte la constitución dogmática sobre la Virgen María, Madre de Dios y de los hombres [25].

Con el debate sobre este esquema terminó la primera sesión del Vaticano II. Fue una discusión animadísima y de muy alto nivel. Duró seis días, y los obispos de todo el mundo, invisiblemente guiados por el Espíritu Santo para delinear en el aula ecuménica la fisonomía del Cuerpo Místico de Cristo, expusieron durante aquella semana ideas maravillosas sobre la Iglesia. El proyecto de constitución poseía algunas cualidades notables que fueron puestas de relieve. Sin embargo, en su estructura general, en el planteamiento de algunos de sus capítulos y en los matices o soluciones dadas a determinadas cuestiones, el esquema no agradó a la mayoría de los padres. Así se hicieron numerosas propuestas para perfeccionarle y se vio en seguida que era necesaria una total reelaboración del texto en sus diversas partes [26].

Esta nueva elaboración del esquema la llevó a cabo la Comisión *de Fide et Moribus* durante los meses que transcurrieron entre la primera y segunda sesión. Fruto de los trabajos fue un nuevo esquema que quería responder perfectamente, en su contenido doctrinal y en su presentación o forma, a los fines pastorales y ecuménicos señalados por el papa Juan XXIII al Vaticano II. Un proyecto de constitución más breve, mejor trazado y elaborado

a tono con las ideas expuestas por los padres conciliares durante los citados debates sobre la Iglesia.

Con el estudio de este nuevo texto se reanudó el Concilio a finales de septiembre de 1963. En la Congregación General del día 30 del citado mes se presentó a los padres el nuevo proyecto de constitución dogmática sobre la Iglesia [27].

El texto se componía de una introducción y cuatro capítulos sobre los siguientes temas: El misterio de la Iglesia; la constitución jerárquica de la Iglesia, especialmente el episcopado; el pueblo de Dios y en particular los laicos; la vocación a la santidad de la Iglesia [28].

El largo debate sobre el nuevo esquema *de Ecclesia* ocupó en la segunda sesión veintitrés Congregaciones Generales, desde el día 30 de septiembre hasta el 31 de octubre de 1963. Apenas se inició el estudio del tema eclesial, después de una breve discusión general, el 1 de octubre el esquema fue aceptado por la asamblea, como base para un ulterior debate, en una votación en la que dos mil trescientos un padres —más del 98 por 100— se pronunciaron a favor y solamente cuarenta y tres en contra [29].

Terminados los debates en el aula ecuménica, la Comisión Teológica comenzó a reelaborar el esquema teniendo en cuenta todos los votos y observaciones presentados por los padres. Esta tarea ha continuado luego, por parte de los miembros de la Comisión y peritos adscritos a la misma, durante los primeros meses de 1964 hasta llegar a la redacción de un nuevo texto que será sometido a votación en el próximo período del Vaticano II [30].

El misterio de la Iglesia

«Iglesia, ¿qué dices de ti misma?» Con este expresivo interrogante el cardenal Suenens había planteado el problema del esquema *de Ecclesia* al final de la primera sesión del Concilio. Hablando el 4 de diciembre en la XXXIII Congregación General el primado de Bélgica se expresó de esta manera: «Así como el Concilio Vaticano I merece ser llamado, con feliz expresión, el 'Concilio del primado del Sumo Pontífice', de la misma manera el Vaticano II parece haber recibido un título revelador cuando, un mes antes de su apertura, el mismo Vicario de Cristo y jefe visible de la Iglesia saludó a la Asamblea Ecuménica con estas palabras: *Ecclesia Christi, lumen gentium*... Así, pues, si adoptamos este tema [de la Iglesia] como central y decisivo de todos nuestros trabajos es necesario que nos pongamos de

acuerdo en la elaboración de lo que podríamos llamar plan de conjunto —*un plan d'ensemble*—, o sea, el programa del mismo Concilio. Yo propondría así este programa: Que éste sea el 'Concilio de la Iglesia' y tenga dos partes: *de Ecclesia ad intra* y *de Ecclesia ad extra*. En primer lugar hemos de decir lo que es la Iglesia, como misterio de Cristo viviendo en su Cuerpo Místico, cuál es su auténtica naturaleza. Preguntamos, por tanto, a la Iglesia: '*Quid dicis de te ipsa?*'» [31].

A esta pregunta responde la constitución dogmática *de Ecclesia,* que en su primer capítulo habla del misterio de la Iglesia.

Sobre este tema los padres conciliares vertieron sus ideas en cuatro Congregaciones Generales. «Los que asistimos a ellas —como ha escrito el padre Grasso— llevamos en el alma un recuerdo imborrable. El examen de las diversas imágenes, con las cuales la Sagrada Escritura describe a la Iglesia, especialmente la del Cuerpo Místico, se realizó en una atmósfera de intimidad, digna de una asamblea tan distinguida. Hay algo ya evidente, como fruto de este debate: es el restablecimiento en la consideración de la Iglesia de un equilibrio de elementos, que la investigación teológica venía promoviendo desde hacía tiempo. Es bien sabido que la eclesiología ha sufrido mucho con la polémica antiherética. Durante siglos los padres y teólogos medievales miraron a la Iglesia casi exclusivamente bajo el aspecto dogmático de *Societas fidelium,* de Cuerpo Místico de Cristo. Para que surja y se desarrolle en la teología una parte apologética hay que esperar las grandes herejías del fin de la Edad Media y del Renacimiento. Fueron éstas las que obligaron a los teólogos a esclarecer los elementos externos y sociales de la institución eclesiástica, los cuales, después, en el decurso de los siglos, se desarrollaron hasta el punto de llegar a prevalecer, al menos por la extensión que se les daba en los tratados, sobre los elementos más propiamente dogmáticos y místicos. Y no faltaron teólogos de gran fama que llevaron las exigencias de la polémica hasta el extremo de definir a la Iglesia teniendo presente, casi únicamente, sus aspectos exteriores. La reacción, que comenzó ya en tiempo del Vaticano I, y fue luego alentada e impulsada por la importante encíclica de Pío XII *Mystici Corporis,* ha recibido de los padres conciliares la aprobación y confirmación definitiva. Así, después del Vaticano II, no pocos teólogos deberán revisar la materia de sus tratados con una visión diversa» [32].

El pensamiento del cardenal Montini sobre la Iglesia

Es interesante poder afirmar que si el tema *de Ecclesia* es el central del Concilio es también punto focal de todos los escritos de Juan Bautista Montini. En cualquiera de sus discurso o cartas pastorales se pueden seleccionar expresivas ideas sobre la Iglesia. Ya quisiéramos tener espacio para dar aquí una amplia antología de textos. Nos conformaremos con citar algunos que sirvan de introducción a un estudio más profundo del pensamiento del futuro Pablo VI sobre la Iglesia, sobre su realidad divina y humana:

> La Iglesia presenta dos aspectos, uno externo que puede aparecer deteriorado y manchado por el tiempo y la tierra, y otro interno, que es todo él santo y santificante. El primero es humano y, por lo mismo, susceptible de defectos y de miserias; el otro es divino y esplendoroso.
>
> El que se queda fuera de la Iglesia se incomodará a veces, ante sus imperfecciones humanas, si bien cualquier mirada ecuánime deberá reconocer muchas cosas admirables también en el aspecto temporal de esta gran nave de salvación que es la Iglesia. Y quien entra en ella llorará de gozo viendo en esta Esposa bellísima de Cristo la humanidad transfigurada, la Madre, la Maestra, la Santa; y tendrá la grata sorpresa de percatarse de que ella le estaba esperando y había reservado un puesto para él...
>
> El encuentro con el Padre sólo puede darse en la Iglesia. De aquí el aspecto comunitario de la genuina piedad cristiana..., la verdadera naturaleza de la estructura jerárquica de la Iglesia que algunos tienden a considerar como una intrusión entre el alma y Dios..., la comunión de los Santos... [33].

La nueva teología, como hemos observado ya, en lugar de una visión excesivamente jurídica de la Iglesia tiende a darnos una visión más espiritual, o, si se quiere, más pastoral. Pone el acento más en sus aspectos interiores que exteriores, pero sin infravalorar estos últimos, que son también esenciales.

> Muchos consideran a la Iglesia sólo en sus manifestaciones externas: su organización, la coherencia de su doctrina y de su moral, los frutos de perfección y de santidad —de martirio siempre— en los que la aceptan completamente; sus maravillosos veinte siglos de historia; su perenne duración sin la ayuda de fuerzas humanas y no obstante los pecados de sus miembros e incluso, a veces, de sus jerarquías; su caridad; la fuerza revolucionaria de su influjo en el mundo y en la civilización...

> La Iglesia no es sólo una sociedad visible con fines religiosos; es un misterio. Su cabeza es Cristo, que vivió hace veinte siglos; pero que vive también hoy, porque resucitó. Jesús no tiene sucesores, sino solamente representantes visibles.
>
> En la Iglesia circula la fuerza, la verdad, la santidad del Padre. La acción de Cristo, hombre y Dios, que comunica la vida del Padre a la humanidad, se manifiesta siempre a través de la Iglesia y en relación con ella.
>
> Para presentar a la Iglesia se puede usar la analogía del cuerpo *(Ef.,* 1, 22; *Col.,* 2, 19) y del edificio viviente *(Ef.,* 2, 19-22) insistiendo sobre el aspecto dinámico de las dos imágenes, que nos dan la figura de la Iglesia en un continuo *crescendo,* en el cual nos introducimos cada uno de nosotros juntamente con nuestros hermanos [34].

El cardenal Suenens propuso al Concilio que en la constitución dogmática *de Ecclesia* figurase un capítulo especial sobre la Iglesia como pueblo de Dios. La propuesta del primado de Bélgica fue apoyada por numerosos padres y ha sido aceptada en la nueva elaboración del esquema. Así, la teología nos presenta hoy a la Iglesia como el «nuevo pueblo de Dios», continuador en Cristo del pueblo elegido y consagrado por Yavé para ser depositario de sus promesas y alianzas... Pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pueblo único, excepcional y amplísimo, porque es en sí una familia de pueblos:

> La Iglesia nos introduce en una comunión. La Iglesia es una familia universal. La Iglesia es una sociedad viviente en la fe y por la caridad. La Iglesia es un sistema de convergencia de relaciones que exaltan y salvan la vida humana. La Iglesia es una, pero no con unidad uniforme y pasiva que la haga aparecer sólo como una comunidad de hermanos; su unidad es, por el contrario, orgánica y activa, que la hace al mismo tiempo madre generadora de sus hijos; se trata, usando otros términos, de una unidad compuesta, estructurada maravillosamente.
>
> Vienen aquí a la memoria las palabras de San Pablo, que nos habla de esa unidad compuesta del Cuerpo Místico de Cristo: «Y El constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas, a éstos evangelistas, a aquéllos pastores y doctores... para la edificación del Cuerpo Místico» *(Ef.,* 4, 11-12). Se nos ofrecen así a la consideración las dos composiciones fundamentales, que dan a la Iglesia su unidad viviente: el elemento invisible, animador y divino, que es el pensamiento de Dios, su gracia, su asistencia; y el elemento visible, esto es, la humanidad creyente y vivificada por la caridad, la *Ecclesia sanctorum,* la sociedad de los cristianos; podríamos decir: la composición del alma y del cuerpo, que hace de la Iglesia una entidad al mismo tiempo divina y humana, invisible en los dones que la dan vida, visible en los

miembros que la componen, esto es, la continuación del misterio de la Encarnación.

Encontramos, además, en el cuerpo animado de la Iglesia, su carácter orgánico, es decir, su estructura jerárquica, por la que ella aparece, bajo unos aspectos, como una comunidad de hermanos, todos iguales entre sí; y bajo otros aspectos, como una comunidad de pastores y de fieles, dotados los primeros de facultades específicas de santificación, de magisterio, de gobierno, que los otros no tienen. La Iglesia es Madre [35].

Presentar la auténtica faz de la Iglesia a sus fieles, he aquí la tarea de todo obispo. Dar a conocer a la Iglesia para hacer amar a la Iglesia. Despertar en todos el sentido de Iglesia. Por eso el arzobispo Montini hablaba tanto de la Iglesia. En su famosa carta pastoral sobre el Concilio, con un fuerte poder de síntesis, explicó así el «misterio divino de la Iglesia»:

La Iglesia no es solamente un conjunto de doctrinas, de preceptos, de ritos. La Iglesia no es solamente un fenómeno histórico singular. La Iglesia es un misterio. Es decir, un designio divino, una presencia divina, una acción divina.

Designio, presencia, acción misteriosamente visible y misteriosamente escondida: verá, entenderá, gozará, sólo quien tenga la gracia de la fe y una lucidez de mente unida a la voluntad amorosa de aceptar la fe y vivirla. Mas, para entrar en esta visión interior y misteriosa de la Iglesia, mucho ayudará la contemplación exterior e histórica de la misma Iglesia, que es ya, de por sí, con sus inconfundibles notas, un signo de su verdad.

La Iglesia es un misterio que es necesario buscar en la mente de Dios. Conviene que nos habituemos a hacer este esfuerzo, humilde, atento, amoroso, de buscar el origen de la Iglesia en el pensamiento divino, saboreando las palabras de la Sagrada Escritura. Iniciando este estudio nos encontraremos en seguida con un sublime descubrimiento: mucho antes de que nosotros buscáramos a Dios El nos buscaba a nosotros. «*El nos amó primero.*» Y la Iglesia, es decir, la humanidad reunida en Cristo, no es otra cosa que el cumplimiento de los designios del amor de Dios hacia nosotros. Es Dios que busca a su pueblo y construye su Jerusalén en el Antiguo Testamento; es Dios que forma a su pueblo según la imagen de su Hijo divino, enviado por amor a redimir al mundo, en el Nuevo Testamento.

Más aún: la Iglesia es la continuación de Cristo en el tiempo y la expansión de Cristo en la tierra. Es su misma presencia viva. En la autoridad y en la enseñanza de la Iglesia, «*el que a vosotros oye a mí me oye*». En la comunidad legítimamente constituida de la Iglesia, «*donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*». En la actividad y en la sucesión apostólica, el Señor

está presente en todo momento: «*He aquí que yo estaré con vosotros* —es el mismo Cristo quien habla— *siempre, hasta la consumación del mundo*». Y el misterio del Sacrificio Eucarístico perpetuará esta inefable presencia de Jesucristo entre nosotros: «*Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga*».

Es su acción salvadora; es decir, el canal de su acción salvadora, el vehículo; instrumento en el ejercicio de la potestad de orden, esto es, en la administración de los sacramentos, y colaboradora subordinada en el ejercicio de la pastoral de jurisdicción; libre y humana causa segunda. El Espíritu Santo es enviado por Jesucristo, como animador de la Iglesia, y crea en ella la gracia, con sus carismas y dones [36].

Pablo VI: Visión de la Iglesia

Todas las ideas de Juan Bautista Montini sobre la Iglesia aparecen ahora sublimadas, por decirlo así, en la palabra y en la pluma de Pablo VI.

Desde el primer radiomensaje que dirigió al mundo, en la mañana siguiente a su elección, desde la homilía de la tarde de la coronación, hasta el discurso pronunciado al cerrarse el primer año de pontificado, la Iglesia ocupa siempre el centro de su obsesión y de su magisterio. Ya hemos hablado de la alocución con que inauguró la segunda sesión del Concilio. En otras páginas del libro recogemos textos de sus discursos eclesiales más llamativos, como el de Belén y el del Jueves Santo. Aquí, para dar a este capítulo más realce, con la palabra del Papa, que parece llevar siempre un carisma especial, quiero transcribir algunos pensamientos sobre la Iglesia que he ido seleccionando, a lo largo de este primer año de pontificado, en mi lectura diaria de los discursos y documentos del Pontífice.

Dios no ha dado al mundo solamente una revelación, una religión, le ha dado una Iglesia, una sociedad orgánica, una comunidad articulada, donde unos hermanos trabajan para la salvación de los otros; ha constituido una jerarquía, ha instituido un sacerdocio... [37].

La Iglesia posee el auténtico genio profético; es la intérprete autorizada que sabe descifrar el enigma de la vida humana [38].

Quien está convencido de que tiene necesidad de Cristo, de que ha de vivir con El, procura inmediatamente buscar el medio para llegar al Hijo de Dios. Este medio es la Iglesia: nuestra verdadera Madre, que nos regenera a la vida de la gracia, y es para nosotros el camino,

> el instrumento y el método para llegar a Jesús. La Iglesia es, además, término, ya que, cuando nos encontramos en la Iglesia, estamos en Cristo. Así, pues, si la presencia, la doctrina y la gracia de Cristo nos es necesaria para llegar a nuestro destino, resulta también necesaria, aunque subordinadamente, la Iglesia..., que, además de ser madre, es también maestra. *Mater et magistra*... y fuente de la gracia santificante que nos ofrece a través de los siete sacramentos..., depositaria de la caridad de Cristo, del amor fraterno. La Iglesia es, por lo mismo, una comunidad, una familia [39].

Inmensa familia, extendida por los campamentos del mundo, la Iglesia cobija en las lonas de sus tiendas a todos los hijos del Padre, reservando especial afecto y atención a los enfermos y a los pobres:

> La Iglesia está en todas partes. Allí donde hay fieles católicos, allí está la Iglesia... donde hay fe, allí está la Iglesia; y donde está la Iglesia está Cristo [40].

> La Iglesia es de todos los hombres, está para hacerles a todos buenos, justos, hermanos; pero la Iglesia es, ante todo, de los que sufren. La Iglesia es del pueblo: sí, la Iglesia de las encíclicas sociales, la Iglesia de Cristo [41].

Marchando a caballo de la Historia la Iglesia permanece coherente y trata de adaptarse cada vez más al Evangelio, de ser perennemente joven, siempre capaz de renovación, de perfeccionamiento, de diálogo con el mundo:

> Maravillosa visión la de la coherencia histórica con la cual está hilvanada la vida de la Iglesia, que de Cristo trae su origen y de Pedro su sucesión. Es la conciencia de una idéntica vitalidad, que corre por las venas del Cuerpo Místico e histórico de Cristo, esto es, la Iglesia, que en las más dispares y remotas vicisitudes se manifiesta siempre igual, sugiriendo esta maravillosa observación que nos muestra cómo el curso secular del tiempo, generador primero y devorador después de los grandes fenómenos humanos, no sabe dar adecuada razón del nacimiento y del vigor de la Iglesia, ni consigue disolverla en su flujo tremendamente transformador y disgregador; antes al contrario, la encuentra, en todos los recodos o etapas de la Historia, no sólo siempre la misma, sino siempre en vías de perfeccionamiento, tratando de rejuvenecerse; y esto, no ya por la ayuda temporal de acontecimientos propicios o de factores externos, sino por una propia inagotable capacidad de sacar de sí misma, como cuerpo que despierta del sueño, energías cada vez más frescas y vivaces.
>
> A algunos les produce maravilla e incluso enojo y desconfianza el

hecho de que la Iglesia católica permanezca siempre la misma y no se doblegue ni a la usura ni a la moda del tiempo; a otros les maravilla y resulta motivo de escándalo el hecho de que la Iglesia católica se enriquezca, en su larga meditación y en su ardorosa defensa del primitivo patrimonio doctrinal, con nuevos dogmas y nuevas estructuras en los que algunos pretenden ver alterada y sofocada su nativa sencillez evangélica...; [pero] el hecho estupendo para nosotros es el misterio de la fidelidad de la Iglesia católica a Cristo, su Fundador y Maestro. Un consuelo particularmente necesario para la hora presente: la seguridad en la esencia y en la dirección de la Santa Iglesia; la certeza de que sus enseñanzas son hoy eficaces como lo fueron ayer y como lo serán mañana; la confianza de que la adhesión a su doctrina y a sus normas no esteriliza el pensamiento, no le impide la comprensión y la adquisición de cuanto la cultura moderna produce y posee, no le obliga a repetirse con expresiones puramente formales, sino que le asegura más bien una íntima estructuración lógica y vital, y le suministra temas y argumentos para los más leales y fecundos diálogos con las corrientes intelectuales y espirituales de nuestros días; al mismo tiempo que la estimula a verter en expresiones siempre nuevas, pero sinceras y vividas, la inagotable riqueza de la verdad, que la fe nos garantiza en el campo divino y religioso, y de reflejo en el profano y científico. Consuelo éste formidable y providencial [42].

Todos los hombres pueden gustar este consuelo. A través de un hermano desconocido, en un templo cualquiera, junto al más humilde sacerdote, entre los niños y entre los pobres, en el sitio más lejano donde haya un puesto de misión, una tienda católica de moderna construcción o una vieja catedral, el hombre puede ponerse en contacto con la Iglesia. Pero hay un lugar sagrado donde este contacto alcanza un momento de plenitud. Es la casa del Papa, Padre común de la cristiandad, Jefe visible y Timonel de la Iglesia. La audiencia con el Vicario de Cristo es siempre una gracia especial de Dios para cualquier fiel católico. Y las audiencias generales, que por su carácter de reunión comunitaria tienen particular valor y significado, son, dice el mismo Papa en uno de sus discursos, «una celebración del misterio de la Iglesia». Por eso el Santo Padre las aprovecha siempre para exponer a sus visitantes algunos puntos de meditación eclesial.

Así habla Pablo VI a los peregrinos que, procedentes de todas las naciones, llegan al Vaticano para ver al Papa:

Esta es la Iglesia. Finalmente hemos visto la Iglesia: éste es el pensamiento, éstos son los sentimientos que afloran a la mente cuando uno se pone en contacto con estos solemnes edificios del culto, recordando su origen, su historia, su función; y cuando uno se encuentra

con el Papa, sucesor de San Pedro, Vicario de Cristo; cuando uno se dispone a recibir la bendición del Papa, estos sentimientos proporcionan la experiencia casi sensible, la alegría, el estupor, de ver a la Iglesia en su expresión más plena, más auténtica, más edificante. Así ha de ser, porque los signos visibles de la Iglesia se hacen aquí más manifiestos, las huellas de su historia resultan más claras y gloriosas, y más cercana y viva la fuente de su suprema autoridad y de sus dones divinos. Pero, atención a esto: la Iglesia tiene aquí su centro; sin embargo, no está solamente aquí. Ella se encuentra en cualquier sitio donde hay cristianos bautizados y creyentes, guiados por legítimos pastores. La Iglesia está también en vuestros lugares de origen, también en vuestra casa. Aquí aparece exaltada de un modo más evidente la unidad de la Iglesia; pero en vuestras lejanas sedes, en vuestras residencias, aparece quizá más clara otra nota de la Iglesia, su catolicidad, su universalidad... dos notas de la Iglesia, la unidad y la catolicidad que se corresponden y completan mutuamente [43].

Sobre la catolicidad interna y externa de la Iglesia nos dio una preciosa meditación Pablo VI la mañana de Pentecostés, 17 de mayo de 1964, en la homilía que tuvo durante la misa papal celebrada en la basílica de San Pedro para los sacerdotes y seminaristas de Roma. Precioso discurso del que quiero recoger aquí una página:

> ... Catolicidad, propiedad original de la Iglesia, que brilla desde el primer día como una de sus notas características y maravillosas: catolicidad, es decir, universalidad, es decir, destino a todas las gentes, apertura a todas las almas, ofrecimiento a todas las lenguas, invitación a todas las civilizaciones, presencia en toda la tierra, inquietud por toda la Historia... El uso habitual de las palabras quita con frecuencia vigor y belleza a su significado. Nosotros utilizamos con extrema facilidad este término «católico», sin advertir casi la plenitud que encierra, el dinamismo que de él dimana, la belleza que presenta, el compromiso que impone. A veces, en el lenguaje común, se convierte en un término que define y, por lo mismo, trata de circunscribir y limitar a la Iglesia única y verdadera, que es precisamente la católica, para distinguirla de otras fracciones, respetables y dotadas aún de inmensos tesoros cristianos, pero todavía separadas de la plenitud católica; y otras veces preferimos el término de «cristiano» al de «católico», casi olvidando que en el concepto y en la realidad el segundo contiene enteramente al primero y no siempre viceversa.
>
> Es necesario apreciar y conocer con claridad este apelativo católico que expresa la trascendencia de ese reino de Dios, que Cristo vino a inaugurar sobre la tierra; que la Iglesia va instaurando en el mundo y que mientras penetra como fermento, como energía sobrenatural, en todas las almas, en todas las culturas que lo acojan, no se

apropia nada del reino terreno, si bien se coloca sobre el plano temporal, no para dominarlo, sino para iluminarlo y encuadrarlo en un panorama de renaciente y universal armonía.

Es necesario escuchar en él el eco nunca extinguido de la vocación misteriosa y amorosa de Dios, que llama a todos, a todos los hombres, al encuentro con su misericordia y que con esta llamada forma el pueblo nuevo, su pueblo, definido precisamente como el pueblo congregado, la *congregatio fidelium,* la Iglesia. Quitar a la Iglesia su título de católica significa alterar su rostro, tal como el Señor le quiso y le amó; significa ofender la intención inefable de Dios que quiso hacer de la Iglesia la expresión de su amor sin límites para con la humanidad.

Es necesario comprender la novedad psicológica y moral que este nombre lleva consigo. Grabado en el corazón de los hombres, el nombre católico encuentra allí, ciertamente, una capacidad de expansión, un profundo aunque vago instinto de dilatación universal: *homo sum et nil humani a me alienum puto.* Pero encuentra allí, sobre todo, una terrible angustia, una estrechez que no le deja entrar; el corazón del hombre es pequeño, es egoísta, no tiene sitio más que para él y para pocas personas, las de la propia familia o casta, y cuando, después de nobles esfuerzos, grandes y fatigosos, se ensancha un poco, consigue abarcar a la propia patria y clase social; pero siempre busca barreras y confines para circunscribirse y refugiarse en ellos. Aun para el corazón del hombre moderno supone un gran trabajo superar esos límites interiores; y a la invitación que el progreso civil le dirige de ampliar la capacidad de amor al mundo responde con indecisión y bajo la condición, siempre egoísta, de encontrar en ello un beneficio propio. La utilidad, el prestigio, cuando no la ambición de dominar y convertir en esclavos a los demás, gobiernan el corazón del hombre. Pero si la mentalidad católica penetra en él de verdad todo egoísmo queda superado, el clasismo se eleva convirtiéndose en plena solidaridad social, el nacionalismo se compagina con el bien de la comunidad mundial, el racismo queda condenado y aparece desenmascarada la inhumanidad de cualquier totalitarismo; el corazón pequeño se rompe o, mejor dicho, adquiere una desconocida capacidad de dilatación. Palabras de San Agustín: *Dilatentur spatia caritatis.* Corazón católico quiere decir corazón de dimensiones universales. Corazón que ha vencido el egoísmo, la angustia radical, que excluye al hombre de la vocación del Amor supremo. Quiere decir corazón magnánimo, corazón ecuménico, corazón capaz de acoger el mundo entero dentro de sí. No por esto será un corazón indiferente a la verdad de las cosas y a la sinceridad de las palabras, no confudirá la debilidad con la bondad, no colocará la paz en la vileza y en la apatía, sino que sabrá vibrar en la admirable síntesis de San Pablo: *Veritatem facientes in caritate (Ef.,* 4, 15).

Hijos carísimos, ¿comprendéis lo que quiere decir ser católico?

¿Comprendéis a qué pedagogía, a qué esfuerzo de amor nos somete este nombre? ¿Comprendéis cómo nadie mejor que vosotros puede salir al encuentro de las aspiraciones universalistas del mundo moderno y nadie mejor que vosotros puede ofrecerle el ejemplo y el secreto del sentimiento del amor al hombre porque es hombre y porque es hijo de Dios?

Comprendéis también otro aspecto de la formación al sentido católico, que ya conocéis muy bien, pero que es hoy digno de ser aquí proclamado. La nota de la catolicidad se encuentra ya actuada en la estructura intrínseca de la Iglesia; es uno de sus derechos nativos; la Iglesia nace católica, nace reina de la salvación para todos. Pero en su extrínseca realidad esa nota está todavía bastante lejos de igualar en extensión los confines del mundo. Está siempre *in fieri,* se encuentra siempre sometida al esfuerzo de su concreto e histórico despliegue. Más aún: en la realidad concreta la catolicidad de la Iglesia es enormemente deficiente. Pueblos innumerables, continentes enteros, están todavía fuera de la evangelización cristiana. La catolicidad es insuficiente, sufre. La mayor parte de la humanidad no ha recibido aún el mensaje de Pentecostés. El mundo todavía no es católico. ¡Cuántos de vosotros, por no decir todos, experimentáis el extraño dolor que esta condición de nuestro mundo inflige a un corazón verdaderamente católico! ¿Y no es verdad que uno de los más decisivos estímulos que os empuja a elegir el ser apóstoles de Cristo y sacerdotes de su Iglesia nace de este descubrimiento de la necesidad que el mundo tiene de quien le evangelice en el nombre de Cristo? El dinamismo misionero nace de la catolicidad potencial y todavía no efectiva de la Iglesia, nace de la investidura que en Pentecostés se dio a la pequeña Iglesia para que se hiciese universal. De la apostolicidad de la Iglesia brota su vocación a la catolicidad. El misionero recibe sobre sus espaldas el mandato de apóstol que le lanza hacia adelante por los senderos que deben hacer católico el mundo.

¿Sentís vosotros, carísimos hijos, este estímulo? ¿Veis ante vuestros pasos los caminos interminables que os conducirán a todas las partes del mundo para llevar el mensaje que os entrega la Roma católica? ¡Qué maravilloso espectáculo, qué tremenda aventura, qué perenne Pentecostés! Os diremos que la urgencia de responder a este deber de catolicidad sopla con ímpetu en las velas de la Iglesia. Contemplad la labor apostólica del clero y de los laicos hoy. Contemplad las misiones. Contemplad el Concilio Ecuménico. Contemplad la inquietud que estimula a la Iglesia a entrar en leal y respetuoso diálogo con todos los hombres, con todas las formas de la vida moderna, con todas las expresiones de la vida social y política que lo quieren aceptar en un plano de absoluta sinceridad y de auténtico humanismo. Contemplad el interés que la Iglesia pone en acercarse a los hermanos cristianos todavía separados de nosotros. Contemplad el esfuerzo que

> la Iglesia hace por abordar, aunque sólo sea con sencillos contactos humanos, a los que pertenecen a otras religiones... [44].

El Papa nos hace vibrar con estas palabras, despertando en los espíritus ardientes inquietudes de catolicidad, contagiándonos con su potente mentalidad católica. Es el estilo paulino. El ansia de dilatar infinitamente los espacios de la caridad creando la auténtica fraternidad entre los hombres, el reino de la amistad cristiana.

El Papa y la Iglesia

La Iglesia es el reino del amor. Y en la Iglesia el Papa es el «presidente de la caridad». Por eso en la Iglesia visible el Vicario de Cristo es centro y punto de atracción para todos los católicos.

Dice el Papa a los peregrinos que le visitan:

> No pretendemos que vuestra mente y vuestro recuerdo se fije en nuestra humilde persona. No es esto. Nos interesa, sobre todo, que os llevéis un concepto exacto y luminoso de vuestro encuentro con el Papa. Se refleja así en nuestro espíritu la pregunta que domina vuestros pensamientos: ¿Quién es el Papa? Sin duda vosotros estáis ya formulando interiormente una respuesta, que resulta menos sencilla y menos fácil de lo que puede parecer a primera vista. ¿Quién es el Papa? Os rogamos que vuestra respuesta no se detenga en nuestro nombre y apellido de origen, que no os daría concepto alguno adecuado; unid, en cambio, vuestro pensamiento al del Señor, ya que El mismo ha querido definir a la persona de quien escogió para primero de sus discípulos, fijándose en la función y misión que le confió. En adelante no se llamaría Simón, hijo de Jonás, su nombre de nacimiento, sino Pedro, su nombre de oficio; de donde se deduce claramente que Jesús confirió a su elegido una virtud especial y un oficio particular, figurados la una y el otro en la imagen de la peña, de la roca; es decir, la virtud de la firmeza, de la estabilidad, de la solidez, de la inmovilidad, de la indefectibilidad, tanto en el tiempo como en los azares de la vida; y el oficio de ser el fundamento, el punto de apoyo, el sostén, como Jesús dijo al mismo Pedro, en la última cena: «Confirma a tus hermanos» *(Luc.,* 22, 32). Pedro debía constituir la base sobre la cual está construida toda la Iglesia del Señor. El pensamiento de Cristo es clarísimo y es lo que constituye la singularidad y la maravilla del papado. Para el que tiene algún conocimiento o alguna experiencia de la fragilidad de las cosas humanas la palabra de Jesús a Pedro aparece así en toda su audacia divina, que vence la

debilidad humana y desafía la caducidad de las construcciones apoyadas sobre la arena del tiempo. Un milagro de equilibrio de resistencia, de vitalidad, que encuentra su explicación en esa presencia que Cristo tiene en la persona de Pedro [45].

¡Qué bien cuadran aquí como comentario de estas líneas las palabras de Daniel Rops!: «Existe algo extraordinariamente consolador para un católico —algo que los hermanos separados a veces no pueden comprender— en esta seguridad de que hay entre nosotros un hombre, que vive como nosotros, que como nosotros experimenta las inquietudes del momento, un sacerdote en el cual la palabra de Cristo está depositada con toda su plenitud, tan activa y tan eficaz como en los días en que los muertos se levantaban al oírla. Toda la fuerza de la Iglesia católica se resume y se realiza en el Papa... Ha habido siempre una perfecta correspondencia entre las virtudes de cada Pontífice, su actitud general, sus medios de acción y las condiciones que exigía la época. Debería meditarse detenidamente acerca de esta especie de necesidad que ha hecho surgir un San León, luego un San Gregorio Magno, cuando era preciso dominar el mundo bárbaro; un Gregorio VII, cuando el ideal feudal debía ser ordenado; un Inocencio III, cuando fue necesario afirmar los derechos intemporales frente a los crecientes nacionalismos; y los grandes papas «sociales» de estos últimos tiempos ante los que el mundo moderno ha sentido temblar sus cimientos» [46]. Juan XXIII, añadiré yo, fue necesario para la Iglesia, le hizo falta al mundo hasta junio de 1963. Ahora nuestro Padre, el Papa que exigía la coyuntura actual, el hombre llamado a dirigir como buen timonel la singladura de los tiempos nuevos, se llama Pablo VI. Es un Papa excepcional. Pero, como él mismo nos advierte, la mirada que todo buen católico fija en el Sumo Pontífice debe trascender su particular fisonomía, por muy espléndida que ésta sea, para penetrar, admirar y venerar una constante y superior realidad. Algo que no está ligado a la figura personal del Elegido, ni depende del nombre con el que el Papa pasa por la Historia. Es la grandeza, es la misión, es el misterio que nace de la voluntad del divino Fundador de la Iglesia, transmitida a través de una cadena maravillosa e histórica —263 papas nos da la lista oficial del *Anuario Pontificio*— que arranca de San Pedro y llega hasta Pablo VI. «*Tu es Petrus...* Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...»

El Papa, el sucesor del apóstol Pedro. ¿De dónde brota la maravilla y la devoción? Pensad en esta derivación histórica y mística, que justamente admiráis en el último y humilde sucesor del pescador Simón, a quien Cristo llamó Pedro. Esta derivación pone ante vuestros ojos el carácter apostólico de la Iglesia y del pontificado romano, la

nota famosa de la apostolicidad, que es una de las maravillas por las cuales la Iglesia se manifiesta lo que es, una institución divina... Pedro es apóstol, es decir, el enviado, el mensajero, el misionero, el difusor, el heraldo, el testigo, el embajador calificado de Cristo y de su Evangelio [47].

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: He aquí una palabra programática de Cristo registrada en uno de los momentos más significativos del Evangelio [48].

Roma, capital de la Iglesia

Bien decía don Manuel Domingo y Sol que uno de los distintivos de los católicos es el amor al Papa. Es una forma de amar a la Iglesia, de manifestar ese «sentido de Iglesia» al que se refería Pablo VI en su primer radiomensaje al mundo; y que es sentido de unidad, no interesada, sino amorosa, libre, estable y firme; sentido de catolicidad, de ecumenismo; y es también sentido de «romanidad».

El Papa, en sus audiencias generales, que quiere convertir siempre en meditaciones sobre la Iglesia, habla mucho de la romanidad:

La Iglesia tiene aquí en Roma su centro, sus expresiones más evidentes y más significativas... Aquí está el corazón de la Iglesia, las tumbas de los apóstoles. Aquí reside el Papa... Es éste un motivo que pone en evidencia la estructura humana, la forma visible y social, la organización particular de la religión cristiana, esto es, su realidad histórica, que es la Iglesia. Aquí se descubre una vez más el designio de la Providencia sobre la humanidad. Esta debe ser una sola familia. Todos los hombres han de ser amigos y hermanos. Aquí se descubre ese foco de la unidad, aquí se bebe la vocación a la catolicidad, aquí siente uno el orden espiritual, que debería dar a todos su puesto en el mundo y llamar a todos para que entren, cada uno con la propia libertad y la propia responsabilidad, en el gran concierto de la armonía universal. Aquí se encuentra la imagen, siempre imperfecta, pero siempre intentando expresarse mejor, de la «Ciudad de Dios», la ciudad iluminada por la fe y mantenida en unión por la caridad. Aquí hay una llamada para todos; aquí se espera a todos; a todos se acoge; ninguno, capaz de comprender, debe faltar a esta cita espiritual.

... Roma; sois romanos. ¿Quién se puede sentir forastero en esta Roma católica, en esta Iglesia de los apóstoles, en esta casa del Papa, en este redil de Cristo? Forasteros, no. Si ya los antiguos llamaban a Roma *patria communis,* la patria de todos, con más razón los fieles de la Santa Iglesia deben sentir que aquí ninguno es extranjero. El

> papa Pío XI, de feliz memoria, hablaba siempre en las audiencias de la acogida en la casa de todos, porque ésta es la morada del Padre común. Y la idea no es nueva... Los peregrinos, al venir a Roma, han tenido siempre la impresión de encontrarse en su propia casa. Delante de la antigua basílica de San Pedro, que fue derribada para construir esta mole de Miguel Angel, estaba esculpida una vieja inscripción que, recogiendo la voz de una mujer feliz por haber llegado hasta este piadoso lugar, decía: «En estos sagrados pórticos donde no me siento ya peregrina (o extranjera) reposo —*posticibus sacris iam non peregrina quiesco*— (DIEHL, *Ins. Chr.*, 2127).
>
> ... es la impresión, la certeza, la felicidad de ser ciudadanos de la Roma católica, hijos de un mismo Padre celestial, hermanos todos en Jesucristo, viviendo del mismo principio vital, que es la gracia del Espíritu Santo y formando todos juntos ese místico Cuerpo del Señor que se llama la Iglesia [49].

En el ábside de un templo de Roma está grabada, con dorado mosaico, la célebre frase que San Patricio, apóstol y padre de la fe en Irlanda, repetía a los fieles por él evangelizados: *Ut christiani, ita et romani sitis* —Sed romanos como sois cristianos— [50]. En ningún sitio como en Roma se puede descubrir la vocación cristiana. En ningún sitio como en Roma se descubre a la Iglesia y se oye a la Iglesia.

Lección de Roma sobre los diversos aspectos de la Iglesia

Nuestra meditación sobre la Iglesia tiene en Roma un libro siempre abierto, siempre atrayente, sugeridor siempre de elevados pensamientos.

Pablo VI se hace ante nosotros intérprete de ellos:

> El viaje a Roma, la visita a la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo, la audiencia con el Papa, son para el viajero atento, para el pensativo peregrino, para el fiel orante, motivos que estimulan potentemente a penetrar en el sentido de la Ciudad Eterna y a aprender en ella, entre otras, la lección que nos da sobre la Iglesia, sobre la Iglesia católica, sobre la Iglesia de Cristo. En Roma todo habla de ella; es cierto que en la Urbe hay también muchas cosas de interés; pero la palabra que nos dice sobre la Santa Iglesia es, a nuestro juicio, la más significativa. Quien venga a Roma y no sepa sentir o escuchar esta voz sobre la Iglesia perderá la nota más fuerte y más profunda de su sublime lenguaje.
>
> Aquí habla la historia de la Iglesia; ¿quién no la escucha? Aquí

habla la doctrina de la Iglesia; ¿quién puede ignorar que en Roma hay una cátedra que da lecciones para el mundo? Aquí la Iglesia manifiesta más que en otras partes sus notas características, precisamente porque en esta ciudad la Iglesia se muestra en su unidad central, en su catolicidad universal, en su derivación apostólica, en su riqueza de santidad, tanto por lo que se refiere al esfuerzo para conseguirla como por lo que tiene de triunfo el celebrarla cuando se ha alcanzado. Este es el fenómeno más fácil de observar en la Ciudad Eterna.

Pero hay otros aspectos de la Iglesia que pueden descubrir quienes tengan en su espíritu ojos abiertos e inteligentes. Es bastante fácil, por ejemplo, percatarse en Roma de que la Iglesia es al mismo tiempo humana y misteriosa, como lo es un cuerpo habitado por el alma: así se la entrevé en su definición antiquísima y siempre nueva de Cuerpo Místico.

Otra cosa fácil de descubrir en Roma es el bellísimo aspecto comunitario de la Iglesia, esto es, la fraternidad e igualdad de todos sus hijos; y aparece evidente también el aspecto jerárquico y majestuoso que nos presenta la diversa *funcionalidad* de los miembros de la misma comunidad. «¿Qué sucedería —escribe San Pablo— si todas las partes —de la Iglesia— fueran un solo miembro? ¿Dónde estaría el cuerpo? Tenemos muchos miembros diferentes que componen un solo cuerpo» (I *Cor.*, 12, 19-20); y he aquí que en Roma la Jerarquía de la Iglesia posee su Jefe, el Papa, de quien deriva toda la coexistencia y armonía del orden jerárquico. Otro tema quizá más arduo y complejo, pero no menos bello, se ofrece en Roma a la meditación del ciudadano y del peregrino: la atrayente dificultad de concordar el aspecto visible de la Iglesia, que aquí llega a su grado máximo (¿dónde como en Roma encuentra su plenitud la expresión sensible de la religión cristiana: la organización, el arte, la liturgia, la palabra?), con el otro aspecto invisible de la misma Iglesia, también aquí proclamado, más aún, generado por la misión de la misma Iglesia, que consiste en enseñar la verdad de Cristo y distribuir su gracia (*plenum gratiae et veritatis,* recuérdese el Evangelio de San Juan, 1, 14), sin que sepa ni pueda trazar los confines de la verdad y de la gracia, que sólo el ojo de Dios ve: Extremamente concreta y extremamente espiritual, la Iglesia presenta aquí una vez más su rostro claro que irradia belleza y misterio.

Todos vosotros, queridos hijos, hacéis hoy fotografías. Cada uno quiere captar la imagen de las cosas vistas y fijarla para tenerla siempre consigo. Tratad de reproducir sobre la pantalla lisa, nítida y tranquila del alma la fotografía de Roma católica, la fotografía de la Iglesia de Cristo, que en Roma tiene su centro maravilloso. No sabemos si lo lograréis; pero sabemos que el interés por la visión que trataréis de fijar y de llevar con vosotros será tal que os dejará encantados de admiración y, Dios quiera, de amor para toda la vida [51].

La Iglesia, comunidad de amor

En cada una de sus audiencias generales, en diálogo vivo con los peregrinos, el Papa nos da una breve lección pastoral sobre la Iglesia. Pablo VI no agota nunca el tema. Sus «alocuciones de los miércoles» resultan así una antología estupenda en la que cada página encierra una nueva vibración ante el misterio de la Iglesia, una lección *de Ecclesia:*

> ¿Qué es la Iglesia?... Definir a la Iglesia es difícil. Y es bueno que advirtamos esta dificultad porque así comenzamos a comprender que la Iglesia es una realidad inmensa y compleja, que no lograremos circunscribir en los términos de una definición dada con prisas. Sobre la Iglesia queda siempre algo que decir.
>
> Sabemos que la palabra «*Ecclesia*» significa precisamente «convocación». La Iglesia es la reunión de los llamados por Dios. Es el pueblo que Dios ha reunido, la asamblea de los llamados.
>
> Convendrá tener presente este concepto radical de la Iglesia porque nos revela muchas cosas. Nos revela, ante todo, que la Iglesia no se forma por sí misma, sino que nace de una iniciativa divina; surge de un pensamiento de Dios, que quiere reunir a los hombres en una sociedad religiosa, en la cual se manifiesta su misericordia de un modo muy particular. Nos revela, además, que esa llamada exige ministros, portadores de la llamada y promotores de la convocación... La Iglesia nace de los apóstoles, nace de la Jerarquía. En la Iglesia hay unos encargados de llamar y hay luego los llamados; hay una Iglesia que convoca, que llama —la Iglesia docente— y hay una Iglesia que está reunida, la *congregatio fidelium.* Juntas forman la comunidad de los cristianos (Cfr. BELLARMINO, *De Ecclesia mil.,* 1).
>
> Este concepto de Iglesia, «convocación», nos revela también que el hecho de pertenecer a la Iglesia se funda en la libre aceptación por parte de los fieles; la Iglesia es una sociedad voluntaria; pero resultante de la elección responsable, suma y decisiva del hombre que ha comprendido que la obligación moral y esa afortunada suerte nacieron de la amorosa vocación divina a la felicidad del reino de los cielos. Libertad y deber están en la base humana de la Iglesia, como gratuidad y amor están en su base divina.
>
> Estas sencillas consideraciones deben alcanzar su pleno significado para estimular el espíritu a la consideración, a la comprensión de la Iglesia como una vocación, como el primer e inmenso beneficio que los hombres reciben de Dios. Dice San Pablo: «A los que el Señor predestinó, a esos también llamó, y a los que llamó, a esos los justificó; y a los que justificó, a esos también los glorificó» *(Rom.,* 8, 30).

Pertenecer a la Iglesia es algo misterioso, es cosa grande, es fácil, es decisivo. Hemos de agradecer al Señor el que nos haya llamado a esta dignidad, a esta fortuna. Hemos de escuchar en nosotros mismos el eco profundo, grave y dulce de la llamada a nuestras almas para una fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Sobre la tumba de San Pedro, a quien Cristo escogió para la gran misión de llamar a los hombres a componer la Iglesia, hemos de dar nuestra agradecida y firme respuesta de escuchar siempre su voz [52].

"Amare Ecclesiam"

La fascinante visión de la Iglesia que nos da Pablo VI tiende a despertar en los cristianos de nuestro tiempo una sensibilidad especial. El Papa da a conocer a la Iglesia, enseña a amar a la Iglesia, nos pide amor a la Iglesia.

La Iglesia tiene necesidad de ser comprendida y mejor y más íntimamente conocida en su auténtica esencia, misión y misterio... Si se conociera más perfectamente a la Iglesia se tendría mayor indulgencia para con su faz humana, mayor entusiasmo por su faz sobrehumana. Os diremos con San Pablo (cfr. *Fil.*, 1, 9) que nuestra aspiración es «que vuestro amor [hacia la Iglesia] crezca cada vez más en conocimiento y en finura de sensibilidad» espiritual. Y os diremos también que uno de nuestros más agudos y frecuentes sufrimientos es el de ver cuántos abandonan la Iglesia, cuántos la critican, cuántos la ofenden, precisamente por una fácil incomprensión, descortés en algunos, superficial en muchos, extraña incluso en no pocos cristianos y católicos, que frecuentemente no tienen para con la Iglesia más que pensamientos de desconfianza, crítica, desprecio, proporcionándola así, con inexplicable desenvoltura, tantas dificultades y dolores.

Tratad, pues, de comprender a la Iglesia... Sedla fieles. La Iglesia tiene necesidad de vuestra fidelidad, de vuestra constancia, de vuestra fortaleza... Y no basta hoy una fidelidad formal, puramente tradicional o convencional, una fidelidad sostenida, tal vez, por el propio gusto o por las opiniones de los otros; es necesaria una fidelidad profunda y consciente, fuerte, decidida, intrépida. Es entonces cuando la adhesión a la Iglesia se convierte en amor.

Hay que amar a la Iglesia. Como la amó el Señor, hasta dar su vida por ella: *Christus dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit pro ea (Ef., 5, 25)*. Es necesario amar a la Iglesia: Esto es lo que os pedimos, hijos carísimos: El amor a la Santa Iglesia católica. Amar quiere decir rezar: orar por la Iglesia. Amar quiere decir estar unidos: per-

> maneced unidos a la Iglesia. Amar quiere decir obrar; trabajad por el bien de la Iglesia [53].
>
> La Iglesia y el papado pueden y deben ser amados, como nos enseña Santa Catalina de Siena, aunque su rostro se muestre velado por la debilidad humana: el testimonio de la fe y de la caridad será entonces más grande, más inteligente, más meritorio [54].

He presentado un mosaico de pensamientos de Pablo VI sobre la Iglesia. La antología no es completa, porque los discursos del papa Montini encierran en este aspecto una riqueza impresionante. Mucho menos es definitiva porque el Santo Padre nunca agota este fascinante tema. La meditación continúa siempre...

María y la Iglesia

La Virgen María, Madre de Cristo y Madre nuestra, es el *Typus Ecclesiae,* decía ya el futuro Pablo VI en el radiomensaje que, siendo arzobispo de Milán, dirigió a sus diocesanos para llamarles a la Misión de 1957. La mariología moderna sigue un camino eclesial. El Concilio Ecuménico aprobó y ratificó esta orientación cuando en la LVI Congregación General —29 de octubre de 1963—, después de un interesante debate y subsiguiente votación, decidió incluir el esquema sobre la Virgen en el *de Ecclesia.* Así esta constitución dogmática terminará hablando precisamente de Nuestra Señora [55].

Tenemos, pues, a María colocada por el mismo Vaticano II en el cuadro de la Iglesia. También Pío XII dedicó a la Virgen el epílogo de su encíclica *Mystici Corporis.* Por eso pienso yo que es éste un lugar apropiado para recoger algún pensamiento de Pablo VI sobre María Santísima, Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

Una de las gracias que el Sumo Pontífice desea para la Iglesia de nuestro tiempo es la de

> comprender y practicar bien el culto hacia María Santísima. Este culto es introducción y consecuencia del culto único y sumo que debemos a Jesucristo Nuestro Señor; es garantía de nuestra fe en sus misterios y en su misión; es expresión de nuestra unión con la Iglesia, que tiene en María su hija más santa y más bella, y que encuentra en María, como escribió San Ambrosio, su imagen ideal; nos llena de gozo y de esperanza, y nos enseña a imitar a la Señora en sus virtudes

tan sublimes y tan humanas, sobre todo en la virtud de la fe y en la aceptación de la palabra de Dios, que inicia en nuestras almas la vida de Cristo [56].

El Concilio Ecuménico, en su constitución sobre la sagrada liturgia, ya solemnemente aprobada y promulgada, centra maravillosamente la devoción a la Virgen cuando declara que «en la celebración anual de los misterios de Cristo la Santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en ella la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la Redención, y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» [57].

Hay un texto del cardenal Montini que viene aquí muy bien como glosa a estas palabras del Vaticano II. Está tomado de un discurso que pronunció en una semana de estudios litúrgicos celebrada en Vicenza:

> La liturgia no es sólo la cátedra de la verdad dogmática, sino también escuela de santidad y medio principal de unir nuestras almas con Cristo. Es, por tanto, de desear que los trabajos de este congreso se consagren, sobre todo, a este punto de vista particular de la liturgia mariana y, partiendo de aquí, el culto de la Santísima Virgen, si ello es menester, se reduzca o vuelva a sus fines puros, recobre su verdadera función de ser camino hacia Jesús por la transformación más rápida posible, completa y amorosa del hombre viejo en el hombre nuevo de la justicia y santidad cristiana. Toda otra forma de devoción mariana, que no estuviera suficientemente orientada en esta dirección, sería necesariamente defectuosa y no agradaría a la Madre celestial [58].

Podemos completar esta idea con un breve párrafo tomado de la carta que Pablo VI escribió al cardenal Bueno y Monreal, arzobispo de Sevilla, con motivo de la coronación de la Virgen de la Esperanza:

> La verdadera y profunda devoción mariana se refleja necesariamente en una auténtica vida cristiana, en una vida conforme a las enseñanzas del divino Salvador [59].

Como se ve, en estas ideas marianas aparecen también claramente los afanes cristocéntricos del papa Montini y aparece igualmente su obsesión eclesial. El Papa habla de la Virgen como de «la más bella y santa Hija de la Iglesia, imagen ideal» de la misma [60]. Significativas expresiones con las que Pablo VI expresa su afecto hacia la «Madre» y «Hermana predilecta»

como a algunos les place llamar ahora a Nuestra Señora. La mirada de todos está fija en ella, esperando que

> el Concilio pronuncie en la gran visión de la Iglesia el nombre dulcísimo y santísimo de la Virgen, Madre de Jesucristo y por ello Madre de Dios y Madre nuestra.

Así se expresaba Pablo VI en su discurso a los padres conciliares y a los fieles reunidos en la basílica de Santa María la Mayor, el día 11 de octubre de 1963, para celebrar el primer aniversario de la apertura del Concilio:

> Pretendemos [en el Concilio] rendir honor a María Santísima. El honor que le es debido, conforme a la excelencia de su ser y de su misión; honor singular, honor superior; honor que siente no poder jamás igualarse con el que el Señor mismo la ha rendido y que el plan divino, que también descansa sobre ella, merecería; honor que ella misma presagió cuando profetizó que todas las generaciones la llamarían bienaventurada; honor que no olvida su humildad de creatura, como ella es y se proclama, y que, por tanto, no ignora el abismo incolmable de la trascendencia divina sobre el cual sólo la adoración tiene puente; pero que se hace entusiasta y se extasía al admirar cómo Dios mismo ha querido cruzarle, el abismo incolmable, para hacerse hombre, y en la humanidad, a ella sola, la elegida, cubrir con la sombra de su Espíritu, haciendo de ella sola la puerta de ingreso en nuestro mundo y en la Historia... [61].

> El tema de las relaciones entre María y la Iglesia es de la máxima importancia y de gran actualidad por las discusiones que suscita en el mundo religioso y con ocasión del Concilio Ecuménico... Quien medite este binomio: «María y la Iglesia», encontrará razones bellísimas para asociar los dos términos en una viva admiración del designio de Dios, que quiso la cooperación humana, la de María, la de la Iglesia, para el cumplimiento de la Redención; encontrará en la tradición secular de la teología y de la liturgia, referidos con frecuencia a María y a la Iglesia, los mismos símbolos; encontrará que María es la figura ideal de la Iglesia, *Ecclesiae typus,* el modelo de la Iglesia, como dice San Ambrosio *(In. Luc.,* 22, 7); aquella, como escribe San Agustín, que *figuram in se sanctae Ecclesiae demonstrat (De Symb. ad catech.,* 1; PL, 40, 661); la que refleja en sí la imagen de la Santa Iglesia. Podemos decir aún más: en María, llena de gracia, encontramos todas las riquezas que la Iglesia representa, posee y dispensa; en María, sobre todo, tenemos a la Madre virginal de Cristo; en la Iglesia, a la Madre virginal de los cristianos; maternidad natural aquélla, mística ésta.

Dice también San Agustín: «María engendra físicamente la cabeza del Cuerpo Místico y la Iglesia engendra espiritualmente a los miembros de esta cabeza», que es Cristo *(De Sancta Virg.,* 2; PL, 40, 397). Pero no sólo se puede contemplar en María la figura de la Iglesia, sino que se pueden descubrir otras muchas relaciones que demuestran que la elección de María está ligada a la de la humanidad redimida; bastaría recordar la presencia de la Virgen en el Cenáculo el día de Pentecostés para admirar que aquella fecha, que era para María nueva y terminal plenitud de gracia, era para la Iglesia el momento inicial de la efusión de la gracia, algo así como el nacimiento a la vida del Espíritu Santo; así, pues, también por este título la Virgen puede ser considerada y honrada como Madre de la Santa Iglesia, que también tiene el dulce y elevado título de Madre, la Madre Iglesia; las prerrogativas de la Virgen se comunican a la Iglesia; María posee y resume en sí en grado eminente y perfecto todas las perfecciones y las gracias con que Cristo colma a la Iglesia. ¡Nunca acabaríamos!

Baste concluir fijando en nuestros espíritus la convicción de que María y la Iglesia son realidades esencialmente ensambladas en el designio de la Salvación que se nos ofrece a través del único principio de gracia y del único mediador entre Dios y el hombre, que es Cristo; esencialmente. Quien ama a María debe amar a la Iglesia, y así también, quien desee amar a la Iglesia debe amar a María. Sepamos unir en nuestra devoción, salvada la proporción y diferencia, a María y a la Iglesia [62].

Así, pues, el Vaticano II, que tiene por tema central a la «Iglesia» y que, sintonizando con el Evangelio y con la máxima aspiración de nuestro tiempo, se propone la exaltación de los pobres, de los humillados y de los humildes, honrará y exaltará a María, dibujando su figura en el cuadro eclesial con el bíblico estilo del *Magnificat,* que es el canto sublime de la humildad de Nuestra Señora. Podemos recordar aquí las palabras que sobre este punto pronunció el Papa en la clausura de la segunda sesión del Vaticano II:

Esperamos de este Concilio la mejor y más conveniente solución a la cuestión relativa al esquema de la bienaventurada Virgen María: el reconocimiento unánime y devotísimo del puesto enteramente privilegiado que la Madre de Dios ocupa en la Santa Iglesia, que es el tema principal del Concilio: Después de Cristo, el más alto y a nosotros el más cercano, de forma que con el título *Mater Ecclesiae* podamos venerarla para gloria suya y alegría nuestra [63].

Mientras el Concilio dice esta palabra sobre la Virgen [64], unidos al Papa, nuestro amor y nuestra fe se hace oración:

María, dirige tu mirada a la Iglesia, mira a los miembros más responsables del Cuerpo Místico de Cristo, reunidos en torno a ti, para reconocerte y celebrarte como a su mística Madre.

Bendice, oh María, la gran asamblea de la Iglesia jerárquica, también ella engendradora de los cristianos, hermanos de Cristo, primogénito de la humanidad redimida. Haz, oh María, que esta Iglesia, que es suya y tuya, al definirse a sí misma, te reconozca por su Madre, hija y hermana predilecta, incomparable modelo, su gloria, su gozo y su esperanza. Esto es lo que te pedimos ahora: que seamos dignos de honrarte por lo que eres, por lo que haces en la admirable y armoniosa economía de la salvación: *Dignare nos laudare Te, Virgo Sacrata.*

María, míranos como a tus hijos, míranos hermanos y discípulos, apóstoles y continuadores de Jesús; haz que seamos conscientes de nuestra vocación y de nuestra misión; haz que no seamos indignos de asumir, en nuestro sacerdocio, en nuestra palabra, en la oblación de nuestra vida por los fieles, que se nos ha confiado, la representación, la personificación de Cristo. Tú, llena de gracia, haz que el sacerdocio que te honra sea también santo e inmaculado.

María, te pedimos por nuestros hermanos cristianos todavía separados de nuestra familia católica. Mira cómo una porción gloriosa de ellos celebra con fidelidad y amor tu culto; mira cómo en otras porciones, tan resueltas a llamarse y a ser cristianas, alborea ahora tu recuerdo y tu culto, oh piadosísima; llama con nosotros a todos esos hijos tuyos a la misma unidad bajo tu materna y celeste tutela.

Mira, María, a la humanidad entera, a este mundo moderno en el que Dios nos llamó a vivir y a trabajar; es un mundo que vuelve la espalda a la luz de Cristo; y después tiembla y gime en las pavorosas sombras que él mismo se crea al actuar así. Tú que eres la más bella entre las vírgenes, la más digna de las madres, bendita entre todas las mujeres, haz que tu dulce y humana voz le invite a volver la mirada hacia la vida que es la luz de los hombres, hacia ti que eres la lámpara preciosa precursora de Cristo, única y suma luz del mundo; y ruega para que este mundo tenga el verdadero sentido de su propia existencia; consigue para él la alegría de vivir como creación de Dios, y por ello el deseo y la capacidad de dialogar, orando, con su Artífice, cuya imagen misteriosa y bienaventurada refleja en sí; pide para el mundo la capacidad de valorar todas las cosas como don de Dios y consiguientemente la virtud de actuar con bondad, y de emplear tales dones con sabiduría y oportunidad. Implora para el mundo la paz. Haz hermanos entre sí a los hombres, todavía divididos; guíanos hacia una sociedad más ordenada y concorde.

Para los que sufren —que son cada vez más con las presentes des-

venturas— consigue el consuelo; y para los difuntos, el eterno descanso.

Monstra te esse Matrem. Haznos ver que eres nuestra Madre. Esta es nuestra plegaria, oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María. Amén [65].

Ecclesia

La Iglesia, durante el Concilio, viene haciendo una meditación en voz alta sobre sí misma. La meditación continúa:

> En la asamblea misma de sus pastores y doctores la Iglesia ha iniciado una gran meditación sobre el misterio del que se deriva su origen y forma: la meditación no está terminada, pero la dificultad misma de concluirla nos hace ver la profundidad y amplitud de esta doctrina, al mismo tiempo que nos estimula a cada uno de nosotros a un esfuerzo de comprensión y de expresión que, por un lado, necesariamente habrá de conducir nuestros espíritus y también, desde luego, el de los fieles, que sigan atentamente nuestros trabajos, a Cristo, de quien todo lo tenemos y a quien queremos devolver todo: *Reconciliare omnia in Ipsum (Col.,* 1, 20); y, por otro lado, deberá acrecentar nuestro gozo de haber sido llamados a formar parte de este santísimo Cuerpo Místico de Cristo, y nuestra mutua caridad, principio y ley de la vida de la Iglesia. Alegrémonos, hermanos. ¿Cuándo jamás la Iglesia tuvo una conciencia tan clara de sí misma? ¿Cuándo estuvo tan enamorada de Cristo? ¿Cuándo se sintió tan feliz y tan concorde? ¿Cuándo tan diligente en imitarle y tan dispuesta al cumplimiento de su misión?... [66].

Meditación sobre la Iglesia... con el Papa, con los padres conciliares, que en el Vaticano II nos darán ese documento eclesial —*Constitutio dogmatica de Ecclesia Christi*— que con tanta ilusión esperamos y con tanto entusiasmo vamos a recibir.

Nosotros, los católicos, nos ponemos cada día en contacto vital con Cristo y su Iglesia por medio de la «comunión» y siempre que nos acercamos a un hermano. Sabemos descubrir a la Iglesia en el Papa y en los obispos, en Roma y en la periferia de la cristiandad. La hemos visto en el Concilio y la contemplamos en los pobres, en los niños, en los jóvenes, en todos los hombres; en los sacerdotes. Nos emociona este diálogo esperanzador de

la Iglesia con el mundo moderno, con los hermanos separados y también con los no cristianos. Sentimos la fuerza del catolicismo viendo que la Iglesia ha plantado ya sus pabellones en todos los meridianos del orbe y que su nombre se escucha en todas las lenguas... Por eso, de todos los puntos que hay en la rosa de los vientos nos vienen ya noticias eclesiales. Es la hora de la Iglesia. Este libro quisiera ayudar a descubrirla, a profundizar en su misterio, a conocer sus espectos externos, a amarla y servirla apasionadamente, como la ama y la sirve Pablo VI, a despertar en los amigos el «sentido de Iglesia»... Ojalá también ayude, como quiere el Papa, «a hacer progresar los intereses del Concilio, que son superiores a las finalidades particulares... promoviendo y acelerando el buen éxito del gran acontecimiento...»[67].



3. Pío XII, monumento de Messina en la Basílica Vaticana.

2. *El siglo de la Iglesia*

Siglo XX, siglo de la Iglesia

Videte Ecclesiae surgentis exordium[68]. Mientras en Roma se celebra el Concilio Vaticano II yo me atreveré a traducir así esta preciosa frase de San Ambrosio: Fijaos cómo la Iglesia renace: mirad cómo la Iglesia se renueva: ved cómo la Iglesia avanza por los caminos del mundo moderno. Este es el comienzo de una nueva era para la cristiandad.

Han sido los teólogos centroeuropeos, de mentalidad siempre tan abierta y sintonizada con la psicología de nuestro tiempo, quienes han acuñado este *slogan* tan significativo: «El siglo XX es el siglo de la Iglesia».

En 1922 Romano Guardini escribía: «Un acontecimiento religioso de inmenso alcance está a punto de realizarse. El sentido de la Iglesia se despierta en las almas».

«El siglo XX —decía el padre Congar a finales de 1962— será el siglo de muchas otras cosas: del ecumenismo, del átomo, de la descolonización, del psicoanálisis, de las conquistas espaciales... del comunismo. Pero será, incontestablemente, también el siglo de la Iglesia, o de un nuevo sentido de la Iglesia»[69].

Es claro, por ejemplo, que en estos años cincuenta y sesenta la Iglesia está de actualidad como nunca. Baste señalar como prueba el interés con que la opinión pública mundial, incluso la más profana, sigue los aconteci-

mientos del Vaticano. Publica el Papa una encíclica, da a conocer una lista de nuevos cardenales y tenemos en seguida a las antenas de radio y al telex funcionando con trepidante rapidez, para difundir inmediatamente por los cuatro puntos cardinales el texto del nuevo documento papal o las fotografías con los datos biográficos de los neocardenales. Cito hechos que se repiten con cierta frecuencia en la vida vaticana. Pero podría referirme, para poner más de relieve la cosa, a acontecimientos realmente excepcionales que han tenido en vilo al mundo entero y en agotadora tensión a los redactores y corresponsales de las grandes agencias y de las más famosas rotativas mundiales: el Concilio, la muerte de Juan XXIII, el último conclave. Ninguna elección papal ha sido jamás esperada con tanta ansia como lo fue la del actual Pontífice. Todo el orbe católico y no católico estuvo durante días y semanas, sin decaer en su atención, pendiente y obsesionado por las noticias de Roma en aquel inolvidable mes de junio de 1963. Y no hablemos luego del viaje de Pablo VI a Palestina; registrado como «el acontecimiento del siglo», a juzgar sólo por la atención que le dedicaron la prensa y las cámaras televisivas [70].

Los tiempos nuevos

«La Iglesia católica ocupa todos los continentes y abre sus pabellones y sus templos en todos los rincones del mundo», decía Juan XXIII [71]. La Iglesia ha recorrido ya tantos caminos por la geografía de nuestro planeta que ha llegado a ser con buen derecho la protagonista número uno de la historia moderna.

Estamos en *los tiempos nuevos de la Iglesia.* Y estos años pueden ser los más decisivos para la expansión horizontal y en profundidad del catolicismo; los más interesantes del siglo de la Iglesia desde el punto de vista de la influencia de ésta en el mundo moderno.

Se vive hoy entre los hombres una gran tensión ecuménica y un inmenso afán de renovación. Todos miran al Papa, al Colegio Episcopal, esperando una respuesta a esa gran inquietud que carcome la conciencia de la humanidad en nuestros días. Todos hablan y esperan mucho del Concilio Vaticano II. Y justamente, ya que el Papa ha reunido el sínodo ecuménico para hacer que la Iglesia marque una impronta nueva en el rumbo de la Historia. La Iglesia se dispone a hacerlo y lo hará. Sólo esta Madre, siempre joven,

siempre fuente de energías renovadoras, puede dar a las nuevas generaciones una orientación certera para caminar con paz, con alegría y con progreso humano y espiritual hacia un porvenir mejor.

Tenemos que tomar conciencia de la gran responsabilidad que supone para nosotros —sacerdotes y laicos de hoy— el ser los hombres de la generación del Concilio. Este se va desarrollando en Roma, porque semejante acontecimiento en nuestros días no podía tener lugar lejos de la capital del orbe católico. Por eso la Ciudad Eterna se encuentra como nunca en el punto central de la rosa de los vientos. Y no es así extraño que en esta hora los cristianos de todas las latitudes miren con inmensa ilusión, con creciente esperanza, a Roma, al Vaticano. En la basílica de San Pedro está el aula conciliar donde se reúne el episcopado católico. El Jefe de la cristiandad, que tiene su morada en el palacio apostólico de la colina vaticana, se llama Pablo VI, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. El prestigio del papado ha llegado a la cumbre y ahora todo en la cristiandad gira en torno al Papa y al Concilio.

Observar a la Iglesia

Hojeando la prensa católica nos ponemos cada día en contacto con la Iglesia. Así podemos apreciar fácilmente la asombrosa vitalidad que tiene en nuestro tiempo esta, siempre vieja y siempre nueva, Institución fundada por el mismo Cristo. En las movidas y atrayentes páginas de nuestros diarios, semanarios o revistas podemos captar y admirar continuamente los gestos decididos del Papa, leer sus documentos, conocer a los cardenales y prelados que, desde Roma o en sus diócesis, gobiernan la cristiandad; seguir las gestas heroicas o sencillas del sacerdocio católico de todas las naciones y la labor apostólica, cada día más apreciada, del laicado ferviente.

Todo esto nos interesa para conocer, comprender y amar a la Iglesia. A través de los aspectos externos del Cuerpo Místico podemos descubrir el misterio de la Iglesia y su marcha a través de los tiempos. Por eso nos interesa también mucho la historia del catolicismo en los últimos decenios. Observar el presente, lanzar nuestra perspectiva hacia el futuro y echar una mirada atrás. Fijarnos en los personajes y en los acontecimientos de la Iglesia para captar su resurgimiento: *surgentis Ecclesiae exordium.* Algo de esto quisiéramos hacer ahora en estas líneas y luego en todo el libro.

Cómo los papas han preparado a la Iglesia para los tiempos nuevos.

En octubre de 1958 murió Pío XII después de haber anunciado en un discurso de sabor casi profético que se acercaba para la Iglesia «una espléndida primavera» [72].

Quizás el análisis de la situación actual de la cristiandad nos dé ya datos suficientes para corroborar la afirmación del papa Pacelli. En todo caso, los hombres de la generación posconciliar podrán hacerlo con abundantes testimonios. Se vislumbra muy claro el futuro en este sentido. Pero no voy a fijarme ahora en el horizonte que tenemos delante. Quiero, en cambio, con las páginas de este capítulo, echar una mirada hacia atrás para ver cómo los últimos papas han ido preparando a la Iglesia para esta «hora nueva» a lo largo del período que llamamos «siglo de la Iglesia».

El *Anuario Pontificio* nos da una lista de 262 sucesores de San Pedro. En esta dinastía los últimos ocho nombres forman una serie de papas gigantes como no los ha habido nunca, al menos tan seguidos, en la historia de la cristiandad.

Pío IX

Me parece a mí que al hablar de los papas que han preparado esta «primavera de la Iglesia» hay que comenzar citando a Pío IX.

El pontificado de Juan M. Mastai Ferretti es el más largo que se registra en los anales del Vaticano. Reinó treinta y dos años y este hecho singular quedó grabado para el recuerdo con un medallón de preciosos mosaicos en la basílica de San Pedro. Tenía Pío IX cincuenta y cuatro años cuando subió al trono pontificio y, con su espíritu vivo, ardiente y en ocasiones hasta audaz, llenó de una manera cumplida la etapa crucial del pasado siglo, el llamado período de la revolución técnica. El papa Mastai, desde la altura del Vaticano, vio y observó cómo todo se transformaba a su alrededor. Hasta su propio Estado temporal se deshacía ante sus pies. Un día el augusto Pontífice dijo: «Todo ha cambiado en torno a mí... Ahora es necesario que también la Iglesia cambie [en lo no sustancial, se entiende] para emprender con eficacia la evangelización de este mundo moderno».

Podemos decir que con el Concilio Vaticano I comenzó la gran cruzada de la Iglesia para la recristianización de los tiempos nuevos. Frente al naturalismo la ecuménica asamblea expuso con meridiana claridad las líneas maestras de la vida sobrenatural y presentó a la Iglesia como la bandera levantada sobre los siglos para remedio de la humanidad. La definición de la infalibilidad pontificia colocó al Sumo Pontífice en una nueva posición de prestigio que ha hecho crecer vertiginosamente la autoridad del papado.

Muchas cosas hizo Pío IX en su duradero pontificado. Este Papa era un santo —como atestigua su proceso de beatificación a punto ya de ser terminado— y su humildad, unida al sentido de la realidad, le hizo pronunciar, ya en su ancianidad, una frase que se ha hecho famosa: «Es tiempo de que me vaya; hace falta otro hombre para aplicar otros métodos». Murió cuando iba a cumplir ochenta y seis años [73].

León XIII

El hombre nuevo se llamó León XIII. Joaquín Vicente, de los condes Pecci, era un gran diplomático y llevaba también una buena experiencia pastoral cuando fue elegido Papa. Había sido nuncio en Bruselas y luego arzobispo de Perusa durante todo el pontificado de Pío IX. Tenía sesenta y ocho años cuando, en 1878, subió las gradas del solio de San Pedro y su menuda y delicada figura física parecía presagiar un breve pontificado. Sin embargo, vivió hasta los noventa y tres años y su largo gobierno al frente de la Iglesia ha sido uno de los más gloriosos de la Historia.

A León XIII le tocó trazar con sus grandes encíclicas la ruta doctrinal sobre la que todavía siguen caminando los católicos de nuestros tiempos. Son inmortales las enseñanzas de este Papa sobre la filosofía cristiana, la familia, la sociedad, el Estado, las libertades, las cuestiones sociales, etc. Un formidable arsenal de certeras orientaciones que hicieron escribir a Anatole Leroy-Beaulieu esta singular observación: «Al igual que en los tiempos de Gregorio VI y Sixto V el Papa quiere hacer oir su palabra en los asuntos humanos... Parece como si asistiéramos a la vuelta a escena de uno de los grandes actores de la Historia. En el viejo teatro, del cual se le veía ya expulsado para siempre, el papado descubre, en lugar de las dinastías consagradas por sus manos, un nuevo personaje: la democracia. Conmovedor encuentro, en verdad, del que depende en gran parte el desarrollo del drama

de los tiempos futuros. El Papa va derecho a ella. ¿Y de qué habla? De lo que más importa al pueblo: de la cuestión social».

Ciertamente, León XIII era un sacerdote de ideas geniales con una certera visión sintética y constructiva de los grandes problemas modernos. Era, además, muy austero y sentía una inquietud excepcional por el apostolado. De sus labios salió esa consigna que tan célebre se ha hecho en los últimos años: «Sacerdotes, fuera de la sacristía». Algunos, usando una frase tal vez equívoca que no cabe en el *argot* de la Iglesia, le presentan ahora como el primer Papa «de izquierdas».

Lo más importante aquí es anotar que León XIII, con su pulso seguro, su brillante inteligencia y su formidable estilo, introdujo gallardamente a la Iglesia en el siglo XX, si bien al comenzar éste el papa Pecci era ya un gigante fatigado que se preparaba a dejar a otro las riendas de la Iglesia [74].

San Pío X

En 1903, para regir los destinos de la cristiandad, llega al Vaticano un santo, que ya está canonizado. Se llama José Sarto y escoge el nombre de Pío X. Sus once años de pontificado tendrán una proyección marcadamente pastoral. Su ambición apostólica es muy grande y se expresa en el conocido grito paulino que el nuevo Papa escoge como consigna para su acción: *Instaurare omnia in Christo,* que en aquel momento quería decir: Conquistar para Cristo el siglo XX.

Pío X se dedica, sobre todo, a preparar la Iglesia por dentro: reforma en lo espiritual, inyecciones de vida interior en el campo católico, abrir las fuentes de la Eucaristía y de la piedad para fortalecer a las almas. Había sido patriarca de Venecia y antes obispo de una pequeña diócesis, párroco, coadjutor y superior de seminario. Conocía, por lo mismo, a fondo todo lo concerniente al clero y a la administración diocesana y parroquial. Por eso introdujo en la Iglesia reformas muy amplias en el campo disciplinar, litúrgico y administrativo. Dio una nueva organización a la Curia Romana y ordenó la preparación del Código de Derecho canónico, que promulgó luego su sucesor [75].

Benedicto XV

El papa Santiago della Chiesa conocía bien los ambientes vaticanos y la diplomacia pontificia que había ejercido en Madrid y en la Secretaría de Estado, hasta que Pío X le nombró arzobispo de Bolonia. En esta importante archidiócesis estuvo siete años dedicado a la vida pastoral. Elegido Sumo Pontífice a los cincuenta y nueve años —el Papa más joven del siglo—, murió en la todavía temprana edad de los sesenta y siete. Tenemos así un reinado relativamente corto; pero que visto ahora en perspectiva nos parece inmensamente fecundo.

La primera encíclica de Benedicto XV, dedicada a la paz, a la concordia y a la caridad, daba la nota que ha de distinguir al campo católico en los tiempos modernos. El mismo Papa, durante la guerra europea, practica la caridad con dimensiones mundiales, soñando para después del trágico conflicto una sociedad de inspiración cristiana, en la que los católicos ejerzan una influencia decisiva. A los sacerdotes les da lecciones estupendas sobre la predicación y con sus normas y orientaciones prepara el terreno para la conquista misional de Asia, Africa y América.

Es interesante notar cómo Benedicto XV, desde el primer momento de su pontificado, tuvo la certera visión de que estaba comenzando en la Historia una nueva era de civilización, que la Iglesia tenía que conducir eficaz y radicalmente hacia Cristo. Significativa a este propósito es la siguiente anécdota, tal vez inédita, que he recogido en Roma de labios de un venerable benedictino: el 15 de septiembre de 1915 el papa Della Chiesa recibió en audiencia al segundo abad primado de los benedictinos, Fidel Stotingen. Era la primera vez que el abad visitaba al nuevo Pontífice y pidió a Su Santidad que fuese el protector de la Orden. El Santo Padre aceptó con mucho gusto la propuesta, motivando su gesto con estas palabras: «Padre abad, el tiempo en el cual nosotros nacimos ha sido ya superado. Se va a producir un cambio total en el mundo y en todas sus estructuras políticas, sociales y culturales... Se trata de un fenómeno muy semejante al que tuvo lugar en la época de San Benedicto, que fue el tiempo de la invasión de los bárbaros. Yo he escogido, como Papa, el nombre de vuestro fundador porque quiero conducir a Dios esta nueva era que ahora comienza, como lo hizo San Benito y sus monjes con la nueva época —la Edad Media— que entonces se iniciaba». Esta colosal tarea soñada y empezada por Benedicto XV ha sido luego cabalmente realizada por sus sucesores [76].

Pío XI

En 1922 llega a la cumbre del pontificado romano un hombre de esos que solamente aparecen en la Historia una o dos veces por siglo: un genio. Se llama Aquiles Ratti.

Su ficha biográfica la podemos resumir en estos datos y fechas: Nació en Desio, cerca de Milán, el 31 de mayo de 1857. Hizo sus estudios eclesiásticos en el seminario de la archidiócesis y en la Universidad Gregoriana de Roma. Fue catedrático en la Facultad Teológica de Milán y se especializó en archivística y paleografía cristiana. En 1908 se hizo cargo de la famosa biblioteca ambrosiana en la que venía trabajando ya como doctor desde hacía varios años. Su prestigio en este campo le valió en 1914 el nombramiento pontificio de prefecto de la biblioteca vaticana. En abril de 1918 Benedicto XV le destinó como visitador apostólico a Polonia, donde monseñor Ratti asistió a la liquidación del imperio central de Europa y a la constitución del nuevo Estado polaco. En julio de 1919 el Papa le promueve a la dignidad de nuncio con sede en Varsovia, donde le cogió la invasión soviética. Con particular esfuerzo trató de resolver los problemas que presentaba en aquellos momentos la vida eclesiástica en Polonia y en particular en la Alta Silesia. Tanto apreció el Sumo Pontífice sus cualidades y hasta tal punto aprobó su delicada misión que, en junio de 1921, le creó cardenal, nombrándole arzobispo de Milán. Su ascensión fue vertiginosa. A los ocho meses era Papa.

Había sido ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1879 en Roma. Fue consagrado obispo el 28 de octubre de 1919 en Varsovia y el 6 de febrero de 1922 subió a las gradas del solio pontificio. Su coronación tuvo lugar el 12 del mismo mes. Murió el 10 de febrero de 1939.

Resumir en pocas líneas un pontificado como el de Pío XI es tarea poco menos que imposible. Duró diecisiete años. Comenzó con un gesto de conciliación y de paz, pues apenas elegido quiso salir a la balconada exterior de San Pedro para dar desde allí su primera bendición a Italia y a la humanidad entera. Hasta entonces los papas, «prisioneros» en el Vaticano, bendecían desde la *loggia* interna de la basílica, en señal de protesta ante el Gobierno italiano, usurpador de los Estados pontificios. Su postura fue siempre así: conciliadora, pacífica y profundamente religiosa. Su acción se desarrolló en uno de los períodos más difíciles para la historia del mundo, el espacio de nuestro siglo que se intercala entre las dos guerras mundiales.



Ciò che importa è camminare in giustizia e santità

Testamento

4. *Sepulcro de Juan XXIII en las grutas vaticanas.*

Pax Christi in regno Christi, éste era el lema que resumía todo su programa. Lo explica en su primera encíclica sobre la realeza de Jesús, cuya fiesta instituye como símbolo del ansia que consume su corazón de Pastor universal: «Ha llegado la hora —dice— de que Cristo reine plenamente en la sociedad moderna».

La paz lateranense, firmada el 11 de febrero de 1929, ha hecho inmortal la memoria de Pío XI, porque la solución de la llamada «cuestión romana» fue un acontecimiento que, por encima de las contingencias de aquella hora, repercute en nuestra época y seguirá teniendo su influencia en los siglos venideros. Es que no fue un mero acuerdo político o diplomático entre el Vaticano e Italia. Fue la sapiente conclusión de un intrincado y doloroso litigio que dio a la Santa Sede una nueva posición jurídica internacional. Con los pactos de Letrán el papa Ratti resolvió de una manera sencilla, feliz y apropiada a nuestros tiempos, el problema de la soberanía e independencia del Sumo Pontífice; realizó la pacificación espiritual a la que aspiraban los buenos italianos y renunció generosa y definitivamente a los derechos temporales de la Iglesia romana, poniendo así fin en este aspecto a la «era constantiniana», por usar la frase hoy tan de moda. La decisión fue trascendental; tanto, que el gran Pontífice se sintió en el deber de declarar «ante el mundo, ante la Historia y ante Dios» que tomaba sobre sí toda la responsabilidad del paso dado.

Gobernante habilísimo, clarividente y realista, presta singular atención a los asuntos relativos a la organización de la Iglesia y a su proyección sobre el mundo. Toma contacto con los Estados nacidos de la ruina de los imperios centrales y toda una política de negociaciones y de acuerdos hace del pontificado de Pío XI la era de los concordatos. Por otro lado, su sentido de las libertades humanas, su energía y su rectitud le llevan a luchar denodadamente contra cualquier totalitarismo de derechas o de izquierdas. Por eso escribió la famosa encíclica *Mit brennender Sorge,* para denunciar el nazismo; la *Non abbiamo bisogno,* para frenar el fascismo, y la *Divina Redemptoris,* para condenar el comunismo ateo. Entró en atinada polémica con la *Action Française* y gritó fuertemente contra la persecución de la Iglesia en Méjico y en la España revolucionaria de la infausta república.

Papa de la Acción Católica, de la acción social, del movimiento misional. Fue creador del moderno apostolado de los laicos, al que dio carácter específico, organizándole y encuadrándole en la vida eclesiástica. Con la encíclica *Divini illius Magistri* reivindicó el libre magisterio de la Iglesia contra el monopolio del Estado. En la *Casti connubii* reafirmó la santidad de la familia y su integridad natural y cristiana. Con la *Quadragessimo anno* puso

5

al día los puntos fundamentales de la doctrina social, ya explicada por León XIII. Su postura y su acción en este sector fue de vanguardia, como lo fue en las más vitales y graves cuestiones que interesaban entonces a la vida de la Iglesia y al mundo. Baste decir que escribió veintiocho encíclicas. En el campo misional su actividad alcanzó una intensidad hasta entonces desconocida y la proyectó hacia todos los puntos de la rosa de los vientos: la expansión horizontal de la Iglesia entró con este Papa en la fase definitiva, cuyos resultados estamos viendo ahora.

Sabio y amigo de sabios, fundó la Pontificia Academia de Ciencias, acogiendo en ella a científicos e investigadores católicos y no católicos; promulgó la constitución apostólica *Deus Scientiarum Dominus* para la reforma de los estudios eclesiásticos; fue el promotor de la naciente Universidad Católica de Milán y de la de Nimega, Pekín, Montreal y Santiago de Chile, así como también del Instituto Oriental y de otros centros superiores de ciencias sagradas, en Roma. Se constituyó, además, en mecenas de famosos y sabios científicos, como Angel Mercati, Pablo Kehr, Guillermo Schmidt, Lucas Beltrami, Ludovico Pagliaghi, Juan Pedro Kisrh y Guillermo Marconi, a quien encargó la construcción de la emisora de radio vaticana.

Sacerdote santo, dedicó a la formación del clero una de sus mejores encíclicas y dio a todos un alto ejemplo de virtud. El que fue su secretario particular y es hoy insigne cardenal de la Iglesia, Carlos Confalonieri, en un libro que ha escrito sobre Pío XI alude a la posibilidad de que algún día pueda abrirse un proceso para la beatificación de este Papa «siempre grande», como escribió de él Pío XII: «Grande por la potencia y claridad de su inteligencia; grande de corazón y grande en virtudes; grande por la amplitud de sus concepciones y por la altura de sus planes; grande por la exactitud y el vigor que ponía en las realizaciones prácticas; grande entre los grandes».

Pablo VI, que trabajó con Pío XI como sustituto de la Secretaría de Estado, que se formó en su escuela, que tanto le amó y que tantas afinidades tiene con él, escribió en octubre de 1957 estas palabras: «Agradezcamos a Dios que haya dado a la Iglesia un hombre de tanta sabiduría y de tanta bondad. Pidamos al Señor que nuestra edad y la sucesiva no sean herederas desmemoriadas que renieguen de lo que legó a la Historia el nombre y la obra de Pío XI».

Alguien ha dicho que lo más grande que hizo el papa Ratti fue preparar para el pontificado romano a su sucesor [77].

Pío XII

Con los papas Ratti y Pacelli tocamos ya las más altas cimas en el prestigio del pontificado romano.

La inquietud apostólica de la Iglesia va creciendo rápidamente al filo de los nuevos tiempos, y en la hora más crucial del siglo xx el distinguido cardenal Eugenio Pacelli sube las gradas del solio pontificio con gallarda postura de ángel.

Llevaba una preparación excepcional para ser Papa. Fue elegido el 2 de marzo de 1939, justamente el día en que cumplía los sesenta y tres años. Era romano. Había realizado sus estudios en la Universidad Gregoriana. Había sido catedrático de Derecho en el ateneo de Sant'Apollinare y desde sus primeros años de sacerdote ejerció funciones en la Secretaría de Estado, formándose en la escuela de León XIII, de Pío X, de Benedicto XV y de Pío XI; trabajando junto a los famosos cardenales Rampolla del Tíndaro, Merry del Val y Gasparri. Fue minutante y luego secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios y de la comisión para la redacción del Código de Derecho canónico. Así, todas las leyes del Código vigente hoy en la Iglesia pasaron por sus manos. Benedicto XV le nombró en abril de 1917 nuncio apostólico en Munich, de Baviera, elevándole a la sede titular arzobispal de Sardes, y le consagró personalmente en la capilla sixtina el 13 de mayo. En 1920 pasó a ser nuncio en Berlín. Su gestión diplomática en Alemania al servicio de la Santa Sede fue muy brillante y bastante difícil en la última etapa. En diciembre de 1929 Pío XI le creó cardenal para nombrarle su secretario de Estado. Altísima función que desempeñó con singular maestría y prestigio. El papa Ratti le preparaba pensando que sería su sucesor, hasta que en el conclave más breve que recuerda la Historia fue elegido Sumo Pontífice.

Las tareas de Pío XII, Papa, son bien conocidas porque su memoria está todavía muy viva entre los hombres de nuestra generación. Su pontificado fue muy largo: casi veinte años estuvo al frente de la Iglesia, trazando una trayectoria espléndida que resulta difícil conmensurar.

Pastor angelicus, tenemos en Eugenio Pacelli un gobernante de una personalidad arrolladora, entregado generosamente a los afanes de edificar la paz rota y construir sobre los fundamentos de la justicia y del amor un mundo mejor. Pretendía transformar cristianamente todas las estructuras modernas irradiando el Evangelio en los más diversos estratos de la sociedad.

Doctor de los tiempos nuevos, con sus cuarenta y tres encíclicas y sus

magistrales discursos, que forman veinte volúmenes, derramó luminosa doctrina sobre los hombres de nuestro tiempo, tratando de influir sobre la vida individual, familiar, política e internacional; la cultura, el arte, las ciencias, todo. Su empeño era reconciliar a la Iglesia con el mundo moderno.

Hábil diplomático, supo lanzar el papado, con decisión y valentía, al juego del mundo. Introdujo en la Iglesia innovaciones llamativas y, como conductor del pueblo cristiano, fue un hombre de alta mar llevando a la nave de Pedro hacia grandes escalas deliberadamente fijadas.

Tipo exquisito, tenía una mirada radiante que, encuadrada en su rostro casi de ébano, reflejaba fácilmente su potente y abierta inteligencia y también su perfección espiritual.

Apasionadamente dedicado al servicio de la Iglesia, tenía un sentido tal de su grandeza que le llevó a hacer del papado la institución más prestigiada y admirada entre los hombres de nuestro tiempo, católicos y no católicos.

Fue un gran bienhechor de la humanidad, a la que le tocó acompañar durante los años más tormentosos de nuestro siglo. Príncipe de la Paz. Guía seguro para la Iglesia. En torno a su obra y a su figura se está tejiendo ya una historia de inmensas dimensiones. Es imposible apilar ahora aquí datos. El mejor retrato y el más expresivo balance de su pontificado nos lo ha dado Pablo VI, al inaugurar el monumento que Messina ha dedicado en la basílica vaticana al Pastor Angélico. En este escrito del papa Montini y en la estatua del artista tenemos la mejor imagen de Pío XII para el recuerdo.

Yo creo que si la Historia es justa le dará a éste, como se lo dio ya a otros papas, el apelativo de «Magno»: «Pío XII, el Grande» [78].

El prestigio del papado

En el apéndice a la *Historia del mundo* escrita por Flenley y Weech [79], hablando de la coyuntura del siglo xx, Juan Reglá dice que «el renacer espiritual explica la acentuada recuperación de la Iglesia», y señala sus fases decisivas resumiéndolas así: «Atención a los problemas sociales por León XIII, el Papa de la *Rerum novarum;* fortalecimiento interior por San Pío X, el Papa de la Eucaristía; activismo religioso de Pío XI, el Papa de la Acción Católica, e incansable labor doctrinal de Pío XII, encaminada a demostrar la idoneidad de los principios del cristianismo para superar la crisis del siglo xx».

Cuando uno termina de hablar de estos papas siente la impresión de no tener ya nada más que decir del pontificado romano, cuyo prestigio parece haber tocado el punto más alto. Sin embargo, el vértice se alarga y la cumbre de nuevo se eleva: Roncalli, Montini.

Juan XXIII

El papa Roncalli ha sido un Pontífice, como suele decirse, fuera de serie.

Cuando todo estaba ya preparado por sus antecesores, Juan XXIII llegó en el momento oportuno para cambiar el rumbo de la Historia. Con él comienza una nueva era, que se define ahora con el nombre de época *joannea.*

La atrayente y simpática figura de este «humilde sucesor de San Pedro», su vida llena toda de florecillas, no necesitan presentación. Tan grabado está en nuestra alma su amable semblante que cualquier retrato, incapaz siempre de dibujar lo inefable, no haría más que desfigurarle.

En sólo cuatro años y medio de pontificado —28 de octubre de 1958-3 de junio de 1963— realizó lo que todos llaman ya «la revolución de Juan XXIII».

Concilio en el siglo XX es el hecho que lo resume todo. El le ideó, le preparó, le convocó y le puso en marcha, abriendo así en la Iglesia las compuertas de sus juveniles y arrolladoras energías.

Creó en toda la cristiandad una tensión de reforma consiguiendo un cambio de mentalidad en el campo ecuménico y pastoral. Con su encíclica *Mater et Magistra* renovó en lo social directrices ya claras del pensamiento de la Iglesia. Su pontificado innovador, en continuo *crescendo,* culminó en la *Pacem in terris,* el documento pontificio más famoso de los últimos tiempos, que ha quedado en la Historia como puntal para la nueva era.

Fue un Papa sencillo que, con sus gestos y palabras, envueltos en un estilo encantador, puso de moda la bondad, la bondad ecuménica, la bondad de los pobres, que sólo pueden dar amor. El mismo se definió «*Pater amabilis,* el Papa que quiere poner de relieve la nota de la amabilidad paterna, el Padre que ama, que invita a amar, que hace persuasiva la ley del amor».

Campeón de las obras de misericordia, pasó por el mundo de puntillas llenándolo todo de alegres resonancias con sus cantos de amabilidad, de simpatía y de optimismo vital. Con un apelativo muy normal, pero que resulta nuevo espontáneamente aplicado a Juan XXIII, las gentes le llamaban el

Papa «bueno». Pastor bondadoso, que supo mirar al mundo con «ojos buenos», no para cerrar la vista ante la penosa realidad, sino para fijarse más bien en lo positivo, buscando lo que une y no lo que separa. Actitud ésta que le llevó a dar un «sí» resuelto a nuestro tiempo alineándose al lado opuesto de los pesimistas y profetas de desventuras. Por eso fue capaz de entrar en diálogo definitivo con los hermanos no católicos y con la humanidad entera. Tendió un puente nuevo entre la Iglesia y los hombres de nuestro tiempo. Logró hacerse escuchar. Despertó la atención y el interés del mundo entero por las cosas del espíritu. Sembró en surcos profundos que sólo su táctica evangélica fue capaz de abrir.

Guía único para conducir a los hombres de nuestro tiempo por los caminos de la paz, de la caridad y de la unidad, vivió ochenta y dos años entre los hombres sin dejarse notar hasta el final. Es que su camino, como su adiós postrero, fue misterioso. Se nos marchó el papa Juan una tarde de primavera —3 de junio de 1963, hora 19,49— después de haber reunido en torno a sí a toda la humanidad, en una audiencia colosal, que duró durante los tres días, dramáticos e inolvidables, de su edificante agonía. Y se fue..., pero cuando se marchaba todos los hombres volvieron hacia él la mirada porque, con su corazón tan grande, tan abierto, tan universalista, había logrado hacerse Padre de todos, y así, al irse, dejó a las almas más cerca de Dios y a esta pobre tierra más digna de ser habitada. Pero todos, todos, aquel día, nos sentimos huérfanos. Y ha sido precisamente un escritor protestante, Alden Hatch, quien ha publicado luego una obra para demostrar que Juan XXIII fue «el hombre más amado de todos los hombres de nuestro tiempo».

«Pero ¿qué hizo —se pregunta Bevilacqua— para suscitar tan llamativos plebiscitos de amor y de reconocimiento? En uno de los libros más conmovedores de estos últimos tiempos (ANDRÉ SCHWARZ-BART, *Le dernier des Justes)* un niño hebreo pregunta a un anciano qué debe hacer el justo. Sin dudar un momento el viejo señor responde: '¿Acaso pedimos al Sol que haga algo? Se levanta, se pone, llena el alma de alegría'. Esto hizo Juan XXIII: apareció, desapareció, dejando las almas llenas de gozo y de paz. Quizá alguno se sienta tentado de llamar a este Pontífice 'Mensajero ideal del imposible amor'. No. El Papa del espíritu *pentecostal* ha suscitado movimientos de amor irreversibles. Elías se marchó y sólo ha podido existir un Eliseo que le recogiera el manto. Con Juan XXIII no ha sucedido así. Papa querido, yo beso tu mano que jamás podrá dejar de bendecir. Quisiera besarte el corazón, cuyos latidos ninguna losa tumbal podrá jamás impedir» [80].

El Papa de los tiempos nuevos

El afán primordial de Pío XI consistió en hacer que la Iglesia fuese *mejor y más universalmente* conocida por el mundo moderno. A Pío XII le tocó hacer que la Iglesia *alcanzase un prestigio nuevo y general;* le dio el ascendiente y la autoridad que necesitaba ante los hombres del siglo XX. Juan XXIII ha hecho que la Iglesia sea *más amada, por todos amada...* Ha creado un nuevo clima en torno a la Iglesia y dentro de la Iglesia... [81]. Supo, además, preparar las cosas de forma que tras él viniese el Papa que en ese momento de su marcha necesitaba la cristiandad.

Así ahora, al «Papa bueno» ha sucedido el «Papa genial»: Pablo VI, encargado, como ha dicho el cardenal Suenens, de convertir en realidades las intuiciones proféticas de Juan XXIII.

Estamos en el comienzo de un pontificado que se prevé glorioso como el que más. En su primer año Pablo VI ha escrito ya un capítulo entero de la historia de la Iglesia. Las páginas de este libro quieren ser un modesto testimonio de esa evidente realidad.



IL CARDINALE ARCIVESCOVO DI MILANO

Milano, 6 marzo 1959

Rev. mo Signore,

ho ricevuto le Sue due lettere che mi sono regolarmente arrivate; ed io devo chiedere scusa se non vi dato subito risposta. Ma così talvolta mi capita, quando la domanda proposta merita rispettosa considerazione e d'altronde crea grande difficoltà a darle soddisfazione.

Io non saprei infatti rispondere alla questione proposta: " perché mi sono fatto sacerdote ". E' questione che non ammette risposta pubblica, per quanto mi riguarda. " Sacramentum Regis abscondere bonum est". E se Ella obbiettasse: " Opera autem Dei revelare et confiteri honorificum est ", io dovrei dirLe che l'onore di Dio e l'edificazione del prossimo, nel caso mio, hanno sufficiente, e non piccolo tributo dal solo fatto che il Signore si é degnato di annoverare fra i suoi ministri me, che dovrei dire con San Paolo: " Ego ...... sum minimus apostolorum ", e che sperimento quanto sia vero ciò che é detto dell'arte di Dio nel rivendicare a sé ogni gloria nell'economia della grazia quando sceglie per sé " ea quae non sunt ".

Mi voglia perdonare; ed accolga egualmente i voti che io esprimo per Lei, per il Suo Seminario, per il Suo ministero.

Con sensi di distinto ossequio mi dico

dev. mo in Px.

+ G.B. Card. Montini

Rev. mo
Sac. JORGE SANS VILA
Seminario Mayor
Diputacion 231
BARCELLONA

5. Juan B. Montini: ¿Por qué me hice sacerdote?

3. *Pablo VI. Biografía*

El Papa que la Iglesia esperaba

Pablo VI parece reunir en su rica personalidad, con nuevo estilo, las cualidades más salientes que han distinguido a los últimos Pontífices: la majestad y firmeza de Pío XI, el genio y la sabiduría de Pío XII, la bondad e intuición pastoral de Juan XXIII [82].

El humanismo y la santidad se cruzan admirablemente en Juan Bautista Montini para darnos la figura del sacerdote auténtico. Una exquisita preparación y una amplia experiencia de la historia contemporánea le ponen en actitud de ser un gobernante clarividente. Su sentido realista de la vida, su visión ecuménica, su afán reformador, su simpatía hacia el mundo moderno, su mentalidad abierta y su intrepidez pastoral hacen de este obispo el Papa que esperaban los hombres de hoy. Tendremos en Pablo VI un buen puntal para la Iglesia de los tiempos nuevos.

Un insigne miembro del Sacro Colegio, el cardenal Franziskus König, ocho días después del conclave, dijo a un redactor de *L'Osservatore Romano* las siguientes palabras: «Los cardenales se han esforzado en buscar al hombre *más apto.* La nacionalidad no importaba. Se trataba de encontrar *el mejor* y creo que *lo hemos logrado*»: Juan Bautista Montini, «a quien los más diversos sectores de la cristiandad —dice el cardenal Cento— consideraban desde hacía tiempo como *el hombre de la hora,* tanto por la riqueza de sus

dotes personales como por las numerosas y variadas experiencias de su vida eclesial». Por eso —añade el cardenal Tisserant— «la mayoría se daba cuenta de que *se imponía* la elección de *ese nombre*»[83].

Los que durante aquellos inolvidables días de junio de 1963 merodeábamos por los ambientes eclesiásticos de Roma observando a los cardenales y recogiendo impresiones para orientarnos desde fuera en el laberinto del conclave nos sabemos muy bien los nombres de los llamados «grandes electores de Montini».

En el *argot* curial de Roma y en el lenguaje periodístico se denominan «grandes electores» de un Papa aquellos cardenales que antes de comenzar un conclave o durante el desarrollo del mismo trabajan a fondo la candidatura de otro determinado cardenal.

Algunos de los grandes electores de Pablo VI razonaron su posición más o menos en estos términos: En torno a Juan XXIII, durante su agonía y después de su muerte, se ha producido en toda la cristiandad y aun en el mundo entero un grandioso plebiscito de admiración y de aprobación de su línea; si nosotros no damos a la Iglesia un Papa que tenga el espíritu de Juan XXIII y que siga sus caminos, defraudamos las ilusiones de muchos cristianos. Además, en el Concilio Ecuménico se formó una clara mayoría de opiniones y de votos en torno a un programa de abertura, renovación y avance que pone a la Iglesia una serie de exigencias colosales; si los cardenales, que en el conclave representan de alguna manera a todo el Colegio Episcopal, no elegimos un Papa de esa tendencia manifestada en el Concilio, un Papa comprometido con el nuevo programa, no interpretamos la voluntad de la mayor parte del episcopado. Después de este razonamiento tan eclesial y tan elevado la conclusión para este grupo de grandes electores, a que nos hemos referido, era terminante: Hoy por hoy, el sacerdote más indicado para recoger la herencia de Roncalli, para llevar el Concilio por la línea que el mismo Vaticano II se ha trazado ya, para hacer realidades seguras y oportunas las intuiciones proféticas de Juan XXIII, para guiar a la Iglesia por el camino mejor según las exigencias de la hora presente, es Juan Bautista Montini. El cardenal de Milán será el Papa que necesitamos.

La alegría y el aplauso universal con que fue acogida la elección de Montini certifican claramente que Pablo VI era el Papa que esperaba la cristiandad en aquel momento. Le esperábamos miles de romanos arracimados en torno al obelisco de San Pedro, en aquella espléndida e inolvidable mañana de la *fumata bianca*. Le esperaban millones de católicos esparcidos por la inmensa explanada de la Iglesia, ensanchada ya hacia los meridianos de todo el orbe. Le esperaban los hermanos separados que tan apasionadamente

aman ahora el «día de la unidad». Le esperaba el mundo entero que, roto, partido y desorientado, busca con ansia un Padre y un Guía que sepa enderezar certeramente sus caminos hacia los tiempos nuevos.

Por eso la alegría de los hombres de buena voluntad fue grande cuando tuvieron la noticia de la elección de Pablo VI.

Montini era el candidato número uno para la sucesión de Roncalli, y —como ha escrito Jesús Iribarren— «su elección sólo fue incógnita para los fabricantes de incógnitas».

¿Por qué los cardenales eligieron al arzobispo de Milán? ¿Por qué la gran mayoría del pueblo cristiano quería Papa a Montini?

La biografía de Pablo VI explica perfectamente su fácil ascensión al supremo pontificado. La posición del cardenal de Milán, su espléndida trayectoria al servicio de la Iglesia, su mentalidad, eran bien conocidas. «Montini había puesto su firma en demasiados documentos para que pudiera ser un secreto su ideología o una adivinanza sus palabras» [84]. Y si los escritos del candidato de la mayoría eran ya en junio de 1963 un tesoro que retrataban todo su perfil mental, dando una radiografía de sus criterios y trazando una posible ruta para el futuro de la Iglesia, la vida de Montini resulta una apasionante aventura eclesial. Algo que hacía de él un sacerdote fuera de serie, preparado, como pocos lo han estado, a lo largo de la Historia, para regir los destinos de la cristiandad.

Merece la pena recorrer las páginas de esa historia. Vamos a hacerlo en este capítulo con un poco de amplitud. Se trata sencillamente de ir por los caminos del futuro Pablo VI viendo cómo Dios ha preparado a un hombre desde niño para hacerle, a los sesenta y seis años, Vicario suyo en la tierra.

Concesio, provincia de Brescia, aquí nació el Papa

El itinerario italiano de Juan Bautista Montini le conozco bien. Tres veces he estado en Brescia. No sé contar las que he ido a Milán; y vivo en Roma desde hace dieciséis años, observando e informando sobre la marcha de la Iglesia.

Concesio, el pueblo natal de Pablo VI, le visité pocas semanas después de la elección del Papa, cuando todavía se respiraba entre las gentes de aquella comarca el aire de fiesta. Yo iba en plan de periodista y anoté entonces en mi *bloc* estas impresiones:

6 de septiembre de 1963. El sol ya casi otoñal baña de transparencia la rica y atrayente campiña lombarda. Una modernísima autopista rompe su encanto para recordar a los extranjeros que estamos bajo los dominios de Milán, la capital de la industria y del progreso. Coches y más coches a velocidades impresionantes. El tren no quiere perder la partida y por eso camina por estas tierras hambriento de kilómetros para llegar a sus destinos con ejemplar puntualidad. Un rápido me ha dejado en la estación de Brescia a primera hora de la tarde. Tomo un taxi y le digo al conductor que quiero ir a Concesio.

—Usted desea visitar *il paese del Papa. Non è vero?*

El taxista intenta entrar en seguida en diálogo con este *prete spagnolo* para declararme con orgullo que es paisano de Pablo VI. Y me cuenta las impresiones del día de la elección y las jornadas de fiesta que siguieron luego por estas latitudes. Yo voy mirando el paisaje, hasta que, pasados diez kilómetros de carretera, mis ojos descubren unas letras blancas que destacan sobre un fondo azul diciendo a los viajeros que estamos en CONCESIO. El hasta hace poco innominado y desconocido pueblo comienza ya a figurar en las rutas del turismo y pasará a la Historia como patria de un Papa del siglo XX. Hay una fecha excepcional —21 de junio de 1963— que ha alborotado la existencia de esta tranquila gente, si bien los habitantes de Concesio se van habituando ya a las visitas de turistas y extranjeros que vienen aquí formando caravanas de curiosos.

Il paese del Papa, como las gentes llaman a Concesio, es un pueblo grande —unos ocho mil habitantes— formado con numerosas fracciones extendidas por una comarca de veintiocho kilómetros cuadrados, que arrancando casi de las afueras mismas de Brescia penetran hasta el risueño Valle de Trompia, hacia las laderas de los Alpes. En la localidad central del pueblo atravesamos una larga calle que aspira a ser de ciudad: Vía Rodolfo. Junto al número 16 el taxista frena y me dice: «Esta es la casa del Papa». Bajo del coche y observo una fachada color naranja con un portalón del ochocientos, encima del cual se abre hacia el paisaje de la montaña un balcón de corte andaluz. Antes esta casa tenía el número 14, que aparece ahora tachado.

Penetro hacia el interior, a un apacible patio, medio jardín, medio huerta. Llamo a una puerta de cristales y me recibe un simpático joven sobrino de Pablo VI. Responde amablemente a mis saludos y me enseña la casa. Subimos al primer piso.

«Aquí, en esta habitación —me dice—, nació el Papa.» Han pasado sesenta y seis años y la casa no ha cambiado nada. Muchos muebles son los

mismos que había entonces. La ventana de la alcoba da al patio donde Juan Bautista Montini jugaba cuando era niño con sus dos hermanos y sus amigos. La casa está habitada ahora por una prima, que no es muy anciana, pero que al parecer está paralítica de las piernas, ya que no puede moverse. He hablado largo rato con ella. Me ha contado los recuerdos de la infancia y he comprobado que la estampa que tenemos del niño Juan Bautista Montini corresponde a la realidad: un chaval de aspecto no robusto; pero inteligente; listo y despierto en los juegos; alegre en el trato con los demás y aplicado en el estudio; serio, piadoso y bueno: «Entre sus dos hermanos y nosotros los primos, que éramos seis, él era el mejor de todos», me ha dicho la señora, que saboreaba la alegría de tener un Papa en la familia. Evoca el día de la elección y me habla luego de la agitación posterior, del aluvión de periodistas y fotógrafos que penetró en aquellas habitaciones los días 21 y 22 de junio. Después alude a la ininterrumpida peregrinación de visitantes y curiosos que continuamente llegan hasta este lugar.

Desde la casa donde nació el Papa inicio mi itinerario por las ordenadas calles hasta la iglesia parroquial, *D. O. M. ed Antonino M.*, dedicada. Es una vieja iglesia, repintada, barroca y fea, que necesita ser restaurada. El último párroco que murió hace poco había iniciado ya la transformación colocando en la fachada una vidriera, que representa la figura de Juan XXIII. Buen augurio para la parroquia. A la izquierda de la entrada, la pila bautismal, y junto a ella, una lápida de mármol negro donde se lee la siguiente inscripción:

«*Rigenerati alla vita di Cristo nell'umile Pieve di Concesio i Presuli:*
S. E. Conte Francesco Lodrone, 1600.
S. E. Conte Sebastiano Lodrone, 1643.
S. E. Mons. G. Battista Bosio, 1892.
S. Em. Card. G. Battista Montini, 1897».

Pronto, naturalmente, cambiarán la lápida, es decir, pondrán una nueva que dé el merecido relieve a esta famosa pila bautismal que tuvo la fortuna de hacer «cristiano» a quien hoy es Cabeza de toda la cristiandad. He visto la partida de bautismo del Papa contenida en un libro parroquial de finales de siglo, donde con letra relativamente clara he leído: «*30 settembre. n. 51. Montini Giambattista Enrico Antonio María del Dott. Giorgio e Giuditta Alghisi nato il 26 (settembre) alle ore 22. Oggi battezzato da me Giov. Fiorini. Padrino Nob. av. Enrico de Manzoni di Brescia*».

Con distintas letras se leen debajo de la partida las siguientes apostillas: «*Ordinato sacerdote*»; *1937 Sostituto della Segr. di Stato, 1953 Nom. Pro Segr.; Nominato Arciv. di Milano il 4 novem. 1954*». Estas notas están

amontonadas unas sobre otras. No está señalada la fecha de su ingreso en el Sacro Colegio Cardenalicio, ni han hecho notar aún que ya es Papa. En realidad casi no hay sitio para más [85].

Jorge Montini, apóstol, periodista, formador y guía de dirigentes católicos.

El padre de Pablo VI fue un *pionero* del moderno movimiento católico italiano que configuró la «nueva patria» en la última década del ochocientos y en los primeros decenios de nuestro siglo. Un breve perfil de este hombre distinguido, que supo dejar una impronta clarísima en sus hijos, nos dará una clave para mejor comprender la mentalidad de Juan Bautista. Veamos.

En la Casa de San Pablo, de Brescia, moderna sede y «ministerio» central de todos los movimientos apostólicos de la diócesis, hay un gran salón para conferencias y asambleas llamado *Aula Giorgio Montini.* Fue inaugurado unos días antes de la elección de Pablo VI y en la entrada hay una lápida en la que se leen estas palabras: «A Jorge Montini, fiel y generoso militante de la Iglesia que guió durante decenios a los católicos de Brescia llevándoles a magníficas conquistas en el campo civil cristiano».

Esta dedicatoria encierra en perfecta síntesis lo que fue la vida apostólica de Jorge Montini. Nació en 1860. Estudió Derecho en la Universidad de Padua y sacó brillantemente su título de abogado. Todavía muy joven, en un momento crucial para la actuación de los católicos italianos, le entregaron en su ciudad la dirección del periódico *Il Cittadino di Brescia.* Estamos en el año 1881 y es por entonces jefe de las fuerzas católicas de Brescia José Tovini, que se dedica con generoso afán a la organización de la liga para la defensa de la fe en las escuelas de Italia. En torno a Tovini, jóvenes como Montini, Bazoli, Longinotti, conciben y realizan grandes empresas apostólicas y sociales que encuentran su punto de apoyo en el periódico.

Cuando Tovini desaparece con fama de santidad en 1897, la dirección de los movimientos católicos brescianos pasa a Jorge Montini, que tiene a la sazón treinta y siete años. Sus contactos con Rezzara, Murri, Toniolo, Sturzo y De Gasperi se hacen cada vez más intensos. Se está delineando en el horizonte una nueva época para la acción cívica de los católicos. La obra de los congresos se va a transformar en la moderna Acción Católica. Se ve

ya nacer la Democracia Cristiana, que se llama entonces Partido Popular. Los hombres clarividentes se preparan y cuando llega la anulación del *non expedit* por parte de Pío X vemos al padre del futuro Papa entrar en el Parlamento, donde mantiene durante tres legislaturas el puesto de diputado, sin abandonar sus mansiones en la administración municipal y provincial, de las que era consejero. En tiempo de Benedicto XV llega a ser presidente nacional de la Unión Electoral Católica.

Jorge Montini supo mantener en alto su bandera hasta los tiempos del fascismo, con el que tuvo choques violentos, como todos los hombres íntegros que actuaban entonces en la vida pública italiana. En el patio interior de la Casa de San Pablo, que ocupa el área del antiguo palacio donde estaba la redacción de *Il Cittadino di Brescia,* está señalado el lugar exacto donde los fascistas quemaron un día del año 1926 la edición del periódico católico insultando al director y destrozando luego sus oficinas.

El padre del actual Papa, que tan cristiana y gallardamente supo iluminar los primeros años sacerdotales de Juan Bautista, murió en 1943, cuando su hijo era ya desde hacía años sustituto de la Secretaría de Estado. Jorge Montini se fue, dejando huellas imborrables en el movimiento católico italiano. Las mismas obras que fundó o dirigió en Brescia tuvieron desde un principio amplia proyección sobre el campo nacional. Podríamos hablar de la Unión del Trabajo, la Congregación de la Caridad Apostólica, la Banca que lleva precisamente el nombre de San Pablo y las famosas casas editoriales *La Scuola* y *La Morcelliana,* que figuran hoy entre las más prestigiosas de Italia.

«Era —ha escrito Scantamburlo— un católico abierto y austero, ligado a la tradición por sus largos años de estudio, pero decidido a caminar hacia adelante, sin aceptar compromisos que excluyan lo de ayer o lo de hoy, comprendiendo claramente que el valor de la tradición sólo tiene significado cuando proyecta en el presente y el futuro los principios fundamentales que constituyen su esencia: libertad, seriedad, responsabilidad, renovación, presencia viva en las vicisitudes de nuestro tiempo».

Hombre inteligente e intrépido, Jorge Montini realizó su presencia de católico en el mundo de su tiempo, sobre todo, como apóstol de la pluma. Termino su breve semblanza destacando este aspecto porque así nos le presentó a los periodistas con gesto de suma delicadeza el mismo Pablo VI en la audiencia que concedió a los profesionales de la información, pocos días después de su elección pontificia [36].

La familia Montini-Alghisi

El 19 de marzo de 1940 Jorge Montini, en una carta escrita desde el Vaticano a un amigo, se expresa así: «... la gran bendición de mi vida es mi familia. Con mi mujer, *una santa y afectuosa criatura que ha compartido conmigo alegrías, preocupaciones y dolores,* celebraremos en agosto el cuarenta y cinco aniversario del matrimonio: Hemos tenido tres hijos que han continuado muy bien las tradiciones domésticas: el primero es abogado; divide su tiempo entre la profesión y las obras católicas; se ha casado hace quince años con una chica inteligente y muy buena y es padre afortunado de seis diablillos que son nuestra delicia; el segundo, después de los estudios humanísticos, se hizo sacerdote; vino a Roma para doctorarse en Filosofía, Derecho y Bellas Letras y terminó cogido por el engranaje de la diplomacia vaticana; ahora es sustituto de la Secretaría de Estado. El tercero es médico. Se dedica a sus estudios, a sus enfermos y a obras de caridad. Vive en casa con los padres y con una hermana mía, la tía María, que es una institución en el clan de los Montini».

Tenemos aquí retratada toda la familia del Papa. Y tenemos trazado por el mismo Jorge Montini los rasgos de su gentil esposa, Judit, de los nobles Alghisi, distinguida y bienestante familia de Verolavecchia. Huérfana desde niña, había estudiado lenguas, pintura y música en el colegio de las marcelinas, de Milán, recibiendo al mismo tiempo una exquisita educación. Conoció a Jorge en una peregrinación a Roma y a los veintiún años casó con él. Una esposa ejemplar y también una colaboradora preciosa e indispensable para el director del periódico católico de Brescia, a quien ayudaba en sus tareas preparándole, sobre todo, traducciones del francés.

Auténtico ángel de la familia. Mujer de carácter dulce; piadosa y generosa. Noble de sangre, pero más de corazón. Sencilla, pero muy fina. Bien formada, profundamente religiosa e inteligente, debió ejercer una influencia decisiva en la educación del futuro Papa. El hermano mayor de Pablo VI, Ludovico, la ha recordado así en un artículo que le solicitó el semanario *Oggi* para la *Festa della Mamma* de 1964: «Tenía unos ojos grandes y melena color castaño. Parecía alegre, pero amaba la soledad. Era reflexiva y serena... Bautista se parecía mucho a ella: con alma delicada y un carácter inflexible. De niño, si en el ambiente o en su ánimo había aire nubarrado, se reconcentraba en sí mismo, tanto que la mamá, cuando le veía tan silencioso —obediente y respetuoso como siempre, pero de momento incapaz de comunicación exterior—, le llamaba 'el hombre de leño' y se veía ella misma

de alguna manera retratada en él... Judit era el alma de la familia, el centro de la vida espiritual... Participaba en nuestros estudios sin entrar en ellos. Sólo alguna que otra vez, siendo ella muy versada en escribir, me ayudaba a mí, a Francisco y a Bautista a componer los temas, sugiriéndonos algún pensamiento o apuntándonos alguna idea... Participó muy de lleno en las vicisitudes de los tiempos y cuando por odio político quitaron a papá todos los cargos, a ella le tocó tomar la dirección del modesto movimiento de las mujeres católicas de la ciudad».

Fue, pues, presidenta de la Acción Católica, muy dada a obras de caridad y siempre entregada con generosidad al servicio de todos y a la educación de sus hijos. Siguió siempre muy de cerca, apoyándola con su oración, la trayectoria de la vocación de Juan Bautista. Le vio sacerdote y llegó a conocerle sustituto de la Secretaría de Estado [87].

A partir de 1920 doña Judit iba de tanto en tanto a Roma con el marido para ver y atender un poco al hijo sacerdote. Cuando éste comenzó a habitar en el Vaticano, también ellos, durante sus visitas a la capital, se hospedaban en su modesto piso, dentro de los palacios apostólicos. Por la mañana *il dottore Giorgio* ayudaba a misa al futuro Pontífice y la *signora Juditta* recibía la comunión.

Al padre Bevilacqua le he oído personalmente contar que estando él un día en casa de don Bautista con el doctor Jorge y doña Judit, en una hora en que el sustituto de la Secretaría de Estado se encontraba fuera, Pío XII mandó llamar a los padres de monseñor Montini. Estos no sabían cómo hacer. Se sentían apuradísimos de tener que presentarse ante el Santo Padre sin la compañía del hijo. Pero Pío XII quería verles solos..., quería decirles lo que les dijo: «Habéis dado a la Iglesia un hijo muy distinguido. Es mi consuelo y su colaboración me resulta preciosísima».

He visitado la casa de los Montini en Brescia, donde ahora vive el hijo mayor. Allí pasó sus últimos días Judit Alghisi, sentada muchas veces sobre su escritorio redactando largas cartas para sus hijos. En los comienzos de 1943 había muerto el marido y desde entonces la egregia viuda llevaba una vida recoleta, casi de contemplativa. Una mañana de mayo, al regresar de misa, cayó pálida sobre un sillón de casa. En pocas horas se quedó sin vida. Había comulgado en la Iglesia y un sobrino sacerdote le dio la extremaunción. Eran los años de la guerra. Juan Bautista salió del Vaticano a última hora de la tarde. Viaje difícil a través de una Italia deshecha. Llegó a Brescia al día siguiente. El último beso y una bendición a la madre, a la que acompañó hasta el cementerio. Tenía que regresar en seguida a Roma. Le esperaba Pío XII.

Los primeros años de formación

Los padres del actual Pontífice, aunque vivían en la ciudad de Brescia, solían pasar en su casa solariega de Concesio la temporada veraniega, que en el año 1897 prolongaron un poco para que naciera allí su segundo hijo [88].

Juan Bautista, niño enfermizo, necesitó ya, a poco de nacer, un cambio de aires y fue encomendado al matrimonio Paretti-Zanotti, que vivía en el pueblo de Sacco di Neve (Bovezzo), a unos kilómetros de Concesio. Así, la primera niñez del actual Papa estuvo repartida entre Concesio, Bovezzo y Verolavecchia, a treinta kilómetros de Brescia, donde los Alghisi tenían una casa, a la que fue luego a pasar frecuentes temporadas de reposo y vacaciones el estudiante y joven sacerdote Montini.

En Brescia el itinerario de Juan Bautista Montini es largo. Toda la adolescencia y juventud del futuro Papa se desarrolla en esta simpática ciudad, a la que me aficioné en los días de la primavera de 1964, que pasé en ella rastreando los recuerdos de Juan Bautista Montini. Recorrí todas sus calles y plazas. Visité sus iglesias, museos y monumentos. Traté de captar el ambiente y, poniéndome en contacto con las obras y organizaciones católicas, pude apreciar la vitalidad religiosa de la ciudad y diócesis, que constituyó el marco para los primeros años de formación del futuro Pablo VI.

Una mañana estuve rezando en la capilla del colegio de las religiosas de María Bambina, donde el 6 de junio de 1907 Juan Bautista recibió la primera comunión. El 21 del mismo mes fue confirmado por el obispo Giacomo Pellegrini en la capilla del colegio Cesare Arici.

En este famoso colegio, Giambattista, juntamente con sus dos hermanos, hizo los estudios de bachillerato. En el caso presente no es tópico decir que Juan Bautista Montini es el estudiante más aventajado que pasó por sus aulas. Ninguno ha llegado más alto. El día de su elección al supremo pontificado la televisión italiana, una hora después del anuncio *Urbi et Orbi,* nos enseñó todas las dependencias del Instituto Arici. Cuando yo le visité, semanas más tarde, uno de los profesores me explicó que los operadores de la televisión y los tomavistas del cine-documental estuvieron allí apenas murió Juan XXIII para recoger imágenes del mismo. Y me añadió que era la segunda vez que iban, pues realizaron la misma operación en octubre de 1958, después de la muerte de Pío XII; ya entonces se hablaba de Montini como papable, aunque aún no era cardenal. En la capilla del colegio, hecha

cuando Montini era arzobispo, pusieron su escudo. Ahora en el patio están construyendo una nueva iglesia, que quedará como recuerdo de la elección a Papa de uno de sus alumnos. Pablo VI ha regalado el altar central [89].

La dirección del colegio Cesare Arici está ahora en manos de los sacerdotes seculares. En los tiempos del estudiante Montini le dirigían los jesuitas. Entre los profesores que tuvo el futuro Papa, cuando éste llegó al supremo pontificado vivía aún en Brescia, con noventa y seis años de edad, el padre Persico, del que los periodistas recogieron el siguiente testimonio: «Juan Bautista era listísimo, con sorprendentes dotes de escritor, con una elocuencia hecha toda ella de realidades e ideas, sin retórica de ningún género» [90].

Buen testimonio del talento y cualidades del futuro Papa nos ha dejado también el conde Arístide Viarigi, que dio clases particulares a Juan Bautista durante las épocas en que la mala salud del muchacho no le permitía la asistencia a las clases del Arici. El conde, fallecido hace algunos años, bien seguro de que su antiguo discípulo caminaba hacia cumbres muy altas, conservó cuadernos, trabajos literarios y hasta objetos escolares y otros recuerdos de Montini [91].

El aventajado estudiante terminó sus estudios de bachillerato con el examen final (que corresponde de alguna manera a la reválida de España) en el liceo Arnaldo, de Brescia. Estamos en 1916. El joven Juan Bautista tiene diecinueve años. Ese mismo verano fue llamado a la revista militar y resultó inhábil por su delicada salud.

La juventud de Montini. El "Oratorio della Pace". El padre Bevilacqua.

Mientras Montini estudiaba como alumno externo en el colegio Arici, estuvo, como todos los jóvenes buenos de Brescia, bajo la influencia espiritual de los padres filipenses del *Oratorio della Pace.*

Hemos de detenernos un momento a hablar de esta institución, a la que estuvo ligada toda la juventud de Montini, tanto que algunos de los sacerdotes que dirigían el Oratorio llegaron a jugar un papel muy importante en la formación del futuro Papa.

He estado varias veces en el Oratorio de la Paz mientras un nutrido grupo de la juventud actual de Brescia llenaba de alegría y de bullicio el

viejo edificio. He hablado con los padres, admirando su esfuerzo por influir en los muchachos de hoy, tan distintos de los de primeros de siglo. Pero me ha interesado observar, entrar en la magnífica iglesia, ver las salas de reuniones y recreo, el patio, los pasillos, la biblioteca, los murales, la organización interna de la obra. Mezclándome con los muchachos pensaba en el joven Montini... Con una visión actual de las cosas, pero con el mismo afán de hace cincuenta años, los padres filipenses tratan de dar a los chicos una recia dirección espiritual para formarles religiosamente y orientarles hacia la vida apostólica y la acción social cristiana.

Por fortuna, en el *Oratorio della Pace* vive todavía el padre Pablo Caresana, famoso predicador, que fue durante mucho tiempo confesor de Montini y que recuerda perfectamente su estampa juvenil. He hablado con él largo rato. Anciano, simpático, muy atento, orgulloso de que se le pregunten cosas de Montini. Me cuenta incluso con exactitud una anécdota que, como tantas otras, corre un poco falseada por las biografías del Papa. Durante la guerra —del 16 al 18— el obispo le encargó de la parroquia de San Juan, a la cual pertenecían los Montini. Todas las semanas había que preparar la hoja parroquial. Al padre Caresana, en funciones de párroco, le tocaba hacer el artículo de fondo. Se lo encargaba siempre al joven Montini. Le daba el tema y a la media hora estaba redactado. El padre lo firmaba. Y la gente se admiraba de los buenos artículos del sacerdote encargado de San Juan. Así, pues, no era la homilía lo que Bautista hacía a su párroco, sino la columna de fondo para el boletín semanal. «Los periodistas han confundido las cosas —me dice el padre Caresana—. De todos modos —añade—, Juan Bautista era un chico excepcional.»

En aquellos años había en el Oratorio filipense de Brescia un padre conocidísimo en toda Italia: Julio Bevilacqua. Figura destacada del clero italiano, este sacerdote merece nuestra especial atención por su recia personalidad y por la influencia decisiva que ha tenido en la formación de Montini, a quien siempre, también ahora, ha estado unido con una fuerte amistad.

El padre Bevilacqua no reside ya en el Oratorio. Dirige en las afueras de Brescia una parroquia obrera, en la que desarrolla una gran actividad pastoral, dando testimonio de pobreza y vida evangélica.

Hombre de espiritualidad muy recia, culto y humanista, de mentalidad moderna y muy abierta, *pionero* de la acción social y siempre al corriente de las últimas novedades en el campo de la pastoral litúrgica. Hizo sus estudios eclesiásticos en la Universidad de Lovaina, donde se especializó, sobre todo, en Sociología y Filosofía, bajo la dirección del insigne Mercier. Pasó

sus primeros años apostólicos en Brescia trabajando con la juventud. Fue capellán de un regimiento alpino en la Primera Guerra Mundial y en los años siguientes volvió a Brescia, desde donde extendió su radio de acción apostólica a toda Italia mediante sus conferencias y escritos, dedicándose al apostolado con los intelectuales para la promoción de la cultura católica. Tuvo fuertes choques con el fascismo, ya en los primeros tiempos del régimen, por su posición siempre abierta, franca y contraria a toda dictadura. Así, fue perseguido y Pío XI le llamó a Roma dándole el cargo de secretario de la Obra para la Preservación de la Fe. En la Urbe vivió en casa de don Montini, que trabajaba ya en la Secretaría de Estado. Después de la Segunda Guerra Mundial, en la que fue capellán de Marina, regresó a Brescia para dedicarse a la vida pastoral, montando la parroquia piloto de San Antonio, a la que me he referido antes.

Hace tiempo que conozco al padre Bevilacqua a través de sus libros y artículos en la revista *Humanitas,* de la que fue fundador, luego director muchos años y ahora colaborador. He de decir, sin embargo, que descubrí la mentalidad, como el nombre mismo de Bevilacqua, leyendo los escritos del cardenal Montini, que le cita muy a menudo. Luego, estudiando a fondo la biografía del Papa, he visto la fuerza de la amistad que les liga a los dos.

Un verano fui a Brescia para conocer la parroquia de San Antonio. Su coadjutor, el padre Masetti Zanini, me contó la historia de la parroquia, me explicó su funcionamiento y me hizo ver toda la obra realizada por Bevilacqua. Recuerdo que, ya antes de llegar, el taxista a quien pedí en la estación que me llevase *alla parrocchia di Sant'Antonio* me previno por el camino diciéndome que *padre Bevilacqua era un santo uomo che faceba tanto bene...*

Con aquella visita quedé tan entusiasmado de la intensa vida religiosa y pastoral-litúrgica que se notaba en aquella parroquia, admiré tanto el esfuerzo apostólico y el estilo moderno y personal del párroco, que me propuse retornar con calma para hacer allí un poco de experiencia apostólica bajo la dirección pastoral del padre Bevilacqua. Se me ofreció la ocasión en la Cuaresma —1964— y allí estuve en los últimos días de la misma, durante la Semana Santa y Pascua, trabajando como sacerdote y conviviendo con el padre Bevilacqua, de cuyas lecciones pastorales y agradable conversación conservo un recuerdo inolvidable.

Sobre «la parroquia y los alejados» Bevilacqua tiene escrito un interesante ensayo que presentó en la *Settimana di aggiornamento pastorale* de Milán (1958). He leído también otro libro que él mismo me ha regalado y en el que encuentro estupendamente retratada la recia espiritualidad de

Bevilacqua: «*L'uomo che conosce il soffrire*». Me gusta ahora leer siempre sus artículos procurando captar la mentalidad de un sacerdote, que trató ya con Pío XI, que ha sido amigo de Juan XXIII y que es confidente de Pablo VI.

La amistad y el aprecio del Papa actual por Bevilacqua tiene un buen testimonio en la parroquia, a la que el cardenal Montini se escapaba desde Milán de tanto en tanto, para dejar siempre allí algún recuerdo, que podía ser una casulla, un cáliz y hasta un órgano. Parroquia pobre donde todo son dones y algunos proceden ahora nada menos que del Sumo Pontífice.

Ya es interesante saber que el Papa vive en contacto directo con un párroco de suburbios, un sencillo sacerdote filipense que se hospeda frecuentemente en la casa del Santo Padre y que come y cena con él para traerle directamente las palpitaciones del ambiente parroquial. Un párroco, sí, pero un párroco escritor, intelectual, apóstol moderno, *pastoralista* de primer plano.

Si el lector quiere saber cómo piensa y aprecia Montini a Bevilacqua vea esta página escrita por el actual Papa en octubre de 1961 cuando, siendo cardenal de Milán, mandó a la revista *Humanitas* unas cuartillas como homenaje a los ochenta años del filipense de Brescia:

> ... una vida, cuyo curso intenso y dramático no vamos a describir ahora; nada de panegíricos; ni siquiera esa característica dote de paternidad y fraternidad que desde hace cincuenta años le hace conservarse siempre familiar y juvenil... puede tener aquí la efusión de afecto y gratitud que llevamos en el corazón todos —¡somos tantos de muy diversa edad y condición, pero de iguales sentimientos!— los que mucho hemos recibido de este maestro incomparable y amigo singular... [El padre Bevilacqua] llega a la meta de la longevidad en plena eficiencia de pensamiento y actividad, como le hemos conocido siempre; tanto, que no podemos imaginarle sino joven. Es ésta una circunstancia que tiene sabor de carisma y por la cual hemos de dar gracias al Señor. Nadie podrá decir que el infatigable filipense haya conducido vida cómoda y sedentaria. La tensión y el esfuerzo de una actividad sin tregua, que ha caracterizado toda la vida de este hombre militante siempre por lo único que tiene valor, están todavía hoy, gracias a Dios, en plena eficiencia, como para confirmar esa lección que él nos ha dado siempre sobre los valores que no sufren cansancio ni desfallecimiento; y así la edad, esta vez, no ha vencido las fuerzas espirituales del hombre que a los ochenta años no conoce vejez... El padre Bevilacqua nos infundió confianza en la cultura católica, conduciéndonos a las fuentes de su vitalidad y de su fecundidad... Dirección: Cristo... El Evangelio, su libro por excelencia... Los es-

> tantes de su biblioteca, llenos de volúmenes que reflejan el pensamiento y la experiencia humana, los más expresivos, los de hoy; y todos devorados y como sometidos al tormento de gruesas señales que parecen querer cavar en las páginas para descubrir el sí y el no respecto a la cuestión única, el problema religioso; más aún, el problema de Cristo. Cristo, único objeto de la cultura para este apasionado maestro... El pensamiento de Bevilacqua ha estado en todo momento dramáticamente encarado con la realidad, más que con la sola verdad especulativa, tratando siempre de convertirse en experiencia y vida...

En su canto de amistad y admiración hacia el maestro, el cardenal Montini pone de relieve la exquisita sensibilidad litúrgica y pastoral del sacerdote Bevilacqua que, después de tantas experiencias humanas y cristianas, en una vida tan agitadamente apostólica, le han llevado

> a darse a la pobre gente de un turbulento barrio de ciudad surgido en la posguerra..., al hombre de hoy, al hombre desorientado que quiere anclarse en el trabajo honesto y en el afecto familiar, al hombre intoxicado por las cien drogas de la cultura infiel a las leyes y a las exigencias de la verdad y todavía mesiánicamente influido por un mensaje de luz amiga; al hombre exacerbado por las persistentes desigualdades sociales, cristalizadas en una rancia y egoísta legalidad; al hombre que, aun en la misma indignación de sus imprecaciones, se siente, a pesar de todo, inconscientemente ávido de un poco de amor. Así. He ahí a Bevilacqua párroco de suburbio. Se diría que éste constituye hoy el centro del interés humano y cristiano. Ahora, a sus ochenta años, en el suburbio. Allí encontramos ahora a este pensador infatigable, a este soldado maravilloso, a este potente predicador, a este filipense auténtico; y le agradecemos que nos haya servido de guía para llegar a esta meta. Le miramos con afecto filial; una luz mañanera se irradia sobre su bendito atardecer: el próximo Concilio Ecuménico, que es su pasión y su nueva fatiga; parece como si el Concilio viniese a recoger y escuchar los mejores deseos de toda su vida. Le miramos una vez más; ¿no surca acaso una arruga de tristeza su frente? Conocemos tal vez el secreto de esa arruga y quisiéramos de verdad hacerla desaparecer. Sí, caro padre, hemos entendido. Cristo solo, Cristo vivo.

No se pueden decir palabras más expresivas. Este magnífico retrato que Montini nos da de su amigo Bevilacqua y en particular ese aspecto que pone de relieve sobre la plena eficiencia física y mental, y sobre el espíritu juvenil de este singular sacerdote de ochenta y dos años —dato del que pueden dar testimonio cuantos conocen y tratan al distinguido padre filipense—,

explica perfectamente el aprecio que Pablo VI sigue teniendo de su antiguo maestro. Pocas semanas después de su elección a Sumo Pontífice el Santo Padre llamó a Bevilacqua y le invitó a pasar con él unos días en Castelgandolfo. Acompañó así al Papa como en años anteriores había acompañado al cardenal Montini durante sus vacaciones veraniegas en Suiza. Ahora el padre Bevilacqua sigue siendo confidente y consejero de Pablo VI que últimamente le distinguió nombrándole miembro del Consejo para la aplicación de la constitución litúrgica promulgada por el Vaticano II. Ya Juan XXIII, que estimaba también sobre manera al batallador filipense, le había hecho perito del Concilio y antes miembro de la Comisión Litúrgica preparatoria.

Oír a Bevilacqua contar sus conversaciones y encuentros con Juan XXIII o con el cardenal Roncalli es una delicia; y es también emocionante oírle hablar de Montini —citaremos su testimonio repetidas veces a lo largo de este libro— y oírle contar cómo siguió su elección pontificia pegado a la pantalla televisiva en un bar cercano a su parroquia. Llegaba a Papa don Battista, su Montini, al que él mismo de joven había orientado, con su influencia espiritual, hacia el sacerdocio... [92].

Volvamos a coger la narración en aquel momento de la vida de Pablo VI, cuando el actual Pontífice tenía dieciocho años.

Estudios en el seminario y ordenación sacerdotal

En 1916 Juan Bautista Montini toma la decisión más importante de su vida juvenil: «Seré sacerdote».

Jorge Sans Vila realizó hace pocos años una interesante encuesta entre figuras sacerdotales de primer plano para preguntarles el origen de su vocación. El cardenal Montini le escribió desde Milán una preciosa carta que Jorge guarda con cierto orgullo en sus ricas carpetas de temas vocacionales. Le agradezco que me haya dejado reproducir en este libro el texto original:

> ... yo no sabría, en realidad, contestar a la pregunta «Por qué me hice sacerdote». Es algo que no admite respuesta pública, en cuanto a mí se refiere. «Bueno es guardar el secreto del rey.» Y si usted me objetase: «Pero glorioso pregonar las obras de Dios», tendría que decirle que el honor de Dios y la edificación del prójimo, en mi caso, ya encuentran suficiente y no pequeño tributo por el mero hecho de que el Señor se haya dignado contarme entre sus ministros, a mí, que con San Pablo debería decir: «Yo... soy el menor de los apóstoles», y que experimento cuán verdad sea lo que se dice del modo

de obrar de Dios al reclamar para sí toda la gloria en la economía de la gracia cuando escoge para sí «la nada».

Si la pregunta «Por qué me hice sacerdote» en Juan Bautista Montini «no admite respuesta pública», mucho menos admite glosa... El Señor quiso que fuera sacerdote para hacerle luego Vicario suyo en la tierra.

En Verolavecchia, durante las vaciones del año 1916, Juan Bautista confía a un amigo, que también quería ser sacerdote, su decisión de entrar en el seminario. Habla luego con sus padres, que reciben alegres la noticia. Sí, todos conformes. Al seminario. Pero el momento es difícil para la salud del joven estudiante. El obispo, monseñor Jacinto Gaggia, decide que Juan Bautista haga externo los cursos en el seminario diocesano. Inicia la teología y tiene entre sus profesores a cuatro futuros obispos: Elquisto Belchiorri y Juan Bautista Bosio, que explican teología moral y serán luego, el primero, obispo de Tortona, y el segundo, arzobispo de Chietti; Domingo Menna, que explica Derecho canónico y que llegará después a obispo de la cercana diócesis de Mantua; Mario Toccabelli, profesor de Sagrada Escritura y futuro arzobispo de Siena [93].

Apasionado por su vocación y bajo la guía de tan escogidos maestros el joven no ahorra fatiga en la tarea de su formación eclesiástica.

El día 21 de noviembre de 1919 el seminarista Montini recibió la tonsura y luego, con muy pocos intersticios, fue recibiendo las demás órdenes menores y mayores hasta el presbiterado.

> Mi ordenación fue rápida: No es que pasase en una semana de catecúmeno a arzobispo como mi predecesor San Ambrosio; pero en seis meses pasé de laico a sacerdote.

Se expresaba así el cardenal Montini hablando en la capilla de las religiosas de Santa Dorotea, de Brescia, un día de mayo de 1960. Recordó en aquella ocasión que, recién ordenado de diácono, el padre Caresana le llevó a la casa de las citadas religiosas para cantar el *Exultet* del día de Sábado Santo.

> Pueden imaginarse con qué fervor y con qué capacidad de expresión intenté hacerlo tratándose de uno de mis primeros actos del ministerio y teniendo que cantar una de las cosas más bellas que la Iglesia tiene en su liturgia: el anuncio pascual [94].

Juan Bautista Montini fue ordenado de presbítero por monseñor Gaggia el 29 de mayo de 1920 en la catedral de Brescia. Hermoso templo del tardo Renacimiento, coronado con una cúpula que es la tercera de Italia por su altura. En el Jueves Santo —el gran día del sacerdocio— de 1964 tuve la satisfacción de oficiar como presbítero asistente en la misa crismal para la bendición de los óleos celebrada por monseñor Almici en este templo [95].

Ocasión estupenda para recordar la ordenación de Pablo VI y rezar fervorosamente por el Pontífice que en esta iglesia bresciana inició el itinerario sacerdotal que había de conducirle un día a la cumbre del pontificado romano.

Otra de mis frecuentes metas para la oración durante los días de mi estancia en Brescia era el santuario de Nuestra Señora de las Gracias, donde el futuro Papa dijo su primera misa el 30 de mayo. En el recordatorio puso estas palabras, que cualquiera encuentra ahora llenas de presagio al considerarlas como lema de un sacerdocio naciente:

> Concede, oh Señor, que todas las mentes se unan en la verdad y todos los corazones en la caridad.

La casulla que usó para celebrar su primer sacrificio estaba hecha del hábito nupcial de su madre.

A dos pasos del santuario de Nuestra Señora de las Gracias está la casa de la familia Montini, donde vivían los padres del Papa cuando éste llegó a sacerdote.

Recuerdo que la primera vez que visité esta casa, en el viaje que hice a Brescia después de la elección del Papa, me acompañó desde la citada iglesia un vejete, persona sencilla que en seguida se dio cuenta de que yo era un extranjero en busca de curiosidades «montinianas». Con cierta soltura comenzó a hablarme del Papa y de la alegría de los brescianos por su elección. «*Io sapevo che lui sarebbe diventato Papa*», me decía el vejete con aires de profeta. Y cuando íbamos entrando en el portal me advirtió, por si no lo sabía, que «allí no habita el Papa, sino sólo su hermano». Entonces yo muy serio le pregunté que dónde vivía Pablo VI y con mucha seguridad me respondió que en un palacio del Vaticano.

Montini, sacerdote: Destino, Roma

Recién ordenado de sacerdote, en el verano de 1920, don Montini recibe de su obispo un destino, en el que está toda la clave de su vida futura: A Roma, estudios eclesiásticos de especialización.

¿Qué estudios? Monseñor Gaggia ha dejado la cosa un poco en el aire. De momento lo importante para él es que el joven sacerdote fuera a la capital del orbe católico para aprender el «sentido de Iglesia». Antes de partir le da un consejo que el mismo Montini ha evocado siendo ya cardenal:

> Recuerdo... que monseñor Jacinto Gaggia, una gran figura de obispo, al que debo, entre otros tantos beneficios, el de mi ordenación sacerdotal, hombre de amplísima cultura, gran ingenio y no menor voluntad, fue tímidamente interpelado por mí, que entonces era un sacerdote jovencísimo, sobre las lecturas con que debía orientar mis estudios, que en aquel tiempo pensaba enfocar precisamente hacia la historia y vida de la Iglesia. Y él se apresuró a responderme: «Lee la historia de los concilios; coge la obra de Hefele [dieciocho grandes tomos] y estúdiala bien. Allí puedes encontrar todo —me añadió—: teología, filosofía, espiritualidad, política, humanismo y cristianismo, errores, discusiones, verdades, abusos, leyes, virtudes y santidad de la Iglesia. La historia de los Concilios es una enciclopedia eclesiástica» [96].

Montini, que según nos dice en el texto citado deseaba dedicarse a estudiar la vida y la historia de la Iglesia, llega a Roma en el otoño de 1920. En esta ciudad, que es toda ella un libro abierto sobre la Iglesia, el espíritu del futuro Papa se siente en seguida misteriosamente fascinado.

Durante toda su vida Montini ha sido siempre muy romano. Su alma, dotada de una gran intuición, supo descubrir en seguida, desde su primer encuentro con la Urbe, las dimensiones de la «romanidad». Ese estilo, esa nota peculiar, ese «sentido» que llamamos «espíritu romano» y que el mismo Pablo VI ha explicado a los seminaristas de la Ciudad Eterna con palabras que descubren, sin duda alguna, lo que para él fue intensa vivencia en su juventud:

> Sería necesaria una larga lección para exponer lo que es el espíritu romano. Pero los seminaristas de esta Roma, madre y maestra, ya lo saben o al menos lo intuyen. Y tratan, por lo mismo, de cultivar en su alma las ricas enseñanzas que Roma les da. Procuran compren-

der no sólo el semblante exterior, los aspectos radiantes con que la Iglesia se arropa y se manifiesta, sino ese secreto celestial que la hace vivir desde hace siglos. Se trata de compenetrarse con la misión que le fue confiada a la Iglesia romana para que personificase, de manera incomparable y única, el Evangelio de Cristo.

Que cada uno se esfuerce en profundizar, en conocer, el tesoro de tradiciones que Roma ofrece con espléndida generosidad; que cada uno se empape con el silencio de las catacumbas, con la elocuencia de los templos venerandos; con nuestras específicas prácticas de piedad y actos religiosos, y esto precisamente para dar al alma un alimento que deberá un día desbordarse en el ministerio apostólico.

En una palabra, que los seminaristas y los sacerdotes sean hombres que lleven marcada en su mentalidad, como nota distintiva, la romanidad, y que estén profunda y singularmente impresionados por la sacralidad tan particular de la ciudad de los santos apóstoles Pedro y Pablo [97].

Roma fue para Montini, primero, la ciudad de sus estudios superiores; luego, el escenario de sus primeros ministerios y más tarde la plataforma de sus altísimas funciones al servicio de la Santa Sede en la escuela de dos grandes papas: el uno, de tan altas vibraciones romanas, como fue Pío XI, y el otro, fino espíritu de auténtico *romano di Roma* —así dicen aquí—, como fue Pío XII. Enviado por este último Pontífice estuvo en Milán nueve años ejerciendo misión pastoral en contacto muy intenso con la Ciudad Eterna, por la que siempre sintió natural y espontánea nostalgia, hasta que volvió luego a la urbe para ocupar el vértice en la pirámide de la romanidad: Obispo de Roma, *Paulus VI, Romae et totius Ecclesiae Episcopus.*

Pocos podrán decir como Juan Bautista Montini *Roma mihi patria:* Roma mi patria, Roma mi destino. Por eso sobre Roma ha sabido escribir Montini páginas de antología que bien retratan los valores que desde su juventud supo captar en sus lecturas y paseos por la Urbe para entrar en contacto con la historia, el arte y la sacralidad de tan original ciudad.

Esta fue su más importante tarea de formación personal en la Ciudad Eterna: adquirir el *Sensus Ecclesiae* —que es «sentido de romanidad y de catolicidad», y en este ambiente eclesial de la «ciudad sobre el monte» realizar estudios superiores en los más famosos centros de la cultura.

Los estudios que hizo en las universidades y centros romanos el joven sacerdote Montini fueron amplios y completos, simultaneando diversas facultades con una dedicación al trabajo intelectual que sólo un talento privilegiado es capaz de soportar. El futuro Papa se mantriculó en la Facultad

de Letras de la Universidad de Roma —*La Sapienza*— y en la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana. Esto durante el curso 1920 a 1921, mientras era alumno del Seminario Lombardo.

Al ingresar en noviembre de 1921 en la Pontificia Academia Eclesiástica se inscribió en la Facultad de Derecho canónico de la Gregoriana. Antes de terminar el segundo año —curso 1922-1923—, en el mes de mayo fue enviado a la nunciatura de Varsovia.

Cuando regresó de Polonia en el otoño del mismo año concluyó los estudios de Derecho canónico, haciendo el doctorado en la Facultad jurídica del seminario de Milán. Terminó también sus estudios de Filosofía con el doctorado hecho en Roma ante el tribunal especial de los protonotarios apostólicos, que entonces tenían la facultad de conferir grados académicos. Luego, durante el curso 1923-1924 estuvo matriculado en el *Instituto Utriusque Iuris,* de S. Apollinare, donde el 3 de julio de 1924, a los veintisiete años de edad, terminó su *curriculum studiorum* con el doctorado en Derecho civil. Era el tercero que hacía. Y merece la pena dar esta vez el nombre de sus examinadores, todos ellos figuras bien conocidas en el campo jurídico y eclesiástico: profesores abogado Alberto Guidi, decano de la Facultad de Derecho civil; monseñor Sosio d'Angelo; padre Arcadio Larraona, hoy cardenal [98]; monseñor Alfredo Ottaviani [99], también cardenal actualmente, y monseñor Giovanni Teodori, que fue luego prelado auditor de la Rota Romana.

El Seminario Lombardo, donde residió Juan Bautista Montini durante su primer año de estancia en Roma, estaba entonces —1920— en vía del Mascherone, en un viejo palacio propiedad de la Congregación de los Hijos de María Inculada que tienen allí ahora un convictorio sacerdotal. Rector era por aquellos tiempos monseñor Baranzini, que es actualmente arzobispo de Siracusa [100].

En octubre de 1921 don Battista traslada su residencia de estudiante a la Academia Eclesiástica, situada, como ahora —aunque no tan arreglada como ahora—, en *Piazza Minerva.* Al regresar de Varsovia vivió de nuevo en la academia y luego por poco tiempo en la antigua casa de los consiliarios de Acción Católica de vía Aurelia [101].

En 1929, siendo minutante de la Secretaría de Estado, y cuando se encontraba ya metido de lleno en las tareas apostólicas con los estudiantes de la FUCI, don Montini decidió buscar un piso en Roma y dio con un *appartamento* en el Aventino.

El miércoles de ceniza de su primer año de pontificado el Papa asistió a la estación cuaresmal celebrada en la iglesia de Santa Sabina. Al terminar el sagrado rito Su Santidad, dirigiendo la palabra a los presentes, dijo que

> llenaba su alma de alegría espiritual el hecho de encontrarse de nuevo en la espléndida iglesia, donde recuerda haber pasado, hace años, momentos muy recogidos y silenciosos de unión con el Señor. Se inunda el espíritu de gozo pensando en los recuerdos que evoca siempre el Aventino Sacro... [102].

Estas palabras, que yo mismo oí en la tarde del 12 de febrero de 1964, me sugirieron la idea de buscar la casa donde Montini vivió. Así, una mañana, tras un largo paseo por el Aventino y después de haber preguntado a diversas personas, llegué al número 11 de la *vía delle Terme Deciane.* Llamé al timbre del piso bajo y una gentil señora salió a abrirme: «Sí, aquí habitó el Papa cuando era joven», me dijo, respondiendo a mis preguntas, y me invitó a pasar. Era la viuda Enriqueta Pesci Mancini, propietaria de la casa, y, naturalmente, orgullosa de que su *chalet* haya entrado en la Historia. No era la primera vez que recibía gente interesada en saber noticias. Tras un pequeño recorrido por las habitaciones del piso me hizo pasar a un *salotto* donde la conversación fue larga y numerosas las noticias que recabé.

La señora Pesci Mancini es sobrina del famoso pintor Antonio Mancini, cuyos sugestivos cuadros adornan toda la casa. El artista, en busca de soledad y paisaje para su inspiración, había querido construir su *chalet* en uno de los parajes más encantadores de Roma. El ocupó el piso bajo con sus sobrinos, el matrimonio Pesci, y decidió arrendar los dos superiores. El segundo le habitó el conde Caterini y el tercero quedó contratado por un joven sacerdote que se instaló allí con una anciana señora encargada de atender la casa.

Montini residió en el Aventino desde septiembre de 1929 a marzo de 1933. El sitio, tranquilo y aireado, era ideal para la salud. La misma casa estaba, como hoy, rodeada de jardín y un bosque, inundado de pájaros y mariposas, ocupaba los alrededores, salpicados de ruinas romanas, restos de las termas del emperador Decio, erigidas en el año 252 después de Cristo. Las construcciones eran entonces por allí muy escasas y don Battista tenía que andar un buen trecho para coger todos los días el tranvía que le llevase a su oficina del Vaticano.

Por las tardes, a la residencia del sacerdote Montini acudía siempre un grupo de estudiantes. La viuda Pesci, que entonces tenía treinta y cuatro años, recuerda muy bien haber visto entrar en casa a Gonella, Andreot-

ti, Piazza... Había algunos estudiantes de provincias que dormían incluso en el piso del consiliario de la FUCI mientras encontraban residencia en Roma. Los muchachos le llamaban «don Gibiemme» (G. B. M., las iniciales de Giovanni Battista Montini).

La viuda tiene muy presente la gentileza y bondad del joven sacerdote que vivía con gran austeridad y, sin embargo, organizaba meriendas para los pequeños chavales de la señora Pesci. Le gustaba también interesarse siempre por las nuevas creaciones del pintor. Montini no tenía teléfono en su piso y se veía obligado a usar continuamente el de Mancini. Le llamaban con frecuencia sus estudiantes y le telefoneaban también algunas veces del Vaticano. En cierta ocasión el minutante cayó enfermo con gripe y allí se presentó a visitarle nada menos que el cardenal Pacelli, futuro Pío XII, y a la sazón secretario de Estado de Pío XI.

La viuda Pesci recuerda muy bien los afanes apostólicos del joven sacerdote que tomó bajo su cuidado los pobres que habitaban las barracas instaladas entre la cercanas ruinas.

La retirada casa de Montini en el Aventino fue también en alguna ocasión refugio o lugar de asistencia para alguno de los perseguidos políticos que en el régimen fascista tanto abundaban. Además, durante algún tiempo, junto con el joven diplomático del Vaticano habitó su maestro y amigo padre Bevilacqua, que por contrastes con el fascismo había tenido que abandonar su ciudad de Brescia. Por eso, y también porque al régimen no le resultaban nada simpáticos los jóvenes de la FUCI, la policía de la comisaría del Testaccio no perdía de vista la casa de Montini.

De tanto en tanto venía desde Brescia la madre del sacerdote para hacer un poco de compañía al hijo y arreglarle la ropa y el piso. En el cercano instituto de Pío IX, o en la vecina iglesia de Santa Prisca, Montini decía su misa todas las mañanas y muchas tardes iba con sus estudiantes a rezar a la basílica de Santa Sabina.

En la primavera de 1923 el futuro Papa dejó el Aventino y se fue a vivir al mismo Vaticano. Habían sido firmados ya los pactos de Letrán. Estaba surgiendo la nueva ciudad y Pío XI quería que los más altos funcionarios de la Secretaría de Estado habitasen, si era posible, dentro de los muros vaticanos. Al minutante Montini le fue asignado un piso en el Palazzo del Belvedere, construido en tiempo de San Pío X para los dependientes de la Santa Sede. Años más tarde, cuando fue nombrado sustituto de la Secretaría de Estado, pasó a ocupar un *appartamento* en la segunda *loggia* del palacio apostólico, y allí permaneció hasta su salida para Milán.

Al padre Bevilacqua, que probó la casa del Aventino, luego la del susti-

tuto de la Secretaría de Estado y ha probado también ahora la del Papa, le he oído contar que comiendo un día con Pablo VI le recordó los años del Aventino, diciéndole que era allí donde mejor se estaba.

Yo creo que Montini, a pesar de lo mucho que le fascinaba el Aventino, se fue contento a vivir al monte Vaticano, sobre la colina donde San Pedro se hizo definitivamente romano, para sublimar la ciudad de los Césares elevándola a su rango sacro de sede del Vicario de Cristo.

Ciudad del Vaticano: destino definitivo del sacerdote Juan Bautista Montini, que en 1920 llegó a Roma con vocación a una altísima misión para él todavía desconocida. Hasta llegar a la cumbre del Vaticano tenía un largo camino que andar [103].

En la diplomacia pontificia, hasta el más alto grado

En el otoño de 1921, como hemos visto ya, don Battista Montini ingresa en la Pontificia Academia Eclesiástica, la escuela de los diplomáticos del Vaticano [104]. ¿Cómo se orientó la vida del futuro Papa hacia este campo?

El cardenal Gasparri, secretario de Estado de Benedicto XV, oyó hablar al diputado Longinotti de las cualidades del joven sacerdote y se interesó por él. Nada extraño, si se tiene, además, en cuenta que el padre de Juan Bautista era de sobra conocido en el Vaticano incluso por el mismo Papa. Así, el sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Pizzardo [105], recibió órdenes de llamar al sacerdote bresciano para invitarle a ingresar en la academia. La entrevista con Pizzardo nos la ha contado el mismo Montini.

> ... atravesé los umbrales de la academia con una gran vacilación, con un sentido de reserva, con cierta perplejidad.
>
> Recuerdo muy bien la tarde del otoño de 1921, en que tuve la ventura de subir por primera vez las escaleras de la Secretaría de Estado y de ser recibido por el entonces sustituto, monseñor Pizzardo, que con su afabilidad y gentileza me dijo: «Usted irá a la academia». Yo traté de exponer algunas dificultades. Pero ¡era difícil resistirse a monseñor Pizzardo! Recuerdo muy bien que sus palabras, sus exhortaciones, prevalecieron, más que por su autoridad, por una interna persuasión mía de que ése era el camino que me había sido señalado.
>
> Pensaba yo entonces dedicarme a otros estudios de carácter especulativo o literario; y recuerdo que a mi objeción monseñor Pizzardo respondió: «Sí, hombre, sí; encontrará todo. ¡Aquí tenemos

muchas cosas!». Y cuando yo aludí a mi deseo de iniciar el estudio de las lenguas clásicas, me dijo: «Mire, hace poco ha sido creado cardenal monseñor Gallì, gran latinista: en él encontrará usted un perfecto maestro que podrá iniciarle magníficamente».

Sin embargo, luego no se habló más de estudios literarios y mi itinerario se orientó hacia los estudios jurídicos y diplomáticos [106].

El libro de oro de la citada academia, aparecido en 1951, con ocasión del doscientos cincuenta aniversario de la fundación de tan prestigioso instituto, publica un catálogo de antiguos alumnos, donde aparecen encuadrados en el año 1921 los siguientes sacerdotes:

«Savino Pablo, de los marqueses de Auletta, Nápoles, actual presidente de la Pontificia Academia Eclesiástica.

»Montini Juan Bautista, Brescia, sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad.

»Pallavicino, de los marqueses Emilio María, Parma.

»Toraldo, de los marqueses Carlos Manuel, Tropea, camarero secreto participante de Su Santidad» [107].

Fueron estos cuatro los condiscípulos que Montini tuvo en la academia. De ellos sólo vive actualmente monseñor Savino. Pero entre los jóvenes que estudiaban entonces en la escuela diplomática del Vaticano, y que por lo mismo convivieron con el futuro Papa, queremos citar a monseñor Antonio Riberi, actual nuncio apostólico en España, que ingresó en la academia el año 1923, y al sacerdote bilbaíno monseñor José González Lasa, que en el catálogo de alumnos figura el año 1924.

El citado álbum de la academia publica una espléndida fotografía de «Su excelencia monseñor Juan Bautista Montini, sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad, *académico 1921-1925*», acompañado del siguiente autógrafo:

> Recuerdo con gran agradecimiento a la Academia Eclesiástica, donde tuve la fortuna de encontrar piadosísimos superiores y estupendos amigos: Entre los ya desaparecidos, la amable figura de su excelencia monseñor Longhi, entonces presidente, y las de monseñor Rampolla del Tindaro, y monseñor Pallavicino, están muy presentes en mi espíritu, encuadradas en el recuerdo de aquellos estupendos e intensos años de estudio y de reflexión en los que nos guiaba e iluminaba, sobre todo, un pensamiento: la Iglesia.—*Juan Bautista Montini,* 19-4-1951.

La «carrera» de Montini fue muy de prisa. Quien descubría sus cualidades no le dejaba fácilmente respirar. A mitad de mayo de 1923, Gasparri,

ya secretario de Estado de Pío XI, necesitaba un joven inteligente para reforzar la nunciatura de Polonia. Habla con Pizzardo. El sustituto de la Secretaría de Estado ve al presidente de la academia y los tres se fijan en el sacerdote bresciano, que recibe órdenes de suspender los estudios y salir para Varsovia. Allí, en la capital de la nación, esperan al nuevo *adetto* el nuncio, monseñor Lauri, con su auditor monseñor Chiarlo [108].

En aquellos tiempos, «una experiencia en la nunciatura de Varsovia —ha escrito el cardenal Tisserant— representaba para un novicio de la diplomacia pontificia una auténtica prueba. Polonia era una nación difícil, llena de rivalidades internas después de haber estado dividida durante más de un siglo entre tres países de régimen totalmente diverso, como eran Rusia, Austria y Prusia; se encontraba por los años veinte fraccionada en todas las direcciones: étnica, lingüística, litúrgica y religiosa. Crecientes dificultades que hacían sentir sus repercusiones en la nunciatura, cuyo personal necesitaba por lo mismo no poca paciencia y tacto. Así, la designación de don Montini, que no había ocupado aún ningún cargo en el extranjero, sólo se explica teniendo en cuenta sus cualidades poco comunes» [109].

La delicada salud no le permitió al futuro Papa permanecer en Polonia, soportando los rigores del invierno de Varsovia. Así, fue llamado a Roma y se incorporó de nuevo a sus estudios, permaneciendo como alumno de la academia hasta abril de 1925, en que fue nombrado minutante de la Secretaría de Estado, en la que ya venía trabajando regularmente desde octubre de 1924.

Cuando el futuro papa Pablo VI comenzó a trabajar en la Secretaría de Estado era sustituto de la misma, como hemos visto antes, monseñor Pizzardo. En junio de 1929 Pizzardo pasa a ser secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios y ocupa su puesto de sustituto, y, por lo mismo, de inmediato superior de Montini, monseñor Alfredo Ottaviani, que en diciembre de 1935 deja el cargo a monseñor Tardini [110].

A finales de 1937, al ser promovido al cardenalato monseñor Pizzardo, le releva como secretario de Asuntos Extraordinarios Tardini y el Santo Padre nombre entonces —13 de diciembre— a Juan Bautista Montini sustituto de la Secretaría de Estado para los Asuntos Ordinarios y secretario de la Cifra. Cargo al que va unido el de consultor del Santo Oficio y de la Sagrada Congregación Consistorial. Era Papa Pío XI y secretario de Estado el cardenal Gasparri, a quien sustituye, en febrero de 1930, Eugenio Pacelli. Cuando éste es elegido Sumo Pontífice —2 de marzo de 1939— monseñor

Montini es confirmado sustituto de la Secretaría de Estado, hasta el 29 de noviembre de 1952, en que el Papa le nombra prosecretario para los Asuntos Ordinarios.

Tenemos así delineada la trayectoria diplomática de Pablo VI desde el comienzo de sus estudios en la academia hasta llegar al más alto grado de la llamada —con un término mal traído al campo eclesiástico del *argot* profano— «carrera».

Antes de pasar adelante conviene registrar aquí que hasta su nombramiento para sustituto de la Secretaría de Estado, desde octubre de 1931, monseñor Montini fue en la Academia Eclesiástica profesor de Historia de la Diplomacia, cátedra que desempeñó hasta el año 1937, en que fue nombrado sustituto de la Secretaría de Estado; cargo éste que, si bien le alejaba un tanto de la academia, ponía, por otra parte, en sus manos la alta dirección de la misma. Es interesante notar que, desde 1931 hasta 1937, por las clases de monseñor Montini pasaron algunos alumnos que ocupan hoy puestos de alta responsabilidad en la Iglesia y otros que ejercen sus funciones en la Secretaría de Estado o en las nunciaturas. Así, pues, Pablo VI conoce personalmente a una buena parte de los sacerdotes que trabajan actualmente al servicio de la Santa Sede en la diplomacia pontificia.

Los biógrafos del Papa afirman unánimemente que Juan Bautista Montini ha sido uno de los más grandes diplomáticos que ha tenido la Iglesia de nuestro tiempo. Tarea nada fácil la de documentar tan evidente afirmación.

Resulta ésta la parte más difícil de la biografía de Montini, pues su trabajo durante la larga permanencia en la Secretaría de Estado fue, por la misma naturaleza de las cosas, muy silencioso y, según la tradicional costumbre del Vaticano, está todavía envuelto en la reserva y en el secreto, sobre todo por lo que se refiere a los documentos oficiales. Trataremos, sin embargo, de dar rápidas informaciones apilando algunos testimonios de contemporáneos y datos de una parte y de otra.

Hay que notar, ante todo, que un prelado que ocupa el cargo de sustituto o prosecretario de Estado no puede ser otra cosa que claro espejo de la mentalidad del Pontífice, fidelísimo ejecutor de sus órdenes y orientaciones. Pero no quiere esto decir que la destacada personalidad diplomática del

futuro Papa no tuviera una proyección propia y original, resultante de sus cualidades y de su bien cultivado ingenio.

A Montini le tocó realizar una gran misión diplomática y una gestión de singular importancia en el gobierno de la Iglesia junto a dos grandes pontífices: Pío XI y Pío XII, en un período histórico dificilísimo para la Santa Sede y para la humanidad: la época de la guerra mundial. Bien podía decir el embajador de Francia, conde Vladimiro d'Ormesson, en las palabras de saludo que dirigió al neoelecto arzobispo de Milán, cuando éste se despedía del Cuerpo Diplomático, acreditado ante el Vaticano: «Monseñor, habéis pasado al servicio de un gran Papa años de trabajo intenso y magnífico, pero que, al mismo tiempo, quedarán registrados como los más gravosos de la historia de esta pobre humanidad». Y recordaba los problemas que asediaban entonces a la Secretaría de Estado: poner dique a la amenaza y a la iniquidad aún presentes; establecer en el seno de las naciones y entre ellas la concordia y la paz. Todo esto realizado con generosa comprensión, con singular intuición de los fines, con equilibrio de espíritu, con infatigable deseo de encontrar en todos los problemas el punto justo. «Permitidme añadir —concluía— que lo que nosotros recordamos y amamos más en usted es el hecho de que en el diplomático hemos visto siempre al sacerdote.»

Todos los que trataron a monseñor Montini, en sus años de actividad diplomática, testimonian con significativa coincidencia este aspecto «sacerdotal» que ha señalado D'Ormesson. Así, podemos citar también las palabras de Joaquín Ruiz Jiménez, que fue embajador de España ante el Vaticano desde diciembre de 1948 hasta el verano de 1951:

«Cada sábado, más o menos hacia la hora del Angelus, y durante dos años y medio, tuve el privilegio de dialogar con monseñor Montini sobre los temas de las relaciones diplomáticas que nos estaban confiadas, pero también sobre las perspectivas generales del mundo y sobre los problemas apremiantes de los hombres. Y siempre sentí, por debajo de la cortesía y de la prudencia diplomáticas, el profundo latido de un ejemplar corazón de sacerdote.

»Porque a monseñor Montini nunca le han hecho callo las cosas en el alma, ni se le ha secado el espíritu en la rutina de los expedientes o en las fórmulas mecánicas de la cortesía. Hay sabor de Evangelio en su palabra cargada de saber y de cultura. Hay reflejo de contemplación amorosa de

Dios en sus ojos de mirada firme y penetrante, pero con luz de intimidad a lo divino» [111].

Y Silvio Negro —uno de los mejores periodistas que ha pasado por el Vaticano en los últimos decenios y que conocía muy bien a monseñor Montini— escribió de él lo siguiente, en el año 1958:

«Este sacerdote une a la finura del diplomático una sencillez y una cordialidad de trato completamente ajeno a todo formalismo. En él se descubre siempre un hombre vivaz y sereno, con un temperamento que nunca aparece afectado por esa enervante *routine* de la vida de 'oficio', que desgasta a cualquiera.

»En ese ambiente en que él se movía, donde la reserva llega normalmente al absurdo, incluso sobre cosas de ninguna importancia, parecía increíble encontrar un tan alto prelado que, sin embargo, respondía siempre a tono, que no recurría jamás a frases cómodas, que no se iba por la tangente, que no se refugiaba en el humorismo, que no mutilaba y forzaba los asuntos, sino que más bien los ampliaba de propia iniciativa y los desarrollaba con riqueza de datos y puntos de vista.

»Un hombre listo y, sobre todo, de mentalidad joven por su cultura siempre al día. Sorpresa ésta más sustancial aún y peculiar que la primera. Nada más obvio que un alto prelado os cite a Dante o a Santo Tomás. Pero lo inesperado es que pueda citaros al mismo tiempo a Thomas Mann, Bergson y Spengler» [112].

En su despacho de la Secretaría de Estado acogía siempre a todos como si fueran amigos. Y, según testimonia Julio Bevilacqua, en una ocasión le dijo un ujier del Vaticano que monseñor Montini «trataba siempre a cada uno de los empleados como si fuese el primero de los diplomáticos».

En la historia del pontificado de Pío XI y de Pío XII se puede estudiar la labor diplomática de monseñor Montini. Es una tarea que, como hemos dicho, se cruza o se confunde con la de los papas, a quienes servía entonces el actual Pontífice. Por eso no trato aquí de desarrollar este tema, sino sólo, como advertí antes, de señalar con rapidez algún que otro aspecto de más interés para el momento actual.

El primero y principal es el que se refiere al trabajo por la paz. A esta noble fatiga quiere también ahora el nuevo Pontífice dedicar todos sus esfuerzos, como declaró en el primer radiomensaje al mundo, colocándose así en la línea de sus antecesores Juan XXIII, Pío XII y Pío XI.

El papa Pacelli ha sido en nuestro siglo el gran campeón de la paz, y a

su lado, para esta obra gigantesca, tuvo como colaborador primero e inmediato a monseñor Montini. «Por voluntad del Santo Padre el Vaticano se transformó, durante la guerra, en corazón pulsante de la humanidad crucificada; pues bien, el sustituto de la Secretaría de Estado fue el brazo derecho del Papa para esta magnífica transformación» [113]. Por eso monseñor Giovannetti, en su libro *El Vaticano y la guerra,* al explicar «los esfuerzos de la Santa Sede para conservar la paz», afirma y documenta que Montini fue uno de «los más directos y queridos colaboradores» de Pío XII en estos nobles afanes y desvelos [114].

Con el cardenal Maglione [115] el sustituto de la Secretaría de Estado tomó parte directa y muy activa en todos los esfuerzos que la Santa Sede hizo para impedir la guerra. Los esfuerzos, verdaderamente gigantescos, resultaron estériles. Ni el Papa ni sus colaboradores lograron evitar el conflicto. La catástrofe se precipitó y entonces toda la diplomacia pontificia fue puesta en juego para atenuar en lo posible las hostilidades y, sobre todo, para aliviar los sufrimientos de la atormentada humanidad. Motor de toda esa actividad fue entonces el sustituto de la Secretaría de Estado, a quien el Santo Padre encargó de coordinar todas las grandes iniciativas de caridad planeadas por la Santa Sede en escala mundial [116].

Monseñor Montini organizó en el Vaticano el *Ufficio Centrale del Servizio d'Informazioni e Soccorsi*, en el que se emplearon nada menos que ochocientas personas para atender a los visitantes y despachar la inmensa mole de correspondencia que llegaba de todas las partes del mundo preguntando por prisioneros y desaparecidos de ambos bandos beligerantes.

Se formó un fichero inmenso. A través de las nunciaturas apostólicas se trató de entrar en contacto con todos los campos de concentración. Los representantes pontificios visitaban a los prisioneros llevándoles la asistencia y caridad del Papa y recogiendo noticias detalladas que transmitían luego al *Ufficio Centrale del Vaticano* y desde aquí pasaban a las familias por correspondencia o a través de las antenas de Radio Vaticano. Por iniciativa de monseñor Montini nació entonces la famosa revista *Ecclesia,* ricamente ilustrada e impresa en el Vaticano y que tenía la misión de informar sobre las actividades caritativas de la Santa Sede. Luego pasó a ser una revista de información católica y dejó de publicarse en tiempo de Juan XXIII [117].

En el citado libro sobre *el Vaticano y la guerra*, de monseñor Giovannetti, he encontrado una importante referencia a la labor diplomática de monseñor Montini. Por su especial interés no quiero dejar de contarla aquí, advirtiendo que se trata de informaciones y episodios que conviene encua-

drar en su momento histórico, para verles con las perspectivas de aquellas circunstancias.

A finales de enero de 1962 el Gobierno del Japón hizo conocer a la Secretaría de Estado de Pío XII su deseo de entablar relaciones diplomáticas con la Santa Sede. El momento era delicadísimo, ya que el mundo se encontraba en plena guerra mundial. Cuando, después de profundo estudio y laboriosas negociaciones, el Vaticano se decidió a aceptar la petición nipona, la Secretaría de Estado recibió órdenes pontificias de dar a conocer sus propósitos al encargado de Negocios de los Estados Unidos, Harold H. Tittman. Este envía en seguida un despacho al Departamento de Estado americano para informar sobre sus conversaciones con el cardenal Maglione y el sustituto, afirmando textualmente lo siguiente:

«Monseñor Montini me ha dicho que la petición japonesa cayó en la Santa Sede como un rayo. Sin embargo, considera que unas estrechas relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Japón pueden ser benéficas para la Iglesia, puesto que un gran número de católicos va cayendo bajo la dominación de ese país. Incidentalmente manifestó que los intereses católicos romanos en el Japón y en los territorios ocupados por sus fuerzas son en estos momentos más importantes que los que se tienen en Rusia. Además, la Iglesia en Rusia es atacada, mientras que en el Japón siempre ha sido tolerada».

Esta referencia a Rusia se debe al hecho de que, en sus conversaciones con la Secretaría de Estado del Vaticano, Tittmann había preguntado si este asunto de las relaciones con el Japón no era «un indicio de que la Santa Sede se prepaba a recibir representantes acreditados ante ella de otros países, Rusia, por ejemplo».

Es muy interesante apuntar aquí que en otro despacho de Tittmann al secretario de Estado americano, Cordell Hull, el encargado de Negocios de los Estados Unidos cerca del Vaticano, siempre a propósito de las relaciones con el Japón, pero con referencia al asunto de Rusia, dice:

«Recuerdo que monseñor Montini, uno de los subsecretarios de Estado, me dijo hace poco que él, personalmente, cree que la representación soviética [ante el Vaticano] podría aceptarse, sobre todo si se pudiera persuadir a Stalin que adoptara una actitud más moderada respecto a la religión» [118].

Toda la orientación de la actividad diplomática de monseñor Montini, que aquí no trato, ni mucho menos, de narrar, respondía a ideas muy claras y muy eclesiales que el actual Pontífice supo exponer magistralmente en un discurso pronunciado en 1951, con ocasión del doscientos cincuenta

aniversario de la fundación de la Pontificia Academia Eclesiástica. El texto íntegro está publicado en el capítulo doce de mi libro *Montini, Papa.* Se trata de un documento que, por su valor intrínseco y la autoridad del autor, ha pasado ya a ser texto clásico en los tratados sobre la diplomacia pontificia. Monseñor Cardinale, en su reciente volumen *La Saint-Siege et la Diplomatie,* le reproduce, dándole como contenido en su capítulo dedicado a *La diplomatie pontificale, representation du Christ;* y hace notar que es un discurso poco conocido, pero que constituye una admirable síntesis de los principios que deben hoy inspirar al representante pontificio, para que su delicada y alta misión sea una auténtica representación de Cristo [119].

Otro moderno autor, especialista en estos temas, el americano padre Graham, S. J., habla también largamente de este importante documento de monseñor Montini, poniendo de relieve la autoridad del autor en la materia: «prosecretario de Estado de Su Santidad, ahora cardenal y arzobispo de Milán, fue aquel alto funcionario del Vaticano con quien, durante muchos años, los enviados de los Estados tuvieron su contacto más íntimo y frecuente en virtud de su cargo de dirigente de los asuntos diplomáticos ordinarios» [120].

Por lo que se refiere a la vida diplomática en el Vaticano, el mismo monseñor Montini trazó un «sugestivo panorama» en el discurso de despedida, que dirigió a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, el 6 de noviembre de 1954, cuando se retiraba de la vida diplomática para dedicarse al ejercicio del ministerio pastoral [121]. En aquella ocasión los embajadores y jefes de misiones regalaron al nuevo arzobispo un precioso anillo con amatista. El personal de la Secretaría de Estado le obsequió con una mitra y un pectoral. Los nuncios y delegados apostólicos, con un báculo. Una cruz pectoral le regaló también el príncipe asistente al solio pontificio, Aspreno Colonna. Y respecto a todos los demás numerosísimos dones que comenzaron a llegar al nuevo arzobispo, monseñor Montini ordenó que entregasen su valor, en dinero, con destino a los pobres de la Iglesia.

Tareas apostólicas con la juventud y los intelectuales

Las tareas diplomáticas de monseñor Montini siempre, pero particularmente en los primeros años, estuvieron combinadas con una intensa vida



6. *Agosto de 1961, vacaciones en Suiza con su hermano Francisco, don Bruno Bozzi, padre Bevilacqua y padre Fellmann (de izquierda a derecha).*

apostólica, que tuvo como orientación predominante una doble proyección: la juventud universitaria y los intelectuales católicos.

Montini y los jóvenes: Estamos ante uno de los aspectos más interesantes y sugestivos de la acción sacerdotal y de la mentalidad de Juan Bautista Montini. Este sacerdote parece tener un carisma especial para comprender y tratar a los jóvenes de nuestro tiempo.

«Es un hombre que sabe fascinar a la juventud», escribe Julio Bevilacqua, comentando su tarea apostólica con los universitarios católicos de Roma. Se formó desde el principio en torno a él una aristocracia de la fe y de la cultura; tenía en sus manos a los mejores jóvenes de la Universidad y les preparaba para hacerse con el futuro de Italia. Don Bautista —sigo citando a Bevilacqua— ama el espíritu creador del hombre, y todo esto lo ha sabido proyectar en su trato con los jóvenes, siguiéndoles en la novedad de cada una de sus jornadas, siempre con el alma fresca y cargada de juvenil fantasía. Por eso fueron los estudiantes universitarios quienes descubrieron antes que nadie su talla y su mentalidad, que parecía un prisma de múltiples irradiantes facetas: depósitos de fe, intuiciones de belleza, propulsiones de vida.»

El apostolado a fondo con los jóvenes lo inició Montini apenas regresó de Polonia. Comienza entonces a trabajar en la Secretaría de Estado y el joven sacerdote busca ansiosamente tareas pastorales que den tono y sirvan de complemento a su vida burocrática. Su inclinación en este sentido es clara. Le fascinan las tareas con la juventud. Ha comunicado sus deseos a monseñor Pizzardo y a propuesta de éste el cardenal vicario de Su Santidad, Basilio Pompili, le confía la asistencia espiritual del Círculo Universitario Católico romano. Era el año 1924 cuando el régimen fascista comenzaba a desplegar en Italia sus afanes totalitarios dirigiendo su mirada llena de sospechas y resentimientos a las asociaciones católicas, particularmente a las del sector juvenil.

En esta difícil coyuntura Montini comienza sus tareas apostólicas con los universitarios romanos. Su plan es centrar la atención en la formación religiosa y social de sus muchachos. Para esto pone en marcha una serie de iniciativas a las que dedica toda su alma y todo el tiempo que le deja libre la Secretaría de Estado. Los domingos en particular toda su jornada la entrega a los universitarios: misa bien ambientada litúrgicamente y luego visita a los suburbios de la ciudad, para entrar en contacto con la gente

sencilla y con los pobres. De tanto en tanto, un retiro en la basílica de San Pablo, donde el abad don Ildefonso Schuster, que después fue arzobispo de Milán, les daba lecciones de liturgia y espiritualidad. Las excursiones, las conferencias de entre semana y otras actividades de estudio o acción completaban el programa del Círculo, que tenía su sede en la plaza de San Agustín, cerca de la residencia de don Gibiemme, el cual vivía entonces en la academia, y cerca de la Universidad, que estaba por aquellos tiempos en el *Palazzo della Sapienza.*

El prestigio de Montini entre los jóvenes está en alza. La FUCI —Federación Universitaria Católica Italiana— pasa un momento difícil, mientras naufragan las libertades en Italia y el choque fascismo-organizaciones católicas se va haciendo cada vez más inevitable. Los universitarios católicos han tenido en Bolonia un Congreso tempestuoso. La posición del consiliario don Pini es muy comprometida. El papa Pío XI está preocupado. Habla con Pizzardo y decide nombrar a don Montini consiliario nacional de la FUCI. Un cargo delicadísimo para aquellos momentos. Pero el joven sacerdote se hace en seguida con la organización, y a su lado surge una figura, que dejará huella en el movimiento católico universitario: Igino Righetti, nuevo presidente de la FUCI a propuesta de Montini.

Estamos en 1925 y a partir de este año Montini va a escribir con la juventud universitaria uno de los más bellos capítulos del catolicismo italiano contemporáneo. Tanto es así que todavía hoy vive la nación de aquellas reservas espirituales, operante ya en los altos planos de la cultura, de la política y de la acción social.

Historia apasionante que necesitaría muchas páginas. «Para el futuro Papa —como escribe Fernando Bea en su biografía de Pablo VI—, experiencia preciosa, inolvidable, que fue madurando día por día durante treinta años consecutivos, a través de un contacto simultáneo con dos ambientes, en apariencia lejanos y diversos entre sí, el ambiente diplomático y el estudiantil, pero que encontraron admirable armonía y proporción en el espíritu exclusivamente apostólico del sacerdote Montini.»

Del futuro Pablo VI, con quien sintonizó perfectamente el doctor Righetti, la FUCI recibió un impulso definitivo que, en sus líneas generales, conserva aún hoy. En realidad ellos crearon la FUCI. Más aún: crearon un concepto base para la Acción Católica en general, insistiendo en que ésta sólo podrá realizar su misión de presencia cristiana en el mundo si vive en profundidad los misterios de la gracia divina. La FUCI, con Righetti, presidente, y Montini, consiliario, resultó una efervescencia de fe y de ple-

garias, de caridad, de impresionantes actividades, de reuniones y asambleas, de obras apostólicas, de testimonio cultural. Este se realizó principalmente a través de la Editorial Studium, que el actual Pontífice puso en marcha, para la difusión del pensamiento católico contemporáneo en los ambientes elevados. Porque su preocupación, como él mismo escribió, era la de

> dar al pensamiento cristiano en Italia una enunciación moderna, un aparato cultural nuevo, una difusión más amplia, una aplicación coherente y renovadora... El pensamiento católico, dentro de una perfecta ortodoxia, puede y debe ser comprendido, reelaborado, vivido con un estilo moderno.

Portadora de estos afanes era la revista *Studium,* en la que el futuro Pablo VI publicó interesantes artículos, entre los que llamaron notablemente la atención la serie de 1931 dedicada a las ideas de San Pablo [122].

Con Montini la FUCI fue canal para introducir en Italia las ideas y los libros de los nuevos pensadores católicos del tiempo: Maritain, Chesterton, Grandmaison... A la publicación de las obras de algunos de estos autores colaboró la Editorial Morcelliana, de Brescia, en la que tanta parte había tenido el padre del actual Papa. El mismo Montini preparó para esta editorial la traducción de un libro de Jacques Maritain a propósito de Lutero, Descartes y Rousseau, así como también la versión italiana de *La Religion Personnelle.* En cambio, en la Editorial Studium publicó los esquemas de los cursos de religión para jóvenes, que él mismo elaboró. Resultaron tres libros con los siguientes títulos: *Conciencia Universitaria: Normas para los estudiantes; La Vida de Cristo: Esquemas de lecciones sobre los preceptos de la moral católica para los estudiantes de las escuelas superiores; Introducción al estudio de Cristo: Esquemas de lecciones de religión para estudiantes de las escuelas superiores* [123].

Con los mejores muchachos de la FUCI el consiliario continuó sus visitas caritativo-sociales a las barracas de los suburbios romanos: Puerta Metronia y Primavalle fueron el escenario de esta actividad apostólica. En aquellos años Montini dio también paso a otra actividad formativa de más amplio radio: los viajes al extranjero con equipos de jóvenes para abrirles a los contactos europeos. Seguían las misas dominicales en *Sant'Ivo alla Sapienza,* los retiros en San Pablo Extramuros con miras a una profunda formación en la liturgia y en la espiritualidad bíblica, y se multiplicaban los círculos de estudio, las conferencias y las asambleas. Montini aprovecha a figuras de primer plano en la cultura eclesiástica para poner a sus jóvenes en contacto con ellos: Cordobani, que les da lecciones sobre el pensamiento

de la Iglesia en torno a la dignidad humana, la libertad, los derechos de la familia y los límites del poder político —temas de gran actualidad en aquel momento—; Garrigou-Lagrange, que les introduce en el conocimiento de la espiritualidad moderna; Paschini, que les enseña historia de la Iglesia; Giuseppe de Luca... Era éste un famoso sacerdote intelectual y humanista, a quien Montini conocía muy bien y cuya colaboración le resultó preciosa para la formación de los universitarios católicos. Nada más que las dificultades de los tiempos y un excesivo amor al estudio y la soledad en detrimento de la acción llevaron a este estupendo sacerdote a encerrarse en su gabinete intelectual rompiendo su colaboración con los amigos en las tareas apostólicas. Montini, que tenía con él una gran confianza, le escribió entonces una carta personal, cuyo texto quiero reproducir aquí porque descubre maravillosamente la inquietud sacerdotal del consiliario de la FUCI y encierra una estupenda lección de valor siempre actual:

> Querido De Luca: Tengo, pues, que decirte adiós con inmensa amargura. Aprecio de veras tu tarea y la envidio también; sin embargo, me apena ver que la apartas de la nuestra, pobre y mezquina por su estilo y por quienes la realizamos, pero que tú, marchándote, dejas aún más pobre y mezquina. Lo que me duele de veras es tu abandono consciente, no los reproches a la acción considerada de menos categoría o desproporcionada con los ideales... Vosotros juzgáis la acción como guerra de guerrillas, no sabéis descubrir el grito de socorro que encierra, dirigido a todas las almas de buena voluntad. Si mañana nuestra voluntad se agosta en frivolidades y los movimientos católicos desembocan en un epílogo ridículo, la culpa no será sólo de los pobres oficiales que pidieron y no recibieron auxilio de los cerebros privilegiados... Quizá nosotros llevamos excesiva prisa, lo cual puede ser peligroso. Pero nos sentimos presionados por la caridad y nuestras deficiencias encontrarán un atenuante en nuestro entusiasta afán. Tened cuidado vosotros de que vuestra exquisitez no enfríe el amor ni elimine el sacrificio o fraccione el Cuerpo de Cristo. Tú escoges los libros; yo quisiera escoger los hombres. Cuando no sepa cómo acertar con la manera más eficaz de ayudar a las almas, me refugiaré con el deseo o con alguna visita en tu estupendo y provechoso recogimiento. Allí, oyéndote hablar a los lejanos, aprenderé yo a hablar a los cercanos. Si me compadeces un poco, permaneceré siempre amigo tuyo en el común deseo de amar a Cristo en todas las cosas.—*Juan Bautista M.* [124].

Algunos, como De Luca, se retiraban de la difícil trinchera. Montini continuó y las actividades e iniciativas de la FUCI se fueron multiplicando y desarrollando siempre bajo la consigna que el consiliario dio a la revista

y a la Editorial Studium, y que quería ver realizada un poco en todas las obras del movimiento universitario católico.

> Ni polémicas ni propaganda, sino información y testimonio... Nuestra obra sea el seminario donde se formen con las perspectivas del pensamiento católico quienes mañana habrán de dar testimonio.

Es interesante anotar aquí que Montini formó en la FUCI una generación de católicos que son hoy los líderes de los grandes movimientos apostólicos, culturales, sociales y políticos de la Italia mejor. Basta citar algunos de los nombres más representativos: como el de Ugo Piazza, Guido Gonella, Federico Alessandrini, Julio Andreotti, Pablo Emilio Taviani, Aldo Moro... [125].

Bien ha podido escribir monseñor Sergio Pignedoli que «si hay hoy en Italia, incluso en el Gobierno, hombres que saben combatir sin timidez las batallas externas de la vida, se debe a aquella conciencia católica decidida y sin alianza con los compromisos que se formaron en los años de la FUCI. De muchos de aquellos hombres, monseñor Montini fue un director espiritual de carácter único, excepcional».

Es interesante el testimonio que monseñor Pignedoli nos da sobre el apostolado de Montini con la juventud. Un testimonio valioso por provenir de un sacerdote que trabajó con el actual Papa en el campo universitario, que convivió incluso con él en la misma casa, que le ayudó también en las tareas diplomáticas y que más tarde fue su arzobispo auxiliar en Milán y ahora delegado del Papa en Canadá:

«He tenido la excepcional fortuna de conocer las especiales vibraciones que monseñor Montini tiene para con la juventud y sus dotes singulares para atraerla al cristianismo... En un cuarto de hora de conversación (durante la primera entrevista que tuve con él) me dio a mí el sentido juvenil de las esperanzas y de los afanes sacerdotales. Solamente quien es joven como él, en la profundidad de su espíritu, puede dar a los demás estos dones que parecen milagrosos. Recuerdo que en aquel momento deseé vivamente que todos mis jóvenes amigos, universitarios y marinos, conociesen a monseñor Montini como le había conocido yo.

»Había siempre en él una natural y constante nostalgia por todo lo que se refiere a la Universidad y a sus problemas espirituales y culturales. Era una tentación que no supo jamás vencer. Una primera cualidad de monseñor Montini, que resulta fundamental para ayudar a los hombres de cualquier edad, pero especialmente a los jóvenes, es la confianza. El mismo miraba a

la vida con confianza juvenil. Tenía una visión límpida y serena incluso de los problemas más arduos. Los sabía pintar con riquezas de colores, en su esencia y en sus posibles soluciones, como si ésta sestuvieran ya a dos pasos. Pero si la solución fallaba cogía nuevamente el hilo de las cosas, agarrándose a la esperanza con renovado entusiasmo. Así, los jóvenes se sentían seguros de ser comprendidos y guiados por él. Tenía en ellos una confianza que, si no era ingenua, daba la feliz y fecunda impresión de serlo. Sabía ganarse la confianza de los demás. Era éste un don natural que le venía del corazón; pero no sólo del corazón, sino de una fuente más alta, de Dios... Esta confianza es una de las pocas virtudes necesarias para una pedagogía que pretenda conquistar la juventud...

»Por otro lado, el gran prestigio que obtuvo entre los jóvenes estudiantes, tanto en la exposición de los problemas espirituales como, sobre todo, en la habilidad para resolverlos, venía de la completa y certera visión que tenía del cristianismo» [126].

El trabajo de Montini se hacía cada vez más intenso en la Secretaría de Estado y cada vez más difícil en el ambiente italiano, donde la falta de libertad del régimen fascista iba atosigando los círculos intelectuales y las organizaciones católicas. La lucha resultaba cada vez más abierta y el choque se hacía casi inevitable, aunque a los católicos les dominaba una gran serenidad unida a un ardiente afán de servicio a la Iglesia bajo la guía de Pío XI. Después de la encíclica *Non abbiano bisogno* —29 de junio de 1931—, en la que el Papa condenó con términos muy explícitos la posición del fascismo para con las organizaciones católicas, la tensión entre el régimen y el Vaticano se hizo cada vez más fuerte. En estas circunstancias, y como consecuencia de la crisis que la situación produjo en la FUCI, el Papa decide que Montini deje el cargo de consiliario, liberándole así de las complicaciones que la Acción Católica tiene con el Estado italiano. Por otra parte, el cardenal Pacelli quiere emplear muy a fondo al joven diplomático en las tareas de la Secretaría de Estado.

Los cambios se producen en el otoño de 1932. El cargo de asistente eclesiástico de la FUCI pasa a monseñor Anichini. Montini centra sus cotidianas fatigas de servicio al Papa en el gobierno central de la Iglesia. Pero el contacto con la juventud no lo dejó nunca, porque sintió siempre una fuerte atracción hacia este apostolado y porque las antiguas relaciones con muchos jóvenes selectos reclamaban de su alma sacerdotal nuevos afanes de dirección espiritual, de orientaciones y de acción apostólica, aunque ésta tuviese que estar recortada por exigencias de altísimas obligaciones.

He aquí el interesante testimonio de Julio Andreotti, un ministro actual del Gobierno italiano, que perteneció a la Federación Universitaria Católica en tiempos de Montini y fue luego presidente de la misma: «Quien llegó a la FUCI, después del período áureo marcado por el binomio Montini-Righetti, pudo captar todavía, inmediatamente, la mentalidad de este prelado tan cercano a los ideales generosos de una universidad libre y cristiana. Ya fuese con un saludo fugaz a la asamblea o con una meditación en una semana de estudios, esta presencia de monseñor Montini se ha mantenido siempre inalterada y no ha faltado en los momentos más difíciles e importantes de la FUCI. Para los que fuimos dirigentes esta atención resultó siempre insustituible en todos los campos.

»Hasta poco antes de ir a Milán, monseñor Montini celebraba todos los domingos la misa de los *Laureati Cattolici,* en la iglesia de *Sant'Ivo alla Sapienza,* explicando el Evangelio con un estilo estupendo, altísimo y al mismo tiempo muy accesible» [127].

Los *Laureati Cattolici* era la asociación de «Graduados Católicos» que Montini y Righetti habían hecho nacer de la FUCI, para organizar en el campo católico a los universitarios que terminaban sus estudios y se iban incorporando a las tareas profesionales. Tenía el mismo espíritu que la FUCI y en ella fueron entrando los mejores jóvenes que el futuro Pablo VI preparó para el servicio apostólico en la Iglesia. Todos conservaban el espíritu juvenil de Montini y a él siguieron acudiendo siempre. Les confesaba en la iglesia de Santa Ana, aun siendo ya prosecretario de Estado; les recibía en su despacho, les orientaba, les formaba, les amaba y se sentía profundamente amigo de ellos. Por eso más tarde había de decir:

> Debo mucho a aquellos jóvenes animosos. Fueron para mí un estímulo, una lección viva, como no hubiera podido recibir ni de los libros, ni siquiera del ejemplo, en otros aspectos confortante, del mundo eclesiástico.

La amistad con la «generación de la esperanza» fue siempre ilusión y vida para Juan Bautista Montini, el Papa que sabe hablar a los jóvenes como pocos les han hablado [128]. Por eso cuando en noviembre de 1954 el prosecretario de Estado de Pío XII fue destinado a regir la archidiócesis de Milán, muy justamente el seminario de la juventud católica italiana le saludó llamándole el «arzobispo amigo de los jóvenes».

Arzobispo de Milán

En la vida de Juan Bautista Montini hay una fecha decisiva. Es el momento en que el actual Pontífice comienza a ser Pastor de almas: 1 de noviembre de 1954, Pío XII nombra a su prosecretario de Estado arzobispo de Milán.

El prestigio sacerdotal de Montini, su conocida cultura, la incomparable experiencia adquirida en el gobierno central de la Iglesia, el sentido del apostolado moderno, tenía perfectamente preparado a este hombre para una misión pastoral de tanta importancia como era la de regir la archidiócesis de Milán. Estaba en la plenitud de su vida: cincuenta y seis años. «La Providencia —como ha dicho el cardenal Tisserant— quería dar el último toque de cincel a quien tenía ya destinado para ser un día su Vicario en la tierra» [129].

Mis tareas de sacerdote periodista en Roma, siempre atento observador de la vida eclesial, me permitieron seguir, desde un primer momento, los pasos del nuevo arzobispo de Milán.

Recuerdo muy bien la impresión que me produjo la noticia del nombramiento en la mañana del día 3 de noviembre [130]. Hacia las 12, la oficina de prensa del Vaticano distribuyó a los corresponsales acreditados ante la misma un «comunicado oficial». Era de una concisión extrema. Pero contenía una noticia que en aquellos momentos resultaba sensacional:

«El Santo Padre se ha benignamente dignado nombrar para la iglesia metropolitana de Milán a su excelencia reverendísima monseñor Juan Bautista Montini, prosecretario de Estado para los Asuntos Ordinarios» [131].

Medí en seguida el alcance de la importante noticia. Telegrafié inmediatamente al *Ya* y, luego, por la noche, pedí línea telefónica para dictar algunos folios con crónica y comentarios. Naturalmente, no todos pudieron ser publicados. Pero el director del periódico, don Aquilino Morcillo, recordará que en uno de mis artículos, tratando de recoger el ambiente que en Roma se respiraba aquella tarde, escribí lo que por Roma había oído: «Milán se ha convertido una vez más en la antecámara del Papado» [132].

Cuentan que aquel día alguien dijo al neoelecto arzobispo: «Me parece que ha perdido usted el autobús para cosas grandes». Espontánea fue la respuesta del fino diplomático: «Posiblemente he subido a la tartana que conduce al paraíso».

Mientras en la oficina de prensa se distribuía a los periodistas el importante comunicado a que me he referido, en el último piso del palacio apostólico se estaba desarrollando una escena interesante. Estamos en los locales de la Secretaría de Estado. El sustituto, monseñor Dell'Acqua [133], ha mandado reunir a todos los minutantes y oficiales del dicasterio en el salón de honor. Ha llegado monseñor Ferretto [134], asesor de la Sagrada Congregación Consistorial, el organismo de la Santa Sede encargado del nombramiento de obispos. En presencia del interesado y de todos los prelados de la Secretaría monseñor Ferretto lee el nombramiento y lo entrega al neoarzobispo con palabras de afectuoso saludo y alto elogio [135].

Habla luego monseñor Dell'Acqua, el amigo e inmediato colaborador del prosecretario de Estado. Está conmovido. Pone de relieve el «fúlgido ejemplo» que ha dado monseñor Montini con su noble tarea de treinta años al servicio del Papa. Hace resaltar sus virtudes: «dedicación al trabajo, sencillez de vida, ilimitado amor al deber y, sobre todo, exquisita espiritualidad e incomparable devoción al Vicario de Jesucristo».

Al final de su discurso dice a Montini que Milán lo aguarda con impaciencia. Que le esperan los sacerdotes, los seminaristas, la Acción Católica, el pueblo todo. Y saluda al nuevo pastor llamándole «el arzobispo de los obreros».

Angel dell'Acqua es sacerdote milanés. Fue secretario particular de un insigne arzobispo: el cardenal Ferrari. Pertenecía a los oblatos de San Carlos. Conoce muy bien la diócesis y sabía, por otra parte, cuál era el estilo y la mentalidad del prosecretario de Estado. Por eso, en sus breves pero expresivas palabras de saludo, calcula ya con singular tino las dimensiones que va a tener la labor pastoral del neoarzobispo de la sede ambrosiana.

Aquella misma tarde del día 3 de noviembre el nuevo arzobispo quiso ponerse en contacto con los seminaristas milaneses que estudian en Roma. Con este fin fue al Colegio Lombardo. Acudí yo también a la cita y me mezclé sin más con aquellos jóvenes que, ilusionados y admirados, recibían a su recién elegido arzobispo. Allí, en la capilla del colegio, hoy ya desaparecida, monseñor Montini habló a los seminaristas. Yo saqué mi cuaderno y anoté algún pensamiento de su plática.

> Cuando un sacerdote se entrega con absoluta y total generosidad al servicio exclusivo de la Iglesia suele acontecer que se le presentan en la vida situaciones terribles... El secreto de la santidad sacerdotal está en tener el corazón lleno de Cristo, de forma que de ahí fluya la desbordante caridad y el celo apostólico que exige el sagrado minis-

Arzobispo de Milán

En la vida de Juan Bautista Montini hay una fecha decisiva. Es el momento en que el actual Pontífice comienza a ser Pastor de almas: 1 de noviembre de 1954, Pío XII nombra a su prosecretario de Estado arzobispo de Milán.

El prestigio sacerdotal de Montini, su conocida cultura, la incomparable experiencia adquirida en el gobierno central de la Iglesia, el sentido del apostolado moderno, tenía perfectamente preparado a este hombre para una misión pastoral de tanta importancia como era la de regir la archidiócesis de Milán. Estaba en la plenitud de su vida: cincuenta y seis años. «La Providencia —como ha dicho el cardenal Tisserant— quería dar el último toque de cincel a quien tenía ya destinado para ser un día su Vicario en la tierra» [129].

Mis tareas de sacerdote periodista en Roma, siempre atento observador de la vida eclesial, me permitieron seguir, desde un primer momento, los pasos del nuevo arzobispo de Milán.

Recuerdo muy bien la impresión que me produjo la noticia del nombramiento en la mañana del día 3 de noviembre [130]. Hacia las 12, la oficina de prensa del Vaticano distribuyó a los corresponsales acreditados ante la misma un «comunicado oficial». Era de una concisión extrema. Pero contenía una noticia que en aquellos momentos resultaba sensacional:

«El Santo Padre se ha benignamente dignado nombrar para la iglesia metropolitana de Milán a su excelencia reverendísima monseñor Juan Bautista Montini, prosecretario de Estado para los Asuntos Ordinarios» [131].

Medí en seguida el alcance de la importante noticia. Telegrafié inmediatamente al *Ya* y, luego, por la noche, pedí línea telefónica para dictar algunos folios con crónica y comentarios. Naturalmente, no todos pudieron ser publicados. Pero el director del periódico, don Aquilino Morcillo, recordará que en uno de mis artículos, tratando de recoger el ambiente que en Roma se respiraba aquella tarde, escribí lo que por Roma había oído: «Milán se ha convertido una vez más en la antecámara del Papado» [132].

Cuentan que aquel día alguien dijo al neoelecto arzobispo: «Me parece que ha perdido usted el autobús para cosas grandes». Espontánea fue la respuesta del fino diplomático: «Posiblemente he subido a la tartana que conduce al paraíso».

Mientras en la oficina de prensa se distribuía a los periodistas el importante comunicado a que me he referido, en el último piso del palacio apostólico se estaba desarrollando una escena interesante. Estamos en los locales de la Secretaría de Estado. El sustituto, monseñor Dell'Acqua [133], ha mandado reunir a todos los minutantes y oficiales del dicasterio en el salón de honor. Ha llegado monseñor Ferretto [134], asesor de la Sagrada Congregación Consistorial, el organismo de la Santa Sede encargado del nombramiento de obispos. En presencia del interesado y de todos los prelados de la Secretaría monseñor Ferretto lee el nombramiento y lo entrega al neoarzobispo con palabras de afectuoso saludo y alto elogio [135].

Habla luego monseñor Dell'Acqua, el amigo e inmediato colaborador del prosecretario de Estado. Está conmovido. Pone de relieve el «fúlgido ejemplo» que ha dado monseñor Montini con su noble tarea de treinta años al servicio del Papa. Hace resaltar sus virtudes: «dedicación al trabajo, sencillez de vida, ilimitado amor al deber y, sobre todo, exquisita espiritualidad e incomparable devoción al Vicario de Jesucristo».

Al final de su discurso dice a Montini que Milán lo aguarda con impaciencia. Que le esperan los sacerdotes, los seminaristas, la Acción Católica, el pueblo todo. Y saluda al nuevo pastor llamándole «el arzobispo de los obreros».

Angel dell'Acqua es sacerdote milanés. Fue secretario particular de un insigne arzobispo: el cardenal Ferrari. Pertenecía a los oblatos de San Carlos. Conoce muy bien la diócesis y sabía, por otra parte, cuál era el estilo y la mentalidad del prosecretario de Estado. Por eso, en sus breves pero expresivas palabras de saludo, calcula ya con singular tino las dimensiones que va a tener la labor pastoral del neoarzobispo de la sede ambrosiana.

Aquella misma tarde del día 3 de noviembre el nuevo arzobispo quiso ponerse en contacto con los seminaristas milaneses que estudian en Roma. Con este fin fue al Colegio Lombardo. Acudí yo también a la cita y me mezclé sin más con aquellos jóvenes que, ilusionados y admirados, recibían a su recién elegido arzobispo. Allí, en la capilla del colegio, hoy ya desaparecida, monseñor Montini habló a los seminaristas. Yo saqué mi cuaderno y anoté algún pensamiento de su plática.

> Cuando un sacerdote se entrega con absoluta y total generosidad al servicio exclusivo de la Iglesia suele acontecer que se le presentan en la vida situaciones terribles... El secreto de la santidad sacerdotal está en tener el corazón lleno de Cristo, de forma que de ahí fluya la desbordante caridad y el celo apostólico que exige el sagrado minis-

terio... Lo que os predico a vosotros pretendo decírmelo hoy también a mí mismo.

El nombramiento de monseñor Montini para arzobispo de Milán no fue una sorpresa para los ambientes romanos. Hacía tiempo que la prensa le aireaba públicamente y los enterados daban como posible. Sin embargo, llenó a todos de admiración y, como suele ocurrir en estos casos, suscitó una partida de comentarios sin fin.

En otra parte de este biografía hablo ampliamente del aprecio verdaderamente excepcional que Pío XII tenía para con su prosecretario de Estado. Era una cosa bien conocida. Como todos sabían igualmente el papel importantísimo que Montini estaba desarrollando en uno de los más altos puestos del gobierno central de la Iglesia. La pregunta surgía por lo mismo espontánea: ¿Qué explicación tenía este llamativo traslado de Juan Bautista Montini del Vaticano a Milán?

Al margen de lo mucho que se ha hablado y se ha escrito sobre este asunto, no siempre con amor a la verdad y con sentido eclesial, yo quiero anotar aquí antes de nada que, consideradas ahora las cosas en la perspectiva de los planes divinos, aquella salida de Montini para la vida pastoral en la metrópoli lombarda fue providencial. Es evidente que los ocho largos años de experiencia apostólica y de gobierno eclesiástico en la archidiócesis de Milán han sido decisivos para la vida de este sacerdote. Era ésta la última preparación que necesitaba antes del papado. La «última», digo, porque a la acción pastoral —arzobispo de una de las diócesis más importantes del mundo— había precedido ya la experiencia apostólica en Roma, la vida diplomática en lo más alto de la escala y la tarea de gobierno universal en el centro mismo de la cristiandad. Esta preparación al supremo pontificado que el Señor vino claramente realizando en Montini desde su juventud motivaron ciertamente en los planes de la Providencia, como ha hecho notar el cardenal Tisserant, el traslado cuyas explicaciones humanas pasan así muy a segundo plano para quienes saben que Cristo guía atentamente a su Iglesia.

Es justo, sin embargo, que el biógrafo intente dar algunas informaciones que expliquen un poco, desde el punto de vista humano, una decisión de Pío XII que fue verdaderamente histórica.

Hay que empezar diciendo que apenas murió el cardenal Schuster [186] comenzó a sonar en Italia el nombre de Montini para arzobispo de Milán. La candidatura del prosecretario de Estado para tan importante sede resultaba, en cierto sentido, obvia por diversos motivos, entre los que quiero apuntar dos que procedían de distintas direcciones hacia un punto convergente.

En primer lugar, los milaneses —los prelados, los canónigos, los párrocos y sacerdotes, los dirigentes laicos católicos—, acostumbrados a ver sobre la sede ambrosiana arzobispos de excepcional categoría, para llenar el vacío del cardenal Schuster deseaban y pedían una figura de alto relieve [137].

Sólo se contentaban con un Montini —que, además, era lombardo— o con alguien de talla parecida. Así, los milaneses fueron los primeros que pusieron en circulación el nombre del prosecretario de Estado, hablando en los ambientes eclesiásticos y proponiendo en la prensa a monseñor Montini como candidato número uno para la sede ambrosiana [138].

En segundo lugar —y este aspecto es muy interesante—, la figura de Juan Bautista Montini estaba rodeada en Roma y en el mundo entero de un prestigio tan grande que parecía llenar demasiado en el Vaticano. Su personalidad era ya tan recia; tan rica de ideas nuevas, de personales y valientes iniciativas para el gobierno de la Iglesia, que parecía exigir un amplio y, en cierto sentido, autónomo campo de acción, diverso, naturalmente, del que tenía ante su horizonte, como fiel ejecutor de las órdenes y deseos del Papa: un Pontífice extraordinario al que Montini quería servir y estaba sirviendo con total dedicación e identidad de criterio en la moderna visión de los problemas de la Iglesia y del mundo.

Pío XII, que tenía una aguda intuición de las cosas, captó perfectamente, sin duda alguna, la nueva situación y quiso abrir caminos libres al amigo y colaborador. Le encontraba preparadísimo para cosas grandes, sobre las que pudiera proyectar toda su rica personalidad con plena libertad de criterio y de acción.

¿Quiso tal vez el papa Pacelli que Montini se preparase con la vida pastoral para una posible ascensión al papado? Difícilmente puede dar una respuesta a esta pregunta un escritor o biógrafo, que trata aquí de explicarse —muy desde fuera— acontecimientos colocados en la línea del arcano.

Desde luego, nadie responda que no, afirmando que si éstos hubieran sido los planes del papa Pacelli le habría creado cardenal en seguida. No es ésta una objeción, porque ni el lector ni yo sabemos los proyectos que Pío XII se llevó a la tumba en relación con posibles nuevos cardenales. Se conoce bastante bien, sin embargo, el pensamiento de aquel Pontífice sobre el Sacro Colegio Cardenalicio y se puede sospechar, con cierto fundamento, que a la mente del papa Pacelli y a su manera de proceder en los últimos años no era extraña la idea de que pudiera subir al solio pontificio un prelado no cardenal. En este caso se trataba, por añadidura, de un obispo, que

anteriormente había renunciado a la púrpura. Por lo demás, la legislación canónica sobre la Sede vacante, de nuevo codificada por Pío XII, prevé claramente una tal posibilidad. Y sabemos, por otro lado, que con ocasión del conclave de 1958 se habló mucho de Montini y de su posible elección para Papa.

Sea de todo esto lo que quiera, lo cierto es que, por una de esas misteriosas combinaciones que a veces ocurren en la Iglesia, Pío XII nombra a monseñor Montini arzobispo de Milán. Dicen que una mañana del mes de octubre de 1954, en Castelgandolfo, cuando el Papa terminó de despachar con su prosecretario de Estado los asuntos del día, se levantó de su mesa y dando un fuerte abrazo al fiel colaborador le comunicó el nombramiento del que tanto se hablaba ya en Roma y cuya total explicación desde el punto de vista eclesial sólo Pío XII y Pablo VI pueden saber.

Las cartas apostólicas, con las cuales el Sumo Pontífice comunicó luego oficialmente el nombramiento al interesado, se salen del estilo ordinario para expresar llamativamente el concepto que el Papa tenía de la personalidad de Montini.

«Tú, querido hijo, me has parecido la persona más indicada [para este ministerio], porque te conocemos a través de un casi cotidiano contacto y apreciamos tus dotes de ingenio, tu fuerza de ánimo y tu sincera piedad, unida al celo por la salvación de las almas. En los largos años en que has estado junto a Nos... has tenido, por otra parte, ocasión de adquirir una excepcional experiencia de las cosas y de los hombres, de forma que apareces ahora como la persona mejor preparada para asumir el gobierno espiritual de la metrópoli lombarda» [139].

Tan pronto como se hizo público su nombramiento para arzobispo de Milán monseñor Montini se retiró de la Secretaría de Estado. Ordenó sus papeles y sus libros. Hizo ejercicios espirituales en el santuario de Galloro, muy cerquita de Roma, y comenzó a prepararse para su consagración episcopal. Esta quedó fijada para el 12 de diciembre de 1954.

Pío XII quería consagrar con sus propias manos pontificales al neoelecto arzobispo de Milán. Pero he aquí que en el mes de noviembre el Santo Padre cae enfermo y su salud se agrava por momentos, hasta el punto de que la cristiandad, tremendamente acongojada, llegó a temer un desenlace en los primeros días de diciembre [140]. Pero el Señor escuchó entonces las oraciones del orbe católico. Pío XII superó la crisis y comenzó a mejorar notablemente a partir del día de la Inmaculada. Sin embargo, el domingo día 12,

el Papa no estaba en condiciones de oficiar en la ceremonia de la consagración episcopal y quiso que ésta fuese realizada por el más alto dignatario de la Iglesia, el decano del Sacro Colegio, cardenal Eugenio Tisserant. El mismo que presidió el conclave de 1963 y preguntó a Juan Bautista Montini, en la histórica mañana del día 21, si aceptaba la elección a Papa [141].

La ceremonia de la consagración episcopal, a la que tuve la suerte de asistir, y que quedó muy grabada en mi memoria, tuvo lugar en la basílica de San Pedro.

Pío XII siguió el acto a través de la televisión. Antes de comenzar envió al cardenal Tisserant el siguiente telegrama:

«En el momento en que vais a proceder en nombre Nuestro a la consagración del nuevo arzobispo de Milán, Nos queremos expresaros nuestra satisfacción personal e invocamos de todo corazón, sobre vuestra persona y sobre cuantos os asistirán en la celebración de este rito solemne, una particular abundancia de divinas bendiciones».

Luego, al final del acto, Pío XII leyó a través de los micrófonos de Radio Vaticano este expresivo mensaje:

«Hemos estado espiritualmente presentes en esta patriarcal basílica al rito de una consagración episcopal, que el afecto hacia el consagrado reservaba a Nos mismo, pero que las adorables disposiciones de la Providencia no nos han permitido realizar.

»Es, sin embargo, un gran consuelo para el Padre, que no ha podido imponer las manos con la invocación del Espíritu Santo, alzarlas en este momento para dar la bendición a su fiel colaborador, hoy ya hermano en el orden episcopal.

»Esta bendición, así como está toda ella cargada de recuerdos de un prolongado servicio, en el que se han alternado las alegrías y las penas, de la misma manera está también iluminada por la fe y la esperanza para el futuro del nuevo pastor, llamado a regir desde la cátedra ambrosiana una porción tan amplia del querido pueblo lombardo.

»A este pueblo, que ha asistido al acto en las personas de sus primeras autoridades civiles y eclesiásticas, de los representantes del clero secular, de las órdenes y de las congregaciones religiosas, de la Acción Católica y de todas las clases sociales, queremos expresar nuestra complacencia por el sentimiento de unánime afecto con que se dispone a acoger y a seguir, obediente, al pastor de sus almas.

»En ese espíritu, Nos percibimos perfectamente su gratitud conmovida por el don que con el nuevo arzobispo hemos hecho a la iglesia de Milán,

y, lo mismo que al pastor, damos también a su devota grey, de todo corazón, nuestra paternal bendición apostólica» [142].

A mediados de diciembre el ex prosecretario de Estado abandonó Roma después de haberse despedido del Papa. Su Santidad le había recibido ya en audiencia privada, teniendo con él un largo coloquio en vísperas de la consagración, el día 8 de diciembre.

A propósito de esta audiencia, *L'Osservatore Romano* publicó una nota poniendo de relieve que el acto, dadas las circunstancias —recuérdese que el Papa estaba muy enfermo—, «testimoniaba ya de por sí la particularísima benevolencia de Su Santidad hacia el distinguido prelado».

«En el curso de la afable conversación —continúa diciendo el órgano vaticano— el augusto Pontífice ha recordado con conmovedoras palabras el servicio realizado por monseñor Montini, que durante veinte años ha sido el fiel y celoso ejecutor de las soberanas disposiciones, primero como sustituto de la Secretaría de Estado y después como prosecretario. Al mismo tiempo, el Santo Padre ha manifestado su paterno y vivo dolor por esta separación, que ha querido solamente para una mayor gloria de Dios y para el bien de la insigne archidiócesis de Milán, hacia la cual el Supremo Pastor siente tanta consideración» [143].

Pío XII tuvo para su entrañable amigo el delicado gesto de regalarle una preciosa cruz pectoral, que el nuevo arzobispo llevó siempre como gratísimo recuerdo del inolvidable Papa.

En la metrópoli lombarda el ex prosecretario de Estado del Papa fue acogido con gran expectación y con notable entusiasmo. El ingreso tuvo lugar el día 6 de enero de 1956.

Montini, pastor de almas: Entrar ahora en esta faceta de la rica historia del actual Pontífice y describir su trayectoria apostólica al frente de la archidiócesis más importante de Italia no es tarea nada fácil. La labor del cardenal Montini en sus ocho largos años de Milán ha sido tan amplia, tan fecunda, que difícilmente puede dimensionarse en pocas páginas. Trataré, sin embargo, de consignar aquí ciertos episodios significativos y apilar algunos datos sin la pretensión de ser exhaustivo.

Bien conocida es de todos la estampa con que Montini besa la tierra. Fue un gesto significativo que el arzobispo realizó tan pronto como pisó el suelo de su archidiócesis el día 6 de enero de 1955. «Este beso —ha escrito Antonio Montero— era todo un símbolo del acercamiento del buen pastor a las realidades de este mundo, aunque estén cubiertas de barro.»

El impacto de su entrada en Milán, donde tanta expectación había sus-

citado, fue singular. Mandó que repartieran entre los pobres los fondos recogidos para la fiesta de su llegada. El primer día de su estancia en la capital lo pasó visitando los hospitales para sintonizar en seguida con el mundo del dolor. La segunda jornada la dedicó a los obreros y, de esta forma, fue entrando rápidamente en contacto con todas las categorías y clases sociales de la ciudad.

Cinco meses después de su entrada en la diócesis un semanario italiano dedicó al arzobispo un artículo que titulaba así: «Aire nuevo en Milán desde que ha llegado monseñor Montini». Luego, en un largo subtítulo, escribía lo siguiente: «Los que más contentos están son los sacerdotes jóvenes, que finalmente han encontrado un arzobispo que piensa como ellos».

Del citado artículo, que encontré interesantísimo cuando lo leí, copié en mis apuntes sobre monseñor Montini los siguientes párrafos: «Algo ha cambiado en Milán desde que llegó Montini, el 'arzobispo sonriente', como le llaman las mujerzuelas de *Via Brisa* y de *Porta Ticinese.* Apenas llegó a la capital quiso visitar los núcleos obreros de Sesto San Giovanni. Se ha mezclado con los trabajadores, ha dialogado con ellos y les ha celebrado la misa en sus fábricas, sin preocuparse de que en los salones había banderas rojas... Los jóvenes sacerdotes, que son como la milicia de choque al servicio de la Iglesia, para conquistar las posiciones perdidas, están contentísimos con el nuevo arzobispo, convencidos de que, para trabajar apostólicamente entre las masas de hoy, no hay que dirigirse a Scelba [el ministro del Interior] y a su policía, sino que es necesario vivir evangélicamente, ayudando a quien está mal, extendiendo la mano a los pobres, pero no sólo para dar limosna, sino para asegurar trabajo a quien lo busca y procurar que los que trabajan tengan el salario justo y necesario para vivir dignamente... En el palacio episcopal el ambiente es también nuevo, y no sólo porque los muebles han sido renovados, sino porque se ven allí caras optimistas, invasión de jóvenes (a los que el arzobispo dedica especial atención)... Monseñor Montini se preocupa mucho de lo que dicen los periódicos italianos y extranjeros. Quiere que la prensa católica sea inteligente y moderna, y él mismo escribe artículos para diarios y revistas. Es un arzobispo para nuestro tiempo» [144].

Milán es una diócesis gigante. La más grande de Europa: cinco mil kilómetros cuadrados de superficie; tres millones y medio de habitantes; novecientas veinticinco parroquias; tres mil ochocientos sacerdotes y religiosos; doce mil religiosas.

La capital es una de las metrópolis más modernas y más dinámicas del

mundo. Una ciudad absorta en el quehacer temporal, que edifica sus rascacielos con la idea de dominar cada vez más la técnica, la industria y el bienestar. La periferia es un inmenso cinturón de fábricas, que envían a los cuatro vientos el ruido de sus sirenas, anunciando que el trabajo es el lema de estos hombres constituidos en artífices del desarrollo económico.

Cada mes y cada año la ciudad se alarga, parece alargarse infinitamente con sus nuevas industrias y sus nuevas casas para obreros y emigrantes. Nacen millares de niños, se multiplican los matrimonios y las flechas de los cuadros estadísticos crecen vertiginosamente.

¿Cómo penetrar con el Evangelio en este inmenso mundo? ¿Cómo llegar a las almas de todos y cada uno de los milaneses? ¿Cómo organizar la recristianización de una metrópoli tan complicada?

> Cuántas veces, pasando por la ciudad, absorta y dominada por su incesante y apresurado trabajo, hemos pensado con ansias en el corazón la manera de hacer llegar una palabra amiga a toda la gente, que vemos tan extraña y alejada del tesoro vital de nuestra verdad, y, al mismo tiempo, tan unida a nosotros por vínculos de civil simpatía y de cristiana hermandad. Cuántas veces mirando las casas viejas y nuevas de la inmensa ciudad, colmenas humanas, a las cuales no llegan nuestros pasos, nos hemos preguntado si sería posible y cómo podríamos hacerlas alguna vez penetrables al soplo del espíritu vivificador del Evangelio. Cuántas veces nuestra misma dignidad episcopal, que hace de todos estos ciudadanos otros tantos hijos nuestros, ha pesado sobre nuestros hombros como una tremenda responsabilidad por la limitada capacidad que sentimos de acercarnos a tantos hombres, instruirles, consolarles, bendecirles. El engranaje de la sociedad cristiana nos parece a veces tan poco consistente, tan escasamente penetrado de fe y de gracia, que la ciudad, más bien que suscitar en nosotros sentimientos de admiración por su creciente grandeza, despierta en el ánimo preocupaciones y temores por su incierta salvación [145].

Estos pensamientos atormentaron al intrépido arzobispo desde el día de su llegada a la diócesis. Se necesitaba, ante todo, una adecuada organización apostólica, una pastoral científica y moderna concretada en instrumentos aptos para una eficaz acción. En esta línea monseñor Montini fue concibiendo y dando actuación práctica a grandes y ambiciosos planes sacerdotales, comenzando por la reorganización de la Curia diocesana en sentido pastoral.

Monseñor Montini creó pronto en la archidiócesis un *Ufficio tecnico,* u Oficina de Planificación Pastoral, con sección de estudios, de estadística,

de sociología religiosa y de publicaciones. En este interesante centro se estudia la historia de la archidiócesis y la situación actual con miras a una evangelización moderna y eficiente. De él, como de una fuente de vitalidad pastoral, salen numerosas publicaciones de carácter catequístico, litúrgico, de propaganda católica popular y de alta erudición, como la moderna revista *Diocesi di Milano,* que creo única en su género.

La última obra del arzobispo en el campo de la cultura diocesana fue la creación del Centro de Estudios de San Carlos, del que tan elogiosamente habló Juan XXIII poco antes de morir.

En el campo de la organización pastoral una de las últimas iniciativas puesta en marcha por monseñor Montini, en julio del año 1962, fue la creación del Centro Diocesano de Emigrantes, colocado bajo la dependencia de la Oficina de Pastoral Social. Con esta institución el cardenal quería salir al paso de los graves problemas que le venía planteando el creciente movimiento emigratorio de los últimos años: masas enormes de gentes, provenientes, sobre todo, del Sur, a las que el pastor trataba de ofrecer asistencia espiritual y en lo posible también material. Claro que en esto, como en otros campos, la inquietud pastoral del arzobispo no se quedaba en el terreno organizativo. Quería ejercitar una obra personal de acercamiento en relación con sus nuevos hijos. Así, procuró ir hasta ellos y entablar diálogo directo porque, como dijo, visitando la «Bidonville» de Cesate:

> Vosotros habéis venido a esta tierra de Milán de la que yo soy arzobispo y por eso he pensado para mí: «Es necesario ir a conocer a esta nueva gente que ha llegado».

El diálogo ha sido quizá uno de los secretos de su éxito apostólico. Diálogo directo con todos, pequeños y grandes. Diálogo, ante todo, con sus sacerdotes.

El contacto personal del arzobispo Montini con su clero era asiduo y cordial, en un terreno familiar de amistad y comprensión: audiencias en el palacio episcopal, visitas a las parroquias, incluso a las más pequeñas y alejadas; reuniones sacerdotales para estudio de problemas o cambio de impresiones.

Las concentraciones de sacerdotes en la catedral o en otros santuarios, para jornadas de oración dirigidas por el arzobispo, eran frecuentes. Así, podemos recordar la asamblea eucarístico-sacerdotal de junio de 1955; las reuniones de sacerdotes y religiosos en la temporada preparatoria de la famosa misión de 1957; los llamados «sínodos menores», celebrados regular-

mente cada año, bajo la presidencia personal del arzobispo, y las reuniones del clero de los diversos arciprestazgos, que se tenían siempre al final de la visita pastoral, no en plan de pura formalidad, sino como ocasión oportuna para el diálogo entre el pastor de la diócesis y sus colaboradores.

> Una reunión de sacerdotes, convocados por el obispo, para rezar comunitariamente y dialogar sobre el tema de la vida sacerdotal, es siempre fuente y señal de vitalidad [146].

La secretaría particular de su excelencia —modelo de perfecta organización técnica— despachaba a centenares las cartas para los sacerdotes de la ciudad y de los pueblos. El arzobispo las dictaba y las revisaba con escrupulosa atención. Eran muchas veces cartas no sólo «de oficio», sino de ayuda espiritual, porque monseñor Montini quería hacer suyos los problemas de todos los sacerdotes, examinando y tratando de comprender sus dificultades humanas y pastorales, sus éxitos y sus fracasos [147].

Es de notar que monseñor Montini, con su personalidad eclesiástica y humana, ejercía una profunda fascinación en muchos de sus sacerdotes. Escribo esto porque lo he podido comprobar personalmente en Milán. Recuerdo que, en cierta ocasión, un cura, que llevaba un solo año de ministerio, me dijo que lo mejor del arzobispo era que cualquier sacerdote podía, cuando lo necesitaba, ir a exponerle sus problemas.

El clero joven, sobre todo, le admiraba con grandes esperanzas para el porvenir. Encontraban en él una mentalidad siempre abierta y dispuesta a indicar soluciones, a animar, a orientar con tino y gran intuición de los problemas del apostolado moderno. El clero anciano sabía apreciar en el arzobispo el gobernante sereno, equilibrado, pastor generoso y padre de todos. Bien pudo escribir monseñor Oldani que es «difícil mensurar la grandeza y la sinceridad de la estima, de la devoción y del afecto que el clero nutre hacia el infatigable y siempre vigilante arzobispo» [148].

Una de las iniciativas más hermosas, en este cuadro de los contactos de monseñor Montini con su clero, la constituyen las famosas *Cartas del arzobispo a sus sacerdotes,* que solía enviarles todos los años el día de Jueves Santo. En estos documentos, al margen de toda formalidad, el cardenal vertía su alma sacerdotal, convirtiéndose en el maestro y formador de «los elegidos». Una prueba de la atención pastoral que el arzobispo dedicaba a sus sacerdotes. Atención que se proyectaba, sobre todo, hacia el clero joven [149].

Al futuro Pablo VI le gustaba ordenar con sus propias manos a los nuevos presbíteros. Milán, la archidiócesis más grande de Italia [150], es una

tierra rica en vocaciones. Todos los años reciben la ordenación sacerdotal de cincuenta a cien seminaristas. El sacro rito solía celebrarse en la catedral y ofrecía al pastor una buena ocasión para exponer ante el clero y ante el pueblo su pensamiento sobre el sacerdocio.

Los presbíteros recién ordenados pasan al convictorio sacerdotal, situado en Venegono, a pocos kilómetros de Milán. Un espléndido instituto pastoral que, por deseo de Pío XII, puso en marcha el cardenal Schuster y llevó a su total realización monseñor Montini.

El día 23 de junio de 1957 el arzobispo inauguró el nuevo edificio, trazando en su discurso el programa y los fines que se proponía el convictorio: responder a una función educativa nueva, orientando a los jóvenes sacerdotes hacia una especialización pastoral. Prepararles para el difícil diálogo con la humanidad de hoy, con miras a usar un lenguaje actual, vivo; un lenguaje que sepa adaptarse a la receptividad y necesidad de ese gran auditorio que es el pueblo: auditorio que resulta hoy distante, desconfiado, espiritualmente ensordecido por el bullicio de la civilización moderna y, sin embargo, exigente y ávido, más que en el pasado, de «comprender».

> En tiempos en que incluso el hábito eclesiástico bajo el cual se cobija la autoridad espiritual puede resultar contraproducente y puede crear un diafragma entre el que habla y el que escucha, el contenido es siempre el mismo y no puede ser otro que el de la verdad evangélica. Lo que hace falta es que ésta llegue a prender en los hombres. Tenemos necesidad de salir de lo empírico, de lo aproximativo, de lo rutinario. Hablamos y no nos comprenden: marchamos a destiempo, como una rueda que gira y no engrana.

Así habló el arzobispo, añadiendo otras ideas que resumo a continuación. Para sintonizar con las almas de los hombres modernos es necesaria precisamente esa específica preparación que haga viva y operante la experiencia evangélica que el sacerdote lleva dentro; pero que, para ser comunicada, exige renovación de métodos, de lenguaje y de formas organizativas. Todo es para que el «servicio» que ha de prestar el sacerdote no resulte ineficaz y no defraude su misión de ministro del mensaje evangélico, sino que realice perfectamente su capacidad pastoral, que es un arte —desde el momento que es el artista a quien compete hacer sensible lo abstracto—, y como tal debe ser puesta al día [151].

Enseñar este arte a los curas jóvenes, he aquí el fin del convictorio de Milán. Un edificio moderno, que ha costado quinientos millones de liras,

con capacidad para ciento veinte sacerdotes. Los nuevos presbíteros pasan un año en este centro, alternando su iniciación apostólica, en la ciudad y en las parroquias de la comarca, con clases y conferencias sobre pastoral moderna y materias afines.

La atención al clero joven de Milán no acaba con el convictorio. Los sacerdotes siguen luego en relación permanente con este centro y también con los superiores del seminario. Precisamente para facilitar este contacto, sobre todo en el campo de la dirección espiritual, monseñor Montini dispuso, en septiembre de 1956, que los directores espirituales, tanto del seminario como del convictorio, tuvieran en la ciudad un despacho con horas para recibir al clero, «con el fin —dice el arzobispo en la citada disposición— de que, sobre todo los sacerdotes jóvenes, tengan la posibilidad de continuar en contacto con aquellos que fueron sus directores espirituales en los años de la formación» [152].

Muchos sacerdotes jóvenes, desde el día de su ordenación, «para más generosidad en el servicio de la diócesis y para mayor cuidado de su propia santificación, hacen plena oblación de sí mismos en manos del arzobispo». Son los famosos «oblatos de San Carlos», que tan gloriosa tradición sacerdotal tienen en Milán. Precisamente monseñor Montini publicó, en agosto de 1957, un nuevo estatuto para estos sacerdotes, «con el fin de acomodarle a la espiritualidad moderna y a las necesidades de los tiempos» [153].

En el marco de la atención dedicada por el arzobispo Montini a su clero estaba encuadrada su intensa preocupación por los centros de formación sacerdotal que tiene la diócesis ambrosiana.

Hace unos años visité el gran seminario de Milán, situado no lejos de la metrópoli, en Venegono Inferiore (Varese). Hablé con sus superiores y seminaristas cuando el arzobispo Montini estaba trazando la trayectoria para hacer de su seminario un moderno centro de formación sacerdotal. Creo que ya entonces recogí la especie de que el arzobispo soñaba con trasladar a la misma ciudad de Milán el teologado —Facultad de Teología erigida canónicamente desde 1935—. Era rector del seminario monseñor Juan Colombo, que, nombrado más tarde obispo auxiliar de la diócesis, continuó completamente dedicado a las tareas del seminario y atendió al clero hasta su nombramiento de arzobispo para sustituir a Montini, elegido Papa [154].

Como a los jóvenes seminaristas, por los que sentía especial predilección Montini, el futuro Pablo VI en sus años de Milán dedicó especial atención a los universitarios y a todas las categorías de jóvenes.

Era precisamente en Milán donde se iban a desbordar esos afanes apostólicos para con la juventud, que tanto habían apasionado antes al sacerdote diplomático. Sí, en su profunda y amplia labor pastoral al frente de la archidiócesis lombarda monseñor Montini ha demostrado que el apelativo de «arzobispo amigo de los jóvenes», que le dieron cuando marchó a Milán, cuadraba de maravilla con su mentalidad y acción apostólica. Amigo de los jóvenes siempre y en todo. Sus contactos sacerdotales con la juventud obrera, con la juventud universitaria, con los jóvenes de todas clases y estilos, fue notablemente intensa en los años que han precedido a su ascensión al solio pontificio. Repasando sus discursos y el diario de sus actividades se ve en seguida que en su vida pastoral la juventud de Milán constituía un campo apostólico de gran atención y de profundo interés para sus preocupaciones de arzobispo.

Entrar en contacto directo con la juventud era su continua ilusión. A los jóvenes sabía entregar su alma y sabía llevarles su palabra, con una admirable intuición y un profundo conocimiento de lo que son y piensan los muchachos de nuestro tiempo. Creo que ésta es una de las cosas que más cabe admirar en Juan Bautista Montini: un hombre que ha conservado una mentalidad y un alma siempre juvenil, y, por eso, ha sabido en todo momento fascinar a los jóvenes para llevarles a Cristo.

> Jóvenes, amad a la Iglesia. Esta es la consigna que quiero daros, porque en el mundo hay poco amor a la Iglesia, incluso en los países que se llaman cristianos... Y yo os digo que, para ser buenos ciudadanos, tenéis que ser buenos católicos. También en este aspecto Cristo nos enseña el verdadero sentido del civismo; vivir como amigos, como hombres libres, democráticos, porque la democracia no es más que la aplicación de la fraternidad del Evangelio; no es lucha de clases, sino amor entre ciudadanos, que saben cooperar en la realización de objetivos comunes. Esto es lo que Cristo nos enseña y lo que la Iglesia dice a los jóvenes.

Así se expresaba el cardenal Montini dirigiendo en cierta ocasión su palabra a los alumnos de un instituto salesiano [155]. Saber hablar a la juventud es una de las cualidades mejores que Dios puede regalar a un apóstol. El arzobispo de Milán la poseía. Y era precisamente su visión de la Iglesia la que daba a la palabra de este sacerdote una tremenda fuerza para penetrar en las almas de los jóvenes. Sabía presentarles un «cristianismo simpático», por usar la expresión por él mismo acuñada. Sabía hacerles amar a la Iglesia y entusiasmarles por ella, porque sabía hablarles de la Iglesia

y de su doctrina con un estilo original, muy al alcance de la mentalidad juvenil. Sabía él muy bien que los jóvenes de hoy ponen una extrema atención en la autenticidad de las cosas, de la misma forma que desconfían de todo romanticismo sentimental y de toda engañosa rutina.

Los jóvenes piden amistad y el arzobispo de Milán se la supo dar, pidiéndoles al mismo tiempo que se pusiesen a la vanguardia del movimiento religioso renovador, portadores de un espíritu cristiano auténtico. Sabido es que las organizaciones juveniles católicas de Milán han adquirido en estos últimos años una fuerza impresionante. Contaban para ello con el apoyo y el empuje de su arzobispo, a quien no dudamos en definir como auténtico líder de juventudes.

En el mes de abril de 1963 seis mil jóvenes católicos de toda Italia realizaron la «Marcha de la Fe», caminando a pie desde Florencia a Siena, en peregrinación de oraciones, diálogo y vida comunitaria de tono evangélico. La «amistad con Cristo» era el tema propuesto para las conversaciones de estos jóvenes, en marcha hacia la esperanza de un mundo mejor.

Antes de salir de Florencia, en la catedral de Santa María del Fiore, les despidió el cardenal de Milán, dándoles una meditación sobre «Jesús, amigo». Fue un momento de vibración espiritual que dejó perfectamente ambientada «la marcha». Una crónica escrita para la revista *La Rocca* por uno de los jóvenes asistentes registra este comentario: «Cuando durante la hora santa habló a los jóvenes el arzobispo de Milán un profundo silencio se hizo en la inmensa catedral. El cardenal Juan Bautista Montini no es simplemente un intelectual. Lo que fascina en él, junto a la integridad de su figura de pastor, es la profundidad y el calor con que habla. En él se encuentran esos valores que los jóvenes de hoy no sólo saben apreciar, sino que exigen a los hombres de la Iglesia».

Me gustaría reproducir aquí otras escenas y comentarios de éstos. Se encuentran muchos en la trayectoria pastoral que el actual Pontífice ha dejado trazada en Milán. Es una línea constante, el ideal de una vida sacerdotal que continúa ahora en la cumbre suprema del pontificado romano, como Pastor de la Iglesia universal. El mismo Pablo VI ha dado testimonio de ello hablando así a un grupo de sacerdotes, en uno de sus primeros discursos:

> Creemos que sabéis muy bien todos vosotros cómo hemos amado siempre a la juventud, en todas sus etapas, en todas sus manifestaciones y en todos sus problemas. Sabéis qué cariño especial hemos tenido siempre para esta nuestra juventud italiana, que tiene la dicha, el honor y la responsabilidad de formar parte de la Acción Católica.

Nosotros mismos hemos pertenecido a ella en los años lejanos de nuestra juventud. Hemos seguido muy de cerca su marcha durante cincuenta años. Hemos vivido con ella horas grandes y dramáticas. Hemos tratado a dirigentes, consiliarios, afiliados y amigos innumerables. Hemos contribuido, en la medida de nuestras fuerzas, a su desarrollo y a la realización de su misión. Hemos captado y admirado su espíritu. Hemos defendido y promovido su organización y hemos estudiado y apreciado el estilo de su pedagogía y sus estupendos resultados [156].

Pablo VI, Papa de la juventud.

Capítulo aparte merecería lo que podríamos llamar el «diálogo» del arzobispo Montini con el mundo obrero. Era uno de los problemas capitales de la metrópoli lombarda y por eso fue también su gran ilusión de Pastor expresada en este *slogan:* «Bautizar en Milán al mundo del trabajo significa hacer cristiana toda la ciudad».

Magnífica intuición pastoral que le llevó en seguida a ponerse en contacto con los centros industriales de la *bamlieu* de la ciudad que, dominados por el marxismo, requerían nuevos métodos de apostolado. Así, el primer domingo, después de la entrada en la diócesis, le pasó en los centros de trabajadores más importantes que hay en torno a la capital: Musocco y Sesto San Giovanni. Es éste el barrio o pueblo obrero más grande de Italia, la llamada fortaleza industrial de Milán, conocida también por los años cincuenta con el nombre de la «Stalingrado de Italia». Fue aquí donde monseñor Montini declaró, en una memorable alocución, que «con la gracia de Dios haría todo lo posible para ser el arzobispo de los obreros».

Con aquel discurso iniciaba su coloquio con el pueblo milanés y, «puesto que no quería tener ningún secreto para con sus hijos, deseaba confesar que en aquel momento se estaba realizando un sueño que había acariciado con mucha ilusión en los años precedentes: hablar a auténticos trabajadores en su propio ambiente» [157].

Significativa y comprometedora declaración: ser el arzobispo de los obreros, con el fin de ganar para la Iglesia la confianza de las masas, dispuesto a aportar su sincera y leal acción de pastor y de padre, donde quiera que surja un sufrimiento, una injusticia, una legítima aspiración a mejoras sociales; pensando siempre en transformar las fábricas en terreno de convivencia humana y de colaboración. Hacer que Cristo llegue al mundo del trabajo y poner el movimiento obrero en camino hacia Cristo. He aquí el

ideal y el programa del nuevo arzobispo de Milán, tal como lo expuso en su discurso de entrada.

Sabían ya los *aclistas* que monseñor Montini iba a su diócesis con estos planes apostólicos, cargados de inquietudes sociales. Hacía tiempo que conocían su mentalidad y sus afanes pastorales en este campo. Había sido siempre, desde su puesto de la Secretaría de Estado, un gran amigo y propulsor de los movimientos obreros católicos. Antes de salir para Milán tuvo ya en Roma contactos muy significativos y cordiales con los dirigentes de las ACLI y, por eso, el día del recibimiento los *aclistas* se distinguieron como nadie en el entusiasmo por dar una afectuosa acogida al nuevo pastor [158].

Después de su visita a Sesto San Giovanni, los contactos con las fábricas y los barrios obreros de Milán comenzaron a ser intensos. El arzobispo iba realizando sus planes de penetración social con una ilusión siempre nueva. Así, sabía dar a su palabra y a su acción apostólica una singular fuerza de penetración. Los trabajadores comenzaron en seguida a darse cuenta de quién era este arzobispo.

En una ocasión un obrero milanés murió en trágicas circunstancias. Sus compañeros instalaron la capilla ardiente en la misma fábrica. Un desfile de gente proletaria fue pasando durante la tarde por delante del cadáver. A última hora llegó también el arzobispo. Rezó devotamente y habló luego con los obreros, que se disponían a velar durante la noche. Monseñor Montini no podía quedarse allí muchas horas, pero trató de prolongar su presencia con un gesto exquisito: «Mis ocupaciones —les dijo— no me permiten permanecer aquí con vosotros durante la noche; pero quisiera haceros compañía de alguna manera». Se quitó entonces el pectoral y le colocó junto al cadáver del obrero fallecido. He aquí todo un símbolo de la sensibilidad pastoral de este arzobispo en su trato con el proletariado.

El día 1 de mayo de 1955, a los cinco meses de su entrada en Milán, monseñor Montini conduce a Roma una gran peregrinación de obreros católicos. Vienen a testimoniar su amor al Papa. Para celebrar el primer decenio de la fundación de las ACLI se han reunido en Roma trabajadores de toda Italia. Recuerdo muy bien aquella jornada. Por la mañana, durante el acto religioso celebrado en la plaza del Popolo, vi muy de cerca al metropolita lombardo en el palco de la presidencia, junto al primer ministro italiano, Scelba, mientras el cardenal Piazza celebraba la misa. Luego, por la tarde, le vi marchar hacia la plaza de San Pedro, abriendo fila al frente de sus obreros. Observé con qué efusión le abrazaba Pío XII, en aquel día memorable en que el papa Pacelli bautizó la «Fiesta del Trabajo», haciendo

cristiano el «uno de mayo». A primera hora de la mañana monseñor Montini había reunido y hablado a sus aclistas en la iglesia de San Carlos. *Il Giornale dei Lavoratori,* días después, publicó una foto del arzobispo con este pie: «Gracias, excelencia, por haber venido con nosotros a Roma, por habernos dirigido palabras sublimes, que no dejaremos de meditar. Gracias por haber vivido con nosotros la alegría de una jornada inolvidable. El movimiento obrero cristiano expresa una vez más su filial agradecimiento a este arzobispo, al arzobispo de los obreros» [159].

1 de mayo de 1956. Hace un año que Pío XII ha proclamado cristiana la Fiesta del Trabajo. Monseñor Montini quiere que el primer aniversario de tan fausta fecha se celebre en Milán, con una jornada católica obrera de carácter internacional. Unas semanas antes, el arzobispo, a través de las ACLI milanesas, lanza su invitación a todas las asociaciones cristianas del trabajo esparcidas por el mundo.

Los días 29 y 30 de abril llegan a la metrópoli lombarda setenta trenes especiales y unos mil autobuses de proletarios procedentes de todas las ciudades de Italia y de diversas naciones de Europa.

La gran concentración estaba prevista para la mañana del día 1 en la plaza del Duomo. Llegué a Milán a primera hora de la jornada y recuerdo que me impresionó profundamente ver que, en el frontispicio marmóreo de la blanquísima catedral, estaban escritas con grandes caracteres, en varias lenguas, estas palabras: «Obreros de todo el mundo, uníos en Jesucristo». Era el *slogan* que el arzobispo había lanzado como consigna al mundo del trabajo.

A las 10 empezó el pontifical, celebrado por monseñor Montini. Se calculaban en unos treinta mil los obreros presentes. Su excelencia pronunció en italiano una vibrante alocución que algunos sacerdotes fuimos resumiendo luego en las diversas lenguas. Me tocó a mí hacerlo en español y, después de la misa, tuve ocasión de saludar al arzobispo y hablar con él en la tribuna principal, mientras los actos seguían su desarrollo. Recuerdo muy bien lo que me preguntó y lo que me dijo en aquel ambiente y en aquella circunstancia especial.

Los obreros reunidos en Milán lanzaron una proclama a sus hermanos, los trabajadores de todo el mundo. Y, luego, monseñor Montini bendijo la estatua de Cristo Obrero, que en seguida fue enviada a Roma en un helicóptero, como obsequio al Santo Padre Pío XII. El acto terminó con un radiomensaje del Papa [160].

Para la jornada del 1 de mayo de 1956 las ACLI de Milán habían editado un significativo libro, que compré apenas llegué a la ciudad: *L'Ar-*

civercovo dei lavoratori al mondo del lavoro[161]. Publicado en italiano y francés, recogía algunos de los discursos de monseñor Montini dirigidos a los obreros durante el primer año de su estancia en la capital lombarda. Tiene prólogo de monseñor Pignedoli y en su primera página lleva estampadas estas palabras del arzobispo:

> Si a alguien tengo yo que dirigirme, de una manera particular, es al mundo del trabajo, que me rodea y que constituye el orgullo y la característica de la viva y moderna Milán.

Queda uno gratamente sorprendido al asomarse, en este libro, a ese interesante diálogo que monseñor Montini entabló con el mundo del trabajo, desde los primeros días de su misión pastoral en Milán. Un diálogo que continuó en *crescendo* a lo largo de los años sucesivos. Los escritos sociales de monseñor Montini constituyeron un tesoro doctrinal de gran valor y sus iniciativas en este campo apostólico son tantas que no puedo hacer ahora aquí una sumaria reseña de todas. Tendría que hablar de la especial atención que se prestó a este sector durante la famosa misión de 1957; de la «Pascua del Obrero», organizada cada año con creciente éxito; de las frecuentes visitas a fábricas y barrios populares; de las innumerables iniciativas en el campo de las organizaciones obreras católicas. Y tendría también que contar algunas experiencias personales de carácter periodístico con los aclistas de Milán, ocasiones en las que pude apreciar el prestigio del arzobispo en el mundo del trabajo y el afecto que los obreros católicos le profesaban.

Todos estos datos y otros muchos, que podríamos traer aquí, nos hacen calcular fácilmente la talla pastoral de este arzobispo y admirar la intuición apostólica con que sabía penetrar en el mundo del trabajo.

El cardenal Montini, desde su llegada a Milán, puso el acento en el sector social porque consideró esta precedencia como una absoluta necesidad en orden a la salvación del mundo moderno, bien persuadido de que se trataba de ambientes que habían perdido la fe e incluso la combatían. Por eso la acción pastoral del arzobispo en este campo fue intensa, bien planificada y fructuosa. Naturalmente, no hemos de hablar de conversiones en masa, que no se podían esperar, ni estaban en programa. Se pretendía realizar, sobre todo, una acción capilar. Se buscaban no tanto los entusiasmos colectivos como los cambios individuales, siempre más lentos y fatigosos. Pero, es cierto, según las impresiones que se pueden recoger en Milán, que el arzobispo, con su acción y su palabra, logró abatir ciertos obstáculos nacidos

de los falsos *slogan* de la propaganda antirreligiosa y abrió los caminos para que los sacerdotes salieran al encuentro de los más dispuestos y trataran de atraer a los alejados. Así, las filas de las ACLI fueron creciendo. Y surgieron multitud de iniciativas y grandes esperanzas para un futuro mejor.

Son las mismas esperanzas, los mismos afanes, que encontramos en el primer radiomensaje de Pablo VI al mundo, del que hablaré en otro capítulo. Pero ahora podemos decir que todas las grandes inquietudes sociales que lleva Pablo VI en su programa de Pastor universal las ensayó en sus años de Milán. Especialmente la afición a la «Iglesia de los pobres», el *evangelizare pauperibus missit me,* fue en el arzobispo Montini una constante de su fino espíritu evangélico. Algo que se iba traduciendo continuamente en palabras y en gestos.

En sencilla veste telar, el cardenal de Milán cogía muchas veces su auto, una sencilla 1.100, y acompañado de su secretario particular visitaba los barrios más humildes y las casas más necesitadas. Asiduo era también en las visitas a los hospitales, a las cárceles, a cualquier centro de actividad social o humana. Todo le interesaba al arzobispo.

Y le interesaban, sobre todo, los «alejados» de la Iglesia. Ellos fueron el objeto principal de su acción pastoral. Pensando, sobre todo, en ellos organizó la famosa misión de 1957, que fue uno de los acontecimientos de penetración religiosa más importantes de nuestro tiempo.

De la «misión de Milán» podemos decir que señaló uno de los momentos cumbres en la actividad sacerdotal del arzobispo Montini, y fue, además —como ha escrito *L'Osservatore Romano*—, «una experiencia pastoral que constituyó de por sí uno de los acontecimientos más memorables y significativos de la posguerra en el campo del apostolado moderno y de la catequesis, un testimonio vivo de la juventud de la Iglesia y de su capacidad de acción frente a la complicada estructura de las grandes ciudades» [162].

El artífice primero de esta empresa apostólica, hoy Pablo VI, la definió un «momento profético» en la historia de la ciudad, esto es, un momento en el que «la voz de Dios pasa del tono moderado y correcto a ecos fuertes, solemnes, muy graves, capaz de suscitar en las almas una atención y una comprensión más viva y despierta».

Por su significado, por el método que en ella se adoptó, por la técnica empleada y por la resonancia que tuvo, fue esta famosa misión un fenómeno pastoral que interesó no sólo a los sacerdotes y al pueblo milanés, sino a cuantos en la Iglesia actual se preocupan de seguir los grandes acon

tecimientos de carácter evangelizador y las experiencias más vitales del cristianismo.

La oficina de estudios del arzobispado de Milán tuvo la feliz idea de editar, en 1959, un volumen, recuerdo de la misión, magníficamente presentado [163]. En él se hace una crónica completa de la misión, en su fase preparatoria y de realización, y se recogen todos los documentos y datos que pueden interesar para un estudio amplio y profundo de la misma.

Tengo ante mi vista este magnífico y atrayente volumen, de cuatrocientas noventa páginas, cargadas todas ellas de textos interesantísimos y de espléndidas fotografías.

El último capítulo está dedicado a «la prensa». «Recogemos aquí —se dice en la introducción— el eco que la misión tuvo en la opinión pública por medio de la prensa. Es éste un elemento importante para la valoración de los métodos citados...» En las páginas 468-469 se hace una reseña de los artículos publicados en periódicos y revistas extranjeras: Argentina, Austria, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Holanda, Portugal. Los párrafos más largos están dedicados a nuestra patria y dicen así: «En España, además de los noticiarios de agencia, reproducidos por la prensa, habló ampliamente de la misión un diario de Madrid, el *Ya,* heredero del famoso *Debate,* periódico católico que se publicaba antes de la guerra, dirigido por el entonces periodista Angel Herrera; que después se hizo sacerdote y ahora es obispo de Málaga. Este diario envió a Milán, para todo el tiempo de la misión, a su corresponsal especial en Roma, Cipriano Calderón. Este debió entusiasmarse con la ciudad ambrosiana, ya que, al telefonear a la redacción de Madrid su crónica y comentarios sobre la misión, no ha dejado de aludir a la posibilidad de que Milán se convierta en la capital del Mercado Común Europeo» *(Ya,* 27 de noviembre de 1957).

«Reproducimos algunos de los títulos de estas crónicas en su original español, fácilmente comprensible para los italianos» *(Ya,* días 19 al 24 de noviembre de 1957):

— «Mil trescientos heraldos del Evangelio a la conquista de Milán».

— «Extraordinaria misión apostólica en Milán — Monseñor Montini dirige personalmente la intensa y moderna propaganda — Los misioneros disponen de un completo estudio sociológico-religioso de la ciudad — Se pretende atraer al 75 por 100 de los milaneses».

— «Medio millón de obreros constituyen, desde el punto de vista religioso, la preocupación del arzobispo».

— «Hostilidad del comunismo a la misión de Milán — Monseñor Mon-

tini define el carácter exclusivamente religioso de la predicación — Pleno respeto a la legalidad pública y a la libertad personal».

— «Enorme prestigio de monseñor Montini entre los obreros de Milán».

— «Hoy hablará el Papa para Milán — Un cristianismo simpático y atrayente».

«El enviado especial de *Ya* ha visto en el rascacielos que se está construyendo junto a la estación central, 'en este monstruo de cemento armado, un símbolo del dinamismo y de la vitalidad de Milán'; pero ha terminado sus artículos con la visión de la imagen de la Virgen, que, colocada en la cúspide de la catedral, agarra la blanca bandera de la paz con el escudo de la ciudad y las 127 estrellas de oro, que representan las parroquias de la metrópoli. Símbolo blanco y transparente, bandera enarbolada, que lanza un mensaje, 'el último mensaje de la misión: Dios es nuestro Padre'.»

De la misión de Milán tengo uno de los recuerdos más gratos de mi vida sacerdotal. Fueron para mí aquéllos, días de grandes experiencias apostólicas, en los que pude calcular, por otra parte, la talla pastoral del dinámico arzobispo que, a los dos años de su entrada en la diócesis, se lanzó a esta gran empresa. Estudié entonces a fondo la organización y el desarrollo de la misión. Seguí los pasos de los misioneros, asistí a todos los actos que pude y oí hablar a monseñor Montini en fábricas, salones e iglesias. Observé —recuerdo aún la gentileza del cónsul español, que me paseó una tarde en su coche por todos los centros más importantes de la misión para adquirir una visión de conjunto—; observé, digo; tomé notas y recogí tanta documentación que ahora mismo me resulta arduo explorarla con miras a evocar aquellas jornadas. Así, pues, me limitaré solamente a dar algunos datos tomados de esas crónicas y artículos que yo mismo escribí entonces [164].

La misión de Milán, por su amplitud, por su alcance, por su técnica de organización y por su desarrollo, fue, según frase del cardenal Lercaro, «la más grande que se ha predicado en la Iglesia desde que ésta existe». Duró tres semanas. La primera, del 5 al 10 de noviembre, estuvo dedicada a la evangelización de los niños y de los enfermos. Durante la segunda fase —10 al 17— se predicó, de una manera especial, a las mujeres y a las jóvenes. La tercera semana, la más importante de la misión, fue, principalmente, para los jóvenes y los hombres.

Se predicó en las parroquias y en todas las iglesias para los fieles en general; pero se habló también —y éste fue uno de los aspectos más interesantes de la misión— en centenares de salas y teatros, donde se reunió a los milaneses por categorías profesionales: abogados, taxistas, ma-

gistrados, camareros, médicos, profesores de Universidad, militares, estudiantes, oficinistas, periodistas y escritores, modistas, maestras. Así, todos tuvieron su propia predicación, por grupos sociales.

Para anunciar la palabra de Dios a cuantos quisieron asistir a la misión actuaron trescientos misioneros, sacerdotes y religiosos, entre los que figuraban dos distinguidos cardenales, Siri y Lercaro; treinta arzobispos y obispos, apóstoles ya famosísimos en Italia, como el padre Lombardi, don Primo Mazzolari, monseñor Garofalo, Nazareno Fabretti, monseñor Pisoni. Además, había también misioneros no italianos. Y, luego, un gran número de sacerdotes de la diócesis y extradiocesanos, que ayudaron a los misioneros, así como selectos grupos de seglares, bien preparados, que colaboraron eficazmente para éxito de la misión.

Un acontecimiento de tanta importancia, realizado en una metrópoli de dos millones de habitantes, no podía improvisarse. La misión de Milán se estuvo preparando durante muchos meses. La concibió y la hizo posible un arzobispo de la categoría de monseñor Montini que, después de haber trabajado muchos años junto al Papa, tomando el pulso a la cristiandad, dio en la capital lombarda pruebas de poseer un celo y una capacidad pastoral nada común. Apenas tomó posesión de la archidiócesis pensó en realizar una misión extraordinaria que sirviera de base a una futura acción apostólica en profundidad y de intensa renovación cristiana. Varias comisiones de eclesiásticos y de seglares trabajaron durante dos años preparando el plan estratégico de la misión.

Durante los últimos meses que precedieron al acontecimiento funcionó una secretaría especial, dirigida por el ex nuncio apostólico y entonces arzobispo auxiliar de Milán monseñor Pignedoli. Esta secretaría se encargó de elaborar toda la propaganda, hecha con criterios muy modernos.

Como preparación a la misión, un equipo de sacerdotes y seglares especializados realizaron un completísimo estudio sociológico de la ciudad. Los datos estadísticos recogidos, que, naturalmente, no se han entregado a la publicidad, dieron una diagnosis perfecta del estado religioso-social de Milán. Con esta ocasión, todas las parroquias pusieron al día, de una manera racional y moderna, los propios ficheros, archivos y libros relativos al estado de los fieles. Así, el arzobispo pudo conocer, perfectamente y con datos bastante exactos, las características del campo apostólico encomendado a su gobierno pastoral.

A principio del año 1957 monseñor Montini envió a las seiscientas mil familias de la capital un hermoso librito, el *Ritual de la familia,* que contenía ya un anuncio y una explicación de lo que iba a ser la misión. Al mismo

tiempo, el arzobispo se dirigió a todos los conventos de Italia pidiendo oraciones por el éxito de la gran empresa apostólica. En todas las parroquias se constituyó un comité especial encargado de preparar la misión; para estos comités se compuso un *Vademecum*, destinado a orientar a los «activistas» parroquiales. Así, se multiplicaron las iniciativas locales. Vinieron después a la ciudad una serie de distinguidas personalidades del mundo católico que pronunciaron en diversos círculos conferencias preparatorias para la misión.

Próximos ya los días de la predicación misional, monseñor Montini envió a todas las familias de Milán una carta (se reprodujeron las copias necesarias del original, tal como la había escrito a mano el arzobispo), invitándoles al diálogo con la Iglesia. Además, a cada miembro de la familia llegó una invitación personal del párroco para que asistiesen a las conferencias misionales correspondientes a su categoría profesional. En las oficinas parroquiales se había hecho anteriormente el censo completo y nominal de todos los fieles, según su profesión.

En las semanas que precedieron a la misión el arzobispo visitó las parroquias, las fábricas y los centros más importantes de la capital para predicar a todos el «pregón misional». Al mismo tiempo, las calles se fueron inundando de carteles que se metían por los ojos, para decir a los transeúntes: «Mil voces os hablarán de Dios».

Monseñor Montini quiso preparar personalmente a su clero, hablándoles, diariamente, durante una semana sobre el espíritu y las disposiciones con que habían de entrar a la misión. Lo mismo se hizo con las religiosas y con los grupos de católicos militantes, llamados a cooperar en la acción misional. En vísperas del acontecimiento el arzobispo reunió a los cardenales, obispos, sacerdotes y religiosos misioneros para darles las consignas y coordinar su acción. A todos se les entregó un directorio para la predicación y otro para la confesión. El primero había sido preparado, con atento estudio, por los profesores de la Facultad teológica de Milán, y el segundo por una comisión de moralistas que conocían perfectamente la situación religiosa de la ciudad.

Durante los días de la misión la inmensa metrópoli, con sus rascacielos, sus círculos sociales de alta categoría y su ancho cordón de fábricas, no frenó las actividades de sus ciudadanos, para quedar como impávida y paralizada ante la acción misionera que la envolvía. Esto ni podía hacerse en una capital como Milán, ni lo pretendieron nunca los organizadores de la cruzada apostólica. Teniendo en cuenta lo que es la psicología de una gran ciudad moderna, encuadrada en un clima de absoluta libertad, se puso en

juego una especial táctica apostólica para llegar a todas partes e invitar a todos sin forzar a nadie. No se intentó llenar las iglesias con gente que ya está instruida y cumple sus prácticas religiosas. No se quiso, como suele hacerse en otras misiones, producir en el pueblo sencillo y en las masas aglomeradas una fuerte conmoción religiosa, que en la mayor parte de los casos es pasajera. Tampoco se organizaron procesiones de penitencia, a las que sólo asisten los buenos católicos. Se evitó positivamente todo lo que puede presentar aspecto folklórico, así como las concentraciones oceánicas y los actos de apoteosis final.

La misión de Milán pretendió, y en parte logró, otra cosa: llegar a los que están lejos de Dios para abrir con ellos un diálogo sereno y espontáneo que fuese el comienzo de un contacto destinado a durar. Atraer a los que no están con la Iglesia y producir en los que ya son buenos cristianos una fuerte reacción apostólica para empujarles a la búsqueda, al contacto y a la conquista inteligente de los que viven al margen del catolicismo [165].

Atraer a los que están lejos de la Iglesia fue la gran obsesión del arzobispo durante los días de la misión, la idea que flotaba en sus sermones, en sus charlas, y que constituyó objeto de un mensaje pastoral escrito de su puño y letra para convocar a los alejados. Merece la pena reproducir aquí este documento para apreciar la sensibilidad pastoral de Montini:

> ... deseamos que los hermanos alejados oigan una auténtica palabra religiosa. «Alejados» son los que no vienen a la Iglesia; los que ya no rezan, ni creen; los que tienen la conciencia atormentada por algún pecado o insensible a causa de los agobiantes quehaceres profanos; los que desprecian a la Iglesia y blasfeman contra Dios; los que se sienten valientes y seguros, porque ya no piensan en la religión, en el cielo, en el infierno.
>
> ¡Son muchos! *¡Cuántas ausencias en la comunidad de los hermanos! ¡Qué soledad a veces en la casa de Dios!* ¡Cuánta pena, esperando siempre a los alejados, a quienes amamos como *hijos que marcharon!*
>
> ¡Por qué están lejos? Si se pudiese hacer llegar hasta vosotros, hijos alejados, una voz, sería, ante todo, para pediros amistosamente perdón. Sí, somos nosotros los que tenemos que pediros perdón a vosotros, antes que pedírselo nosotros mismos a Dios.
>
> Cuando uno se acerca a un alejado no puede por menos de sentir un cierto remordimiento. ¿Por qué este hermano está lejos? Porque no ha sido amado suficientemente. No se le ha atendido bastante, no se le ha instruido y no se le ha introducido en la alegría de la fe. Porque ha juzgado la fe por nuestras personas, que la predican, la



7. *El Papa con el nuevo arzobispo de Milán, monseñor Juan Colombo.*

representan y, a lo mejor, de nosotros y de nuestros defectos ha aprendido a sentir tedio, a despreciar, a odiar la religión Porque ha escuchado más reprimendas que exhortaciones e invitaciones. Porque ha vislumbrado, quizá, ciertos intereses no propios de nuestro ministerio y se ha escandalizado. Ordinariamente los alejados son gente que no tiene buena impresión de nosotros, los ministros de la religión, y rechazan ésta porque para ellos la religión se identifica con nuestras personas. Con frecuencia son más bien exigentes que malos. A veces su anticlericalismo esconde un desdeñoso respeto a las cosas sagradas, que las ven envilecidas en nosotros.

Pues bien, si así es, *¡hermanos alejados,* perdonadnos!

Si no os hemos comprendido, si os hemos rechazado con nuestra despreocupación; si no nos hemos ocupado de vosotros; si no hemos sido buenos maestros del espíritu y médicos de las almas; si no hemos sido capaces de hablaros de Dios, como debíamos; si os hemos tratado con ironía, con desprecio afrentoso, con polémica, os pedimos perdón ahora. Pero escuchadnos. Os diremos, ante todo, que no nos conocéis. Por lo menos, no conocéis nuestra misión. No trabajamos para nosotros, sino para vosotros. Hemos sido enviados para haceros el bien, para procurar vuestra salvación. Haced una prueba tratando de conocernos.

Pensad que también nosotros, al menos como hombres, tenemos «conciencia profesional». Esta nos obliga a amaros. Si alguna vez os resultamos inoportunos es por la excesiva preocupación que tenemos de vosotros; hemos de tener interés por vosotros; debemos hacer todos los esfuerzos posibles para que no os quedéis sin el don de la verdad y de la salvación, que tenemos para vosotros en nuestras manos. Hemos de amaros.

Nunca os trataremos como enemigos *nuestros.* Esto nunca, jamás. Tal vez como enemigos de Dios, de Cristo, de su Iglesia; es decir, como adversarios de nuestra misión. Esto puede ser quizá. Más aún: es así, porque vosotros nos obligáis a tomar tan desagradable actitud. *Nos obligáis a defender nuestra misión,* la verdad del Evangelio, la santidad de la Iglesia. Pero os pedimos ahora que nos comprendáis. No estamos contra vosotros por postura preconcebida; no os despreciamos, no queremos humillaros, no deseamos aprovecharnos de vuestra posible conversión. Queremos que vosotros, que sois hombres necesitados, como nosotros, del perdón y de la salvación de Dios, no tengáis que quejaros de nosotros, preguntándonos algún día: «¿Por qué no nos habéis llamado? ¿Por qué nos habéis cerrado las puertas? ¿Por qué no nos habéis dicho algo sobre nuestro auténtico destino y sobre la felicidad que vosotros ya poseéis?» *Por esto, al menos una vez, os invitamos lealmente como amigos.* Venid y escuchadnos.

¿Qué hemos de deciros, a vosotros, los alejados? ¿Las cosas de siempre? Sí. Porque dudo mucho de que las conozcáis, ya que, si así fuese, estaríais entusiasmados de ellas.

¿Son cosas trasnochadas? Más bien son *cosas eternas, es decir, siempre verdaderas, siempre actuales.* Y es precisamente el progreso moderno el que pone en evidencia, a quien sabe descubrirla, esa perenne vitalidad del Evangelio. ¿Son cosas difíciles? Tal vez; pero son ciertamente atrayentes e indispensables. Cualquier ciencia es difícil. Por eso, si también lo es la de Dios, no hay por qué maravillarse. Cristo ha revestido su mensaje, lleno de profundidad y de misterio, con el manto real de la sencillez. Todos le pueden escuchar y entender de alguna manera.

¿Son cosas inútiles? No, son *útiles como el aire y el pan.* El aire y el pan sirven para la vida del cuerpo, pero el alma necesita respirar la verdad, tiene necesidad de nutrirse con Cristo. *El es el camino, la verdad y la vida.*

¿Son cosas demasiado serias y comprometedoras? Tal vez, porque *no son superfluas o ajenas a nuestra conciencia, sino que penetran en ella como la luz y la fuerza.* Sí, tienen el poder de regenerar nuestra vida, de volver a hacerla buena y honesta, de darle valor y paciencia, de infundirle hambre de justicia y de amor.

¿Por qué no las escucháis? ¿Por qué no sois interiormente libres, sino que estáis aferrados a una inconfensable pereza, o esclavizados por alguna pasión inmunda, o paralizados por algún pequeño orgullo, o cohibidos por el que os observa, murmura o se burla de vosotros? *Si sois libres, si sois honestos, debéis ser también lo suficientemente valientes e independientes para venir y escuchar.* A escuchar. Sólo a esto, como gente seria y educada que sois.

¿Queréis un consejo? Aquí tenéis lo que se lee en el gran libro: «Pronto, salid a las plazas y a los caminos de la ciudad y traed a todos los que encontréis... Se ha hecho como tú has ordenado, pero todavía hay puestos... Id a las calles y a los caminos y traeros a la gente para que mi casa se llene» (Cfr. *Mt.*, 22, 9; *Lc.*, 14, 21-24). «Bienaventurado el que sufre porque será consolado. Bienaventurado el que tiene hambre y sed de justicia porque se sentirá harto. Bienaventurado el que ama la paz y la difunde; éste es un auténtico hijo de Dios» (Cfr. *Mt.*, 5, 5).

Así habló Cristo en lenguaje figurado por amor a los alejados [166].

Para establecer el diálogo con «los que no conocen o no tienen interés por la Iglesia» y presentarles «un cristianismo atrayente y simpático», monseñor Montini, con los cardenales y obispos que le ayudaron en los días de la misión, recorrió las fábricas de Milán, los Bancos, los almacenes, los institutos, los círculos intelectuales, los cuarteles, las cárceles, las redacciones de los periódicos, los hospitales y los lugares más extraños, llevando a todos un mensaje de amor y deseando entrar en relación con todos los ambientes y con todas las categorías de ciudadanos.

«Dios es nuestro padre.» Este fue el tema único de la misión y en torno a él se desarrollaron los sermones, las conferencias y las charlas de los misioneros. A éstos se les recomendó que evitasen con cuidado toda polémica y toda divagación que se saliese del tema religioso. Con la predicación y con la acción capilar inteligentemente organizada se quiso llegar a todos los rincones y a todas las almas. Una voz amiga sonó para todos en el retiro de las iglesias y de las salas de reuniones, y, también, en los pisos más altos de los rascacielos, entre el sonido de las máquinas, que ocupan en Milán a medio millón de obreros, y en las venas de la civilización industrial, del cemento armado y de la vida inquieta; porque «hay que conquistarlo todo para Cristo».

La misión terminó con un radiomensaje del Papa. Después de haber entrado en contacto con los que están lejos, después de haber intentado una profunda renovación cristiana en las personas y en las estructuras sociales de nuestro tiempo, monseñor Montini declaró que quería edificar en Milán «la moderna ciudad de Dios». Así se lo prometió al Papa en el mensaje que le envió al final de la misión, como respuesta a la consigna que el mismo Pontífice dio desde el Vaticano en su alocución radiada a los milaneses.

Después de la misión Milán quedó abierta a nuevas perspectivas de orden apostólico. El acontecimiento, en frase del arzobispo, había sido sólo un punto de arranque. Por eso la acción de Montini se fue haciendo cada día más intensa y tuvo una proyección especial en las «visitas pastorales», cuyo itinerario hay que registrar con relieve en la dinámica trayectoria milanesa del futuro Papa.

Siguiendo las huellas de San Carlos Borromeo, monseñor Montini recorrió de punta a punta el vasto territorio de su archidiócesis, sembrando la palabra de Dios y derramando por doquier evangélica simpatía. Podemos decir que las visitas pastorales, realizadas con un estilo original, constituyeron uno de los aspectos más interesantes de la actuación de Montini en la archidiócesis ambrosiana. Llenaron gran parte de su tiempo, fueron ocasión de diálogo abierto con sus sacerdotes, punto de contacto con todas las categorías de sus fieles y medio oportuno para conocer a fondo la situación de la diócesis y de sus novecientas parroquias. Antes de salir para el conclave había visitado todas las que existían cuando él llegó a la ciudad. Dato interesante éste si se tiene en cuenta que realizó así en sólo ocho años la misma fatiga que a dos de sus antecesores, los cardenales Ferrari y Schuster, les llevó, respectivamente, veintisiete y veinticinco años [167].

Otra gran preocupación pastoral de monseñor Montini, entre las muchas que se podrían señalar: la vida litúrgica en la diócesis, a la que dedicó especial atención en su famosa pastoral de 1958 y que trató de favorecer con la creación de un centro litúrgico y la publicación de la revista *Ambrosius.* Y, con el máximo potenciamiento de la pastoral litúrgica, se preocupó de proporcionar a los fieles centros de oración y vida comunitaria: el afán de construir iglesias nuevas.

Sabía muy bien el arzobispo que los templos antiguos, testimonio de un pasado en el corazón de una ciudad milenariamente cristiana, no bastan para recoger a los hombres en oración y ponerles en contacto con Dios. Surgen los rascacielos, se alarga el asfalto, los hombres convierten en barrios modernos el campo, que circunda la ciudad, y el pastor ha de preocuparse ardientemente de plantar en los nuevos núcleos de vida el pabellón del Señor. Terrible problema para el arzobispo de Milán. Le afronta con valentía, planifica desde un principio la gigantesca obra, comienza instalando aquí y allá capillas prefabricadas y hace luego el milagro de levantar centenares de iglesias [168].

La última iniciativa que el arzobispo lanzó en este sentido fue la de construir veinte nuevas parroquias, dedicadas a los veinte Concilios Ecuménicos que ha registrado la Historia. Y, para realizar su plan y poder financiarlo, hizo un llamamiento «a los amigos, a los buenos, a cuantos quieren a Cristo y se preocupan por el porvenir espiritual de Milán»; construyendo estas veinte iglesias, «casas nuevas para Dios y para su pueblo, celebraremos —dijo en su mensaje a la diócesis— el ansia ecuménica de nuestro tiempo, orientada hacia la recomposición de la unidad con los hermanos separados».

Desde que el cardenal Montini ingresó en la archidiócesis de Milán, hasta su salida para el obispado de Roma, fueron construidas y consagradas sesenta y dos iglesias nuevas, a las que hay que añadir otras diecinueve en construcción. Además, fueron erigidas treinta y cinco capillas y construidas diecisiete iglesias, que podríamos llamar domésticas, por encontrarse en locales no aislados de las viviendas. Las nuevas parroquias constituidas sumaban noventa y cinco en total.

Dejar al Señor muy metido entre los hombres y hacer que la Casa de Dios fuera atrayente para ellos fue una acertada intuición pastoral del arzobispo. Por eso se preocupó de poner capillas parroquiales en los rascacielos y quería que los nuevos templos tuvieran líneas muy modernas; de forma que los hombres de nuestro tiempo, acostumbrados a vivir en la civilización del cristal, del aluminio y del *chalet* último estilo arquitectónico, se

sintieran fácilmente atraídos a unas iglesias cuya fisonomía externa e interna sintonizase con la mentalidad de hoy.

El cardenal Montini dejó huellas muy notables en la historia de la diócesis milanesa. Marcó decididamente una nueva orientación pastoral, puramente evangélica en su concepción, moderna en sus métodos y dimensiones prácticas, eficaz en sus resultados.

«Obispo de Milán —escribía en un artículo, hace unos años, el director del *Corriere Lombardo*—, dignísimo obispo hecho para esta Milán moderna, en continua tensión hacia el progreso cívico, técnico y social, pero con los estímulos y atenuantes que saca de su intangible tradición de ciudad católica. Este es el cardenal Montini. Por eso el afecto que aquí le rodea se une a un movimiento general de respeto y admiración hacia su insigne persona.»

Difícil crítico y áspero juez resulta siempre Milán en los órganos de su opinión pública. Sin embargo, ahí están los testimonios: un plebiscito de admiración, de veneración y de afecto, madurados en el ánimo de un pueblo culto, noble y elevado, que supo reconocer al arzobispo Montini como lo que realmente era: «una de las figuras eclesiásticas más significativas de nuestro tiempo por la armonía entre la altura de su pensamiento y el calor de su gran corazón; entre los valores humanísticos de la cultura y de la sabiduría, nutrida de intensos estudios y de experiencias diplomáticas y políticas modernas, y esos otros valores más auténticos de la vida de su vocación, iluminada por lo sobrenatural, no distraída o desviada jamás hacia ambiciones terrenas, honores o consideraciones circunstanciales, sino en continua tensión de profundidad hacia su fin» [169].

El día en que, con la elevación al solio pontificio, clausuró su actividad como arzobispo de Milán vino a mi memoria el mensaje que su maestro e inolvidable antecesor en la silla de Pedro envió al pueblo lombardo, cuando el nuevo arzobispo ingresó en la diócesis. Era una consigna sagrada, que Pío XII daba a los fieles milaneses. Un programa para el nuevo pastor. Se preveía en él lo que iba a ser la misión apostólica de Montini en Milán. Todo se cumplió y ahora podemos copiar aquí este texto, como resumen de lo que fueron para el futuro Papa aquellos ocho largos años de actividad pastoral: un espléndido entrenamiento para el pontificado supremo. ¿Qué diría ahora Pío XII a Pablo VI? Así habló de él cuando le vio llegar a la sede ambrosiana [170]:

«La parte que la Divina Providencia ha querido que Nosotros tenga-

mos en el dar a la archidiócesis de Milán su nuevo pastor se hace hoy ya plena con los auspicios que nos dicta el corazón para quien va y para el católico pueblo lombardo que jubiloso le recibe.

»Para El pedimos a Dios, por la intercesión del gran Padre de la iglesia ambrosiana, el espíritu de su admirable predecesor, Carlos Borromeo. Lo mismo que San Carlos, el cual fue también dado a la metrópoli lombarda por un Pontífice, que le tuvo como precioso colaborador en el gobierno de la Iglesia, así ahora el nuevo pastor, que lleva un conocimiento experimental de la Iglesia y un ilimitado amor a Ella, podrá dar a la grey esa forma, siempre antigua y siempre nueva, que el Pastor de los pastores, y con El las almas, esperan de su acción y de su vida. Sea él la gloria de los hijos; sean los hijos su corona.

»A los hijos diremos: En él, que llega a vosotros bendecido en el nombre del Señor, tenéis la prenda de nuestro afecto y de nuestras preocupaciones por vosotros. Fiel depositario, en su archidiócesis, de la sana doctrina y conocedor, por amplia experiencia, de los caminos señalados hoy a la gran familia cristiana en la sociedad nueva, así como de ese mundo mejor que Nos deseamos con todas las fibras del alma, vosotros debéis mirar su fatiga pastoral con esa unidad de espíritu y de corazones, siguiendo sus orientaciones con humilde y sapiente docilidad, y ayudándole a incrementar el reino de Dios en vuestras almas y en vuestras instituciones.

»Esto es lo que exige de vosotros la vida de fe, que es la vida propia del cristiano. De esta forma, la gracia de Dios, que asiste al pastor, santificará a la grey, salvándola de las ruinas del orgullo y de los falsos profetas. La iglesia ambrosiana continuará caminando en paz, con sus gloriosas tradiciones de celo apostólico y misional, de vitalidad en las obras, de generosas iniciativas en todos los campos de acción. Y así el Padre común podrá gloriarse de vosotros, como San Pablo de los tesalonicenses, llevando en el alma, delante de Dios nuestro Padre, la obra de vuestra fe, la solicitud de la caridad y la firmeza de la esperanza en el Señor Nuestro Jesucristo (I *Thess.*, 1, 3).

»Con estos deseos y con estos sentimientos, nos resulta grato señalar al nuevo pastor, con nuestra apostólica bendición, el itinerario de una nueva actividad que le deseamos amplia y fecunda; y por lo que se refiere a la amada familia ambrosiana queremos con esta bendición consagrar su alegría del recibimiento con los propósitos de una constante fidelidad a la Iglesia y de una sincera vida cristiana.—Vaticano, 4 de enero de 1955.—Pius PP. XII».

Juan Bautista Montini, cardenal

Se cuenta del papa Roncalli una anécdota que refleja todo su humanismo, su serenidad y su bondad eclesial. En la tarde de la elección para el supremo pontificado —28 de octubre de 1958—, terminados los ritos de la capilla sixtina, el Santo Padre se dirigió a sus habitaciones acompañado del secretario particular.

Monseñor Capovilla, un poco azorado, preguntó al nuevo Papa con cierto nerviosismo:

—¿Qué hay que hacer ahora?

Roncalli, tranquilo y sonriente, dijo a su secretario:

—No te preocupes, ni te turbes. Somos sacerdotes; vamos, pues, a rezar las vísperas del breviario.

Terminado el rezo del oficio, Juan XXIII se volvió al fiel monseñor y con tono de mucha paz le indicó:

—Ahora, puesto que somos también hombres, vamos a cenar.

Más tarde, cuando ambos regresaron de nuevo al despacho, el Padre Santo dijo a Capovilla:

—*Adesso faciamo il Papa.*

Que era como decir: «Ahora empezaré a actuar como Pontífice». Y se acercó a la mesa, cogió la pluma y sobre un pliego en blanco escribió:

«Lista de nuevos cardenales: Juan Bautista Montini...».

Como tantas otras «florecillas» de Roncalli, que corren por Roma, este episodio ha sido enriquecido por los narradores con su dosis de literatura. Lo sé porque he preguntado personalmente a monseñor Loris Capovilla sobre la exactitud de tan primorosa anécdota. El ex secretario particular del Papa me ha respondido que no son exactos todos los detalles de la narración. Sobra el párrafo relativo a la cena. Y lo referente al breviario, según me ha contado Capovilla, no sucedió con él, sino con monseñor Dell'Acqua. El día de la elección, al atardecer, el sustituto de la Secretaría de Estado fue a ver al Santo Padre para hablarle de la alocución que el nuevo Papa tenía que pronunciar en la mañana siguiente. Monseñor Dell'Acqua iba acompañado del famoso latinista Antonio Bacci [171], hoy cardenal, que tenía que poner el discurso en la lengua oficial de la Iglesia. Juan XXIII, muy sereno y tranquilo, dijo a los dos prelados: «*Va bene.* Pero antes, como sacerdote, tengo que recitar vísperas y completas del oficio divino; después podremos hablar si es necesario toda la noche». Y el Papa se puso a la ventana para hacer su rezo, mientras los dos monseñores conversaban con Capovilla.

Lo cierto es que uno de los primeros pensamientos que tuvo Juan XXIII al comenzar su pontificado fue el de crear en seguida cardenal al arzobispo de Milán. Y lo más curioso de todo es que esta idea le dominó al papa Roncalli en las primeras horas de la mañana de su coronación. Tanto, que aquel día —4 de noviembre de 1958—, poco antes de bajar a la basílica de San Pedro para la solemne ceremonia, el nuevo Papa escribió a monseñor Montini, de su puño y letra, la siguiente carta:

«S. C. V. 4. X. 1958

»Excelencia carísima:

»Estoy a punto de bajar a San Pedro para la gran ceremonia. Pienso en San Carlos, en su sucesor y en todos los milaneses, clero y pueblo. En el programa del gran rito he querido reservar un pequeño puesto para la brevísima homilía, porque me siento obligado a recordar a San Carlos, cuyo nombre he mandado añadir a la invocación latina: *S. Carole, illum adiuva.*

»Después anunciaré el Consistorio en el cual figurarán los nombres de monseñor Montini y de monseñor Tardini. Esto lo haré dentro de esta semana.

»Querido señor arzobispo: Siga rezando y haga rezar por mí. Puesto que en todo lo que acaba de ocurrirme no hay nada, absolutamente nada, mío, ofrezco el *suicipe Domine universam meam libertatem* y el resto de esta oración; así quedo perfectamente tranquilo frente a cualquier acontecimiento. *Obedientia et pax.*

»Le bendice, su afectísimo, JOANNES PP. XXIII.

»A su excelencia reverendísima

»Monseñor Juan Bautista Montini, arzobispo de Milán».

El texto autógrafo de este documento, que fue «la primera carta privada escrita por el Papa después de su elección», fue publicado por *L'Osservatore Romano* el 4 de noviembre de 1963.

Ya es significativo todo esto. ¿Prueba del afecto grande que Juan XXIII nutría a su amigo Montini? Sí, sin duda alguna. Pero es evidente que detrás del afecto había algo más. ¿No podría pensarse que el futuro Pablo VI tuvo ya votos para la tiara en aquel conclave de 1958 y que Roncalli deseaba hacerle en seguida cardenal en reconocimiento de tan singular hecho y pensando también que podía ser su sucesor? Veamos.

Es bien sabido que con ocasión del conclave de 1958 se habló mucho de monseñor Montini y de su posible elección a Papa, a pesar de que el

insigne arzobispo de Milán no pertenecía aún al Sacro Colegio. Recuerdo que poco después de la muerte de Pío XII algún cardenal aludió en público a su deseo de apoyar la candidatura de Montini para el papado. Se sabe que algunos otros llegaron incluso a plantear la cuestión dentro ya del conclave, pero la circunstancia de que no perteneciese al Sacro Colegio hizo que se dejase caer luego su nombre, no sin que «numerosos cardenales manifestasen su disgusto por el hecho de que el sustituto y ex prosecretario de Estado no estuviera ya revestido de la sagrada púrpura». Esto último lo ha dicho nada menos que el cardenal Tisserant, que era el decano del Sacro Colegio [172]. Yo he sabido que también el patriarca Roncalli se había lamentado alguna vez de que monseñor Montini no fuese cardenal. En una ocasión se lo dijo al padre Bevilacqua subiendo ambos por las escaleras del palacio arzobispal de Milán, un día que estaba estropeado el ascensor.

En octubre de 1958 los periódicos italianos hablaban de Montini llamándole «el gran ausente del conclave» [173]. Lo era en realidad. Pero ¿no había sido él mismo quien había renunciado a la púrpura unos años antes? Interesa ahora analizar aquí aquel famoso episodio.

Recuerdo que en el otoño de 1952 se habla en Roma de nuevos cardenales. Pío XII, en su ya largo pontificado, había celebrado un solo Consistorio, en 1946. Hacía tiempo que algunas sedes importantes de la Iglesia tenían arzobispos sin púrpura. En la Curia y en la diplomacia pontificia había algunos insignes prelados a quienes todos consideraban candidatos al capelo cardenalicio. Uno de ellos era el nuncio en España, monseñor Cayetano Cicognani. Se encontraba por aquellos días en Roma, hospedado en el Colegio Español, cuando un día por la mañana le llamó con urgencia el sustituto de la Secretaría de Estado. El mismo cardenal Cicognani me contó más tarde la escena.

—Llegué al Vaticano; me recibió monseñor Montini, y amablemente me comunicó de parte del Papa que en el próximo Consistorio sería elevado a la dignidad cardenalicia. Emocionado y un poco confundido, lo primero que se me ocurrió fue preguntar al sustituto: «¿Y vuestra excelencia?».

—Yo —contestó Montini— continuaré aquí trabajando junto al Santo Padre.

La espontánea pregunta de monseñor Cicognani era de por sí elocuente. Es que en los ambientes romanos, en los círculos más calificados de la Iglesia universal, todos pensaban que si Pío XII hacía nuevos cardenales, en la lista habría de ocupar, ciertamente, un lugar de preferencia el sustituto

de la Secretaría de Estado. Para el entonces nuncio en España era evidente que el primero que merecía tal honor en aquel tiempo era el fiel y distinguido colaborador del Papa. Por eso la respuesta de Montini era un tanto desconcertante. De momento aún no se sabía que el futuro Pablo VI, con su gesto, poco frecuente en los anales vaticanos, había renunciado a la sagrada púrpura juntamente con monseñor Tardini.

En su libro sobre Pío XII, el cardenal Tardini cuenta así las cosas:

«Todos saben de sobra (porque fue el mismo Pío XII quien quiso hacerlo público) que en 1952 monseñor Montini y este humilde autor pedimos al Papa que nos dispensara de aceptar el cardenalato. Sobre este episodio surgieron muchas habladurías. Algunos dijeron que Pío XII nos había hecho la propuesta en plan de mero trámite *(pro forma)*, sin insistir gran cosa; otros supusieron que nosotros, antes que alejarnos del Papa, habíamos querido permanecer junto a él, aunque fuese sin el solideo rojo. La verdad es que Pío XII, como siempre, fue bueno y sincero. No sólo nos hizo el ofrecimiento, sino que insistió —¡y durante varios meses!— en su benévola propuesta. Al fin, paternalmente condescendió a nuestros deseos. Su programa era el de dejarnos en nuestro trabajo, como antes. '*No se cambia nada* —decía—; *únicamente tendréis, por añadidura, el solideo rojo.*' Y reía de corazón, cuando nos oía responder que estábamos muy contentos *quedando como antes,* pero... sin el solideo rojo. El Papa añadía que había encontrado un título para dárnosle a cada uno, cuando tuviéramos la púrpura: 'Por ejemplo —decía—, monseñor Montini, jefe de Asuntos Ordinarios, y monseñor Tardini, jefe de Asuntos Extraordinarios'. No pensaba entonces que el título que nos daría había de ser el de 'prosecretario de Estado'. Ese título nos lo confirió el Santo Padre después de que ya había accedido a nuestros ruegos» [174].

Como ingeniosamente anota Tardini, sobre este gesto de los dos famosos colaboradores de Pío XII se habló mucho en su tiempo y se ha hablado también después, desfigurando, incluso, a veces, los hechos con el afán de buscar razones justificantes de la cosa. Es evidente que en el asunto jugó un papel decisivo el sentido eclesial del futuro Pablo VI. El amor al Papa y su afán de servir desinteresadamente a la Santa Sede le hacía ver innecesaria la púrpura para la función que estaba realizando. Por otra parte, Montini sabía muy bien que Pío XII quería internacionalizar lo más posible el Sacro Colegio; que por el momento no deseaba aumentar el número de los cardenales; los puestos vacantes eran solamente veinticuatro y las circunstancias le obligaban de alguna manera a poner en lista un grupo de

prelados de la Curia y de la diplomacia pontificia, todos ellos italianos... Ante esta situación la generosidad se abrió paso, y así, Montini y Tardini se hacen protagonistas de un hecho que, aunque raro en la historia de la Iglesia, estaba muy a tono con la mentalidad, el elevado espíritu sacerdotal de ambos prelados y también con la confianza y afecto que les unía al Santo Padre.

El gesto agradó tanto a Pío XII que quiso manifestar públicamente su satisfacción con un alto elogio hecho durante la alocución que el Papa pronunció en el Consistorio, el 12 de enero de 1953: «... Hay, además, otra cosa que no podemos pasar en silencio, y es que habíamos decidido agregar a vuestro Sacro Colegio a los dos distinguidos prelados que dirigen, cada uno en su propia sección, los departamentos de la Secretaría de Estado. Sus nombres figuraban los primeros en la lista de los nuevos cardenales que Nos mismo habíamos preparado. Pero, ambos prelados, dando insignes pruebas de virtud, nos han pedido con tanta insistencia ser dispensados de tan altísima dignidad que hemos creído oportuno acoger sus repetidas súplicas y deseos. Al hacer esto hemos querido, sin embargo, premiar de alguna manera sus virtudes. Y así, como sabéis, les hemos concedido un título superior, que ponga de relieve mejor y más plenamente el campo de su fatigosa actividad» [175].

Años después, en circunstancias totalmente diversas, pero en la misma promoción, Tardini y Montini fueron creados cardenales por Juan XXIII. El futuro Pablo VI, como arzobispo «de Milán», no hubiera podido, en ningún caso, renunciar a un honor que en las nuevas circunstancias iba también unido a la sede.

El primer Consistorio de Juan XXIII, anunciado oficialmente el día 17 de noviembre, tuvo lugar el 15 de diciembre de 1958. Juan Bautista Montini, arzobispo de Milán, figuraba el primero en la lista de los veintitrés cardenales, precediendo, por bondadosa distinción de Juan XXIII, a otros diecisiete prelados más antiguos que él en el orden episcopal [176].

El día 17, en el acto de la imposición de la birreta roja, siguiendo la tradicional costumbre, el primero de los cardenales, en nombre de todos sus compañeros, dirigió al Papa un discurso de agradecimiento. Se trata de un documento interesante porque en él, hablando de Juan XXIII, el actual Pontífice descubrió ya la nota característica del papa Roncalli: esa bondad

que tanto había de llamar la atención a lo largo de su pontificado. Copiemos algunos párrafos:

> En estas primeras semanas de vuestro pontificado habéis querido, Beatísimo Padre, dar a vuestra bondad amplia y múltiple efusión, como si hubieseis deseado presentaros inmediatamente ante la Iglesia y ante el mundo bajo el aspecto, que parece constituir la característica específica de vuestra augusta persona y de vuestra obra apostólica: la benignidad, de la cual el Divino Maestro dio en Sí un inconfundible ejemplo. La Iglesia y el mundo, con sus oídos abiertos y sus ojos fijos en el nuevo Vicario de Cristo, han sabido captar en seguida esos rasgos de la imagen evangélica, que en los gestos, la fisonomía y las palabras de Vuestra Santidad traducen la figura y el programa del buen Pastor. Y esto ha hecho que la Iglesia y el mundo se hayan sentido inmediatamente invadidos por una arcana y suave ola de alegría y de confianza...
>
> Nosotros nos comprometemos a comprender la gran lección de bondad que está emanando de Vuestra Santidad, ya desde los primeros momentos del pontificado, y, dóciles a vuestro ejemplo, queremos que esta bondad constituya tema de nuestra reflexión y de nuestros propósitos.
>
> Bondad diligente la vuestra, que ya en pocos días habéis hecho vibrar con gratas sorpresas a Roma, a la Iglesia, a las misiones y al mundo; vuestra clara y abierta sintonía con esa desenvuelta celeridad, que es propia del estilo de nuestro tiempo, nos está diciendo cómo es oportuno acelerar todo lo posible la difusión del bien y dar a la acción de la Iglesia, aun con esa ponderación y seriedad que le es siempre propia, la agilidad reclamada hoy por la crisis espiritual de nuestra sociedad, por la urgencia de sus necesidades y, como siempre, por la ley de la caridad.
>
> Bondad sapiente... Bondad fuerte...
>
> Bondad de Cristo que, con las virtudes naturales de la piedad y de la simpatía humana, queda sublimada en el arte de acercarse a los hombres, de comprenderles, de interesarse por su suerte suprema, compadecerles, amonestarles y abrirles los caminos de la vocación cristiana y de la caridad evangélica...
>
> Esa bondad, virtud con la cual quiere ser ejercitado vuestro ministerio pontificio, nos obliga a revestir nuestras mismas personas y nuestras fatigas de ese estilo evangélico que, como muy bien sabemos, resulta tan atrayente y admirable como difícil de imitar.
>
> ... Procuraremos con todas nuestras fuerzas hacer que la Iglesia aparezca lo más luminosa posible ante el mundo —que perdida la fe en la divina paternidad parece dar a su civilización el aspecto impersonal y tremendo de un humanismo materialista—, con la majestuosa y dulce figura de Madre, de la *pia Mater,* por usar la expresión de San Ambrosio, de la Santa Madre Iglesia... [177].

La imposición del capelo tuvo lugar en la basílica vaticana durante el Consistorio público del 19 de diciembre.

Juan Bautista Montini, cardenal presbítero de San Silvestre y Martín, sacerdote romano —como él mismo hizo notar en la toma de posesión, recordando que desde entonces comenzaba a pertenecer jurídicamente al clero de Roma— [178], miembro del Senado de la Iglesia y como tal consultor nato de un Pontífice, que, sirviéndose de su colaboración con singular aprecio, había de prepararle para ser su sucesor. En adelante, durante todo el pontificado de Juan XXIII, se hablará siempre de Montini señalándole como uno de los cardenales más «papables» del Sacro Colegio.

El cardenal Montini, candidato para el papado

Las jornadas de la agonía de Juan XXIII son fechas que la cristiandad no olvidará nunca. Me tocó vivirlas muy intensamente, como cronista de acontecimientos eclesiales, y en mi libro *Montini, Papa* dejé luego registrada una por una, como en el reloj de la angustia y del recuerdo, la historia detallada de aquellas fechas... [179].

El día 3 de junio de 1963, a las 19,49, el bondadoso papa Roncalli dejó esta pobre tierra. La consternación y la pena, inmensa pena, por la pérdida de Juan XXIII creó en seguida y espontáneamente una trepidación en la cristiandad. Todos comenzaron a pensar en el sucesor, deseando un Papa que supiera recoger la colosal herencia que dejaba Roncalli. Algunos más tímidos llegaron incluso a angustiarse. Se sintieron ya angustiados apenas barruntaron cercana la marcha de Juan XXIII. Recuerdo unas frases llamativas de Carlo Arturo Gemolo, escritas en uno de los más difundidos diarios italianos: «Sólo Dios sabe si el pontificado de Roncalli habrá señalado como parece un cambio de ruta en la Historia o quedará para nosotros solamente como un día de sol después del cual volverán a alternarse los cielos serenos y nebulosos» [180].

En este ambiente la figura del cardenal Montini comenzó a atraer en seguida la atención de todos. Muchos en él veían el candidato número uno para suceder a Juan XXIII. En realidad, hacía tiempo que el arzobispo de Milán era —como hemos puesto de relieve en otras páginas— «papable»,

por usar la feliz expresión que los romanos tienen acuñada para designar a los que ellos juzgan candidatos a la silla de San Pedro. Por otro lado, es evidente que en la historia de la Iglesia Dios no improvisa las cosas. Por eso la elección de Juan Bautista Montini al solio pontificio la venían barruntando desde hace algunos años los hombres que saben intuir serenamente el futuro encuadrado en la perspectiva de los tiempos nuevos. A este propósito quiero contar un recuerdo personal que tengo muy grabado en mi memoria:

7 de agosto de 1961. Son las 11 de la mañana. Salía yo de la basílica vaticana acompañando en su coche al cardenal Cayetano Cicognani [181]. Habíamos asistido a los funerales del cardenal Nicolás Canali. Al cruzar por la puerta de las Campanas, que desemboca en la plaza de San Pedro, se nos adelantó un automóvil en el que viajaba otro cardenal.

—¿Quién es? —me preguntó su eminencia.

—Montini —le respondí en seguida.

—*Ecco il Papa per il prossimo conclave* —dijo el cardenal Cayetano Cicognani con aquella espontaneidad y sinceridad que sabía poner siempre en sus sentenciosas y autorizadas palabras. «Montini, el Papa para el próximo conclave»: el conclave de 1963 que nos ha dado a Pablo VI.

Tal vez el que mejor intuyó el futuro de Montini en este sentido fue el mismo Roncalli, incluso ya antes de ser Papa y sin sospechar que él había de precederle en la cátedra romana. Referiré al caso un episodio interesante. Le ha contado el padre Bruno de Servigliano en el boletín de Loreto [182].

En 1956 se reunió en el santuario de Pompei la conferencia episcopal italiana compuesta entonces de los cardenales y algunos arzobispos. Al ir a colocarse en las salas de sesiones, Roncalli y Montini cayeron juntos. Entonces el cardenal patriarca de Venecia, con un gesto de amabilidad y humildad, intentó ceder el puesto al arzobispo de Milán, que no pertenecía aún al Sacro Colegio y que, por lo mismo, no aceptó la precedencia. Con todo, Roncalli explicó después la cosa diciendo: «Monseñor Montini merece esta atención, pues un día le veremos Papa».

Mientras redactaba estas líneas he cogido el teléfono para hablar con el arzobispo delegado pontificio y prelado *nullius* de Pompei, monseñor Signora [183], que reside en el santuario, con el fin de preguntarle sobre la veracidad de este episodio. Su excelencia, muy atentamente, me ha respondido desde el otro lado del hilo diciéndome que él no presenció la escena, pues en aquellas fechas aún no ocupaba este cargo; pero que la cree muy

verosímil dada la manera de pensar de Juan XXIII. No sospechaba en aquel tiempo Roncalli que él había de suceder a Pío XII y preceder a Pablo VI en la silla de San Pedro. Los caminos del Señor son así. Y tenemos que dar gracias a Dios, infinitas gracias, porque nos ha dado el pontificado de Roncalli, ya que, como ha escrito Jesús Iribarren, «Juan XXIII significa algo como la aurora, las flores, el amor o la primavera. Entre verano y verano una primavera está bien. Juan XXIII la representa con toda su alegría en la vida de la Iglesia [184]. Yo diría que el papa Roncalli no sólo representa la primavera, sino que inicia en la Iglesia la nueva primavera que continúa ahora con Pablo VI. Sin embargo, es bien sabido, como he insinuado en otro lugar, que en el conclave de 1958 Montini fue ya candidato para el papado a pesar de no ser cardenal. Su nombre se barajó mucho dentro y fuera del Vaticano hasta el punto de que la prensa no sin razón le llamó «el gran ausente del conclave».

En el reloj de la Iglesia no había llegado todavía el momento de Pablo VI; era entonces la gran hora de Juan XXIII. Pero con lo que he dicho antes y lo que he narrado más arriba podemos muy bien imaginar que el nuevo Papa, desde un primer momento, pensó ya que Montini podría ser su sucesor. Por eso quiso hacerle en seguida cardenal y por eso le dio después en los años sucesivos tantas muestras de afecto y confianza. Sabemos que, antes de morir, Juan XXIII no sólo pensaba en la posibilidad de que Montini fuera su sucesor, sino que llegó incluso a decirlo a un amigo en el mes de marzo de 1963. El confidente del Papa, al ver al Santo Padre tan decaído de salud, se lamentó de lo difícil que iba a resultar la sucesión. Entonces el Papa, con gran serenidad, dijo a su interlocutor: «La Providencia tiene ya preparados sacerdotes muy dignos de sucederme. El primero, Montini...».

El episodio lo refirió el famoso periodista italiano Nicola Adelfi en *La Stampa,* el 20 de junio de 1963, cuando ya los cardenales estaban reunidos en el conclave y aislados del mundo. Adelfi certifica en su artículo que lo referido se lo contó a él una autorizada persona. Tal vez el mismo interlocutor del Pontífice.

Yo puedo narrar otro episodio significativo también a este propósito. Se lo oí personalmente a alguien bien enterado, cuyo nombre no puedo todavía dar.

En aquella noche de agosto de 1961 en que Juan XXIII llamó al cardenal Amleto Cicognani para comunicarle su deseo de nombrarle secretario de Estado, el insigne prelado, a quien Pablo VI tiene confiado también ahora este alto cargo, pidió al Papa que le dispensara de aceptar tan difícil

función, diciendo a Su Santidad que el hombre más indicado y mejor preparado para esa misión era Montini. Pero Juan XXIII interrumpió con gran espontaneidad respondiendo: «Dejemos estar al cardenal Montini en Milán. Esto es importantísimo...» —quería decir— «para el futuro», pues era evidente que a un candidato al papado, como era Montini, le iba mejor seguir en la vida pastoral que venir de nuevo al Vaticano. De hecho, a la muerte del cardenal Tardini, como ocurrió inmediatamente después de la elección de Juan XXIII, muchos pensaron que el secretario de Estado sería Montini. Pero el papa Roncalli tenía una clara intuición del futuro y sabía muy bien que un candidato para el papado estaba mejor al frente de una diócesis que en la Curia.

Es evidente, desde luego, que Juan XXIII veía en Montini el cardenal mejor preparado para hacerse cargo del gobierno universal de la Iglesia. Por eso podemos muy bien decir que el Papa del Concilio y de la *Pacem in terris* se fue alegre de este mundo pensando que su herencia sagrada iba a quedar en buenas manos.

La última vez que el cardenal Montini vio al papa Juan fue el día 1 de junio de 1963. La noticia del drama sobre la salud del Santo Padre se había difundido por los cuatro vientos poco después del mediodía del 31 de mayo. La gravedad suma se había producido en la madrugada y por la mañana el arzobispo de Milán recibió comunicación telefónica sobre el angustioso desenlace que se veía ya venir. Los hermanos de Juan XXIII, campesinos de Sotto il Monte, fueron llamados con urgencia. «Era el viernes por la mañana —ha contado el mayor de todos, *Zaverio*— [185]; yo estaba trabajando en el campo cuando un sobrino se llegó hasta mi viña y me dijo que el Pontífice se encontraba en agonía...». Un coche les llevó de Bérgamo a Milán. Perdieron el avión en el cual se les había reservado puesto y tuvieron que «esperar —sigue hablando Javier— largas horas, en un ángulo de la enorme sala del aeródromo, en medio de la gente, aturdidos por los altavoces». El cardenal Montini tuvo el delicado gesto de recogerles y a media tarde salió con ellos para Roma. Eran ya casi las nueve de la noche cuando llegaron a la residencia pontificia. Desde el mismo palacio apostólico el cardenal escribió luego una carta a Milán en la que su eminencia contaba así las cosas:

> He hecho el viaje en avión con los tres hermanos y con la hermana del Santo Padre, sencillas y venerables personas llamadas para dar el postrer saludo a su hermano Sumo Pontífice. Llegamos a Roma después de las ocho de la tarde; inmediatamente corrimos hacia el

Vaticano y en seguida la pequeña comitiva fue introducida en la habitación del augusto enfermo. Entré yo con ellos. Estaban ya allí con monseñor Capovilla las dos religiosas y el sacerdote sobrino del Papa. Su Santidad se encontraba sin conocimiento y respiraba regularmente con los ojos cerrados y los labios abiertos, caído sobre las almohadas como persona cansada. He rezado junto a nuestro veneradísimo Papa y después he osado acercarme a él y le he besado la mano inerte... Se llora, se reza, se espera con una gran tensión de espíritu, pero con inefable emoción en el corazón, emoción de belleza y de victoria. ¡Luminoso epílogo de la vida terrestre, presagio estupendo de la celestial! [186].

Salió el futuro Pablo VI de aquella habitación, donde él mismo había recogido también el último suspiro de Pío XI (Pío XII murió en Castelgandolfo) cuando era ya casi media noche. Volvió de madrugada antes de partir para Milán, y cuando el Papa recobró el conocimiento se dio cuenta en seguida de que estaba a su lado el cardenal Montini, le bendijo y le saludó con un gesto de bondad... El último encuentro y el último *misterioso* coloquio entre un Pontífice que se va y un arzobispo sobre quien el Señor había puesto ya mirada de elección.

A primera hora de la mañana —1 de junio— el cardenal Montini salió del Vaticano, despedido por monseñor Dell'Acqua, y tomó un avión para Milán. Era la vigilia de Pentecostés. El arzobispo tenía en programa para la noche del 1 al 2 una concentración religiosa de sus jóvenes en el estadio Vigorelli. Acudieron unas cincuenta mil personas, en su mayor parte jóvenes. Fue un acto sintonizado con la agonía del Papa. El cardenal dijo la misa y habló a la multitud:

El Papa muere... Su terrena existencia dolorosa, piadosamente se está apagando. Es nuestro Padre en Cristo quien nos deja. Es el Jefe de nuestra Iglesia católica, que cede ante el peso de los años y el asalto de la enfermedad humana. Es el Papa, nuestro papa Juan XXIII, que nos deja huérfanos de su sensible dulcísima presencia...

El pensamiento del Sumo Pontífice sufriente y agonizante nos habla de la Iglesia que, sufriendo con El, siente la profundidad y la universalidad de su propia vida... Y, si el pensamiento del Papa que muere nos llena de profunda tristeza y de inefable congoja, nos inunda igualmente de esa misma fe, serenidad y grandeza de alma con que él afronta —consciente y sereno— el paso decisivo, para ir al encuentro de ese Cristo del que ha sido ejemplar Vicario entre nosotros. Y nos obliga, os obliga a vosotros, jóvenes, especialmente, a

recoger su testamento, su herencia, esto es, su último solemne mensaje: el de la paz [187].

El cardenal de Milán no da tregua a su ministerio apostólico. De madrugada ha dejado el estadio Vigorelli y por la mañana está ya celebrando de pontifical en la catedral. La misa del Espíritu Santo, mientras continúa la larga agonía de Juan XXIII, está circundada de un especial ambiente religioso. El templo se encuentra abarrotado de gente que reza a compás con el mundo entero pendientes todos de los suspiros del Papa moribundo. El cardenal pronuncia una homilía sobre la Iglesia y en ella vuelve a hablar, con inmenso amor, del Papa agonizante:

> Estamos celebrando la fiesta jubilosa de Pentecostés, la fiesta de la Iglesia, «Madre de los Santos, imagen de la Ciudad suprema», con la tristeza en el corazón: el Papa, el Jefe de la Iglesia, muere.
>
> Se trata de un acontecimiento grave, todos nos damos cuenta. Y es grave no sólo en sí mismo por la relación que tiene con la Historia, con la vida de la Iglesia entera y del mundo, sino también grave para nosotros, para cuantos hemos querido bien a este Papa. Y todos le queremos bien. Por su serenidad, por su sencillez, por su jovialidad, por su cortesía, por su cercanía al pueblo, por su predilección para con los humildes, los encarcelados, los que sufren; por su carácter optimista; por su religiosidad tan piadosa y tan austera al mismo tiempo; en una palabra, por su bondad... Era un auténtico amigo de la humanidad. Por eso hoy todo el mundo llora emocionado, ya que se sufre cuando se ama...
>
> Bendito sea este Papa, que nos ha dado a nosotros y al mundo la imagen de la bondad pastoral y ha dado a quien en la Iglesia tiene responsabilidad de gobierno el ejemplo evangélico del Buen Pastor. Bendito sea este Papa, que nos ha demostrado que la bondad no es debilidad o flaqueza, no es irenismo equívoco, no es renuncia a los grandes deseos de la verdad y a los grandes deberes de la autoridad, sino que es la virtud principal de quien representa a Cristo en el mundo. Bendito sea este Papa, que nos ha hecho ver una vez más que la autoridad en la Iglesia no es ambición de dominio, no es distanciarse de la comunidad de los fieles, no es paternalismo consuetudinario y exterior; no es lo que los enemigos de la Iglesia y los laicos a ella hostiles o extraños tratan de hacer ver: dogmatismo retrógrado que obstruye el progreso del mundo, sino que es preocupación próvida y sapiente, una función querida por Cristo, insustituible y digna de toda reverencia y fidelidad; un servicio humilde y desinteresado, fatigoso y cordial, que en su más clara y auténtica manifestación todos pueden llamar a voces bondad. Bendito sea este Papa, que nos ha hecho gozar una hora de paternidad y de familiaridad espiritual y nos

ha enseñado a nosotros y al mundo que ninguna otra cosa necesita tanto la humanidad como el amor. Y bendita sea esta Pentecostés, triste y suave, que en la humana agonía del papa Juan XXIII nos muestra una vez más dónde se encuentra la primera, la auténtica fuente del amor que salva: en la Iglesia de Pedro[183].

En el Vaticano sigue la larga agonía de Juan XXIII. El mundo, conmovido, reza al compás de la esperanza y del amor.

Día 2 de junio... El Papa, en un momento de lucidez, pensando en San Carlos Borromeo, se ha acordado de Milán y del cardenal Montini, ordenando al secretario de Estado que le envíe un mensaje... último especial recuerdo de Juan XXIII para el futuro Pablo VI.

Lunes, día 3... Los comunicados oficiales del Vaticano, cada vez más angustiosos, a media tarde notifican que «el Papa se está acercando a su fin». A las 19 el cardenal Traglia, provicario de Roma, ha comenzado en la plaza de San Pedro una misa transmitida por Eurovisión. A las 19,50, por las antenas de radio, por los teletipos, por los teléfonos, por los cables de telégrafo, hacia todas las direcciones del planeta, se difunde un despacho oficial transmitido desde Roma: «Ciudad del Vaticano, 3 de junio de 1963, hora 19,49. Urgente. El Santo Padre Juan XXIII ha muerto...».

En Milán el cardenal comunica la noticia a sus fieles con este mensaje:

> El anuncio tristísimo y piadoso de la muerte de Su Santidad el papa Juan XXIII, acaecida hoy, era ya esperado y temido en los días que han precedido el doloroso y santo fallecimiento; pero ahora encuentra en nuestras almas un eco de profunda conmoción espiritual, como hijos de la Iglesia católica, que llora la desaparición de su amadísimo Jefe; como hermanos de todos los creyentes de la tierra, que se sienten huérfanos de tan incomparable Padre y Maestro; como ciudadanos de todo el mundo, que ha reconocido en el Papa difunto un amigo de la humanidad...
>
> Ha muerto el Papa del Concilio... Un gran Papa, un Papa de corazón sencillo y leal, de alma amable y buena; un Papa que señala en la historia de la Iglesia y del mundo un jalón de luz amistosa y agradable...
>
> Pensemos más y más en la figura y en la obra de este Pontífice, que ha despertado en la Iglesia una más profunda conciencia de sí y de la misión que Cristo continúa realizando en ella; un Papa que ha desplegado en el seno de la Iglesia inmensas energías espirituales, que la presentan ante nosotros mismos y ante la Historia contemporánea y futura, llena de vida, joven y fuerte, por el Cristo que lleva consigo y por la potente e inextinguible carga de valores humanos y trascendentes de que es depositaria y defensora.

> Tendremos que pensar en este pontificado como en un gran fenómeno de regeneración común hacia el exterior.
>
> A otra cosa os invitamos también: a rezar, a rogar por su eterna paz, por la Iglesia y por toda la humanidad... [189].

El mundo vive angustiosamente sus jornadas de luto por el Papa desaparecido. El cardenal Montini celebra en su catedral de Milán un solemne funeral el día 6 de junio y en él pronuncia un famoso discurso en recuerdo de Juan XXIII, y hablando de la línea que debía seguir su sucesor. Las palabras de Montini tuvieron gran resonancia en la prensa mundial y fueron muy comentadas. Muchos las leyeron y saborearon con interés pensando que un arzobispo, que sabía hablar así, podía ser el Papa ideal para suceder a Juan XXIII. El discurso, por su importancia, merece la pena ser leído con atención. Fijémonos en los párrafos más llamativos:

> La muerte del papa Juan ha producido una inmensa tristeza en la Iglesia y ha llenado de conmoción al mundo entero... La prensa, la radio, la televisión, nos han hecho participar en el grande y luctuoso acontecimiento, presentándole ante nuestra mirada y haciéndole objeto de nuestra consideración. Por todas partes se han visto manifestaciones de sentimiento, de elogio, de piedad y de recuerdo. Una plegaria unánime y bañada en lágrimas, aunque al mismo tiempo serena y confiada, ha brotado en toda la Iglesia católica, suscitando eco reverente en las más variadas confesiones cristianas e incluso en otras religiones...
>
> Mucho se ha hablado sobre la persona del Papa desaparecido... y muchas cosas han sido ya dichas sobre la obra de Juan XXIII; sobre esa anecdótica e inolvidable actitud que tanto le ha acercado al pueblo, especialmente a los pequeños y a los que sufren; y sobre la obra magistral de sus encíclicas y de la convocación del Concilio Ecuménico Vaticano II. Lo sabemos muy bien y lo recordaremos siempre.
>
> El recogimiento religioso que nos domina ahora está advirtiendo que queda mucho que decir y que meditar en torno a este Papa, arrebatado demasiado pronto, según nuestro humano parecer, de la escena del mundo; sería necesario, por ejemplo, indagar y concretar las razones en que se funda un sentimiento tan cordial y tan universal, como el que acompaña al sepulcro de Juan XXIII. ¿Por qué en todas partes se llora su muerte? ¿Se ha producido alguna vez, antes de ahora, en el mundo, en esta medida y en esta forma, un fenómeno semejante de convergencia espiritual que haya sido registrado por la Historia? ¿Cuál es la razón de esto?
>
> Todos hemos sentido la atracción de este hombre y hemos comprendido que la simpatía que le circundaba no era un engaño, o un

entusiasmo de moda, producido por un fútil motivo; era un secreto que se nos revelaba, un misterio que nos absorbía...

La aparición y desaparición de Juan XXIII fue un resplandor fugaz... pero en la línea de su trayectoria yo digo que se abre ante nuestra vista una perspectiva iluminada por su cándida figura. No miramos ya atrás, no nos detenemos contemplando su imagen, sino que fijamos nuestra vista en el horizonte nuevo que ha abierto ante el camino de la Iglesia y de la Historia. Con los ojos vueltos hacia su sepulcro, ya sellado, podríamos hablar de su herencia, que no puede quedar encerrada en ninguna tumba. La muerte no es capaz de sofocar el espíritu que este Papa ha infundido en nuestra era. Nosotros nos vemos obligados no ya a describir su pasado, sino a presagiar el futuro que de él arranca. ¿Qué deja Juan XXIII a la Iglesia y al mundo que no puede morir con él?

Difícil arte el de la profecía, pero en este momento parece hacerse más fácil y se hace incluso apremiante ante la evidencia de algunas premisas puestas por el Papa cuya muerte lloramos. Juan XXIII ha delineado algunas trayectorias para nuestro camino, que será regla de sabiduría no sólo recordar, sino seguir. Con la auténtica y humanísima espontaneidad de su santa vida nos ha dado una patente demostración de la profunda y esencial capacidad que posee la religión cristiana para abastecer continuamente de nueva linfa espiritual al mundo moderno. ¿Podríamos olvidar esta lección?...

Sus palabras están vivas, no mueren.

¿Podríamos apartarnos del sendero que tan intrépidamente ha abierto este Papa a la historia religiosa del futuro, el camino de una más amplia comprensión de la universalidad de la fe católica, el de un mayor sentido del ecumenismo romano? El papa Roncalli de tal manera ha personificado y ha dado expresión a esta propiedad esencial de la Iglesia católica, la universalidad, que ha despertado con fuerza incontenible, en su doble dirección interna y externa, las latentes energías de la misma. Porque hizo suyo y favoreció el progreso ya comenzado de la así llamada internacionalización de la Iglesia, con la expansión misionera, con el despliegue de nuevas relaciones tendidas hacia las naciones antiguas y nuevas del mundo, con la admisión en las jerarquías superiores de la Iglesia y en los organismos centrales de la Santa Sede de personas de todo origen. Pero no fue sólo esto, sino que, convocado espontáneamente el Concilio Ecuménico, puso de nuevo sobre el tapete el gran tema del derecho constitucional de la Iglesia, cuyo estudio doctrinal fue interrumpido con la brusca cesación del Concilio Vaticano I. Así, el gran Pontífice desaparecido ha creado las condiciones y el ambiente espiritual y práctico para la concorde colaboración del cuerpo episcopal, no ya en el ejercicio —que, evidentemente, permanecerá personal y unitario—, sino en la responsabilidad del gobierno de la Iglesia entera. Es decir, ha dado incremento canónico y conciencia espiritual al ecumenismo interior de la catolici-

> dad, valiéndose también aquí de dos términos, ya amigos desde siglos, la Urbe y el orbe, los cuales, así unidos, van desarrollando sorprendente vitalidad, precursora de nueva historia para Roma, tal vez para el papado mismo y para el mundo.
>
> Más aún: al ecumenismo interno Juan XXIII ha unido en el corazón y en la práctica el externo; es decir, aquel otro, doble también, del esfuerzo por la recomposición de tantas fracciones cristianas, separadas en la unidad orgánica de la fe y la caridad de la madre Iglesia, la Iglesia una, santa, católica y apostólica; y el de la difusión, lo más amplia y estable posible, de la paz entre los pueblos y entre las clases sociales, de la paz civil sobre toda la tierra. ¿Podríamos abandonar alguna vez estos caminos, que tan magistralmente ha trazado para el futuro Juan XXIII? Es de esperar que no... [190].

Es evidente que estas palabras del arzobispo de Milán fueron muy pensadas e intencionadas. He oído contar a una persona enterada que, después de la muerte del papa Roncalli, el cardenal Montini, tremendamente afectado, habló con un amigo más o menos en estos términos: «La pérdida es inmensa. Será necesario asegurar a la Iglesia la continuidad con el pontificado que acaba. Es posible que pueda cambiar otra vez el rumbo de las cosas y yo pienso que no debe ser así. Todo está en menos de Dios. Lo que El quiera. Pero por nuestra parte habrá que tomar posiciones clarísimas, decididas, a favor de la continuidad, pensando sólo en el bien de la Iglesia».

Los textos que antes hemos citado expresan con meridiana claridad esa posición decidida a favor de la «línea Juan XXIII». Hablaba así el futuro Pablo VI, aunque él tal vez no sospechaba, y ciertamente no deseaba, que la colosal herencia del papa Roncalli fuese a caer sobre sus espaldas. Pero el Señor le tenía ya «elegido».

El día 13 de junio era la festividad del Corpus Christi. En el discurso pronunciado al terminar la procesión, el cardenal Montini volvió a hablar del Pontífice desaparecido, haciendo notar que la Iglesia esperaba ya emocionada al sucesor de Juan XXIII:

> Dos grandes pensamientos nos sugiere el misterio de la presencia eucarística de Cristo, como dos potentes haces de luz: el uno se proyecta hacia el horizonte inconmensurable del tiempo futuro y es la promesa escatológica del retorno visible de Cristo... El otro se proyecta, en cambio, sobre la historia presente y nos lleva a buscar entre nosotros a ese hombre terreno que en la Iglesia militante es Vicario, en el tiempo, del Cristo celeste y que personifica en el más alto grado el sacerdocio católico, por el cual la Eucaristía se conserva en el mundo.

Es ésta una perspectiva inmensa... y es una perspectiva que llena hoy nuestros corazones de grandes emociones, recordando al Pontífice bueno, que ha muerto entre el llanto de todos, y esperando ya a quien será su sucesor. Esta espera inspira ahora las plegarias finales de nuestra celebración eucarística, para que la Iglesia tenga en su nuevo Jefe visible un digno Vicario de su Jefe invisible, Cristo Jesús. Esperemos que esta oración sea felizmente escuchada y que podamos aquí, todos juntos, dar pronto las gracias al Señor [191].

Esta última esperanza que expresa el arzobispo de Milán —la de reunirse de nuevo con sus fieles en la catedral de la metrópoli lombarda para dar las gracias por la elección del nuevo Pontífice— no se iba a realizar. Montini marcharía pronto a Roma para no regresar ya a su diócesis como arzobispo.

Es curioso notar que Montini fue uno de los últimos cardenales que llegaron a la Ciudad Eterna para el conclave. Estuvo en su sede casi hasta el último día, mientras en Roma su nombre era el tema de todas las conversaciones y figuraba en la primera página de todos los periódicos: Montini, el «papable» número uno.

El conclave: Montini, Papa

En la tarde del lunes 16 de junio el cardenal Montini llegó a Roma en un birreactor de las líneas aéreas italianas. En contraste con la tradición y el protocolo, según el cual a los cardenales que parten para el conclave se les tributa en su ciudad una solemne y calurosa despedida, Montini salió de Milán casi de incógnito con la intención bien clara de que su llegada a Roma pasase lo más inadvertida posible. Difícil propósito ante la táctica de los periodistas y fotógrafos que vigilaban aquellos días todas las entradas del aeropuerto, todas las salidas de las estaciones romanas y todas las vías consulares que desembocan en la capital.

Los reporteros no querían tener con Montini el fracaso que habían sufrido con otro de los «papables», el cardenal Lercaro. Este, después de estar unos días en Roma, regresó a Bolonia, donde le fue tributada la despedida oficial. Allí tomó un tren rápido para la Ciudad Eterna. Una turba de fotógrafos le esperaba en la estación Términi. El cardenal, deseoso de evitar tan comprometedor encuentro, se apeó en Orte —la última estación donde paran los rápidos antes de llegar a Roma— y desde allí, en coche,

se dirigió a la Urbe. Los reporteros de Términi quedaron profundamente defraudados al ver llegar el tren sin tan distinguido viajero.

El cardenal Montini, apenas tomó tierra en Fiumicino, cogió un coche que le condujo directa y rápidamente a la residencia que las religiosas de *Maria Bambina* tienen en Monte Mario. El martes por la mañana —17 de junio— asistió al último de los *nevendiali* o funerales por Juan XXIII. Después, a la reunión de los cardenales. Terminadas las ceremonias del Vaticano huyó... Huyó de las visitas, de los diplomáticos y eclesiásticos que querían presentarle sus respetos, de cuantos deseaban tratar con él algún asunto pendiente o pretendían saludarle. Todas las audiencias que le fueron pedidas las aplazó «para después del conclave». Se retiró a Castelgandolfo, huésped del amigo y paisano Bonomelli, director de los jardines pontificios. El calor de Roma era sofocante, y allí, en su escondite, encontró aire saludable y paz. Sólo una misteriosa visita turbó su calma: el cardenal Spellman, que al parecer tenía que hablar con Montini algo muy urgente e interesante.

El miércoles 18 el futuro Pablo VI asistió a la Congregación General que los cardenales tuvieron por la mañana en el palacio apostólico. Me encontraba yo en uno de los pasillos del Vaticano, acompañado de tres seminaristas del Colegio Español, Román Sánchez Chamoso, Juan Antonio Núñez y Joaquín Sanmartín. Vimos pasar al futuro Papa y mi mirada, como la de todos, se fue ansiosamente tras él; entró en la sala acompañado del cardenal Amleto Cicognani. El grupo de fotógrafos que habían sido autorizados a llegar hasta la galería del tercer piso del palacio pontificio dispararon sus máquinas con verdadera locura. ¡Montini! ¡Montini! Era Montini.

Día 19. Hoy comienza el conclave. Por la mañana, en la basílica vaticana, misa *pro eligendo Summo Pontifice.* Celebra el decano del Sacro Colegio, Eugenio Tisserant, el cardenal que consagró obispo a Montini. Allí está él, ocupando su puesto entre los eminentísimos Gracias y Urbani. He asistido a la misa y he tenido la suerte de colocarme a muy poca distancia del futuro Papa. No dejo de mirarle, absorto como está en su profundo recogimiento. En el ambiente sacro y eclesial de aquella asamblea se masca algo muy especial. Comento las cosas con Ramiro Moliner, el seminarista que desde los días de la muerte del Papa me viene echando una mano en mis tareas periodísticas y que está ahora a mi lado. Rezamos juntos. Toda la asamblea reza. Toda la Iglesia reza: *Veni Creator Spiritus.* Las cámaras de

la televisión pasan una y otra vez retratando los semblantes de cada uno de los cardenales. Parece como si quisieran descubrir sus pensamientos. Se detienen más de lo justo en algunos: en Marella, en Suenens, en Confalonieri, en Lercaro, en Montini; sobre todo, en Montini... Hemos escuchado el «extraño» sermón *pro eligendo Summo Pontifice* con el que monseñor Tondini ha exhortado a los cardenales. Salimos de la basílica y en la plaza cambio impresiones con Antonio Montero, el director de *Ecclesia*... [192]. Las cosas se ven bastante claras y la emoción crece estos días al compás de cada nuevo acto o ceremonia. La curiosidad y atracción que los cardenales ejercen en la gente es impresionante. El público se arracima en las aceras bebiendo con sus ojos el caminar parsimonioso de los coches que salen por la puerta de las Campanas, llevando a bordo los protagonistas del conclave.

Es hoy un día de gran quehacer para los que nos hemos propuesto seguir paso a paso, sin perder noticia, todo lo que durante estas jornadas se hace y se dice en relación con el conclave. A las 4 estoy de nuevo en el Vaticano con otros amigos periodistas. Están llegando los cardenales para instalarse en sus habitaciones. Yo me las he recorrido ya casi todas un par de veces, examinando atentamente el ambiente que en estos días de clausura va a rodear a los cardenales. Ya se acerca la hora del ingreso en el conclave. Les veo desfilar uno por uno hacia la capilla paulina. Allí reunidos oran unos instantes y forman la procesión que, pasando por la sala regia, les conduce a la sixtina. Otra vez he fijado atentamente la vista en el rostro de algunos cardenales. En Montini más que en ninguno. Sus ojos hundidos reflejan una tremenda preocupación. Me sospecho que esta noche va a dormir poco. Comento las cosas con mis compañeros.

Extra omnes. En el *argot* eclesiástico hay frases latinas que la gente entiende ya muy bien. Vámonos. Lo ha gritado monseñor Dante [193]. Respetemos el sagrado secreto del conclave. A los cardenales se les va a aislar del mundo. En la colina más alta de la Iglesia ochenta obispos van a elegir al Romano Pontífice. El príncipe Segismundo Chigi della Rovere, mariscal del conclave, responde ante el Sacro Colegio de que nadie violará la clausura del recinto en el que han quedado encerrados los cardenales.

No voy a detenerme aquí a describir ahora por dentro los espacios del conclave, ni tampoco a contar su funcionamiento. Lo tengo ya hecho con suficiente amplitud en mi libro *Vaticano, mitad de siglo,* al que queda remitido el lector [194]. Aquí me limitaré a contar lo que nos es dado saber

sobre el conclave de 1963, con una previa alusión de carácter orientador a las precedentes elecciones pontificias que han tenido lugar en lo que va de siglo.

Siempre es emocionante abrir las crónicas del Vaticano por las páginas que registran la elección de los últimos papas. Los biógrafos de San Pío X nos transcriben día por día, y hasta hora por hora, las vicisitudes del conclave de 1903, en el cual fue elegido Sumo Pontífice el santo patriarca de Venecia. Así, sabemos que el cardenal Sarto tuvo en el primer escrutinio solamente cinco votos, que fueron subiendo después hasta que en la séptima votación cincuenta cardenales, entre los sesenta y dos presentes, le eligieron Papa. Y sabemos también que el cardenal Rampolla del Tíndaro llegó a tener en el cuarto escrutinio de aquel conclave treinta votos, y que el deplorable veto del emperador de Austria, pronunciado por el cardenal Puzyna, le cerró de alguna manera el camino al supremo pontificado [195].

San Pío X, que había sido protagonista de todas aquellas curiosas escenas, cortó para el futuro el máximo interés a estas crónicas tan apasionantes para los periodistas, prohibiendo a los cardenales, bajo pena de excomunión, decir nada de lo que pasa dentro del sacro recinto del conclave [196].

Así, hasta ahora, apenas se había podido saber algo del conclave de 1914, en que fue elegido Benedicto XV. Los informadores, o casi diríamos los historiadores, sólo habían logrado rastrear que los miembros del Sacro Colegio se dividieron en dos corrientes: la de los renovadores, guiados por los cardenales Ferrata, Gasparri, Maffi y Della Chiesa, y la de los que deseaban mantener intacta la línea del anterior pontificado, agrupados en torno a los nombres De Lai, Merry del Val y Serafini [197].

Sobre el conclave de 1922, del cual salió Papa Pío XI, se tenían desde hace veinticinco años abundantes datos, gracias a unos apuntes del cardenal Vanutelli, que fueron publicados por *Il Messaggero*, de Roma, en 1939. Así, se sabía que a la elección de Aquiles Ratti se llegó después de cuatro laboriosas jornadas, en las que los votos de los cardenales estuvieron muy divididos entre los diversos candidatos [198].

Ahora, desde hace pocos meses, nos es dado ya conocer de una manera bastante completa los secretos de estos dos conclaves de los años 1914 y 1922. Se han publicado unos apuntes del cardenal Piffl, arzobispo de Viena, que participó en la elección de Benedicto XV y de Pío XI, y que nos ha dejado datos interesantísimos para la historia de la Iglesia [199].

Conclave de 1914: Los cardenales Maffi, arzobispo de Pisa, y Della Chiesa, arzobispo de Bolonia, son candidatos desde el comienzo. En el pri-

mer escrutinio ambos obtienen doce votos y en el segundo dieciséis: igualdad perfecta. Pero a partir del tercer escrutinio los votos en favor de Giacomo della Chiesa comienzan a subir con rapidez, mientras que la candidatura de Maffi va perdiendo terreno lentamente hasta el séptimo escrutinio, en el cual obtiene sólo dos votos. En el quinto escrutinio apareció una nueva candidatura, que hizo vacilar un poco la del arzobispo de Bolonia; es la del cardenal Serafini, al que votaron diez electores; número que fue luego aumentando hasta llegar a veinticuatro en el octavo escrutinio, para descender a dieciocho en la última de las votaciones: el noveno escrutinio, en el que treinta y ocho de los cincuenta y siete cardenales presentes eligieron a Della Chiesa, Benedicto XV.

Conclave de 1922: En el primer escrutinio el cardenal Maffi obtiene diez votos y Merry del Val doce. Al ex secretario de Estado de Pío X le votan luego algunos otros cardenales y así su nombre es leído diecisiete veces en el cuarto escrutinio; pero la candidatura del cardenal español desaparece después. Pedro Gasparri empieza a tener numerosos votos en el sexto escrutinio y llega a veinticuatro en el octavo. La Fontain reunió veintidós votos dos veces y llegó a tener veintitrés en el escrutinio número once, en el cual veinticuatro cardenales votaron ya a Aquiles Ratti, cuya candidatura había sustituido a la de Gasparri. Las adhesiones en torno al nombre del arzobispo de Milán siguieron creciendo hasta llegar a concentrar, en el decimocuarto escrutinio, cuarenta y dos votos de los cincuenta y cuatro electores: Papa, Pío XI.

Sobre el conclave de 1939 no ha habido hasta la fecha ninguna revelación sensacional. Se tienen, sin embargo, muchas noticias sobre cómo se fue perfilando la candidatura de Pacelli hasta el punto de que, cuando los cardenales se encerraron en el recinto del Vaticano, la elección estaba ya prácticamente combinada. En mi libro *Vaticano, mitad de siglo*[200] tengo recogidas esas informaciones a que aludo, explicando ampliamente cómo fueron las cosas y cómo el nombre de Eugenio Pacelli se impuso desde la primera votación hasta que, en el tercero o cuarto escrutinio, en la tarde del día 2 de marzo, fue elegido Pío XII por unanimidad o casi unanimidad. Fue aquél el conclave más breve que recuerda la Historia.

Naturalmente, cuanto más cercano está un conclave más delicado resulta hablar de él y más conocido es, por otra parte, el ambiente en que se desarrolló. Se ha dicho que Juan XXIII, con su amable sencillez, contó a algún confidente los secretos de su elección. Se sospecha, además, con bastante fundamento, que él mismo los dejó escritos para la Historia, como por disposición suya sucederá ahora con los conclaves posteriores a su pontificado.

Así, no es nada extraño que se vayan sabiendo algunas cosas del conclave de 1958. El mismo Roncalli nos habla en su diario espiritual de las «fluctuaciones del conclave», que hacían «alejarse de su horizonte las posibilidades para concentrarse sobre otras personas dignísimas y muy venerables»[201]. Algunos piensan que esas personas pudieron ser, entre otras, los cardenales Agagianian y Siri, así como el arzobispo Montini, según lo que he referido en otro lugar.

A partir de las disposiciones dadas por Pío XII, a los electores del Sumo Pontífice no les está permitido sacar del recinto del conclave ninguna clase de apuntes que indirectamente puedan romper el secreto, aun en contra de la voluntad de los mismos cardenales interesados, como ha sucedido en los casos de Vanutelli y Piffl. En su constitución sobre la Sede Vacante el papa Pacelli puso las cosas más rígidas de lo que estaban. Así, ordenó que al final de los escrutinos se arrojasen al fuego todos los apuntes tomados por los electores durante las votaciones[202].

Juan XXIII, al renovar las normas de su predecesor sobre el conclave, con miras a la Historia, que, evidentemente, tiene sus derechos, dispuso que las notas de los cardenales sobre los escrutinios no se quemasen con las papeletas de las votaciones, sino que se entreguen al camarlengo, para conservarlas juntamente con una relación del mismo en un archivo secreto, bajo la custodia del nuevo Pontífice.

Así, pues, aunque la Historia ha sido afortunada con las nuevas disposiciones referentes a la elección de los papas, para los contemporáneos el secreto sigue siendo muy riguroso y un velo de misterio cubre ante nuestra vista lo acaecido en la capilla sixtina durante la elección del Sumo Pontífice. Sin embargo, siempre se puede llegar a saber algo de los conclaves, porque al escritor le está permitido indagar con seriedad y sentido de Iglesia, para hablar de aquello que, lejos de resultar indiscreto, puede servir de orientación y edificación a quienes se interesan por seguir muy de cerca las noticias referentes al Santo Padre.

Dos caminos se presentan ante el biógrafo de un Pontífice que quiere informarse para dedicar un capítulo al conclave. Lo primero es ver lo que opinaron públicamente los cardenales antes de encerrarse en el recinto del Vaticano. A este propósito es de advertir que los electores están obligados a guardar secreto riguroso sobre *lo que hicieron* en el conclave en torno a la designación del candidato y a las votaciones; pero ninguna ley, fuera de las dictadas por la prudencia y discreción, les obliga a callar, antes de ingresar

en el conclave, sobre *lo que piensan hacer en él*. Así, no es infrecuente que algunos cardenales hagan declaraciones más o menos explícitas sobre la orientación que posiblemente va a tener la inminente elección de un Papa. Son famosas e interesantes algunas declaraciones de este género registradas en octubre de 1958, en vísperas del conclave del cual salió elegido Juan XXIII. En segundo lugar, se pueden analizar los discursos que los electores han pronunciado o los escritos que han publicado con posterioridad al conclave, al regresar a sus diócesis, después de la elección, o en los años sucesivos, con ocasión de actos organizados en honor del Papa. Con un profundo conocimiento de las personas y de las cosas, en estos documentos es fácil leer entre líneas tratando de combinar algunos datos con las impresiones recogidas en el ambiente que rodea al conclave.

No pretendo, desde luego, citar o analizar aquí todos los textos de cardenales que he ido recogiendo en mis carpetas. Alguno de ellos, aunque resultan sumamente expresivos para poner de relieve la figura de Pablo VI, no contienen en torno al conclave ningún dato que se salga de las generalidades.

Al principio de esta biografía del Papa he aludido ya a las declaraciones de los cardenales König, Cento y Tisserant, a las que seguidamente me referiré de nuevo.

El decano del Sacro Colegio dio en París, en el mes de enero de 1964, una interesante conferencia sobre Pablo VI. En ella, hablando del conclave de 1963, decía que «éste se abrió en circunstancias que no tenían precedentes. Nunca en la historia de la Iglesia había existido un Colegio cardenalicio tan numeroso, compuesto por ochenta y dos miembros, de los cuales ochenta estaban presentes».

Merece la pena que demos aquí la lista completa de estos insignes prelados que fueron protagonistas del conclave de 1963:

Eugenio Tisserant, decano del Sacro Colegio, prefecto de la Sagrada Congregación del Ceremonial, bibliotecario y archivista de la Santa Iglesia Romana.

Clemente Mícara, vicario general de Su Santidad para la ciudad de Roma.

José Pizzardo, prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios.

Benito Aloisi-Masella, camarlengo de la Santa Iglesia Romana, prefecto de la Sagrada Congregación de Sacramentos.

Amleto Juan Cicognani (había sido secretario de Estado de Juan XXIII).
José Ferretto, de la Curia Romana.
Manuel Gonçalves Cerejeira, patriarca de Lisboa.
Aquiles Liénart, obispo de Lille.
Maurilio Fossati, arzobispo de Turín.
Ignacio Gabriel Tappouni, patriarca de Antioquía de los Sirios.
Santiago Luis Copello, canciller de la Santa Iglesia Romana.
Pedro Gerlier, arzobispo de Lyón.
Gregorio Pedro Agagianian, prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.
Santiago Carlos McGuigan, arzobispo de Toronto.
Clemente Emilio Roques, arzobispo de Rennes.
Carlos Carmelo de Vasconcellos Motta, arzobispo de São Paulo.
Norman Thomas Gilroy, arzobispo de Sydney.
Francisco Spellman, arzobispo de Nueva York.
Jaime de Barros Cámara, arzobispo de Río de Janeiro.
Enrique Pla y Deniel, arzobispo de Toledo.
José Frings, arzobispo de Colonia.
Ernesto Ruffini, arzobispo de Palermo.
Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires.
Thomas Tien Ken-sin, arzobispo de Pekín, administrador apostólico de Taipeh.
Augusto Alvaro da Silva, arzobispo de San Salvador de la Bahía.
Valerio Valeri, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos.
Pedro Ciriaci, prefecto de la Sagrada Congregación del Concilio.
Mauricio Feltin, arzobispo de París.
José Siri, arzobispo de Génova.
Santiago Francisco McIntyre, arzobispo de Los Angeles.
Santiago Lercaro, arzobispo de Bolonia.
Esteban Wyszynski, arzobispo de Gniezno y Varsovia.
Benjamín de Arriba y Castro, arzobispo de Tarragona.
Fernando Quiroga y Palacios, arzobispo de Santiago de Compostela.
Pablo Emilio Léger, arzobispo de Montreal.
Valeriano Gracias, arzobispo de Bombay.
Juan Bautista Montini, arzobispo de Milán.
Juan Urbani, patriarca de Venecia.
Pablo Giobbe (había sido datario de Juan XXIII).
Fernando Cento, penitenciario mayor de la Santa Iglesia Romana.
Carlos Chiarlo, de la Curia Romana.

José Garibi y Ribera, arzobispo de Guadalajara.
Antonio María Barbieri, arzobispo de Montevideo.
Carlos Confalonieri, secretario de la Sagrada Congregación Consistorial.
Ricardo Santiago Cushing, arzobispo de Boston.
Alfonso Castaldo, arzobispo de Nápoles.
Pablo María A. Richaud, arzobispo de Burdeos.
José María Bueno y Monreal, arzobispo de Sevilla.
Francisco König, arzobispo de Viena.
Julio Döpfner, arzobispo de Munich.
Pablo Marella, prefecto de la Sagrada Congregación de la Fábrica de San Pedro y arcipreste de la basílica.
Gustavo Testa, secretario de la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental.
Alberto Gregorio Meyer, arzobispo de Chicago.
Luis Traglia, provicario general de Su Santidad para la ciudad de Roma.
Pedro Tatsuo Doi, arzobispo de Tokio.
José Lefebvre, arzobispo de Bourges.
Bernardo Juan Alfrink, arzobispo de Utrecht.
Rufino I. Santos, arzobispo de Manila.
Laureano Rugambwa, obispo de Bukoba.
José Elmer Ritter, arzobispo de San Luis.
José Humberto Quintero, arzobispo de Caracas.
Luis Concha, arzobispo de Bogotá.
José da Costa Nunes, de la Curia Romana.
Hildebrando Antoniutti, de la Curia Romana.
Efrén Forni, de la Curia Romana.
Juan Landázuri Ricketts, arzobispo de Lima.
Raúl Silva Enríquez, arzobispo de Santiago de Chile.
León José Suenens, arzobispo de Mechelen-Bruselas.
Alfredo Ottaviani, secretario de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio.
Alberto di Jorio, propresidente de la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano.
Francisco Bracci, de la Curia Romana.
Francisco Roberti, prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica.
Andrés Jullien, de la Curia Romana.
Arcadio Larraona, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos.
Francisco Morano, de la Curia Romana.

Guillermo Teodoro Heard, de la Curia Romana.

Agustín Bea, presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos.

Antonio Bacci, de la Curia Romana.

Miguel Browne, de la Curia Romana.

Joaquín Anselmo M. Albareda, de la Curia Romana.

Los dos miembros del Sacro Colegio que no pudieron venir a Roma para el conclave fueron el eminentísimo Carlos María de la Torre, arzobispo de Quito, de ochenta y nueve años de edad, que se encontraba gravemente enfermo, y el heroico primado de Hungría, José Mindszenty, arzobispo de Esztergom, que se encontraba, según la palabra usada por el *Anuario Pontificio,* «impedido», es decir, refugiado en la Legación norteamericana de Budapest.

A los demás cardenales les hemos citado indicando el cargo que ocupaban a la muerte de Juan XXIII. No podemos detenernos a hacer aquí una presentación personal de cada uno. Pero sí es interesante notar que son sacerdotes que representan a los cinco continentes, a un número muy elevado de naciones y a todas las razas o estamentos sociales.

Por primera vez en la Historia participaron ahora en la elección del Sumo Pontífice un cardenal negro de Africa, un filipino, un japonés, un mejicano, un peruano, un uruguayo, un venezolano.

Si nos fijamos en las clases sociales, repasando las biografías de los citados sacerdotes nos es fácil descubrir: un cardenal de noble alcurnia, dentro de una tribu africana: Laureano Rugambwa; hijos de familias distinguidas y adineradas, como Gustavo Testa, por citar un solo nombre; descendientes de linajes que han adornado ya la historia de la Iglesia, reciente o antigua, con su insigne apellido, como Clemente Mícara y Benito Aloisi-Masella; hijos de comerciantes: Emilio Léger; de panaderos: Alfredo Ottaviani; de familia pobre: Valeriano Gracias; hijo de periodista: Juan Bautista Montini; de campesinos: Rufino Santos; de emigrantes: Ricardo Santiago Cushing; de camarero de hotel: Julio Döpfner; de abogados: Andrés Jullien; de industriales: Raúl Silva; de un jefe de Estado —República de Colombia—: Luis Concha; de un cargador de puerto: José Siri; de un notario: Mauricio Feltin. Y no continúo la numeración para no hacerme interminable. Pero podría añadir que algunos de estos cardenales ejercieron ellos mismos profesiones liberales o experimentaron lo que es el duro trabajo antes de abrazar el sacerdocio. Así, sería interesante preguntarle al cardenal Gracias qué hacía de joven en los humildes barrios de Karachi y a José Pizzardo qué estudios realizaba en las Universidades italianas. José Lefebvre cursó Derecho en la Facultad de Lille y tuvo que interrumpir la carrera para trabajar de comer-

ciante antes de entrar en el seminario. Juan Urbani fue artillero en el ejército italiano y Thomas Gilroy telegrafista en la marina inglesa. Después de ser sacerdote, José da Costa Nunes y Emilio Léger han sido misioneros, el uno en la India y el otro en Japón. En cambio, Pedro Tatsuo Doi y Laureano Rugambwa fueron paganos en su niñez, y Teodoro Heard se convirtió del protestantismo al catolicismo a los veintiséis años.

Del historial espléndido que cada uno de los cardenales tiene al servicio de la Iglesia desde su ordenación sacerdotal no es necesario decir nada, pues lo acusa ya todo su misma condición de miembros del Sacro Colegio. Tampoco necesitamos hablar de las dotes pastorales e intelectuales que distinguen a estos insignes sacerdotes.

Aparte de la condición personal de cada uno de los cardenales su crecido número ha sido un dato muy notable en el conclave de 1963. Nunca en la Historia se reunió un tan alto número de prelados para elegir un Papa. La cosa planteó graves problemas de tipo técnico y logístico. El cardenal Tisserant nota, como dato curioso, que fue necesario retirar las rejas doradas que dividen en dos a la capilla sixtina porque hacía falta todo el espacio de la misma.

Sin embargo, el aspecto organizativo no es el más interesante del caso, sino el hecho de que existiese en un Colegio cardenalicio tan numeroso una amplia representación de pueblos con la consiguiente disminución real y proporcional del grupo italiano.

Notable también la presencia de distinguidas figuras de órdenes y congregaciones religiosas. En contraposición a lo que ocurrió en el conclave último —octubre de 1958—, ahora participaban en la elección del Sumo Pontífice un cardenal capuchino, un claretiano, un jesuita, un salesiano, un dominico y un benedictino.

En cuanto a la edad, hay que notar que, junto a un subido número de cardenales muy ancianos, había también un buen grupo de gente joven.

Una circunstancia excepcional, importante para el desarrollo del conclave, fue el clima conciliar en que éste se vio encuadrado. El Vaticano II condicionó de una manera terminante la elección del 262 sucesor de San Pedro influyendo notablemente en el planteamiento de las votaciones.

Desde Trento para acá no había vuelto a tener lugar la elección de ningún Papa en clima conciliar. Y la organización interna del Vaticano II había hecho que los cardenales se conociesen recíprocamente mucho mejor que

en ningún otro conclave. El decano del Sacro Colegio pone de relieve esto, en la citada conferencia, haciendo notar que «sesenta de los purpurados presentes habían tomado parte en las sesiones de la Comisión Central preparatoria del Concilio y habían expuesto sus propias opiniones sobre cada uno de los proyectos elaborados por las comisiones especiales. Sucesivamente todos habían asistido a las Congregaciones Generales del primer período del Concilio —octubre-diciembre de 1962— y muchos habían intervenido en los debates con la autoridad y competencia que les daban sus funciones de jefes de los dicasterios romanos o su condición de pastores de diócesis importantes». Así, pues, se sabía lo que pensaba cada uno y cuál era su posición frente a los grandes problemas de la Iglesia actual.

Por lo que se refiere a Montini, como hemos explicado ya, su mentalidad era bien conocida y también su manera de actuar.

Quizá no esté mal poner de relieve otra circunstancia, ya existente en conclaves anteriores, pero más típica de nuestro tiempo. La influencia y casi diríamos la presión de la opinión pública. Esta no podía afectar a los cardenales una vez encerrados en el recinto vaticano, pues la constitución apostólica prohibe en absoluto todo contacto de los electores y conclavistas con el mundo exterior. Pero, en los días precedentes a la entrada en el conclave, los cardenales pudieron percatarse de lo que se decía y escribía, y con su alto criterio pudieron serenamente sopesar las cosas y ponerse al corriente de algunas informaciones que circulaban por los ambientes romanos y por la prensa.

Así, sería difícil pensar que los cardenales no leyeron ciertos discursos que algunos de sus compañeros pronunciaron en aquellos días y que los periódicos se encargaron de airear. No cabe duda de que esta vez el conclave lo hizo también el mundo con sus esperanzas, que nadie pudo defraudar. La confianza de los pueblos y de las gentes era muy grande. Todos tenían fe profunda en que los electores del Romano Pontífice nos darían un Padre, un Maestro y un Pastor tal como lo necesitaba en aquellos momentos la cristiandad. Las voces de ésta eran muy claras y provenían de múltiples direcciones. Algunas dominaban sobre las otras. Así, las que pedían un Papa que continuase el Concilio y que estuviese en la misma línea de Juan XXIII. Fueron incluso algunos cardenales los que se hicieron intérpretes de estos clamores. Recuerde el lector el famoso discurso del arzobispo Montini. Podría, además, citar expresiones lanzadas por el cardenal Feltin y por otros, como Silva Enríquez, que apenas descendió del avión en Fiumicino dijo a los periodistas que «el Vaticano II sería reanudado cuanto an-

tes». Recuerdo también que nuestro amadísimo cardenal primado, don Enrique Pla y Deniel, apenas llegó a su residencia romana, el Colegio Español, dijo, a los alumnos que cariñosamente le recibían, estas palabras: «Rezad mucho para que nosotros, que somos los instrumentos del Espíritu Santo, sepamos dar a la Iglesia un Papa como el que ha muerto».

Las impresiones de la prensa en torno al conclave merecen también especial atención. Movidos como nunca en aquella ocasión, los periódicos de Roma resultaban interesantes y atractivos, muchas veces inseguros en sus noticias y con frecuencia sensacionales. Es que la palabra «conclave» parece encerrar arcanos misterios que la hacen tremendamente fascinadora para los periodistas. Y los cardenales son figuras de la Iglesia que en tiempo de Sede Vacante ocupan fácilmente el primer plano de la actualidad. En los días que preceden al conclave los reporteros observan y estudian con atención los movimientos, conversaciones y gestos de cada uno de los cardenales. Todo tiene su importancia en orden a ilaciones sobre el futuro, sabiéndose como se sabe que la elección del Papa se prepara, en parte, antes de que el conclave comience, en los contactos de altísimo nivel que los miembros del Sacro Colegio van teniendo entre sí.

Al comienzo de esta biografía he aludido ya a los «grandes electores» de Montini, explicando cómo razonaron su posición. Se sabe que algunos cardenales cuyos nombres podríamos citar, trabajaron no poco la candidatura del arzobispo de Milán. Tarea que, por lo demás, resultó fácil, puesto que muchos de ellos, sobre todo extranjeros, tenían ya escrito el nombre de Montini desde hacía tiempo en la primera línea de su agenda secreta preparada y guardada para esta hora. Así, se supone con mucho fundamento que la elección de Pablo VI estaba muy combinada antes de comenzar el conclave.

Durante la noche del 19 los contactos en los pasillos del Vaticano y en las habitaciones de algunos cardenales debieron ser muy intensos. Las plegarias en las misas del día 20, dentro y fuera del conclave, dieron a las necesarias gestiones humanas un tono de alta elevación.

Según lo dispuesto por el *Ordo conclavis,* por la mañana en la capilla sixtina hubo dos votaciones. Fueron de «sondeo —dice el cardenal Tisserant—; escrutinios que podían poner de relieve algunos nombres».

¿Qué nombres fueron éstos? En primer lugar, desde luego, el de Montini. Lo viene a decir también el decano del Sacro Colegio: «Había un nombre sobre el que se sabía que se iban a concentrar más que en torno a nin-

gún otro la atención de los electores: era el del cardenal arzobispo de Milán, Juan Bautista Montini» [203].

No seré yo ahora quien haga cábalas sobre los otros nombres que emergieron en los dos primeros escrutinios como posibles candidatos. El lector sabe sin duda quiénes eran, junto a Montini, los otros «papables» de este conclave: algunos italianos y también algún no italiano.

A este propósito merecen especial atención las ya citadas declaraciones del cardenal König: «Algunos cardenales italianos me dijeron antes del conclave que ellos verían con gusto esta vez la elección de un Papa no italiano. Sin embargo, yo creo que los tiempos no están aún maduros. Pero el desarrollo de las cosas parece indicar que en un próximo futuro podrá ser elegido para la cátedra de Pedro un no italiano. Los cardenales se han esforzado en buscar el nombre más apto. La nacionalidad, a mi juicio, no importaba. Se ha procurado encontrar el hombre mejor y creo que lo hemos logrado».

El testimonio no puede ser más interesante. Si para el arzobispo de Viena Montini era «el más apto», el «mejor» de todos, sería fácil deducir que le dio su voto, que apoyó su candidatura. Por otro lado, como hace notar Lazzarini [204] y es bien sabido por todos, König tuvo en este conclave «una parte ciertamente no secundaria». El fue uno de los que más visitas hizo a los demás cardenales en los días que precedieron al conclave. Y parece ser que también dentro del recinto vaticano se movió no poco.

En la tarde del día 20 hubo otros dos escrutinios que dieron *fumata nera*, éxito negativo y con ello gran desilusión para Roma y para el mundo entero, empalmado con la Urbe a través de la radio y de la Eurovisión.

El cardenal Tisserant ha hecho a este propósito una interesante observación: Porque el nombre de Montini se imponía, porque había sido ya candidato para Papa en el conclave anterior y porque los ocho años de arzobispo de Milán le conferían ahora, indudablemente, nuevos títulos para la elección, «no hay que extrañarse de que los romanos, al atardecer del primer día del conclave, dijeran que no comprendían por qué la elección no había sido ya hecha». Aquí es el mismo presidente del conclave que, atribuyendo las cosas a los romanos, recoge la extrañeza de todos. ¿Por qué los cardenales no concentraron ya sus votos el primer día sobre un candidato tan destacado, un hombre claramente superdotado, preparado como nadie para la altísima misión? Dando relieve a la extrañeza de la gente con un propio comentario que dice mucho, el cardenal Tisserant nota que «si es

cierto que no todos lo deseaban, es evidente que la mayoría se daba cuenta de que se imponía la elección de ese nombre».

Con todo, si la designación no quedó hecha en la tarde del día 20 la convergencia de votos sobre el cardenal Montini debió ser ya muy grande. El mismo cardenal König lo ha dado a entender en otra declaración sobre el conclave hecha a la revista *La Rocca:* «Puedo contar —dice el arzobispo de Viena— un episodio personal que hace ver realmente el elemento humano de la elección, sin traicionar por ello el secreto del conclave. Yo tuve la gran suerte de poder hablar con el nuevo Papa la noche anterior a su elección, hacia las 10 o las 11. Vi al cardenal Montini que paseaba en la galería de las Lápidas; tenía una expresión muy preocupada y triste. Me acerqué a él y le hablé tratando de consolarle. El me dijo: 'Está bien... Pero de todas formas yo sigo esperando no ser elegido mañana; no hay que olvidar que a veces el número de votos sube hasta un cierto punto y luego no avanza más. Espero que esto suceda también en mi caso'. Antes me había dicho que el nuevo Papa debería, ciertamente, seguir la línea trazada por Juan XXIII, el cual había causado en el mundo una impresión tan grande que imponía al sucesor la obligación de hacer realidad su herencia. Y me añadió: 'Por el momento me hallo en una gran oscuridad y no veo nada claro'. Realmente, él preveía también la posibilidad de ser elegido a la mañana siguiente, como así sucedió.

»En aquel coloquio pude comprobar claramente lo preocupado que estaba y cómo advertía el gran peso que se le venía encima. Por eso, al día siguiente me sorprendió ver con qué resolución dio su respuesta, después de la elección, comunicando con voz fuerte y decidida su nombre: Pablo. En aquel momento quedé muy impresionado, recordando el ansia, el miedo que la noche anterior había leído en su rostro: un temor fácilmente comprensible en quien se encuentra ante un peso tan tremendo. Después, durante la primera audiencia que tuve con Pablo VI, me dijo: 'Nosotros dos estamos unidos por el recuerdo de una hora muy importante'; con lo que aludía a la conversación que habíamos tenido la noche anterior a la elección» [205].

El cardenal König ha afirmado, por otra parte, que «el hecho mismo de que el conclave fuese breve demuestra cómo había una gran unidad en el Colegio cardenalicio; de otro modo hubiera sido más difícil y laborioso llegar a un acuerdo».

También el cardenal Cento, en un discurso pronunciado en Asís, ha hablado de «la rapidez con que se logró el acuerdo sobre quien tomó luego el nombre de Pablo VI».

«Tengo y tendré siempre grabados en mi retina del espíritu aquellos

momentos; tanto más que en la disposición de los pequeños tronos de la capilla sixtina el mío distaba poco del asignado al cardenal Montini. Intuiréis fácilmente cuántas y cuáles cosas podría deciros, pero no puedo hacerlo porque me encuentro ligado con el vínculo de un secreto inviolable sobre el desarrollo del conclave. Sin embargo, no traicionaré el secreto confiándoos solamente esto: Mientras, en el último escrutinio, el cardenal arzobispo de Milán oía que su nombre se repetía sucesivamente con una insistencia que preludía ya seguramente la obtención de la cifra requerida para la elección, él tenía su mirada escondida entre las manos, experimentando, ciertamente, ese tumulto íntimo de sentimientos que no puede dejar de abrumar a quien ve ya gravitar sobre sus espaldas el más formidable peso que pueda jamás ser impuesto a creatura humana. Yo le miraba conmovido casi con la respiración cortada...» [296].

«*Habemus Papam.* Tenemos Papa. Estas palabras que las ondas radiofónicas se encargaron de difundir por todo el mundo el 21 de junio de 1963, hacia el mediodía, habían sido ya pronunciadas antes por el decano del Sacro Colegio en la capilla sixtina, al anunciar a los cardenales reunidos en el conclave que en el sexto escrutinio se había obtenido resultado positivo.»

Estas frases, con las que el cardenal Tisserant comenzó en la iglesia de la Magdalena de París su conferencia sobre Pablo VI, a la que me he referido varias veces, nos revelan un pequeño secreto, insignificante si se quiere, pero, como todos los detalles, útil e interesante para los biógrafos del Papa: Que la elección de Juan Bautista Montini tuvo lugar en la sexta votación.

Teniendo en cuenta que el *Ordo conclavis* señalaba dos escrutinios seguidos por la mañana y otros dos por la tarde, con una sola *fumata* para ambos a no ser que en el primero de cada par se obtuviera la elección, no era fácil saber con absoluta exactitud si la humareda blanca del día 21 de junio correspondía sólo al primer escrutinio o abarcaba las dos normales votaciones de la mañana. Se dudaba, por lo mismo, si la elección de Pablo VI tuvo lugar en el quinto o en el sexto escrutinio. El cardenal Tisserant nos ha dicho en el citado discurso que fue en el sexto, poco antes de las 11 de la mañana. En ese escrutinio el cardenal Montini obtuvo la mayoría de los dos tercios —cincuenta y cuatro votos— si es que no obtuvo la unanimidad o casi la unanimidad, como es muy posible.

Recuerdo que aquel día, después de celebrar mi misa pidiendo por la elección del Papa, salí del Colegio Español antes de las 9. Entré en el Va-

ticano por la puerta de las Campanas y di una vuelta completa en torno al recinto acotado para el conclave, observando cómo por los tornos introducían las provisiones del día. Me entretuve un rato en la sala de la prensa y salí por la puerta de Santa Ana, para reunirme con los amigos en la plaza de San Pedro. Un calor sofocante hería nuestras cabezas, cuando hacia las 11,30 vimos que un primer hilo de humo salía suavemente de la chimenea instalada en el tejado de la capilla sixtina. Era claroscuro. Como siempre, los primeros momentos de indecisión. Pero, en seguida, la seguridad total. La chimenea destilaba sin vacilación bocanadas de humo blanco. Luego, corta pero interminable espera en un ambiente de intensa alegría... La plaza se anima. Se llena cada vez más... Se ha abierto el balcón. El cardenal Ottaviani comienza a hablar: El *gaudium magnum*. El nombre tan esperado: Juan Bautista. No hace falta más. Montini, Papa. Se llama Pablo, Pablo VI.

¿Olvidaré yo nunca la mañana en que el cardenal Montini fue elegido Sumo Pontífice? La alegría que compartí con los amigos que estaban a mi lado y con los que luego encontré pertenece al espléndido archivo de mis recuerdos inefables. A los primeros momentos de incontenible emoción siguió el nerviosismo propio de quien desea ponerse en seguida a trabajar, a explotar la «mejor noticia» de toda mi vida de periodista y también de mi vida sacerdotal, que tantas veces soñó cosas grandes —grandes como ésta—, encuadradas en el horizonte de la Iglesia.

Junto a mi despacho, en una habitación del Colegio-Seminario Español, tenía preparada y ordenada toda la documentación (libros, recortes de prensa de los quince últimos años, cantidad de apuntes personales) sobre Juan Bautista Montini, a quienes todos los amigos consideramos, sin titubeo de ninguna clase, el «papable» número uno del sacro Colegio cardenalicio.

Antes de ir a casa recogí ya las ediciones extraordinarias de los periódicos, que con grandes titulares anunciaban en su primera página la elección de Montini. Llegué al Colegio Español hacia la 1,30 y encontré a los seminaristas locos de alegría, porque decían tener ya un Papa como ellos le soñaban, el que habían deseado y esperado en aquellos días de inquietud e ilusión juvenil: Montini, Pablo VI. Había que celebrar el gran acontecimiento y, luego, en seguida a trabajar, a llenar cuartillas, a revisar papeles, a componer artículos, a telefonear crónicas para Madrid y para América. Más tarde, con un trabajo ya reposado, comenzó el control de los datos con miras

a hacer un libro..., mi primer libro sobre Pablo VI, *Montini, Papa,* del cual éste quiere ser un complemento y una continuación.

Apenas se abrió el conclave pude penetrar en el sagrado recinto. El primer purpurado con quien me encontré fue el cardenal Cento. El penitenciario mayor de la Santa Iglesia, que habla perfectamente el español.

—Felicidades, eminencia —le dije, mientras besaba su mano con una alegría inmensa.

—¿Qué dice fuera la gente? —me preguntó en seguida.

—La gente dice —le contesté— que lo han hecho rápido y muy bien.

Sí, había en Roma la convicción de que no se podía hacer mejor.

—*Sono bravi questi cardinali* —comentaba un señor en la plaza de San Pedro, después que supo el nombre del elegido—. *Come sanno fare bene le cose i cardinali. Si voleva proprio Montini.*

Inmortales gratias a Dios, diríamos usando la expresión litúrgica de las ceremonias papales. Pero queremos también cantar un himno de perenne agradecimiento a los cardenales de 1963 que supieron dar a la Iglesia «este Papa»: Pablo VI.



8. Pablo VI se entretiene con dos niños españoles: Germán y José María Baraibar Laboa.

4. Semblanza y estilo del Papa Montini

Cada Papa un estilo

La Historia nos ha dejado el perfil de los últimos papas en un *slogan* expresivo, que con dos palabras parece retratar el carácter y estilo personal propio de cada uno de los Pontífices: «Pastor angélico» llamaban todos a Pío XII; «Juan XXIII, el Bueno», es el nombre dado a Roncalli, usando una palabra que a pesar de su espontaneidad y sencillez adquiere novedad sorprendente aplicada al Pontífice del ecumenismo y de la *Pacem in terris.* A Pablo VI le llaman el «Papa genial», por reunir en su persona y en su carácter un cúmulo de dotes nada comunes, que hacen de él un sacerdote fuera de serie.

Un solo año es todavía poco para dimensionar un pontificado que se prevé o —digamos con más exactitud, ya que sólo Dios conoce el futuro— se desea largo y se barrunta espléndido. Sin embargo, el genio de Montini se ha manifestado ya claramente en un estilo original que, por otra parte, es el mismo que había reflejado antes su personalidad a través de las funciones que le tocó realizar como arzobispo, diplomático de la Santa Sede y apóstol moderno. Es bueno notar esto poniendo de relieve que en la mañana del 21 de junio de 1963, cuando los cardenales le eligieron Papa, Juan Bautista Montini cambió de nombre, pero no por eso cambió de mentalidad y

carácter. Más aún: cuando los miembros del Sacro Colegio trataron de dar a la Iglesia el Pontífice ideal para nuestra hora se fijaron en Montini no por lo que iba a ser —cosa que entonces pertenecía aún al arcano del futuro—, sino por lo que había sido, porque era precisamente Juan Bautista Montini, el amigo de los últimos papas, insigne pastor de almas, padre bondadoso, hombre de Dios, sacerdote moderno, sabio humanista, hábil gobernante. Un guía con dotes excepcionales para conducir a los hombres de nuestro tiempo por el camino de la paz e introducir gallardamente a la Iglesia en los tiempos nuevos. Así era Montini y así es Pablo VI: las mismas cualidades, los mismos rasgos de espíritu, sublimados ahora por su altísima función de Vicario de Cristo. De aquí la importancia de conocer la biografía completa del sacerdote que ocupa el supremo pontificado, para comprender mejor su actuación y su trayectoria, para entender más fácilmente a la Iglesia en sus manifestaciones de cada momento. No cabe duda de que el estilo y las experiencias personales del hombre elevado a la cátedra de Pedro condicionan su programa y acción pontificia. Por esto he querido yo encuadrar la biografía completa de Pablo VI en este libro que trata sobre la Iglesia de nuestro tiempo.

La trayectoria de su vida, la manera de actuar, las manifestaciones de su pensamiento y de su personalidad ante los hechos, de los cuales le toca ser protagonista, nos dan el estilo de un hombre. La forma de gobernar la Iglesia, los gestos de cada día frente a los grandes acontecimientos y frente a las pequeñas cosas, la mentalidad retratada en sus discursos y escritos, nos dan el estilo de un Pontífice.

Lo humano y lo anecdótico en Pablo VI

En torno a los papas, como alrededor de cualquier hombre grande, florecen con gran profusión las anécdotas. A veces, incluso, hablando de los Pontífices, se abusa de lo anecdótico. No es extraño, ya que la altura en la cual vive el Padre Santo y la reserva que a veces rodea su vida privada se presta fácilmente a que la fantasía de los periodistas trabaje en torno a ellos. En ocasiones la misma figura personal del Pontífice presenta un perfil humano, cuyo retrato parece exigir como elemento esencial el predominio de la anécdota. Así, de San Pío X se han podido escribir varias «biografías anecdóticas» [207]. Y no hablemos de Juan XXIII, cuya vida toda está

hecha de florecillas. Con todo, hay el peligro de que a fuerza de anécdotas formemos estampas de los papas que no corresponden exactamente a la realidad.

También en la vida de Pablo VI hay pequeños y primorosos detalles que, al correr por los periódicos y por las biografías, se han ido enriqueciendo con datos y comentarios hasta convertirse en episodios bellísimos que tal vez sólo tienen de verdad una pequeña parte. En torno al ambiente vaticano que rodea al Papa se han inventado también no pocas anécdotas, algunas demasiado bonitas. Es que, como alguien ha dicho, en Roma las estatuas de mármol hablan por las noches y dejan prendidas en el aire historias que luego nadie sabe de dónde salieron.

No hay que abusar de la anécdota, ciertamente. Sin embargo, tampoco hay que despreciarla. A Enrique Ruiz García, periodista y literato, le hicieron en una ocasión esta pregunta: «¿Qué importancia concede a la anécdota?». Y él respondió: «Me gustaría que no existiesen. El lector debe llegar al fondo de la cuestión sin que le deslumbre la fogata de la anécdota». Ruiz García tiene, en parte, razón; pero creo que no del todo. La anécdota, aunque contenga a veces datos inexactos, su pequeña carga de imaginación y hasta una leve historia no acaecida, lleva siempre un contenido de verdad que a lo mejor es sólo una impresión, pero que refleja un carácter, una manera de ser o una forma de actuar, es decir, el estilo propio de una persona. Por eso la anécdota tiene tanto valor y presta un servicio insustituible en la narración y a la hora de presentar a una figura de excepción. Pero, eso sí, la anécdota ha de sujetarse siempre con pulso mesurado al rigor informativo, mucho más cuando gira en torno a la persona más venerable de la tierra, como es el Vicario de Cristo.

Teniendo en cuenta todo esto, podría delinear ahora una semblanza de Pablo VI recogiendo las numerosas anécdotas sobre el Papa que circulan por Roma. Sería una cosa interesante porque el lado humano de Montini, en contra de lo que pueda aparecer a primera vista, es rico y atrayente sobre manera. Con todo, no pretendo apilar yo ahora en este capítulo las pequeñas historias o los episodios más significativos de la vida del papa Montini. Muchos están diseminados por las páginas de este libro. Lo que sí quiero poner aquí de relieve, insistiendo sobre lo dicho más arriba, es que la fisonomía humana del hombre que sube a la cúspide del pontificado no puede ser olvidada, antes al contrario, hay que hacer notar que esos contornos personales y cualidades humanas adquieren una mayor evidencia frente a la nueva sublime realidad que domina a ese sacerdote, desde el momento

en que es elevado a la mayor altura que puede alcanzarse en esta tierra. Más aún: esa riqueza de dotes personales, ese perfil humano, que la dignidad de Sumo Pontífice pone sobre el candelero y lanza al juego del mundo es el que recoge a veces en torno a un Papa tanta estima y tanta simpatía, provenientes también del campo no católico y en ocasiones hasta de los mismos adversarios de la Iglesia. Bien reciente está aún el caso de Pío XII y tenemos todavía en el primer plano de la actualidad mundial el ejemplo de Juan XXIII.

Cultura y lenguaje de un Papa humanista

«La Providencia —ha escrito monseñor Pisoni— regaló a Juan Bautista Montini dotes naturales ideales para una excepcional vocación de hombre» [208]. Bajo la mentalidad eclesial de Pablo VI late el alma de un humanista. Sabido es que en su juventud el actual Papa tenía el propósito de dedicarse a los estudios de las lenguas clásicas y de la literatura moderna. No pudo seguir este camino porque el Vaticano requirió muy pronto sus servicios de sacerdote en el campo de la diplomacia. Pero ha conservado siempre una gran afición al humanismo y un gran afán por penetrar en todos los campos del saber.

Montini es un hombre de una cultura muy amplia. Supo adquirirla con selectos y profundos estudios y la mantuvo siempre al día, con la dedicación constante a la atenta y seria lectura, prolongada con frecuencia durante las horas serenas de la noche. Cuando salió del Vaticano para Milán se llevó noventa cajones de libros, que volvieron al palacio apostólico en agosto de 1963. Dicen que también ahora de Papa lee mucho, aprovechando para ello su dominio de las lenguas. Habla perfectamente el francés, el inglés y el alemán, y comprende con facilidad el español y otros idiomas.

Esta inmensa riqueza de ideas que sabe captar en la lectura y meditación tiene un marcado reflejo en sus discursos.

Pablo VI escribe y habla con un estilo atrayente. Es la suya una oratoria que no es oratoria en el sentido retórico de esta palabra, sino diálogo de simpatía; por eso algunas de sus alocuciones fascinan. En Milán, uno de sus grandes éxitos como pastor de aquella difícil y exigente metrópoli le obtuvo en el campo de la predicación o mejor diríamos del diálogo con los hombres. Es bien sabido que algunos intelectuales de la capital lom-

barda, a pesar de vivir alejados de la Iglesia, iban a veces a la catedral para escuchar a *questo arcivescovo che sa parlare.*

No me resisto a dejar de copiar aquí dos testimonios que avaloran mis informaciones sobre el particular. El primero es de un periodista milanés: Renzo de Sanctis; el segundo, de un fino escritor romano: Silvio Negro.

«Monseñor Montini, cuando habla, invita siempre a nuestros espíritus a dialogar y nos pone poco a poco en contacto con lo invisible. A través de sus palabras el misterio se acerca a nosotros y penetra en el alma. Escuchando a este arzobispo se tienen siempre vivencias espirituales que no quedan luego encerradas en uno, sino que tratan en seguida de convertirse en pasión y en acción. *Invita al diálogo;* es una oratoria que va hacia las profundidades, eleva y amaestra fraternalmente. Este es el secreto de su extraordinaria eficacia humana.»

«En el estilo claro, incisivo y penetrante de Juan Bautista Montini no sobra una palabra. Construye las frases con las manos. Su vocación de hombre vivo, al margen de cualquier esquema retórico y de todo lugar común —porque quiere estar en estrecho contacto con la viva realidad tratando de leer en ella para ayudar a los demás a hacer otro tanto—, es, sobre todo, visible cuando habla en público. Presenta siempre un pensamiento original, temas profundamente meditados, íntimamente vividos. Y los sabe desarrollar de tal forma que el oyente queda siempre encadenado en un diálogo que ya no acaba» [209].

Este diálogo, que en Milán tenía un marco naturalmente limitado a sus fieles diocesanos y a sus admiradores de fuera, ha adquirido ahora una proyección universal sin contornos geográficos ni de ninguna otra clase. Lo que antes era la autorizada palabra de un insigne arzobispo es ahora la voz del Vicario de Cristo, del Jefe de la cristiandad.

En mi libro *Montini, Papa,* editado poco después de la elección del Pontífice, puse una fotografía en la que Pablo VI aparece junto a una serie de micrófonos en actitud de hablar. Es un retrato del segundo día de su pontificado. Al pensar un pie adecuado para tan expresiva estampa no se me ocurrió otra frase que ésta: «El nuevo Papa entra en diálogo con el mundo moderno». Creo que este distinguido «oyente» —repito las palabras de Silvio Negro— se encuentra ya «encadenado en un diálogo que, ciertamente, no acabará».

Por las exigencias de su altísimo ministerio pastoral el Papa tiene que pronunciar discursos casi todos los días. En algunas ocasiones, sobre todo cuando habla durante la misa celebrada por él mismo para grupos determinados o en sus salidas a las parroquias, Pablo VI improvisa con una pas-

mosa facilidad. Pero las más de las veces, en las audiencias, en los actos solemnes, cuando se dirige a algún personaje en visita oficial y en los radiomensajes, lee cuartillas que él mismo ha escrito con su ágil pluma, conocedora de todos los secretos del moderno lenguaje. Escribiendo en su idioma tiene un estilo personal y penetrante, lleno de matices que resultan siempre difíciles de traducir bien. Yo sé de algunos italianos cultos que leen los discursos del Papa «para aprender estilo», según ellos mismos afirman.

Papa innovador

Habla mucho Pablo VI. Toca frecuentemente los mismos conceptos: la Iglesia que se renueva, el diálogo con el mundo moderno, el amor, la paz, y otros que son para él obsesión y bandera. Sin embargo, no se repite. Cada uno de sus discursos viene cargado de nuevas ideas, siempre elevadas, escogidas, medidas con mucho tino, y, desde luego, expresivas, abiertas y modernas. El arte de aplicar certeramente sus conceptos preferidos al auditorio de cada momento o a las situaciones concretas que se le presentan es lo que da a la palabra de Pablo VI su originalidad, su fuerza e interés, su aire de novedad.

Creo que estas cualidades oratorias y literarias del actual Pontífice, reflejo de una mentalidad potente, auténtica en sentido evangélico, muy a tono con el estilo de hoy y con las exigencias actuales de la Iglesia, son las que van creando esa creciente expectación en torno a la línea o programa del papa Montini.

Hay una serie de documentos de Pablo VI que son ya textos definitivos para la Historia: el radiomensaje dirigido al mundo después de su elección, la homilía de la tarde de la coronación, la alocución inaugural de la segunda etapa del Concilio, el discurso a la Curia y el que tuvo al patriciado y a la nobleza romana, el mensaje de Navidad y los que dirigió desde Nazaret y Belén. La homilía de la tarde del Jueves Santo y el radiomensaje de la mañana de Pascua... Tendría que enumerar algunos más, pero he citado éstos porque son los que más comento en este libro y los que parecen condensar todo el programa pontificio de Pablo VI. Yo los tengo siempre sobre mi mesa y de ellos parece nacer una continua y apremiante interrogación: ¿Cuándo?

Nadie, tal vez ni el mismo Papa, sabe todavía cuándo serán completa-

mente actuados los planes y las grandes reformas que el Pontífice viene meditando y que en parte ha anunciado ya. El Santo Padre quiere realizar profundas transformaciones en las cosas no sustanciales o inmutables de la Iglesia y quizá por lo que respecta a algunos sectores todavía no sabe o no ha decidido cómo ni en qué momento oportuno. Pero las cosas están ya dichas desde la más alta cátedra; están planeadas en sus líneas generales y algunas comienzan a entrar en vías de actuación.

Los que conocen bien a Juan Bautista Montini dicen que cuando este hombre tiene un programa ese programa se realiza. Cuando una idea se ha hecho en su mente criterio práctico la cosa a su hora justa se traduce en realidad, porque este sacerdote, cuando se propone una meta, llega a ella, ciertamente. Clarividente en identificar en seguida los obstáculos, es habilísimo en saber girar en torno a ellos para no herir a nadie con sus actuaciones, porque su humanismo y su caridad, sobre todo hacia los hombres más beneméritos de la Iglesia, son inmensas.

Relato impresiones recogidas en conversaciones con algunos colaboradores del Papa. Y quiero añadir, además, un testimonio del padre Julio Bevilacqua. Este insigne religioso que, como he dicho en otra parte, conoce muy bien el carácter de Juan Bautista Montini, en una charla que tuvo en Brescia después del viaje del Papa a Palestina, dio a entender con sus anécdotas y explicaciones que a los discursos programáticos del Pontífice irán siguiendo en su momento justo medidas de gobierno eclesial que, ciertamente, no serán tímidas.

«Veremos durante este pontificado —dice Bevilacqua— gestos que no esperábamos, pero que están en la línea lógica que partiendo de Juan XXIII se ha manifestado en el Concilio y que Pablo VI ha abrazado con la fidelidad de su alma profundamente religiosa...» [210]. Habría que añadir que muchos gestos, algunos llamativos; otros callados, pero no menos importantes, los hemos visto ya.

En la línea de una amplia reforma eclesial

Una de las características más interesantes de la táctica de este Papa en su línea de gobierno es la de ir tomando en algunos sectores medidas concretas sin darles publicidad. Hacer las cosas así, sin estridencias, sin golpes sensacionales; pero de forma que queden hechas, definitivamente hechas. En

algunas ocasiones se tratará de hechos trascendentales; otra sveces serán medidas de pequeño alcance en sí, pero tal vez altamente significativas.

En cierta ocasión un guardia palatino del Vaticano me decía: «El Papa ha dado orden de que dejemos los fusiles. No disparaban, pero parecían fusiles de verdad. ¡Los hemos llevado siempre y ahora a las funciones tenemos que ir sin ellos!...». Y el buen hombre arrugó el gesto diciendo con un deje de pena: «Yo me temo que este Papa va a suprimir la guardia palatina». A las pocas semanas Pablo VI pronunció el discurso en el que se anuncia la reforma de la corte pontificia. Un discurso muy comentado en los pasillos del Vaticano y del cual nos ocupamos en otro capítulo.

Durante la pasada sesión del Concilio, un día llegamos al aula ecuménica de San Pedro y con gran sorpresa vimos todos —padres y oficiales— que los patriarcas orientales ocupaban un nuevo puesto. Hacía mucho tiempo que se venía arrastrando en la Iglesia una rica —o mejor diríamos, pobre— polémica sobre la precedencia entre cardenales y patriarcas. Estos últimos alegan su antiquísimo derecho a pasar por delante de los cardenales; el protocolo eclesiástico ordena lo contrario. Nadie sospechaba una solución por el momento. No se había anunciado ninguna reforma del protocolo en este sentido. Tampoco se ha registrado oficialmente el cambio. Pero lo cierto es que desde el día 14 de octubre de 1963, por orden del Papa, que no fue comunicada públicamente, los patriarcas quedaron situados en el aula conciliar en el mismo plano que los cardenales. No delante, pero tampoco detrás. La cosa tiene su importancia, porque no es la persona de los patriarcas la que cuenta, es la dignidad de los Patriarcados apostólicos. Un gesto de notable valor ecuménico de cara a las Iglesias separadas de Oriente, todas ellas organizadas a base de los patriarcados ortodoxos.

En este campo el Sumo Pontífice tomó también posteriormente otra decisión de cierta trascendencia y que tampoco ha sido publicada oficialmente. Me refiero a la supresión de los patriarcados latinos de Constantinopla, Alejandría y Antioquía. Es verdad que estos patriarcados puramente titulares estaban ya vacantes desde hace algún tiempo. El de Constantinopla se encontraba al descubierto desde 1949. El último titular fue monseñor Antonio Anastasio Rossi. El de Alejandría vacó en 1954 con la muerte de monseñor Passeto, que era capuchino y había sido secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos. El último titular de Antioquía, monseñor Roberto Vicentini, murió en 1953. Después de la desaparición de estos prelados, ni Pío XII, ni Juan XXIII, quisieron nombrar nuevos titulares latinos para estas sedes patriarcales. Ahora Pablo VI las ha suprimido sin más, recono-

ciendo como únicos patriarcas de estas venerandas ciudades a los orientales. De esta singular atención del papa Montini para con los hermanos separados se enteró la opinión pública sólo cuando apareció el *Anuario Pontificio* de 1964, en el que ya no figuraban los patriarcas latinos de Constantinopla, Alejandría y Antioquía.

Gestos de este estilo, con un sentido profundamente renovador, ha tenido Pablo VI muchos en su primer año de pontificado. Podríamos hablar de la supresión del título y de la función de los cardenales protectores de las órdenes y congregaciones religiosas, de otras decisiones semejantes y de una serie de nombramientos que han pasado inadvertidos para muchos y que suponen, sin embargo, cambios muy notables de posturas o situaciones. Hay otras silenciosas, pero significativas actuaciones de Pablo VI, que también sería interesante recoger aquí porque nos darían una clave para conocer la mentalidad y la línea de este Papa. Pero no conviene dar pasaporte para la publicidad a noticias que todavía no lo han obtenido en el Vaticano. Prefiero más bien terminar este capítulo con algunos testimonios que, con más autoridad de la que puedan tener mis palabras, nos dan la semblanza y estilo de Pablo VI, señalando al mismo tiempo las orientaciones de su acción pontificia.

Así es Pablo VI

Ciro Scotti, famoso médico norteamericano, que hizo sus estudios en Italia y trató al actual Pontífice cuando éste trabajaba con los universitarios e intelectuales católicos, trazó hace unos años este perfil de Montini: «Semblante ascético, mirada expresiva, trato dulce. Su tipo fino y sus gestos sutiles parecen plasmar las ideas, que salen fogosas de sus labios con un lenguaje decidido... La vida diplomática, el agobiador y enervante trabajo, no han debilitado nunca el ardor místico y el entusiasmo apostólico de este sacerdote... Quien se acerca a él por primera vez queda fascinado por su figura y sus ideas, y cautivado por su innata sencillez, su límpida humildad, sus excepcionales virtudes y su humanísima comprensión, que es en él amable transparencia de la caridad de Cristo. El arzobispo Montini realiza con su persona la armoniosa fusión del asceta y el místico, del teólogo y el apóstol, del hombre de estudio y de acción, templado en la firmeza de sus propósitos, envuelto en una desbordante bondad...; una vida en continua co-

munión con Cristo. Cuando uno observa u oye hablar a este apóstol no puede por menos de pensar en alguno de esos ejemplos sublimes que ha registrado la Historia: en su santo patrono, Juan Bautista, por la austeridad de vida y la serena intrepidez; en San Francisco de Asís, por su amor hacia los humildes y hacia todas las creaturas; en Hildebrando, por su devoción al supremo pontificado, durante tantos años de silencioso servicio (secretariado = *Self-effacing); en San Pablo, por su altura teológica y su pasión apostólica*» [211].

El cardenal Lercaro, hablando ya de Montini Papa, le retrata así: «... quien le conoce de cerca sabe que la cultura no ha adormecido en su alma el ansia pastoral que le hace vibrar, que le quema; es comedido, como buen diplomático, pero cordial; el ardor de su espíritu se manifiesta en su mirada y más aún en su palabra incisiva, entusiasta. Es valiente en sus concepciones y, sin embargo, atento y siempre dispuesto a escuchar. Y es, sobre todo, un hombre de Dios, ajeno a toda clase de intereses, ambiciones y sentimientos terrenos; profundamente bueno, con una bondad amplia, comprensiva, hecha de dedicación y de ansiosa diligencia, aunque, por otra parte, serena y recogida».

El fino teólogo alemán Bernard Häring ha hablado recientemente de las cosas que más le han impresionado a lo largo de este primer año que la Iglesia ha vivido bajo «la guía genial» de Pablo VI: el discurso pronunciado en la inauguración del segundo período del Concilio, «documento que constituye una obra maestra de teología cristocéntrica y que pone de relieve el primado de la caridad en la vida y en el pensamiento cristiano». La decisión y el arrojo con que Pablo VI ha dado «un paso decisivo hacia adelante» por el camino que conduce a la unión de las Iglesias. El «beso de la paz» que intercambió con Atenágoras en Jerusalén. La «exquisita sensibilidad» que tiene este Papa para sentirse siempre cerca, como Juan XXIII, muy cerca de los necesitados y de los que sufren, de los niños y de los pobres. Y, finalmente, el «don de la palabra», que en Pablo VI es un auténtico carisma. Pero no sólo es el «don de hablar, sino también el de saber escuchar con corazón abierto».

Es de notar que el padre Häring es el sacerdote que ha dado al Papa los primeros ejercicios espirituales hechos siendo ya Sumo Pontífice, y que ha tenido así ocasión de acercarse a él y entrar en su conversación. Además, como perito conciliar, ha estado encargado de redactar el esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno, circunstancia ésta

que le ha obligado a ponerse, en estos últimos meses, muy en contacto con el pensamiento de Pablo VI. Por eso su testimonio tiene especial valor.

Hablando en concreto del clima de reforma que el Santo Padre viene promoviendo en la Iglesia, Häring ha hecho notar lo siguiente: «Algunos critican al Papa porque no traduce inmediatamente a la práctica todo lo que dice en sus maravillosos discursos. Yo estoy profundamente impresionado por el contenido y el estilo de las alocuciones de Pablo VI. El sabe muy bien que la obligación primaria de los obispos es la de anunciar la buena nueva de forma comprehensible a todos y, además, está muy convencido de que la legislación que traducirá en práctica los principios expuestos en sus alocuciones tendrá tanto mayor vigor cuanto más profunda sea la convicción en la mente de todos. Para llegar a esto es necesario tener paciencia. Los discursos que el Papa ha pronunciado en este primer año nos dan una teología *joannea* y *paulina* que ciertamente producirá su fruto, no sólo en los debates conciliares, sino también en la legislación futura. Hemos de agradecer a Pablo VI la obra de evangelización que está realizando por medio de sus alocuciones y también la gran paciencia con la cual sabe ir esperando que se actúen sus programas y sus luminosas ideas» [212].

El padre Bevilacqua, a quien tantas veces he citado ya en este libro, nos dice: «Lo que más admiro en Pablo VI es su bondad y su privilegiada inteligencia; la sensibilidad, humildad y generosidad que tiene para todo. Es capaz de escribir de un tirón todo un discurso de diez folios sin hacer la más mínima corrección. Cuando le acompañé en su viaje al Oriente pude observar la impresión que produjeron en los jefes del Fanar estas dotes del Papa. Un patriarca me dijo con los ojos llenos de lágrimas: '¡Qué humilde es este hombre!'. El espectáculo más conmovedor que he contemplado en mi larga vida ha sido el del monte de los olivos, cuando vi cómo se abrazaban Atenágoras y Pablo VI. El viaje del Santo Padre a Palestina ha hecho visibles y se ha constituido en símbolo de todos los cambios fundamentales que el Espíritu de Cristo está realizando actualmente en la Iglesia. Esta se rejuvenece y retorna en forma casi sensible al Evangelio. El Concilio la lanza hacia las multitudes, hacia los problemas actuales más humanos. La hace caminar de prisa... Al mismo tiempo se la ve marchar segura bajo la guía de un ángel vestido de blanco que se llama Pablo VI» [213].

Germán Mártil, perito conciliar y ex rector del Colegio Español de Roma, en un artículo sobre Pablo VI, ha escrito estas líneas: «Invita a la meditación la personalidad de este Papa que en pocos meses de pontificado

ha dejado ya una impronta amplia y firme en esta Roma extraña, fulgurante, desconcertante, que registra todo lo papal con precisión tremenda. Lo más impresionante es su actividad asombrosa. Audiencias, discursos, visitas, contactos, iniciativas. Difícil ya enumerarlos solamente. Con rapidez de verdadero campeón atlético —él, tan físicamente frágil— se puso al paso, aceptó la herencia de Juan XXIII, nada fácil, proclamó la necesidad de continuar el Concilio, abrazó la línea que se esperaba: modernización, diálogo con el mundo moderno —idea tan cara a su corazón—, adaptación a los tiempos, revisión y reforma. Detengámonos un poco en esta reflexión. Conviene no dejarse engañar por ciertas apariencias externas, que fácilmente pudieran invitar a la facilidad, a quedarse en la superficie. Pablo VI es hombre profundo, ama el estudio, medita sus resoluciones, mira lejos. Es, por encima de todo, un ferviente servidor de la Iglesia. La Iglesia es su obsesión, es para él un culto, una dedicación de su vida. La Iglesia amada, servida con toda su alma, en su actividad sacerdotal desde la juventud, en sus escritos, en su palabra de maestro... No puede negarse que el Papa es moderno, abierto, decididamente amigo del progreso humano en todas sus manifestaciones lícitas y del progreso de la Iglesia en todos sus campos... Con una visión que es lo más opuesta a la comodidad, al confort y al aburguesamiento. Todo lo contrario: austeridad, vida tensa, sacrificio, servicio, dedicación máxima. Dicen que duerme apenas cinco horas y descansa brevemente después de la comida. El resto del día ora, trabaja, estudia, trata los grandes problemas, sufre por la Iglesia, la sirve, se da todo él sin reservarse en absoluto» [214].

Uno de los más distinguidos diplomáticos de nuestro tiempo, Wladimir d'Ormesson, ha dicho que lleva siempre grabada en su espíritu la imagen de sí que le dejó el actual Pontífice, cuando era el primer colaborador de Pío XII: «Una cultura admirable, un espíritu abierto, de gran amplitud de miras, seguro siempre en las verdades esenciales y sumamente comprensivo con los múltiples aspectos de la vida. Sacerdote de gran sensibilidad ante las miserias físicas y espirituales que presenta nuestro mundo magnífico y digno de piedad al mismo tiempo. Al conde Sforza, ministro (liberal) de Asuntos Exteriores en el Gobierno italiano, le oí decir en una ocasión: 'Monseñor Montini es un hombre de hielo que tiene un alma de fuego'. En efecto, entonces, como ahora, su mirada reflejaba la llamarada de su espíritu, admirablemente sintonizado con el más fino humanismo... Parece poseer todas las dotes requeridas para ejercitar el magisterio supremo de la Iglesia. ¿Hombre de derechas? ¿Hombre de izquierdas? ¿Tradicionalista? ¿Progre-

sista? Dios sabe cuántas inepcias se han dicho a este respecto. ¡Absurdo! Montini está muy por encima de esta pobreza, de estas miserias. La verdad es que en su personalidad se concentra todo lo que debe tener de una y otra parte un hombre colocado en un puesto como el suyo. Es, ante todo, un 'sacerdote'. A la hora del conclave su figura se imponía» [215].

Un jesuita periodista, experto en temas vaticanos, Robert Rouquette, hace esta penetrante observación: «Sería imprudente, poco respetuoso e ingenuo encuadrar a Pablo VI con demasiada precisión en una determinada categoría o corriente. Y esto sencillamente porque todos, concordemente, reconocen en él una inteligencia superior o excepcional. Un genio así es capaz muchas veces de criticar sus mismas posiciones y tiene siempre suficiente luz para distinguir lo que hay de justo en las posiciones contrarias a las propias; posee, por otro lado, suficiente dominio de sí y libertad para saber tomar decisiones sucesivas, que a veces se corrigen las unas a las otras en un juego sutil de equilibrio que puede desconcertar fácilmente a las mentalidades demasiado geométricas» [216].

Un periodista seglar, corresponsal acreditado ante la oficina de prensa del Vaticano, y atento observador de la vida de la Iglesia, Lamberto Furno, ha escrito recientemente en su periódico que, «en la elección hecha durante el conclave de junio de 1963, el deseo de los ochenta cardenales coincidió perfectamente con el de la gente común. Hubo un encuentro llamativo entre la voluntad del pueblo y la del Sacro Colegio. Fue algo así como una demostración del *sensus Ecclesiae,* lo que en lenguaje menos teológico y ciertamente más vulgar se denomina *vox populi.* En un año de pontificado, que casi parecen diez, Pablo VI ha desplegado un programa formidable y original con una estupenda visión panorámica abierta hacia el porvenir... Un Pontífice extremadamente sensible a las necesidades del mundo actual. Su exquisita preparación cultural, humana y eclesial le hacen penetrar a fondo en las exigencias de la hora. Las sufre, las medita y las refleja después con penetrante análisis en sus discursos. Cada una de sus alocuciones es un coloquio con el mundo, en el que vibra un sentimiento profundo y espontáneo de paternidad, de intensa inquietud pastoral» [217].

Un seminarista del Colegio Español de Roma, Ramiro Moliner, que como todos sus compañeros ha venido observando de cerca a lo largo del año los movimientos del Papa, dice: «Admiro en Pablo VI ese afán que tiene de acercarse a los hombres de nuestro tiempo con una nueva menta-

lidad eclesial, con un profundo sentido humano y cristiano que le empuja continuamente, por una convicción íntima y reflexiva más que por un movimiento espontáneo, a ponerse en contacto con la gente sencilla, con los pobres, con los niños, con los jóvenes, con todos aquellos que el protocolo vaticano podría fácilmente alejar de su persona. Nos gusta mucho a los seminaristas ver que Pablo VI celebra todos los domingos la misa dialogada en San Pedro explicando su homilía como si fuera un párroco, el Párroco de todo el mundo. Y nos entusiasma verle distribuir la comunión, confirmar a los niños, salir a los hospitales, a las cárceles, a las parroquias, a los colegios..., romper con ciertas tradiciones vaticanas que para nosotros no tienen sentido. Nos impresiona oírle hablar y nuestra juventud se llena de esperanza leyendo algunos de sus discursos. Yo conservo para mi lectura y meditación el primer radiomensaje que dirigió al mundo después de su elección, la homilía de la tarde de la coronación, el discurso de apertura del segundo período del Concilio, el mensaje de Navidad y el que pronunció desde Belén, el del día de Pascua y la homilía de Pentecostés. Esta última la dirigió especialmente a nosotros y en ella el Papa se deja desbordar y nos contagia con su fascinante ansia de catolicidad. Pablo VI es el Papa de nuestras ilusiones mejores»[218].

En esta serie de testimonios, que podríamos fácilmente alargar, aparece una semblanza de Pablo VI y un retrato de su estilo. Es la estampa del Papa que él mismo ha ido dibujando con sus palabras y sus gestos en este primer año de Pontificado: Temporada de entrenamiento con espléndidas realidades que todavía no son más que un prólogo para lo que ha de venir.

II

PERSPECTIVAS DEL PONTIFICADO DE PABLO VI



9. El Papa planea el diálogo de la Iglesia con el mundo moderno.

5. *Nuevos horizontes para la Iglesia*

Vocabor Paulus. *Día 21 de junio de 1963; Juan Bautista Montini ha cambiado de nombre:* Me llamaré Pablo. *Día 30, fiesta del Apóstol de las Gentes, el nuevo Papa es coronado en la plaza de San Pedro. A través de las pantallas de la televisión, conectada con el* telstar, *el mundo entero siguió la expresiva ceremonia que, como un hito colocado en el camino de los tiempos, señaló en la historia de la cristiandad el comienzo de un nuevo capítulo:* Iglesia con Pablo VI.

Me llamaré Pablo

Paulus. He aquí la misteriosa palabra cargada de presagios para el porvenir. Es el nombre que el nuevo Papa ha querido escoger como símbolo de su programa al frente de la Iglesia.

Comencé la primera parte de este libro explicando la palabra «Ecclesia». Ahora tendría que decir lo que significa el nombre de Pablo, aplicado al Pontífice que la guía y gobierna. Así se podrá comprender lo que representa el *slogan* que sirve de título a este libro: *Iglesia con Pablo VI.*

¿Por qué el cardenal Montini escogió el nombre de Pablo? En el conclave de 1958, Angel José Roncalli, apenas elegido Sumo Pontífice, en una alocución dirigida a los cardenales, explicó por qué había tomado el nombre de Juan [219]. El actual Papa no necesitó dar ninguna explicación de su nuevo nombre. Toda la trayectoria eclesial de su vida aclara perfectamente el hecho. Lea usted la biografía de Montini y lo comprobará. Verá que todos sus amigos, los que han trabajado con él, cuantos han estado bajo el radio

de su influencia, espiritual o apostólica, hablan de lo que ha significado para este hombre la figura del Apóstol de los Gentiles, desde el primer momento de su vida sacerdotal. Los biógrafos recuerdan la serie de artículos que, ya en el año 1931, publicó en la revista *Studium* sobre «las ideas de San Pablo»[220]: El descubrimiento de una mentalidad que se ha visto luego reflejada en todos los escritos del futuro Papa, y traducida en un estilo de vida apostólica y pastoral. Es el estilo paulino. El doctor Scotti, en la semblanza de Montini a la que me he referido en el capítulo anterior, llega a afirmar que «en este sacerdote se esconde uno de los más apasionantes intérpretes de San Pablo que ha conocido nuestro siglo».

«Paulus»: el nombre del apóstol por antonomasia, debía estar muy fijo en la mente del nuevo Papa a juzgar por la prontitud con que respondió a la tradicional pregunta del decano del Sacro Colegio: *Quomodo vis vocari?* Así se ha expresado el cardenal Cento recordando en una conferencia algunos momentos del conclave. Y el cardenal König añade: «Con voz fuerte, con decisión, poniendo gran énfasis en sus palabras, pronunció el nombre de Pablo. Sin duda alguna, no fue una razón histórica la que le movió a escoger así. En la elección de ese nombre hay que ver un programa, un ideal. Yo personalmente veo, ante todo, una referencia a la Sagrada Escritura, a la figura universal y abierta de San Pablo, que a las puertas de Damasco se sintió fuertemente cogido por la gracia de Dios. Además, en la elección del nombre Pablo veo yo una llamada a la tarea que el cristianismo tiene de unir a los pueblos: de hecho, San Pablo fue el primero que traspasó las fronteras de Israel para tomar contacto con los griegos y romanos —el *ecumene* de entonces—, predicando a Cristo como signo unificador de todo el género humano. Así también el nuevo Papa, con la elección de este nombre, nos indica cómo ve en el cristianismo la misión de unir a los pueblos y conservar la paz»[221].

No es necesaria más glosa; Pablo es un nombre que hemos usado siempre para hablar del genio más grande del catolicismo, el loco por Cristo, el primer teólogo del misterio de la Iglesia, el hombre que más apasionadamente la ha amado, el amigo de Pedro, el ecumenista, Apóstol de las Gentes, viajero incansable y heraldo del Evangelio por todos los caminos del mundo conocido, fundador de cristiandades, intrépido misionero, afanosamente dedicado a construir la unidad conquistándolo todo para Cristo: hombres, estructuras, sociedad nueva, sin más armas que el amor, la palabra de Dios y el sacrificio final. Estas ideas, tomadas de los escritos de Montini, estaban, sin duda alguna, en la mente del Santo Padre cuando en la homilía pro-

nunciada en la tarde de su coronación dijo que había tomado el nombre de Pablo para que le sirviera de auspicio y de ayuda, como ejemplo y patrono en el pontificado:

> Invocamos también la ayuda de San Pedro, el apóstol a quien, aunque indignamente, sucedemos. El, a pesar de haber vacilado en una ocasión, obtuvo la solidez de la piedra, gracias a la oración de Jesús, de quien recibió las llaves del supremo poder; por eso esperamos que no dejará de cubrirnos con el manto de su protección.
>
> Finalmente nos dirigimos a San Pablo, cuyo nombre hemos tomado, para que nos sirva de auspicio y de ayuda. El, que tanto amó a Cristo; que tanto deseó y se fatigó en la difusión del Evangelio de Cristo, que dio la vida por El, sea desde el cielo nuestro ejemplo y patrono durante todo nuestro pontificado.

Tenemos que el nombre de Pablo, lo mismo que refleja la mentalidad de Juan Bautista Montini, nos da la clave de su programa pontificio. Un programa en continuidad con el de sus antecesores y perfectamente encuadrado en el ambiente de la Iglesia actual. Pero un programa que avanza a caballo de los tiempos nuevos por los caminos que el Concilio Ecuménico Vaticano II ha abierto a la cristiandad: los nuevos horizontes de la Iglesia.

Un mundo en paz

A lo largo de este libro, comentando los discursos del Papa, fijamos especialmente la atención en aquellos que por su solemnidad, su tono o su contenido parecen exponer de una manera clara el programa de Pablo VI o las coordenadas de su pontificado. Así también, sabiendo que los gestos significan o dicen a veces más que las palabras, damos especial realce en estas páginas a algunos acontecimientos o actitudes registrados en este primer año del nuevo Papa.

Podríamos aquí decir, con Marcel Clement, que «Pablo VI, en estos primeros meses de pontificado, con gestos que maravillan por su espontaneidad, modestia y humildad, ha dado a la Iglesia un ritmo nuevo y una orientación determinante que van prevaleciendo en las cosas. Continuador de la obra de Juan XXIII, en el mismo surco luminoso trazado por la doctrina de Pío XII, Pablo VI, en algunas de sus alocuciones, con el discreto im-

pulso dado a la segunda sesión del Concilio, y, sobre todo, con su extraordinaria peregrinación a Tierra Santa, se ha constituido en el ejecutor metódico, preciso, sereno, de la política más vasta y profunda: la política que responde al hambre que atenaza actualmente a la humanidad, al hambre de Dios, al hambre de paz, al hambre de la auténtica justicia»[222].

Decía el Papa en su primer radiomensaje al mundo:

> Bajo esta luz [del Concilio] se sitúa la continuación de los esfuerzos en la línea de las grandes encíclicas sociales de nuestros predecesores para la consolidación de la justicia en la vida ciudadana, social e internacional, con la verdad, la libertad y el respeto a los deberes y a los derechos recíprocos.
>
> El imperativo del amor al prójimo, banco de prueba del amor a Dios, exige de todos los hombres una solución más equitativa de los problemas sociales. Exige medidas en favor de los pueblos subdesarrollados, donde el nivel de vida no es a veces digno de la persona humana. Impone un estudio lleno de buena voluntad, a escala internacional, para el mejoramiento de las condiciones de vida. La nueva época abierta a la humanidad por las conquistas espaciales será bendecida por Dios si los hombres saben reconocer que son hermanos entre si antes que competidores y saben edificar el orden en el mundo con el temor de Dios, el respeto de su ley, con la luz de la caridad y de la colaboración mutua.
>
> Nuestra obra, con la ayuda de Dios, estará dirigida también a hacer todos los esfuerzos para el mantenimiento del gran bien de la paz entre los pueblos. Una paz que no es solamente la ausencia de rivalidades guerreras o de facciones armadas, sino un reflejo del orden querido por Dios, creador y redentor, voluntad constructiva y tenaz de comprensión, de fraternidad, manifestación de buena voluntad a toda prueba, deseo incesante de concordia activa inspirada por el verdadero bien de la humanidad con una caridad no disimulada.
>
> En estos momentos en que toda la humanidad vuelve sus ojos hacia esta cátedra de verdad y hacia aquel que ha sido llamado a representar en la tierra al Divino Salvador, Nos renovamos el llamamiento en favor de un entendimiento leal, franco, lleno de buena voluntad, que pueda unir a los hombres en el respeto recíproco y sincero, y una invitación para que hagan todos los esfuerzos posibles para salvar a la humanidad, favorecer el desarrollo pacífico de los derechos que Dios le ha dado y facilitar su vida espiritual y religiosa, para que la humanidad sea llevada a la adoración viva y sentida del Creador.
>
> No faltan señales alentadoras procedentes de los hombres de buena voluntad. Damos gracias por ello al Señor, al tiempo que ofrecemos a todos nuestra serena pero firme colaboración para el mantenimiento del gran don de la paz en el mundo.

La Iglesia quiere construir la paz. El último grito de Juan XXIII fue *Pacem in terris.* Y la palabra «paz» ha sido también el primer *slogan* lanzado al mundo por el nuevo Papa. Un obrero de la tipografía Rivadeneyra, donde se imprimió también mi primer libro sobre Pablo VI, mirando el plomo con el cual se iba a reproducir el texto anteriormente citado, me dijo una tarde del verano de 1963: «Si usted ve al Papa dígale que la máxima aspiración de todos los trabajadores es la paz». Máxima aspiración del mundo obrero, máxima aspiración de la humanidad entera. Bien lo sabe Pablo VI, que ha dedicado toda su vida a trabajar por la paz y quiere dedicar todo su pontificado a esta noble misión.

El horizonte ecuménico

En un mundo en paz, reconstruir la unidad. He aquí otra de las grandes tareas que Pablo VI ha puesto en su programa:

> Nuestro servicio como Pontífice quiere continuar con la más grande solicitud la gran obra, iniciada con tanta esperanza y bajo los auspicios de nuestro predecesor, Juan XXIII: la realización del *unum sint,* tan esperado por todos y por el que el papa Roncalli ofreció su vida. La aspiración común a restablecer la unidad, dolorosamente rota en el pasado, encontrará en nosotros el eco de una voluntad ferviente y de una plegaria emocionada en la conciencia de la misión encomendada por Jesús: «Simón, Simón, yo rezo por ti para que tu fe no desfallezca nunca. Pero tú confirma a tus hermanos...».
>
> Abrimos nuestros brazos a todos aquellos que se enorgullecen del nombre de Cristo. Les llamamos con el dulce nombre de hermanos. Que sepan que encontrarán en nosotros una comprensión y una benevolencia constante, que encontrarán en Roma la casa paterna que valora y exalta con nuevo esplendor los tesoros de su historia, de su patrimonio cultural, de su herencia espiritual.

Estos afanes ecuménicos que el nuevo Papa manifestó desde el comienzo de su pontificado —como nos indican las anteriores palabras tomadas de su primer radiomensaje al mundo— han tenido a lo largo de este primer año innumerables manifestaciones en palabras y en gestos sumamente significativos.

Hay que recordar aquí, ante todo, el discurso que el Papa dirigió a los padres conciliares en la inauguración del segundo período del Vaticano II.

Es un texto fundamental que contiene un rasgo nuevo e histórico: el Papa, en nombre de la Iglesia, pide perdón a los hermanos separados...:

> Existe un tercer fin que toca a este Concilio y que constituye, en cierto sentido, su drama espiritual: y es el que nos propuso también el papa Juan XXIII y se refiere «a los otros cristianos», es decir, a los que creen en Cristo, pero a los que no tenemos la dicha de tener unidos con nosotros en perfecta unidad con Cristo. Unidad que sólo la Iglesia católica les puede ofrecer, siendo así que de suyo les sería debida por el bautismo y ellos la desean ya virtualmente. Porque los recientes movimientos, que aun ahora están en pleno desarrollo en el seno de las comunidades cristianas separadas de nosotros, nos demuestran con evidencia dos cosas: que la Iglesia de Cristo es una sola y por eso debe ser única; y que esta misteriosa y visible unión no se puede alcanzar sino en la identidad de la fe, en la participación de unos mismos sacramentos y en la armonía orgánica de una única dirección eclesiástica, aun cuando esto puede darse junto con el respeto a una amplia variedad de expresiones lingüísticas, de formas rituales, de tradiciones históricas, de prerrogativas locales, de corrientes espirituales, de instituciones legítimas y actividades preferidas.
>
> ¿Cuál es la postura del Concilio frente a estos inmensos bloques de hermanos separados y ante el posible pluralismo en el desarrollo de la unidad? Es clara. La convocación de este Concilio resulta característica también bajo este aspecto. Tiende a una ecumenicidad que quisiera ser total, universal, por lo menos en el deseo, en la invocación, en la preparación. Hoy en esperanza para que mañana lo sea en realidad. Es decir, que este Concilio, al mismo tiempo que llama, cuenta y guarda en el redil de Cristo las ovejas que lo forman y que le pertenecen con pleno y justo derecho, abre también la puerta y levanta la voz, espera ansioso tantas otras ovejas de Cristo que no están todavía en el único redil. Es, por lo tanto, un Concilio de invitación, de esperanza, de confianza en una más ancha y fraternal participación en su auténtica ecumenicidad.
>
> Aquí nuestras palabras se dirigen con respeto a los representantes de las denominaciones cristianas separadas de la Iglesia católica, pero que han sido por ella invitados a asistir en calidad de observadores a esta solemne asamblea.
>
> Les saludamos de corazón.
>
> Les agradecemos su intervención.
>
> Enviamos valiéndonos de su presencia nuestro mensaje de paternidad y fraternidad a las venerables comunidades cristianas que están representando aquí.
>
> Nuestra voz tiembla, nuestro corazón late porque tanto mayor es para nosotros la inefable consolación y dulcísima esperanza de su proximidad hoy, cuanto su persistente separación nos llena de profundo dolor.

Si alguna culpa se nos puede imputar por esta separación, nosotros pedimos perdón a Dios humildemente, y a los hermanos que se sientan ofendidos por nosotros rogamos también que nos excusen. Por nuestra parte estamos dispuestos a perdonar las ofensas de las que la Iglesia católica ha sido objeto y a olvidar el dolor que le ha producido la larga serie de disensiones y separaciones.

Que el Padre celeste acoja esta nuestra declaración y haga que todos gocemos de nuevo una paz verdaderamente fraternal.

Quedan, como sabemos, graves y complejas cuestiones objetivas por estudiar, tratar y resolver. Quisiéramos que esto aconteciese en seguida porque la caridad de Cristo «nos apremia»; pero estamos persuadidos de que semejantes problemas exigen muchas condiciones para que sean allanados y resueltos; condiciones que hoy todavía no están maduras; y no tememos esperar pacientemente la hora dichosa de la perfecta reconciliación.

Entretanto, sin embargo, queremos confirmar, a los observadores presentes, algunos criterios en los que se inspira nuestra actitud en orden a la reconstrucción de la unidad eclesial con los hermanos separados; deseamos que los refieran a sus respectivas comunidades cristianas y que llegue también nuestra voz a las otras venerables comunidades cristianas, separados de nosotros y que no han acogido nuestra invitación a asistir, aun sin ningún compromiso recíproco, a este Concilio. Ya conocen, como creemos, tales criterios, pero el proponerlos aquí puede ser provechoso.

Nuestro lenguaje con ellos quiere ser pacífico y absolutamente leal y sincero. No esconde asechanzas ni intereses temporales. Nosotros debemos a nuestra fe, que creemos divina, la más pura y firme adhesión; pero estamos convencidos que ella no es obstáculo a la deseada unión con los hermanos separados, precisamente porque es la verdad del Señor y por eso principio de unión y no de diferencia y de separación. De todos modos no queremos hacer de nuestra fe motivo de polémica con ellos.

En segundo lugar, miramos con reverencia su patrimonio religioso originalmente común, conservado y aun en parte bien desarrollado en nuestros hermanos separados. Vemos con complacencia el empeño de los que tratan honradamente de poner en evidencia y ensalzar los auténticos tesoros de verdad y de vida espiritual, poseídos por los mismos hermanos separados, a fin de mejorar nuestras relaciones con ellos. Esperamos que también ellos, con igual deseo, querrán estudiar nuestra doctrina y su lógica derivación del depósito de la Revelación y conocer mejor nuestra historia y nuestra vida religiosa.

Declaramos, finalmente, a este respecto que, conscientes de las enormes dificultades que se oponen hasta ahora a la deseada unificación, ponemos humildemente nuestra confianza en Dios. Seguiremos orando, trataremos de testimoniar mejor nuestro esfuerzo por una vida genuinamente cristiana y una caridad fraternal. Y recordaremos, cuan-

do la realidad histórica tratase de desilusionar nuestra esperanza, las palabras alentadoras de Cristo: *Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios (Lc.,* 18, 27).

Estas ideas del Papa, proyectadas sobre la marcha del Concilio, crearon el ambiente oportuno para el debate sobre el esquema referente al ecumenismo, que tuvo lugar en la última semana de la pasada sesión [223]. El padre Häring ha llegado a afirmar que el progreso tan notable registrado en torno al citado esquema «se debe, en gran parte, si no enteramente, a Pablo VI». Y ha referido que uno de los observadores presentes en la inauguración de la segunda etapa del Concilio, después de oir la alocución del Papa, comentó: «Con este discurso el esquema sobre el ecumenismo, a pesar de ser tan bueno, queda superado» [224].

La falta de tiempo, ya al final de la sesión conciliar, hizo que este importante documento no pudiera ser sometido a votación. Pero las intervenciones de los padres en torno a un problema tan vital y de tanta actualidad en la hora presente contribuyeron a reforzar en la Iglesia el clima ecuménico con ideas que van penetrando suavemente en todos los sectores de la cristiandad [225]. En la nueva etapa del Concilio se volverá sobre este asunto para examinar las enmiendas presentadas al esquema y proceder a la votación definitiva [226].

Con los ecos suscitados por el discurso de Pablo VI, y con las ideas que dieron a la Iglesia los padres conciliares, el clímax ecuménico ha ido adquiriendo cada vez mayor tensión en la cristiandad. El viaje del Papa a Palestina fue definitivo en este sentido, y abrió, por decirlo así, una nueva frontera al ecumenismo. Hablaremos de ello en otro capítulo. Pero aquí hemos de recordar otros gestos de Pablo VI que han tenido también notable resonancia en el campo ecuménico.

Poco después de la elección del Papa, el patriarca Alessio, de Moscú, celebró sus bodas de oro episcopales. Pablo VI quiso que la Iglesia de Roma se uniese al júbilo de los ortodoxos rusos y envió a las fiestas, que se celebraron en Moscú del 14 al 21 de julio, como representantes oficiales al obispo Charrière y al padre Dumont [227].

A su regreso de Moscú, monseñor Charrière hizo unas declaraciones en las que dijo, entre otras cosas, lo siguiente: «Asistimos a una etapa nueva, irreversible, en las relaciones entre la Iglesia ortodoxa rusa y la Iglesia católica romana... Nuestro contacto con los obispos [rusos] fue algo emocionante. Por primera vez desde hacía mil años un obispo católico, enviado

especial de Roma, era recibido oficialmente por el patriarca de Moscú. Se trata, pues, de una fecha y un acontecimiento histórico del que todos teníamos plena conciencia y pleno gozo. Prueba de la especial benevolencia con que fue acogida la delegación de la Iglesia católica es el lugar que se me asignó en las ceremonias, recepciones y mesas presidenciales: inmediatamente después de los patriarcas ortodoxos».

Antes de comenzar la segunda etapa del Concilio, el 18 de agosto, Pablo VI, en su visita a la abadía griega de Grottaferrata, pronunció un discurso que suscitó estupendas reacciones en los ambientes no católicos. Era una ardiente llamada de paz y de amor a los hermanos orientales:

> ... Venid y hagamos caer las barreras que nos separan; expliquemos los puntos de doctrina en que nos diferenciamos y que todavía son objeto de controversia; procuremos hacer unívoco y solidario nuestro «credo», articulada y ordenada nuestra unión jerárquica. Nosotros no podemos ni absorber, ni amortiguar, toda esa gran floración de Iglesias orientales, sino que deseamos reinjertarla en el árbol único de la única Iglesia de Cristo. (...) ¿Qué es lo que falta para alcanzar esta esplendorosa meta? Quizá no en todas partes tengan los católicos suficiente noticia, conocimiento pleno de la gran tradición y del patrimonio religioso de los orientales. Y quizá les falte a éstos también una noción exacta de nuestros sentimientos, de la legitimidad con que se desarrolló nuestra tradición, de las verdades que deben ser profesadas por todos cuantos creen en Cristo. (...) Somos todos un poquito sordos y mudos. ¡Que el Señor abra nuestros oídos y desate nuestra lengua!...»[228].

En vísperas ya de la apertura del segundo período conciliar, el 15 de septiembre de 1963, Pablo VI recibió en audiencia a uno de los más destacados exponentes del patriarcado de Moscú, el metropolita Nicodemo, de Minsk y de la Bielorrusia. Y cinco días más tarde el Papa envió una carta personal al patriarca ortodoxo de Constantinopla, Atenágoras, para agradecerle las expresiones de felicitación enviadas con motivo de la coronación. El documento del Papa obtuvo por parte del patriarca una respuesta calurosa, síntoma de un futuro enormemente esperanzador que había de desembocar en el encuentro de Jerusalén...

En este clima se inició la segunda etapa del Concilio, con ese discurso de Pablo VI que, como antes hemos dicho, señaló un jalón nuevo en el camino de la unidad. Sintonizado con ese texto —definitivo para el ecume-

nismo— tenemos otro importante documento del Papa: la alocución dirigida a los observadores de las Iglesias no católicas presentes en el Vaticano II, a los que el Santo Padre quiso recibir en su mismo despacho para expresarle con mayor viveza su afecto y estima. Merece la pena que copiemos también algunos párrafos de este discurso:

> El encuentro de esta tarde es la repetición en una atmósfera más íntima del que se produjo, días atrás, en el más oficial y solemne del Concilio. Pero la realidad, la gran realidad, ¿no es acaso la misma? El hecho es que estáis aquí, queridos hermanos en Jesucristo, invitados por Nos para asistir al importante acontecimiento del Concilio Ecuménico.
>
> Acercarse, encontrarse, saludarse, conocerse, hablarse: ¿Hay algo más sencillo, más natural, más humano? Es verdad. Pero aquí hay algo más todavía: escucharse unos a otros, rezar unos por otros, y después de tantos años de separación, después de tan dolorosas polémicas, comenzar de nuevo a amarnos los unos a los otros. He aquí lo que hace memorable y lleno de promesas este encuentro... Es nuestro deseo acogeros no sólo en el umbral de nuestra casa, sino también en el corazón mismo de nuestra intimidad. Contad con nuestro respeto, con nuestra estima, con nuestro deseo de entablar con vosotros, en Nuestro Señor, las mejores relaciones posibles. Nuestra actitud no esconde trampa alguna, ni obedece a la intención de disimular las dificultades que existen para llegar a un acuerdo completo y definitivo. No tememos ni el aspecto delicado de la discusión, ni los sufrimientos de la espera. La buena fe y la caridad son las bases que ofrecemos a vuestra actual presencia; la estima que sentimos por vuestras personas y por las instituciones y valores cristianos que representáis nos facilita la tarea de afrontar con vosotros el gran diálogo cuya duración, dadas las divergencias doctrinales todavía no resueltas, nadie puede prever hoy por hoy; y la confianza en Nuestro Señor Jesucristo, al que estamos todos unidos por la fe y el bautismo, nos llena el corazón de dulce y poderosa esperanza.
>
> ¿Hacia qué lado, en qué dirección se dirige instintivamente nuestro pensamiento cuando se trata de dar un significado exacto al encuentro —en la cumbre de la más alta responsabilidad, como veis— de la Iglesia católica con las otras confesiones cristianas? Nos sentiríamos tentados a dirigirlo hacia el pasado. Pero ello implicaría un perderse en los dédalos de la Historia y, sin duda, volvería a abrir las heridas que no han cicatrizado totalmente.
>
> Nos hemos atrevido, en nuestro discurso del 29 de septiembre, a recurrir, antes que a nada, al perdón cristiano, perdón recíproco en lo posible. *Veniam damus petimusque vicisim* (Horacio). Nuestros espíritus tienen necesidad de esta tranquilidad si es que deben entablar relaciones amistosas, conversaciones serenas. En primer lugar, por-

que es una actitud cristiana: «Si, pues, cuando presentas tu ofrenda ante el altar te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar y vete primero a reconciliar con tu hermano; y vuelve luego a presentar tu ofrenda» *(Mt.,* 5, 23-24). Y después, porque creemos que el mejor método es mirar no al pasado, sino al presente y, sobre todo, al porvenir. Otros podrán y deberán realizar estudios sobre la historia pasada; por nuestra parte, preferimos fijar ahora nuestra atención no sobre lo que de hecho las cosas han sido, sino sobre lo que deben ser. Miramos de cara hacia una novedad que hay que hacer surgir, hacia ese sueño que hay que realizar. Permítasenos citar aquí aquellas palabras de San Pablo: «Olvidando lo que dejé atrás y lanzándome a lo que me queda por delante sigo corriendo hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús». La esperanza es nuestra guía; la oración, nuestra fuerza; la caridad, nuestro modo de servir a la verdad divina, que es nuestra fe y nuestra salvación.

Verdad divina que es necesario esforzarse por profundizar continuamente para poseerla mejor y vivirla con más plenitud...

«Estamos juntos sobre el mismo camino», lo que equivale a decir que no hemos llegado todavía.

Al igual que vosotros, queridos señores —ya os lo hemos dicho—, no esperamos soluciones inmediatas y milagrosas. Esperamos frutos que deben madurar lentamente, con el estudio y la oración; las reconciliaciones aparentes o improvisadas, que escondiesen las dificultades en vez de resolverlas, harían retardar nuestra marcha.

En cuanto a Nos, como el vigía de que habla Isaías: *Custos, quid de nocte? (Is.,* 21, 11), estamos alerta, tratando de descubrir y felices de encontrar, cada vez que se presentan en el corazón de la noche, los signos precursores de una luminosa aurora: nos referimos a los indicios de progreso real en el diálogo al que nos hemos comprometido, indicios de un paso adelante hacia el reencuentro de quienes se alimentan del mismo Evangelio y oyen resonar en el fondo de sus almas la misma llamada alegre de San Pablo a los efesios: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está por encima de todos, que actúa por medio de todos, que habita en todos» *(Ef.,* 4, 4-6)[229].

Después del viaje a Palestina, en estos meses de 1964, los gestos pontificios y los documentos de Pablo VI con carácter ecuménico han sido numerosos y muy significativos. Tendría que señalar algunas importantes audiencias del Papa a personalidades de las Iglesias separadas y tendría que hablar largamente de las tareas del Secretariado para la Unión de los Cristianos que preside el cardenal Bea[230].

Por lo que hace a los textos pontificios, habría que fijar la atención en

varios discursos de Pablo VI, así como en el mensaje que envió a Atenágoras, con fecha 18 de abril [231].

Hay dos documentos que merecen especial relieve: la carta dirigida al episcopado católico el 15 de enero para pedir oraciones y sacrificios por la unión de las Iglesias [232] y la homilía de la tarde del Jueves Santo. Este último es una alocución de carácter profundamente eclesial, en la que Pablo VI abre sus brazos hacia todas las Iglesias cristianas tratando de entrar en diálogo con ellas. Y el hecho de hacerlo en el templo central —San Juan de Letrán, *omnium urbis et orbis ecclesiarum Mater et caput*— y durante el sacro rito *in coena Domini,* constituye, en opinión del padre Bevilacqua, una especie de *comunicatio in sacris a longe* con el patriarca Atenágoras y las demás jerarquías cristianas a las que dirige la palabra:

> Con inmenso sentimiento de caridad en el corazón saludamos desde esta basílica, *caput et mater omnium Ecclesiarum,* a todos los hermanos cristianos, separados aún desgraciadamente de nosotros, pero dispuestos a buscar la unidad querida por Cristo para su única Iglesia. Enviamos nuestro saludo y felicitación pascual —quizá por primera vez en una ocasión tan sagrada como ésta— a las Iglesias orientales, actualmente apartadas de nosotros, pero tan unidas siempre a nosotros en la fe; paz y saludo pascual al patriarca ecuménico Atenágoras, a quien abrazamos en Jerusalén en la fiesta latina de la Epifanía; paz y saludo también a los otros patriarcas que encontramos en la misma ocasión; paz y saludo a los demás jerarcas de aquellas antiguas y venerables Iglesias, que han enviado sus representantes al Concilio Ecuménico Vaticano; paz y salud igualmente a todos los otros, que esperamos confiados encontrar un día en el abrazo de Cristo.
>
> Saludo y paz a toda la Iglesia anglicana, mientras con sincera caridad y con idéntica esperanza Nos auguramos poderla ver un día reunida honrosamente en el único y universal redil de Cristo.
>
> Saludo y paz a todas las otras comunidades cristianas surgidas de la Reforma del siglo XVI, que las separó de nosotros. Que la virtud de la Pascua de Cristo pueda indicarles el justo y quizá largo camino para acercarse nuevamente a nosotros en perfecta comunión, mientras estamos ya buscando, con mutuo respeto y común estima, el modo de abreviar las distancias y practicar la caridad, que esperamos llegue a estar algún día realmente victoriosa» [233].

Pablo VI, el Papa ecuménico, que siguiendo la línea de Juan XXIII, y recogiendo el más ardiente clamor de toda la cristiandad, abre más y más los brazos manifestando su trepidante deseo de estrecharlos con los hermanos separados: el ecumenismo, nuevo horizonte de la Iglesia [234].

Clima pastoral

En los últimos tiempos, y especialmente desde que se anunció el Concilio, la Iglesia está viviendo un clima intensamente pastoral. No se trata de una novedad, ya que el sentido pastoral ha dominado siempre la acción de la Iglesia; se trata de una mayor intensidad, hasta la nota máxima, si se quiere; se trata de un predominio muy notable, de una orientación que condiciona esencialmente todas las cosas. Incluso la elección del Papa. En el conclave de 1963 era difícil imaginarse la ascensión al supremo pontificado de un cardenal sin grandes experiencias pastorales. Juan Bautista Montini era un insigne pastor de almas [235]. El espíritu paulino, que es profundidad doctrinal, generosa visión de la Iglesia e inquietud por conquistarlo todo para Cristo, tuvo en el futuro Papa, durante toda su vida, pero especialmente en los últimos años que precedieron a la elección pontificia, una proyección apostólica desbordante. En otra parte de este libro he narrado la aventura pastoral del arzobispo Montini al frente de la archidiócesis de Milán. Una acción evangélica proyectada hacia todas las categorías sociales. Porque si es verdad que a Juan Bautista Montini se le puede considerar especialista en el apostolado con las juventudes, si es cierto que el signo social de los tiempos y la particular situación de su diócesis le llevaron a entregarse con alma y vida al mundo obrero, no es menos notable que su sensibilidad de pastor y padre universal le hizo darse apostólicamente a todas las clases sociales con el cúmulo de sus energías sacerdotales y humanas. Apóstol de los niños, apóstol de los jóvenes, de los obreros, de los universitarios, de los intelectuales, de los pobres, de los enfermos...

En mi libro *Montini, Papa,* después de haber narrado las actividades del futuro Pablo VI como «pastor de almas», dediqué un capítulo a presentar «la mentalidad pastoral del arzobispo Montini» [236], seleccionando numerosos textos que pueden darnos la radiografía de su pensamiento y de sus afanes en este campo. Ahora, continuamente en sus discursos, Pablo VI va vertiendo con gran pasión apostólica su inagotable riqueza de ideas y orientaciones pastorales. Y así, desde el día de su elección viene abriendo a la Iglesia también en este campo nuevos y esperanzadores horizontes:

> Nos damos perfecta cuenta de que hemos subido a la cátedra de San Pedro asumiendo una función altísima y formidable; así, pues, venciendo la paralizante trepidación propia de nuestra pequeñez para tomar, contando siempre con la ayuda divina, conciencia clara de nuestra posición en la Iglesia y en el mundo, dejemos que resuenen en

nuestros espíritus las palabras del apóstol, del cual, para consuelo nuestro, hemos tomado el nombre: *Spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus* (1 *Cor.*, 4, 9) —Hemos venido a ser espectáculo para el mundo entero, para los ángeles y para los hombres—, y os miramos a vosotros..., eminentísimos miembros del Sacro Colegio; a vosotros, venerables hermanos en el episcopado; a vosotros, queridos hijos, sacerdotes, religiosos y religiosas; a vosotros, hombres y mujeres, fieles todos, pueblo de Dios, miembros del Cuerpo místico de Cristo, *genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus adquisitionis* (1 *Pet.*, 2, 9). Miremos a la Iglesia, a esta Iglesia romana que preside con la caridad a toda la Iglesia de Dios en la tierra, una, santa, católica y apostólica.

Y ante toda la Iglesia, Nos, tembloroso, pero confiado, aceptamos las llaves del Reino de los Cielos, pesadas, pero poderosas llaves, saludables y misteriosas, que Cristo confió al Pescador de Galilea, hecho Príncipe de los Apóstoles, y que ahora se nos ha transmitido a nosotros.

Este rito [de la coronación] habla con voz elocuente de la autoridad conferida a Pedro y, consiguientemente, a los que le sucedemos. Sabemos que esta autoridad que tenemos y veneramos nos convierte en maestro y pastor con absoluto poder sobre la Iglesia romana y sobre la Iglesia universal. «*Urbi et orbi*» irradia ahora nuestro divino mandato. Pero justamente porque hemos sido elevados a la cumbre de la escala jerárquica de la potestad, que opera en la Iglesia militante, nos sentimos al mismo tiempo colocados en el más bajo puesto como siervo de los siervos de Dios. La autoridad y la responsabilidad aparecen así maravillosamente conectadas; la dignidad, con la humildad; el derecho, con el deber; el poder, con el amor.

No olvidemos la admonición de Cristo, de quien somos ahora Vicario: «Que el más grande entre vosotros sea el más pequeño y que el jefe se convierta en siervo» (*Luc.*, 22, 26). Consiguientemente tenemos conciencia en este momento de asumir una sagrada, solemne, grave misión: la de continuar en el tiempo y extender sobre la tierra la misión de Cristo.

Asumimos esta misión ante la historia pasada de la Iglesia, cuya vital cohesión se deriva de Nuestro Señor Jesucristo, que la fundó y conformó, y que de una manera viva y misteriosa la protege con amor a través de los siglos.

Asumimos esta misión ante la historia venidera de la Iglesia, que no espera de nosotros otra cosa que una perfecta fidelidad a la inicial misión evangélica y a la auténtica tradición que de ella dimana.

Asumimos esta misión frente a la historia presente de la Iglesia, de la que ya conocemos y tratamos de conocer cada vez mejor la estructura, los acontecimientos, las riquezas, las necesidades, y de la que oímos como si fueran voces que nos hablan, su vitalidad desbordante, sus graves sufrimientos, el afán comunitario.

> Reanudaremos con la mayor reverencia la obra de nuestros predecesores. Defenderemos a la Santa Iglesia de los errores doctrinales y de costumbres que dentro y fuera de sus fronteras están amenazando su integridad y ensombreciendo su belleza. Procuraremos preservar e incrementar la virtud pastoral de la Iglesia, que la presenta, libre y pobre, en su actitud de Madre y Maestra, amante de sus hijos fieles, respetuosa, comprensiva y paciente, pero invitando cordialmente a todos los que no están todavía en su seno para que se unan a ella[237].

Aquí aparece la idea de los alejados, que tanto ha obsesionado siempre a Montini. Y el afán de penetrar en todos los sectores de la humanidad con una pastoral moderna: la pastoral nueva del Concilio Vaticano II, que tiene por lema la «adaptación». Pocas semanas después de su elección, Pablo VI, hablando a los participantes en la asamblea de pastoral, celebrada en Orvieto, se expresaba así:

> Habéis escogido como consigna una palabra que define el método de vuestro trabajo: «adaptación». Nuestro venerado y llorado predecesor Juan XXIII aceptó esta palabra y la grabó con honor en el programa del Concilio Ecuménico.
>
> «Adaptación» es un término que aplicado al campo eclesiástico indica la relación entre los valores eternos de la verdad cristiana y su inserción en la realidad dinámica, hoy extraordinariamente mudable, de la vida humana, que la historia presente, inquieta, turbulenta y fecunda, va modelando. Es la palabra que indica el aspecto relativo y experimental del ministerio de la salvación; no hay nada que tanto importe a éste como la eficacia, cosa siempre muy condicionada por el estado cultural, moral y social de las almas; por eso es siempre oportuno para la buena cultura, y especialmente para el incremento práctico del apostolado, conocer las experiencias ajenas y hacer propias las buenas: «Probad todo y quedaos con lo bueno» (1 *Tes.*, 5, 20).
>
> «Adaptación» es una palabra que se opone a los hábitos superados, a los cansancios que producen retardo, a las formas incomprensibles, a las distancias neutralizantes, a la ignorancia presuntuosa e inconsciente sobre los nuevos fenómenos humanos, como también a la escasa confianza en la perenne actualidad y fecundidad del Evangelio. Es la palabra que puede parecer obsequio servil a la moda caprichosa y pasajera, al existencialismo incrédulo en los valores objetivos y trascendentes y ávido solamente de una momentánea y sujetiva plenitud; pero que a veces asigna al rápido e inexorable sucederse de los fenómenos, en los que se desenvuelve nuestra vida, la debida importancia, tratando de seguir el célebre consejo del Apóstol: «Hay que redimir el tiempo porque los días son malos» *(Ef.*, 5, 16).
>
> Así, pues, también nosotros aceptaremos con gusto esta palabra, como expresión de la caridad, siempre deseosa de dar testimonio so-

bre la perenne y, por ello, moderna vitalidad del ministerio eclesiástico.

Tras de hacer este análisis de lo que significa en el lenguaje eclesial el término adaptación —*aggiornamento*—, convertido hoy en lema del Concilio Ecuménico y por lo mismo de toda la acción apostólica moderna, Pablo VI le aplica al campo pastoral, dando certeras orientaciones sobre este tema predominante en la vida eclesial de nuestro tiempo:

«Pastoral», he aquí un término programático y glorioso que el Concilio Ecuménico ha hecho suyo, tanto que en torno a él se polariza toda la finalidad reformadora y renovadora del Vaticano II.

No hay que ver en este adjetivo, que acompaña a las manifestaciones más profundas y características de la vida eclesiástica, una inadvertida pero nociva inclinación al pragmatismo y al activismo de nuestro tiempo, con menoscabo de la interioridad y de la contemplación, que deben tener la primacía en nuestra valoración religiosa. Esta primacía permanece, aunque en la práctica las exigencias apostólicas del reino de Dios, en las contingencias de la vida contemporánea, reclamen, por lo que se refiere al tiempo y a la energía, un lugar preferente para el ejercicio de la caridad con el prójimo.

No se crea que esta preocupación pastoral, que se propone hoy la Iglesia como programa principal que absorbe su atención y concentra sus actividades, significa cambio de juicio sobre los errores difundidos en nuestra sociedad y ya condenados por la Iglesia, como el marxismo ateo, por ejemplo; tratar de aplicar remedios saludables y urgentes a una enfermedad contagiosa y letal no significa cambiar de opinión sobre ella; significa querer combatirla no sólo teórica, sino también prácticamente; significa que al diagnóstico sigue una terapia; es decir, a la condenación doctrinal va unida la caridad salvadora.

Sería igualmente incauto ver en la importancia atribuida a la actividad pastoral un olvido o una rivalidad en las relaciones con la especulación teológica. Esta conserva su dignidad y su excelencia, a pesar de que las urgentes necesidades de la vida eclesiástica reclamen que la doctrina sagrada no permanezca en el terreno puramente especulativo, sino que se considere y cultive en el marco completo de la economía cristiana; esto es, como doctrina que se nos ha legado para practicar la verdadera religión, para ser anunciada a las almas y para hacer ver su virtud salvadora en cada una de las realidades históricas. Hoy, mente y voluntad, pensamiento y trabajo, verdad y acción, doctrina y apostolado, fe y caridad, magisterio y ministerio, asumen en la vida de la Iglesia funciones complementarias, cada vez más estrechas y orgánicas, con mutuo esplendor e incremento.

Queremos también rendir honor al aspecto evangélico y apostólico que encierra la denominación «pastoral». Nos recuerda uno de los

nombres con los cuales se definió a sí mismo Cristo; y con el nombre la figura inefable, delicada y heroica del buen Pastor; y con la figura la misión de guía, de maestro, de custodio y salvador que Cristo hizo suya por nuestro amor y que asignó luego a Pedro. Nos recuerda una de las ramas más florecientes de la teología práctica: la teología pastoral; es decir, la ciencia y el arte propios de la Iglesia, que posee particulares poderes y carismas para salvar a las almas, que es como decir, para conocerlas, acercarse a ellas, instruirlas, educarlas, guiarlas, servirlas, defenderlas, amarlas y santificarlas. Nos recuerda la humilde, grande y común expresión del ministerio sacerdotal: la cura de almas, la caridad de la Iglesia en acción, en la forma más ordinaria, más asidua, con frecuencia más generosa y ciertamente más necesaria.

Después de evocar la figura del buen Pastor, tan viva siempre en la Iglesia, el Papa manifiesta su estima, benevolencia y fraternal amor a todos los pastores de almas, generosamente entregados al ministerio apostólico en medio de las dificultades enormes que presenta el mundo de hoy:

Conocemos las preocupaciones que pesan sobre el corazón del obispo, los sufrimientos que muchas veces le afligen, no tanto por la falta de medios, con frecuencia grave y penosa, sino por la sordera de quien debería escuchar su palabra, por la desconfianza que le rodea y le aísla, por la indiferencia y el poco aprecio que deslucen su ministerio y le paralizan. Sabemos cuántos párrocos y coadjutores ejercen la cura de almas en barrios extensos y populosos, donde el número, la mentalidad y las exigencias de los habitantes les obligan a un trabajo extenuante y sin descanso; y sabemos también cuántos sacerdotes ejercen su ministerio en la oscuridad de pequeñas aldeas, con la consiguiente falta de compañía, colaboración y resultados consoladores; los unos y los otros, con frecuencia, en condiciones económicas penosas, muchas veces en medio de contradiciones e incomprensiones y obligados a vivir replegados sobre sí mismo, pero con el consuelo que les proporciona el descubrir la presencia de Cristo en los pobres, en el libro sagrado de la oración y en el tabernáculo. Sepan estos queridos y venerados hermanos, fatigados obreros del Evangelio, modestos y tenaces ministros de Dios, que el Papa piensa en ellos, les comprende, les estima, les ama, les ayuda y por lo mismo les sigue con su oración y su bendición[253].

Los textos que acabamos de transcribir nos presentan en síntesis la mentalidad pastoral de Pablo VI. Mentalidad que aparece, por lo demás, retratada en todos sus documentos y más en sus gestos de *Episcopus totius Ecclesiae,* Obispo de toda la Iglesia, o Párroco del mundo entero y, especialmente, en sus tareas como Obispo de Roma.

No ha habido ningún Papa que haya entrado tan de lleno en la vida pastoral de Roma como Pablo VI. El Papa que no sólo visita las parroquias, sino que sale a celebrar misa en ellas, y distribuye la comunión a los fieles, y les predica tratando de entrar en contacto directo con el pueblo. Le gusta rezar con la gente, visitar a los enfermos, dialogar con los niños, y percatarse, en la conversación con los sacerdotes, de cómo marcha la vida religiosa y la acción pastoral en Roma, la diócesis del Papa.

> Al recibir esta altísima y formidable sucesión, que nos llega desde el apóstol Pedro, advertimos y queremos poner de relieve en nuestra conciencia, ante vosotros, hijos y hermanos, y también ante todos aquellos que nos observan en esta hora emocionante y solemne, que el primer título de nuestra misión y de nuestra autoridad es el de ser Obispo de Roma.

Así se expresaba Pablo VI, tres días después de su elección, hablando al clero de la Urbe: Ya en su discurso programático —primer radiomensaje al mundo— había resumido sus antiguas relaciones personales con la Ciudad Eterna en estas palabras:

> Conocemos bastante bien la vida religiosa de Roma por haber transcurrido aquí treinta y cuatro años de nuestro sacerdocio en contacto con personas dignísimas y muy queridas, visitando constantemente lugares sagrados y conociendo tradiciones cargadas de esplendor real y de sinceridad popular. Pero sabemos también cuáles son las nuevas necesidades religiosas de la ciudad, vemos las dificultades prácticas que impiden la adecuada atención de las mismas y conocemos los formidables problemas que el carácter cosmopolita de la ciudad, su creciente expansión y el continuo afluir de corrientes de pensamiento y de nuevas costumbres pone a esa acción pastoral, a la que hemos de dedicar nuestros primeros afanes.

Pablo VI ha aludido repetidas veces, en el primer año de su pontificado, a su preocupación por los agobiantes problemas de la diócesis de Roma. En el discurso que pronunció al tomar posesión de su catedral de San Juan de Letrán —10 de noviembre de 1963— anunció la visita pastoral a las parroquias, «para dar ánimos y orientación a las fatigas de los sacerdotes y para infundir en todos un más profundo y confortante sentido de la comunidad espiritual». En aquella ocasión manifestó el Papa su «gran aspiración de dar a todas y cada una de las parroquias romanas nueva vitalidad, honor, eficiencia y plenitud organizativa», haciendo de ellas «un centro de unidad, de amistad, de culto y de formación cristiana», la casa que «a todos

acoja, a todos asista y a todos una en la oración y en la caridad». Y pensaba y citaba expresamente el Santo Padre a todas las categorías que componen la Urbe: «la nobleza, la cultura, el trabajo, el comercio, la beneficencia, el arte, la prensa, la radiotelevisión, el deporte, los transportes, los padres y madres de familia, las amas de casa; a todos los que la capital y el país llama a Roma: los hombres políticos, los empresarios, los funcionarios y burócratas, los juristas y los estudiosos y, especialmente, los emigrantes y obreros que viven en los barrios proletarios y periféricos de la ciudad» [239].

En la nueva línea pastoral del Vaticano II tenemos ya algunas espléndidas realidades, fruto de los dos primeros períodos del Concilio. Me refiero a la constitución sobre la sagrada liturgia y al decreto sobre los medios de comunicación social [240]. Dos importantes documentos que iluminan los nuevos horizontes de la Iglesia. En otro capítulo, al hacer el balance de la segunda etapa del Concilio, doy el pensamiento de Pablo VI sobre estos dos primeros textos promulgados por el Vaticano II [241]. Aquí es necesario hacer notar que, bajo la guía del Sumo Pontífice, ambos están ya produciendo consoladores frutos en la Iglesia.

Para la aplicación de la constitución litúrgica Pablo VI publicó, con fecha 25 de enero de 1964, un *Motu proprio* y creó luego una especial comisión —*Consilium ad exequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*—, presidida por el cardenal Lercaro y compuesta de veintitrés miembros entre cardenales, obispos y sacerdotes [242]. Igualmente, para la aplicación del decreto sobre los medios de comunicación social, el Papa ha creado una comisión pontificia, transformando o ampliando la que ya existía para el cine, la radio y televisión. Presidente de este organismo es el arzobispo norteamericano monseñor O'Connor [243].

Diálogo en todas las direcciones

Con su inquietud pastoral, que Pablo VI mantiene siempre en tensión, la Iglesia abre un diálogo en todas las direcciones con los hombres de nuestro tiempo. El actual Papa comenzó su pontificado saludando

> a todos nuestros hijos en Cristo, entre los cuales destacamos especialmente a la juventud entusiasta y generosa sobre la que se basa la segura esperanza de un futuro mejor; a la infancia inocente, a las

almas puras y simples, a los humildes y a los grandes de la tierra; a todos los artesanos y obreros, cuyo trabajo conocemos y apreciamos; a los hombres que se consagran a la cultura y al estudio, a la enseñanza y a la ciencia; a los periodistas y publicistas; a los hombres políticos y jefes de Estado, rogando para que todos y cada uno, en su puesto de responsabilidad, contribuyan a la construcción de un orden siempre más justo en los principios, más eficaz en las aplicaciones de las leyes, más sano en la moral privada y pública, animado de una muy grande voluntad de defensa de la paz.

Que sobre el mundo entero pase una gran llama de fe y de amor que abrase a todos los hombres de buena voluntad, allanando los caminos de la colaboración recíproca, y atraiga sobre la humanidad la abundancia de la benevolencia divina, la fuerza misma de Dios, sin cuya ayuda nada vale ni nada es santo.

El Papa, en su primer radiomensaje al mundo, lanzado al día siguiente de su elección, saluda así a todas las categorías sociales, y luego, en el más solemne discurso de la tarde de su coronación, saluda a todas las naciones de la tierra, la mayor parte de ellas oficialmente representadas en aquella grandiosa ceremonia. Saluda a todos los pueblos, invitándoles a un diálogo que ha de traspasar los límites mismos señalados en la actual geografía de la cristiandad:

Pero más allá de las fronteras del cristianismo hay otro diálogo en el cual la Iglesia está empeñada hoy: el diálogo con el mundo moderno. En un examen superficial el hombre de hoy puede aparecer cada vez más extraño a todo lo que representa orden religioso y espiritual; consciente de los progresos de la ciencia y de la técnica, embriagado por los éxitos espectaculares en unos dominios inexplorados hasta ahora, parece haber divinizado su propio poderío y querer prescindir de Dios. Pero tras este grandioso escenario es fácil descubrir las voces profundas de este mundo moderno, que también está movido por el Espíritu y la Gracia. Y pide este mundo moderno no sólo progreso humano y técnico, sino también justicia y una paz que no sea sólo una precaria suspensión de hostilidades entre las naciones y entre las clases sociales, que permitan el entendimiento y la colaboración entre los hombres y los pueblos, en una atmósfera de mutua confianza. En servicio de esta causa el mundo moderno se muestra capaz de practicar en grado asombroso virtudes de fuerza y valor, espíritu de iniciativa, entrega y sacrificio. Lo decimos sin ninguna vacilación: Todo esto es nuestro. Y como prueba sólo citamos la inmensa ovación que se ha elevado de todas partes ante la voz de un Papa que invitaba a los hombres a organizar la sociedad en la fraternidad y en la paz. Estas voces profundas del mundo Nos las escucharemos. Con la ayuda de Dios y el ejemplo de nuestros predecesores

continuaremos ofreciendo incansablemente a la humanidad de hoy el remedio a sus males, la respuesta a sus peticiones, *investigabiles divitias Christi (Ef.*, 3, 8) —Cristo y sus insondables riquezas.

Estos afanes de entrar en diálogo cordial y definitivo con los hombres de nuestro tiempo alcanzó por parte del Papa acentos finísimos en su discurso inaugural de la segunda etapa del Concilio. Con él Pablo VI preparó el camino y el ambiente para la elaboración y estudio de un documento conciliar que recogerá todas estas «inquietudes de diálogo» abriendo otro espléndido horizonte a la Iglesia. Me refiero al esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno. De este tema y de las palabras del Papa que le sirven de introducción hablaré en otro capítulo. Pero aquí falta señalar que el diálogo, al traspasar las fronteras de la cristiandad, pone a la Iglesia en contacto también con las religiones no cristianas.

Para hacer más efectivo y concreto este diálogo Pablo VI ha creado en Roma un organismo nuevo de carácter permanente: el Secretariado para los no Cristianos. El Papa había aludido ya a este organismo en la carta que dirigió al cardenal decano del sacro Colegio el 12 de septiembre de 1963 y volvió a hablar de él en el discurso que pronunció al inaugurar el segundo período del Concilio. Durante los debates en el aula ecuménica numerosos padres se refirieron a este organismo, nacido, naturalmente, de esa nueva atmósfera de diálogo y buena voluntad que se ha ido creando en la Iglesia. El Papa, después de escuchar las voces del episcopado, fue pensando y madurando la cosa, y, así, el día de Pentecostés —17 de mayo de 1964—, en su alocución a los sacerdotes y seminaristas de Roma, anunció ya la inmediata constitución del nuevo organismo.

Os daremos una noticia que lleva voz y calor de Pentecostés: Como anunciamos ya hace tiempo, instituiremos aquí en Roma, precisamente estos días, el Secretariado para los no Cristianos, órgano que tendrá funciones muy diversas, pero análoga estructura al de los cristianos separados. Le encomendaremos al señor cardenal arcipreste de esta basílica, que a su sabiduría y virtud, que le hace querido y venerado en la Iglesia romana, une una rara competencia en etnografía religiosa.

Así, pues, presidente de este Secretariado es el cardenal Marella [244], que días después de su nombramiento, en una entrevista a Jean Pelissier para *La Croix,* explicó personalmente los fines, el espíritu y los métodos del nuevo organismo:

«Este Secretariado no es una institución conciliar (sino permanente) y se diferencia clarísimamente tanto del Secretariado para la unión de las Iglesias, que preside su eminencia el cardenal Bea, como de la Congregación de Propaganda Fide, cuyo prefecto es el cardenal Agagianian. Cada uno de estos tres organismos de la Iglesia tiene un fin específico... El Papa anunció la constitución de este Secretariado en el discurso del día de Pentecostés, dentro del contexto en que hablaba de la catolicidad de la Iglesia. Con esto ya se comprenderá fácilmente cuáles son su espíritu y sus fines. La Iglesia toma cada día más neta conciencia de su universalidad y de su deber de mostrar el Evangelio a todos los hombres, de comprender la verdadera noción del 'prójimo' sin distinción de religión ni de convicción. Si no me es fácil definir positivamente al Secretariado voy a dar una definición negativa. No es una nueva Congregación de Propaganda. Directamente no busca la conversión. No es tampoco un Secretariado de Unión. Lo que se propone el Secretariado para los no Cristianos, en consecuencia del amor hacia el prójimo, es no permanecer de espalda a las masas humanas y a los millones de hombres que no conocen a Cristo Rendentor. La primera tarea que nos proponemos es desarrollar un esfuerzo para conocernos mutuamente, en el sentido más amplio de la palabra. 'Yo vengo a aprender de vosotros —decía el padre Ricci a los chinos al fin del siglo XVI— y a enseñaros mi doctrina.' También nosotros deseamos el conocimiento recíproco, cosa que no es tan fácil como muchas veces se piensa. Los hombres de hoy creen que se conocen, pero si materialmente están más cerca psicológicamente las diferencias se han acentuado. Este conocimiento se desarrollará sobre el plano humano. El hombre es una unidad; es, al mismo tiempo, una persona, un ser religioso y social. Todo hombre es una creación de Dios. Nosotros nos colocamos en el terreno de la ley natural, mirando hacia los otros con gran respeto a su cultura, a su religión, su civilización y su tradición. Buscamos, en consecuencia, conocer mejor objetivamente la realidad y las expresiones, las diversas espiritualidades y manifestaciones por medio de las cuales el espíritu humano revela su idea de Dios. El ateísmo es la negación del hombre como una realidad profunda.

»Puede existir el peligro de apologética, de eclecticismo o de indiferentismo, pero obedecería a que no se hubiera comprendido el espíritu y los fines del Secretariado en su totalidad. No se trata de discutir, ni de hacer apología o crear confusión. Se trata de valorizar las diversas espiritualidades, se trata de reconocer los valores espirituales y morales que hay en otras religiones no cristianas, singularmente en Asia. Se trata de iluminar las múltiples aportaciones de las diversas civilizaciones y culturas, que constituyen

el patrimonio de la humanidad, patrimonio perfeccionado por la inteligencia humana, esclarecida por Dios. Y, lo repito, sobre el plano de la ley natural. Este deseo de conocimiento exige simpatía, nobleza, renunciar a toda prevención. Puede conducirnos a unos y a otros a una colaboración efectiva en todos los campos, en defensa de la idea religiosa y de la ley natural, de su desarrollo y purificación...

»En cuanto al método y medios con que el Secretariado va a realizar esta admirable y amplia misión diré que, de momento, las oficinas del Secretariado se encuentran en la Ciudad del Vaticano, pero no es en la Ciudad Eterna donde el Secretariado desarrollará sus principales actividades. Hace falta transportar la institución al corazón de las masas que no conocen al Señor y a su Iglesia. Es necesario adaptarla con la mayor flexibilidad al carácter y al espíritu religioso de los diferentes países. Este será, esencialmente, el trabajo de los obispos y de la jerarquía, así como de los laicos competentes. Personas bien preparadas existen y debemos esforzarnos para que el número de los que se comprometan a trabajar en los diversos continentes y naciones, en las que la mayoría de sus habitantes no son cristianos, sea el mayor posible. La Iglesia católica, consciente de su solidez y de su dinamismo, se dirige a miles de millones de hombres con la mayor sinceridad. Ella espera que el Secretariado contribuirá a formar un clima de comprensión para un verdadero conocimiento mutuo. Sin ninguna intención proselitista daremos a conocer a la Iglesia, que, a su vez, conocerá otras religiones no cristianas, practicadas especialmente por las masas asiáticas y africanas».

Así, bajo la guía de Pablo VI, se alargan los horizontes de la Iglesia y ésta camina y avanza, alegre y llena de esperanza, hacia los nuevos cielos y las nuevas tierras de que habla la Biblia.



10. El Santo Padre visita el Coliseo.

6. *Pablo VI, año uno*

Primer balance

En mi libro *Montini, Papa* intenté presentar a Pablo VI analizando su pensamiento y narrando sus aventuras eclesiales desde que comenzó a ser sacerdote hasta que subió las gradas del solio pontificio. Para terminar aquel volumen, el día de la coronación del Papa, escribí estas líneas: «La trayectoria del Pablo VI comienza ahora. ¡Atención! Le pido a usted que sintonice con el Vaticano, para seguir paso a paso las huellas de este Papa nuevo. En la espléndida galería de las colosales figuras que han desfilado en lo que va de siglo por la cumbre del pontificado romano Dios ha introducido ahora un personaje excepcional: el papa Montini. Le aseguro que el Señor va a hacer cosas muy grandes a través de este santo y genial sacerdote, escogido para ser su Vicario. Este era el Papa que necesitaba la Iglesia para esta segunda esperanzadora mitad del siglo XX. No hace falta ser profeta para escribir aquí lo que todos dicen y presagian: tenemos a la vista, en el horizonte de la Iglesia eterna y del mundo moderno, un dinámico y espléndido pontificado»[245].

A un año de distancia usted puede juzgar... Vea los espléndidos horizontes que Pablo VI ha abierto a la Iglesia... Repase la crónica del segundo período del Concilio... Evoque las jornadas inolvidable de la peregrinación

a Palestina... Fije usted su atención en las reformas que el Papa ha anunciado y en las que ha iniciado ya, dando un estilo nuevo al ritmo de la Iglesia... Lea sus discursos y aprecie el inmenso caudal de doctrina con que Pablo VI viene iluminando los senderos del mundo... Difícil tarea la de hacer un balance de este primer año de pontificado. Ha sido el mismo Papa, quien respondiendo con un discurso a las felicitaciones del sacro Colegio Cardenalicio, en el primer aniversario de su elección, ha querido echar una mirada retrospectiva «muy sumaria» sobre el camino recorrido «en estos laboriosos doce meses»:

¿Cuál ha sido —nos preguntamos— nuestra actividad apostólica registrada durante este año?

No pretendemos hacer un balance completo y exhaustivo. Nos basta recordar, entre los numerosos acontecimientos, solamente unos pocos, que, por otra parte, ustedes conocen muy bien y que nos parecen los más característicos del año vaticano que acaba de transcurrir.

El primero de estos hechos salientes es, naturalmente, el Concilio.

Desde que, por voluntad del Señor, fuimos llamados a la tremenda responsabilidad del sumo pontificado, manifestamos al mundo, ya en nuestro primer radiomensaje, que la parte preeminente de nuestra suprema misión sería la continuación del Concilio Ecuménico Vaticano II, comprometiéndonos a proseguir con todas nuestras fuerzas la gran obra comenzada con tanta esperanza y felices auspicios por nuestro predecesor Juan XXIII, de imperecedera memoria.

De hecho, nos apresuramos a fijar la fecha de su reapertura, disponiendo que continuara desenvolviéndose con la mayor agilidad todo el voluminoso y ponderado trabajo de las comisiones conciliares, sin dejar de referirnos frecuentemente en las múltiples ocasiones que nos ha ofrecido nuestro diario ministerio, al Concilio como al acontecimiento del cual hay que esperar para la Iglesia la abundancia de luces y de gracias que la hagan aparecer siempre, aun en las tormentosas circunstancias de la época actual, como faro resplandeciente de verdad y centro inequívoco de unidad para todo el género humano.

Hemos exhortado también al episcopado y a los fieles de todo el mundo a que oren fervientemente y esperen confiados en las ventajas que la humanidad entera tendrá de esta grandiosa asamblea de los sagrados pastores, puestos por el Señor mismo para regir, bajo la suprema autoridad del sucesor de Pedro y Vicario de Cristo, la Iglesia santa de Dios.

Por eso fue grande la emoción y gozo de nuestra alma cuando, el 29 de septiembre, pudimos inaugurar la segunda sesión del Concilio, que a través de fraternales reuniones de oración y estudio tuvo

ocupados a los padres hasta el 28 de noviembre en laboriosas y útiles discusiones para examinar los esquemas sobre la naturaleza de la Iglesia, la liturgia, los obispos y gobierno de las diócesis, los medios e instrumentos de comunicación social, el ecumenismo.

Fruto de este asiduo trabajo fueron los dos grandes documentos conciliares: la amplia y orgánica constitución sobre la sagrada liturgia y el decreto relativo a los instrumentos de comunicación social, ya promulgados e inicialmente operantes en la Iglesia, con felices perspectivas de aplicaciones cada vez más fecundas para la vida espiritual de los fieles y para la difusión del mensaje y del pensamiento cristiano en el mundo.

Nos mismo, con el *Motu proprio* del 25 de enero, quisimos que entrasen en vigor algunas de las normas de la constitución litúrgica, encargando después a un especial *Consilium* la labor de preparar la reforma litúrgica general sobre la base de las normas contenidas en la constitución, y, además, estudiar también la aplicación de cuanto el Concilio ha deliberado, según su letra y espíritu, y teniendo en cuenta los métodos oportunos y propios de la Santa Sede.

Y nos complace grandemente saber que, en diversas naciones, los respectivos episcopados están ya dedicándose diligentemente al estudio y determinación de particulares adaptaciones, requeridas por las circunstancias locales, con el fin de adecuar más profundamente las reformas a las concretas necesidades y exigencias.

Terminada la segunda sesión del Concilio han proseguido los trabajos de las comisiones para poner a punto los esquemas que han de discutirse en la tercera sesión, en espera de la cual hemos querido dirigir al episcopado católico, en vísperas de la fiesta de Pentecostés, una carta apostólica exhortando a intensificar las oraciones por el Concilio, que requiere, decíamos, «la abundante gracia del Espíritu Santo que llene de luz las inteligencias, refuerce las voluntades para emprender nuevos proyectos y afrontar las responsabilidades impuestas por el momento presente, sostenga los esfuerzos de todos y conduzca a la consecución de felices resultados».

Confiados en que tales oraciones, elevadas con fervor en todo el orbe católico, serán acogidas y escuchadas por el Señor, Nos esperamos la fecha de la reanudación preparándonos a ella, juntamente con todos nuestros hermanos en el episcopado, ansiosos y anhelantes por recoger el soplo vivificador del Espíritu Santo que guía y anima a la Iglesia, con una luz de verdad y un fervor de caridad cada vez más intensos.

Mientras tanto, como signo de la universal solicitud que nos hace interesarnos también de los problemas y necesidades espirituales de todos los hombres, a semejanza de cuanto se había hecho con los hermanos separados, con quienes continuaremos serenamente los amistosos coloquios iniciados, hemos decidido instituir también un Secretariado diverso para los no cristianos, que sirva de medio para llegar

a un leal y respetuoso diálogo con «cuantos creen todavía en Dios y le adoran», por usar las palabras de nuestro predecesor Pío XI, de feliz memoria, en la encíclica *Divini Redemptoris.*

Es claro que, dada su especial función, este Secretariado queda al margen del Concilio; pero ha surgido de la atmósfera de unión y concordancia que claramente ha caracterizado al Vaticano II.

Con estas y otras iniciativas semejantes pensamos dar una demostración patente de la dimensión católica de la Iglesia, que en este tiempo y clima conciliar no solamente estrecha sus vínculos interiores de unión, amistad y fraterna colaboración, sino que busca también hacia fuera un plano de coloquios y encuentros con todas las almas de buena voluntad.

Importantes y arduas son las tareas que ahora esperan a la tercera sesión del Concilio: tendrán que examinarse numerosos esquemas que, o no fueron totalmente discutidos en las precedentes sesiones, o deben todavía comenzar a tratarse. Todos esperamos que, mediante la aportación común de un cuidadoso estudio, tales esquemas cuajen en fórmulas más claras y apropiadas para sintetizar y proponer, sobre temas tan variados e importantes, la doctrina de la Iglesia, adaptando sus instituciones en orden a ejercer un apostolado y un ministerio cada vez más amplios y eficientes.

Entre los acontecimientos de este primer año de pontificado se incluye, con relieve que, sencillamente, podemos calificar de histórico, nuestra peregrinación a Tierra Santa, que, en realidad, ha sido una gracia concedida por el Señor a su Iglesia.

Conocéis bien el espíritu e intenciones con que Nos decidimos emprender aquella visita piadosa a los lugares que los misterios y la vida de Nuestro Señor Jesucristo hicieron santos y venerados.

Al reflexionar sobre ello Nos hemos preguntado por qué el anuncio y desarrollo de aquella peregrinación tuvieron tan inmediata, amplia y profunda resonancia y tan pleno asentimiento, primero en vosotros y demás padres reunidos en Concilio, y después en los fieles; lo mismo que en todos aquellos que, aun separados todavía de esta sede apostólica, reconocen a Jesucristo como Maestro y Fundador de la única Iglesia; e incluso en cuantos pertenecen a denominaciones religiosas no cristianas o son ajenos a cualquier religión. Nos parece que la explicación debe ser ésta: que aquel viaje interpretaba y daba expresión y respuesta concreta a una común aspiración —quizá indefinida, pero muy difundida y sentida íntimamente— hacia una amistad fundada sobre razones humanísimas y al mismo tiempo ideales y trascendentes.

Y así sucedió que, contrariamente a lo que Nos hubiéramos deseado, aquel viaje, que quería ser el de un humilde peregrino entre tantos, se desarrolló en un marco de multitudes entusiastas, que participaban ellas mismas en el acontecimiento, conscientes de su significado.

El sentido religioso y el valor ecuménico del viaje del sucesor de Pedro por Palestina han sido advertidos por todos. Nuestro encuentro con el patriarca Atenágoras y con los demás patriarcas y metropolitas de las Iglesias orientales, tanto unidos como todavía separados de nosotros, nos ha llenado de gozo y de esperanza. Ese encuentro ha favorecido el movimiento ya iniciado, dándole más solidez en orden a mayores contactos con los hermanos separados, en un espíritu de mutua caridad y confianza y de mejor comprensión, como deseado preludio para una reconstrucción de la unidad.

Ahora se trata de aconsejar y obrar, de orar y de estudiar, a fin de que los «signos» que luminosamente se han manifestado cuajen en realidades; a fin de que el brote aparecido en la tierra antes «dura e inerte», se desarrolle, florezca y produzca los ansiadísimos frutos.

Nos seguimos y seguiremos el desarrollo de esta ardua y compleja cuestión con inmenso interés espiritual, según el espíritu de Cristo, y con fidelidad al *depositum* de verdades y preceptos que El ha confiado a su Iglesia; pero estamos también preparados a esperar con paciencia y con bondad a que las «horas de Dios» hagan oir a la Iglesia y al mundo sus campanadas de paz y de gozo [246].

A lo largo de este libro trato de comentar y fijar la atención en algunos de los hechos más salientes a que el Papa se refiere en su discurso. Ya hice notar también que importa mucho poner de relieve no sólo lo que se ha hecho, sino el estilo que ha caracterizado las expresiones, las realidades, los gestos, los programas de actuación.

Ciertamente, la actividad de Pablo VI en este primer año ha sido extraordinaria, caracterizada, además, por una serie de hechos que tienen gran importancia histórica. Por eso los cronistas de acontecimientos eclesiales, al hacer el balance del primer año del pontificado, concuerdan en afirmar que difícilmente se pueden realizar más cosas, cosas de mayor trascendencia, en menos tiempo. «Es un año —ha dicho el *Ya* con grandes titulares— que vale por una época» [247], cuya historia sintetiza así Jesús Iribarren: «Sesión conciliar con la maduración espiritual de todo el episcopado católico que ella ha supuesto; empuje dado personal y extraconciliarmente por Pablo VI a la colegialidad episcopal, con la reorganización o primera organización de las conferencias nacionales de obispos; la puesta en marcha de la reforma litúrgica; el viaje a Jerusalén y el histórico abrazo al patriarca de Constantinopla, del que la Iglesia recogerá en unidad lo que sembró en humildad; la preparación de los esquemas conciliares para la tercera sesión del Concilio; la doctrina desarrollada en discursos, mensajes y documentos oficiales

significan en conjunto más de cincuenta años de prodigioso avance mental constreñidos a presión en el espacio de cincuenta semanas.

»Es aún pronto para aventurarse al juicio de un pontificado que está en sus comienzos. Pero un hecho y no una mera apreciación permite augurar un pontificado decisivo en la historia de la Iglesia: el hecho de que el Papa ha incorporado a la dirección universal bajo su primado la iniciativa, la variedad de miras y el celo de los obispos organizados colegialmente en todo el mundo.»

Audiencias y salidas del Vaticano

Si quisiéramos hacer aquí una crónica de acontecimientos menudos, que no encuadran fácilmente en el marco de otros capítulos, habría que comenzar señalando las audiencias del Papa a algunos jefes de Estado y de Gobierno o a otras personalidades de alto rango social y político: Al presidente del Brasil, Goulart —29 de junio de 1963—; a los soberanos de Bélgica, Balduino y Fabiola —1 de julio—; al presidente de Irlanda, De Valera —2 de julio—; al presidente de los Estados Unidos, Kennedy —2 de julio—; a los capitanes regentes de San Marino —3 de julio—; al ministro de Asuntos Exteriores de Corea, Yong-Sik-Kin —10 de julio—; al secretario general de las Naciones Unidas, U Thant —11 de julio—; al presidente del Gobierno italiano, Leone —12 de septiembre—; al canciller de Alemania, Adenauer —17 de septiembre—; al presidente de la República de Somalia, Aden Abdulla Osman —7 de octubre—; al presidente de Tanganika, Nyerere —19 de noviembre—; al nuevo presidente del Gobierno italiano, Aldo Moro —20 de enero de 1964—; al nuevo canciller de Alemania, Erhard —29 de enero—; al primer ministro de Bélgica, Lefevre —23 de febrero—; a los soberanos de Dinamarca —23 de abril—; al rey Hussein, de Jordania —11 de mayo—; al senador Edward Kennedy —23 de mayo.

El Papa ha salido del Vaticano más de cincuenta veces para visitar parroquias, hospitales y colegios.

El itinerario le comenzó al día siguiente de su elección[24], para ver al cardenal Pla y Deniel, primado de España, que se encontraba enfermo en su residencia del Colegio Español. El Santo Padre llegó al palacio Altemps hacia las seis de la tarde acompañado de su secretario particular, don Macchi.

Fue recibido a la entrada del Colegio por los cardenales de Tarragona, Santiago de Compostela y Sevilla; por los rectores del Convictorio, don Plácido Fernández, y del Seminario, don Germán Mártil; por los demás superiores y por todos los alumnos, sacerdotes y seminaristas, que tributaron al Papa una apoteósica acogida. Su Santidad se dirigió a la habitación del cardenal Pla y Deniel, con quien conversó unos momentos. Luego se entretuvo con los purpurados españoles y con los superiores del Colegio, con quienes quiso hacerse una fotografía tras bromear un poco sobre el *jus photographicum* —decía el Papa— propio de nuestro tiempo. Visitó la capilla, donde bendijo a los sacerdotes y seminaristas, y se despidió después entre aclamaciones y saludos en medio de un entusiasmo desbordante por parte de los españoles. Una jornada inolvidable en los anales del Colegio.

Entre las salidas más significativas de Pablo VI hay que registrar la que hizo el 2 de noviembre al cementerio de Roma; la realizada a la Universidad Gregoriana el 12 de marzo y a la Universidad Civil el 14 del mismo mes, así como la visita a la cárcel Regina Coeli, que tuvo lugar el 9 de abril. A las basílicas de San Juan y de San Pablo fue en Semana Santa para celebrar allí los oficios litúrgicos; al Coliseo, el Viernes Santo, para participar en el Vía Crucis, y a Santa María la Mayor, en las fiestas de la Maternidad de Nuestra Señora y de la Inmaculada. Asistió a la estación del miércoles de Ceniza y en Navidad, Cuaresma y Pascua visitó las parroquias de suburbios. A los hospitales y clínicas ha ido en varias ocasiones del año. El pasado verano, durante su estancia en Castelgandolfo, dejó la residencia veraniega los domingos para celebrar misa en algunas parroquias de los montes Albanos y en la famosa abadía de Grottaferrata.

Las salidas de carácter oficial y solemne, aparte de la realizada con ocasión del viaje a Palestina, han sido tres: el 10 de noviembre, para tomar posesión de la catedral de Roma, la basílica de San Juan de Letrán, parándose a la vuelta en el Coliseo; el 28 de mayo, para participar en la procesión del Corpus que tuvo por escenario el circo Máximo, y el 11 de enero, fecha en que realizó una visita oficial al presidente de la República italiana, Antonio Segni, en su residencia del Quirinal.

Discursos y documentos del primer año de pontificado

La revista *Ecclesia,* en un número extraordinario dedicado a Pablo VI en el primer aniversario de su elección [249], ha publicado un índice sistemáti-

co y cronológico de todos los discursos y escritos del Papa aparecidos en el año uno de su pontificado. Son más de trescientos. Este índice es un tesoro y es también un testimonio. Un testimonio del ideario de Pablo VI, de su dedicación al trabajo en la tarea de predicar la buena nueva iluminando al mundo con su magisterio atrayente y aleccionador.

El director de *Ecclesia,* Antonio Montero, al presentar el citado índice en un artículo editorial, hace el siguiente atinado comentario:

«Hoy por hoy el supremo pontificado es una responsabilidad a la intemperie, cuyo titular se compromete día por día ante la faz de la humanidad, que exige de él una palabra constante y una autodefinición precisa, al ritmo veloz de los acontecimientos.

»Apenas hay asunto de cierto peso en la Iglesia y en el mundo actual sobre el que el Papa Montini no se haya pronunciado de algún modo, entre el 21 de junio del año pasado y la misma fecha del corriente...

»Tenemos, pues, a la vista un pontificado con historia, del que la Iglesia podrá nutrirse con la misma fruición, aumentada, si cabe, con que bebió en las fuentes de Pío XII y Juan XXIII. Para nadie es novedad que la fisonomía espiritual de Pablo VI es de clara estirpe intelectual y que su manera de pensar y de expresarse presenta rasgos acusadísimos, nada encasillables en el estilo de los pontífices últimos. Siendo hombre que habla poco de sí mismo, el Papa reinante ha dejado caer, de pasada, en trances de emotividad y confidencia, que su servicio a la Santa Sede desde sus años juveniles le obligó a sacrificar dos vocaciones humanas que llevaba muy dentro de sí: la del intelectual y la del escritor. A Dios gracias, esa renuncia le ha rentado el ciento por uno en esos mismos órdenes, pues la autoridad soberana de su palabra está potenciada por un lúcido rigor mental y bruñida por finísimos aciertos expresivos.

»¿Puede hablarse, a un año de la elección, de un ideario de Pablo VI? El índice mencionado nos contesta que sí. Para nadie es un secreto que el arzobispo de Milán, sucediendo a Juan XXIII, significaba un objetivo: continuidad. Lo que de común existe entre ambos Pontífices, tan queridos entre sí, también es archisabido: concilio, ecumenismo, diálogo, renovación, reforma. Tal vez estos últimos vocablos se han hecho más nítidos y contundentes en el pontificado paulino... Se ha dicho que a un pontificado de doctrina —Pío XII— y a otro de actitudes vitales —Juan XXIII— les venía óptimamente, como sucesión acertadísima, un pontificado de gobierno y de decisivas medidas históricas. Para esto sí que es poco, poquísimo tiempo, el plazo de un año. Pablo VI reconvocó el Concilio. Le dio una estructura directiva más eficaz, le prepara otra reforma del reglamento, ha pro-

mulgado y puesto en marcha los primeros decretos y constituciones. Su delicadeza para con la sagrada asamblea le ha llevado a una actitud sumamente sobria en lo que se refiere a grandes decisiones de gobierno papal, incluidas las encíclicas. Pablo VI, como la Iglesia entera, está inmerso en el proceso conciliar del cual es pieza fundamental e insustituible, aunque en engranaje con el resto del episcopado.

»Sin que hinchen nuestra voz los ecos panegíricos, digamos con toda verdad, y con suma gratitud al Señor, que la Iglesia está, también de tejas abajo, en óptimas manos. Invitamos a quienes nos lean a la incesante plegaria por nuestro papa Pablo, a quien Dios conserve, vivifique, haga feliz y defienda».

En otra parte de esta obra he hablado del atrayente estilo que Pablo VI tiene para hablar y escribir. Este libro está todo él articulado en torno a la palabra del Papa. Sus discursos y documentos están citados continuamente, constituyendo el fondo de todo lo que se dice o insinúa en estas páginas. Aquí, para terminar este capítulo, quiero referirme a los discursos o documentos que Pablo VI ha dirigido de una manera especial a los españoles. Son los siguientes: carta del cardenal secretario de Estado en nombre del Papa a la XXII Semana Social de España celebrada en Oviedo —26 de julio de 1963—; discurso de Su Santidad a la peregrinación de Barcelona —7 de agosto—; alocución al episcopado español —12 de noviembre—; discurso a un grupo de trabajadores españoles —28 de diciembre—; letras apostólicas designando al cardenal Cicognani legado pontificio para las conmemoraciones paulinas —31 de diciembre—; saludo a un grupo de sacerdotes españoles —22 de enero de 1964—; mensaje del Papa a España con ocasión de la clausura del Año Paulino —25 de enero—; alocución a los dirigentes de las Cámaras de Industria de Barcelona —15 de abril—; discurso al nuevo embajador de España cerca de la Santa Sede, don Antonio Garigues —12 de mayo—; carta al cardenal Bueno y Monreal con motivo de la coronación de la Virgen de la Esperanza —31 de mayo— [250].

7. Concilio con Pablo VI

Un pontificado al servicio del Concilio Ecuménico

La vocación y la tarea principal del papa Pablo VI es el Concilio Ecuménico Vaticano II.

> La parte preeminente de nuestro pontificado estará ocupada por la continuación del Concilio Ecuménico Vaticano II, sobre el cual se centra la atención de todos los hombres de buena voluntad. Esta será la obra principal, a la que queremos consagrar todas las energías que el Señor nos ha dado, a fin de que la Iglesia católica, que brilla en el mundo como bandera levantada sobre todas las naciones lejanas (Cfr. *Is.*, 5, 26), pueda atraer hacia sí a todos los hombres, con la majestad de su organismo, la juventud de su espíritu, la renovación de sus estructuras y la multiplicidad de sus fuerzas, provenientes *ex omni tribu, et lingua, et populo, et natione* (*Apoc.*, 5, 9). Este será el primer pensamiento de nuestro ministerio pontificio.

Así se expresaba el nuevo Papa en su primer radiomensaje al mundo, el 22 de junio de 1964.

La idea aparece luego repetida con nuevo vigor de expresión en numerosos documentos.

En la homilía del día de la coronación, 30 de junio:

Reanudaremos, como hemos ya anunciado, el Concilio Ecuménico y pedimos a Dios que este magno acontecimiento confirme la fe en la Iglesia, vitalice sus energías morales, la rejuvenezca y adapte mejor sus estructuras a las exigencias de nuestro tiempo.

En la carta al cardenal decano del Sacro Colegio, 12 de septiembre:

Según las exigencias de nuestro ministerio apostólico, desde el comienzo de nuestro supremo pontificado hemos dirigido la atención al Concilio Ecuménico Vaticano II... El peso de gobernar la Iglesia romana y universal, que ha recaído sobre nuestras espaldas, resulta para nosotros más fuerte por llevar consigo la responsabilidad de continuar el Concilio Ecuménico... Es un deber para nosotros llevar adelante esta empresa... que absorbe a quien ha de gastar toda su vida por el bien e incremento de la sede apostólica y de la Iglesia católica... Así, pues, las tareas del Concilio Ecuménico se reanudarán y continuarán. Y por lo que se refiere a Nos, gastaremos en esta obra todas nuestras fuerzas, seguros de que no nos faltará la ayuda de los padres conciliares y, sobre todo, la ayuda del Espíritu Santo, que da inquebrantable sostén a nuestra esperanza.

El Concilio, herencia de Juan XXIII

Apenas elegido Sumo Pontífice, Pablo VI manifestó, como hemos visto, su deseo de continuar el Concilio, *ipso jure,* suspendido con el fallecimiento del Papa anterior. La decisión estuvo unida, evidentemente, al mismo acto con el cual aceptó, *in nomine Domini,* el supremo pontificado. Era la herencia del papa Roncalli:

El propósito de continuar el Concilio se debe, ante todo, al recuerdo de nuestro predecesor, Juan XXIII. Nos le consideramos enviado por Dios para que la Iglesia celebrase un acontecimiento de tanta importancia, como es el Concilio Ecuménico; lo iniciase en las circunstancias y con los criterios que todos conocen, y fuese él, precisamente, el primero en celebrar tan providencial y misteriosa grandeza. Fue audaz y resultó agraciado con tal previsión el papa Juan. Entrevió su fecundidad saludable; y quiso que todos reconocieran y celebraran su función espiritual en la historia de la Iglesia y del mundo de forma que todos pudieran reconocer sus beneficios en pro de los futuros destinos de la Iglesia y de la humanidad; por otro lado, cuán grande debió ser su sacrificio al no poder ver en esta vida el desarrollo y conclusión del Concilio, después de sus primeras vicisitudes.

> Agradecemos inmensamente a Dios el que nos haya dado como supremo regalo un Pastor de la Iglesia universal tan amable. Juan XXIII, con el candor de su sencillez, con el esplendor de sus virtudes, con el esfuerzo tenaz por fomentar la paz, no sólo llenó el mundo entero de amor y de admiración hacia su persona, sino que, además, con la convocación de un Concilio Ecuménico abrió nuevos caminos a la actividad salvadora de la Iglesia católica. Quiera el Dios clementísimo que esa colosal obra por él iniciada llegue a feliz término y no tarde en despuntar para la Iglesia y para el mundo ese día luminoso cuya aurora entrevió él pensando en el Concilio Ecuménico.

Este texto está tomado de la citada carta del Sumo Pontífice al cardenal Tisserant, del 12 de septiembre de 1963. En la que dirigió, dos días después, a cada uno de los obispos del mundo, para convocarles al segundo período del Concilio, Pablo VI usa expresiones parecidas, evocando con inmenso amor la memoria de Juan XXIII:

> Comprendiendo perfectamente los signos y las exigencias de los tiempos actuales, nuestro predecesor Juan XXIII, cuyo piadoso recuerdo está siempre vivo en Nos y en toda la familia cristiana, emprendió con intrépido arrojo y con ánimo confiado la grandiosa obra del Concilio Ecuménico Vaticano II. Se puede pensar con fundamento que este gesto le fue inspirado por un particular impulso de la Divina Providencia, que «todo lo gobierna con suavidad» *(Sap.,* 8, 1) y con suma sabiduría provee al bien de la Iglesia, según sus necesidades.
>
> Es bien conocido el inmenso interés y las grandes esperanzas que ha suscitado entre los hombres este Concilio Ecuménico, de tan vastas proporciones. Así, resulta inmortal la gloria que ha redundado sobre el nombre del pontífice Juan XXIII, autor de tan colosal empresa. El, que había dedicado todas sus energías a esta obra y había celebrado la primera fase del Concilio, por inescrutable designio de Dios fue sorprendido por la muerte con inmenso dolor de los fieles y también de los acatólicos. Pero no hay duda de que humildemente confortado por la voluntad divina, al dejar el destierro terrenal obtuvo abundantes gracias celestes sobre la Iglesia, tras ofrecer su vida a Dios por el feliz éxito del Concilio.
>
> Nos, que por arcana disposición divina le hemos sucedido, hemos aceptado su herencia en nombre de Dios.

Tenemos, pues, a Pablo VI colocado en la línea del papa Roncalli y dispuesto a seguir

> por el camino nuevo que la cándida figura de Juan XXIII dejó abierto ante el horizonte de la Iglesia y de la Historia. La muerte no ha

sido capaz de sofocar el espíritu que este Papa ha infundido a nuestra era... Por eso, será buena regla de sabiduría no sólo recordar, sino seguir la trayectoria trazada por él... Su herencia no puede quedar encerrada en una tumba.

No. Su herencia entera está viva en manos del papa Montini, como hemos indicado ya en otro lugar, citando este mismo texto. Y su herencia es, sobre todo, el Concilio. Pablo VI tiene clara conciencia de ello.

Nos sentimos profundamente emocionados por la grandeza de esa herencia sagrada que nos ha transmitido nuestro predecesor Juan XXIII, de venerada memoria; herencia que hemos recibido, como bien sabéis, con trepidación y deferencia, dispuestos a no ahorrar esfuerzo, ni fatiga alguna, para que tan precioso tesoro de ejemplos, obras y normas con que este gran Pontífice ha enriquecido a la Iglesia permanezca absolutamente intacto.

A este tesoro pertenece, sin duda, la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano II ya iniciado. Esta empresa es tan grandiosa que puede considerarse entre los mayores beneficios con que Juan XXIII ha enriquecido a la Iglesia y a la sociedad humana.

En el calvario de su agonía el papa Roncalli ofreció a Dios la vida por el Concilio y al hacer su testamento en voz alta delante del Santísimo Sacramento se mostró «seguro de que la gran obra comenzada llegaría a su fin»[251].

Juan Bautista Montini, el amigo y confidente, que desde Milán acudió con rapidez al Vaticano para despedirse de Juan XXIII, se llevó en su alma profundamente angustiada el recuerdo de las últimas palabras del Papa bueno... La amable figura de Roncalli proyectó después su luz sobre el cónclave y volvió a proyectarla sobre el Concilio. En la mañana de la inauguración del nuevo período del Vaticano II, Pablo VI, haciéndose intérprete de los sentimientos de todos los padres, dialogó así con su inolvidable antecesor:

Oh querido y venerado papa Juan, gracias y alabanzas sean dadas a ti, que por divina inspiración, como creemos, quisiste y convocaste este Concilio a fin de abrir a la Iglesia nuevos derroteros y hacer brotar sobre la tierra nuevas venas de aguas escondidas y fresquísimas de la doctrina y de la gracia de Cristo Señor. Tú solo, sin que te moviese algún estímulo terrenal o alguna particular circunstancia apremiante, sino como adivinando los celestes designios y penetrando en las oscuras y atormentadas necesidades de la Edad Moderna, has unido el hilo interrumpido del Concilio Vaticano I y has deshecho sin dificultad la desconfianza sin razón que en algunos nacía de la idea de que ya

bastaban los supremos poderes reconocidos como dados por Cristo al Romano Pontífice para gobernar y vivificar la Iglesia; has llamado a tus hermanos, sucesores de los apóstoles, no sólo para que continúen el estudio interrumpido y la legislación pendiente, sino para que, sintiéndose unidos con el Papa en un cuerpo unitario, sean confortados por él y por él dirigidos «a fin de que el depósito de la doctrina cristiana se conserve y exponga de un modo más eficaz» *(A. A. S.,* 1962, página 790). Pero tú, señalando así el fin más alto del Concilio, le has añadido una finalidad más urgente y actualmente más provechosa: la finalidad pastoral, cuando afirmabas: «Ni nuestra obra mira como fin principal el que se discutan algunos puntos fundamentales de la doctrina de la Iglesia...», sino más bien «el que se investiguen y se expongan de la manera que requieren nuestros tiempos» *(Ibid.,* 791-792). Has reavivado en la conciencia del magisterio eclesiástico la persuasión de que la doctrina cristiana no debe ser solamente una verdad capaz de impulsar al estudio teórico, sino palabra creadora de vida y de acción, y que no sólo se debe limitar la disciplina de la fe a condenar los errores que la perjudican, sino que se debe extender a proclamar las enseñanzas positivas que la fecundan. El oficio del magisterio eclesiástico, ni sólo especulativo ni sólo negativo, debe manifestar con preferencia en este Concilio la virtud vivificante del mensaje de Cristo, que afirmó: «las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida» *(Jn.,* 6, 63). Por esto no olvidaremos las normas que tú, primer Padre de este Concilio, le has trazado sabiamente y que gustosamente vamos a repetir ahora:

«... Nuestro deber no es sólo custodiar este tesoro precioso —el de la doctrina católica—, como si únicamente nos ocupasemos de la antigüedad, sino también dedicarnos con voluntad diligente, sin temores, a la labor que exige nuestro tiempo, prosiguiendo el camino que la Iglesia recorre desde hace veinte siglos. Ni nuestra obra mira como fin primordial el que se discutan algunos puntos principales de la doctrina de la Iglesia; ... hay que buscar aquellas formas de exponerla que más se adapten a un magisterio de carácter prevalentemente pastoral» *(A. A. S.,* 1962, 791-792).

Ni dejaremos a un lado el gran problema de la unificación en un solo redil de cuantos creen en Cristo y ansían ser miembros de su Iglesia, que tú, Juan, has señalado como la casa del Padre abierta a todos, de tal forma que el desarrollo de esta sesión del Concilio promovido e inaugurado por ti proceda fiel y coherente por los caminos que tú le has trazado y pueda, con la ayuda de Dios, alcanzar las metas que tan ardientemente deseaste y esperaste.

Los fines del Concilio en la mente de Pablo VI

En esta hermosa oración, expresión evidente de la comunidad de pensamiento y acción entre Pablo y Juan en torno al gran acontecimiento eclesial de nuestro siglo, aparecen ya bien claramente delineados los fines que en la mente del actual Pontífice se propone el Vaticano II. Son los mismos que había señalado Juan XXIII y que el papa Montini, desde su primer radiomensaje al mundo, perfiló con renovada ilusión.

En la carta al cardenal decano que hemos ya citado los resume así:

— la mayor prosperidad de la vida de la Iglesia;
— favorecer y apresurar la unidad de los hermanos separados con la Iglesia católica;
— promover la paz y la prosperidad espiritual de la humanidad en todo el orbe.

En la exhortación apostólica dirigida al episcopado católico para pedir oraciones por el Concilio —14 de septiembre— dice el Papa:

> ... la Iglesia católica, por medio del Concilio, se dispone a ofrecer su doctrina, sus normas disciplinares y su actividad con nueva y mayor eficacia, adaptándolas a las actuales exigencias del espíritu.

En la carta enviada a cada uno de los obispos para convocarles a la nueva sesión del Vaticano II Pablo VI se expresa así:

> El fin de este Concilio, que es el más numeroso de todos los tiempos, le expuso nuestro distinguido predecesor: Es necesario que la Iglesia católica aparezca en su perenne vigor, como instrumento de salvación para todos: a ella le ha sido confiado por Nuestro Señor Jesucristo el depósito de la fe para ser integralmente custodiado y para darle a conocer a todos los hombres del mundo con diligente acción y de la forma más conveniente y adecuada. Este enérgico vigor de la Iglesia, que ilumina, atrae y mueve los corazones, ha de recibir nueva fuerza de este Concilio, que se celebra junto a la tumba de San Pedro. Para que así sea habrá que promover las más diversas formas de apostolado con los medios oportunos y ordenarlas en un plan de conjunto con miras al único supremo fin; habrá que invitar también a los laicos con plena confianza para que tomen parte en esta obra de salvación.
>
> A esto mismo se dirige también el interés de la Iglesia por favorecer la unidad entre los hombres y, en primer lugar, entre los que se profesan cristianos: preocupación eficacísimamente expresada en es-



11. Monseñor Pericles Felici, secretario general del Concilio Ecuménico.

tas palabras del Salvador: «Y habrá un solo rebaño y un solo Pastor» *(Juan,* 10, 16).

En el discurso de apertura de la segunda sesión, Pablo VI, hablando de los objetivos del Concilio, señala como importantísimo el de la reforma de la Iglesia. El texto es de notable importancia para conocer la mente del papa Montini en torno a este problema:

La renovación de la Iglesia: Hacia este objetivo principalísimo del Concilio se vuelven también las esperanzas de todos.

Es algo que debe derivarse, a nuestro juicio, de esa conciencia plena de la relación que une a Cristo con su Iglesia. Deseamos que la Iglesia se refleje en él. Y si al compararla con él apareciese alguna sombra o defecto en el rostro de la Iglesia o sobre su veste nupcial, ¿que debería hacer ella como por instinto, con todo valor? Está claro: reformarse, corregirse y esforzarse por devolver a sí misma la conformidad con su divino modelo que constituye su deber fundamental.

Recordemos las palabras del Señor en su oración sacerdotal al aproximarse su inminente Pasión: «Yo me santifico a Mí mismo para que ellos sean santificados en la verdad» *(Jn.,* 17, 19). El Concilio Ecuménico Vaticano II debe colocarse, a nuestro parecer, en este orden esencial querido por Cristo. Solamente después de esta obra de santificación interior la Iglesia podrá mostrar su rostro al mundo entero diciendo: el que me ve a mí, ve a Cristo, como Cristo había dicho de Sí: «El que me ve a Mí, ve al Padre» *(Jn.,* 14, 9).

Bajo este aspecto el Concilio quiere ser un despertar primaveral de inmensas energías espirituales y morales latentes en el seno de la Iglesia. Se presenta como un decidido propósito de rejuvenecimiento no sólo de las fuerzas interiores, sino también de las normas que regulan sus estructuras canónicas y sus formas rituales. Es decir, el Concilio pretende dar o acrecentar a la Iglesia la hermosura de perfección y santidad que sólo la imitación de Cristo y la mística unión con El, en el Espíritu Santo, le pueden conferir.

Sí, el Concilio tiende a una renovación. Pero, atención: no es que al hablar así y expresar estos deseos reconozcamos que la Iglesia católica de hoy pueda ser acusada de infidelidad sustancial al pensamiento de su divino Fundador, sino que más bien el reconocimiento profundo de su fidelidad sustancial la llena de gratitud y humildad y le infunde el valor de corregirse de las imperfecciones que son propias de la humana debilidad. No es, pues, la reforma que pretende el Concilio un cambio radical de la vida presente de la Iglesia, o bien una rotura con la tradición en lo que ésta tiene de esencial y digno de veneración, sino que más bien en esa reforma rinde homenaje a esta tradición al querer despojarla de toda caduca y defectuosa manifestación para hacerla genuina y fecunda.

¿No dijo Jesús a sus discípulos: «*Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que en Mí no lleva fruto, lo arranca; y a todo el que lleva fruto lo poda para que lleve fruto más abundante*»? (*Jn.*, 15, 1-2). Basta esta alusión evangélica para presentarnos los capítulos principales del perfeccionamiento al que hoy aspira la Iglesia: el primero se refiere a su vitalidad interior y exterior. A Cristo vivo debe responder una Iglesia viva. Si la fe y la caridad son los principios de su vida, es evidente que no se deberá descuidar nada para dar a la fe una gozosa seguridad y un nuevo alimento y para hacer eficaz la iniciación y la pedagogía cristiana indispensable a un tal fin: un estudio más asiduo y un culto más devoto de la palabra de Dios serán ciertamente el fundamento de esta primera reforma. Y la formación en la caridad tendrá adelante el puesto de honor: deberíamos ansiar la *Iglesia de la caridad* si queremos que esté en disposición de renovarse profundamente y de renovar el mundo a su alrededor: ¡inmensa tarea! También, como es sabido, porque la caridad es la reina y raíz de las demás virtudes cristianas: la humildad, la pobreza, la religiosidad, el espíritu de sacrificio, el valor de la verdad y el amor de la justicia, y toda otra fuerza activa del hombre.

El programa del Concilio se dilata aquí en campos inmensos.

Así, pues, las finalidades del Concilio en la mente de Pablo VI son las mismas que Juan XXIII había asignado al providencial acontecimiento. Las que el papa Roncalli delineó en su histórico discurso de apertura —11 de octubre de 1962—, del que Pablo VI dice

que pareció a la Iglesia y al mundo voz profética para nuestro siglo, palabras que todavía resuenan en nuestra memoria y en nuestra conciencia, para trazar al Concilio el camino que ha de recorrer y liberar a nuestros ánimos de toda duda, de todo cansancio que en este no fácil recorrido nos pueda sorprender.

Estas palabras, pronunciadas por Pablo VI en su discurso programático del 29 de septiembre de 1963, son eco de las que escribió a sus diocesanos en octubre y en diciembre de 1962 comentando el citado discurso de Juan XXIII:

Hemos oído la voz de un Papa que se elevaba sobre todas las demás, una voz de Padre y de Profeta, la voz de un Maestro amigo del mundo. Es necesario, queridos hermanos y fieles, releer el discurso que Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio. Es la clave para comprender todo lo demás. Es una invitación a sintonizar en sentimientos y afanes con el Concilio. Es una lección sobre cómo

hay que mirar hoy al mundo y a la vida: «La Iglesia católica —ha dicho Juan XXIII— elevando por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la Verdad religiosa quiere mostrarse Madre amante de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y bondad con los hijos separados de Ella...». Es necesario que esta voz del Papa resuene dentro de nosotros y nos enseñe a ser cristianos y sentirnos católicos [252].

Mensaje grande aquel con el cual el Sumo Pontífice abrió —como con un sonido de trompetas— el Concilio Ecuménico. En aquella voz del papa Juan se notaba algo al mismo tiempo celeste y terreno. Era tan elevada que parecía fluir de trascendente sabiduría; y resultó tan sencilla que correspondía perfectamente a las necesidades y esperanzas de nuestra vida presente. Aquel discurso tiene un poco de profecía, en el doble sentido de la palabra. Es como una profecía por el vigor lírico y religioso que encierra y por el vaticinio que contiene sobre el porvenir del mundo [253].

El cardenal Montini en el primer período del Concilio

Con esta famosa alocución, que ha merecido ser colocada como documento fuera de serie en la historia del magisterio pontificio, abrió Juan XXIII el Concilio Ecuménico el 11 de octubre de 1962 [254].

El primer período del Vaticano II duró hasta el 8 de diciembre. El futuro Pablo VI participó en él como padre conciliar, ocupando un puesto entre los cardenales. Juan XXIII quiso que habitase dentro de la misma Ciudad del Vaticano para tenerle cerca de sí y se sirvió de sus consejos y silenciosos servicios en momentos de mucha importancia, quizá decisivos, para la marcha del Concilio.

El cardenal Montini ocupó en el Vaticano, con sus obispos auxiliares, sus consultores y sus secretarios, la *Palazzina de San Carlo.* Residencia que se convirtió muy pronto en centro de intensa actividad conciliar. Insignes purpurados y famosos obispos mantuvieron contacto frecuente con el arzobispo de Milán, cuyas ideas y certera orientación influyeron no poco en algunos sectores de la asamblea ecuménica.

Se ha sabido que Montini fue uno de los que promovieron la idea del mensaje de los padres conciliares al mundo [255]. El doctor Casimiri, jefe del servicio de prensa de *L'Osservatore Romano,* me ha confirmado que Montini, en mayo de 1962, se interesó ya para que el Concilio contara con una

oficina de prensa a la altura de sus funciones. Y Jean Guitton, el único seglar católico que asistió al Concilio durante el primer período, hizo el pasado año la siguiente declaración: «En noviembre de 1962 fui llamado para asistir a las sesiones conciliares. Más tarde supe que esta decisión fue tomada por Juan XXIII tras una sugerencia del cardenal Montini». Pequeños detalles de los pocos conocidos, pero que sirven para darnos una idea de la mentalidad con que actuó durante el comienzo del Concilio el futuro Pablo VI.

El cardenal Montini era miembro del Secretariado de Asuntos Extraordinarios y de la Comisión Organizadora. Su labor en estos organismos fue eficaz, pero callada, como eficaz fue su actuación en otros sectores del Concilio. En las Congregaciones Generales habló dos veces: el 22 de octubre de 1962, para expresar su opinión sobre el esquema relativo a la sagrada liturgia, y el 5 de diciembre, para dar su juicio y exponer sus ideas en torno a la constitución dogmática sobre la Iglesia[256].

Durante los dos meses que duró la primera etapa del Vaticano II el cardenal Montini envió todas las semanas a sus diocesanos de Milán una *Carta desde el Concilio,* en la que manifestaba de alguna manera ante la opinión pública de la Iglesia su pensamiento sobre los temas tratados en los debates de la ecuménica asamblea, dando al mismo tiempo interesantes noticias en torno al desarrollo de la misma.

De todas las *Cartas desde el Concilio* la que más llamó la atención de la prensa y de los ambientes eclesiásticos fue la última, publicada con fecha 1 de diciembre. En ella el cardenal de Milán analiza con gran intuición la marcha del Vaticano II, apuntando alguna crítica al procedimiento, poniendo de relieve los puntos positivos y sugiriendo una línea para el futuro. Merece la pena dar aquí íntegro este documento, que refleja diáfanamente la mentalidad del futuro Pablo VI sobre la organización interna del Vaticano II:

> Es bien conocido lo que se dice sobre la marcha del Concilio. La próxima clausura de esta primera sesión del Vaticano II hace que todos, dentro y fuera de la asamblea, se pregunten cuál ha sido el resultado conseguido y, como no es fácil individualizarle, surge en los ánimos un sentido de incertidumbre y en algunos, inclinados al pesimismo, la desilusión.
>
> Dos parecen ser las observaciones principales que circulan en las conversaciones y en los comentarios de prensa: el Concilio no ha llegado a conclusiones notables, el Concilio ha manifestado en su seno disparidad de opiniones.

Esto es verdad. Pero solamente el que no se da cuenta de la naturaleza y del funcionamiento de un Concilio, como éste que se está celebrando, puede maravillarse de ello y sacar conclusiones negativas. Estos fenómenos eran previsibles y no son señales de falta de éxito. Más bien indican un hecho que nunca se apreciará bastante, si se tiene en cuenta las proporciones mundiales de este Concilio: el Vaticano II se ha reunido bajo el signo de una gran libertad; libertad, ante todo, para presentar propuestas; invitación y estímulo a pronunciarse sobre cualquier cuestión que pudiera interesar a toda la Iglesia: es evidente que esta libertad ha provocado la afluencia de miles de propuestas, las cuales, recogidas en voluminosos tomos, seleccionadas y coordinadas por las comisiones preparatorias, han dado ahora origen a otros grandes volúmenes que contienen elaboradísimos y largos proyectos sobre las más variadas cuestiones.

Material inmenso, estupendo, pero heterogéneo y desigual, que habría reclamado una reducción y una estructuración decidida, si una autoridad, no sólo extrínseca y disciplinar, hubiese dominado la preparación lógica y orgánica de estos magníficos volúmenes y si una idea central, arquitectónica, hubiese polarizado y dado un marcado sentido a tan ingente tarea. En atención siempre a ese criterio de libertad y de espontaneidad, del que ha nacido este Concilio, ha faltado el punto focal de su programa, que, afortunadamente, ha recibido, sin embargo, solemnes y sapientísimas orientaciones bien claras con las palabras del Santo Padre en estos años precedentes al Concilio, y especialmente en sus dos discursos del 11 de septiembre y del 11 de octubre.

Otra libertad que ha frenado el paso del Concilio ha sido la concedida a cuantos querían, entre más de dos mil padres presentes, tomar la palabra. Las intervenciones resultaron así muy numerosas y las discusiones, claro está, se fueron haciendo interminables. Pero éstas continuaron siendo libres; no sólo de prolongarse más allá de lo debido, cosa que explica el primer inconveniente apuntado, sino también libres de pronunciarse según las personales opiniones de cada uno de los oradores.

Esto explica el segundo inconveniente —si se debe llamar así—: el de la pluralidad de los juicios que en torno a algunos temas se convirtió en diversidad colectiva de tendencias y de corrientes. El fenómeno, como es sabido, tuvo su momento culminante en la votación sobre el esquema, es decir, sobre el proyecto de una constitución dogmática referente a las fuentes de la Revelación. A quien mira las cosas desde fuera le podrá parecer esta cuestión alejada del interés del hombre moderno; mas, para quien observa la esencia misma de la cuestión, aparece inmediatamente su importancia capital para todo un sistema religioso, como el nuestro, que se presenta como auténtico, exclusivo y derivado de esa compleja, misteriosa e inefable iniciativa salvadora y elevadora de Dios, que se llama Revelación. Y todo el que conoce los problemas gravísimos, que los estudios modernos han concentrado so-

bre este tema, ve claramente cómo no podía faltar en el programa conciliar. Es también evidente que las divergencias de juicio, manifestadas en torno a este esquema, no pueden atribuirse a opuestos sentimientos nacionales o a contrastes polémicos personales, como alguno ha tratado de insinuar, sino a diferentes valoraciones de las corrientes doctrinales en cuestión o también a diversos criterios de oportunidad o de forma; esto es, a motivos obvios en una discusión, en la cual los interlocutores provienen de localidades, de escuelas, de ambientes pastorales naturalmente distintos; si bien es verdad que todos han actuado guiados por una vigilante y autónoma prudencia personal. Esto es una cosa que hace honor al Concilio, aunque por ahora no resulta satisfactoria.

Surge así la posibilidad y con ella el temor de que el debate conciliar se prolongue excesivamente y, en vez de aunar, divida los ánimos. Pero esto no sucederá. Se puede decir que esta primera sesión del Concilio ha servido de experimento inicial. La segunda se desarrollará mucho más expeditivamente, porque se habla de concentrar la materia en esquemas más breves, de presentar al Concilio solamente aquellos que sean de interés general y aparezcan exigidos por las necesidades pastorales de la hora presente, dejando para la etapa posconciliar, para la reforma del Código de Derecho canónico, especialmente, toda la parte dispositiva y práctica. Este criterio se ha demostrado ya eficaz en la aprobación felizmente realizada de los principios generales, en los cuales se inspira el largo proyecto de decreto sobre los medios de comunicación social: cine, radio, televisión, prensa.

De esta forma el Concilio llega ya entrenado a los umbrales de su tema capital, el de la Iglesia, y aquí terminará ahora su tarea para continuarla, con la ayuda de Dios, en el próximo mes de septiembre con igual eficiencia y mejor método.

Con todo, hay que decir que el Concilio tiene ya en su haber no pocos resultados imponderables, pero evidentes: la unión y expansión de los ánimos; la gozosa y creciente maravilla de la catolicidad, que afluye aquí desde todas las partes del mundo; la conmovedora y profunda unidad de los espíritus, que vibran al unísono en determinados momentos, como durante la recitación del *Pater* y del *Credo,* y cuando viene a la mente el pensamiento, constante y siempre acechante, de que la Iglesia, en el mismo acto con que expresa su fe y su amor hacia el Dios vivo, debe trabajar con gran comprensión para elevar y salvar las almas y el mundo. Esta experiencia espiritual quedará imborrable en todos aquellos que hemos tenido la fortuna de asistir al Concilio. Ha sido una experiencia suave muchas veces, fuerte y punzante otras, dramática en algunas ocasiones y también preocupante y llena de aflicción en ciertos momentos: por ejemplo, cuando la inesperada noticia de la enfermedad del Santo Padre extendió un velo de espontáneo silencio y de filial tristeza sobre la asamblea conciliar, mientras parecía que atravesase el ambiente de la inmensa basílica el eco

de las palabras de los *Hechos de los Apóstoles* referentes a Pedro: «La Iglesia eleva fervientes plegarias a Dios por él» [257].

Con este documento el cardenal Montini entró de lleno en la dialéctica conciliar de aquella última y tan interesante semana del primer período del Vaticano II. Las cosas culminaron en las nuevas normas dictadas por Juan XXIII para la siguiente singladura del Concilio. El *Ordo agendorum tempore quod inter conclusionem primae periodi Concilii Oecumenici et initium secundae intercedit,* promulgado el día 6, coincidía notablemente con las propuestas avanzadas por el cardenal de Milán. Y la autoridad nueva creada por el Papa, la Comisión Coordinadora, iba también de alguna manera sugerida en la citada carta. Bien pudo decir días después el cardenal Döpfner, hablando a un grupo de sacerdotes escritores, que las intervenciones del cardenal Montini, dentro y fuera del aula de San Pedro, durante la última semana del primer período conciliar, fueron decisivas para la marcha de la ecuménica asamblea [258].

Meditación del futuro Papa sobre el Concilio

Durante los primeros meses de 1963 Juan XXIII vivió preocupado con la preparación de la segunda etapa del Vaticano II que él no había de celebrar [259]. Al hombre destinado ya por la Providencia a ser protagonista del nuevo período conciliar, anunciado para el otoño de 1963, le vemos durante esta temporada trabajando afanosamente en su diócesis de Milán sin apartar el pensamiento del Concilio: Oración, estudio de los esquemas, lectura de libros y revistas conciliares, contactos con otros cardenales y obispos, cambio de impresiones con sus sacerdotes y orientación a los fieles. Sin saberlo se prepara —o, diríamos mejor, le prepara el Señor— para dirigir el Concilio como Jefe supremo de la Iglesia.

Tenemos una serie de documentos, escritos por el cardenal Montini en esta temporada, que nos indican con qué pasión vivía el Concilio el futuro Pablo VI y con qué afán quería hacerle vivir a los demás. Se trata de cartas o discursos dirigidos principalmente a los sacerdotes. Y son importantes porque nos dan ya un avance de lo que iba a ser el pensamiento del nuevo Papa sobre el Concilio. Seleccionemos algunas ideas.

El Vaticano II, acontecimiento cumbre en la vida de la Iglesia, está llamado a tener su repercusión no sólo en el ámbito interior del catolicismo, sino más allá de sus fronteras y también más allá de los límites del cristianismo, hasta conectar incluso con los no cristianos. He aquí un pensamiento que el futuro Papa había de concretar después en la creación de un Secretariado especial para las religiones no cristianas:

> La vida de la Iglesia gira ahora en torno al Concilio Ecuménico, ese acontecimiento del que tanto se habla y del que tantas noticias tenemos con la consiguiente facilidad para observar y comentar...
>
> Se trata de una celebración que la Iglesia quiere desarrollar con especial solemnidad, con la máxima eficacia, con la mayor riqueza posible de significados y de efectos...
>
> Uno de los aspectos más notables de toda la sinfonía de comentarios y publicaciones que el Concilio ha producido ha sido el de demostrar que el acontecimiento dice relación a la Iglesia en cuanto tal, es decir, a toda la Iglesia. No interesa sólo al episcopado, o sea, a los padres que componen la asamblea conciliar, sino a toda la familia católica; y como consecuencia, a toda la familia cristiana que todavía conserva este nombre. E interesa, además, a las otras religiones, por tratarse de un hecho religioso sobresaliente; y también a los que no tienen ninguna religión, porque plantea con una evidencia casi violenta el hecho religioso...

El sentido pastoral del Concilio y el afán de poner a la Iglesia en diálogo con los hombres de nuestro tiempo, preparándola para ello mediante una profunda reforma, son pensamientos que Montini medita en Milán y que aparecen después con tonos muy expresivos en sus documentos papales; sobre todo, en el discurso programático del 29 de septiembre. En los escritos de los últimos meses que precedieron a su elección pontificia estas ideas las encontramos expuestas en los siguientes términos:

> Según la intención del Papa, el Vaticano II ha de estar caracterizado, sobre todo, por sus efectos morales, comenzando por el aspecto pastoral, para hacer ver la capacidad de aplicación y de absorción que los misterios, los ritos, las verdades de la Iglesia, tienen todavía en el alma de los fieles de nuestro tiempo. Esto significa que la repercusión que debe tener en nuestro campo el contenido del Concilio no se refiere sólo a nuestra fe, sino también a nuestra acción, a nuestra vida moral.

Como tantos otros concilios, especialmente el tridentino, también el Vaticano II se presenta con un programa de «reforma»; quiere es-

forzarse en poner orden, va decidido a podar ciertas superestructuras, ciertas desviaciones no justas. Intenta simplificar, despertar nuevas fuerzas y energías. Suscitar propósitos y programas nuevos. Quiere, por lo mismo, producir efectos santificantes, tanto en el que recibe o se adhiere al mensaje del Concilio como en los que deberán después explicarle o aplicarle a los otros. El Vaticano II quiere ser un Concilio de *reforma*.

Aquí, como en su famosa carta pastoral sobre el Concilio y en el discurso de apertura de la segunda sesión, que pronunció siendo ya Papa, Montini usa la palabra «reforma» que algunos tímidos han creído demasiado fuerte y consiguientemente menos apta para expresar los fines del Concilio. No hay que tener miedo a esta palabra. La usa el Papa porque resulta sumamente expresiva para poner de relieve todos los afanes renovadores que invaden hoy a los espíritus más finos; precisamente a los que más aman a la Iglesia. Esta Iglesia que el arzobispo Montini, perfectamente sintonizado con Juan XXIII, venía soñando rejuvenecida, hermosa, moderna, puesta al día, por el Concilio, cuya principal tarea consiste precisamente en definir mejor a la Iglesia y hacerla más semejante a su divino Fundador:

¿Hacia dónde va la Iglesia con el Vaticano II?

¿Cuál es el fin directo del Concilio? ¿Tender la mano a los alejados? Sí, pero incluso esto resulta subordinado a otra cosa: la Iglesia no puede tender la mano a los alejados si no define primero la lejanía. Este es el punto: la Iglesia trata de tomar conciencia de sí misma pensando en todos. Y no vale decir que hace ya veinte siglos que la ha tomado. Porque la conciencia que la Iglesia tiene de sí es progresiva... Esforcémonos todos en descubrir los signos de los tiempos. Hay algo que está ya maduro en la Iglesia; algo que se enriquece; hay una experiencia que se manifiesta, un esfuerzo para comprender más; hay una gracia de Dios que trabaja dentro de la Iglesia y que la lleva a conocerse mejor a sí misma...

¿Es que la expresión racional o la expresión jurídica que podemos dar de la Iglesia agota la realidad de lo que la Iglesia es? ¿Lo dicen todo esas expresiones?, o, ¿acaso no callan más de lo que dicen? Es precisamente esto lo que venimos notando en la Iglesia durante los últimos años: sus sufrimientos, sus experiencias, la madurez misma, diría yo, de la civilización. Nos hemos hecho psicólogos, intencionalistas, especulativos; con el fenómeno del Concilio hemos profundizado en la capacidad del pensar humano de la Iglesia. Esta reflexiona sobre sí misma, siente necesidad de definirse, de conocerse mejor, de identificar de alguna manera las inefables realidades que lleva consigo. La conciencia de la Iglesia ha de traducirse en una definición por parte del Concilio, si bien es verdad que esa definición quedará

como una especie de ventana abierta hacia el infinito más que como el confín y perímetro lógico y dogmático; un concepto exacto es imposible porque nos encontramos ante el *Mysterium Ecclesiae.* El Concilio quiere hacer que la Iglesia tome conciencia de sí para que pueda después lanzarse a la aventura, al riesgo del encuentro con el mundo, con sus deberes, con el pasado, con el futuro... [260].

El Concilio ha creado la expectativa de una nueva faz de la Iglesia. Es necesario ver hacia qué cambios se orienta esta expectativa, a fin de que la Iglesia no sólo resulte exteriormente mudada en su semblante, sino interiormente rejuvenecida y espiritualmente embellecida... Cada uno de nosotros estamos invitados a promover esa reforma o mejor regeneración de la vida eclesiástica. La palabra del apóstol *in novitate vitae ambulemus,* que nos parece tan congenial al espíritu de nuestro tiempo (y que bien miradas las cosas resulta su fuente), se convierte en programa... La novedad del Concilio debe ser ésta: la autenticidad eclesial, la identificación sobrenatural y moral de nuestra vida con Cristo en la fe y en la caridad. Hemos de amar a la Iglesia con un corazón nuevo: A esto nos invita el Concilio [261].

Preciosas ideas que encontramos luego de nuevo en los más llamativos discursos de Pablo VI. El sentido eclesial del Concilio, la urgencia de una renovación profunda, aparecen aquí expuestas por el cardenal Montini como fruto de esa serena meditación con la que el Señor le fue preparando, en la primavera de 1964, para hacerle su Vicario, Sumo Pontífice de la Iglesia, jefe y Presidente del Sínodo ecuménico, encargado de continuar «el Concilio de Juan XXIII», «el Concilio —decimos ahora— de Pablo VI».

Concilio con el papa Montini

Sorprendió a todos la rapidez con que Juan Bautista Montini, apenas elegido Sumo Pontífice, hizo planes concretos para el segundo período del Concilio. Que el nuevo Papa continuaría el Vaticano II en la línea de Juan XXIII fue una cosa sabida, no digo ya desde la primera alocución, cuyo texto hemos citado al comienzo de este capítulo, sino desde el primer instante en que se anunció que el sucesor de Roncalli era Montini. No todos esperaban, sin embargo, que las reuniones del Vaticano II habrían de reanudarse tan pronto. Juan XXIII tenía determinado que la segunda sesión del Concilio comenzase el día 12 de septiembre de 1963; con el nuevo pontificado muchos pensaban que la ecuménica asamblea sería aplazada hasta la primavera de 1964. Pero he aquí que el 24 de junio, día de San Juan —onomástica del Papa desaparecido y del cardenal que le había sus-

tituido—, Pablo VI decidió que el Vaticano II se reanudase el 28 de septiembre, fiesta de San Miguel Arcángel, «celeste protector del pueblo de Dios»[262].

El cardenal König, en una declaración hecha para la prensa después de la elección de Pablo VI, dijo que el papa Montini continuaría la obra y la línea de Juan XXIII, pero que el Concilio iría marcado ahora con el estilo personal del nuevo Pontífice.

El estilo original de Pablo VI se manifestó pronto. Durante el verano el Santo Padre reflexionó serena y largamente sobre el procedimiento a seguir en la futura marcha del Vaticano II e ideó algunas reformas de estructura que dio a conocer luego en el mes de septiembre, mediante la carta al cardenal Tisserant, que he citado ya.

El Sumo Pontífice se dirige a este insigne purpurado por ser el decano del Sacro Colegio y, como tal, la más alta dignidad del cuerpo episcopal, nombrado, además, por Juan XXIII presidente del Consejo de Presidencia del Concilio.

Durante el período del papa Roncalli el supremo y único organismo director del Vaticano II era el *Consilium Praesidentiae,* formado por diez cardenales de diversas naciones; una especie de senado en miniatura que tenía el encargo de gobernar las Congregaciones Generales y velar por la buena marcha del Concilio. Existía, además, un Secretariado *de negotiis extra ordinem,* compuesto también de padres cardenales, cuya misión era la de examinar los nuevos temas que los miembros de la asamblea creyeran oportuno proponer al Concilio, si bien de hecho este Secretariado por el desarrollo de las cosas fue asumiendo con carácter oficioso funciones de más amplia orientación sobre toda la marcha del Vaticano II. Ambos organismos, así como las demás comisiones, la secretaría general y el Concilio en pleno se regían por un reglamento promulgado por Juan XXIII. Este *Ordo* no preveía la *Commissio de coordinandis Concilii laboribus,* que fue creada por el papa Roncalli al final de la primera sesión y asumió oficialmente las funciones directivas y coordinadoras de todas las tareas del Concilio[263].

Pablo VI, al reorganizar las estructuras del Vaticano II, confirmó y en cierto sentido amplió los poderes de la Comisión Coordinadora, cuya función —dice el Papa en la carta al cardenal decano— es la de

> ordenar los trabajos de las diversas comisiones, seguirlos de cerca y tratar con los eminentísimos presidentes de dichas comisiones no sólo

cuestiones referentes a su competencia, sino también todo cuanto concierne a la armonía de los esquemas con los fines que el Concilio se propone.

El mismo Papa, en el citado documento, indica la norma seguida en la nueva elaboración y redacción de los esquemas que, con el estudio realizado por las competentes comisiones en la primavera de 1963, habían sido reducidos a formas más breves:

Criterio: tener presente, sobre todo, los principios más generales dejando a un lado las cuestiones no pertinentes; pues téngase en cuenta que el Concilio Ecuménico actúa de cara a la Iglesia universal. Por otro lado, en la reelaboración de los esquemas prevalece la índole pastoral de este Concilio. Es, pues, necesario que la doctrina cierta e inmutable de la fe, declarada y definida por el supremo magisterio de la Iglesia y por los Concilios Ecuménicos anteriores, especialmente el tridentino y el Vaticano I, a los que se debe prestar fiel obsequio, se exponga del modo que exigen nuestros tiempos, de forma que a los hombres de nuestra edad les resulte más fácil el camino para abrazar las verdades y para recibir la salvación que nos ha traído Jesucristo.

Según las normas conciliares, en la revisión de los esquemas la Comisión Coordinadora no se pronuncia sobre el contenido doctrinal de los mismos, sino sobre la orientación y la forma, examinando si responden o no a los fines pastorales y ecuménicos del Vaticano II y si están elaborados en conformidad con el criterio del Papa y a tenor de las normas dadas en orden a la armonía exigida por el plan de conjunto y la marcha general de la asamblea.

Como se ve, los poderes de esta *Commissio de negotiis Concilii componendis seu coordinandis*, como la llama el nuevo reglamento [264], son bastante amplios y sus funciones de una importancia decisiva. Por eso en Roma la llaman la «Supercomisión». A ella pasó también la competencia que antes tenía el *Secretariatus de negotiis extra ordinem,* ahora suprimido por Pablo VI en esta nueva ordenación de los organismos dirigentes del Concilio. Los miembros de dicho Secretariado, que no pertenecían ya a la Coordinadora, fueron agregados por el papa Montini al *Consilium Praesidentiae,* cuyas funciones quedaron reducidas a las de una presidencia de honor o alta corte, encargada de procurar la perfecta aplicación del reglamento, según dice el Papa en la citada carta al cardenal decano:

Misión de este Colegio es cuidar la recta observancia del *Ordo*

del Concilio Ecuménico, resolviendo dudas y solucionando las dificultades que surjan.

Este pequeño «Senado», después de la reforma de Pablo VI, consta de doce distinguidos cardenales: Eugenio Tisserant, Achille Liénart, Ignace Gabriel Tappouni, Norman Thomas Gilroy, Francis Spellman, Joseph Frings, Ernesto Ruffini, Antonio Gaggiano, Giuseppe Siri, Stefan Wyszynski, Albert Gregory Meyer, Bernard Jan Alfrink.

A la Comisión Coordinadora Pablo VI añadió tres miembros más, quedando compuesta por los siete antiguos: Amleto Giovanni Cicognani, Achille Liénart, Francis Spellman, Giovanni Urbani, Carlo Confalonieri, Julius Döfner y Leo Jozef Suenens; y los tres nuevos: Gregorio Pietro Agagianian, Giacomo Lercaro y Francesco Roberti [265].

Presidente de la Comisión Coordinadora es el secretario de Estado de Su Santidad, y de ella forman parte el secretario del Concilio, monseñor Pericle Felici, y los cinco subsecretarios: Philippe Nabaa, Casimiro Morcillo, Jean Villot, John Joseph Krol y Wilhelm Kempf [266].

Con su reforma de estructuras Pablo VI puso en el Vaticano II cuatro hombres clave: los moderadores. *Cardinales Delegati seu Moderatores,* «con el encargo de dirigir los trabajos del Concilio, alternándose en la ordenación de las Congregaciones Generales, a fin de que resulten más ordenadas y más claras las intervenciones de cada uno de los miembros y del conjunto de la asamblea, quedando siempre a salvo la libertad de los padres conciliares» [267].

Estos cuatro cardenales, Agagianian, Lercaro, Döpfner y Suenens, auténticos «conductores», «directores» o «gobernantes» —así podríamos traducir el término latino «*moderatores*»; «pilotos», les llama Laurentin—, *electi,* elegidos por el Sumo Pontífice y actuando en su nombre y con su autoridad como *delegati* del Santo Padre, se convirtieron en los protagonistas más destacados del Vaticano II, «punto de encuentro y de mediación —como dice G. Alberigo— entre el Jefe del Concilio, es decir, el Papa, y el cuerpo de la asamblea, esto es, el episcopado universal, a fin de que el diálogo fuese lo más ordenado, libre y fructuoso posible» [268].

La creación de este órgano fue la decisión más audaz de Pablo VI en relación con las estructuras del Concilio. Por otro lado, la designación de las personas resultó altamente significativa, y muy reveladora de la línea del nuevo Papa.

Llamativa fue también la designación de los *auditores,* que consagraba oficialmente la entrada de los seglares en el Concilio, iniciativa ésta muy

en consonancia con las ideas que sobre el laicado católico viene lanzando el papa Montini antes y después de su elevación al pontificado romano [269].

En la carta al cardenal decano, con la cual el Santo Padre hace públicas todas estas disposiciones que vengo comentando, se anunciaba también la creación del Secretariado para las religiones no cristianas y se habla de otra singular iniciativa:

> A nuestro venerable hermano, Martín Juan O'Connor, arzobispo titular de Laodicea de Siria, hemos confiado la misión de mejorar y ampliar los medios para la publicación de noticias.

De cara al segundo período del Concilio fue éste un notable acontecimiento. Pocos días después de su elección —el 29 de junio—, en una audiencia concedida a los periodistas, que habían acudido a Roma para el conclave, Pablo VI les anunció ya su propósito de proporcionar mayores facilidades de información sobre las tareas del Vaticano II, dándoles al mismo tiempo orientaciones para realizar su delicada misión.

> En la próxima etapa del Concilio procuraremos con todo empeño ofreceros, como ya se hizo durante la primera sesión, los mejores servicios con el fin de facilitar vuestro trabajo y haremos todo lo posible para que podáis conocer, en los momentos debidos y en las formas oportunas, las cosas que exigen vuestro afán de noticias y vuestra rapidez en la transmisión, confiando siempre en que vuestra honradez y comprensión nos proporcionarán en todo momento la alegría, nunca la pena, de haberos reservado una amistosa acogida y una diligente atención. Os ayudaremos también, siempre según las posibilidades, a comprender la verdadera naturaleza y el espíritu de los hechos, a los que dedicáis vuestro servicio, que no debe estar guiado, como ocurre a veces, por los criterios que frecuentemente inspiran y clasifican los asuntos de la Iglesia según categorías profanas y políticas, que no sirven para estas cosas, sino que frecuentemente las deforman; debe, por el contrario, tenerse en cuenta lo que realmente inspira la vida de la Iglesia, esto es, sus finalidades religiosas y morales y sus características cualidades espirituales.

El Papa concretó su propósito en la creación de un organismo conciliar nuevo, el *Consilium nuntiis dandis praepositum,* o «Comité para la prensa», formado por un presidente, de nombramiento pontificio, y dieciséis padres conciliares, designados por las conferencias episcopales en represen-

tación de los principales grupos lingüísticos y de determinadas zonas geográficas [270].

Misión de este comité es la de secundar los deseos del Santo Padre en orden a mejorar y ampliar las informaciones sobre el Concilio, es decir, crear lo que podríamos llamar una «política de información» en relación con el Vaticano II.

De este comité depende la oficina de prensa del Concilio, organismo puente entre la asamblea ecuménica y los periodistas. Esta oficina, creada por Juan XXIII, actuó ya durante el primer período del Concilio y fue reforzada y ampliada para reanudar sus tareas en vísperas de la segunda sesión con un programa nuevo: el de proporcionar a los periodistas todas las noticias que necesiten o deseen sobre los trabajos conciliares, sobre las intervenciones de los padres, el contenido de sus discursos, las votaciones y la marcha del Concilio. Se acabaron así los misterios sobre el desarrollo de las Congregaciones Generales. El secreto de los padres quedó notablemente atenuado y los jefes de las diversas secciones lingüísticas de la oficina autorizados a comunicar a los periodistas todo lo que se dice o hace en el aula conciliar [271].

Realizando ese afán que tiene Pablo VI de poner a la Iglesia en diálogo con el mundo moderno ha querido que se abran las compuertas de la información para que durante el Concilio la Iglesia haga su *meditación* sobre sí misma en voz alta con el fin de que la oigan los hombres de nuestro tiempo.

Con todas estas novedades y cambios de estructura, y, sobre todo, con una gran expectación ante el nuevo Papa, comenzó el segundo período del Vaticano II, el 29 de septiembre de 1963.

Concilio, segunda etapa

Pablo VI tenía un ardiente deseo de encontrarse con sus hermanos en el episcopado y por eso la reapertura del Concilio resultó para él y para todos un acontecimiento eclesial cargado de emociones.

Todos los padres, reunidos de nuevo en la basílica de San Pedro, cantaron el *Veni Creator*. El decano del Sacro Colegio celebró la misa pontifical. El nuevo Papa y los nuevos obispos hicieron la profesión de fe. Los

cardenales, los patriarcas y los representantes del episcopado y de las órdenes religiosas prestaron obediencia al Sumo Pontífice... Espléndida ceremonia. Su Santidad pronunció el discurso programático que analizamos en diversos capítulos de este libro: por eso no voy a poner ahora aquí nuevas glosas a tan importante documento. Baste decir, una vez más, que se trata de un texto histórico, verdaderamente trascendental para el futuro de la cristiandad [272].

Así comenzó el nuevo Papa su diálogo con los padres conciliares:

> Salve. Os saludamos, hermanos amadísimos en Cristo, a quienes hemos convocado de todas las partes del mundo, donde la santa Iglesia católica tiene implantada su jerarquía. Saludamos a quienes acogiendo nuestra invitación habéis acudido a celebrar juntamente con Nos la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II...
>
> ¡Qué bien cuadra a esta solemne y fraternal asamblea el noble y profético nombre de *Ecclesia...!* Reunidos aquí nuevamente, como en un cenáculo que, a pesar de las dimensiones amplísimas de su mole, resulta estrecho por la multitud de cuantos en él están reunidos; aquí, ciertamente, nos asiste desde el cielo la Virgen Madre de Cristo; aquí, en torno al sucesor de San Pedro, el último de sus sucesores en cuanto al tiempo y al mérito, pero idéntico al primer apóstol en la autoridad y en la misión; os habéis congregado, venerables hermanos, como apóstoles que sois, originarios del colegio apostólico y sus auténticos herederos; aquí estáis, unificados por una misma fe y una misma caridad; aquí disfrutaremos del carisma del Espíritu Santo, que se encuentra presente, animando, enseñando, prevaleciendo; aquí, todas las lenguas serán una sola voz y una sola voz será el mensaje al universo entero; aquí llega con paso gallardo, después de casi veinte siglos de camino, la Iglesia peregrina; aquí se reúne todo entero, junto a la fuente que apaga totalmente la sed y de nuevo la excita, el escuadrón apostólico que proviene del universo mundo y que desde aquí volverá a emprender confiadamente el camino a través del mundo y del tiempo hacia la meta, que está más allá de la tierra y de los siglos.
>
> Os saludamos, hermanos. Así os acoge el que se siente el más pequeño entre vosotros, el siervo de los siervos de Dios, aunque cargado con las llaves supremas que Cristo Nuestro Señor entregó a Pedro. Así os agradece el testimonio de obediencia y de confianza que le trae vuestra presencia; así os demuestra con hechos su voluntad de orar con vosotros, de dialogar con vosotros, de deliberar y trabajar con vosotros...

Se inició bajo esta luz el segundo período del Concilio y se abrió el gran diálogo del nuevo Papa con el colegio episcopal. Pablo VI dijo «su palabra» en este discurso que, por constituir el programa del pontificado y del

Concilio, y por ser el más importante que el papa Montini ha pronunciado en este primer año de su misión apostólica, le he tomado como nervio ideológico de este libro. Por eso está reproducido íntegro en las páginas del presente volumen, si bien va distribuido en los distintos capítulos según los diversos puntos o temas que se tocan a lo largo de la obra.

El Sumo Pontífice habló el 29 de septiembre. El día 30, en la primera Congregación General del segundo período del Concilio, comenzaron los obispos a exponer sus ideas en ese diálogo franco, sereno, elevado y eclesial a que les había invitado Pablo VI.

Posición del Papa ante el Concilio

No voy a dar ahora aquí una crónica completa del Concilio, cuya marcha e ideas se van reflejando a lo largo de todo este libro [273]. Interesa, sin embargo, hacer notar que la actuación de Pablo VI, aparte sus intervenciones en actos especiales [274], fue reservada, a tono con el criterio y norma que él mismo expuso meses después en un discurso al episcopado italiano:

> En esta fase de los trabajos conciliares de propósito nos abstenemos de expresar nuestra opinión en relación con las doctrinas y decretos que serán sometidos a examen. Queremos mantenernos así en la línea práctica que nos hemos fijado: la de dejar a los padres conciliares y con ellos a las diversas conferencias episcopales y a las comisiones del Concilio libre y amplia posibilidad de investigación, discusión y expresión. Ha sido ésta una nota dominante de este gran Concilio; deseamos permanecer fieles a ella [275].

Con todo, el Papa siguió muy atentamente las tareas conciliares. A través de su circuito televisivo se asomó frecuentemente a la sala ecuménica y escuchó numerosas intervenciones de los padres [276]. Además, Su Santidad podía tener a disposición siempre el texto escrito de todos los discursos o votos. Recibió en audiencia a los diversos grupos de obispos de las distintas naciones y tuvo contacto personal directo con muchos padres; en particular, con los cuatro moderadores, a los que recibía en audiencia conjunta una vez por semana. En una ocasión les invitó incluso a comer con él y como prueba de afecto y confianza les hizo un simbólico obsequio: cuatro cálices bien distintos que el Papa eligió personalmente fijándose en los gustos de cada uno de sus cuatro comensales.

El día 15 de noviembre el Papa reunió a los miembros del Consejo de Presidencia y de la Comisión Coordinadora. El cardenal Lercaro tuvo una relación sobre la marcha del Concilio, asunto que fue luego sometido a discusión. Todos los presentes manifestaron libremente sus opiniones y el Santo Padre escuchó con suma atención tomando notas y percatándose de los diversos problemas [277].

Así, pues, Pablo VI dejó que el Concilio caminase libremente sin interferir para nada. Tenía ya el Vaticano II sus órganos de gobierno y un reglamento aprobado por el mismo Papa. El programa y los fines eran bien conocidos; las orientaciones pontificias, muy claras, y el camino estaba trazado en el discurso de apertura. Recordemos lo que dijo el Santo Padre:

> Volvamos, pues, hermanos, a emprender el camino. Este sencillo propósito trae a nuestro espíritu otro pensamiento tan importante y tan luminoso que nos obliga a comunicarlo a esta asamblea, aunque ya se encuentra toda ella informada y orientada sobre él.
>
> ¿De dónde arranca nuestro camino? ¿Por qué ruta pretende ir teniendo en cuenta, más que las indicaciones prácticas ya recordadas, las normas divinas a que debe obedecer? ¿Y qué meta deberá fijarse nuestro itinerario, marchando, sí, sobre el plano de la historia terrena, en el tiempo y en el modo de esta nuestra vida presente, pero claramente orientado a la meta final y suprema que, como muy bien sabemos, no puede faltar al término de nuestra peregrinación?
>
> Estas tres preguntas, sencillísimas y capitales, tienen, como ya sabemos, una sola respuesta, que aquí en esta hora debemos darnos a nosotros mismos y anunciarla al mundo que nos rodea: Cristo... Hacia El vaya la plena atención de este Concilio... Que no se cierna sobre esta reunión otra luz que la de Cristo...
>
> Es conveniente, a nuestro juicio, que este Concilio arranque de esa visión [de Cristo]... Si nosotros, venerables hermanos, colocamos delante de nuestro espíritu esta soberana concepción..., podremos comprender mejor los fines principales del Vaticano II que, por razones de brevedad y de mejor inteligencia, indicaremos en cuatro puntos: el conocimiento, o si se quiere decir de otro modo, la conciencia de la Iglesia, su reforma, la recomposición de todos los cristianos en la unidad y el coloquio de la Iglesia con el mundo contemporáneo...
>
> Nuestra misión de ministros de la salvación es grande y grave. Para mejor llevarla a cabo estamos ahora reunidos en esta solemne asamblea. La comunión de nuestros ánimos, profunda y fraternal, nos sirva de guía y nos dé vigor. La comunión con la Iglesia celeste nos sea propicia: asístannos los santos de nuestras diócesis y de nuestras familias religiosas, asístannos los ángeles y santos todos, especialmen-

te los apóstoles Pedro y Pablo y San Juan Bautista, y en particular San José, declarado patrono de este Concilio. Maternal y potente nos sea la asistencia de María Santísima, a quien de corazón invocamos; presida Cristo; y todo sea para gloria de Dios, de la Santísima Trinidad, cuya bendición nos atrevemos a daros a todos vosotros, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Así, *in nomine Domini,* siguiendo su lema de siempre, empezó Pablo VI el segundo período del Concilio. Lo vivió intensamente. Lo conoció por dentro como nadie y al mismo tiempo lo miró desde fuera y le dirigió *ex alto,* como Sumo Pontífice.

En los últimos días tomó algunas decisiones de especial importancia en relación con la marcha de la sagrada asamblea. Así, elevó a treinta el número de los miembros de las comisiones y ordenó la celebración de una sesión pública para votar y promulgar la constitución sobre la sagrada liturgia y el decreto sobre los instrumentos de comunicación social [278].

La sesión tuvo lugar el día 4 de diciembre. Los padres aprobaron ambos documentos, el primero casi por unanimidad, el segundo con una gran mayoría: el Sumo Pontífice los aprobó también y mandó promulgar con la siguiente fórmula:

En el nombre de la Santísima e individua Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, los decretos que acaban de ser leídos en este sacrosanto Concilio Vaticano II legítimamente reunido han obtenido el beneplácito de los padres. Y Nos, con la potestad apostólica que Cristo nos ha dado, en unión con los venerables padres, los aprobamos, decretamos y establecemos en el Espíritu Santo y disponemos que lo que así se ha decidido, conciliarmente, sea promulgado para la mayor gloria de Dios [279].

El Papa hace balance del Concilio

En la memorable sesión pública del día 4 de diciembre, Pablo VI, con un importante discurso, que vamos a analizar aquí, hizo balance del período conciliar que se concluía y dio ya orientaciones certeras para la preparación de la tercera etapa:

Ha llegado ya la hora de poner término a esta segunda sesión de nuestro gran Concilio Ecuménico.

Se ha prolongado bastante la ausencia de vuestras respectivas diócesis, donde el sagrado ministerio reclama vuestra presencia, consejo y acción de celosos pastores; grave, asiduo y largo ha sido el trabajo, en el cual las ceremonias, los estudios y las reuniones de este período conciliar os han ocupado a todos; hemos entrado ya en los sagrados días del Adviento, que nos prepara para celebrar dignamente la memoria, que cada año se repite, siempre solemne, siempre maravillosa, siempre llena de piedad, del santo nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y ninguno de nosotros, durante la celebración tan importante y absorbente del inefable misterio de la Encarnación del Verbo de Dios, puede estar ocupado con otros pensamientos, por muy elevados y santos que sean, ni residir para la acción de los misterios litúrgicos en otra sede, por muy excelsa y venerable que sea, fuera de aquella en que la Providencia ha señalado a cada uno su iglesia, su comunidad y su oficio sacerdotal y pastoral.

Por esta causa debemos interrumpir otra vez el curso de estas magníficas sesiones sinodales, debemos darnos mutuamente los saludos de la paz fraternal, debemos experimentar una vez más el inexorable flujo de las cosas que el tiempo engendra y devora, debemos separarnos después de haber gozado días y acontecimientos de estupenda conversación fraternal.

Pero esto no puede ser sin que antes demos gracias a Dios por los beneficios que El nos ha concedido en esta ocasión y por medio de ella; ni podemos silenciar nuestro agradecimiento a cuantos han participado en esta sesión conciliar y han contribuido de alguna manera positiva a su feliz desenvolvimiento. Una expresión de particular gratitud va de nuestra parte a la presidencia del Concilio, a los moderadores, a la Secretaría de un modo especial, como también a las comisiones, a los peritos, a los servicios de prensa y televisión y a cuantos han hecho esta basílica acogedora, y, asimismo, a todos los que han facilitado la hospitalidad y los diversos servicios a los padres conciliares. Además, debemos agradecimiento particular a los padres que han querido ofrecer su contribución a los enormes gastos de la buena organización de este acontecimiento y que con paterna caridad han ayudado a sus hermanos necesitados, o han contribuido a las inmensas necesidades de la Iglesia y de las víctimas de las recientes desgracias.

Antes de concluir nuestros trabajos sería oportuna hacer una relación de conjunto observando al mismo tiempo cuál ha sido su desarrollo y cuáles sus resultados. Pero esto exigiría mucho espacio: ni podríamos describirlo todo, ya que muchos aspectos de este Concilio pertenecen al campo de la gracia y al reino interior de las almas, donde no siempre es fácil entrar; además, muchos resultados de los trabajos realizados no están en este momento maduros, sino que como simientes arrojadas en el surco esperan del tiempo venidero y de nuevos misteriosos concursos del divino favor, su efectivo y benéfico crecimiento.

El Concilio ha conseguido sus fines. El primero de todos: definir a la Iglesia, a través de una sublime meditación que ha de continuar. La Iglesia ha reflexionado sobre sí misma, se ha ido enamorando más de Cristo y ha comenzado a delinear su futuro. Por eso, el balance es positivo. El Concilio es la bendición más grande que Dios ha dado a la Iglesia en nuestro tiempo:

> Para que no parezca que nos separamos de esta bendita sede conciliar sin agradecer a Dios los beneficios que de este acontecimiento han brotado como de una fuente, nos diremos, ante todo, a nosotros mismos que algunos de los fines que el Concilio se proponía conseguir, al menos en parte, se han logrado ya. Quería la Iglesia acrecentar la conciencia y el conocimiento de sí misma; he aquí que ella, en la reunión de sus pastores y doctores, ha iniciado una gran meditación sobre el misterio del que trae su origen y forma; la meditación no está terminada, pero la dificultad misma de concluirla nos recuerda la profundidad y amplitud de esta doctrina, y a cada uno de nosotros nos estimula a un esfuerzo de comprensión y de expresión que, por una parte, necesariamente habrá de conducir nuestras mentes y también ciertamente las de los fieles que siguen atentos nuestros trabajos, a Cristo, de quien todo deriva sobre nosotros y a quien queremos nosotros referirlo todo: *Reconciliare omnia in Ipsum (Col.,* 1, 20); por otra parte, acrecentar nuestro gozo de haber sido llamados a formar parte de este santísimo Cuerpo Místico de Cristo, y nuestra mutua caridad, principio y ley de la vida de la Iglesia. Alegrémonos, hermanos. ¿Cuándo jamás la Iglesia se sintió tan consciente de sí misma, cuándo tan enamorada de Cristo, cuándo tan feliz y tan concorde, cuándo tan solícita de su imitación y tan pronta al cumplimiento de su misión? Alegrémonos, hermanos: Hemos aprendido a conocernos y a conversar entre nosotros, y de extraños que casi éramos los unos respecto de los otros, nos hemos hecho amigos; ¿no es verdad que hemos tenido una experiencia sensible de aquellas palabras de San Pablo que precisamente definen a la Iglesia: «Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, sobre la piedra angular que es el mismo Cristo Jesús»? *(Ef.,* 2, 19-20); ¿y no vemos ya que si la ley canónica que gobierna la Iglesia ha de tener una evolución ésta se verificará en un doble sentido: reconocer primeramente a cada persona y a cada función mayor dignidad y mayor facilidad de desenvolverse, y luego reforzar al mismo tiempo, como por intrínseca exigencia de amor, de armonía y de mutuo respeto, la potestad que traba jerárquicamente la comunidad de los creyentes? Debemos, en verdad, decir que este Concilio es una cosa grande y un gran favor de Dios a su Iglesia, si a estos pensamientos y a estos propósitos están decididamente orientados nuestros ánimos.
>
> Concluimos, por tanto, esta sesión conciliar, destacando, después

> de considerar bien todo, su valor positivo: ha trabajado mucho; ha terminado algún capítulo de su ímprobo trabajo; ha adelantado bastante en el estudio de otros importantes capítulos; ha demostrado cómo las diversas opiniones han podido manifestarse libremente, y, al propio tiempo, ha hecho ver cómo es deseable y posible el acuerdo en las cuestiones fundamentales que se discuten, y cómo es en todos y cada uno firme y abierta la adhesión a las verdades dogmáticas, que forman parte del patrimonio doctrinal de la Iglesia; ha estimulado, además, en todos aquella caridad que nunca debe separarse de nosotros en la búsqueda y la profesión de la verdad; ha tenido continuamente presente la finalidad pastoral de este Concilio; ha buscado siempre métodos y expresiones que puedan favorecer el acercamiento a nosotros de los hermanos separados; ha acompañado cada uno de sus actos con la oración a Dios, fuente de toda nuestra esperanza.

El Jefe del Concilio se manifiesta satisfecho y expresa su alegría contemplando de nuevo el espectáculo eclesial del aula ecuménica. Tres características especiales quiere poner de relieve el Papa: la libertad, la espontaneidad y la intensidad con que se han realizado las tareas:

> Y si nos preguntamos acerca de los trabajos del Concilio, debemos, también aquí, alegrarnos que ellos hayan tenido tan numerosa, tan asidua, tan viva participación. Una vez más el espectáculo de esta basílica, poblada con vuestra venerada y numerosa presencia, ha llenado de admiración, de piedad y de espiritual alegría nuestro ánimo; una vez más nos ha sido grato ver presentes a los respetables observadores llamados a esta asistencia por ellos tan gentilmente aceptada; igualmente ha sido un motivo de paterno consuelo la intervención, callada, sí, pero filialmente adherente, de los auditores, hijos queridísimo representantes de las inmensas falanges del laicado católico, que colabora con la jerarquía de la Iglesia en la difusión del reino de Dios. En esta ocasión todo se hace simbólico aquí en el aula, todo habla y todo es señal de divinos pensamientos, todo presagio de esperanzas divinas.
>
> La misma complacencia suscita en Nos la manera con que se ha desarrollado la actividad de este Concilio. ¿No debemos manifestar nuestro reconocimiento a los padres de la presidencia conciliar, a los moderadores, a la secretaría del Concilio, a las comisiones y a los peritos que os han asistido con su trabajo y consejo?
>
> Notaremos aquí, además, un doble aspecto de esta actividad: que ha sido bastante laboriosa y completamente libre en la expresión de sus intervenciones. Nos parecen muy dignos de destacarse tales méritos que caracterizan este Concilio y que servirán de ejemplo a la Historia: así obra hoy la santa Iglesia en el momento más alto y más significativo de su actividad: intensa y espontáneamente.
>
> Ni disminuye esta complacencia para nada el hecho de la varie-

dad, de la multiplicidad y aun de la diversidad de pareceres que han entretejido las discusiones conciliares; ello es una prueba de la profundidad de los temas tratados, del interés con que han sido examinados y de la libertad, como decíamos, con que se han discutido.

El Papa habla luego de los dos primeros frutos del Concilio; la promulgación de la constitución litúrgica y del decreto sobre los medios de comunicación social; señala también como fruto del Vaticano II el *Motu proprio* sobre las facultades a los obispos haciendo notar expresamente que esas facultades competen por derecho propio a los mismos [280].

Por lo demás, no ha quedado sin fruto la ardua e intrincada discusión, puesto que uno de los temas, el primero que fue examinado, y en cierto sentido el primero también por la excelencia intrínseca y por su importancia para la vida de la Iglesia, el de la sagrada liturgia, ha sido terminado y es promulgado por Nos solemnemente. Nuestro espíritu exulta de gozo ante este resultado. Nos rendimos en esto un homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios, en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la liturgia, la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual, el primer don que podemos hacer al pueblo cristiano, que con nosotros cree y ora, y la primera invitación al mundo para que desate en oración dichosa y veraz su lengua muda y sienta el inefable poder regenerador de cantar con nosotros las alabanzas divinas y las esperanzas humanas, por Cristo Señor en el Espíritu Santo.

Estará bien que nosotros apreciemos como un tesoro este fruto de nuestro Concilio como algo que debe animar y caracterizar la vida de la Iglesia; es, en efecto, la Iglesia una sociedad religiosa, es una comunidad orante, es un pueblo floreciente de interioridad y de espiritualidad promovidas por la fe y por la gracia. Si nosotros ahora simplificamos algunas expresiones de nuestro culto y tratamos de hacerlo más comprensible al pueblo fiel y más asequible a su lenguaje actual no queremos, ciertamente, disminuir la importancia de la oración, ni posponerla a otros cuidados del ministerio sagrado o de la actividad pastoral, ni empobrecerla de su fuerza expresiva y de su encanto artístico. Sí, queremos hacerla más pura, más genuina, más próxima a sus fuentes de verdad y de gracia, más idónea para hacerse espiritual patrimonio del pueblo.

Para que esto sea así, queremos que nadie atente contra la regla de la oración oficial de la Iglesia con reformas privadas o ritos singulares, que nadie se arrogue el anticipar la aplicación arbitraria de la constitución litúrgica, que Nos hoy promulgamos, antes de que se den las oportunas y autorizadas instrucciones, y que las reformas, a cuya preparación deberán atender los convenientes organismos posconcilia-

res, sean debidamente aprobadas. Nobleza de la oración eclesiástica es su armonía coral en el mundo: que nadie pretenda turbarla, nadie pretenda ofenderla.

Otro fruto, y no de poco valor, de nuestro Concilio es el decreto sobre los medios de comunicación social, índice de la capacidad que la Iglesia posee de unir: a la vida interior, la exterior; a la contemplación, la acción; a la oración, el apostolado. Esperamos que también este resultado conciliar pueda llegar a ser guía y estímulo de muchísimas formas de actividad, insertas ya en lo sucesivo como instrumento y como documento en el ejercicio del ministerio pastoral y de la misión católica del mundo.

Podemos, asimismo, enumerar entre los frutos del Concilio aquellas numerosas facultades que, secundando las miras pastorales del mismo, hemos querido declarar, en el documento distribuido a cada uno de los padres, ser de la competencia de los obispos, con particular consideración para con los prelados provistos de jurisdicción ordinaria.

La tarea realizada por los padres conciliares ha sido ingente. El episcopado católico ha manifestado su opinión sobre numerosos problemas eclesiales apuntando soluciones que constan en las actas conciliares. La publicación de éstas en su momento oportuno proporcionará a toda la Iglesia una enorme riqueza de doctrina y orientaciones:

El Concilio ha trabajado mucho. Como bien sabéis, ha afrontado muchos problemas cuyas soluciones están en parte ya virtualmente fijadas en autorizadas sentencias que, concluido el trabajo sobre la materia a que se refieren, serán a su tiempo debidamente publicadas.

Hacia el tercer período del Vaticano II

En el discurso que estamos comentando el Papa comienza a trazar planes para la nueva etapa, la tercera del Vaticano II, orientando así los trabajos preparatorios de la misma. Cuando el Santo Padre habla está ya oficiosamente anunciado que la próxima sesión se abrirá el 14 de septiembre de 1964. Pablo VI invita a la reflexión sobre los graves problemas que quedan pendientes y da normas claras para el trabajo de las comisiones, haciendo notar expresamente que éstas son un instrumento de las Congregaciones Generales, cuya mente, por lo mismo, han de tener muy en cuenta:

Otras cuestiones quedan abiertas a nuevo estudio y a nueva dis-



12. Lectura de un comunicado de prensa en la Oficina de información del Concilio.

> cusión, que Nos esperamos pueda conducir a buen término la próxima tercera sesión en el otoño del año que viene. No nos desagrada que sobre problemas tan graves repose un tanto nuestra reflexión y que la labor de las comisiones competentes, de cuya valiosa ayuda tanto esperamos, habida cuenta de la mente expresada por los padres conciliares, especialmente en las Congregaciones Generales, prepare para las futuras reuniones conciliares fórmulas profundamente estudiadas, rigurosamente enunciadas, oportunamente condensadas y abreviadas, de modo que su discusión, libre siempre, resulte más fácil y más breve.

Entre los temas que han de ocupar un puesto destacado en la agenda conciliar del tercer período el Papa señala el de la divina Revelación, que fue muy debatido en la primera fase del Concilio[281], el del episcopado, tema capital de la segunda etapa, y el de la Virgen, al que me he referido ya en el primer capítulo de este libro:

> Tal es, por ejemplo, la cuestión sobre la divina revelación, a la cual el Concilio dará una respuesta que a un tiempo defienda el sagrado depósito de las verdades divinas contra los errores, abusos y dudas que comprometen su validez subjetiva, y dirija los estudios bíblicos patrísticos y teológicos que el pensamiento católico, fiel al magisterio eclesiástico y sostenido por todos los adecuados recursos científicos modernos, promoverá confiadamente con ardor y con prudencia.
>
> Semejante a ésta es la importante y compleja cuestión sobre el episcopado, la cual ocupa el lugar principal, por orden lógico y por la importancia del tema, en este Concilio Ecuménico Vaticano II, que, jamás olvidaremos, es natural continuación y complemento del Concilio Ecuménico Vaticano I; y que, por tanto, no ya en contraste, sino en confirmación de las sumas prerrogativas derivadas de Cristo y reconocidas al Romano Pontífice, dotado de toda la autoridad necesaria para el gobierno universal de la Iglesia, quiere poner en su debida luz, según la mente de Nuestro Señor y según la auténtica tradición de la Iglesia, la naturaleza y la función, divinamente instituidas del episcopado declarando cuáles son sus poderes y cuál debe ser su ejercicio, sea con respecto a cada obispo en particular, sea en su conjunto, de modo que quede ilustrada dignamente la altísima posición del mismo episcopado en la Iglesia de Dios no como entidad independiente, ni separada, ni mucho menos antagonista respecto al Sumo Pontificado de Pedro, sino cooperando con él y bajo él al bien común y al fin supremo de la misma Iglesia, de tal manera que resulte revigorizada, no debilitada, la trama jerárquica; aumentada, no frenada, la interior colaboración; acrecentada, no disminuida, la eficacia apostólica; inflamada, no entibiada, la mutua caridad. Nos esperamos que sobre tema

de tan grande importancia el Concilio diga su palabra clarificadora y confortante.

De igual manera esperamos en este Concilio la mejor y más conveniente solución a la cuestión relativa al esquema de la bienaventurada Virgen María...: el reconocimiento unánime y devotísimo del puesto enteramente privilegiado que la Madre de Dios ocupa en la santa Iglesia, sobre la cual trata principalmente el presente Concilio: después de Cristo, el más alto y a nosotros el más cercano, de forma que con el título «Mater Ecclesiae» podremos venerarla para gloria suya y consuelo nuestro.

El Vaticano II afrontará también en la próxima sesión los demás temas pendientes, sobre los que tanto han trabajado las comisiones conciliares. El Papa puntualiza cómo ha de hacerlo y habla ya de los organismos y tareas posconciliares:

Y después de estas cuestiones, que el Concilio ha examinado, quedan otras muchas que todavía no han podido tratarse en él. Pero que ya han sido estudiadas ampliamente. Nos procuraremos que se profundice nuevamente, durante la próxima sesión del Concilio, en el examen de tales cuestiones, para poder mostrar esquemas más breves y de tal forma concebidos que no sea difícil obtener un juicio del mismo Concilio sobre algunas proposiciones fundamentales, dejando la ampliación ilustrativa y el desarrollo de las disposiciones a las comisiones posconciliares, entre las cuales tendrá un trabajo principal la relativa a la compilación de los nuevos códigos, tanto para la Iglesia latina como para la Iglesia oriental. Y será este trabajo posterior al Concilio el que hará preciosa la colaboración del episcopado con nuevas formas, sugeridas por la necesidad y por la índole especial de la estructura de la Iglesia. Por esto nos será útil y grato escoger del episcopado mundial y de las órdenes religiosas óptimos y expertos hermanos, como se ha hecho para las comisiones preparatorias, que vengan, junto con los miembros competentes del sacro Colegio, a prestarnos consejo y ayuda para traducir en normas oportunas y pormenorizadas las deliberaciones generales del Concilio. De esta manera, quedando siempre firmes las prerrogativas del Romano Pontífice, definidas por el Concilio Vaticano I, la experiencia, con el favor de la Divina Providencia, nos irá sugiriendo en adelante cómo hacer más eficaz la devota y cordial colaboración de los obispos para el bien de la Iglesia universal.

El Vaticano II abre cada vez perspectivas más espléndidas a la Iglesia. Caminando decididamente hacia sus metas y viendo no lejano su fin, el Concilio proseguirá desplegando su plan y su intensa actividad, pues mucho

es lo que queda todavía por hacer. La Iglesia continúa en «estado de Concilio», pero bien consciente de su misión y de sus siempre inmensas posibilidades:

> Pero, sin embargo, ella nos deja más viva aún la visión de todo lo que queda todavía por llevar a cabo, y más sentida nuestra obligación de hacer a la Iglesia más idónea para llevar al mundo moderno su mensaje de verdad y de salvación. No se ha apartado nuestra preocupación de las condiciones del tiempo presente, ni se ha atenuado nuestro amor a la humanidad que nos rodea. Y será este anhelo de una caridad más eficiente el que llevaremos en nuestros corazones al emprender cada uno el viaje de vuelta a las sedes habituales y a las acostumbradas tareas. Antes todavía que esta asamblea trate de los problemas del apostolado moderno, todos nosotros —se puede decir— conocemos sus soluciones; la enseñanza de la Iglesia acerca de ellas es ya rica y luminosa, el ejemplo de los hermanos mejores nos ha indicado los caminos. ¿No podremos ya desde ahora, de vuelta de este Concilio, mostrar nuestra reavivada virtud pastoral, llevando palabras de exhortación y de aliento a nuestros fieles y a cuantos queden al alcance de nuestro ministerio? ¿No podremos ya desde ahora, casi como preparación para la sesión futura, dar a nuestra vida interior una mayor intensidad y más atento oído a la divina palabra? ¿No podremos llevar a nuestro clero un mensaje de fervor y caridad; a nuestros laicos, un saludo alentador y confiado, una invitación reconfortante a la juventud, un rayo de verdad al campo del pensamiento, un mensaje de esperanza y afecto al mundo del trabajo y a los pobres la primera bienaventuranza del Evangelio?
>
> Nos parece que no habría un ejercicio de ministerio más solícito para disponernos a concluir, Dios mediante, el gran Concilio, con prácticas y fructuosas determinaciones.

Pablo VI terminó su discurso anunciando el viaje a Palestina, despidiendo a todos con afectuosos saludos y recordando de un modo especial a a los hermanos ausentes:

> Está tan viva en nosotros la convicción de que para la feliz conclusión del Concilio es necesario intensificar las oraciones y las obras, que hemos decidido, tras madura reflexión y abundante plegaria, hacernos Nos mismo peregrino a la tierra de Jesús Nuestro Señor. Así, pues, si Dios nos asiste, queremos ir en el próximo mes de enero a Palestina, para venerar personalmente, en los lugares santos donde Cristo nació, vivió, murió y resucitado subió al cielo, los misterios principales de nuestra salvación: la Encarnación y la Redención. Veremos aquella tierra bendita, de la que Pedro salió y ninguno de sus sucesores ha vuelto. Iremos humildemente y en seguida regresaremos,

haciendo un viaje de oración, de penitencia y de renovación para ofrecer a Cristo su Iglesia, para llamar a esta Iglesia única y santa a los hermanos separados, para implorar la divina misericordia en favor de la paz entre los hombres, esa paz que en nuestros días aparece todavía tan débil y temblorosa, para suplicar a Cristo Señor por la salvación de toda la humanidad. Que la Virgen Santísima guíe nuestros pasos, que los apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos nos asistan benignos desde el cielo.

Y así como os tendremos presentes a todos en nuestro espíritu durante este piadosísimo viaje, así os pedimos a vosotros, venerables hermanos, que nos acompañéis con vuestras oraciones, para que este Concilio pueda llegar a buen fin, para gloria de Cristo y bien de su Iglesia.

Damos las gracias y saludamos a todos, y expresamos igualmente a los observadores nuestra afectuosa y reverente despedida. Saludamos igualmente a los carísimos auditores y a todos los que han rezado y trabajado por este Concilio.

Nuestro pensamiento benévolo, pero triste, se dirige de un modo especial a nuestros hermanos en el episcopado, ausentes o que se encuentran bajo la tribulación, y a quienes con tanta alegría hubiéramos querido abrazar y cuyas oraciones, santificadas por el sufrimiento, han contribuido —estamos seguros de ello— al buen desarrollo de los trabajos de esta segunda sesión. A ellos, con nuestro paternal recuerdo y aliento para que perseveren en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, llegue nuestra especialísima bendición. Propiciadora de celestes favores vaya también nuestra bendición, llena de auspicios, a todos los católicos, a cuantos han sido iluminados por Cristo Salvador; a todos los hombres de buena voluntad deseamos también que Dios les conceda el don de cosas felices y saludables.

El año conciliar 1964

Los padres conciliares marcharon a sus tierras. El Papa fue a Palestina en los primeros días de enero de 1964, realizando un gesto que, como veremos en otro capítulo, ha tenido una influencia decisiva en la marcha y orientación del Vaticano II.

El nuevo año conciliar comenzó así con los mejores auspicios. Las comisiones reanudaron pronto sus actividades y el trabajo ha sido muy intenso en estos meses [282]. Así se ha llegado a la formulación de un plan para la tercera sesión. Un plan que será todavía perfilado durante el verano; pero que ahora, al cerrarse el primer año del pontificado de Pablo VI, y cuando

faltan aún dos meses y medio para abrirse el próximo período del Vaticano II, aparece estructurado en las líneas generales que expongo a continuación.

Trece son los esquemas que figuran en la agenda del Concilio. Hacen quince con los dos ya aprobados y promulgados —el *De liturgia* y el *De instrumentis communicationis socialis*— y llevan oficialmente los siguientes títulos latinos: 1) *De divina revelatione;* 2) *De Ecclesia;* 3) *De pastorali Episcoporum munere;* 4) *De Ecclesiis Orientalibus;* 5) *De Missionibus;* 6) *De Oecumenismo;* 7) *De Religiosis;* 8) *De Sacerdotibus;* 9) *De Apostolatu laicorum;* 10) *De Matrimonii sacramento;* 11) *De Institutione sacerdotali;* 12) *De Scholis catholicis;* 13) *De Ecclesia in mundo huius temporis*[283].

De estos trece esquemas algunos tienen forma de constitución, otros de decreto, varios de proposiciones generales y alguno de propuesta *(votum)*. Algunos han sido ya discutidos en el pasado período; otros serán sometidos a debate en el próximo y alguno irá a la votación sin previo debate general.

Así, el esquema sobre la Revelación divina ha de ser discutido y votado.

De la constitución sobre la Iglesia han de ser discutidos los capítulos de la Virgen y el titulado *De consumatione sanctitatis in gloria sanctorum,* y estos y los demás han de ser sometidos a votación. El decreto sobre *La función pastoral de los obispos en la Iglesia,* que antes se titulaba *De episcopis ac dioecesium regimine,* tiene algunas partes que han de ser discutidas aún, las tomadas del desaparecido esquema *De cura animarum,* y todo el esquema ha de ser votado.

El decreto sobre las Iglesias orientales ha quedado reducido a una serie de proposiciones que, después de ser presentadas a la asamblea con una relación, serán sin más sometidas a voto.

Lo mismo ocurre con el esquema referente a las misiones, titulado actualmente «La actividad misionera de la Iglesia».

El decreto sobre el ecumenismo fue ya debatido en la pasada sesión; por lo mismo, sólo necesita ser votado. Pero este esquema lleva dos apéndices en forma de declaración que han de ser discutidos y también votados. La primera declaración trata sobre la libertad religiosa y la segunda se refiere a los judíos y religiones no cristianas.

El esquema sobre los religiosos, que antes se titulaba *De statibus perfectionis adquirendae,* ha sido reducido a proposiciones generales que presentadas a los padres con una amplia relación serán propuestas a votación sin especial debate.

Lo mismo hay que decir de las diez proposiciones que componen ahora el esquema sobre los sacerdotes, llamado antes *De clericis.*

Se discutirá y luego será votado el decreto sobre el apostolado de los laicos, que encierra especial interés en la hora presente de la Iglesia.

El esquema sobre el sacramento del matrimonio se presenta en forma de *votum,* que será propuesto al sufragio de los padres, para ver si lo aprueban o no, sin debate previo, como en el caso de los esquemas que van en forma de principios generales.

El documento sobre la formación sacerdotal, es decir, el decreto sobre los seminarios, que antes se titulaba *De sacrorum alumnis formandis,* es uno de los que también han sido reducidos a proposiciones.

En el mismo caso está el que trata de los colegios católicos.

En cambio, será ampliamente discutido, y luego, cuando llegue el momento oportuno, sometido a votación, el documento más importante de los que quedan aún por examinar: el famosísimo esquema que trata sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo actual.

La reelaboración de todos estos documentos, así como todas las tareas conciliares de este año 1964, han sido atentamente seguidas por Pablo VI. El Papa, fiel a su propósito de no atenuar la libertad de los padres, ni interferir en el trabajo de las comisiones con su opinión personal sobre las doctrinas y decretos que serán discutidos cuando se reanude el Concilio, ha orientado todos los trabajos y ha impulsado y dirigido la actividad de los diversos organismos del Vaticano II, guiándoles por el camino más seguro y prometedor. Su Santidad se ha mantenido informadísimo del ambiente conciliar que se respiraba en la Iglesia, recibiendo a obispos de las más diversas regiones y leyendo asiduamente las revistas y los informes que le llegaban de todas partes. Por otro lado, para estar al corriente de la marcha de las cosas, durante todo este año, ha venido concediendo semanalmente audiencia al secretario general, monseñor Felici, y con mucha frecuencia a diversos presidentes y miembros de las varias comisiones. Así, la dedicación de Pablo VI al estudio de los temas y problemas conciliares ha sido muy intensa, teniendo siempre, como dijo a los obispos italianos,

> la única preocupación de que los trabajos preparatorios de las comisiones y de la secretaría procedieran con rapidez, mirando a conseguir un doble fin: revisar, en este período intermedio entre la segunda y tercera sesión, los esquemas a la luz de las observaciones hechas por los padres en las sesiones anteriores, para someterlos inmediatamente a otro examen de los mismos padres; y hacer que sus observaciones

y sugerencias fueran nuevamente recogidas por las comisiones según su respectiva competencia, volviendo luego a redactar el texto de los esquemas en forma tal que se puedan presentar al Concilio con la confianza de que, después de alguna discusión definitiva, se llegue más fácilmente a las deliberaciones conclusivas, en un sentido o en otro, de la asamblea conciliar. Pero sin intentar con esto prejuzgar la duración del Concilio, sobre la que en este momento no se pueden hacer previsiones. Es decir, se ha tratado de facilitar la eficacia y rápido desarrollo del Concilio; no de imponerle límites o decisiones.

El Papa no sólo se ha preocupado de la marcha del Vaticano II en esta fase preparatoria de la próxima sesión otoñal, sino que ha tenido un interés continuo de iluminar a la Iglesia y al mundo con su pensamiento sobre el Concilio.

Así, en las audiencias generales, en alocuciones a diversos grupos de peregrinos, en sus discursos más solemnes, Pablo VI, durante estos meses de 1963, ha hablado numerosas veces del Concilio, siempre con acentos de especial vibración. No voy a alargar más estas páginas dando de nuevo una serie de textos. Remito al lector a los documentos más importantes que encierran referencia a este tema y que cito en otras partes del libro: el discurso dirigido al sacro Colegio cardenalicio con ocasión de la Navidad y Año Nuevo 1964; la alocución tenida con idéntico motivo al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede; los mensajes de Palestina, la homilía del Jueves Santo y la carta apostólica *Spiritus Paracliti* dirigida al episcopado católico en vísperas de Pentecostés. En estos documentos se encuentra el pensamiento, las angustias y los afanes más recientes de Pablo VI en torno al Concilio. Todos ellos están resumidos en un texto que merece especial atención. Es el ya citado discurso que dirigió al episcopado italiano —15 de abril— con ocasión de su asamblea plenaria celebrada en Roma. El Papa, dirigiéndose a ellos, pero hablando a toda la Iglesia, se expresó así:

> El Concilio: grande, arduo y complejo acontecimiento... ¿Cómo hemos de juzgar este hecho en la Historia, y más aún en la vida de la Iglesia? En sentido absolutamente positivo. Es un acto solemne y llamativo, más que ningún otro, para honrar a Dios, testimoniar amor a Cristo y ofrecer obediencia al Espíritu Santo; es decir, para reavivar la relación religiosa entre Dios y la Iglesia, y para reafirmar la necesidad, la naturaleza, la fortuna de nuestra religión ante el mundo moderno. Es un incomparable momento en el cual la Iglesia se celebra a sí misma, se conoce, se enriquece en vínculos interiores con encuentros, amistades, colaboraciones que de otra manera serían imposibles. Es un vértice de caridad jerárquica y fraterna nunca hasta ahora al-

canzado. Es una llamada a todas las reservas interiores de la Iglesia para que desplieguen todas sus energías espirituales, vuelvan a la autenticidad de sus fuentes y a la fecundidad de su genio propio. Es una gran plegaria de los seguidores de Cristo, reunidos en su nombre, para actuar en medio de ellos su inefable y operante presencia. El Concilio representa y manifiesta la intención más sincera, más desinteresada, más ardiente del catolicismo en orden a restaurar la comunión perfecta con los hermanos cristianos separados en la única Iglesia de Cristo. Es una voz de espiritualidad, de bondad, de paz, dirigida al mundo entero en una hora decisiva para la orientación ideal y moral de la humanidad. Cualquiera que sea el resultado del Concilio, nosotros le debemos considerar ahora en su realidad: intencional, espiritual, sobrenatural, como una hora de Dios, un *transitus Domini* en la vida de la Iglesia y en la historia del mundo.

Es necesario mirar al Concilio con espíritu grande y sereno. Magnanimidad es la virtud, que nos pide este sacro acontecimiento. Ni las molestias, ni las fatigas, ni las dificultades, ni los cambios, ni las exigencias que el Concilio puede llevar consigo, nos deben apartar lo más mínimo de celebrarle con plena adhesión de nuestro espíritu.

Con esta visión tan positiva de las cosas y con sus palabras cargadas de optimismo Pablo VI tiene ya dispuesta a la Iglesia para la nueva sesión del Concilio, que comenzará el 14 de septiembre de 1964.

En vísperas del ansiado acontecimiento, mientras terminan los trabajos preparatorios y llegan las normas del Papa, que han de regular el desarrollo de la próxima sesión con las novedades que ella llevará consigo, toda la cristiandad mira con ilusión y esperanza a Pablo VI y a los padres conciliares. Hay corazones abiertos que del Vaticano II esperan no demasiadas leyes, pocos reglamentos o prohibiciones, mucha benevolencia para acoger con simpatía y amor al mundo nuevo que nace, una clara orientación moderna pastoral y ecuménica para la Iglesia del futuro y esa renovación general que responda perfectamente, como ha dicho el cardenal Lercaro, a las exigencias actuales de la humanidad y a la expectación de los tiempos nuevos que nos ha tocado vivir [284].



13. Los cardenales Agagianian, Lercaro, Döpfner y Suenens, Moderadores del Concilio.

8. *El Colegio episcopal*

El Concilio pondrá de relieve la colegialidad episcopal

La tarde de jueves santo —26 de marzo de 1964—, en la basílica de San Juan de Letrán, Pablo VI pronunció una de las homilías más hermosas de su primer año de pontificado. Me he referido ya a ella varias veces. El papa Montini, con su fino sentido eclesial, poniendo en su palabra toda la vibración de su alma sacerdotal, habló sobre las estructuras jerárquicas y comunitarias del Cuerpo Místico de Cristo, sobre el sacramento de la unidad y sobre su misión pontificia de «Presidente de la Caridad». Como tal, sintiéndose intérprete de todos sus hermanos en el episcopado, aprovechó aquel momento de elevación espiritual y ecuménica para expresar un sentimiento que salió con singular énfasis de su espíritu. Así dijo:

> Confirmamos aquí a Cristo Señor el propósito de conducir a buen fin el Concilio Ecuménico, como un gran acontecimiento de caridad en la Iglesia, *dando a la colegialidad episcopal* el significado y el valor que Cristo intentó conferir a sus apóstoles en la comunión y en el obsequio al primero entre ellos, y promoviendo cualquier iniciativa destinada a acrecentar en la Iglesia de Dios la caridad, la colaboración y la confianza [285].

Estas palabras del Papa, con las que se hace notar que el Concilio pon-

drá de relieve la colegialidad episcopal, llamaron notablemente la atención de teólogos y comentaristas no ya por la novedad de la idea —que aparece continuamente en los escritos de Montini—, sino por la sensibilidad que en la Iglesia se ha creado en torno a este problema.

En el ambiente difundido por la cristiandad, a raíz de la segunda sesión del Concilio, después de los grandes debates en torno al Colegio episcopal, resultaba natural que cualquier palabra del Papa referente a este tema fuese analizada con especial atención por todos los que estudian este trascendental problema, sobre el cual va a decir pronto su palabra el Vaticano II. Ahora bien, en el texto citado el Sumo Pontífice habla directamente de la «colegialidad». Dio por supuesta su existencia y apuntó la misma idea que lanzó a la asamblea ecuménica cuando, siendo todavía arzobispo de Milán, habló desde los escaños de los padres conciliares, para manifestar su opinión sobre el primer esquema *de Ecclesia.*

El pensamiento de Montini sobre la colegialidad episcopal

El cardenal Montini habló sobre este problema en la XXXIV Congregación General —5 de diciembre de 1962— y, como ya hemos registrado en el capítulo primero de este libro, dijo, entre otras cosas, que había que indagar y definir cuál era la mente y la voluntad de Cristo sobre los obispos, usando el método de la constitución *Pastor aeternus,* para tratar sucesivamente de la institución del colegio apostólico, de la sucesión del mismo, de las funciones episcopales, de los poderes del obispo y de la sacramentalidad del episcopado.

En aquella ocasión el futuro Papa se declaró a favor de la colegialidad episcopal [286]. Posición que había ya tomado en su famosa pastoral sobre el Concilio publicada en 1962 y presentada más tarde en español por la colección «Iglesia, siglo xx». De este documento copio los siguientes párrafos, donde aparece claramente delineado el pensamiento del entonces arzobispo Montini sobre el episcopado:

> Cristo ha puesto a su Iglesia bajo el primado de Pedro, necesario y suficiente para gobernarla; pero ha instituido, asimismo, el *Colegio apostólico* con potestad y con mandato de magisterio y acción pastoral, en comunión con Pedro. Cuando esta comunión de gobierno se manifiesta en su plenitud, tenemos el Concilio. La potestad primacial

de Pedro, transmitida al Obispo de Roma, se funde con la *potestad colegial* de los apóstoles (entre quienes Pedro es el primero, pero no el único), transmitida al episcopado.

La autoridad total del Papa no anula, por tanto, como algunos católicos han sospechado y muchos hermanos separados afirman todavía, la autoridad de los obispos. Por el sacramento del Orden los obispos reciben la plenitud del sacerdocio, pero es el Sumo Pontífice quien les confiere la jurisdicción sobre sus respectivas diócesis. La autoridad pontificia no disminuye, sino que, por el contrario, sostiene a la episcopal y encuentra su propio honor en su dignidad y en su estabilidad...

De la línea histórica de los Concilios Ecuménicos destacaremos tan sólo una observación: la del carácter *colegial* del episcopado, en cuanto sucesor del *Colegio apostólico.* Y como el Colegio apostólico tuvo por cabeza a San Pedro, así el *colegio* de los obispos tiene como Jefe Supremo al Papa. Estamos en la raíz del derecho constitucional de la Iglesia. Por tanto, la reunión del *Colegio de obispos* por el Papa, que es lo que constituye el Concilio Ecuménico, es de derecho divino...

Como es sabido, la palabra más esperada del Concilio es precisamente la que éste dirá sobre la misma Iglesia. Su derecho constitucional no está aún esclarecido y definido del todo.

Ya sabemos que el Concilio Vaticano I definió este derecho constitucional en lo que tocaba al Sumo Pontífice, reconociendo al sucesor de San Pedro en la sede episcopal de Roma no sólo funciones pastorales para la diócesis de la urbe, sino las primaciales de Maestro universal y, cuando habla *ex cathedra,* infalible; así como las de Pastor dotado de plena autoridad sobre toda la Iglesia. Pero, aun afirmando la relación armónica entre la potestad primacial del Papa y la de los obispos, no tuvo tiempo, a causa de los acontecimientos políticos romanos de 1870, de proceder a la definición del derecho constitucional de los obispos.

La interrupción de los trabajos de aquel Concilio Vaticano y la necesidad de esclarecer la esencia del episcopado, sus funciones, sus poderes y sus obligaciones permiten suponer que, entre los temas del Concilio Vaticano II, figurará el del episcopado con el fin de explicar sus orígenes evangélicos, sus dones sacramentales de gracia, sus poderes de magisterio, ministerio y jurisdicción, tanto en la persona de cada obispo como en sus expresiones *colegiales:* así como para confirmar su dependencia del Papa y, al mismo tiempo, la comunión, hermandad y colaboración con el Sumo Pontífice. Tanto en el aspecto doctrinal como en el jurídico y pastoral es este tema del episcopado quizá el más esperanzador, el más importante, el más fecundo en benéficos resultados.

El examen de la naturaleza y función del episcopado en armonía con el Papa podrá llevar a una nueva y espontánea afirmación de la unidad no sólo jurídica, sino viviente de la Iglesia en torno a la cátedra de Pedro, y dar comienzo, sin intenciones reivindicativas, a una mayor y más orgánica internacionalización del gobierno central de la Iglesia.

El genio comunitario de la Iglesia y la constitución colegial de su gobierno

Profundo conocedor de la teología de la Iglesia, sobre la que Montini escribió en sus años de Milán páginas preciosas, como hemos hecho notar ya en otro lugar, el actual Papa, cuando llegó a la cumbre del pontificado, era uno de los padres conciliares que más ampliamente habían estudiado el concepto de la colegialidad episcopal y uno de los que más a fondo conocían las dimensiones del problema. De ahí que interesen tanto los textos sobre este tema que escribió siendo arzobispo, ya que ahora como Papa, fiel a su propósito de no interferir sobre los asuntos doctrinales, que se discuten en el Concilio, apenas ha hecho más que insinuar su pensamiento —clara insinuación, por otra parte— en esos discursos pontificios que cito en este capítulo.

Junto al texto que he reproducido de la pastoral *Pensiamo al Concilio* podría apilar otros muchos en los que se encuadra perfectamente el pensamiento de Juan Bautista Montini sobre este importante tema. Pero no puedo alargar las citas. Baste, por lo mismo, la siguiente, tomada de un discurso pronunciado en agosto de 1960. Tratando de definir lo que es un Concilio, el cardenal de Milán dice que para que éste se dé

> es necesario que la reunión de los obispos con el Papa tenga como fin ejercitar la autoridad tanto de magisterio como de gobierno que Cristo ha otorgado al *Colegio apostólico*... El Concilio es un acto de derecho divino, que deriva directamente de la organización primaria dada por Cristo al *Colegio apostólico;* por eso diríamos mejor que es un acto instituido por los apóstoles bajo la inspiración de Cristo; es, por lo mismo, un *acto colegial* de los pastores, que gobiernan las diócesis, los cuales se reúnen en torno al Pastor universal de la Iglesia; un acto que responde perfectamente al genio unitario, comunitario y organizativo de la Iglesia visible y que pone en evidencia la constitución monárquica, jerárquica y *colegial* del gobierno eclesiástico...

Como se ve, Montini, en este como en otros escritos, usa continuamente el concepto y el término «colegialidad», haciendo suya la opinión de que el Concilio convocado por Juan XXIII debe «insistir de un modo particular sobre el *elemento colegial* de la Iglesia, poniendo de relieve esta verdad tan profundamente evangélica». Por lo mismo, el Vaticano II está llamado a abordar «el problema de la conciliación de los derechos divinos del episcopado con los derechos divinos del Papa». Se trata de un problema que el Concilio Vaticano I no pudo discutir. Sin embargo, «una teología equilibrada de la Iglesia reclama que se plantee esta cuestión, de la misma forma que la vida práctica exige que se regulen sus aplicaciones» [287].

Con Pedro y bajo Pedro

Como hizo notar el arzobispo indio Eugenio d'Souza [288], en una de sus intervenciones conciliares, Pablo VI se inclinó claramente en favor de la colegialidad en el discurso programático con que abrió la segunda sesión del Vaticano II. En este documento, el Papa, saludando a los obispos reunidos en torno a sí, usó una expresión muy significativa:

> Vosotros, venerables hermanos, sois apóstoles y traéis origen del *Colegio apostólico,* del cual sois *verdaderos herederos.*

Esta frase del Papa fue después muy traída y llevada por los *colegialistas* en los debates conciliares.

Todos sabemos que durante la discusión sobre el esquema *de Ecclesia* y, sobre todo, en las votaciones históricas, aunque no definitivas, que se hicieron el 30 de octubre, para explorar el pensamiento de los padres conciliares, la mayoría del episcopado católico se pronunció a favor de la colegialidad.

Mil ochocientos ocho padres respondieron «sí», contra trescientos treinta y seis que dijeron «no» a la siguiente pregunta: «¿Agrada a los padres que, al preparar el esquema, se diga que el *Cuerpo o el Colegio de los obispos,* en su oficio de evangelizar, santificar y apacentar, sucede al Colegio de los apóstoles; y que aquél, *juntamente con su cabeza, el Romano Pontífice, y nunca sin esta cabeza* (cuyo derecho primacial sobre todos los pastores y fieles queda íntegro y salvo), goza de suprema y plena potestad sobre toda la Iglesia?».

Mil setecientos diecisiete votos afirmativos en contra de cuatrocientos ocho negativos se obtuvieron sobre el siguiente *quaesitum:* «¿Agrada a los padre que, al preparar el esquema, se diga que tal potestad le corresponde a dicho *Colegio episcopal, unido a su cabeza,* por derecho divino?».

La Comisión Teológica, al reelaborar el esquema, ha tenido en cuenta, como era su deber, la opinión prevalente en la mayoría de la asamblea.

El Papa, que durante la sesión conciliar, para respetar la libertad de los padres no quiso entrar en la polémica conciliar, en el aludido discurso del día de jueves santo habló claramente de la colegialidad, como hemos dicho antes, manifestando su voluntad de que el Concilio dé a la misma *el significado y el valor que Cristo la asignó,* cuando pidió y exigió a sus apóstoles la *comunión y el obsequio* al primero entre ellos, que era Pedro.

Sobre esta idea del primado del Sumo Pontífice Pablo VI ha insistido muy frecuentemente en sus discursos del primer año de pontificado (he citado ya algunos textos referentes a este tema al hablar en el primer capítulo sobre el Papa y la Iglesia), para que la tesis de la colegialidad episcopal, que el Concilio se dispone a aclarar, no oscurezca lo más mínimo, sino que dé su debido realce a la verdad ya definida por el Vaticano I sobre el primado de los sucesores de Pedro. Hay que decir que en esta misma idea insistieron machaconamente todos los padres que se pronunciaron a favor de la colegialidad durante los debates en el aula ecuménica. Colegio episcopal, pero siempre *cum Petro et sub Petro.*

Por otro lado, el Santo Padre, aun sin entrar directamente en el problema de la colegialidad, ha expuesto su pensamiento sobre la figura del obispo en dos discursos preciosos que derraman inmensa luz sobre la teología y la pastoral del episcopado. Me refiero a las alocuciones pronunciadas en las dos ocasiones en que el Papa actual ha consagrado obispos [289]. Además, Pablo VI se ha referido expresamente a los temas relacionados con la jerarquía eclesiástica en sus discursos de apertura y clausura del segundo período del Concilio. Los textos los he citado ya en otros capítulos.

Aspecto doctrinal y aspecto práctico de la colegialidad

Como el lector puede observar, yo no trato aquí de explicar lo que es la colegialidad, entrando de lleno en las profundidades teológicas [290]. Tampoco trato de defender ninguna opinión o sentencia determinada. En con-

sonancia con el carácter y las peculiaridades de este libro, me limito a dar información y a traer el pensamiento del papa Montini sobre este delicado y difícil problema. Lo que sí quiero, en cambio, poner ahora de relieve es que la colegialidad tiene dos vertientes, una puramente teológica y otra, consecuencia de la primera, de carácter práctico, lo que podríamos llamar la aplicación o ejercicio de la colegialidad. Sobre este segundo aspecto, en el que quiero fijarme ahora, ha puesto su acento el papa Montini en diversos discursos de antes y después de su ascensión al supremo pontificado.

No voy a dar aquí nuevas citas. Algunas alusiones al problema se encuentran ya en los textos que he transcrito anteriormente. Significativas, sobre todo, a este propósito, son las ya transcritas palabras del discurso del jueves santo, con las que Pablo VI manifiesta su voluntad de promover toda iniciativa que sirva para acrecentar en la Iglesia el amor, la confianza y la colaboración, es decir, el diálogo y, por lo que se refiere al orden jerárquico, el ejercicio de la colegialidad. Esta colaboración Pablo VI la quiere llevar también decididamente al gobierno universal de la Iglesia. Recuérdese a este propósito lo que dijo pocos días antes de ser elegido Papa, cuando hablando de Juan XXIII hizo notar que

> el gran Pontífice desaparecido dejó creadas las condiciones y el ambiente espiritual y práctico para la concorde colaboración *del cuerpo episcopal,* no ya en el ejercicio —que, evidentemente, permanecerá personal y unitario—, sino en la responsabilidad del gobierno de la Iglesia entera [291].

En orden a esto Pablo VI medita y prepara una iniciativa de trascendental importancia, ideada por él mismo, y que lanzó, antes de que nadie hablase del asunto, en aquel memorable discurso dirigido a la Curia romana en el pasado mes de septiembre. Se trata del plan de crear un Consejo, o como otros prefieren llamarlo, un Senado de obispos para que colaboren con el Sumo Pontífice en el gobierno de la Iglesia universal.

Sobre este asunto, como sobre todo el problema referente a la colegialidad episcopal, forma texto un estudio publicado en *La Civiltà Cattolica* por el padre Domenico Grasso, S. J., a principios de año [292]. Un artículo que, al parecer, fue inspirado por el Vaticano y que, antes de su publicación, según afirman en Roma personas muy autorizadas y bien enteradas, fue leído y retocado personalmente por el Papa.

El padre Grasso, perito conciliar y especialista en eclesiología, afirma que «la colegialidad es un hecho del cual no se puede dudar... Es evidente que no se puede poner en discusión, ya que aparece claramente afirmada en

la Escritura y en la tradición, la existencia de un Colegio de obispos, que sucede al de los apóstoles, al que Jesús, después de la Resurrección, confió el triple poder de enseñar, santificar y gobernar la Iglesia...; como no es menos cierto, más aún es dogma de fe, que el Papa, en cuanto sucesor de San Pedro, tiene la plenitud del poder de jurisdicción sobre todas y cada una de las Iglesias, sobre todos y cada uno de los pastores y fieles, y es infalible cuando define *ex cathedra*...».

«El Papa —dice en otros párrafos el citado teólogo— es el Jefe del Colegio episcopal... Es evidente que el hecho de la colegialidad está claro, si bien no está clara aún su naturaleza», sobre la que los teólogos discuten ahora no poco.

El ejercicio de la colegialidad

«Si en el terreno dogmático —se afirma en el artículo de *La Civiltà Cattolica* al que me estoy refiriendo— la colegialidad no ha obtenido aún un consentimiento unánime, en el campo de la oportunidad pastoral se demuestra más convincente. De hecho, hoy, una cierta participación del episcopado en el gobierno de la Iglesia parece responder mejor a las exigencias pastorales de los tiempos. En nuestros días la Iglesia es verdaderamente universal. Aun estando todavía sin evangelizar la mayor parte de la humanidad, la Iglesia se ha extendido por todo el orbe y por todas las naciones; tiene problemas que interesan a todos los fieles y no pocas veces se ve obligada a tomar decisiones que pueden tener alcance y consecuencias universales, no sólo para los católicos, sino también para los otros cristianos y para todos los hombres. Los problemas mundiales se van haciendo cada vez más dependientes los unos de los otros. Los medios de comunicación y de expresión han alcanzado tal rapidez que no pocos acontecimientos aparentemente indiferentes, como un conflicto racial en un Estado americano o la representación de un drama teatral pueden tener repercusiones en todo el mundo.

»En estas circunstancias parece conveniente que el Papa, antes de tomar sus decisiones más importantes, pueda fácilmente consultar con los que, viviendo en las diócesis, se encuentran en disposición de valorar desde diferentes puntos de vista la naturaleza de esas decisiones y las repercusiones que tendrán en sus naciones. Esta función de consulta y colaboración la ha

realizado hasta ahora, de ordinario, el Colegio cardenalicio, según los límites de las facultades que le daba el Sumo Pontífice. Pero hoy se requiere tal vez que este órgano universal sea ayudado por otras personas, que tengan responsabilidades pastorales, que residan en sus diócesis y que se encuentren, por lo mismo, en disposición de iluminar al Papa, con esa especial competencia que poseen por su participación en la vida real de los fieles dentro de las diversas naciones. De hecho, Pablo VI, durante sus años de ministerio pastoral en la diócesis de Milán, pudo darse personalmente cuenta de la diferencia de perspectivas con que ve un problema quien está en cura de almas o quien se encuentra en una oficina burocrática; así, en su discurso a la Curia romana, del 22 de septiembre, habló de una posible asociación *al Jefe de la Iglesia en el estudio de los problemas y en la responsabilidad del gobierno eclesiástico* de *algún representante del episcopado, escogido especialmente entre prelados que dirigen diócesis.* Algunos han pensado que el Papa aludía a la constitución de una especie de 'Senado de la Iglesia', distinto de la Curia romana, formado por un cierto número de obispos residentes en las propias diócesis, a los que el Papa pudiese interrogar sobre problemas referentes a toda la Iglesia siempre que lo creyese oportuno. Este órgano es una necesidad pastoral de nuestro tiempo y el Concilio ha expresado, por boca de no pocos obispos, el deseo de que el pensamiento del Santo Padre se convierta cuanto antes en realidad.»

Que Pablo VI está decidido a crear este «Consejo de la Iglesia» es bien sabido. Y hay quien cree que su constitución coincidará con la reforma del sacro Colegio y la ya anunciada de la Curia romana. No sabemos cuándo ni en qué forma realizará el Papa estos planes, a los que desde hace tiempo viene dedicando atención, estudio y plegarias. En cualquier momento pueden registrarse novedades en este sentido. Es evidente que las grandes ideas necesitan su etapa de maduración. Pero, como observador de la vida vaticana, una cosa quiero poner de relieve, y es que el plan del Sumo Pontífice ha entrado ya de alguna manera en vías de actuación desde el momento en que Su Santidad ha comenzado a constituir comisiones, ya posconciliares, de obispos residenciales que trabajarán en diversos campos de la vida eclesial para asesorar al Santo Padre, sugiriéndole y presentándole ideas, puntos de reforma e iniciativas concretas referentes a los diversos sectores de la vida católica en sus contornos universales.

Un buen ejemplo le tenemos en el *Consilium ad exsequendam Constitutionem de Sacra Liturgia.* Es importante notar, a nuestro propósito, que el Papa no ha dado a este organismo el nombre de «Comisión», sino el de «Consejo», y resulta sumamente interesante estudiar las características del

mismo desde el ángulo del ejercicio de la colegialidad episcopal. Su competencia está limitada al campo de la liturgia [293]. Recientemente ha quedado también constituida como organismo ya posconciliar la nueva pontificia Comisión para los instrumentos de comunicación social. Se sabe que en el futuro se irán creando otros consejos para los diversos sectores del gobierno de la Iglesia. Y con la próxima reforma de la Curia todos los dicasterios romanos tendrán un aire nuevo, más en consonancia con las ideas del papa Montini y del Concilio sobre el ejercicio de la colegialidad episcopal.

Entre los organismos centrales de la Iglesia, creados por Pablo VI, en su primer año de pontificado, con carácter permanente, hay que citar otro, al que se le ha dado también gran importancia desde el punto de vista de la participación del episcopado en los afanes del gobierno universal de la Iglesia. Me refiero al «Consejo general para la América latina», con competencia «sobre todos los problemas que afectan al catolicismo del citado continente». Es un organismo que tiene también forma de «Consejo» o «Senado», no de Comisión. Su campo de proyección está limitado a un sector o a un determinado continente del mundo, mas para un problema vivido con sentido católico por toda la Iglesia y cuidado colegialmente por todo el episcopado mundial. Por eso el Papa, al crear este Consejo, ha querido que formen parte de él no sólo los representantes de las conferencias episcopales latinoamericanas, designados por el C. E. L. A. M., sino también obispos de las diversas naciones de Europa y América del Norte que ayudan a la Iglesia de la América latina [294].

Juan XXIII creó la comisión para la nueva redacción del código de Derecho canónico, que Pablo VI ha ampliado y completado dándola un carácter colegial, con una participación más representativa por lo que hace a los miembros cardenales y a los obispos y peritos consultores [295].

También este organismo, como los otros, pueden resultar un modo práctico de ejercitar la colegialidad. De todas formas, se miren las cosas como se miren, lo cierto es que, con ocasión de la conclusión del Concilio, la creación de los organismos posconciliares y las perspectivas generales que el Vaticano II abre a la Iglesia, en el futuro tendremos continuamente en Roma a grupos de obispos de todas las naciones del mundo colaborando con el Papa en el gobierno de la Iglesia universal.

La intuición de Pablo VI, que ha traído al centro de la cristiandad un programa de gobierno moderno, eficaz, abierto, muy apto para los nuevos tiempos, irá haciendo realidades muchas ideas e iniciativas que pondrán de relieve la colegialidad episcopal. Con esta revalorización —si cabe la pala-

bra— del episcopado es evidente que uno de los principales problemas, por no decir el mayor problema, que tiene planteado la Iglesia para su futuro es el del nombramiento de los obispos. Cada día le importa más a la Iglesia tener pastores muy aptos, muy competentes, muy preparados, muy santos. Es el nuevo tipo de obispos que suscitará el Vaticano II [296]. Ya el Concilio, gracias a la labor informativa que se ha desarrollado en torno a él, ha puesto de relieve ante la opinión pública mundial que la Iglesia cuenta hoy con un formidable cuerpo episcopal. En él abundan como nunca figuras de categoría excepcional. Los católicos pueden estar orgullosos de su Colegio episcopal, como están orgullosos de tener el papa Montini.

9. *La Curia romana*

Curia Summi Pontificis

Uno de los discursos más llamativos de Pablo VI ha sido el que dirigió a la Curia romana el 21 de septiembre de 1963. Se trata de un documento *programático* de una importancia grande, porque anuncia una reforma de singular trascendencia para la buena marcha de la Iglesia: la reforma de los organismos que usa el Santo Padre para el gobierno de la cristiandad [297].

Catholicae Ecclesiae Episcopus es el título con el cual el Papa suele firmar las bulas y otros documentos de especial importancia. En esa expresiva frase latina están magníficamente compendiadas las funciones del sucesor de Pedro, que es, al mismo tiempo, Obispo de Roma y Sumo Pontífice de la Iglesia universal.

Es «formidable» la tarea que incumbe al Papa: guiar y gobernar el mundo católico. Pastor de todos los hombres. Pastor de todos los pastores. «La Iglesia —explica el cardenal Roberti [298]— está difundida por todo el planeta... y se encuentra dividida en circunscripciones territoriales más o menos vastas, llamadas diócesis, cada una de las cuales está articulada en circunscripciones menores, las parroquias, que son como las células de la gran organización eclesiástica. Las diócesis se reagrupan en provincias o archidió-

cesis y a veces un grupo de provincias forma un exarcado, un patriarcado o depende de un primado. Así territorialmente organizada, toda la masa de los católicos está sujeta al gobierno de la jerarquía que Cristo constituyó, dotándola del triple poder de enseñar —magisterio— lo que el mismo Jesús enseñó, de administrar los sacramentos por El instituidos —orden— y de gobernar —jurisdicción—. La jerarquía tuvo sus comienzos en San Pedro y en los apóstoles, escogidos y elegidos por el mismo Fundador, y se ha perpetuado y se perpetúa en el Papa, sucesor de Pedro, y en los obispos, sucesores de los apóstoles... En el vértice de la jerarquía de jurisdicción está el Sumo Pontífice... que, como Jefe Supremo de la Iglesia universal, ejercita el poder de gobierno legislando y administrando toda la Iglesia... Para el ejercicio de ese poder administrativo y judicial el Papa se vale de un conjunto de organismos —sagradas congregaciones, tribunales y oficios—, a los cuales se llama Curia romana: *Curia Summi Pontificis.*

Historia de la Curia romana

La formación de la Curia ha seguido un proceso lento a través de la Historia. Los *dicasterios*[299] del gobierno central de la Iglesia tienen cada uno su origen y desarrollo diverso; pero todos fueron naciendo de la necesidad que los papas sentían de servirse de especiales organismos para atender a las necesidades generales de la Iglesia y también de los Estados pontificios, sobre todo a medida que la evolución de los tiempos y las comunicaciones fueron favoreciendo el contacto y las relaciones del centro con la periferia de la cristiandad.

Nicolò del Re[300] —uno de los mejores tratadistas de estas materias— dice que algunos organismos curiales datan ya en su primer origen del siglo IV, pero que el período de su desarrollo hay que colocarle principalmente entre los siglos XII y XVI. Este desarrollo siguió un proceso muy irregular dictado en cada caso por las exigencias del momento y la mentalidad de la época, factores ambos que provocaban la creación de dicasterios a veces transitorios, a veces estables. Así, a partir de Pablo IV, que en 1556 instituyó una congregación o comisión especial para la reforma de la Curia, los papas sucesivos sintieron la necesidad de dar una estructura nueva a todo el aparato curial. La pensó San Pío V —1566-1572— y la realizó Sixto V con la famosa constitución apostólica *Inmensa Aeterni Dei,* del 22 de enero de 1588.

La reforma de Sixto V fue amplia y se basó en los organismos ya creados por los papas anteriores: las llamadas «Congregaciones romanas», que eran comisiones especiales de cardenales con funciones específicas para el examen y despacho de los asuntos administrativos. El papa Peretti aumentó a quince el número de las congregaciones, determinando la competencia de cada una y fijando las normas de su funcionamiento. A los nuevos dicasterios —seis de los cuales miraban a la administración de los Estados pontificios y los otros nueve al gobierno general de la Iglesia— pasaron la mayor parte de los asuntos que un tiempo trataba la Cancillería apostólica y que luego se vinieron resolviendo en los Consistorios.

La reorganización curial, sabiamente dispuesta por Sixto V y completada por Clemente VIII a finales del mismo siglo XVI, fue sólo levemente retocada por los papas Gregorio XV, Urbano VIII y Clemente IX, en el siglo XVII, y luego por Pío VII a principios de la pasada centuria. Así, pues, el esquema curial y las normas de Sixto V permanecieron sustancialmente en vigor hasta los comienzos de nuestro siglo.

La reforma de 1908

San Pío X, elegido en el año 1903, se planteó a fondo el problema de la Curia, que con el correr de los años se había ido complicando en sus estructuras hasta hacerse un conjunto pesado y complicado de organismos, cuyas competencias estaban bastante indefinidas; tanto más que las funciones de algunos dicasterios habían decaído con el transcurso del tiempo y la desaparición de los Estados pontificios.

El cardenal Roberti tiene publicado, desde los tiempos en que era secretario de la Congregación del Concilio, un interesante estudio crítico sobre el estado en que se encontraba la Curia romana antes de la reforma de San Pío X[301]. Cuando fue elegido este Pontífice había en el gobierno central de la Iglesia nada menos que treinta y siete dicasterios entre congregaciones, comisiones, oficios y secretariados. Entre ellos, anota Roberti con su aguda mente de jurista, se daban no pocas incoherencias, desigualdades, variedades, confusiones, duplicidades y deficiencias. Una reorganización, coordinación, revalorización y adaptación a los tiempos se hacía indispensable. El Papa, ayudado por su distinguido secretario de Estado, cardenal Merry del Val, y por el cardenal De Lai, llevó a cabo la consiguiente reforma «con esa ce-

leridad y profundidad con la cual el Santo Pontífice sabía intuir las necesidades de la Iglesia».

Los fines o criterios que San Pío X se propuso al planear su reforma fueron: la supresión de los dicasterios ya ineficaces y la constitución de otros exigidos por las necesidades nuevas; el cambio de denominación para algunos dándoles títulos más adecuados a su naturaleza y a la mentalidad de los tiempos; la exacta delimitación de las atribuciones o competencias de cada organismo; la separación de los asuntos administrativos de los estrictamente judiciales; una más adecuada repartición del trabajo y del personal entre las diversas congregaciones, evitando trámites duplicados o inútiles, acelerando el *iter* de los diversos asuntos y unificando criterios en la solución de los problemas; el establecimiento del secreto de oficio para todos los funcionarios; la revisión de estructuras dotando a las congregaciones de un cuerpo consultivo; el arreglo de la cuestión económica unificando «las tasas», constituyendo un fondo común y prohibiendo en absoluto cualquier clase de dones a los oficiales de los dicasterios.

Todas estas orientaciones para la reforma de la Curia no sólo las ideó el mismo Papa, sino que las consignó de su puño y letra en su *Progetto di riordinamento delle Sacre Congregazioni Romane*. Fue, pues, el mismo Pontífice quien no sólo intuyó en seguida la necesidad de reformar la Curia, sino que penetró agudamente en la cuestión haciéndola suya y dando las normas para la actuación de la misma. «Es una reforma —dice en sus notas manuscritas— que hay que hacer *inmediatamente,* para ponerla en práctica lo más pronto posible en plan de experimento, con el fin de que se vea luego cuáles son los cambios que sugiere la marcha de las cosas y se publique definitivamente en el nuevo Código» [302].

Colaborador insigne del papa Sarto en esta gran tarea e inspirador y delineador de los planes concretos de la reforma fue monseñor De Lai, secretario de la Sagrada Congregación del Concilio, a quien el Santo Padre hizo luego cardenal.

Cómo se realizó la reforma de San Pío X

En estos momentos, en que se planea una nueva reforma de la Curia, es interesante explicar un poco cómo se realizó la de San Pío X, llevada a cabo hace sólo medio siglo.

Nos la cuenta bastante detalladamente monseñor Ferreto, hoy cardenal, en un largo y documentado trabajo que publicó en 1951, sacando a luz una serie de interesantes documentos inéditos [303].

Lo primero que asombra es la rapidez con que se preparó y delineó el plan de reforma. Todo se hizo en menos de un año. En el verano de 1907 De Lai envió al Papa su primer informe, en el que, después de aludir a la evolución de los organismos curiales a través de los siglos y explicar la situación del momento, concluía con estas palabras, que también hoy en 1964 parecen tener significativa actualidad:

«Ahora es necesario que cesen todos estos inconvenientes y desórdenes [que se notan en la actual organización de la Curia]. El Pontífice que lo haga será, sin duda alguna, muy benemérito de la Iglesia».

En el mismo verano de 1907 monseñor De Lai trazó el primer proyecto de reforma, a la vista del cual el Papa redactó en noviembre uno muy detallado, cuyo autógrafo se conserva en un cuaderno de dieciocho folios. Su Santidad nombró, además, una comisión de cardenales encargada de examinar a fondo el plan y preparar al mismo tiempo un reglamento para el funcionamiento práctico de la nueva Curia. De Lai, creado cardenal en diciembre de ese año, fue agregado en seguida a la comisión con funciones de preeminancia. En sus reuniones los eminentísimos comisarios fueron elaborando diversas redacciones del proyecto, que primero iba a ser un *Motu proprio* y quedó después transformado en una constitución apostólica, cuyo último texto fue examinado por los cardenales de la comisión en los días 24 al 29 de junio de 1908; es decir, en vísperas ya de su publicación.

Como se ve, el *iter* del importante documento fue rápido, pero los estudios que sobre él se hicieron resultaron profundos e intensos. El Papa tomó parte activa en los trabajos con oportunas intervenciones y espoleando continuamente para que las cosas fueran de prisa. Los cardenales de la comisión, ayudados por sus consultores particulares, trabajaron con ahinco, examinando y discutiendo con suma atención cada uno de los párrafos del proyecto. Son interesantes las observaciones de unos y de otros, algunas de las cuales pueden tener ahora de nuevo actualidad.

Estos afanes en asunto tan importante dieron como fruto la constitución *Sapienti Consilio* sobre la Curia romana, publicada en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, 29 de junio de 1908, quinto del pontificado de San Pío X. El documento papal llevaba como anejo el *Ordo servandus in SS. Congregationibus, Tribunalibus, Officiis Romanae Curicie,* esto es, el reglamento a que hemos aludido antes.

El código de Derecho canónico, que se estaba ya preparando en tiempo de San Pío X y que fue luego promulgado por Benedicto XV en 1917, aceptó sustancialmente la reforma de la *Sapienti Consilio,* concretándola en los cánones 242-264 e introduciendo como únicas innovaciones de relieve la creación de una congregación especial para la Iglesia oriental, la supresión de la del Indice, cuyas atribuciones pasaron al Santo Oficio, y la transformación de la Congregación de Estudios en la de Seminarios y Universidades.

La organización actual de la Curia

Según el *Anuario Pontificio,* la Curia romana se compone actualmente de doce congregaciones, tres tribunales y seis oficios, además de las comisiones pontificias permanentes.

El mismo *Anuario* vaticano, al darnos el cuadro de los diversos dicasterios, con la lista del personal que los forman y trabajan en ellos, ofrece algunas notas sobre la historia y competencia de los diversos organismos. Remitimos al lector a esas notas, así como a los respectivos cánones del código de Derecho canónico, limitándonos a dar aquí el elenco completo de las sagradas congregaciones, tribunales, oficios y comisiones permanentes de carácter universal [304].

Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio.
Sagrada Congregación Consistorial.
Sagrada Congregación para la Iglesia oriental.
Sagrada Congregación para la disciplina de los Sacramentos.
Sagrada Congregación del Concilio.
Sagrada Congregación de Religiosos.
Sagrada Congregación *de Propaganda Fide.*
Sagrada Congregación de Ritos.
Sagrada Congregación Ceremonial.
Sagrada Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios.
Sagrada Congregación de los Seminarios y Universidades de Estudios.
Sagrada Congregación de la reverenda fábrica de San Pedro.

Sagrada Penitenciaría Apostólica.

Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica.
Sacra Romana Rota.

Cancillería Apostólica.
Dataría Apostólica.
Reverenda Cámara Apostólica.
Secretaría de Estado.
Secretaría de Breves a los Príncipes.
Secretaría de Cartas Latinas.

Pontificia Comisión para los Estudios bíblicos.
Pontificia Comisión para la revisión del código de Derecho canónico.
Pontificia Comisión para la redacción del código de Derecho canónico oriental.
Comité Pontificio para las Ciencias históricas.
Pontificia Comisión de Arqueología sacra.
Pontificia Comisión para los Instrumentos de comunicación social.
Pontificia Comisión y Consejo General para la América latina.

«Todos los dicasterios de la Curia romana —observa el citado Del Re— actúan en nombre y por autoridad del Sumo Pontífice, y, dentro de los límites propios de cada uno, extienden su competencia sobre la Iglesia universal obligando a la obediencia a todos los fieles. La jurisdicción de que están investidos es ordinaria y vicaria y la conservan aun después de la muerte del Papa, aunque están obligados, durante el período de Sede Vacante, a suspender la tramitación de los asuntos en curso, con excepción de aquellos casos que por presentar carácter de particular gravedad no consientan aplazamiento. Gozan, además, de una jurisdicción delegada para la resolución de cuestiones que no entran en el ámbito de sus atribuciones ordinarias.»

Miembros propiamente dichos de cada una de las congregaciones son los cardenales, que por nombramiento pontificio forman parte de la misma con número variable en cada caso. Las Congregaciones del Santo Oficio, Consistorial e Iglesia oriental están presididas por el mismo Sumo Pontífice. En ellas el cardenal responsable del dicasterio lleva el título de secretario. Las otras nueve congregaciones están dirigidas por un cardenal que tiene el título de prefecto. En los tres citados dicasterios, el segundo de a bordo, por decirlo así, es el asesor; en las demás congregaciones, el secretario. Unos

y otros son actualmente arzobispos titulares. Y juntamente con los subsecretarios y sustitutos o comisario, según los casos, se les considera «oficiales mayores» y son nombrados por el Papa. «Oficiales menores» son, en cambio, los ayudantes de estudio, minutantes, notarios, archiveros, escritores, etc., que de ordinario son nombrados mediante concurso o libremente por el cardenal secretario o prefecto. Cada congregación tiene, además, un cuerpo de consultores, que suelen ser prelados, teólogos o canonistas distinguidos, a quienes se les encomienda el estudio de las cuestiones para que den su informe o voto, bien al congreso, que es la reunión de los oficiales con el secretario o con el cardenal, bien al pleno de la congregación, formado por los cardenales adscritos a la misma.

Naturalmente, esta descripción que he hecho de la estructura y funcionamiento de las congregaciones es muy sumaria, ya que para dar una idea clara habría que entrar en demasiados detalles, pues es bastante complicado el aparato burocrático de la Curia. Además, me he referido sólo a las congregaciones, porque los tribunales, oficios y comisiones tienen cada uno distinta estructura y funcionamiento. Pero todos juntos forman la *Curia Summi Pontificis* con un personal que, entre cardenales, prelados, sacerdotes y religiosos no creo que supere el millar.

A todos ellos les recibió Pablo VI en audiencia el pasado mes de septiembre de 1963 —día 22— para dirigirles el famoso discurso que vamos a comentar [305].

Pablo VI y la Curia romana

La audiencia del Papa a los miembros de su Curia hay que encuadrarla en el ambiente del Concilio. Tuvo lugar ocho días antes de comenzar el segundo período del Vaticano II, cuando Pablo VI estaba aún estudiando y delineando el programa de su pontificado.

Ya en su primer radiomensaje, el día después de su elección, el nuevo Papa había dirigido a la Curia romana un saludo cargado de aprecio y elogio:

> Queremos expresar muy especialmente nuestra estima por la Curia romana, cuya misión, tan honrosa y tan llena de responsabilidad, es la de asegurar su colaboración al Vicario de Cristo. Estamos convencidos de que su muy digna actividad nos será una ayuda eficaz, por-

> que conocemos directamente desde hace mucho tiempo su diligencia, su «sentido de Iglesia», su prudencia en la acción, que hemos podido especialmente apreciar, junto con los otros obispos, en la fase preparatoria y celebración del Concilio.

Ciertamente, Montini conocía bien a la Curia romana. Había pasado en ella treinta y dos años de ininterrumpido trabajo y había continuado en estrecho contacto con la misma, durante los años de su ministerio pastoral en Milán. Era bien natural que ahora, ya Sumo Pontífice, quisiera tener un encuentro especial y general

> con los señores cardenales, con los oficiales mayores y menores, con los eclesiásticos, directores y funcionarios que prestan su trabajo en las sagradas congregaciones, en los tribunales, en los oficios, en las diversas corporaciones e instituciones, de las que se vale el Papa para gobernar la Iglesia universal, la diócesis de Roma y la ciudad del Vaticano.

El Santo Padre quería dirigirles un saludo más íntimo y familiar que el del primer día, expresarles su gratitud y exponerles con toda claridad cuál era su posición ante la Curia y su pensamiento sobre la misma:

> Hemos deseado este encuentro en el comienzo de nuestro ministerio apostólico, ante todo para dirigir a todos los presentes, de forma explícita y colectiva, nuestro cordial y reverente saludo. Nos mismo hemos tenido el honor de prestar nuestro servicio durante largos años en la Curia romana; hemos tenido en las filas que la componen dignísimos superiores y maestros, colegas estupendos, colaboradores e inolvidables amigos; hemos compartido las fatigas, responsabilidades, esfuerzos, experiencias, alegrías y dolores de este complejo y singular organismo; hemos seguido, durante más de treinta años, el desarrollo de su vida desde un punto de observación privilegiado, la Secretaría de Estado, el óptimo, querido y fiel organismo que asiste al Papa en sus actividades personales; de esta forma hemos podido apreciar mejor el sabio engranaje de la Curia romana, emanado de una tradición coherente y flexible; hemos escuchado las indicaciones relativas a las nuevas necesidades de este mismo organismo; hemos recogido también las críticas que se le han dirigido y que con frecuencia nos han servido de tema de sincera reflexión; finalmente, hemos podido conocer y apreciar la eficacia de los servicios que la Curia de Roma hace al papado y a la Iglesia.
>
> Nos ha parecido, por tanto, obligado, desde el comienzo de nuestro ministerio apostólico, dar una prueba de nuestra paternal benevolencia a las personas que dirigen y componen la Curia romana, y ha-

cerles saber cuánto nos place y nos obliga el sabernos en comunión con ella, no solamente en el trabajo específico, al que está totalmente dedicada, y en las relaciones jurídicas, que a Nos la ligan, sino más bien en el espíritu con que ha de realizarse el servicio común, para bien y ejemplo de toda la Iglesia y de su misión en el mundo, y para gloria de Aquel que lo es todo para nosotros, Nuestro Señor Jesucristo.

Acepten, pues, señores cardenales, y aceptad vosotros, venerables hermanos y queridos hijos, la expresión de nuestra veneración, de nuestro agradecimiento, de nuestro estímulo, y que todos procuren, con la fidelidad de que la Curia romana ha hecho siempre afectuosa profesión, mantener también hacia Nos —último en el tiempo y en los méritos, siervo de los siervos de Dios—, hacia nuestra modestísima persona, hacia nuestra dificilísima misión, el apoyo de su constante solidaridad, de su filial obediencia, de su valiosa colaboración; y también, como decíamos, de su íntima comunión, que asocia a nuestra tarea no sólo las manos y el talento, sino también los sentimientos, las oraciones, la caridad de sus corazones hacia nuestro corazón, que, si el Señor nos asiste, quiere ser para todos el de amigo, pastor y padre.

La Curia y el Papa: Comunes afanes en la hora del Concilio

Estamos ante uno de los grandes discursos programáticos de Pablo VI. Hay que leerle, por lo mismo, con suma atención, descubriendo entre líneas los sentimientos y pensamientos del Papa. Su Santidad habla a sus más inmediatos colaboradores, diciéndoles claramente muchas cosas y dándoles delicadamente a entender otras.

Es de notar, ante todo, el elogio sin reservas que Pablo VI hace de la Curia, cómo pone de relieve su altísima y delicada misión, sus méritos innegables, que merecen, es evidente, el agradecimiento, el afecto y la confianza del Pontífice. Para exigir de los curiales, en correspondencia y por deber, determinadas aptitudes que el Papa no deja de señalar.

Hay un punto importante que Pablo VI trata en seguida, diciendo una palabra muy clara: la posición de la Curia ante el Concilio:

Otro motivo de esta reunión es el momento, extremadamente grave y hermoso, que toda la Iglesia y la Santa Sede, en primer lugar, y, por tanto, también la Curia romana, está llamada a vivir, ciertamente

por divina disposición; momento histórico, momento espiritual, el Concilio Ecuménico Vaticano II, que volverá a abrir, como es sabido, sus solemnes sesiones dentro de pocos días.

Nos ha parecido oportuno que la Curia romana tomara conciencia a una con Nos de este gran acontecimiento; no porque no esté preparada, pues lo espera y se preocupa de él con gran diligencia; no porque haya descuidado meditar en la gran importancia del Concilio, durante su primera sesión, ya que comprende su extraordinaria y compleja dimensión más que cualquier otro sector de la Iglesia y de la opinión pública, hasta dejar a veces traslucir su estupor y aprensión sobre una convocatoria conciliar, inesperada e improvisada, y sobre la gravedad de los problemas que debía despertar; sino para que en todos nosotros esta conciencia sea profunda, uniforme y confiada, y quede íntimamente empapada de la persuasión de que un acontecimiento grande y misterioso, guiado por el Espíritu Santo, está realizándose en torno a la tumba del Príncipe de los Apóstoles; y está envolviendo este centro providencial de la Iglesia católica en el flujo poderoso de las fuerzas arcanas del Reino de Dios, que ensanchan sus funciones, que demuestran su posición cardinal en la historia de la humanidad redimida, y que ponen a prueba, severa y públicamente, sus virtualidades, casi obligándose a ser, como debe ser, luz de sabiduría y de santidad para el mundo entero.

La hora es grande y sagrada; Nos, y vosotros, miembros de la Curia romana, los primeros, la tenemos que vivir con profunda comprensión y con corazón magnánimo. Que la primera expresión de esta adecuación de nuestro espíritu con la grandeza del acontecimiento sea la uniformidad de las voluntades; más aún: el fervor por su digna celebración y la identidad de miras. Quiso este Concilio Vaticano II un Papa, al que con verdad la espontánea aclamación de la voz pública atribuyó las palabras evangélicas relativas al precursor de Cristo: «Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan». La Historia, creemos, repetirá estas palabras, cuando registre las saludables consecuencias de su improvisada y fulgurante deliberación, que llamó a la Iglesia católica a Concilio y abrió a los hermanos separados las puerta y el corazón para una leal reconciliación. Pero, fuera como fuere el origen de la idea del Concilio, es el Papa quien lo convocó, es el Vicario de Cristo; es el sucesor de San Pedro, a quien la Curia romana, sin dejarse ganar por nadie, reconoce como a su Obispo, su Maestro y su Cabeza. Estamos seguros de que jamás en la Curia romana podrá encontrar eco el menor titubeo ante los supremos deseos del Pontífice; que jamás será sospechosa de disparidad de juicio o de actitud con relación al juicio y al sentir del Papa. Si esta conformidad de ánimos con lo que el Papa manda o desea ha de ser siempre y rigurosamente unívoca por parte de la Curia romana,

si ha de ser su ley y su honor, éste es el momento para hacer de ello una firme y abierta profesión.

Puesto que sabemos que éste es y quiere ser el propósito de todos y cada uno de los componentes de la misma Curia romana, hemos querido también, con esta reunión, alabar y estimular esta filial, armoniosa y gozosa sintonía de vuestros pensamientos y de vuestros propósitos con los del Papa, que hoy ha hecho suya la herencia de Juan XXIII, de feliz memoria, y la convierte en programa de toda la Iglesia.

En uno de los párrafos del Papa, que acabo de transcribir, algún comentarista ha querido ver una velada alusión a cierta posición tomada en un principio por determinados miembros de la Curia ante el imprevisto anuncio del Concilio por parte de Juan XXIII. Es bien sabido, porque lo dijo más de una vez el mismo papa Roncalli, que algunos altos prelados de Roma no veían nada claro el problema del Concilio y que manifestaron parecer contrario a su convocatoria. ¿Es el «estupor y la aprensión» a que alude Pablo VI? ¿No es por eso por lo que el Santo Padre pide adhesión total, sin reserva de ninguna clase, por parte de los curiales, a las disposiciones y también a los deseos del Papa? Podría ser por eso y también por otras cosas. Lo cierto es que Pablo VI, a propósito del Concilio, señala en sus palabras, con cierta fuerza, una de esas actitudes que han de distinguir a los miembros de la Curia: uniformidad de juicio, conformidad de ánimos, armoniosa y gozosa sintonía de pensamientos, y propósitos, prontitud absoluta y rigurosa obediencia para con el Santo Padre. Es decir, que los curiales sean los primeros en «sentir con la Iglesia y con el Papa el histórico acontecimiento del Concilio», según la frase usada por el mismo cardenal Montini en su pastoral sobre el Vaticano II.

Nótese, sin embargo, que es ésta una actitud que en los colaboradores del Pontífice ha de ser habitual. Pablo VI no sólo pide que sea así, sino que indica en esa postura uno de los mayores timbres de gloria que distingue al gobierno central de la Iglesia:

Por lo demás, una tal consonancia entre el Papa y su Curia es una norma constante. No sólo en las grandes horas de la Historia este acuerdo demuestra su existencia y su fuerza, sino que siempre está vigente; en cada día, en cada acto del ministerio pontificio, como conviene al órgano de inmediata adhesión y absoluta obediencia, del que el Romano Pontífice se sirve para desarrollar su misión universal. Esta relación esencial de la Curia romana con el ejercicio de la actividad apostólica del Papa es la justificación, más aún, la gloria de la Curia,



14. El cardenal Amleto Juan Cicognani, secretario de Estado de Su Santidad.

resultando de la relación misma que la liga al Papa, su necesidad, su utilidad, su dignidad y su autoridad; pues la Curia romana es el instrumento que el Papa precisa y del que el Papa se sirve para cumplir su propio mandato divino.

Alabanzas y críticas a la Curia

Es evidente que la Iglesia tiene necesidad de la Curia romana. El Sumo Pontífice no puede prescindir de ella en sus tareas de gobierno universal. Las funciones de la Curia se ejercen a un nivel muy alto. El Santo Padre pone de relieve las insignes cualidades que, por lo mismo, han de adornar a los curiales. Y con aguda intuición de las cosas dice lo que él espera de los prelados de Roma, exponiendo cómo ha de ser su colaboración:

> La Curia: un instrumento dignísimo; por lo cual no es de extrañar que todos, y en primer lugar Nos mismo tanto le pidamos y tanto le exijamos. Su función requiere capacidad y virtud suma porque precisamente es altísima su misión. Función delicadísima, cual es la de ser custodio y eco de las verdades divinas, y hacerse lenguaje y diálogo con las almas humanas; función amplísima que tiene por frontera el mundo entero; función noble, cual es la de escuchar e interpretar la voz del Papa y, al mismo tiempo, de velar porque no le falte ninguna información que pueda serle útil y objetiva, así como tampoco ningún filial y ponderado consejo. Porque ha de ser cuidadosísima y expertísima la Curia romana para estar a la altura de su cometido; vosotros lo sabéis; más aún, lo deseáis. Vosotros mismos ansiáis antes y más que vuestros críticos compaginar con las virtudes específicas las exigencias siempre nuevas y crecientes del oficio que se os ha encomendado.

El Papa entra luego en un tema delicadísimo: las críticas a la Curia:

> Acabamos de decir: críticos. Sí, porque es sabido que se han dirigido a la Curia romana, juntamente con muchos encomios y reconocimientos por sus muchos méritos, también críticas. Como hemos señalado, este fenómeno dimana, ante todo, de la naturaleza y finalidad de la Curia misma; jamás se colma la medida del dar cuando se trata de servir a la causa de Cristo y de las almas. Es, por tanto, explicable y providencial que este fenómeno se dé, de cuando en cuando, a lo largo del camino de la historia eclesiástica; es estímulo a la vigilancia, reclamo a la observancia, invitación a la reforma, fermento

> de perfección. Debemos aceptar las críticas que nos rodean, con humildad, con reflexión y también con reconocimiento... A las acusaciones, con mucha frecuencia infundadas, dará, desde luego, respuesta y defenderá su honor. Pero sin altivez, sin retorsión, sin polémica.

Analicemos este párrafo, que pide algunos comentarios y es susceptible de aplicaciones generales.

A la Curia se la han dirigido siempre muchas alabanzas bien merecidas. Sin embargo, en el clima actual de la Iglesia: ambiente de Concilio, atmósfera de reforma, incontenibles afanes de perfeccionamiento para una mayor eficacia en la vida pastoral y una más activa presencia de la Iglesia en el mundo; en este clima, digo, más que los elogios parecen haber predominado las críticas a la Curia romana. Críticas, entiéndase bien, que no rozan en absoluto la persona del Papa, sus decisiones o actividades. Nacen de una exigencia de perfeccionar algo que como todo lo humano es susceptible de perfeccionamiento. Pero nacen también de un motivo superior, que el Papa expresa maravillosamente y que puede resumirse en este principio: «Cuando se trata de servir la causa de la Iglesia, *nunquam satis;* nunca podemos estar satisfechos de nuestra generosidad, de nuestra preparación, de nuestra entrega al trabajo, de nuestro desinterés, de nuestra perfección».

Aspecto general del problema: La opinión pública en la Iglesia

Pablo VI analiza el fenómeno referente a los organismos centrales de la Iglesia con certera visión del problema, dando orientaciones e ideas que pueden igualmente aplicarse a otros sectores de la vida u organizaciones eclesiásticas.

El Papa pone, ante todo, de relieve el lado positivo de la crítica constructiva y su utilidad: ayuda a estar atentos en el exacto cumplimiento de una misión tan delicada como es la del servicio al Sumo Pontífice en el gobierno de la Iglesia; estimula a la renovación; resulta un eficaz control eclesial por parte de los sacerdotes o seglares mejor preparados. Es, pues, un campo, como tantos otros, en el que pueden tener su proyección los principios sobre la opinión pública en la Iglesia que expuso Pío XII en 1950 y de los que tanto se habla hoy.

«La Iglesia es un cuerpo vivo —decía el papa Pacelli— y le faltaría algo a su vida si no existiese en ella la opinión pública; falta cuya censura recaería sobre los pastores y sobre los fieles.»

A esta cita pontificia podríamos añadir otras de padres conciliares, que orientan perfectamente sobre este problema, de la crítica y el diálogo en el interior de la Iglesia. Me referiré solamente a tres que me parecen muy expresivas.

Dice el cardenal Paul Emile Léger, arzobispo de Montreal: «La Iglesia es una comunidad jerárquica de hombres libres, en la que el diálogo es un deber lo mismo que la obediencia».

Añade el cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia: «Existe en la Iglesia el derecho a la crítica interna, porque la Iglesia no es un sistema totalitario en el cual siempre ha de tener razón quien se encuentra en el más alto grado de la escala».

Y el cardenal Franziskus König, arzobispo de Viena, hablando precisamente a los periodistas en la fase preparatoria del Vaticano II, completa las ideas anteriores con estas palabras: «Advertid cuanto creáis oportuno advertir. Insistid en todo lo que juzguéis que debéis insistir. Informad al mundo y a los católicos sobre el Concilio siempre que se os presente alguna ocasión. Exponed todo aquello que el público y los fieles esperan del Vaticano II»[306].

Este planteamiento de las cosas en la Iglesia invita a acoger las críticas positivas con afán de aprovecharse de ellas, tanto más si, como suele suceder muchas veces, dichas críticas llevan un gran fondo de verdad y se fundan en hechos reales, en deficiencias bien notables y quizá no difíciles de corregir.

Se trata, además, de críticas que nacen generalmente de un profundo amor a la Iglesia, de un ansia viva de perfección, de una sincera preocupación por los problemas eclesiales. Por eso es frecuente y está justificado que hablen y expongan su opinión los que más apasionadamente aman a la Iglesia; los que la sirven generosamente soñando con trepidación en la belleza de su rostro exterior, en la perfección evangélica de sus aspectos humanos.

Se ve en seguida cuándo una crítica está hecha con «sentido de Iglesia» y cuándo no. Se nota fácilmente si las críticas proceden de un conocimiento justo de las cosas y de un afán santo o de simple ligereza, de posturas negativas, de incomprensión o resentimiento, si es que no de mala intención. De los santos han venido a las instituciones eclesiásticas, también a la Curia romana —Pablo VI, en el discurso que estamos comentando, cita el conocido caso de San Bernardo—, críticas positivas, constructivas, bañadas de amor a la Iglesia.

El reformismo eclesial contemporáneo de cara al Concilio

Era natural que con ocasión del Concilio se notase en la Iglesia una sensibilidad especial por lo que se refiere a la función de la opinión pública, y que los afanes de reforma creciesen al filo de las nuevas inquietudes eclesiales que han venido mostrando Juan XXIII, Pablo VI y los padres conciliares. Cierto que el «reformismo» católico contemporáneo no comenzó con el anuncio del Concilio; pero todo él ha venido a desembocar en el Vaticano II y en el ambiente conciliar creció y se desarrolló. En la pastoral sobre el Concilio que escribió el actual Papa cuando estaba de arzobispo en Milán hace notar que, entre los «objetivos fundamentales» que Juan XXIII señaló al Concilio Vaticano II, está, en primer lugar, el de *la reforma interior de la vida eclesiástica.* Y para explicar en qué ha de consistir esa reforma habla largamente del concepto general de reforma aplicado a la vida cristiana.

> Surge así en nuestros espíritus [con ocasión del Concilio] el concepto, tan fácil y tan difícil, de la reforma de la vida eclesiástica. Esta vez es el Papa quien lo plantea ante toda la Iglesia. Programa de santos y trompetazo de rebeldes, ingenuidad de utópicos y veleidad de políticos, exigencia profunda de contemplativos y pastores de almas, capricho indócil de espíritus inquietos y obsesionados; la reforma ha sido, de vez en vez, en el correr de los siglos, el fermento renovador de la tradición católica, como ha sido también el fermento disgregador de las filas eclesiásticas.
>
> Quien conoce la historia de la Iglesia sabe realmente la importancia y dinamismo que este concepto ha tenido, a través de los tiempos, en la vida de la cristiandad. Baste recordar que la gran crisis religiosa y política que arrancó a los protestantes de la Iglesia católica se llamó precisamente Reforma, y que el gran esfuerzo realizado por el Concilio de Trento y por el movimiento de restauración católica que le siguió, para definir las cuestiones doctrinales y reparar los daños morales a que aquella crisis afectaba, se denominó impropiamente Contrarreforma; cuando realmente se debe ver en él no solamente una reacción defensiva y conservadora, sino una verdadera y positiva reforma católica, que desde el siglo XVI lanza aún hasta nuestros días copiosos beneficios.
>
> Debemos precisar, ante nosotros mismos, este concepto de reforma, porque es algo muy importante para comprender la finalidad del Con-

cilio Ecuménico y para penetrar en su espíritu; y también, porque tal concepto influye fuerte y diversamente en la mentalidad moderna.

¿De dónde nace el concepto de reforma? Nace de dos raíces: de la observación de un mal y de una reacción concebida de diferentes maneras.

Y aquí surge una objeción falaz: ¿Es que puede haber algún mal en la Iglesia? ¿No es la Iglesia santa e infalible? La respuesta es fácil para quien sabe ver en la Iglesia la obra de Dios, sus designios, sus dones divinos de gracia y de verdad, sus objetivos finales que tienden a Dios y a la vida eterna; esta obra es santa y santificante, es infalible en su principio divino, el Espíritu Santo, y en determinados actos calificados y especialísimos (como son las solemnes definiciones dogmáticas).

Pero la obra de Dios se realiza por hombres de este mundo, los cuales pueden ser falibles y caducos, aunque estén sostenidos por la gracia y el compromiso de seguir a Cristo. Es, pues, necesario distinguir dos aspectos en la Iglesia: el de institución divina y el de comunidad compuesta de hombres. Podríamos decir, en cierto modo, el aspecto ideal y el real; o también, el de la causa eficiente, formal y final, que es obra de Dios y, por tanto, perfecta, y el de la causa material (que en todo momento está informada por la anterior), o sea, su composición humana, resultante de hombres imperfectos y quizá pecadores, pero siempre santificados por el bautismo.

El primer aspecto es el modelo estupendo e inmaculado de la Iglesia, tal y como Cristo imaginó y amó a su mística Esposa: «sin mancha», como escribe San Pablo, «santa e inmaculada». Y no sólo modelo, sino realidad en vía de actuación, que en su expresión histórica y concreta presenta el segundo aspecto: el de la humanidad congregada en la Iglesia militante y no perfecta, pero en actitud de perfeccionarse y santificarse según el modelo, según la idea concebida por Cristo en orden a la Iglesia gloriosa... Escatológica, como suele decirse; esto es, en su fase final, situada más allá del tiempo. Por tanto, la reforma es un esfuerzo perenne de la Iglesia, que tiende a acercar la idea divina a la realidad humana y ésta a aquélla.

Así, pues, esta nuestra Iglesia terrena, discípula de Cristo, en su corporeidad humana y en su fase de santificación, está y debe estar en una actitud de continua e incansable reforma. La misma realidad sobrenatural de la Iglesia exige que su realidad natural esté en perpetuo perfeccionamiento. Cuando Jesús nos dice: «Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial que está en los cielos», y cuando San Pablo nos advierte: «Sed imitadores de Dios como hijos amadísimos» y nos incita a «renovarnos en el espíritu... y a revestirnos del hombre nuevo», somos invitados a un perfeccionamiento que jamás tendrá límite, ni tregua; por eso debemos tener en nuestra vida un estado de

> continua tensión moral que caracteriza precisamente el estilo ascético del cristiano acá abajo e informa toda la disciplina jurídica, toda la educación moral, toda la vigilancia ascética y mística de la Iglesia. La reforma está, pues, en el programa ordinario de la Iglesia. La reforma está siempre de actualidad.

El cardenal Montini aplica luego esta teoría de la reforma eclesial a las circunstancias actuales para hacer notar que el Vaticano II, aunque es también un Concilio de reforma —es decir, «tiende expresamente a realizar alguna reforma importante»—, tiene, sin embargo, características especiales, ya que

> su convocación ha sido promovida más por el ansia del bien que como huida del mal. Realmente, hoy en día no hay en la Iglesia, por la misericordia divina, errores, escándalos, desviaciones o abusos tales que reclamen una solución excepcional como la convocación de un Concilio.
>
> Actualmente la Iglesia, siempre por la gracia divina y por los méritos de tantos cristianos buenos y santos, se halla más en estado de sufrimiento y debilidad que en condiciones de escándalo o decadencia. El aspecto general y exterior de la Iglesia católica registra más heridas que pecados; más necesidades que infidelidades. Lo cual nos hace que estemos aún más agradecidos y contentos de que el Papa, espontáneamente animado por el amor a Cristo y por el deseo de promover cada vez más el proceso de perfeccionamiento de la Iglesia, haya procedido a la convocación del Concilio, con iniciativa personal, sin presión exterior alguna. Será, por tanto, un Concilio de reformas positivas, más que punitivas; de exhortación, más que de anatemas.
>
> Las necesidades se convierten en intenciones, esperanzas, oraciones. Solamente este cambio psicológico en la opinión colectiva de los católicos es ya un resultado positivo del Concilio, aun antes de su celebración. Se difunde así el optimismo del Papa en todo el Cuerpo de la Iglesia, cuya sensibilidad aumenta enormemente, sin morbosidades angustiosas y existencialistas, sin críticas estériles y farisaicas, sino más bien caracterizada por el ansia de la verdad y la confianza del bien.
>
> Esta vigilia conciliar es un examen general de conciencia, al que todos están invitados a participar. ¿Quién no se siente consciente de alguna necesidad, de algún mejoramiento, de algún perfeccionamiento en la vida religiosa católica? Esto explica la abundancia de pronósticos y de propuestas que, de todas partes, confluyen en torno al Concilio [307].

Como se ve en estos textos «montinianos» que he transcrito, y como puede comprobarse leyendo el discurso programático que Pablo VI pronun-

ció al inaugurar el segundo período del Concilio, para el papa Montini la palabra «reforma» es un lema.

Yo me he alargado aquí hablando un poco de la opinión pública en la Iglesia y del reformismo católico contemporáneo porque considero importante estas ideas y observaciones para encuadrar todo el programa renovador de Pablo VI en sus aspectos generales, por un lado, y en su aplicación a la Curia romana, por otro.

Creo que lo más interesante que se puede poner de relieve aquí, comentando las palabras del papa Montini —y él lo hace notar expresamente en su discurso a la Curia, como veremos después—, es que esta vez las voces de reforma vienen de Roma; la reforma misma por deseo del Papa comienza en Roma en los organismos más altos, en el gobierno central de la Iglesia. El ejemplo no puede ser más espléndido, la lógica está en su punto, la orientación para todos es bien clara. Si arriba hay que reformar, si la opinión pública de la Iglesia puede tener su proyección hacia los organismos más altos, ¿qué diremos de las instituciones o estructuras inferiores? Hay también en todo esto una evidente dialéctica eclesial. No es necesario hacer más comentarios o aplicaciones. Ya se ve.

Los diversos aspectos del problema de la Curia romana

En una Iglesia «en estado de Concilio», que quiere renovarse y ponerse al día, es natural que se hable mucho de la reforma de sus estructuras. Y así, es obvio también que la atención se dirija de una manera especial a los organismos del gobierno central, ya que la marcha general de las cosas depende, en gran parte, de ellos.

Cuando en 1959 el cardenal Tardini, secretario de Estado de Juan XXIII, pidió oficialmente a los obispos de todo el mundo que presentaran sus propuestas para el Concilio, hubo numerosos prelados que hicieron observaciones bien pensadas y detalladas sobre lo que convenía reformar en la Curia romana. Y es interesante saber a este propósito que ciertas iniciativas muy lanzadas en este sentido provenían de algunos obispos italianos.

En las actas conciliares —serie antepreparatoria— están recogidas, todavía *sub secreto,* las referidas propuestas del episcopado católico. Muchas ya son conocidas, porque han salido por otros caminos a la luz pública y porque los mismos obispos volvieron a formularlas en la fase preparatoria del

Concilio y en los debates del primer período del Vaticano II, que precedió a la elección del papa Montini y, consiguientemente, al discurso que estamos comentando.

Pero no han sido sólo los padres conciliares quienes han hablado de este asunto. Tras el anuncio del Concilio, y al compás de su desarrollo, han aparecido en las más diversas naciones numerosos libros y artículos que hablan con seriedad y sin ambages de reformas generales y concretas.

En este ambiente la Curia romana ha sido blanco de muy llamativas observaciones y de alabanzas mezcladas con fuertes críticas.

Ante esta situación, la postura de la Santa Sede está expresada por Pablo VI en una frase lapidaria de su discurso a la Curia:

> Roma no tiene necesidad de defenderse haciéndose sorda a las sugerencias que le vienen de voces honestas y tanto menos si estas voces provienen de amigos y hermanos.

Se podría localizar fácilmente y citar aquí los nombres de esos «amigos y hermanos» a que alude el Papa. De las críticas nacidas de quienes, aun siendo de casa, no tienen una postura amistosa o fraterna, no nos ocupamos aquí.

Sería interesante presentar ahora una reseña de todo lo que se ha dicho en estos cinco últimos años sobre la Curia pontificia; pero eso haría mi trabajo interminable. Y la tarea sería ya casi imposible si intentase recoger las aguas desde más atrás, pues tendría que remontarme hasta el Concilio Vaticano I, en el que las críticas a la Curia romana fueron ya muy abundantes.

Más adelante me referiré a algunas propuestas concretas de reforma. Aquí me limito a decir que las críticas generales más fuertes se han referido a la falta de internacionalidad o, más en concreto, a la actual *italianización* de los dicasterios romanos, al *carrierismo,* a la excesiva centralización, al aspecto burocrático, al estilo pomposo y triunfalista, al sentido conservador, a la poca modernidad en algunos métodos, a la escasa coordinación entre los varios organismos y a la falta de eficiencia motivada por la presencia en algunos cargos importantes de personas enfermas o muy ancianas que, a pesar de su indiscutible valor y competencia, no están ya en disposición de atender a su misión con las exigencias que llevan consigo los tiempos actuales.

Después de todas estas observaciones hay que añadir aquí que se hacen

también a la Curia muchas críticas totalmente injustas. El Papa lo ha advertido hablando a los fieles en una de sus audiencias generales. Como también se ha referido el Pontífice al dolor que proporcionan a la Iglesia la incomprensión, el afán demoledor de algunos y sus excesivas críticas. He recogido estos pensamientos de Pablo VI en otra parte del libro [308]. El Santo Padre pide a sus hijos confianza en la Iglesia. Tengamos confianza absoluta también en Pablo VI. Hay motivos bien determinantes para ello. Y por lo que se refiere a la Curia romana, digamos que, después del discurso del Papa, que se transcribe en este capítulo y en el que ya está dicho todo, sería mejor y más eclesial no hacer críticas al gobierno central de la Iglesia más que en sentido positivo, es decir, como humilde aportación de propuestas a la reforma que se planea. Cualquier otra postura encerraría falta de comprensión, ligereza o demasiada prisa; por eso sería contraproducente y dañaría a la misma reforma, ya que ésta, por su complejidad y delicadeza, necesita maduración y ha de ir, naturalmente, despacio.

Los méritos de la Curia

Las críticas llaman más la atención que los elogios. Estos hacen siempre menos ruido y suenan con sordina en el ámbito de la opinión pública. Durante los debates conciliares se han hecho a la Curia romana muchas críticas que han sido llamativamente registradas por la prensa. Se la han hecho también muchas alabanzas que, a lo sumo, fueron registradas —ciertamente no siempre— en los comunicados oficiales.

Si quisiéramos hacer un balance de los aspectos positivos que se encuentran en la organización de la Curia romana, del valor de sus experiencias seculares, de su estilo certero para tantas cosas, del espíritu de sacrificio y del amor a la Iglesia que anida en muchos curiales, de la competencia de no pocos de sus dirigentes, de la perfección de algunas de sus estructuras y métodos..., necesitaríamos abundantes páginas. Además, esto no es necesario. Basta tener un poco de «sentido de Iglesia» y un mínimo de información sobre las cosas para comprender perfectamente ciertas situaciones y determinadas actuaciones. E importa también, sobre todo, darse cuenta de que el gobierno central de la Iglesia no es un aparato estatal, al que puedan aplicarse criterios políticos o visiones profanas que carecen en abso-

luto de tono sobrenatural. Nos movemos en un plano completamente distinto del civil.

Véase lo que dice Pablo VI en alabanza de la Curia romana:

> El encomio es obligado precisamente por el fiel, devoto y competente servicio que prestáis a la Santa Sede y al Papa, y por ello también a toda la Iglesia católica. Ejecutora de la voluntad de quien tiene la responsabilidad y el poder de apacentar a la Iglesia de Cristo, la Curia romana merece la estima, la confianza, el reconocimiento de la Iglesia misma, el nuestro.
>
> Decimos esto, venerables hermanos y queridos hijos de la Curia romana, con una triple intención: para encomiaros, tranquilizaros y exhortaros.
>
> Además, se puede observar que el propósito de modernización de las estructuras jurídicas y de profundización en la conciencia espiritual no sólo no encuentra resistencia en lo que afecte al centro de la Iglesia, la Curia romana, sino que la Curia misma está en vanguardia de esa perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene necesidad perpetua. De Roma parte hoy la invitación a la puesta al día (*«aggiornamento»*, según la expresión empleada por nuestro venerado predecesor), es decir, al perfeccionamiento de todo, los interno y lo externo, de la Iglesia; es de Roma de donde ha partido la iniciativa de la reforma del código de Derecho canónico, es decir, de la misma ley que solemnemente rige a la urbe y al orbe eclesiástico; de Roma ha partido en estos últimos cien años el gobierno regular, incansable, coherente, estimulante, que ha llevado a la Iglesia entera al estado no sólo de expansión exterior, que todos deben reconocer, sino de vitalidad y sensibilidad interior, aparte los tesoros y misterios con que Cristo la ha enriquecido. Hoy, por fortuna, San Bernardo no escribiría ya sus páginas de fuego sobre el mundo eclesiástico romano; ni las suyas los reformadores del siglo XVI. La Roma papal es hoy muy distinta, y, gracias a Dios, mucho más digna, más prudente y más santa; mucho más consciente de su vocación evangélica, mucho más comprometida con su misión cristiana, y, por tanto, mucho más deseosa y susceptible de perenne renovación.

No se pueden decir palabras más expresivas sobre la misión de Roma en los destinos de la cristiandad. ¡Qué fácil sería documentar las afirmaciones del Papa! Es bien claro que con los últimos Pontífices los principales y más audaces movimientos de reforma eclesial han partido de la Ciudad Eterna. Los nombres de «Pío XII» y «Juan XXIII», como la palabra «Con-

cilio», lo dicen todo. Los discursos, los gestos y los planes de Pablo VI constituyen el testimonio más significativo que puede aducirse a este propósito.

El Papa anuncia la reforma de la Curia

Pablo VI, después de haber expuesto en este discurso las citadas ideas que tienen al lector pendiente de un hilo dorado, llega el momento más sensacional de su alocución y anuncia la reforma de la Curia.

> La tranquilidad que también queremos infundir a nuestra Curia se refiere a las posibles reformas que habrá que adoptar con respecto a ella. Que deban introducirse en la Curia romana algunas reformas no sólo es fácil de prever, sino que también es conveniente desear. Como todos saben, este añoso y complejo organismo, en su reorganización más reciente, se remonta a la famosa constitución *Inmensa aeterni Dei,* de 1588, del papa Sixto V; lo reajustó, con la constitución *Sapienti consilio,* de 1908, San Pío X, y el código de Derecho canónico, en 1917, ratificó sustancialmente esa arquitectura. Han pasado muchos años: es explicable que tal ordenamiento esté lastrado por su misma edad venerable, que se resienta de la disparidad de sus órganos y de su acción con respecto a las necesidades y costumbres de los tiempos nuevos, que sienta al mismo tiempo la exigencia de simplificarse y descentralizarse, de extenderse y prepararse para nuevas funciones. Para ello serán precisas diversas reformas. Serán, ciertamente, ponderadas, ordenadas, de acuerdo con las venerables y razonables tradiciones, por un lado, y de acuerdo con las exigencias de los tiempos, por otro. Serán, ciertamente, funcionales y beneficiosas, pues no tendrán otra mira que la de dejar caer lo que es caduco o superfluo, en las formas y normas que regulan la Curia romana, y de introducir lo que es vital y providencial para su más eficaz y apropiado funcionamiento. ¡Serán formuladas y promulgadas por la Curia misma! No tendrá que temer, por ejemplo, que sus miembros sean escogidos con una mayor visión supranacional y que sean educados con más cuidada preparación ecuménica. ¿No decía San Bernardo, ya en su tiempo: «Por qué no escoger de todo el mundo a los que un día habrán de juzgar al mundo entero»? *(De consid.,* IV, 4). La Curia romana no será celosa de las prerrogativas temporales de otras épocas; ni de las formas externas no muy idóneas para expresar e imprimir verdaderos y profundos significados religiosos; ni avara de sus facultades que, sin herir el orden eclesiástico universal, hoy el episcopado puede, de por

sí y localmente, ejercer mejor. Ni jamás metas y beneficios económicos tendrán peso para sugerir cualquier reserva o centralización por parte de los órganos de la Santa Sede si no es requerido por el bien del gobierno eclesiástico y la salvación de las almas.

Reformar la Curia. Palabras mayores. El Papa plantea el problema con gran decisión, con extrema claridad, con intrepidez. Laurentin, en su comentario a este texto, habla incluso de «audacia». La reforma es deseable. Es oportuna. Es necesaria. Muchos han afirmado que es urgente.

La Curia, en sus líneas más generales, tiene todavía la estructura que la dio Sixto V, sustancialmente conservada por San Pío X y recogida luego en el código de Derecho canónico, como hemos explicado antes ampliamente. Desde la última reforma ha pasado ya medio siglo; y los tiempos han corrido demasiado. Mucho más que la Iglesia en este aspecto. Por eso la necesidad de una nueva reforma se ha venido sintiendo de unos años a esta parte con fuerza en la misma Roma.

«Soy muy viejo para eso», dijo Pío XI al final ya de su pontificado a un cardenal que le presentaba la idea de dar una estructura más moderna a la Curia [309].

Pío XII no sólo pensó en la reforma, sino que llegó a preparar para la misma un plan concreto personal y original. Un proyecto madurado en la experiencia de sus primeros años de pontificado y con los recuerdos de sus tareas en la Secretaría de Estado. El papa Pacelli hizo ver este plan a algunos de sus más íntimos confidentes y colaboradores; pero nunca se decidió a darle los últimos toques para llevarle a la práctica.

Me explicó las líneas generales de este proyecto el inolvidable cardenal Cayetano Cicognani y me dijo que Pío XII había tenido varios meses sobre la mesa de su despacho el *dosier* con los planes para la reforma. ¿Por qué no se decidió a realizarla? No sabemos. Pero lo cierto es que el papa Pacelli iba tanteando y preparando el terreno con sus iniciativas a veces tan curiosas y significativas. Así, centralizó cada vez más las cosas en la Secretaría de Estado; fue perdiendo el contacto personal con los prelados dirigentes de los diversos dicasterios, a quienes hacía despachar con el prosecretario de Estado o con el sustituto que presentaban luego los asuntos al Pontífice; fue dejado en blanco muchos cargos de la Curia y poniendo en otros *pro*-titulares en lugar de responsables definitivos; recibía poquísimo a los cardenales de Roma, cuyo número fue disminuyendo notablemente hasta el punto de que los veintisiete, que había cuando fue elegido Pío XII, esta-

ban reducidos a doce cuando murió. Así —es innegable— el aparato curial fue perdiendo categoría y en cierto sentido importancia hasta la posterior revalorización de Juan XXIII.

¿Pensó el papa Roncalli reformar la Curia? No es difícil sospechar que fue éste un deseo del llamado «Papa innovador». Tal vez más que un propósito concreto, algo que podría colocarse entre sus «intuiciones proféticas», esas intuiciones con las que él preparaba el camino a su sucesor. Lo cierto es que Juan XXIII nunca habló en público sobre la «reforma» de la Curia. El tomó algunas iniciativas, importantes en relación con el gobierno central de la Iglesia, pero más bien en el sentido de vuelta a lo tradicional: cubrir los cargos que había dejado vacantes Pío XII y nombrar cardenales entre los prelados romanos. Así, de los veintitrés purpurados que creó en su primer Consistorio, once quedaron en la Curia, a los que hay que añadir los siete de la promoción siguiente y algunos más de las sucesivas. En su primera alocución consistorial dijo expresamente que, al aumentar el número de los miembros del Sacro Colegio, se había propuesto reforzar la Curia con nuevos cardenales, para hacer más expeditivo y viable el trabajo de los dicasterios romanos. Luego, al comienzo del año 1960, dio a conocer a los eminentísimos de Roma su deseo de que ningún cardenal tuviese en la Curia más de un cargo importante. Y según este criterio, procedió a diversos nombramientos y cambios de titulares[310]. Ordenó, además, que los cardenales residenciales, cuando se encuentren en Roma, participen en las sesiones de las congregaciones a que pertenecen.

El papa Roncalli siguió esta línea durante todo su pontificado; así, la Curia que encontró Pablo VI, cuando fue elegido Papa, presentaba un aspecto muy distinto del que ofrecía en octubre de 1958. Sin embargo, Juan XXIII, en su plan general de modernización o *aggiornamento* de la Iglesia, nada especial había anunciado en relación con la Curia.

Era Pablo VI el Papa destinado a realizar esta obra. Un Papa preparado tal vez como nadie para hacerlo. Conoce la Curia por dentro porque trabajó muchos años en ella. Fue curial con un cargo muy distinguido. Y fue después arzobispo de una importantísima archidiócesis con la posibilidad de conocer así a la Curia, desde fuera y *a longe,* como cualquier pastor que sentía la influencia, la dirección, las ayudas y las dificultades que le venían de los diversos organismos centrales de Roma.

Pablo VI, con su mentalidad moderna, intuyó en seguida el problema, y así, en su programa pontificio de amplio respiro hacia aires renovadores, puso decididamente las palabras: Reforma de la Curia.

Algunos criterios orientadores de la reforma

Artista del lenguaje, con esa delicadeza y equilibrio que él sabe poner en sus palabras, Pablo VI, a lo largo del discurso a la Curia, va sembrando criterios de renovación. Elogia corrigiendo y analiza la situación descubriendo méritos y defectos, para alentar las actitudes mejores y sugerir otras que faltan, que son necesarias, que pueden ser útiles, que los tiempos exigen. Así, el texto completo nos da un cuadro estupendo de cómo ha de ser la Curia pontificia y, hablando de su reforma, el mismo Papa señala con especial relieve algunos criterios orientadores de la misma.

Importante es la adaptación de los diversos dicasterios a los tiempos nuevos. Retorna la idea de Pío X. Es la consigna del Concilio. *Aggiornare*, dicen los italianos con un término muy expresivo. Poner al día. Esto supondrá la supresión de algunos organismos, el acoplamiento o reorganización de otros, la creación de algunos nuevos. Y todos deberán ser mejor coordinados en sus estructuras y competencias. Simplificar y, al mismo tiempo, prepararse para nuevas funciones, proyectarse hacia las necesidades de los tiempos que corren.

El Papa ha pronunciado en su discurso la palabra «descentralización». Uno de los términos más traídos y llevados en el Concilio. Numerosos padres pidieron en el primer y segundo período, con miras a la buena marcha de la Iglesia, una descentralización de su gobierno general. Pablo VI no sólo ha aceptado de lleno esta idea, refiriéndose al problema en la alocución a los curiales, sino que en este aspecto ha realizado ya una profunda reforma con las publicaciones de las Letras Apostólicas *Pastorale Munus,* del 30 de noviembre de 1963. Con este *Motu proprio* se pasan a los obispos cuarenta facultades y ocho privilegios, dándoles *vi juris* lo que ahora tenían como concesión extraordinaria o mediante recurso a la Santa Sede.

El mismo Papa comentó este documento al hacer el balance de la segunda sesión del Concilio. Por eso me he ocupado ya de él en otro lugar. Aquí quiero poner de relieve su importancia en relación con la Curia. La constitución *Pastorale Munus* comienza a hacer realidad la reforma de la misma, ya que las citadas facultades a los obispos suponen una amplia descentralización del gobierno general de la Iglesia. En adelante los pastores de las diócesis resolverán por su cuenta numerosos problemas sin necesidad de tener que acudir a Roma para dispensas, permisos y otras cosas que hasta ahora estaban reservadas a la Santa Sede.

Leyendo atentamente el discurso de Pablo VI es fácil descubrir otros criterios que, sin duda alguna, inspirarán la reforma general de la Curia romana. También los obispos en sus intervenciones conciliares han dado orientaciones muy importantes en este sentido, y no han faltado canonistas, teólogos y personalidades del mundo eclesiástico y de la vanguardia apostólica que han aportado sus ideas y sugerencias en torno a este delicado problema [311].

Por su parte, el Papa ha puesto también el acento en el carácter supranacional que ha de tener el gobierno central de la Iglesia.

La internacionalización de la Curia

Otro criterio de la reforma de los organismos curiales es el de la «internacionalización». Así suelen expresarse los que hablan de estas materias. Pero el Papa en su discurso no usa la palabra «internacional», sino «supranacional». Es un concepto más exacto y expresivo. Los órganos centrales de la Iglesia, más que internacionales han de ser supranacionales. Es decir, no se trata de que en ellos estén representados proporcionalmente o por turno las diversas naciones, como se puede exigir en un organismo de la O. N. U. u otras entidades del mismo tipo. Se trata de una concepción superior, la cual coloca al gobierno central de la Iglesia en un plano de altura que le hace independiente de cualquier pueblo y que no le liga a personas de ninguna patria; se excluye, por lo mismo, el predominio de una nación determinada, cuyos individuos o cuya mentalidad prevalezca en el control de los dicasterios de la Curia. Esta ha de ser, como es la Iglesia, supranacional. Claro está que este concepto implica de alguna manera el de la internacionalidad. Por eso uno y otro se usan indistintamente y ambos se contraponen a la llamada «italianidad».

La Curia se denomina «romana». De ninguna manera se puede confundir la «romanidad» con la «italianidad». El término «romano» sabe a universalismo, a ecumenismo, a abertura, porque va unido siempre al término «católico».

Ni los jóvenes sacerdotes, sintonizados con la mentalidad de nuestro tiempo, ni los laicos de hoy comprenden fácilmente cómo siendo la Iglesia un organismo supranacional, católico y ecuménico por naturaleza, tiene un gobierno central y dispone de un Cuerpo Diplomático en el que predominan

de una manera tan notable personalidades provenientes de una sola nación. Por eso, dado el ambiente de los tiempos actuales, urge poner remedio a este defecto con una amplia internacionalización de la Curia y del Cuerpo Diplomático pontificio. Los padres conciliares lo han pedido insistentemente en el aula ecuménica de San Pedro y han aludido a ello exponiendo ante la opinión pública sus impresiones y sus esperanzas en torno al Vaticano II. Así, el distinguido cardenal König, en una conferencia que dio la pasada primavera (1946) en Buffalo —Estados Unidos—, se expresó de esta forma: «El mundo futuro no será un mundo americano-europeo ni occidental. No será un mundo del hombre blanco... En la segunda mitad del siglo XX la Iglesia se ha puesto decididamente en el camino de la internacionalización. El Concilio es una imagen de este movimiento. Sin embargo, no es más que un comienzo. La internacionalización no debe manifestarse sólo en el hecho de que la Iglesia no esté ligada a una determinada raza, cultura o sistema político. Se realizará cuando la Iglesia encuentre en cada pueblo y para cada raza las formas que le convienen y son innatas al respectivo pueblo o raza, salvada siempre la unidad... La internacionalización de la administración central de la Iglesia resultará automáticamente de esta evolución. Y es una cosa que a la larga nada ni nadie podrá impedir» [312].

Como se ve, el arzobispo de Viena plantea aquí el problema de la internacionalización de la Curia en el más amplio cuadro de la internacionalización de la Iglesia en general, diciendo que «la marcha en este sentido ha suscitado un vasto eco favorable en el mundo entero», y advirtiendo que este movimiento se ha desplegado, sobre todo, a partir de la mitad de nuestro siglo. Así es. Y arrancó precisamente de Roma con la llamativa internacionalización que realizó en el sacro Colegio cardenalicio Pío XII con su famoso Consistorio de 1946. Era ya entonces sustituto de la Secretaría de Estado monseñor Montini, el futuro Pablo VI, que años más tarde —1962—, siendo ya arzobispo de Milán, en su pastoral sobre el Concilio aludió a este problema diciendo que convenía

> dar comienzo, sin intenciones reivindicativas, a una mayor y más orgánica internacionalización del gobierno central de la Iglesia.

Es importante notar la observación del entonces cardenal Montini: Realizar la internacionalización de la Curia *sin intenciones de reivindicación;* es decir, como un fenómeno natural que se impone por la evolución de las estructuras de la Iglesia en su intento de sintonizar con los tiempos; no por

exigencias molestas que, además de resultar contraproducentes y tal vez inoportunas, no llevarían espíritu evangélico.

En el texto del cardenal Montini que hemos citado se habla de una *mayor* y *más orgánica* internacionalización. Interesa fijarse en esas dos palabras, pues con lo que se ha dicho alguien podría pensar que la Curia no es ya internacional en cierto grado. Quizá lo es más de lo que puede parecer a primera vista. Nótese, ante todo, que en Roma hay y trabajan actualmente en los dicasterios un buen grupo de cardenales no italianos; nueve en la actualidad: Agagianian, armeno; Albareda, español; Bea, alemán; Browne, irlandés; Copello, argentino; Da Costa Nunes, portugués; Heard, inglés; Larraona, español, y Tisserant, francés. Además, hay algunos organismos curiales que presentan un carácter marcadamente internacional; así, la segunda sección de la Secretaría de Estado y la Sacra Rota. Y, por otro lado, se puede observar que los cuerpos de consultores de todas las congregaciones, los cuales no dejan de tener notable influencia en la solución de los asuntos, están formados por teólogos y canonistas escogidos en las más diversas naciones.

Sin embargo, como han hecho notar muchos padres conciliares, y es evidente, en los tiempos nuevos todo esto no basta. Conviene una mayor internacionalización. Lo dice el mismo Papa en su discurso, hablando del problema con una claridad meridiana y poniendo incluso el acento en la necesidad de que los curiales tengan una educación más ecuménica.

En cuanto al proceso de internacionalización es curiosa una interesante observación que, casi en plan de objeción, pone de relieve Laurentin comentando este discurso del Papa. Hace notar el escritor francés que con frecuencia los sacerdotes no italianos, que trabajan en los dicasterios romanos, son menos abiertos en sentido de la mentalidad internacional o supranacional que los romanos de Roma, y esto por dos razones: «En primer lugar, la flexibilidad, el sentido de la vida y de la acogida que caracteriza el temperamento italiano no se encuentran fácilmente como cualidades sobresalientes en los eclesiásticos de otras naciones. En segundo lugar, por la fuerza de las cosas, los extranjeros que llegan a un puesto de la Curia no son precisamente los que mejor pueden aportar a la misma una renovación. Al contrario, la aceptan con dificultad si se les solicita. Más aún: si por caso la acogen, necesitan buscar el camino intermedio entre dos peligros en los que frecuentemente caen: o bien una asimilación mediocre, con la que pierden su propio valor, o bien una impaciencia que les obliga a marchar un día u otro... Estas observaciones sacadas de la experiencia no disminuyen, sino, al con-

trario, aumentan el mérito y la importancia de los que logran salir adelante en este difícil camino o tarea: establecer un auténtico diálogo entre Roma y la periferia católica. Se trata de acrecentar este diálogo más que el número de los *extranjeros* en la Curia. La internacionalización no es una panacea. Ella resultará vana y podrá ser nociva si se aplica materialmente y no va unida a una descentralización» [313].

Interesa decir aquí que lo importante en este asunto es seleccionar bien los sacerdotes no italianos, como los italianos, destinados a trabajar en la Curia romana; cuidar de que estén muy preparados; que tengan un gran espíritu y la única intención de servir a la Iglesia, no a su patria o a otros intereses; escoger los mejores, como intenta hacerlo siempre la Santa Sede. Y para este como para todo el problema de la internacionalización y de la Curia en general, tener una gran confianza en el Papa y en sus más inmediatos colaboradores. Confianza en Pablo VI, que planea resolver el problema en su momento oportuno y de la manera más concorde con los intereses generales de la Iglesia, que son los únicos que cuentan.

Perspectivas de reforma

Pablo VI, en el discurso que venimos comentando, no desciende a particulares sobre la futura reforma. Dice que será ponderada y ordenada, teniendo en cuenta, junto a las exigencias de los tiempos, las tradiciones razonables. Será, además, funcional y reportará grandes beneficios, porque eliminará todo lo superfluo y anticuado que hay actualmente en las formas y normas de los dicasterios romanos, promoviendo, en cambio, todo lo que sea vital y oportuno para un moderno y eficaz funcionamiento del aparato gubernamental de la Iglesia.

Nota dominante, elemento motor de la reforma, será la renovación de las relaciones entre el episcopado y la Curia. A este propósito el Santo Padre pone de relieve que es ya norma de los organismos de la Santa Sede mantener un asiduo contacto con los pastores de las diócesis y alude a una iniciativa importantísima, de la que me he ocupado ya al hablar del Colegio Episcopal: la referente a la creación de un Consejo que colabore con el Papa en el gobierno de la cristiandad. Es muy importante este paso del discurso pontificio:

Es norma sagrada de los dicasterios de la Curia romana consultar a los obispos y valerse de su juicio en el tratamiento de los asuntos.

Entre los consultores de las sagradas congregaciones se cuentan no pocos obispos procedentes de diversas regiones. Y Nos diremos más: si el Concilio Ecuménico demuestra interés de ver asociados en cierto modo y para ciertas cuestiones, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia y la ley canónica, representantes del episcopado, particularmente de los obispos que gobiernan una diócesis, a la Cabeza suprema de la Iglesia misma, en la tarea y responsabilidad del gobierno eclesiástico, no será ciertamente la Curia romana la que se oponga, sino que sentirá crecido el honor y el peso de su sublime e indispensable servicio, que es, dejando a un lado la debida competencia de los tribunales eclesiásticos, tanto en la Curia romana como en la diócesis, especialmente administrativo, consultivo y ejecutivo.

Es evidente que la reforma de la Curia será de mucha importancia. El genio eclesial de Pablo VI tendrá aquí una proyección adecuada. El terreno es delicado y vital para la Iglesia. Se trata de renovar y modernizar los órganos administrativos, consultivos y ejecutivos del Sumo Pontífice. Por eso sólo el Papa podía tomar la iniciativa de una reforma en este sentido. Pablo VI la ha tomado y ha querido dar el anuncio de su propósito y las líneas directrices de su plan antes que comenzase el segundo período del Concilio, en el que se iba a discutir sobre las estructuras de la Iglesia. Este hecho, si en el discurso no hubiera una explícita insinuación, era ya de por sí una invitación a los padres conciliares para que expusieran sus deseos e iniciativas sobre el importante problema. Fue un delicado gesto del Papa que provocó durante la segunda etapa conciliar una corriente de ideas sobre el interesante tema. La importancia del discurso papal fue tal que, como ha dicho Laurentin, *ipso facto* hizo entrar al Concilio por nuevos caminos.

El debate sobre la colegialidad episcopal, y más aún las discusiones sobre el esquema referente a los obispos y gobierno de las diócesis, dieron ocasión a muchos obispos para expresar sus opiniones sobre la Curia romana. Tanto más que el citado esquema tenía un capítulo especial dedicado a las relaciones entre el episcopado y los sagrados dicasterios.

Si repasamos los comunicados de la oficina de prensa del Concilio, correspondientes a las fechas en que se estudiaron los citados temas, encontraremos muchas ideas e incluso propuestas concretas sobre la reforma de la Curia. Naturalmente, no todas serán aceptadas: algunas tal vez pueden parecer incluso poco oportunas. Pero por provenir de los padres conciliares,

todas serán o han sido ya valoradas y examinadas en orden al bien de la Iglesia. Se trataba de simples propuestas; por tanto, ninguna de ellas tenía carácter definitivo. Algunas eran muy generales, otras descendían a detalles concretos o se referían a determinados organismos. Recuérdese, por ejemplo, la intervención del cardenal Frings sobre el Santo Oficio. Es éste el dicasterio de más categoría en la Curia romana; sus funciones se proyectan sobre el campo doctrinal; de ahí nace su importancia y se explica que haya sido objeto de especial atención en los debates que han rozado el tema de la Curia. La reforma que se proyecta le afectará notablemente, sin duda alguna, y muchos han pedido incluso que se le cambie el nombre; propuesta ésta que se juzga muy oportuna, pero que en sí no encierra gran novedad; de hecho, la hizo ya en su tiempo el famoso cardenal que ayudó a San Pío X en la reforma de 1908: «Preterir —decía De Lai en su informe al Papa— el viejo y odioso nombre de Inquisición o Santo Oficio...» [314].

No deja de ser interesante esta cuestión de la terminología. Y es curioso hacer notar a este propósito que ya, con ocasión de la reforma de San Pío X, hubo quien propuso que se diese a los organismos centrales de la Iglesia el nombre de «Ministerios» como se hacen en los modernos gobiernos de las naciones. Pero la propuesta no fue aceptada, porque no agradó a la mayoría de los cardenales consultados. Así, el eminentísimo De Lai, haciéndose eco de su colega Vannutelli, escribe en sus notas: «Dudo mucho que en el plan de reforma se pueda introducir útil y convenientemente el título de 'Ministerio'. Las congregaciones son algo más que un ministerio». Ciertamente, esta terminología tomada del *argot* civil, sonaría demasiado a profano.

A propósito de nombres, quiero referirme aquí a la idea que lanzó hace algunos años la prestigiosa revista de los jesuitas franceses *Etudes*. Proponía el padre Robert Rouquette, en uno de sus famosos comentarios, que «al primer colaborador del Papa se le llame 'secretario de la Iglesia romana', en lugar de 'secretario de Estado'. Este último título tenía una razón de ser cuando los papas poseían los antiguos Estados pontificios; ahora, en cambio, es una denominación que con su sabor tan secular y político, resulta chocante para muchos no católicos y alimenta el prejuicio según el cual la Santa Sede es una potencia política» [315].

No quiero descender a detalles concretos sobre la reforma de la Curia. Aquí, como en tantas otras cosas, más que el aspecto técnico de la cuestión

y los cambios concretos, de carácter siempre transitorio, lo que importa es la mentalidad. Y en esto como en todo, la mentalidad de los que queremos siempre sentir con la Iglesia ha de ser y ha de coincidir en absoluto con la mentalidad del Papa.

La hora de la reforma

No sabemos cuándo tendrá lugar la reforma de la Curia. Pablo VI, autor de la iniciativa, conoce mejor que nadie el problema y está perfectamente al corriente de todos los proyectos de sus antecesores y de todas las propuestas dignas de consideración que se han hecho en estos años. Sólo al Papa le toca en su alto juicio determinar el momento o el tiempo oportuno para la reforma, que él medita y estudia en el cuadro de la renovación general de todas las estructuras eclesiales.

En su discurso, Pablo VI dijo que las reformas serían formuladas por la Curia misma. Por eso a los cardenales de Roma especialmente se les ha solicitado de una manera oficial su parecer sobre los posibles puntos y modos de reforma. No quiere esto decir que la Curia sea la única llamada a pronunciarse sobre este asunto de trascendencia grande para toda la Iglesia. Los padres conciliares —no el Concilio— se han pronunciado ya y en torno al problema se ha creado en toda la cristiandad una opinión pública que tiene su peso, relativo, naturalmente.

El Concilio, en sus dos documentos ya promulgados, la constitución sobre la sagrada liturgia y el decreto sobre los instrumentos de comunicación social, hace al Padre Santo propuestas que afectan de alguna manera a la estructura de la Curia.

En el primero se habla de una comisión posconciliar para la aplicación de la constitución, organismo que ha sido ya creado con el título de *Consilium.* En el segundo se hacía una propuesta semejante, también llevada ya a la práctica con la ampliación y cambio de nombre y estructura de la comisión antes existente para el cine, la radio y la televisión. Por otro lado, en algunos dicasterios romanos el Papa actual ha introducido ya ciertas modificaciones, pequeñas si se quiere, pero muy significativas. Me refiero a cosas que no han sido hechas públicas oficialmente y que, por lo mismo, no han obtenido aún pasaporte para la prensa.

El problema de la reforma de la Curia va ligado, como es natural, a otra

serie de problemas planteados actualmente en la Iglesia: la reforma del Sacro Colegio Cardenalicio, la de la corte pontificia, la creación del Consejo o Senado del Sumo Pontífice, la estructura de las comisiones posconciliares y la misma marcha del Concilio. Es, por lo mismo, una empresa más complicada y compleja de lo que puede aparecer a primera vista. Sin embargo, no sería extraño que cuando estas páginas lleguen a manos de muchos lectores esté ya realizada o en fase de realización la anunciada y tan traída y llevada reforma. A la hora de ir con este libro a la imprenta se sabe ya que los estudios sobre este asunto están muy adelantados; que el Papa les presta singular atención y que una comisión especial, presidida por el cardenal Roberti, trabaja intensamente, elaborando, según las indicaciones de Pablo VI, un proyecto de lo que podríamos llamar la «nueva Curia» [316].

La auténtica reforma

El esquema sobre los obispos y gobierno de las diócesis, que fue presentado a los padres conciliares en la pasada sesión del Vaticano II, comenzaba estableciendo un principio luminoso, que ha de guiar la reforma de cualquier estructura en todos los campos de la vida católica: *Lex suprema, salus Ecclesiae.*

En la Curia romana, más que en ningún otro sector, este *slogan* ha de tener una proyección total. Esta, como toda auténtica reforma, más que en las estructuras o formas internas está en el espíritu y en la mentalidad de las personas, así como en el estilo que se da a las cosas.

El Papa lo pone de relieve, terminando su discurso a la Curia con estos párrafos:

> La Curia romana, una vez más, sentirá, de la forma más fuerte, su vocación a la ejemplaridad, ante la Iglesia entera y el mundo profano. Esta es la exhortación que paternalmente nos atrevemos a dirigiros, como conclusión de nuestras sencillas palabras, que nos parecen eco de las del apóstol San Pablo, precisamente dirigidas a la Iglesia romana: «Vuestra fe es anunciada en todo el mundo» *(Rom.,* 1, 8). De todas partes se mira a la Roma católica, al pontificado romano, a la Curia romana. El deber de ser auténticamente cristianos es aquí sumamente comprometedor. No os recordaríamos este deber si Nos mismo no nos lo recordásemos todos los días. En Roma todo hace escuela: la letra y el espíritu. Cómo se piensa, cómo se estudia, cómo se

habla, cómo se siente, cómo se actúa, cómo se sufre, cómo se ora, cómo se sirve, cómo se ama; todos los momentos, todos los aspectos de nuestra vida, tienen en torno a nosotros una irradiación, que puede ser beneficiosa, si es fiel a la que Cristo quiere de nosotros; perjudicial, si es infiel.

Ved por qué deseamos que, además de vuestra contribución específica al servicio de nuestra Curia romana, todos vosotros, hermanos e hijos, nos ofrezcáis a Nos, o mejor a la Iglesia, a Cristo, el don precioso de vuestro ejemplo: de riguroso desinterés y abnegación, de religiosa y sincera piedad, de amorosa acogida a cuantos a ella acuden y de acendrado servicio. La Curia romana no es un cuerpo anónimo, insensible, a los grandes problemas espirituales, que dicta leyes automáticamente, sino un órgano vivo, fiel y dócil de la Cabeza de la Iglesia: un órgano consciente de las graves responsabilidades de sus funciones, y empapado de reverencia y solicitud para con los prelados que «el Espíritu Santo constituyó como obispos para regir la Iglesia de Dios» *(Hechos,* 20, 28). Que la Curia romana no sea, por tanto, una burocracia, como injustificadamente algunos la juzgan; pretenciosa y apática, sólo canonista y ritualista, una palestra de escondidas ambiciones y de sordos antagonismos, como otros la acusan; sino una verdadera comunidad de fe y de caridad, de oración y de acción; de hermanos y de hijos del Papa, que lo hacen todo, cada cual respetando la competencia ajena y con sentido de colaboración, para ayudarle en su servicio a los hermanos e hijos de la Iglesia universal y de toda la tierra. Sabemos que nuestro voto es expresión del vuestro sincero y profundo, y que este voto se hace oración en Nos y en vosotros, para que Cristo, por la intercesión de María Santísima, y de los apóstoles Pedro y Pablo, haga resplandecer como luminaria sobre el candelabro a esta antigua y siempre nueva Curia romana «para que alumbre a todos los de la casa» *(Mat.,* 5, 15). De la casa, es decir, de la Iglesia de Dios.

Y, finalmente, no os desagrade si os pedimos a todos, eclesiásticos y seglares de la Curia romana, que suméis a vuestras fatigas del oficio alguna que otra espontánea tarea de ministerio y de apostolado personal; ayudad al Papa a evangelizar no sólo el orbe, sino también la urbe, de la que vosotros sois los primeros fieles y él es el Obispo.

En el texto pontificio que acabo de transcribir, Pablo VI dice cosas muy importantes. Sugerencias de reformas profundas que no se refieren a los aspectos exteriores, sino al estilo, a la mentalidad, a la ejemplaridad con que han de actuar los curiales. Algunas frases del Papa encierran una exhortación muy fuerte a evitar la rutina, la insensibilidad espiritual y pastoral; el excesivo *juridicismo,* el automatismo frío, el ritualismo; la vanidad, el estilo burgués y burocrático; el triunfalismo, el afán de dominio, las envi-

dias, el antagonismo, la ambición y el *carrierismo.* Otras frases del Papa son elogiosas con una invitación dulce a poner el acento en la santidad; en el sentido de responsabilidad y en la orientación sobrenatural; en el desinterés, en el sacrificio, en la orientación pastoral, en el amor y fidelidad al Papa, en el espíritu de servicio a los obispos y a todos los hombres; en la colaboración, en la caridad y simpatía católica; en el auténtico cristianismo, que debe distinguir a los colaboradores del Papa, a todos los que trabajan en la «Ciudad sobre el monte», hacia la cual convergen hoy las miradas del mundo entero [317].

10. Reforma de la corte pontificia

La nobleza romana y la "familia pontificia"

El día 14 de enero de 1964 Pablo VI recibió en audiencia al patriciado y a la nobleza romana. Las más distinguidas personalidades de la aristocracia acudieron al Vaticano para presentar al Papa las felicitaciones del nuevo año. El príncipe Colonna dirigió un saludo al Sumo Pontífice y el Santo Padre respondió con una alocución que ha pasado a la antología de los textos *programáticos* de Pablo VI. Se trata del discurso en el cual se anuncia la reforma de la corte pontificia.

Estamos ante un documento papal que podríamos considerar complementario del dedicado a la Curia y que, como aquél, tuvo notable resonancia y fue objeto de nutridos comentarios. En los pasillos vaticanos, así como en determinados círculos de la urbe, el tema de la «corte pontificia» dominó aquellos días finales de enero las conversaciones; mientras que la prensa le colocó en la actualidad de su primera página. Tanto, que algunos periódicos italianos, habituados ya al atrayente y fácil sensacionalismo, encontraron en la alocución pontificia motivos para títulos como éstos, que prefiero transcribir en italiano a fin de no hacerles perder su aire característico: «*Maremoto in vista nella Corte vaticana*», «*Liquidati i privilegiati!*», «*Nella nuova Corte papale il blasone non avrà importanza*», «*La svolta di Paolo VI non riguarda solo la nobiltà*».

¿Existe la «corte» pontificia? Acostumbrados a considerar al Papa como un Soberano —y lo es en realidad— resulta natural que se hable también de su «corte» y que en los libros o crónicas vaticanas aparezca frecuentemente el pomposo nombre de «dignatarios de la corte papal». Sin embargo, si usted hojea el *Anuario Pontificio*, en el cual figuran todas las instituciones, organismos y cargos existentes en el Vaticano, no encontrará ni una sola vez el término «corte pontificia». Si tal palabra existiese oficialmente en el actual *argot* eclesiástico sería, sin duda alguna, el objeto de la primera reforma de Pablo VI en este campo, ya que usar un lenguaje u otro tiene también su particular importancia para la psicología de los hombres de nuestro tiempo.

No obstante, hay que decir que la corte pontificia, de hecho, existe. Más aún: el término mismo, muy usado hasta hace pocos años, figura incluso en documentos oficiales de gran importancia, como los pactos de Letrán, que en su artículo 10 y en el anexo protocolo para la ejecución del mismo habla de «los dignatarios de la Iglesia y las *personas pertenecientes a la corte pontificia*»[318].

En el *Anuario* vaticano los dignatarios pontificios, tanto eclesiásticos como laicos, figuran encuadrados en el capítulo titulado «La familia de Su Santidad»: un largo y curioso elenco de personalidades y de cargos que pueden dar una impresión que de suyo no responde a la realidad, tanto por el número de los dignatarios como por sus retumbantes títulos. De hecho, son muy pocos los que cotidianamente están al servicio del Pontífice o del Estado de la Ciudad Vaticana. La mayoría de ellos conservan cargos puramente honoríficos —algunos transmitidos de generación en generación dentro de distinguidas familias— y aparecen sólo como adorno en las solemnes funciones. Y a todos, más que cortesanos del Papa, se les considera miembros de la «familia» pontificia, que es un nombre menos palatino y más propio del ambiente que rodea al Santo Padre.

El peso de la Historia

La vida de los papas de nuestro siglo ha estado caracterizada por una sencillez encantadora. León XIII, conde de Pecci, era austerísimo. San Pío X vivió y murió pobremente, haciendo honor, como él mismo dijo, a sus orígenes. Benedicto XV, marqués Della Chiesa, agotó incluso sus fondos

personales en las obras de caridad, que ejerció con dimensiones mundiales durante la guerra europea; la humildad de este Papa era proverbial. Pío XI, hijo de un modesto industrial, vivió rodeado de esa austeridad que los grandes genios suelen dar a su existencia. Pío XII, de familia distinguida y sumamente exquisito en su porte y en sus costumbres, hizo desaparecer poco a poco de su alrededor todo lo que olía a fausto y honores, creando en torno a sí un llamativo ambiente de soledad y simplicidad. Juan XXIII forma solo, como suele decirse, serie aparte en este aspecto y mejor es no tocar con ningún epíteto, para no desfigurarla, la estampa de su encantadora existencia dentro de los muros vaticanos. El ha sido el campeón y el maestro del estilo nuevo que ahora continúa Pablo VI tratando de darle ya forma definitiva.

«Siervo de los siervos del Señor» es un nombre consagrado por los siglos para designar al Sumo Pontífice. Esta expresión aplicada al Jefe de la cristiandad parece sublimar, precisamente en el primer Obispo de la Iglesia, la misión de servicio que ésta quiere realizar entre los hombres. Sin embargo, la Historia, sabia y misteriosa en sus designios, creó en torno al papado una soberanía temporal que, después de desaparecer con la caída de los Estados pontificios en 1870, dejó en el Vaticano las huellas de su estructura, cuyos orígenes, nobles y triunfales, están, sobre todo, en el Renacimiento, si bien es verdad que algunos cargos o títulos de la corte pontificia son antiquísimos.

En el siglo V tenemos ya al Papa en el palacio imperial de Letrán, y San León Magno —440-461— nombra algunos funcionarios, a quienes encarga la custodia de los sepulcros —*cubicula*— de los apóstoles Pedro y Pablo. A estos capellanes se les llama *cubicularii,* es decir, chamberlanes de los mártires. El título, si no la función, ha llegado intacto hasta nosotros y por eso hay todavía en la corte papal los «camareros secretos de Su Santidad» —*cubicularii intimi seu secreti Summi Pontificis*—. Este es un ejemplo de los varios que podríamos citar, haciendo ver cómo los «funcionarios» del palacio apostólico o «familiares» del Pontífice se van multiplicando en los siglos sucesivos hasta llegar a cristalizar, durante la época del Renacimiento, en una numerosísima y auténtica corte, cuya estructura general ha llegado hasta nuestro tiempo.

Mientras existió el poder temporal de los papas muchos cargos de esa llamada «familia» pontificia tenían una función real e incluso necesaria que cumplir. Luego, los Pontífices del siglo XX que antes hemos citado siguieron

utilizando los servicios de determinados dignatarios y respetaron o dejaron correr la tradición referente a los títulos y cargos honoríficos de los demás. Hay que decir, sin embargo, que Pío XII planeó ya una reforma y que con miras a su realización fue dejando al descubierto determinados cargos de la corte papal que iban vacando durante su pontificado.

Los dignatarios eclesiásticos de la "familia" pontificia

Los más altos dignatarios de la «familia» pontificia son hoy los llamados cardenales palatinos: el datario de Su Santidad, eminentísimo Pablo Giobbe, y el secretario de Estado: eminentísimo Amleto Cicognani [319].

El jefe, por decirlo así, de toda la corte papal, primero de los prelados palatinos, heredero del antiguo *Magister Officiorum* del imperio romano, es el *Praefectus Palatii Apostolici* o mayordomo de Su Santidad. Vive en el Vaticano. Aparece a la derecha del Papa en todas las ceremonias y es el encargado de organizar y regular el acceso a los actos en que toma parte el Sumo Pontífice. El es, por lo mismo, el que firma y concede los billetes para las ceremonias papales. Actualmente cubre este cargo el conde monseñor Federico Callori di Vignale.

A la izquierda del Santo Padre, en los actos solemnes, aparece siempre el conde monseñor Mario Nasalli Rocca di Corneliano. Es el maestro de Cámara de Su Santidad —*Praefectus Cubiculi Secreti Pontificis*—. De él depende todo el personal que está al servicio del Papa y él tiene, además, la función de regular las audiencias pontificias y conceder los billetes para las mismas.

El auditor de Su Santidad es hoy un cargo puramente honorífico y va unido al secretario del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, monseñor Bartoccetti.

El maestro del sacro palacio apostólico es siempre un dominico, que vive en el Vaticano. Es como el teólogo oficial del Papa, aunque en la práctica Su Santidad se sirve también de otros teólogos de su confianza. Ocupó este cargo el irlandés, hoy cardenal, Browne, que cuando pasó a ser general de su orden fue sustituido por el italiano padre Ciappi.

Estos son los cuatro prelados palatinos. Tras ellos figuran en la «familia» pontificia los «camareros secretos participantes», que son: el limosnero, arzobispo Diego Venini; el secretario de breves a los príncipes, monseñor

Tondini; el secretario de la Cifra —*Notarum arcanarum Summi Pontificis secretarius*—, arzobispo Angel dell'Acqua; el subdatario de Su Santidad, monseñor Massimi; el secretario de cartas latinas, monseñor Del Ton; el «*coppiere*» —*pincerna*—, monseñor Capovilla, que fue secretario particular de Juan XXIII, con el que ocupó ya este puesto, el segundo de la antecámara pontificia; el secretario de Embajadas, monseñor Tacoli; el «*Guardaroba*» —*vestiarius*—, monseñor Del Gallo Roccagiovine. Estos tres últimos sacerdotes se alternan en el servicio de la antecámara, para recibir a las personas que tienen audiencia privada con el Papa y acompañan también a éste en las audiencias generales. Por último, hay que citar, además, en este grupo al obispo sacristán de Su Santidad, el holandés monseñor Van Lierde; este cargo le ocupa siempre un agustino.

Todos estos prelados tienen funciones que necesitan, sin duda alguna, un *aggiornamento* o modernización, pero que responden a alguna necesidad o utilidad. En cambio, entre los miembros de la «familia» pontificia figuran también, sin misión ninguna especial, sino sólo a título de honor, los prelados domésticos de Su Santidad, que son legión en todo el mundo; los camareros secretos supranumerarios, que forman una lista interminable en el *Anuario* vaticano; los camareros de honor, que son también centenares; y los llamados capellanes secretos de honor y *extra urbem,* que son unos sesenta.

Todos estos monseñores, así como los protonotarios apostólicos, esparcidos por las diversas naciones y ciudades, empezando por Roma, tienen privilegios y usan hábitos especiales de diversas formas y de color morado más o menos vivo, según el rango. Cosa de otros tiempos, herencia de siglos pasados llamada ya a desaparecer. Algo, evidentemente, en contraste con el nuevo estilo que la Iglesia quiere darse a sí misma en el Concilio. Por eso en este campo es necesaria una profunda reforma, que los padres del Concilio han pedido a gritos durante las dos primeras sesiones del Vaticano II. Lo está pidiendo también continuamente la opinión pública de la Iglesia y es claro que todos estos títulos, los colorines y los cargos puramente honoríficos, tienen contados sus días o, mejor diríamos, sus años de vida. Pero nótese que éste es un sector en el que la reforma podría fácilmente comenzar desde abajo si los sacerdotes, espontáneamente, fueran renunciando a todas estas cosas y dejasen de pedirlas. Así lo han insinuado algunos padres conciliares dentro y fuera del aula ecuménica. Como escribió el cardenal Achille Liénart, obispo de Lille, a raíz del viaje del Papa a Palestina, en una pastoral a sus fieles: «El Papa, en su peregrinación a Tierra Santa, ha manifestado de una manera concreta y sensible esta orientación nueva de la

Iglesia y ha permitido comprobar hasta qué punto corresponde a la expectación de los hombres de nuestro tiempo... La Iglesia trata de simplificarse, de librarse de ciertos usos que la dan apariencia de riquezas, con el fin de hacerse más accesible a todos, también a los más pobres».

Los miembros laicos de la corte papal

Los dignatarios laicos de la corte pontificia son numerosísimos. Casi todos ellos ocupan en el Vaticano cargos puramente honoríficos. Visten trajes medievales o renacentistas que en muchos casos tiran un poco al ridículo. Y tienen nombres que ni siquiera se pueden traducir fácilmente del italiano.

Así: el *maestro del Santo Hospicio,* el más alto dignatario seglar de la «familia» pontificia, que acompaña al Santo Padre en las solemnes ceremonias y está encargado de recibir en el Vaticano a los reyes y jefes de Estado. Es un honor hereditario de los príncipes Ruspoli; pero desde hace varios años no tiene titular. Los príncipes asistentes al solio pontificio, honor anexo a las casas Colonna y Orsini, si bien el jefe de esta última, por graves razones, está privado en la actualidad del honorífico cargo; y, en cambio, le tiene *ad tempus,* durante el Concilio, el príncipe Alejandro Torlonia. El *foriere maggiore* de los sagrados palacios apostólicos, marqués Sachetti. El *cavallerizzo maggiore* de Su Santidad, marqués Serlupi Crescenzi. El *sopraintendente generale alle poste,* príncipe Massimo. Los portadores de la rosa de oro, príncipe Lancellotti y conde Della Torre. Y luego todos los miembros de la guardia noble pontificia: el capitán comandante, príncipe Del Drago; el abanderado de la Santa Iglesia, marqués Patrizi Naro Montoro; los coroneles, los capitanes y los tenientes, que son un centenar, todos ellos con nobleza de al menos cien años; un cuerpo de guardia en el que todos son oficiales y no hay ningún soldado.

Están así de alguna manera al servicio honorífico del Vaticano los más distinguidos miembros de casi todas las familias que forman el patriciado y la nobleza romana. Nombres bien conocidos en la historia por los servicios que a lo largo de los siglos han prestado a la Santa Sede; por eso justamente han gozado siempre en el Vaticano de grandes privilegios y todavía hoy conservan el extraordinario honor de presentar en grupo al Papa las felicitaciones de Año Nuevo.

Ante los nuevos tiempos, lección de Pío XII a la nobleza

Pío XII, a quien gustaba muy poco el ambiente pomposo de la corte pontificia, y que, como hemos dicho, planeó reformarla, suprimió varios años la audiencia navideña a los miembros del patriciado romano, como prescindió también durante mucho tiempo de los servicios de la guardia noble.

La supresión del tradicional encuentro de enero entre el Papa y la noble aristocracia romana duró cuatro años, siempre oficiosamente justificada por el estado de salud de Pío XII y sus agobiantes trabajos. Pero es interesante notar que antes de la interrupción, en enero de 1952, Pío XII dirigió a sus distinguidos visitantes un memorable discurso en el que, con esa claridad meridiana y valentía ideológica que caracterizaba al papa Pacelli, pintó a los nobles y patricios la realidad viva de los tiempos nuevos, con el cambio de estructuras sociales que a ellos les afectaba tan directamente:

«La nueva Constitución italiana no os reconoce ya como clase social. En el Estado y en el pueblo no tenéis ninguna misión especial, ningún atributo, ningún privilegio. Se ha pasado una página de la Historia, se ha terminado un capítulo, se ha puesto el punto final que indica el término de un pasado social y económico. Un nuevo capítulo ha comenzado, que abre formas de vida bien diversas. Se puede pensar lo que se quiera, pero éstos son los hechos, éste es el 'caminar fatal' de la Historia. Acaso alguno se resentirá con pena ante tan profunda transformación. Mas, ¿para qué servirá detenerse a saborear largamente su amargura? Al fin todos deberán bajar la cabeza ante la realidad. La diferencia estará solamente en el 'modo'. Pues mientras los mediocres, en la fortuna adversa, no hacen más que poner mala cara, los espíritus superiores saben, según la expresión clásica, pero en un sentido más alto, mostrarse *beaus jouers* [buenos deportistas] conservando imperturbable su actitud noble y serena».

Y continuó el Papa su discurso exhortando a sus distinguidos oyentes a «elevar la mirada y fijarla en el ideal cristiano». Porque «todas estas agitaciones, evoluciones o revoluciones lo dejan intacto y nada pueden contra aquello que es la esencia misma de la auténtica nobleza, la que aspira a la perfección cristiana, la que el Redentor señaló en el Sermón de la Montaña. Fidelidad sin condiciones a la doctrina católica, a Cristo y a su Iglesia; capacidad y voluntad de ser modelo y guía también para los demás».

Cuando Pío XII pronunció su famoso discurso sobre el papel de la no-

bleza en los nuevos tiempos tenía ya como colaborador inmediato a monseñor Montini, a quien en la escuela del gran papa Pacelli el Señor preparaba ya para el futuro pontificado. Se cruzaron así, por los años cincuenta, en el gobierno central de la cristiandad, dos hombres grandes, cuyas ideas iban forjando el programa de la Iglesia para su diálogo con el mundo moderno. Podemos muy bien decir que el primer discurso de Pablo VI a los nobles romanos empalma perfectamente con el que les dirigió Pío XII en 1952.

Pablo VI dice su palabra a los nobles ligados al Vaticano

Esta alocución del papa Montini que vamos a comentar enlaza directamente con la dirigida a la Curia romana. En una se plantea el problema de la reforma de los organismos del gobierno eclesiástico; en la otra, la de la corte pontificia.

El discurso al patriciado romano es un documento de Pablo VI que merece ser leído íntegro, juntamente con la alocución que el Papa dirigió a la guardia noble a finales de diciembre de 1963 [320].

El Santo Padre apela a la historia «que camina» y «con inexorable evidencia» le pone a él mismo un problema:

> Ya no somos el soberano temporal en torno al cual se reunían en los siglos pasados las clases sociales a las que vosotros pertenecéis. Ya no somos para vosotros lo que éramos ayer. Quizá hasta ahora no se ha tenido una clara percepción de esto, debido a que la decadencia del poder temporal del Papa se produjo en la forma que bien conocéis, conservando durante casi setenta años de falta de reconocimiento del Estado de hecho, con la reivindicación del antiguo derecho, las formas exteriores y tradicionales de la soberanía perdida... Ahora, en cambio, el Papa, aunque tiene en la soberanía del Estado de la Ciudad del Vaticano el escudo y el signo de su independencia frente a toda autoridad de este mundo, no puede ni debe ya ejercer más que la potestad de sus llaves espirituales. Ante vosotros, en cuanto herederos y representantes de las antiguas familias y categorías dirigentes de la Roma papal y del Estado pontificio, nos encontramos ahora con las manos vacías; ya no tenemos la posibilidad de daros los cargos, beneficios, privilegios, ventajas que nacen de la organización de un Estado temporal, ni podemos tampoco acoger vuestros servicios inherentes a una administración civil. Nos sentimos humanamente pobres ante vosotros..., no podemos ya aprovechar como en otro tiempo vuestra colaboración profana.

La solución del problema aparece clara en la mente y en la palabra de Pablo VI:

> La misión religiosa del papado va tomando formas y proporciones que hacen modificar necesariamente sus estructuras prácticas, que las exigencias de otros tiempos habían sugerido como oportunas y necesarias. El deber que incumbe a la Santa Sede de atender al gobierno de la Iglesia universal y de entrar en diálogo apostólico con el mundo moderno, agitado hoy por rápidas y profundas transformaciones, la obliga a una visión realista de las cosas que la impone, a veces incluso dolorosamente, seleccionar y preferir en su herencia de instituciones y costumbres lo que es esencial y vital... El Concilio Ecuménico plantea a la Iglesia este enorme problema de la adaptación [*aggiornamento*] que también la Santa Sede habrá de estudiar para sí.

Hacia una reforma de la corte pontificia

El Papa reconoce, agradece y elogia los servicios prestados por la nobleza romana a la Santa Sede, invita a los patricios a seguir cultivando el amor a la Iglesia y servirla ahora colaborando en sus empresas apostólicas; pero dice expresamente que con el cambio de los tiempos cambiarán también las formas exteriores de las relaciones entre los nobles y la Santa Sede, y, para estas transformaciones que vendrán, pide ya desde ahora comprensión por parte de los interesados, que permanecerán, a pesar de todo, constantes y fieles en su adhesión a la Iglesia y al Papa.

Por otro lado, esta reforma, que se encuadra perfecta y lógicamente en el programa de Pablo VI y en la nueva línea de la Iglesia, no está aún planeada en sus aplicaciones concretas. El Santo Padre lo hace notar expresamente en su alocución y por eso es inútil hacer cábalas, como se vienen haciendo en Roma y fuera de la Urbe, especialmente en los periódicos, sobre las formas prácticas que tomará.

Pablo VI lleva solamente un año de pontificado y en él ha anunciado y ha realizado ya muchas cosas. No se puede correr más. Como tantos otros problemas, la reforma de la corte pontificia exige estudio y exige tiempo; pero llegará en su momento oportuno. Y quien conoce la mentalidad moderna del papa Montini, el agudo sentido que tiene de las exigencias de nuestro tiempo y su pasión por la Iglesia de los pobres, puede fácilmente imagi-

narse por dónde irán las cosas. Ante el cuadro que hemos descrito sumariamente de la corte pontificia, teniendo en cuenta la experiencia que este Papa tiene de la vida vaticana y el tino que suele poner en sus actuaciones, no es difícil prever la suerte que les tocará en un futuro más o menos próximo a los títulos o cargos honoríficos, galardones o condecoraciones, trajes lujosos o llamativos y demás tradiciones trasnochadas del Vaticano. Es evidente que todo esto necesita una simplificación; si no una reforma radical.

Bien ha podido decir el padre Bevilacqua, comentando precisamente este discurso del Papa a la nobleza, que Pablo VI ha expuesto en él su mentalidad ante los problemas relativos a la llamada corte pontificia, «con las palabras más gentiles de este mundo, pero con palabras que quieren decir mucho..., es un gesto que preludia un plan de reforma... en la línea de la pobreza y de la sencillez evangélica» [321].

11. *Los sacerdotes de los tiempos nuevos y su formación*

Obispos, sacerdotes..., seminarios

El arzobispo de Durban, monseñor Hurley, destacada figura de la Iglesia en Africa, hablando en el primer período del Concilio sobre el esquema *De Ecclesia* dijo que el Vaticano II ha de crear un nuevo tipo de obispos, una generación de pastores que sepa responder a las aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo [322]. Esta misma idea la desarrolló el obispo de Astorga, monseñor Marcelo González, en un voto presentado a la segunda sesión conciliar y luego extensamente en un artículo publicado con el título «Obispos, al día» [323].

A un nuevo tipo de obispos deberá corresponder «un nuevo tipo de sacerdotes». Así, pues, colocados en la dialéctica conciliar, diremos que el Vaticano II está llamado a suscitar una generación sacerdotal de nuevo estilo. Y que no se producirá este fenómeno si no se crea «un nuevo tipo de seminarios». Aparecen así en el horizonte del Vaticano II los centros de formación eclesiástica como preocupación fundamental del Papa y de los obispos.

La Iglesia, fuente perenne de juveniles energías, ha seguido

> siempre muy de cerca y con afectuosa trepidación la vida de sus sacerdotes, desde los albores de la vocación hasta el desarrollo de su misión [324].

Esta frase de Pablo VI encuentra una confirmación perfecta en la Historia, principalmente en este último siglo, mientras los papas preparaban a la Iglesia para los tiempos nuevos.

Preocupación de la Iglesia por la formación de los sacerdotes

En 1938 la Sagrada Congregación de Seminarios publicó el *Enchiridium Clericorum,* un grueso volumen que recoge los principales documentos de la Santa Sede sobre la formación sacerdotal desde los primeros tiempos del cristianismo [325]. Hacer una reseña de esta doctrina que refleja los afanes de los papas en este campo nos llevaría demasiado lejos. Diremos sólo que han sido, sobre todo, los Sumos Pontífices del «siglo de la Iglesia» los que han dedicado a los sacerdotes y seminaristas sus mejores afanes pastorales. Por eso, al hacer la historia de estos papas, encontramos que entre sus grandes preocupaciones ha flotado siempre la idea de dar a las diócesis seminarios florecientes y a los sacerdotes certeras orientaciones para realizar cumplidamente su vocación, convertida en sublime misión eclesial. Veamos un poco.

El genial León XIII, faro de la humanidad moderna en el camino de la sabiduría impartió directrices claras y perennes sobre la formación intelectual de los eclesiásticos.

Pío X, a quien la santidad aureolaba ya en vida, describió su propia alma en una preciosa exhortación dirigida a los sacerdotes, para indicarles el camino de la más alta perfección cristiana. En su primera encíclica, al exponer el programa de su pontificado, dijo que la principal tarea en el gobierno de la Iglesia ha de ser la de cuidar y dirigir los seminarios. Once años estuvo al frente de la cristiandad —1903-1914— y, para cumplir su propósito, mandó visitadores apostólicos a los centros de formación eclesiástica, promulgó un plan general de estudios destinado a los seminarios, publicó unas normas pedagógicas y disciplinares para los mismos y comenzó ya a erigir los seminarios regionales de Italia: esos teologados y filosofados donde se acumulan los esfuerzos de varias diócesis para la constitución de centros de formación sacerdotal bien atendidos en todos sus aspectos.

A San Pío X sucedió el cardenal Santiago della Chiesa. Un pontificado breve: 1914-1922; sin embargo, podríamos decir que durante el mismo comenzó la Iglesia la «era de los seminarios». Fue Benedicto XV quien fun-

dó la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios, creando así en la capital del orbe católico un nuevo «dicasterio», encargado de llevar la alta dirección de todos los seminarios del mundo. Esta sagrada congregación es algo así como el «Ministerio de Educación» de la Iglesia. Al frente de ella figura un cardenal de la Curia romana y todos los obispos del mundo están en contacto con este dicasterio para los asuntos relativos a la formación del clero. Al crear este nuevo e importante organismo Benedicto XV inauguró, por decirlo así, el período que hemos llamado «era de los seminarios». A partir de 1915, año en que fue erigida esta nueva congregación, los centros de formación eclesiástica han polarizado una atención particular de la Santa Sede. Los pontífices que sucedieron al papa Della Chiesa, usando como instrumento de gobierno el citado organismo, se han esforzado en crear los grandes seminarios modernos.

Pío XI —1922-1939— empieza el pontificado exponiendo en una carta apostólica su pensamiento sobre los principales problemas relativos a la formación del clero. Escribe luego su famosa encíclica *Ad Catholici Sacerdotii* sobre el sacerdocio y las vocaciones eclesiásticas, y durante todo su largo pontificado se preocupa de llevar a feliz término el plan sobre la creación de los seminarios regionales de Italia que la guerra europea no dejó realizar a Benedicto XV. Nueve centros de formación eclesiástica construyó de nueva planta en Italia el papa Aquiles Ratti. Dedicó los mejores afanes de su vida a los problemas sacerdotales, y murió, por así decirlo, pensando en los seminarios. En el último discurso-testamento, escrito la víspera de su tránsito y que él no llegó a pronunciar, pero que fue publicado años después, en tiempo ya de Juan XXIII, dedicó a los seminarios unas palabras llenas de calor y de inmensa inquietud pastoral. Llega a decir Pío XI en ese documento que «ayudar a los seminarios es hacer una auténtica obra de caridad al Sumo Pontífice».

También Pío XII murió, en octubre de 1958, pensando en los seminarios. Lo mismo que su antecesor, poco antes de su fallecimiento, hizo un precioso discurso para los seminaristas. Le escribió de su puño y letra, pero no llegó a pronunciarle. Quedó en su despacho sobre la mesa de trabajo. Los cardenales que gobiernan la Iglesia durante la Sede Vacante se hicieron cargo del texto y ordenaron que se publicase como documento póstumo del Pontífice recién desaparecido. Resultó así un significativo testamento del papa Pacelli para los futuros sacerdotes, un eco de la *Menti Nostrae*. Este es el nombre de la carta apostólica que en forma de exhortación dedicó Pío XII al problema de los seminarios y de la santidad del clero en el mes

de septiembre de 1950. Bastaría citar este inolvidable documento para probar cómo el *Pastor Angelicus* tuvo en el centro de sus preocupaciones pontificias la inquietud por los centros de formación sacerdotal. En este campo la aparición de la *Menti Nostrae* tuvo una importancia decisiva, ya que dio orientaciones nuevas para la pedagogía eclesiástica comenzando a delinear la imagen del seminario moderno. Pío XII tenía una intuición clarísima de los tiempos nuevos y en este como en tantos otros sectores de la vida eclesial preparó los caminos que ahora el Concilio quiere delinear.

Juan XXIII, que de joven había sido muchos años superior y profesor de seminario, a los pocos meses de su elección dirigió a los sacerdotes la encíclica *Sacerdotii Nostri primordia.* Habló luego de las vocaciones eclesiásticas y su formación con acentos muy sensibles en la *Princeps Pastorum* y en numerosos discursos, presentando sobre el tema sacerdotal atrayente doctrina, exhortaciones serenas y una invitación decidida a la más alta perfección humana y espiritual. La bondad desbordante del papa Roncalli tuvo especial proyección hacia los seminaristas romanos; por eso fue recibiendo sucesivamente en su residencia vaticana a los alumnos de los colegios que las diversas naciones tienen en la Urbe, y les regaló con su palabra y su simpatía.

Al convocar el Concilio Juan XXIII vio claramente que cualquier reforma o *aggiornamento* de la Iglesia ha de comenzar por los sacerdotes y por eso encargó a dos comisiones especializadas la preparación de esquemas sobre el clero y los seminarios.

Interesa fijar la atención un poco en estos esquemas para centrar en el ambiente del Concilio el tema que nos preocupa en este capítulo.

Los padres del Vaticano II hablarán sobre el sacerdocio

En el elenco de constituciones y decretos conciliares, entregado a los padres durante el primer período del Vaticano II —*Schema Constitutionum et Decretorum ex quibus argumenta in Concilio disceptanda seligentur*—, figuraban, reducidos ya a un solo decreto, tres esquemas relativos a los clérigos: uno sobre la santidad sacerdotal —*De clericorum vitae sanctitate*—, otro sobre la distribución de los sacerdotes en el mundo —*De distributione*

cleri— y un tercero sobre los oficios y beneficios eclesiásticos —*De officiis et beneficiis clericorum.*

Estos esquemas, elaborados en la fase preparatoria del Concilio y sometidos luego al juicio de la Comisión Central, llegaron a la «Comisión Conciliar para la Disciplina del clero y pueblo cristiano» con la orden de ser abreviados y revisados, teniendo en cuenta la mentalidad manifestada ya por la asamblea ecuménica durante la primera sesión. Así, en febrero de 1963, de acuerdo con las normas dictadas por la Comisión Coordinadora del Concilio, quedó preparado un nuevo esquema más breve y conciso titulado *De clericis* y dividido en tres capítulos: «La perfección sacerdotal», «La ciencia pastoral» y «El recto uso de los bienes», con un apéndice sobre la distribución del clero en el mundo. Este proyecto conciliar se envió a todos los obispos al final de la primavera del mismo 1963, con el fin de que le estudiaran y presentaran por escrito las enmiendas oportunas [326].

Las observaciones remitidas a Roma por los padres fueron numerosas y, a base de las mismas, la comisión, en sus reuniones de octubre y noviembre, revisó de nuevo el proyecto y aceptó no pocas enmiendas, de forma que el texto resultó notablemente cambiado incluso en la denominación. El nuevo esquema queda articulado en treinta y nueve párrafos, bajo el título *De sacerdotibus,* con tres capítulos y una exhortación final: *De vita spirituali sacerdotum, De studio et scientia pastorali, De recto usu bonorum, Exhortatio de distributione cleri.* Un texto de índole más pastoral que jurídica, elaborado a la luz de la doctrina eclesial sobre el sacerdocio, aunque la teología del presbiterado no tiene cabida en este esquema, sino en el *de Ecclesia.* Se pretendió hacer una exposición de sabor bíblico, caracterizada por un tono positivo, tratando de abrir a los sacerdotes el camino de una santidad auténticamente evangélica y sugiriendo normas y reformas de estructuras, para facilitar en el mundo moderno la misión pastoral de los ministros de la Iglesia.

De este esquema *De sacerdotibus,* la comisión competente, en sus reuniones del mes de marzo de 1964, sacó las diez proposiciones en que se articula el nuevo documento conciliar sobre los sacerdotes, que será sometido a examen en la próxima sesión del Concilio.

Los padres del Vaticano II tratan de darnos, con ese documento y los comentarios que le acompañen, los rasgos fundamentales que han de componer la fisonomía del sacerdote de nuestro tiempo. Tendremos así el camino abierto para la formación de lo que podríamos llamar «nueva generación sacerdotal del Concilio».

Así, pues, el sínodo ecuménico del siglo xx quiere suscitar un clero santo y moderno, que sintonice perfectamente con la Iglesia de nuestros días, empeñada en dialogar a través de sus apóstoles con el mundo actual.

El papa Montini habla a los sacerdotes

Viene ahora aquí la pregunta sustancial. ¿Qué tipo de sacerdotes necesita la Iglesia de hoy? ¿Qué categoría de sacerdotes exige la evangelización del mundo moderno? ¿Qué esperan del sacerdote los hombres de nuestro tiempo?

He aquí una serie de interrogantes que se presentan a los padres del Vaticano II.

Muchas ideas tradicionales y renovadoras, sencillas o llamativas, se han ido vertiendo sobre este tema a la hora del Concilio, dentro y fuera del aula de San Pedro [327].

Los mejores textos que yo he leído sobre el sacerdocio en estos últimos años son los del cardenal Montini, hoy Pablo VI. Me refiero a los discursos y cartas que como arzobispo dirigió a su clero de Milán. Después de ser elegido Papa, todos estos documentos han aparecido en un precioso volumen, cuya edición española será publicada muy pronto [328]. En esta serie de páginas, salidas de la pluma del cardenal Montini, y en algunos discursos, que ha dedicado ya a este tema en su primer año de pontificado, se encuentra perfectamente delineada con ideas atrayentes y originales «la fisonomía del sacerdote de los tiempos nuevos».

Así, pues, invito al lector, particularmente a los sacerdotes y seminaristas, a acercarse a las páginas del citado libro y a los discursos pontificios sobre el tema.

Creo que a la hora de trazar la fisonomía de ese «sacerdote nuevo de la generación del Concilio» hay que acudir a las páginas del arzobispo y del papa Montini, porque, a mi modo de ver, contienen algunas ideas que podemos considerar definitivas.



15. *El Papa entre los sacerdotes y seminaristas del Colegio Español.*

El nuevo estilo sacerdotal

Naturalmente, junto al pensamiento del Papa, para completarle y explicarle en un cuadro más amplio, conviene fijarse también en lo que sobre el sacerdocio nos vienen diciendo los padres conciliares, tanto en sus votos presentados al Vaticano II como en sus pastorales y artículos. Sería interesante hacer aquí una síntesis del pensamiento de nuestros obispos sobre este tema. Pero dejemos que la haga el Concilio.

El esquema *De sacerdotibus,* reducido a proposiciones generales, como he dicho, será breve ciertamente; pero tendrá su valor y en torno a él los padres conciliares manifestarán sus opiniones, si no con intervenciones en el aula ecuménica —puesto que el documento no será discutido, sino sólo sometido a votación—, sí con sus observaciones escritas y con las glosas que hagan ante la opinión pública. Además, se prevé que el documento aprobado en el Concilio irá acompañado de comentarios oficiales, así como de instrucciones posconciliares y, posiblemente también, de un mensaje a todo el clero del mundo: el mensaje que fue ya preparado y presentado a los padres al final de la última sesión y quedó luego en suspenso por falta de tiempo para perfilarle.

Así, pues, sin adelantarnos aquí a dar por nuestra cuenta rasgos parciales de la fisonomía propia del sacerdote de nuestro tiempo, digamos solamente que la expectación en este sentido y de cara al Concilio es muy grande. Los laicos miran al sacerdote cada vez con más interés y con mayores exigencias eclesiales. Los sacerdotes quieren orientaciones claras, modernas, atrayentes para su espíritu. Hay que crear un estilo sacerdotal que responda a la mentalidad de hoy, por una parte, y que realice, por otro lado, todas las exigencias de la santidad más evangélica, la santidad del «hombre religioso» por excelencia, del *homo Dei,* llamado a actuar en el mundo moderno para evangelizarle: el sacerdote santo, generoso; profundamente enamorado de Cristo; el sacerdote culto, fino; el sacerdote pobre, humilde y obediente, que lo centra todo en la caridad y en el espíritu de servicio, para crear la nueva comunidad del amor, la *Ecclesia* operante entre los hombres, nuestros hermanos; el sacerdote auténtico, moderno, de mentalidad abierta, que no se siente ahogado por leyes anticuadas, por reglamentos demasiado estrechos, por normas ya superadas para los tiempos nuevos; el sacerdote bien centrado en el cuadro que presenta la cristiandad de hoy, abierto al diálogo más amplio posible, con un gran sentido de la Iglesia de

nuestro tiempo; el sacerdote que sintonice con el nuevo espíritu y la nueva mentalidad que nos han traído Juan XXIII, el Concilio, Pablo VI...

Seminarios para la Iglesia

Hemos hablado de un nuevo tipo de sacerdotes haciendo notar que éste sólo puede salir de un nuevo tipo de seminarios. Así, todo lo dicho anteriormente nos aboca a una pregunta importante: ¿Cuál será la fisonomía de los centros de formación eclesiástica en la era posconciliar? Entiendo aquí el término «eclesiástico» en su sentido más pleno: «hombre de la Iglesia».

El Concilio tridentino fundó los seminarios hace ahora cuatro siglos [329]. El decreto *Cum adolescentium aetas,* con el cual se constituyeron los colegios para la formación de los jóvenes aspirantes al sacerdocio, era el canon XVIII de los llamados por el mismo Concilio *Decreta super reformatione.* Nótese bien esto: se trataba de reformar la Iglesia; con esa mentalidad renovadora se fundaron los seminarios. Con la misma mentalidad de renovación, abierta a horizontes más amplios y positivos, el Vaticano II intenta poner al día esta secular institución de la Iglesia, cambiando si fuera necesario su estructura, para darla una fisonomía moderna que responda a las exigencias de los tiempos nuevos y sintonice con los planes de la Iglesia en el momento actual.

El esquema conciliar sobre la formación de los sacerdotes

En torno al problema de los seminarios algunos grupos de padres y peritos conciliares han trabajado mucho. Basada sobre las tareas realizadas durante la fase preparatoria del Vaticano II, la Comisión conciliar *De Seminariis, de Studiis et de Educatione catholica,* ateniéndose a las normas dadas por Juan XXIII y por la Comisión Coordinadora, preparó a principios del año 1963 un proyecto de constitución que en el elenco oficial figuraba con el título *De sacrorum alumnis formandis* [330].

Este documento fue enviado a los obispos en la primavera de 1963 para que los padres se pronunciasen sobre él por escrito. Las observaciones fueron

numerosísimas y daban fundamento para reelaborar el esquema perfeccionándole notablemente.

Las nuevas normas, dadas a principios de 1964 por la *Commissio de Coordinandis Concilii laboribus,* con el fin de ejecutar los deseos de Pablo VI, llevaron también a la Comisión de Seminarios la orden de reducir su esquema a principios generales. Por lo cual el citado organismo reunió en Roma a sus miembros y peritos durante la primera semana de marzo. Así, obispos y especialistas, después de largos estudios y tanteos prolongados durante la fase preparatoria y durante los dos primeros períodos del Vaticano II, llegaron a la redacción de un nuevo documento, *De institutione sacerdotali,* articulado en una serie de proposiciones que, con los toques que reciba por parte de todos los padres conciliares, podrá servir de base para la configuración de un nuevo tipo de seminarios: los de la era posconciliar.

Como todos los otros esquemas, que han tomado la estructura de proposiciones claras y universales, este documento no desciende a aplicaciones concretas en los planes de formación sacerdotal, sino que deja éstas a los organismos posconciliares y a las conferencias episcopales que podrán dar así a sus seminarios la orientación más acorde con las circunstancias y ambiente de cada nación.

Se piensa que el Concilio, como tal, abrirá sólo un camino, marcará una orientación general sin adoptar fórmulas rígidas para permitir que en la etapa posconciliar se vayan experimentando sistemas y adoptando iniciativas, siempre en la línea de una clara dirección que responda al espíritu y a las palabras del Vaticano II.

Esto lo habían pedido algunos padres, como monseñor Ancel, obispo auxiliar de Lyón, que, hablando en el Colegio Español sobre el tema, dijo que lo importante en este sector era dejar, dentro de una línea clara, una cierta libertad de acción.

La renovación de los seminarios

Si el Concilio nos da esa línea general clara, muy eclesial y abierta, ¿se encontrará el nuevo estilo pedagógico capaz de formar esos sacerdotes santos y modernos que exige la Iglesia de nuestro tiempo, empeñada en el triple y eficaz diálogo con sus propios fieles, con los hermanos separados y con el mundo actual?

Es evidente que, por lo que se refiere a éste, como a los demás campos de la vida católica, el Vaticano II no ha sido convocado —según la mente de Juan XXIII y de Pablo VI— para decir cosas ya dichas o repetir viejas normas [331]. Esto produciría una gran desilusión en la juventud sacerdotal de nuestro tiempo.

Por otro lado, es también evidente que el problema de los seminarios, en el Concilio, en las conferencias episcopales o en las comisiones posconciliares, ha de ser abordado a fondo, ya que los centros de formación sacerdotal —después de sus cuatro siglos de espléndida historia al servicio de la Iglesia [332]—, ahora, al filo de los nuevos tiempos, se resienten fuertemente de la crisis del progreso moderno dictado por esta segunda mitad del siglo XX.

La mentalidad y el estilo nuevo de los jóvenes de hoy tiene también su natural expresión en los seminaristas y esto impone una revisión de los métodos de formación de los aspirantes al sacerdocio. Basta hablar con cualquier superior de seminario para percatarse de lo difícil que resulta hoy esta tarea. Basta tratar un poco con seminaristas para observar lo problemáticas que resultan sus actitudes y preocupaciones, espoleadas muchas veces por un noble afán de renovación y por un gran deseo de sintonizar con la hora presente de la Iglesia y del mundo.

Como ha dicho el Papa, en su discurso al episcopado italiano, «los problemas no los resuelve ya ese viejo médico que antes era el tiempo; éste, en las presentes circunstancias, no corre con ventaja para nosotros; las cosas no se solucionan por sí mismas». Por eso la crisis general, propia de los períodos de transición, que afecta también notablemente al sector de los seminarios, pide, tal vez con cierta urgencia, una profunda transformación de la estructura, organización interna y orientación formativa de los mismos.

A este propósito es curioso notar cómo el problema de los seminarios preocupa también a algunas Iglesias separadas. La revista protestante *The Christian Century* dedicó no hace mucho un número monográfico a este tema. Otra revista italiana, mostrando ese interés ecuménico de que habla Pablo VI por «todo lo verdadero, bueno, cristiano y santo que poseen nuestros hermanos separados», ha creído oportuno presentar, con las debidas reservas, algunas ideas de la citada publicación norteamericana. A nuestro caso, y en el cuadro de la renovación promovida por el Concilio, viene bien la siguiente cita:

«Hay un hecho innegable: aparentemente los seminarios se presentan florecientes y tranquilos; sin embargo, apenas se entra en ellos nos encontramos frente a inseguridades y discusiones, a veces bastante radicales, en

torno a la institución, finalidad y estructura de los mismos... (Los seminaristas se encuentran con frecuencia desorientados e indecisos frente al futuro. ¿Qué hacer?) Este es un problema cuya solución urge tanto como la de otros problemas teológicos y prácticos planteados hoy a la Iglesia...

»El seminario debe tomar la decisión de ponerse al día. Sin una valiente postura de reforma caeremos fácilmente en la mediocridad que lleva a la decadencia. El seminario resulta, de hecho, o el lugar del cual toma vida cualquier renovación que se pretenda realizar en la Iglesia, o el lugar en el que todas las iniciativas renovadoras quedan bloqueadas. Es necesario decidir de una vez si el seminario debe servir a la Iglesia del pasado o a la Iglesia del futuro. O más sencillamente, hay que ver cuál es la misión que le corresponde al seminario en el servicio a la Iglesia de hoy» [333].

Es interesante esta aguda problemática en torno a los centros de formación eclesiástica. Aunque viene de un campo muy distinto del nuestro puede ayudarnos a reflexionar sobre el delicado y vital problema de los seminarios, en los que tenemos ahora la generación sacerdotal a la cual tocará mañana aplicar los frutos del Concilio Vaticano II. Preparar bien esta generación es una tarea importante, que justamente polariza las más delicadas atenciones del Papa y de la Iglesia. Y resulta esperanzador ver cómo los obispos vienen estudiando atentamente el problema, planeando aportar su experiencia y su esfuerzo a la más adecuada solución del mismo, tanto por lo que se refiere al campo de la formación espiritual y humana como al de la formación cultural y científica. El Concilio y los documentos posconciliares se ocuparán también con especial atención de los planes de estudio en los seminarios. Estos, como los de las universidades eclesiásticas, necesitan una profunda renovación que ha de hacerse en el cuadro general de la formación completa del sacerdote.

Pablo VI y los seminaristas

La renovación de los seminarios o la creación de nuevas estructuras para los mismos habrá que hacerla teniendo presente ese nuevo tipo de sacerdotes de que hemos hablado antes. Es oportuno no perder de vista que el seminario es en sí un lugar de transición, como el período de formación es una época transitoria que desemboca en la vida sacerdotal. Por eso es importante saber dar a los jóvenes desde el principio el nuevo estilo eclesial, la

nueva mentalidad que exigen los nuevos tiempos, y que ha de distinguirles toda la vida en una sintonía perfecta con cada hora de la Iglesia que camina. Este estilo y esta mentalidad moderna necesitan para su formación un ambiente y unas estructuras que tal vez, bajo algunos aspectos, no sean las que tienen precisamente nuestros actuales seminarios de teólogos.

Estoy centrando el problema, naturalmente, en el período culminante de la formación eclesiástica que le constituyen los años de teología. Y no pretendo exponer ahora mis ideas personales o tratar de aportar soluciones a una cuestión que exige mucho estudio, rica experiencia, un buen sentido de lo que es la Iglesia y una certera visión de la realidad actual [334].

Lo que intento aquí es fijarme en el pensamiento del papa Montini y adelantar, como ensayo en plan de rápida orientación, algunas ideas de padres conciliares que han apuntado ya soluciones a este delicado y vital problema planteado a la Iglesia de nuestro tiempo.

Pablo VI, con ocasión del cuarto centenario de la fundación de los seminarios, escribió al episcopado católico una carta apostólica —*Summi Dei Verbum*—, fechada el 4 de noviembre de 1963 [335].

En este documento el Papa habla de los precedentes históricos y de los motivos que llevaron a la creación de los seminarios por parte del Concilio tridentino; señala luego la importancia que los centros de formación eclesiástica han tenido a lo largo de la Historia y la importancia que tienen en el momento actual de la Iglesia, para fijarse después en el problema de la vocación y, finalmente, en el de la formación sacerdotal. Estos dos temas el Santo Padre los toca con una cierta amplitud.

El documento es importante y orientador. Mas, para una exacta valoración del mismo, conviene tener en cuenta algunos criterios. Hay que notar, ante todo, que esta carta apostólica ha sido escrita durante el Concilio. Por eso el Papa sigue en ella la norma, por él mismo expuesta más tarde, de no interferir en los asuntos que el Vaticano II debe tratar, adelantándose a las deliberaciones de los padres con doctrinas o normas especiales. Se explica así que Pablo VI no dé en este documento pasos notables en orden a la renovación de los seminarios o moderna orientación de la pedagogía eclesiástica, limitándose en la parte normativa a hacer una recapitulación de los puntos tradicionales que conservan un valor de continuidad. Con todo, hay que decir que un cierto avance de mentalidad se nota en algún punto concreto y sobre todo en el lenguaje. Así, por ejemplo, la palabra «disciplina», término que por sonar a imposición resulta menos simpático para los jóvenes de nuestro tiempo, queda sustituido por el más eclesial y evangélico

de «sacrificio», que equivale a los otros que tanto gustan a los seminaristas de hoy: «generosidad», «amor». Pequeño detalle éste, si se quiere, pero importante; tanto más que, como sabemos, al papa Montini le gusta mucho cuidar el lenguaje, sobre todo cuando habla a los jóvenes. Prueba de ello es el discurso que dirigió a los futuros sacerdotes que vinieron a Roma, precisamente con ocasión de las fiestas conmemorativas de la fundación de los seminarios. Pablo VI les recibió en audiencia el 4 de noviembre de 1963 y les habló así:

> En vosotros, queridos seminaristas, vemos los exponentes más auténticos y generosos de la juventud; de esa juventud que en el momento más bello de la vida, a la hora de la primera manifestación del amor genuino, ha sabido hacer la mejor elección de todas...; de esa juventud que ha comprendido que en la vida hay un don que vale por todos...; de esa juventud que ha sabido distinguir, entre todas las voces que resuenan a su alrededor y la encantan, una con acento singular, misterioso, pero inconfundible, grave y delicado al mismo tiempo, sosegado y potente; una voz suave y arcana que resuena dentro, como atormentando en el secreto de la conciencia, y resuena fuera produciendo paz como si fuera la confidencia de un consejero sereno y autorizado, la llamada que interpretando la voz interior la considera divina y dice al joven que no tema ante las cosas grandes, sino sólo ante las malas y mediocres. Se trata de una voz que es al mismo tiempo invitación y mandato, voz sencilla como un suspiro y profunda como un drama. La voz de Cristo que hoy más que nunca dice: «Ven y sígueme» *(Mat.,* 19, 21).
>
> Joven que escuchas: ¿Has oído esta voz? «Ven y sígueme... Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» *(Juan,* 8, 12).
>
> Vosotros sabéis muy bien cómo se llama este diálogo. Se llama vocación: Algo que cada uno de vosotros guarda en su corazón como el secreto de su vida, como la dirección de su futuro, como la energía para su acción...
>
> La obra de la Redención no se realiza en el mundo y en el tiempo sin el ministerio de hombres generosos que, con su oblación total de caridad humana, realicen el plan de la salvación, es decir, de la infinita caridad divina... Dios quiere que los hombres se salven mediante los hombres... Ha instituido un sacerdocio; el mensaje y la salvación traída por Cristo alcanza hasta donde llega el sacerdocio de Cristo. El Señor ha querido hacer depender la difusión del Evangelio del número y celo de los obreros del Evangelio.
>
> Se ve así la importancia incalculable de la vocación... Felices vosotros que conocéis esta verdad y tenéis una ardua y humilde experiencia de ella. Felices vosotros que conocéis el sentido que tiene hoy la vocación eclesiástica: no se trata de una herencia dinástica; no es el

interés por una vida tranquila en un buen beneficio lo que os atrae; ni tampoco la perspectiva de honores eclesiásticos; no es que una voluntad ajena venga a sustituir la del candidato al sacerdocio; ni tampoco es el desencanto pesimista ante un mundo insoportable o las desilusiones por esperanzas fallidas las que trazan el camino que conduce al seminario; ni el mismo noble atractivo de la cultura o del arte, que de suyo puede colocarse en segundo plano, es lo que estimula en nuestro tiempo a un joven a hacerse sacerdote. El auténtico atractivo que os empuja hacia el seminario es la paradoja del seguidor de Cristo, que dijo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» *(Marc.,* 8, 34). La vocación hoy quiere decir renuncia, impopularidad, sacrificio. Supone preferir la vida interior a la exterior, la elección de una perfección austera y constante en lugar de la mediocridad cómoda e insignificante; la capacidad de escuchar las voces angustiosas del mundo, las voces de las almas inocentes, de los que sufren, de los que no tienen paz, consuelo, guía, ni amor, y a la vez la fuerza de hacer callar las voces lisonjeras y molígeras del placer y del egoísmo; quiere decir comprender la dura, pero estupenda, misión de la Iglesia, hoy como nunca empeñada en enseñar al hombre su verdadero ser, su fin, su suerte, y descubrir a las almas fieles las inmensas, las inefables riquezas de la caridad de Cristo.

Vocación quiere decir ser jóvenes, tener la mirada limpia y el corazón grande, aceptar como programa de vida la imitación de Cristo, su heroísmo, su santidad, su misión de bondad y de salvación. Ninguna perspectiva de la vida ofrece ideal más verdadero, más generoso, más humano, más santo, que la humilde y fiel vocación del sacerdocio de Cristo.

No es énfasis, no es retórica, y sobre todo, no es sugestión ni locura lo que hace hablar así a la Iglesia. Es el conocimiento que tiene de vuestros corazones, de las gracias que el Señor ha derramado en vuestras almas; es la estima que siente por vosotros; es la esperanza que pone en vuestros verdes años y en vuestros sueños generosos.

La Iglesia no se atrevería a expresar sobre vosotros vaticinios tan altos y tan difíciles si le faltase la posibilidad práctica de estar junto a vosotros al enunciarlos y no se preocupase de ayudaros a aceptarlos y a seguirlos. Si la Iglesia no hubiera desarrollado su arte de maestra de las almas y no tuviera sede e instrumentos para ejercerla no podría hablaros con tanta franqueza. Pero la Iglesia hoy es capaz, y lo será mucho más mañana, de ejercer su sublime misión de educadora de los futuros sacerdotes, pues para este fin ha instituido los seminarios. El seminario es la escuela del silencio interior, en la que habla la voz misteriosa de Dios; es la palestra para el adiestramiento de las virtudes difíciles; es la casa donde habita Cristo, el Maestro. ¿Recordáis? Dos discípulos de Juan, habiendo oído lo que él decía de Jesús, que pasaba por la orilla del Jordán, «He ahí el Cordero de Dios», fueron tras de Cristo. Jesús se volvió y, advirtiendo que le seguían,

les preguntó: «¿A quién buscáis?». Ellos le dijeron: «Rabbi —que traducido quiere decir Maestro—, ¿dónde habitas?». El les respondió: «Venid y veréis» *(Juan,* 1, 38-39).

Si alguna vez, jóvenes, esta misma pregunta brotase del fondo incierto y emocionado de vuestras almas, que han intuido que Cristo es el único Salvador, que es Él a quien buscáis y Él quien os busca, y saliera de vuestros labios el «Maestro, ¿dónde habitas?, ¿dónde podemos encontrarte, Cristo; dónde conocer, dónde escuchar, dónde unirnos a Ti, dónde investirnos con tu misma misión?», recordad que por boca de la Iglesia, por la de los obispos, por la de vuestros superiores y maestros, la respuesta será siempre: «Venid y veréis». Y la puerta bendita del seminario se abrirá ante vosotros.

Es interesante notar que, en este discurso a los seminaristas, el Santo Padre, al hacer la presentación de la carta apostólica *Summi Dei Verbum,* dice que ha sido preparada «con la experta colaboración de la Sagrada Congregación de Seminarios». No deja de llamar la atención que un Papa diga esto refiriéndose a un documento firmado por él; atribuye así en parte la elaboración del mismo al citado dicasterio eclesiástico y afirma, en cambio, por lo que a él se refiere, que a este «largo y ponderado documento» ha querido confiar «muchas, pero no todas» las cosas *que tiene que decir* sobre este asunto, «tan amplio e importante».

He aquí otro criterio para la exacta valoración del citado documento... Por lo demás, es evidente que esta carta pontificia, que firma Pablo VI, ha de ser interpretada con la mentalidad propia de este Papa, que, ciertamente, es una mentalidad abierta y moderna. Lo sabemos por todos sus discursos. Y, en lo que se refiere al problema de los seminarios, sabemos también lo que pensaba como arzobispo de Milán y tenemos algunas de sus ideas en las cartas y discursos a los sacerdotes, a que me he referido más arriba.

El pensamiento del papa Montini sobre la formación de los sacerdotes

Así, pues, Pablo VI tiene aún *algo que decir* sobre el problema de los seminarios. Esperamos con gran ilusión su palabra. Pero, mientras tanto, podemos ya adelantar algunas de sus ideas, porque «el pensamiento del cardenal Montini» sobre la formación de los seminaristas nos le ha expuesto maravillosamente el actual arzobispo de Milán, monseñor Colom-

bo. El sucesor de Juan Bautista Montini en la sede ambrosiana fue rector del seminario mientras el futuro Pablo VI gobernaba la diócesis. En 1958 escribió un artículo que conserva plena actualidad, tanto que ha sido reproducido este año como prólogo al libro del cardenal Montini sobre el sacerdocio. He aquí las ideas centrales:

«¿Cómo quiere el arzobispo Montini a sus sacerdotes? ¿Cómo desea que se les forme? Les quiere muy capaces de estar en contacto con el mundo y de permanecer, al mismo tiempo, diversos del mundo. Tanto más diversos cuanto más metidos en el mundo. Quiere sacerdotes abiertos a todos los campos de la vida moderna: a la cultura, a la prensa, a la crítica cinematográfica, al arte, al deporte; al mundo del trabajo y de la enseñanza, de las diversiones y del sufrimiento; al sector de los intelectuales, de los obreros, militares, emigrantes, enfermos, encarcelados, etcétera. Ningún camino debe quedar sin explorar en la formación del sacerdote. Ningún medio honesto le debe ser extraño. Ningún riesgo le ha de asustar o detener. 'El riesgo —ha enseñado valientemente el cardenal Montini— forma parte del arte pastoral y, si queremos que ésta no quede paralizada en su mismo arranque, es necesario admitir las buenas tentativas pastorales con cierta amplitud de miras y seguirlas y dirigirlas hasta que, con una suficiente experiencia, queden valorizadas o se demuestren ineptas.'

»El cardenal Montini quiere sacerdotes capaces de entrar en diálogo con los que tenemos cerca y con los que se encuentran alejados [de la Iglesia]. Por eso insiste en que [los seminaristas] sean delicados en el trato y corteses en los modales, ya que la buena y fina educación es el modo primero e indispensable para conciliarse la benevolencia de todos, aun de los más rudos. Quiere que eviten las asperezas, la ironía, el autoritarismo de quien pretende dominar o avasallar. Desea que se presenten decididos, pero llenos de bondad, de alegría, de poesía, como quien tiene la certeza de que propone la verdad y sabe servirla. Insiste mucho en que el lenguaje sacerdotal sea correcto, interesante, adaptado a la mentalidad moderna, anclado en la realidad, sintonizado con intereses vitales.

»Sobre todo, quiere el cardenal Montini sacerdotes de corazón grande, capaz de comprender a todos: a cada uno, según sus posibilidades, sus límites, sus aspiraciones, sus desilusiones, sus necesidades, sus miserias. Para comprender de verdad sólo hay un medio: amar. 'Sólo un corazón que ama —decía el arzobispo a los ordenandos de junio de 1956— puede comprender. Un corazón que no ama tiende siempre a juzgar con frialdad.'

»El otro aspecto de la pedagogía sacerdotal del cardenal Montini cons-

tituye el nervio del primero y su condición básica. Si el sacerdote debe estar presente en todo no es para atar su alma a la tierra, sino para elevar con su alma la tierra hacia el cielo. Si endereza sus pasos por todos los caminos del mundo —copio una hermosa expresión del arzobispo— 'no será nunca para quedarse en el mundo, sino para emprender el camino del retorno con los nombres que allí ha encontrado'.

»Después de haber abierto a los sacerdotes, con generosa amplitud de espíritu, todas las formas del vivir humano, monseñor Montini inculca, con no menor insistencia, más aún, con mayor fuerza y trepidación, la necesidad no sólo de preservar lo sagrado de toda mezcolanza con lo profano, sino de santificar lo profano con lo sagrado. Lo que es santo ha de ser comunicado íntegro y puro sin contaminación. Los sacerdotes han de estar en marcha por todos los caminos hasta los últimos confines del mundo, portadores de un mensaje divino, cuyos elementos esenciales son palabra y gracia, verdad y vida, predicar el Evangelio y donar el Espíritu Santo» [336].

Tenemos aquí una radiografía del pensamiento del papa Montini sobre la formación de los sacerdotes. Podríamos completar estas ideas con otras tomadas de sus discursos de arzobispo y de sus documentos de Papa. En este primer año de pontificado ha tenido numerosos encuentros con seminaristas o sacerdotes y les ha dirigido su palabra con acentos de mucha vibración y originalidad. Recordemos la audiencia al clero romano —24 de junio de 1963— y a los alumnos del seminario lateranense y del colegio Capranica —27 de junio—; los discursos pronunciados en sus visitas al colegio inglés, sede veraniega —22 de agosto—; al colegio pío latinoamericano —30 de noviembre—; al seminario mayor de Roma —8 de febrero de 1964—; al colegio brasileño —28 de abril— y a la Universidad Gregoriana —12 de marzo—; las alocuciones del Papa a los neopresbíteros del colegio norteamericano —20 de diciembre de 1963—; a un grupo de sacerdotes del Centro Pío XII por un mundo mejor —23 de enero de 1964—; a los párrocos y cuaresmeros de Roma —12 de febrero—; a los seminaristas de Crema —14 de febrero— y a los nuevos sacerdotes del colegio español ordenados el 19 de marzo. También podríamos citar aquí el mensaje pontificio para la «jornada mundial de las vocaciones» instituida por el mismo Pablo VI y celebrada por primera vez este año el domingo del buen Pastor [337].

Hacia un nuevo tipo de seminarios

Creo que en estas ideas del papa Montini, y en otras muchas que podríamos citar de padres conciliares, comienza ya a delinearse un nuevo tipo de seminarios, al que se llegará en el período posconciliar. Quizá no sea un único tipo, a juzgar por los ensayos que se van haciendo ya en una parte y en otra. Pero, ciertamente, los centros de formación sacerdotal, que nacerán como fruto del Vaticano II, deberán tener una fisonomía nueva, en muchos aspectos bastante distinta de la que presentan nuestros seminarios actuales.

Todos los esquemas que nos dé el sínodo ecuménico tendrán una repercusión muy notable en la nueva estructura de los seminarios y en los métodos de formación sacerdotal, de la misma manera que la está teniendo ya la Constitución sobre la sagrada Liturgia.

Así como el Concilio va a dar a los cristianos un nuevo «sentido de la Iglesia», en la formación de los sacerdotes habrá que poner el acento, sobre todo, en esto; como habrá que ponerle también en la caridad y en la pobreza, dos notas características del nuevo tipo de sacerdotes, a las que poco se adaptaría una formación realizada en edificios burgueses.

Lo mismo digamos del sentido ecuménico y universalista. Y del amor y simpatía hacia el mundo moderno, del diálogo con los obreros, con los intelectuales y con todas las categorías sociales; ideas éstas, como la del humanismo cristiano, tan grabadas en el alma del actual Papa y que constituirán el nervio del esquema sobre la presencia de la Iglesia en el mundo. La orientación de los sacerdotes en este sentido exige, al margen de la comodidad burguesa, un ambiente moderno, normas propias de nuestro tiempo, formadores de mentalidad abierta y un contacto vivo, continuo, con la realidad, con los hombres, nuestros hermanos.

«La pastoral, la iniciación y más que iniciación en la vida apostólica —dice el cardenal Suenens— habrá de predominar en la formación del futuro sacerdote.» Y el «espíritu de libertad que es la esencia del espíritu cristiano», juntamente con el sentido de responsabilidad, unidad, colaboración y obediencia habrán de tener una más marcada proyección en los nuevos métodos de formación sacerdotal. La idea es de monseñor Hurley, que propugna la sustitución de algunos «métodos tradicionales que han perdido ya todo su valor en la educación del clero».

Es evidente que no todo ha de cambiar; pero cambiarán muchas cosas.

Y vamos, en frase del cardenal Lercaro, hacia la realización de seminarios que sean «instrumentos eficaces de formación *eclesial,* centros de aire moderno y estilo nuevo, donde se viva un ambiente comunitario, fundado en un clima de libertad, confianza y amor».

Para estos centros pide el Papa «jóvenes puros, decididos, abiertos, que sean campeones de generosidad y que, con el genio característico de la juventud, miren siempre hacia adelante, al porvenir, a las cosas nuevas que hay que pensar y hacer en la Iglesia» [338].

12. *La hora de los laicos*

Llamada a los seglares

Con el Concilio Vaticano II ha sonado en la Iglesia la «hora de los laicos». Hablando precisamente a España, pero con su mirada puesta en el laicado católico del mundo entero, Pablo VI se ha expresado así:

> Volvemos ahora nuestra mirada al mundo seglar, y ¿cómo podremos reducir a síntesis cuanto en nuestro corazón palpita? La Iglesia en estos momentos fija su atención maternal en el laicado católico en todas sus etapas, en todas sus manifestaciones, en todos sus problemas.
>
> La Iglesia, os decimos, seglares católicos, os llama, o espera, os invita a la vida verdadera, a los valores auténticos, y no quiere hacer de vosotros unos extraños a las corrientes de la vida moderna, sino que desea daros aliento y vigor en vuestros pasos, de forma que no rodéis como seres inertes en estas mismas corrientes, sino que seáis vosotros quienes las promováis, les deis sentido, las comprendáis y gocéis de ellas como hijos de Dios. Sois «luz en el Señor». Caminad como hijos de la luz [339].

El movimiento laical en la vida interior y exterior de la Iglesia no es nuevo, ciertamente. En expresión de monseñor Ancel, es tan antiguo como

el mismo cristianismo; prueba de ello son los innumerables textos que existen en el Evangelio y en los escritos apostólicos sobre este particular [340]. Sin embargo, no cabe duda que el apostolado de los seglares, sobre todo en su forma organizada, es una característica especial de los tiempos nuevos.

Fue el primer Papa de nuestro siglo, San Pío X, el que con acentos singulares lanzó una llamada, ardiente como su corazón de Pastor —*ignis ardens*—, a los seglares católicos, para que se encuadrasen con los sacerdotes y los obispos en el apostolado organizado de la Iglesia. Luego, desde los tiempos del papa Sarto, las llamadas pontificias en este sentido se han ido repitiendo con un ritmo siempre más sonoro.

Benedicto XV intentó dar fisonomía moderna a los ensayos de su santo predecesor. Pío XI fue «el Papa de la Acción Católica» y no hace falta decir más para poner de relieve su actividad en este campo.

Pío XII, con su magisterio profundo y perenne, delineó brillantemente la esencia, la historia y los fines del apostolado de los laicos, dando en este campo orientaciones originales que han tenido influencia decisiva en nuestra época.

Juan XXIII, al convocar el Concilio, pensó que había llegado la hora de recoger todos los frutos del moderno movimiento laical, y por eso, dentro del Vaticano II, creó una comisión especial para este fin: «*Commisio de Fidelium apostolatu*».

Tenemos ahora un Papa que posee una sensibilidad particular en este campo. Por su historia personal en el apostolado de la juventud y de los intelectuales, por sus experiencias en este sector, que se iniciaron con su misma vida sacerdotal y hallaron su marco más espléndido en Milán, Pablo VI se encuentra preparado como pocos para comprender este moderno problema eclesial, para derramar sobre él luces intensas y para dar al movimiento laical católico su impronta definitiva. Es curioso hacer notar cómo, antes de que se cumpla el primer año de pontificado, han aparecido ya en varias lenguas antologías de textos de Pablo VI sobre el apostolado seglar. Esto indica la expectación que había ante la palabra del papa Montini en torno al laicado católico y la resonancia e interés que han suscitado sus primeros discursos sobre esta materia [341].



16. *Una reunión del Comité de Prensa del Concilio con los jefes de las diversas secciones lingüísticas de la Oficina de Información.*

Acción eclesial de los laicos

En sus años de arzobispo de Milán el cardenal Montini escribió páginas muy orientadoras sobre el laicado católico. En uno de sus mejores discursos a los seglares, con ocasión de una asamblea general de la Acción Católica, celebrada en 1961, les hacía ver cómo «los cristianos son el alma del mundo» e invitaba a todos a «construir la Iglesia», a «ser humildes y animosos obreros de esa empresa evangélica»[342].

En esta misma línea Pablo VI ha dado ya luminosas orientaciones para la acción eclesial del laicado católico:

> Vosotros sabéis que nuestra doctrina reconoce al seglar fiel una participación en el sacerdocio espiritual de Cristo y, por tanto, una capacidad, más aún, una responsabilidad en el ejercicio del apostolado, que ha venido determinándose con conceptos diversos y formas adecuadas a las posibilidades y a la índole de la vida propia del seglar, inmerso en las realidades temporales, pero también imponiéndose como una misión propia de la hora presente. Se habla de la *consecratio mundi,* y se atribuyen al seglar prerrogativas particulares en el campo de la vida terrena y profana, campo de posible difusión de la luz y de la gracia de Cristo; campo propio, porque él puede actuar sobre el mundo profano desde dentro, como directo participante en su composición y en su experiencia, al paso que el sacerdote, estando apartado de gran parte de la vida profana, no puede influir, por lo general, en ella más que de una forma externa, con su palabra y ministerio. Esta observación va adquiriendo cada vez mayor importancia, al paso que descubrimos que el mundo profano es, se puede decir, sencillamente, el mundo que no se preocupa por tener relaciones normales y operantes con la vida religiosa, la cual consigue fácilmente hacer sentir su voz saludable en las inmensas zonas de la vida profana misma.
>
> Por ello también se ha hablado del laicado católico como de «puente» entre la Iglesia y la sociedad, que se ha hecho casi insensible, por no decir desconfiada y hostil, a las relaciones de la religión y, sencillamente, del cristianismo y de sus mismos principios básicos. Nuestros seglares católicos están investidos de esta función, que ha llegado a ser extraordinariamente importante, y, en cierto sentido, indispensable; hacen de puente. Y no para asegurar a la Iglesia la incidencia, el dominio en el campo de las realidades temporales y en las estructuras de los asuntos de este mundo, sino para impedir que nuestro mundo terreno quede privado del mensaje de la salvación cristiana. No es propiamente un ministerio calificado el confiado a los seglares, sino una actividad que puede configurarse en los modos más diversos, que trata de establecer contactos entre las fuentes de la vida

religiosa y la vida profana. Podríamos hablar, en términos aproximados pero expresivos, de contactos entre la Iglesia y la sociedad; entre la comunidad eclesial y la comunidad temporal.

Cuanto más se recomponga y reconcentre la comunidad eclesial en los fines y en el ejercicio de sus actividades específicas la comunidad temporal y profana puede gozar mucho menos de los beneficios de la religión cristiana, que a ella estarían destinados. El dualismo puede acentuarse hasta tal punto que haga de la comunidad eclesial, por un lado, un cenáculo cerrado, aislado de la sociedad en la que también se encuentra, y paralizado en su eficacia tanto doctrinal como pedagógica, caritativa y social; y haga, por otro lado, al mundo profano insensible a los problemas religiosos, los mayores problemas de la vida, y, por ello, expuesto al frecuente peligro de creerse suficiente por sí mismo, con todas las consecuencias dolorosas que esta ilusión, a la postre, lleva consigo. Se necesita el puente. Y el puente sois vosotros. Vosotros, seglares católicos. Todos los fieles del laicado católico, organizados o no, realizan esta función de poner la vida religiosa de la Iglesia en contacto con la vida profana de la sociedad temporal.

Feliz expresión ésta del laicado como «puente». La idea ha sido muy comentada porque resulta un *slogan* estupendo para definir la misión del seglar católico. Si espigamos un poco en los discursos del papa Montini encontraremos sobre este particular ideas de un contenido sugestivo y atrayente. Muchos textos tendríamos que citar. Vea el lector éste, en el que el Santo Padre dice a los seglares:

Vuestra función está en llevar al campo de la profesión vuestro testimonio cristiano y al campo de la vida católica vuestro testimonio profano. Esta última afirmación puede parecer nueva y atrevida, mientras que la del testimonio cristiano aportado al campo profano ha tenido no pocas y hermosas ilustraciones, allá donde especialmente se habla de la «madurez» de los seglares católicos y de su misión en el mundo de hoy. Pero, correctamente entendida, también esta afirmación del testimonio de la vida temporal, digamos mejor, de la información sobre la vida temporal, que vosotros habéis de llevar a la esfera eclesial, se sostiene muy bien en cuanto se descubre lo que es en su raíz: una demanda por parte de la Iglesia a su laicado católico para que la informe sobre lo que él puede decir, sobre innumerables problemas de la vida profana, mejor conocidos por los seglares católicos que por el clero. Sí, vosotros podéis ser los indicadores más vigilantes, los informadores más diligentes, los testigos más calificados, los consejeros más prudentes, los abogados más avezados, los colaboradores más generosos en muchas necesidades de nuestro mundo, en muchas posibilidades de bien, en muchas cuestiones de las que vuestra vida profana os da una directa experiencia y una indiscutible compe-

> tencia. Se puede decir que desde todos los sectores de vuestras profesiones pueden señalarse al magisterio y al ministerio de la Iglesia problemas nuevos, interesantísimos y muy amplios, que no deben ser tratados empíricamente, al modo de los antiguos manuales, sino que es preciso sean considerados a la luz de instrucciones sistemáticas y científicas, que los seglares católicos pueden útilmente suministrar.
>
> Sois el puente, decíamos. Y podríamos continuar recordando que esta función no se limita, en los más generosos, al testimonio externo y a la información interna; es, en algunas actividades, verdadera y propia colaboración en necesidades prácticas de gran relieve, en el campo escolar, administrativo, legal, social, periodístico, artístico, caritativo... ¡Cuánto espera la Iglesia de vosotros!

Por eso, porque la Iglesia espera hoy mucho de los seglares y «tiene necesidad de ellos»; en este momento, «en que tantos laicos descubren o comprenden mejor su vocación», el Papa y los obispos les invitan a una «madurez de funciones y responsabilidades en el campo católico». La Iglesia les «educa» en este sentido y les «concede toda la confianza que ellos merecen».

Precisamente por esto, dice Pablo VI, en este discurso —fundamental sobre el tema— que venimos citando, el Concilio reflexiona y habla con los seglares y de los seglares. Siendo todavía arzobispo de Milán, el actual Papa, refiriéndose a la misión de la Iglesia, dijo que «el laicado católico recibiría en el Vaticano II explícito y honorífico reconocimiento»[343].

El Concilio y los seglares

Como es bien sabido, la constitución dogmática referente a la Iglesia tiene un capítulo que trata sobre «el pueblo de Dios y en particular sobre los laicos». Fue estudiado y discutido ya por los padres en el período pasado y ha sido luego reelaborado teniendo en cuenta las observaciones hechas por los obispos de todo el mundo. Así, juntamente con los demás capítulos del esquema *de Eclesia*, será presentado a la próxima sesión para su votación definitiva y consiguiente promulgación.

Durante los debates sobre este tema, que duraron más de una semana —del 16 al 25 de octubre de 1963—, los padres del Concilio expusieron sobre el laicado católico ideas maravillosas. Las intervenciones tuvieron gran altura e interés, y es bueno notar que, como dijo monseñor Helmut Wittler,

en una conferencia de prensa, se distinguieron de una manera especial por sus elevadas aportaciones a las discusiones algunos obispos españoles.

Recordemos, en primer lugar, el discurso del cardenal de Sevilla. El doctor Bueno y Monreal puso de relieve que era ésta la primera vez en la Historia que la Iglesia hablaba de los seglares en un Concilio. Con ello cuajan en realidades espléndidas los estudios de los últimos años sobre la teología del laicado y se da un nuevo sentido eclesial al movimiento apostólico que la Iglesia ha promovido entre los seglares. Debemos tomar conciencia y alegrarnos de este fenómeno. Es necesario que purifiquemos nuestras mentes de un concepto demasiado clerical de la Iglesia, en el que los seglares serían elementos meramente pasivos. Los seglares son Iglesia y lo son también en sentido activo. A la luz de estas ideas hay que analizar la misión positiva del laico, que consiste en su *mundanidad,* si vale hablar así, porque tiene que vivir en el mundo y su quehacer cristiano consiste en bautizar las estructuras del mundo, desde el interior del mismo mundo...

Monseñor Tabera, obispo de Albacete, habló sobre el «pueblo santo de Dios», del que forman parte los seglares, los cuales tienen, lo mismo que los clérigos y religiosos, una vocación a la santidad...

Monseñor Barrachina, obispo de Orihuela, puso de relieve la función propia y exclusiva que tienen los laicos en la tarea de la *consecratio mundi*...

Monseñor Hervás, obispo prelado *nullius* de Ciudad Real, el apóstol de los Cursillos de Cristiandad, puso el acento en la dignidad que el laico tiene en la Iglesia, exaltando su función como miembro activo y eficaz para la edificación del Cuerpo Místico y como necesario y utilísimo cooperador de la Jerarquía en la propagación y conservación del reino de Dios... e hizo notar que antes de hablar sobre la acción de los seglares hay que señalar claramente las bases de esa acción: la oración, fuente de todo apostolado.

Monseñor Morcillo, arzobispo entonces de Zaragoza, hoy de Madrid, que tiene escrita una interesante pastoral sobre «los seglares y el Concilio», propuso la siguiente definición teológica del seglar: «El laico es el hombre que por el bautismo ha sido incorporado a Cristo y adscrito al pueblo de Dios, y que, no teniendo potestad jerárquica, lleva en el mundo una vida común a los demás hombres, entregada a Dios, para ofrecer y consagrar al Señor su propio ser, las acciones y obras de los hombres, el género humano y todo el cosmos». Así, el laico es un hombre «consagrado a Cristo» ontológica, vital, dinámica y escatológicamente, y que, configurado según el sacerdocio de Cristo, por el carácter que le dan los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, se convierte en un miembro de esa raza elegida,

real y sacerdotal, para anunciar la palabra de la salvación... La misión del laicado es la misma de Cristo y de la Iglesia, y su función primaria, y directamente, consiste en su propia consagración a Dios y en la evangelización de los demás hombres, y secundaria e indirectamente, en la *consagración* de las criaturas inferiores por el recto uso de ellas. Se trata, pues, de una función esencial en la Iglesia, nobilísima, activa, necesaria, que ha de ser tenida en gran honor, y de la que la Jerarquía ha de usar mucho más en el futuro. Siempre en comunicación con la Jerarquía toca al laicado realizar la *consecratio mundi* en todos los campos del pensamiento y de la acción, en el sector de la ciencia y en el de la educación, en el de la administración de la justicia y en el régimen de los pueblos, en la técnica, el arte, el trabajo y en todas las actividades humanas...

Monseñor Enrique y Tarancón, obispo entonces de Solsona y hoy arzobispo de Oviedo, que se ha dedicado toda su vida a la Acción Católica hasta llegar a ser viceconsiliario nacional de la misma, dijo que la definición del laico hay que darla desde un punto de vista pastoral, indicando o insinuando el estado, los derechos y las obligaciones de los seglares. Los laicos tienen una función sagrada en la Iglesia. Son ministros del sacramento del Matrimonio y, en caso de necesidad, también del Bautismo. Se debe hablar del sacerdocio individual de los laicos y de su función profética. La vida ascética de los seglares ha de estar encuadrada en las circunstancias concretas en que se mueve, como pueden ser las de la vida matrimonial, las de la profesión y otras. De aquí que el laicado tenga una espiritualidad propia. Su apostolado más específico es el del testimonio y la *consecratio mundi.* También tienen una función que cumplir los seglares en lo que hace a la opinión pública en la Iglesia, que tiene una gran importancia pastoral y que es, además, una exigencia de los tiempos modernos. Pero hay que definir sus límites y concretar sus formas, para evitar las imprudencias, ya que la opinión pública en la Iglesia —que es por voluntad de Cristo una sociedad jerárquica y no democrática— se rige por normas y tiene manifestaciones distintas de las que son propias de la sociedad civil...

Monseñor González Moralejo, obispo auxiliar de Valencia, muy impuesto en temas referentes a la acción eclesial de los laicos, pidió que toda la doctrina sobre la Iglesia se exponga en el Concilio de una manera perfectamente accesible a los seglares, contando para ello con la opinión y colaboración de los auditores laicos presentes en el Vaticano II...

Monseñor Fernández Conde, obispo de Córdoba y miembro de la Comisión Conciliar para el Apostolado de los Laicos, dijo que, al dar la definición del seglar, cosa nada fácil, hay que considerarle bajo el aspecto teoló-

gico, canónico y pastoral: «Seglar es el bautizado que en el mundo vive su vida cristiana con la misión de santificar al mundo sin separarse de él».

El último de los obispos españoles que intervino en el debate sobre el capítulo del esquema *de Ecclesia* referente a los laicos fue el de Huelva, hoy arzobispo de Zaragoza, monseñor Cantero Cuadrado. Tuvo una estupenda ponencia sobre el *Sensus fidei,* que es como el motor de la actividad misional de la Iglesia y el fundamento doctrinal del apostolado de los laicos. La Iglesia no es tan sólo una sociedad clerical o democrática. Todo lo que en ella hay debe responder a su naturaleza. El *Sensus fidei* ha de concordar con la palabra de Dios escrita y con la tradición. Ha de ser guiado por el magisterio de la Iglesia, que le debe dar autenticidad y confirmación. Pero ese magisterio debe favorecer, escuchar y recoger los puntos y las luces del *Sensus fidei,* teniendo principalmente en cuenta su proyección sobre las realidades del mundo actual, especialmente en el campo cultural. Hay que buscar, por lo mismo, la colaboración y diálogo con los laicos, escuchando siempre la opinión pública de la Iglesia... [344].

El capítulo de la constitución dogmática sobre la Iglesia dedicado a los seglares es un texto de carácter doctrinal en el que se delinea con visión nueva la teología eclesial del laicado. A los seglares se refiere y afecta también de una manera especial el esquema que trata de la presencia y acción de la Iglesia en el mundo, como les ha interesado directamente el referente a los medios de comunicación social [345]. Pero en la agenda del Vaticano II hay también un esquema especial sobre la misión, organización y tareas apostólicas de los seglares.

El esquema conciliar sobre apostolado de los laicos

Entre las diez comisiones especializadas del Concilio Vaticano II sólo hay una, la del apostolado de los laicos, que no tiene en la Curia romana un dicasterio correspondiente, es decir, una sagrada congregación bajo cuya competencia caigan los asuntos sometidos a examen por la citada comisión. Por eso se prevé que, con ocasión de la reforma de la Curia, o como fruto del Concilio, surgirá en Roma un organismo encargado de supervisar, coordinar y dirigir en el mundo entero el apostolado de los seglares católicos. Hacia este órgano supremo, que sería un departamento nuevo y muy importante

en el gobierno central de la Iglesia, habrían de converger todas las organizaciones apostólicas laicales existentes en el mundo católico. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la Comisión Conciliar del Apostolado de los Laicos viene siendo durante el desarrollo del Vaticano II uno de los organismos más significados, por la novedad de sus trabajos y la proyección que van a tener sus decisiones en la futura organización del apostolado laical.

La Comisión *de fidelium apostolatu, de scriptis prelo edendis et de spectaculis moderandis* está presidida por el cardenal Cento y de ella forman parte dos obispos españoles, el de Málaga, monseñor Herrera, y el de Córdoba, monseñor Fernández Conde [346].

Los miembros de esta comisión han colaborado con los de la teología en la preparación del capítulo sobre los laicos, que lleva la constitución referente a la Iglesia, y en la elaboración del esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo actual. Además, ha preparado y presentado a la tercera sesión del Concilio el esquema de *apostolatu laicorum.* Este texto, aunque aparece notablemente reducido en relación con el larguísimo primitivo proyecto, conserva una estructura que le da relieve especial; de hecho, no ha sido reducido como algunos otros a proposiciones generales. Prueba esto de la importancia y categoría que se quiere dar a esta materia dentro de la agenda del Vaticano II.

Tema importante y delicado el de este esquema —ha comentado *L'Osservatore Romano*—, ya que se pretende con él «fijar las bases seguras para el completo desarrollo del apostolado, tal como lo requiere la vida de hoy y lo espera la Iglesia, sobre todo, para sus planes de incorporar de nuevo a la fe a las grandes masas descristianizadas, conquistando a los que están lejos, defendiendo los valores del espíritu, cristianizando las estructuras sociales modernas y 'consagrando' el mundo». He aquí la preciosa e imprescindible tarea que los seglares católicos están llamados a realizar en la hora presente. Por eso, si la Jerarquía pide insistentemente su colaboración en el apostolado oficial de la Iglesia, la comisión conciliar que ha estudiado estos temas ha solicitado con no menor insistencia la propia opinión y el consejo de los laicos más distinguidos de las diversas organizaciones católicas.

La Acción Católica

Al hablar del apostolado de los laicos hay que dar por fuerza un relieve especial a la Acción Católica, ya que, como ha dicho Pablo VI,

> una reciente y amplia experiencia enseña, con el lenguaje de los hechos, que la Acción Católica... es como el camino real para el laicado que se pone al servicio de la Iglesia con el objeto de llevar todas las cosas a Cristo.

La frase está tomada de la carta que el Papa ha dirigido al episcopado argentino para hablarle de la actualidad de la Acción Católica. Este documento lleva fecha del 12 de abril de 1964 y es fundamental para conocer el pensamiento de Pablo VI sobre este fenómeno característico de la Iglesia contemporánea, que llamamos Acción Católica.

La Acción Católica fue ya una pasión pastoral para el arzobispo Montini en sus años de Milán. Véase cómo hablaba entonces de este tema:

> Es importante tener muy clara la idea de la misión que la Acción Católica tiene dentro de la Iglesia y en la sociedad contemporánea.
>
> La Acción Católica, como todos saben, aunque no todos saquen de ello las debidas consecuencias, es un fenómeno característico del dinamismo de la Iglesia en nuestro tiempo. El que ame la vitalidad moderna de la Iglesia debe amar y promover la Acción Católica.
>
> La Acción Católica nace de una decidida voluntad de introducir con fuerza la vida cristiana en este inquieto, y a veces hostil, mundo moderno. Nace de abajo, esto es, del corazón del pueblo fiel, y encuentra acogida, guía, aprobación, en lo alto, es decir, en la Autoridad de la Iglesia. Surge para el apostolado exterior y se convierte inmediatamente en escuela de formación interior. Dirige todas sus energías a crear personalidades de carácter fuerte y distinguido; parece ser un movimiento de selectos, y tiende, al mismo tiempo, a generar corrientes colectivas, amplias y accesibles a todos; es decir, trata de ser fermento entre el pueblo. Se esfuerza en interpretar todo lo que hay de clásico y auténtico en la tradición secular de la Iglesia, y siente, a la vez, el afán de la actualidad, de lo moderno; el ansia de adelantarse a los acontecimientos. Se abstiene deliberadamente de ambiciones temporales y de las actuaciones más relacionadas o comprometidas con la vida pública, como la economía y la política; pero tiende audazmente a hacer que los principios cristianos y el sentido católico penetren en todas las manifestaciones de la vida privada y social.
>
> La Acción Católica es una feliz síntesis de libertad y de autoridad, porque a ella se asocian los que quieren, los que tienen la valentía de proyectar espontáneamente sobre la vida de los ideales cristianos; y, por otro lado, es algo que el Papa desea, recomienda y dirige. Proporciona vitalidad activa a los laicos, pero precisamente porque les liga más, con la obediencia y con el espíritu filial, a la misión de la Jerarquía. Se diversifica hasta el máximo en ramas, movimientos, secciones y grupos organizativos; pero aspira, con enorme fuerza interna, a la unidad: de pensamiento, de sentimiento, de acción. Quiere ser ejército, quiere ser

comunidad. Trabaja para la renovación de las estructuras sociales y para reavivar el sentido de la *Ecclesia.* Se puede decir que no tiene una espiritualidad propia, una genialidad propia, un estilo propio, porque se contenta, más aún, se gloría y recibe su fuerza de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la cual es totalmente. Renuncia, se podría decir, a devociones propias, para hacer suya, con humilde actitud de pueblo, la soberana liturgia de la Iglesia.

Todos combaten a la Acción Católica; pero todos la aprecian; sufre crisis internas y externas, a veces tremendas, pero luego encuentra en seguida, en su propia estructura interior, de la que se deriva su razón de ser, fuerzas e ideas nuevas; no sólo para sí, sino también para los demás.

Por eso, quien sepa descifrar los signos de los tiempos no puede dejar de estudiar con sumo interés este fenómeno.

Quien se preocupe de veras por la conservación y vitalidad del patrimonio espiritual de la comunidad, de la cual es responsable, debe fomentar y propagar la Acción Católica. Lo debe hacer también quien desee la renovación religiosa y moral de nuestra sociedad. Los que quieran que la vida cristiana tenga capacidad de conquista. Los que amen la obediencia, la concordia, la disciplina, la unidad de nuestras fuerzas; quien quiera dejar a sus sucesores una tradición permanente.

Para superar dudas y confianzas hacia esta forma príncipe de la actividad y organización católica es bueno observar cómo la idea, de la cual arranca la Acción Católica, está por encima de las personas que la guían y la componen, de los reglamentos que la modelan y rigen, de las actividades, con las cuales se desarrolla adquiriendo siempre nuevas experiencias, para permanecer victoriosa o decidida en su acción por encima de las propias imperfecciones y de cualquier posible decadencia...

Es necesario que la Acción Católica renueve su entusiasmo y sus propios ideales; es necesario que tome conciencia de sus funciones y de sus responsabilidades; es necesario que se arme cada día de más fe, de mayor audacia; que ponga en práctica nuevas iniciativas y que crezca en espíritu de amor y de sacrificio [347].

Muchos piensan, y los indicios son bien claros, que Pablo VI se distinguirá en la línea de sus antecesores, Pío XI, Pío XII y Juan XXIII, como «Papa de la Acción Católica».

Para dar a conocer su pensamiento sobre este tema la Acción Católica española ha publicado una interesante antología, de la que el secretario general de la misma, Miguel Benzo, ha sacado un precioso cuadro de pensamientos. Voy a transcribir aquí algunos de los más expresivos:

Nos deseamos que la Acción Católica viva y permanezca sustancialmente cual la autoridad y la sabiduría de nuestros venerados predece-

sores, en estos últimos decenios, la delinearon. Ella pertenece ya al diseño constitucional de la Iglesia.

Pedimos, ante todo, confianza en esta forma de apostolado de la Iglesia: no ha sido superada, no es sustituible, no está exhausta.

Vosotros sabéis cuánto apreciamos a la Acción Católica, ya en las profundas razones que la justifican y también la exigen en el momento histórico que actualmente atraviesa la Iglesia, ya en sus formas organizadas..., ya en sus diversas actividades..., ya, por último y principalmente, en el espíritu que la anima...

... Hoy día no puede concebirse ni conseguirse una plena eficacia pastoral sin la Acción Católica, tanto en su expresión primigenia, diocesana y parroquial, como en la de sus ramas especializadas y orientadas al apostolado del ambiente.

... Estaremos agradecidos a aquellos hijos de nuestro laicado que reconozcan en la Acción Católica la vía maestra para profesar adhesión a la Iglesia...

Nos deseamos que la Acción Católica adquiera nuevo vigor y logre nueva capacidad de atraer a ella almas generosas, espíritus jóvenes y fuertes, hombres y mujeres de pensamiento y de acción católica, ansiosos de ser escuchados y valorados para la vitalización cristiana de la sociedad moderna.

Es necesario que los seglares puedan considerar como obra propia la Acción Católica: no sólo destinada a ellos, sino también por ellos formada y promovida; ligada indudablemente a la Jerarquía eclesiástica; más aún: ordenada a prestarle obediencia y ayuda; pero capaz también de propias iniciativas y de propias responsabilidades, como conviene precisamente a un organismo que tiende a formar cristianos conscientes y adultos, y a dar a su multiforme expresión de vida católica el carácter de madurez y de fortaleza propios del fiel militante moderno [348].

Termino este capítulo con unas palabras del nuncio de Su Santidad en España, monseñor Antonio Riberi. Ellas, mejor que cualquier otro comentario, sirven de glosa al pensamiento del Papa.

«Una de las más grandes esperanzas que hoy alientan en nuestra Santa Iglesia es la incorporación del laicado, en número cada vez más crecido y en calidad continuamente mejorada, a los afanes apostólicos de la misma. Asistimos gozosos a la expansión y desarrollo de una luz cuya aurora nace en la misma conciencia de los que entienden bien la misión de la Iglesia en este mundo.

»No puede ser de otro modo. El Bautismo, la Confirmación y la Sagrada Eucaristía son sacramentos que reclaman, por parte de quien los recibe, una fiel y amorosa correspondencia a la vida divina de Cristo que ellos ofrecen. No se puede vivir el cristianismo sin sentir el acuciante deseo de que su riqueza llegue a los demás. No se puede pertenecer a la Iglesia y aislarse en el círculo egoísta de la propia vida, como si sólo para cada uno hubiera sido fundada. La Iglesia, como Cristo, habla y redime a cada uno de los hombres, y cada uno de ellos encuentra, en la doctrina y en la vida que ella da, su propia salvación. Pero ni la Iglesia al salvar a cada uno lo hace aislándole de los demás, ni el redimido por Cristo puede olvidarse de que la salvación de que se beneficia es para todos. Este es el fundamento de la Acción Católica y de toda contribución apostólica. La vida de Jesús, una vez asimilada por el creyente, pide difusión y exige amor a Dios y a los hombres...

»El Concilio Vaticano II, con solemnidad e insistencia justificadas por la propia naturaleza del asunto y por las graves necesidades espirituales que el mundo de hoy padece, se ocupa del apostolado de los seglares y formula explícitas declaraciones llenas de vigor doctrinal que significan un reconocimiento de la dignidad que como tales poseen, a la vez que constituyen una apremiante llamada a colaborar con la Iglesia en la difusión del reino de Dios en la tierra y el amor al Evangelio.

»Por su parte, nuestro amadísimo Pontífice, Su Santidad Pablo VI, desde que empezó a regir los destinos de la Iglesia, ha manifestado repetidamente su amor entrañable a la Acción Católica, su esperanza en los frutos que de ella pueden derivarse e incluso los altos objetivos a que debe apuntar.»

13. *La Iglesia de los pobres*

"Ecclesia Pauperum"

La expresión «Iglesia de los pobres» la consagró Juan XXIII en su famoso radiomensaje dirigido a todos los fieles del mundo, un mes antes de la inauguración del Concilio, 11 de septiembre de 1962: «La Iglesia se presenta como es y quiere ser: Iglesia de todos y especialmente *Iglesia de los pobres*» [349].

Las palabras del Sumo Pontífice se convirtieron en seguida en bandera de un movimiento que, a tono con la perenne tradición, tenía ya raíces muy profundas en la Iglesia de nuestro tiempo y que trató de abrirse rápidamente camino en el Concilio. Le favorecía apasionadamente el mismo papa Roncalli que, pobre y santo, llevaba en su vida la marca de un espíritu auténticamente evangélico: un estilo que intentó inocular a nuestro cristianismo y con el que consiguió, gallarda y sencillamente, ganarse a los hombres de hoy. No es necesario documentar ahora aquí algo que todos conocen y que constituye ya la aureola más bella que rodea la memoria de Juan XXIII.

Lo que sí hay que decir es que su ejemplo patente y sus palabras sinceras fueron maravillosamente captadas por los espíritus más finos de la Iglesia y tuvieron una influencia muy notable en el Concilio.

Fue el cardenal Lercaro quien, haciéndose intérprete de otros padres,

se constituyó en el «abogado de la Iglesia de los pobres», como le ha llamado Congar[350]. El arzobispo de Bolonia, que, desde el día de la entrada en su archidiócesis, ha convivido siempre en su sencillo palacio con un grupo de muchachos pobres, sabe muy bien lo que es visitar chabolas, conectar con el pueblo desheredado y evangelizar por medio de la palabra y el testimonio a la gente humilde. Por eso, con el prestigio que le daba su conocido espíritu y su experiencia en este campo, alzó la voz en la primera sesión del Vaticano II para hablar de la pobreza con acentos que dejaron honda impresión en la asamblea ecuménica.

La intervención del cardenal Lercaro tuvo lugar en la XXXV Congregación General e iba combinada con las que anteriormente habían tenido el primado de Bélgica y el entonces arzobispo de Milán, hoy Pablo VI.

«Insisto —comenzó diciendo el arzobispo de Bolonia— en lo que han afirmado los cardenales Suenens y Montini en torno a la finalidad del Concilio... y a la necesidad de elaborar una doctrina sobre la Iglesia capaz de llegar al fondo de la cuestión más allá de las líneas de orden jurídico... El Concilio debe proponer a los hombres de hoy el misterio íntimo de la Iglesia que es como el gran sacramento de Cristo, el Verbo de Dios revelándose, habitando, viviendo y trabajando entre los hombres. Yo quisiera que prestáramos más atención a la revelación de este misterio de Cristo en la Iglesia, que es un misterio no sólo permanente y esencial, sino, además, de la máxima actualidad histórica: me refiero al misterio de Cristo *entre los pobres*.»

El Concilio, la pobreza y los pobres de Jesús

Recuerdo todavía la emoción con que la asamblea ecuménica escuchó la intervención del cardenal Lercaro en la mañana del 6 de diciembre de 1962. Se cortaba el silencio en la atmósfera y, al terminar el cardenal de exponer sus ideas con esa palabra cálida que tiene, siempre impregnada de mística y de unción, de varios sectores salieron espontáneos aplausos cargados de respeto en señal de plena adhesión.

Todos los esquemas del Concilio —dijo en otro paso de su discurso el arzobispo de Bolonia—, «de acuerdo con la presente coyuntura histórica, deben tener en cuenta de una manera explícita y formalmente pro-

porcionada la revelación de este aspecto esencial y primordial del misterio de Cristo:

»— aspecto predicho por los profetas, como signo auténtico de la consagración mesiánica de Cristo;

»— aspecto proclamado por la Madre del Salvador en la Encarnación del Verbo;

»— aspecto puesto de manifiesto en el Nacimiento, la infancia, la vida privada y el ministerio público de Jesús;

»— aspecto que es la ley y el fundamento del reino de Dios;

»— aspecto que imprime su marca característica a toda efusión de gracia y a la vida de la Iglesia, desde la comunidad apostólica hasta las épocas de más intensa renovación interior y de mayor expansión exterior de la misma;

»— aspecto, finalmente, que será sancionado eternamente con la recompensa o el castigo, cuando el Hijo de Dios vuelva en su gloria al fin del mundo».

Por eso, «debemos reconocer y proclamar con tono solemne que nosotros no cumpliremos suficientemente nuestra misión, ni acogeremos con espíritu abierto el plan de Dios y la esperanza de los hombres, si no colocamos como centro y alma del trabajo doctrinal y legislativo de este Concilio el misterio de Cristo en los pobres y su evangelización. Se trata de un deber clarísimo, concreto y muy propio de nuestro tiempo,

»— época en la cual, con relación a otras, parece que los pobres son menos evangelizados y sus corazones se encuentran más alejados y se sienten más extraños al misterio de Cristo en la Iglesia;

»— época, sin embargo, en la que el espíritu humano investiga y escudriña, con interrogantes angustiosos y casi dramáticos, el misterio de la pobreza y la condición de los pobres, sea de cada individuo, sea también de los pueblos que viven en la miseria, y, a la vez, toma nueva conciencia de sus propios derechos;

»— época en que la pobreza de la mayoría (las dos terceras partes de la humanidad) sufre el insulto de las inmensas riquezas de una minoría, en que la pobreza inspira cada día mayor horror y en que se hace más insaciable la sed de riquezas del hombre carnal...

»Si en realidad la Iglesia es el tema de este Concilio se puede afirmar plenamente, sintonizando con la verdad evangélica y con la actual coyuntura del mundo, que el tema central del Vaticano II le constituye la Iglesia, sobre todo en cuanto que ella es *la Iglesia de los pobres*».

Palabra y testimonio de nuestros obispos

En sucesivas intervenciones, que tuvieron lugar en los últimos días del primer período conciliar y más en el segundo, numerosos padres se colocaron en la línea abierta por el cardenal Lercaro, aportando su total adhesión y sus ideas al movimiento en favor de la Iglesia de los pobres. Así, los obispos que han hablado dentro y fuera del aula de San Pedro sobre este evangélico tema han sido muy numerosos. No puedo citarlos todos, naturalmente. Por eso me referiré sólo a los que podríamos llamar campeones de esta idea o de su realización práctica.

Entre ellos hay que colocar en primer término al cardenal Gerlier, arzobispo de Lyón, con su obispo auxiliar, monseñor Ancel:

«Es indispensable —dice el primero— desprender a la Iglesia, que no quiere ser rica, de las apariencias de riqueza. Es necesario que la Iglesia se muestre tal cual es: la Madre de los pobres, preocupada por dar, ante todo, el pan corporal y el pan espiritual a sus hijos, como lo afirmaba Juan XXIII el 11 de septiembre de 1962: 'La Iglesia es y quiere ser la Iglesia de todos y particularmente la Iglesia de los pobres'. Debe orientar a aquellos que disponen de lo necesario a preocuparse por proporcionarlo a quienes todavía no lo tienen. Los obispos debemos hacer de manera que el problema de la evangelización de los pobres, del apostolado en el ambiente obrero, se sitúe en el centro de nuestras preocupaciones conciliares. El actual Concilio debe ser la ocasión de afirmarlo».

Y monseñor Ancel, el obispo obrero, que precisamente este año ha publicado su interesante libro *Mis cinco años de obrero,* dedicado a todos los sacerdotes que sientan la inquietud de darse a la evangelización del mundo pobre, nos dice:

«El apostolado cerca del mundo obrero me parece totalmente necesario para situarnos acertadamente en la misión del Evangelio. Hay que fijar bien la atención en lo que dice el Evangelio acerca de Jesucristo: 'El Espíritu de Dios está sobre mí para evangelizar a los pobres'. Y en otras circunstancias el mismo Jesús declara como señal de su misión la evangelización de los pobres; cuando los discípulos de Juan vinieron a preguntarle si era el Mesías, dijo: 'Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan y los pobres son evangelizados'.

»Por consiguiente, la Iglesia, que es la Iglesia de Cristo, debe tener un cuidado primordial por la evangelización de los pobres. Además, la



17. El Papa entra en una casa pobre de Jerusalén para visitar a un paralítico.

Iglesia ve que muchos hombres en muchas naciones están sometidos a condiciones de vida injustas; es decir, situaciones humanas que no están de acuerdo con lo que la Iglesia ha venido enseñando desde la encíclica *Rerum novarum* hasta la *Mater et magistra* de Juan XXIII.

»Es, pues, normal que la Iglesia, en el cumplimiento de su misión, se preocupe de las necesidades e inquietudes de los obreros buscándoles una vida digna de su condición de hombres y de hijos de Dios.

»Y, en fin, ¿qué pasaría si la Iglesia no se preocupase con sinceridad de los obreros? Pues que ellos creerían que la Iglesia es incapaz de dar una solución a sus problemas e irían a otros hombres que quizá pudiesen librarlos de la injusticia, pero que no los llevaría a la luz de Cristo.

»De donde se deduce clara la necesidad del apostolado cerca de los obreros si queremos salvarlos de desviaciones que resultarían funestas.

»El Concilio está hablando también de la Iglesia de los pobres. Esto quiere decir que se habla de la pobreza en la Iglesia. Es, en efecto, el mismo Cristo el que debe continuar su redención en el mundo y lo hace por medio de la Iglesia. En este sentido se debe hablar de la pobreza en la Iglesia, pues hay que reconocer que esto ha estado olvidado durante mucho tiempo. La Iglesia desea poner un cuidado especialísimo en los pobres».

Así hablan dos obispos colocados en el corazón de Europa. De Oriente nos llega la voz del patriarca Maximos IV, jefe espiritual de una comunidad cristiana que vive la pobreza de los pueblos árabes: «La Iglesia y los pobres: por todas partes hay algo que hacer para que la Iglesia sea de verdad la Iglesia de todos, y, particularmente, la Iglesia de los pobres... La pobreza es una cuestión de vida o muerte para la Iglesia; sin ella perderá el mundo obrero. Ya que lo más grave es que la población obrera, sobre todo en determinadas regiones de Europa occidental, se aleja de la Iglesia. No se trata tanto de ricos y pobres, sino de los obreros, que son la fuerza viva del mundo actual. De todo corazón estoy al lado de quienes caminan en esta dirección. Si algo se decide, seré el primero en hacerlo, en sacrificar lo poco que tengo. Se trata de renovar el espíritu, no de la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, sino de los eclesiásticos... que no todos son santos. Pido a Dios gracias y bendiciones para el bien de la Iglesia y de su pueblo».

Junto al testimonio del patriarca melquita podríamos poner el de un obispo de su patriarcado, monseñor Hakin, de Akka, que tiene bajo su jurisdicción la comunidad cristiana pobre de Nazaret. Y el de otro obispo que también trabaja y da testimonio en medio de la pobreza árabe: monseñor Mercier, de Sahara (Laghouat).

Y de América nos llega la voz de uno de esos sencillos obispos «de báculo y pectoral de madera», monseñor Iriarte, de Reconquista: «Cuán difícil se nos hace a nosotros, pobres obispos de la Iglesia de Cristo en el siglo XX, lograr introducir este mensaje que, debido a su origen, está impregnado de la pobreza de la Encarnación y de la Cruz, predicado por un obrero que vivía sin disponer tan siquiera de una madriguera como los zorros, que lavaba los pies desnudos de aquellos a quienes llamaba sus 'amigos', que se expresaba en el lenguaje familiar de la dracma extraviada; mensaje destinado hoy día a hombres de un proletariado austero, en el cual encontramos un sesenta y cinco por ciento de obreros que pasa hambre, muchos que viven en chabolas, barracas, bidones-hogar. Entre ellos se llaman 'camaradas' y están acostumbrados al lenguaje incisivo y directo de sus *leaders,* igual que a la sobriedad de las líneas de sus rascacielos, de sus *jeeps* y del *schort* que visten sus jefes militares para pasar revista; mientras nosotros hemos de explicarles el mensaje de Cristo desde lo alto de los mármoles de nuestros altares y de nuestros palacios episcopales, en medio del incomprensible barroco de nuestras misas de pontifical, con sus extraños bailes de mitras, con las más raras perífrasis de nuestro lenguaje eclesiástico y presentándonos, por otra parte, ante el pueblo revestidos de morado en un coche último modelo o un vagón de primera clase, mientras este pueblo viene a recibirnos llamándonos 'excelencia reverendísima' y doblando la rodilla para besar la piedra de nuestro anillo.

»¡Liberarse de todas estas toneladas de historia y costumbres no es fácil!»

Los textos podrían multiplicarse y más los testimonios. Sería bueno hablar de monseñor Thangalathil, obispo indio proviniente de una familia comunista, que lleva una vida de pobreza extrema en Trivandrum, habitando en una humilde residencia con la gente que no tiene ni casa ni pan. O de monseñor Botero Salazar, obispo de Medellín, en Colombia, que desde hace tiempo abandonó su palacio episcopal para ponerle a disposición de los pobres. Habría que citar también al campeón de la pobreza y del apostolado con los pobres en Brasil, actualmente arzobispo de Olinda y Recife, monseñor Helder Pessôa Câmara. Al cardenal que maneja más dólares para las obras de caridad del mundo entero y que vive, sin embargo, probremente: Richard James Cushing, arzobispo de Boston. Al cardenal africano Laurean Rugambwa, que en Roma usa la púrpura y en su pobrísima diócesis de Bukoba convive con la gente más desheredada. O al cardenal Léger, que se le va el corazón tras las leproserías de Africa, donde se ha pasado largas temporadas sirviendo y dan-

do testimonio a los enfermos. El cardenal Gracias prepara en Bombay, para finales de año, el Congreso Eucarístico Internacional de los Pobres. Y en España, monseñor Morcillo se ha presentado en su nueva archidiócesis de Madrid como el «arzobispo de los suburbios»; en su discurso de entrada dijo estas palabras: «Nos ha enviado el Señor a evangelizar a los pobres y no podemos traicionar al Evangelio. Evangelizar a los pobres no es sembrar y cultivar en ellos la simiente del odio, sino dotarles de los medios necesarios para su elevación espiritual y cristiana, para su formación cultural y para su bienestar material».

El padre Häring, en una charla dada recientemente en Roma, ha dicho que «este movimiento en torno a la Iglesia de los pobres, ya muy fuerte en el Concilio, ha de crecer aún más al compás del próximo debate sobre el esquema relativo a la presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno». Como es sabido, el citado padre redentorista, autor del famoso libro *La Ley de Cristo,* es el secretario de la subcomisión encargada de preparar dicho esquema. «Hay que pedir al Señor —sigo citando a Häring— que ilumine a los teólogos para que encuentren sobre este tema de la pobreza la expresión clara del espíritu de Cristo y que dé a todos los obispos y sacerdotes la disposición y el acierto de llevar a la práctica este espíritu que exige tanto sacrificio». Se trata de una idea-fuerza que resulta punto fundamental del mensaje evangélico, porque es reflejo del más grande amor, y constituye una esperanza inconmensurable para la Iglesia de los tiempos nuevos [351].

El papa Montini y los pobres

Con su *slogan Ecclesia pauperum,* expresión de la economía del Evangelio, «Juan XXIII ha dado al Concilio Ecuménico un tema colosal de meditación y reforma». Así se expresaba el actual Papa, siendo todavía arzobispo de Milán, en una carta pastoral escrita en la Cuaresma del año 1963. En este documento sobre «el cristianismo y el bienestar social», el cardenal Montini recogió, para darlas realce y proyección hacia el mundo moderno, las ideas de este movimiento conciliar en favor de la Iglesia de los pobres. Así, nos habló de

> la pobreza, como primera bienaventuranza del reino de los cielos, en la cual se funda el espíritu religioso del cristianismo... y que por eso jamás podrá resultar anacrónica para nosotros los modernos, o absurda para quienes se sepan especialistas en nociones sociológicas o económicas...

> Es que el misterio de la pobreza constituye el gran designio de la Redención, misterio de Amor, que se da, se entrega, se prodiga, manifestándose al mundo pobre y vacío de todo bien terreno... De forma que la pobreza es la divisa de Cristo y de sus discípulos, si es que quieren imitarle, representarle auténticamente y predicarle. Los pobres serán los primeros en el reino de Dios y la sociedad de Cristo no puede fundarse sobre el fasto, la potencia, la confianza en los bienes temporales, sino en el vacío real de la pobreza.

Hablando en una ocasión a sus sacerdotes el cardenal Montini se refirió a la famosa intervención del arzobispo de Bolonia, que vengo citando en este capítulo, y la comentó en los siguientes términos:

> El cardenal Lercaro ha hecho en el Concilio una bellísima afirmación sobre la *Ecclesia pauperum*: La Iglesia debe tomar conciencia de que es el instrumento de la Redención divina obrada por Cristo en el mundo; debe sentirse pobre... Lo original en esta afirmación es que esto es algo constitucional, esencial [a la Iglesia]; algo que no se puede olvidar, que no es cosa secundaria, sino que forma parte de la esencia del mecanismo espiritual que Jesús ha creado para salvar a los hombres. La primera bienaventuranza —Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos— tiene profunda repercusión en las almas, especialmente en las de los que se convierten en los más cercanos discípulos de Cristo, sus ministros. Así, pues, es necesario que nuestras esperanzas no se funden sobre los bienes materiales, que en sí son también cosas de Dios, pero que el Señor no los ha constituido en necesidad indispensable para su reino. Seremos tanto más eficientes, espiritualmente, cuanto menos lo intentemos ser humanamente. Seremos tanto más eficientes en sentido evangélico cuanto menos lo seamos por cálculo económico, financiario, exterior, temporal. No es que el pan no sea necesario, no es que la moneda no sea vehículo de bondad y de caridad, de limosna; no es que nosotros tengamos que rechazar y maldecir los bienes temporales como cosas que no pueden ser ordenadas al servicio de Dios; pero es necesario que nuestros corazones estén libres, que no se vean sujetos a esta sensible esclavitud. El Señor nos ha enseñado su lema: *Egenus factus est cum esset dives.*

Todas estas ideas que encontramos repetidas en los escritos del cardenal Montini han vuelto a aparecer con nuevo vigor en sus palabras de Pontífice. Así, siguiendo la línea de Juan XXIII, Pablo VI, en su discurso programático para la segunda sesión del Vaticano II, fijó también su atención en los pobres:

> A determinadas categorías de personas mira con especial interés la Iglesia desde la ventana del Concilio abierta de par en par hacia el mundo: *mira a los pobres,* a los necesitados, a los afligidos, a los hambrientos, a los enfermos, a los encarcelados; es decir, fija su mirada en toda la humanidad que sufre y llora; ésta la pertenece por derecho evangélico: y así la Iglesia se complace en repetir a cuantos la forman: Venid a mí todos.

De Pablo VI podemos decir que ha sublimado esta idea central del Concilio, este perenne afán de la Iglesia, al realizar en Palestina el encuentro real y directo con los pobres de Jesús. Fue éste uno de los objetivos bien logrados del viaje del Papa a Tierra Santa. Algo que ha dejado huellas evidentes en el camino de la cristiandad. Un testimonio que el papa Montini continúa repitiendo con sus palabras y sus gestos cuando en Roma visita los hospitales, las cárceles y las parroquias de suburbios, llegando hasta las casas de los pobres y entrando en ellas como ha hecho en alguna ocasión. Un Papa que en el Vaticano, perfumado aún por la pobreza de Juan XXIII, lleva una vida sencilla y austera[352].

La pobreza en la Iglesia, plan de reforma

El cardenal Lercaro, en su famosa intervención ante la asamblea ecuménica para pedir que el Concilio se fijase en la Iglesia de los pobres, hizo notar expresamente que no se trataba de agregar un nuevo esquema al conjunto ya demasiado abundante de los que figuran en la agenda conciliar. Se trata, por el contrario, de hacer que este misterio de la pobreza de Cristo y su afición por los pobres, así como sus enseñanzas evangélicas sobre este punto, den sabor y derramen luz sobre todos los esquemas del Vaticano II, «para dar así satisfacción y no defraudar las más verdaderas y profundas exigencias de nuestro tiempo, incluida la esperanza de favorecer la unidad de todos los cristianos».

Según esto, los documentos doctrinales del Vaticano II, que tratan sobre la Iglesia, deberán «dar no solamente un cierto lugar, sino el lugar principal, por así decirlo, a la elaboración de la doctrina evangélica de la santa pobreza de Cristo en la Iglesia, poniendo de relieve el plan divino que eligió la pobreza como signo y como forma». Se puede decir que «es grande

en Cristo y en la Iglesia este sacramento» de la presencia y del poder salvador del Verbo encarnado entre los hombres. «De la misma manera se ha de dar prioridad a la elaboración de la doctrina evangélica sobre la eminente dignidad de los pobres, como miembros privilegiados de la Iglesia, ya que es preferentemente en estos miembros en los que el Verbo de Dios ha ocultado su gloria hasta el fin del mundo. De forma que en los esquemas encuentre su lugar y sea puesta de relieve la conexión ontológica entre la presencia de Cristo en los pobres y las otras dos profundas realidades del misterio de Cristo en la Iglesia, a saber, la presencia de Cristo en la acción eucarística, mediante la cual la Iglesia se unifica y se constituye, y la presencia de Cristo en la sagrada Jerarquía que instruye y gobierna a la Iglesia».

Los párrafos entre comillas son del mismo cardenal Lercaro, que, juntamente con los ya citados monseñores Ancel y Hakin, sirviéndose de la colaboración de los padres Congar, Gauthier y otros, han elaborado, por expreso encargo de Pablo VI, el artículo o puntos acerca de la *Ecclesia pauperum* para el nuevo texto de la constitución sobre la Iglesia. Se puede notar aquí de paso que el mariólogo R. Laurentin, perito conciliar, propuso hace tiempo que en el capítulo dedicado a la Virgen, que lleva el esquema *de Ecclesia,* se presente a nuestra Señora como ejemplo —*typus*— de los pobres de Yavé.

Todas estas ideas, que forman lo que podríamos llamar la «teología de la pobreza», tendrán, además, su adecuada proyección doctrinal, con acusadas referencias a la realidad concreta del mundo actual, en el esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo, donde se habla de las masas obreras, de la explosión demográfica, del problema del hambre, de los pueblos en vías de desarrollo, etcétera.

Además, «en todos los esquemas sobre la reforma de las instituciones eclesiásticas y los métodos de evangelización —decía también el cardenal Lercaro— ha de encontrar su lugar y su puesto de relieve la conexión histórica entre el reconocimiento leal y práctico de la eminente dignidad de los pobres en el reino de Dios y en la Iglesia, por un lado, y nuestra capacidad para discernir los obstáculos, las posibilidades y los métodos de reajuste de las instituciones eclesiásticas, por otro». Es decir, que la reforma de las personas y estructuras de la Iglesia han de realizarse teniendo presente la doctrina y ejemplo de Cristo sobre la pobreza y la orientación en este sentido que quiso el Señor dar a su Iglesia.

Aquí los ejemplos y aplicaciones prácticas que podrían indicarse son numerosos.

Pablo VI ha hablado bien claramente de la reforma de la corte pontificia, que perderá, sin duda alguna, su aire triunfalista y el esplendor que arrastra de tiempos trasnochados. Tema éste del que me he ocupado ya en otro capítulo.

El cardenal Léger, hablando en el Concilio el 7 de octubre de 1963, dijo que el esquema *de Ecclesia,* al tratar de los obispos, debería poner de relieve «el concepto de servicio a los pobres y humildes, cosa que debe aparecer claramente en la acción pastoral». Y a este propósito hizo notar que ciertos títulos, privilegios o cargos temporales y esplendores externos están en contraste con el testimonio de pobreza. Son cosas propias de otros tiempos que no van con la mentalidad moderna y pueden dañar en el ejercicio del ministerio. Sobre esta misma idea, que expuso ya en la primera sesión del Concilio el cardenal Suenens, han insistido en el aula ecuménica varios padres, entre ellos el yugoslavo monseñor Franic, obispo de Split.

Y fuera de la sala conciliar algunos han hablado con expresiones muy claras. Véase, por ejemplo, lo que dice el ya citado monseñor Mercier: «Muchos obispos han adoptado ya la pobreza en sus vestiduras. ¿Por qué no ir más allá y seguir al pie de la letra el texto del Evangelio?: Ni oro, ni plata, encima de uno, en las insignias de la dignidad episcopal, que deberían ser de metal ordinario. La supresión de calificativos mundanos y honoríficos otorgados a los obispos sería también un testimonio más auténtico de su espíritu de pobreza. ¿Por qué no devolverles el título que es la expresión de su primer carácter, la paternidad espiritual: Padre? ¿No dijo San Pedro: 'Apacentad la grey de Dios... No como dominando despóticamente...'? (I, *Pedro,* 5, 3).

»¿Por qué mantener todavía, fuera de la Iglesia, la genuflexión como signo de respeto particular? Y pueden sugerirse aún otras simplificaciones en los ornamentos litúrgicos, en el tren de vida, etcétera. Desde luego, nada es demasiado bello para la liturgia, pero la liturgia no puede legitimar la apariencia de riqueza en la vida personal.

»El Papa acaba de recordar a las religiosas del mundo entero, en vísperas del Vaticano II (7 de julio de 1962), que la pobreza se concilia mal con la 'ostentación en la construcción e instalaciones que, en ciertos casos, ha suscitado comentarios poco favorables'. ¿Por qué las misiones y diócesis no vigilan con más cuidado para mantener sus edificios destinados a sus obras

y, sobre todo, sus habitaciones dentro de las normas de un confort sin afectación y sin cosas superfluas? Obispos de vanguardia han llegado incluso a optar por humildes moradas en distritos pobres a fin de transformar en escuelas sus palacios episcopales. ¡Cuán bello sería ver contagiarse tan magnífico ejemplo!

»Los instrumentos del trabajo moderno son indispensables para llevar a cabo con mayor rapidez tareas agobiantes de apostolado, incluyendo las cuentas corrientes bancarias. Pero ¡he ahí todavía otro inmenso campo abierto al espíritu de pobreza por la elección voluntaria, por ejemplo, en lo que se refiere a los medios de transporte, de un coche utilitario y nunca un coche de lujo, sea cual sea el cargo que se ostente!

»El Concilio Vaticano II es el primero que se encuentra con la Iglesia ya pobre, sin Estado temporal, sin poder político para su papado, pero más esplendorosa y considerada que nunca. La corporación episcopal ¿no debería tomar la iniciativa de un despojo voluntario de lo que aún queda en cuanto a signos exteriores de riqueza y de un poder temporal ya felizmente superado? Nada podría ser más eficaz para demostrar al mundo la verdadera naturaleza del reino y de la Iglesia. Para toda la Iglesia serían innumerables los beneficios espirituales con que la colmaría el Espíritu Santo, si apareciese de esta manera pobre, conforme a la primera bienaventuranza. De una pobreza efectiva recuperada manaría una humildad que la haría infinitamente más disponible a las mociones del Espíritu Santo, más abierta a las gestiones de la unidad, más acogedora a los sufrimientos del mundo y más generosa al servicio de los pobres y de la paz entre los hombres» [353].

El esquema *De sacerdotibus,* del que han sido sacadas las proposiciones generales referentes al clero, que van a ser presentadas a la próxima sesión conciliar, habla del «ejemplo de austeridad cristiana que están llamados a dar los sacerdotes, de forma que aparezcan pobres de espíritu, no sólo para propia santificación, sino también para realizar más fácilmente la evangelización de los pobres», y es interesante notar que este esquema pone en crisis el sistema beneficial eclesiástico que poco se adapta a esta mentalidad nueva de servicio y renuncia.

Es necesario «abandonar —cito de nuevo al cardenal Lercaro— ciertas instituciones del pasado, desprovistas de utilidad y que obstruyen el trabajo apostólico libre y generoso». Es evidente que se impone por parte de la Iglesia una «limitación en el uso de los medios materiales, sobre todo, de aquellos que comportan por sí mismos una menor apariencia de pobreza, de acuerdo con las palabras de Pedro: 'No tengo oro ni plata, pero lo que

tengo te lo doy'». Se va también hacia la «presentación de un nuevo estilo o 'etiqueta' de los obispos, a fin de no herir la sensibilidad de los hombres de hoy y no dar a los pobres una ocasión de escándalo, apareciendo como ricos, aunque muchas veces seamos pobres».

Monseñor Huyghe, obispo de Arras, a propósito de todo esto hace el siguiente comentario: «Aunque soy obispo, no puedo simplificarlo todo de la noche a la mañana, pero debo continuar planteándome preguntas sobre las vestiduras que la costumbre hace que vista en las ceremonias litúrgicas o en cualquier otra parte, sobre las señales honoríficas que se me rinden en el transcurso de los oficios y en la vida diaria...

»¿Debo deciros también que no me es posible dejar de plantearme el problema de las distinciones honoríficas diocesanas? Para el próximo Saint-Vaast nombraremos canónigos, pero sé que un determinado número de sacerdotes de la diócesis desean de todo corazón ver llegar el día en que la mayoría del clero se inclinará a favor del abandono de una costumbre que sólo se remonta al siglo XIX y que tiene mucho más de espíritu mundano que del Espíritu de Cristo.

»Sacerdotes, hemos de plantearnos, por ejemplo, el problema de la decoración de nuestros templos. San Juan Crisóstomo vendió en diversas ocasiones objetos sagrados para socorrer a los pobres... No se trata de imitarle literalmente, pero no debemos apresurarnos a decir que nada es bastante hermoso ni bastante caro para la gloria de Dios, mientras de cada tres hombres dos mueren de hambre» [354].

«La fidelidad a la santa pobreza, no solamente individual, sino también comunitaria, por parte de las órdenes y congregaciones religiosas», en frase del cardenal Lercaro, es otro de los puntos de reforma que ha de plantear el Concilio.

Sobre este particular ha dado ya orientaciones muy significativas Pablo VI en su alocución del 24 de mayo a los capítulos generales de órdenes y congregaciones religiosas:

> No dejéis de cultivar el amor a la pobreza, de la que tanto se habla hoy en la Iglesia. Los religiosos deben resplandecer ante los demás por su ejemplo de auténtica pobreza evangélica. Es, por lo mismo, necesario que amen la pobreza, a la cual libremente se obligan. Y no basta, por lo que hace al uso de los bienes, la dependencia de la voluntad de los superiores; los religiosos han de contentarse con lo necesario y huir de la comodidad y de los gustos que enervan la vida religiosa.
>
> Además de cuidar la pobreza individual no hay que transcurar la

> pobreza colectiva con la cual debe resplandecer la *familia religiosa*, es decir, *el entero cuerpo comunitario*. Huyan, por tanto, los institutos religiosos, en los edificios y en todas sus obras, de una excesiva elegancia, de ornamentos llamativos y de cuanto sabe a lujo; y tengan siempre en cuenta el nivel social del ambiente. Se abstengan también del excesivo afán de ganar; más aún: con los medios que les ha proporcionado la Divina Provindencia socorran las reales necesidades de los hermanos indigentes, bien que se trate de coterráneos o de los que están en otras regiones del mundo.

No se puede hablar más claro a los religiosos y a las religiosas en esta línea o espíritu que sopla actualmente por la cristiandad.

También para los laicos la Iglesia de los pobres y la pobreza evangélica encierran un mensaje que el Vaticano II pondrá de relieve en sus esquemas. Así, para todos se abrirá un camino por el que la Iglesia llegará con más facilidad y eficacia al corazón de la humanidad, saciando las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo y realizando la misión que Jesús le confió.

En los puntos anteriores tenemos señalado por el Papa y los obispos un amplio plan de reforma eclesial que, como advierte el mismo cardenal Lercaro, «habrá que aplicar, claro está, con inteligencia y moderación, pero sin ninguna clase de timidez o compromiso».

Es necesario —terminó diciendo el arzobispo de Bolonia en su famosa intervención conciliar que ha servido de nervio a este capítulo— «que nos mostremos dóciles al plan de la Providencia Divina, afirmando y reivindicando la primacía de la evangelización de los pobres; así, no será difícil, con la ayuda del Espíritu Santo y la protección de María, Madre de Dios, encontrar un método auténtico de presentación integral para todos los problemas, tanto doctrinales como prácticos, sin ninguna reticencia o atenuación del eterno e inmutable Evangelio de Dios. Y también podremos proponerlo de tal manera que congregue más fácilmente en la unidad a toda la familia cristiana, así como el Padre y Cristo son uno. Este Evangelio llegará de esta forma más profundamente a los corazones, y la esperanza de todos los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres, se verá colmada en la Iglesia de Cristo, 'el cual, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos' con su gracia y con su gloria».

Este capítulo está todo él construido con textos de los padres conciliares. Mis palabras o comentarios en este caso tendrían poco valor; por eso

he dejado hablar al Papa y a los obispos. Los testimonios no pueden ser más claros y exigentes.

Termino diciendo, con el cardenal Liénart, que «la Iglesia debe volver a encontrar un aspecto que los siglos han esfumado un poco: el semblante de la pobreza. Recordando que los apóstoles eran tan sólo modestos pescadores de Galilea y que el mismo Señor quiso vivir en la pobreza, se esforzará en ser más plenamente fiel a este ideal» [355].

14. Presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno

El Concilio avanza hacia su "tierra prometida"

La «tierra prometida del Concilio» ha llamado Congar al esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo actual. Se trata del documento más famoso y sensacional de todos los que el Vaticano II tiene en su programa. Por eso, hacia este esquema convergen desde hace tiempo las más cuidadosas atenciones de los padres y peritos conciliares, que trabajan intensamente de cara a la tercera sesión del Sínodo Ecuménico. En ella será presentado y discutido este esquema que quiere abrir de par en par las puertas de la Iglesia a los hombres de nuestro tiempo. Justamente se le llama así «tierra de promisión», ya que constituye para muchos una esperanza, la esperanza de un encuentro, con miras a un diálogo definitivo, entre la Iglesia y el mundo moderno.

El citado padre Congar ha sintetizado así en uno de sus artículos el momento eclesial que la cristiandad está viviendo con ocasión del Concilio:

«Los obispos, reuniéndose y escuchándose mutuamente, han adquirido una conciencia nueva de lo que es la Iglesia y del puesto o función que ellos desempeñan en la misma. La Iglesia se ha colocado en el terreno del diálogo. En lugar de una visión excesivamente jurídica de la Iglesia, concebida como una organización jerárquica, cosa que es real y auténtica, pero insufi-

ciente, el Concilio nos está dando una visión de la Iglesia como *pueblo de Dios*. Esto es importantísimo y va a traer consigo notables consecuencias. Desde ahora en adelante tendremos una Iglesia concebida de un modo más espiritual, sin dejar de ser por ello menos jurídica y perfecta en su organización. Será una Iglesia mucho más activa. No será *del* mundo, sino *para* el mundo. Una Iglesia claramente abierta a los problemas de los hombres.

»El trabajo que se realizó en los dos meses de la segunda sesión conciliar fue verdaderamente colosal; nunca pensé que se hubiera podido caminar con tanta agilidad. Pero no se han considerado aún las relaciones de la Iglesia con el mundo. Sólo cuando se haya estudiado este tema se podrá realizar la renovación concreta que el Papa ha señalado como fin del Concilio. Las líneas de la reforma aparecerán, sobre todo, en el esquema *De Ecclesiae praesentia et actione in mundo hodierno*. Es de esperar que cuando se delibere sobre este tema vengan a la tercera sesión del Concilio indios y chinos, americanos y africanos, hombres y mujeres de todas las naciones, para hacer un balance completo sobre la situación de la Iglesia en el mundo» [356].

Como se ve, el padre Congar suelta aquí su imaginación eclesial, vibrando, como tantos otros, de emoción y de ilusión ante el panorama que abre a la próxima etapa del Concilio el estudio y debate sobre el esquema que trata de exponer la posición de la Iglesia ante los problemas de los hombres modernos. Por ser éste uno de los documentos más interesantes y de más difícil elaboración en el desarrollo del Vaticano II interesa que contemos rápidamente su historial, para mejor comprender luego su importancia y alcance.

Historia del esquema más llamativo del Concilio

Durante la pasada sesión del Vaticano II muchos padres pidieron insistentemente que en el próximo período del Concilio se estudie el famoso esquema titulado *De Ecclesiae praesentia et actione in mundo hodierno*. El cardenal Gracias, arzobispo de Bombay, fue uno de los que más se distinguió insistiendo en esta petición. La última vez que habló, día 26 de noviembre, en la LXXV Congregación General, según el comunicado de la oficina de prensa del Concilio, dijo, entre otras cosas, lo siguiente: «La realidad social de nuestro tiempo es muy dura y nosotros no hemos olvidado las enseñanzas de los papas. Pablo VI, cuando era arzobispo de Milán,

habló de los pobres con mucha fuerza diciendo que son la imagen y el sacramento vivo de Cristo. Debemos acomodarnos a la mentalidad del Papa y actuar con urgencia proyectando nuestra acción hacia todos los campos de la vida social en colaboración con los demás cristianos. *Es necesario que en la próxima etapa del Concilio se discuta la constitución sobre la presencia de la Iglesia en el mundo.* Se trata de un esquema importantísimo que ha de tener una proyección inmensa sobre la situación actual de la humanidad. La Iglesia ha de dar ante el mundo de hoy testimonio de pobreza y debe interesarse ansiosamente por los pobres creando la familia de Dios en torno a la Eucaristía».

La historia del esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo actual es larga y trabajosa. La idea de hacer una constitución especial sobre los problemas más explosivos de nuestra era fue cuajando durante la primera sesión, como fruto de algunas propuestas hechas por diversos padres. Los que más insistieron en este punto fueron tal vez el arzobispo auxiliar de Río de Janeiro, monseñor Helder Pessôa Câmara, y, sobre todo, el cardenal Suenens, primado de Bélgica, el cual se encargó luego de trazar el plan general del esquema, cuando la Comisión Coordinadora decidió que este tema formase texto aparte.

Una comisión mixta preparó, en la primavera de 1963, un proyecto de constitución que fue examinado por numerosos padres y peritos. El texto había sido elaborado antes de la aparición de la encíclica *Pacem in terris* y fue después retocado y perfeccionado teniendo en cuenta los avances de este importante documento de Juan XXIII. El nuevo esquema, titulado *De praesentia efficaci Ecclesiae in mundo hodierno,* constaba de un proemio y seis capítulos, que con sus respectivas notas ocupaban sesenta y seis folios grandes a máquina. La Comisión Coordinadora juzgó demasiado largo este texto, que, por otro lado, resultaba muy valioso, y ordenó que se redujera bajo la dirección del cardenal Suenens. Este insigne arzobispo, que desde un principio se ha venido interesando mucho por esta constitución, presentó en el mes de septiembre un nuevo texto que consideraba provisional y que por eso titulaba *Adumbratio schematis XVII de activa praesentia Ecclesiae in mundo aedificando.* Toda la materia aparecía aquí compendiada en tres capítulos con una extensión de veinte folios.

El largo esquema de la comisión mixta, juntamente con el borrador del cardenal Suenens, fue distribuido en los últimos días del mes de noviembre de 1963 a los miembros de la Comisión Teológica. Estos estudiaron a fondo el problema y, en una reunión celebrada el 29 del citado mes, con la

participación de algunos padres de la Comisión para el Apostolado de los Seglares, después de oir el parecer de numerosos expertos y de algunos *auditores* laicos del Concilio, se decidió hacer un nuevo esquema breve, que servirá de texto para la discusión en las Congregaciones Generales y que llevará como apéndice los capítulos completos y perfeccionados del primitivo esquema largo.

Para realizar este trabajo se constituyó una subcomisión, presidida por monseñor Guano, obispo de Livorno, y por monseñor Ancel, auxiliar de Lyón, y compuesta, además, por los obispos John Wright, de Pittsburgh (Estados Unidos); Joseph Blomjous, de Mwanza (Tanganyka); Joseph Schröffer, de Eichstätt (Alemania); Franz Hengsbach, de Essen (Alemania); Jacques Ménager, de Meaux (Francia), y Marcos McGrath, entonces vicario capitular de Panamá. Se nombró secretario al redentorista alemán padre Häring y se designaron como colaboradores a especialistas escogidos entre los peritos conciliares y algunos distinguidos laicos de las organizaciones católicas internacionales.

Los miembros de la comisión tuvieron un cambio de impresiones en Roma, antes de terminar la segunda etapa del Concilio, y celebraron luego una reunión en Zurich del 1 al 4 de febrero de 1964. Este encuentro fue importante y de trascendencia para la historia del esquema, ya que la comisión trazó en Zurich orientaciones concretas para la redacción de un nuevo texto y encargó esta difícil tarea a cuatro distinguidos especialistas: el ya citado padre Häring, profesor de Teología moral y autor del famoso libro *La Ley de Cristo;* el padre Sigmond, O. P., rector y profesor de Sociología en la Universidad de Santo Tomás, de Roma; el jesuita padre Tucci, periodista, director de *La Civiltà Cattolica,* y el padre Riedmatten, también dominico, que trabaja en Lausana como consejero eclesiástico de la oficina de información de las organizaciones internacionales católicas.

En el mes de marzo el nuevo proyecto fue discutido en una reunión plenaria de los miembros de la Comisión Teológica y del Apostolado de los Laicos, en la que participaron unos sesenta obispos y cerca de cuarenta peritos. Se formaron varias subcomisiones y, con la colaboración de algunos auditores laicos y de otros distinguidos seglares del campo católico, que aportaron sus ideas y su visión real de las cosas, se perfiló notablemente el texto en todas sus partes. El nuevo esquema fue estudiado y debatido otra vez en la reunión plenaria de junio. Después pasó a la Comisión Coordinadora y fue más tarde enviado a los obispos con el fin de que le estudien a fondo y preparen sus observaciones con miras al debate que tendrá lugar en el aula conciliar [357].

Estructura del esquema

Monseñor Guano, que ha dirigido los trabajos de la comisión encargada de redactar el último texto del esquema, explicando la estructura del mismo, en unas declaraciones para la prensa, hizo en el mes de marzo de 1964 las siguientes observaciones:

«Nuestra tarea ha consistido en elaborar los principios que regulan las relaciones de la Iglesia con el mundo. Se trata de definir la posición de la Iglesia frente a los problemas de la sociedad actual en el cuadro de la evolución progresiva de la civilización. Por esto hablamos de la presencia de la Iglesia en la *construcción del mundo,* de un mundo que se va construyendo él mismo y que en el momento actual se encuentra en una fase de rápido desarrollo hacia la unidad. No se trata, pues, en este esquema de la evangelización del mundo, ni de la unión o contacto con otras religiones, ni tampoco de los problemas pastorales y misioneros, en los que se estudia la adaptación del lenguaje de la Iglesia para la predicación en el mundo. Este esquema trata de mostrar que la Iglesia, en la intención de Cristo, no fue fundada para mantenerse al margen del mundo, de sus necesidades concretas y de sus ardientes esperanzas. Al contrario, esta constitución conciliar quiere hacer ver que la Iglesia se interesa (*inter-esse*) ansiosamente de todo lo que sucede y se hace en el mundo, que camina con el mundo acompañándole en su marcha y que si es verdad que ella quiere permanecer siempre Iglesia, sin salirse de su misión propia, debe también escuchar la voz del mundo y mirar con simpatía el progreso de la humanidad».

«Estamos —continúa diciendo monseñor Guano— ante una constitución diferente de las otras: ni estrictamente teológica, ni puramente disciplinar y jurídica. Nosotros queremos evitar dos extremos: por un lado, construir un tratado teológico sobre las relaciones entre la Iglesia y el mundo; y por otro, entrar en demasiadas cuestiones de detalle que deben reservarse a los apéndices. Pero tampoco queremos limitarnos a dirigir un 'mensaje al mundo'; se tratará más bien de una 'interpretación teológica' de cuanto sucede en el mundo actual y de la manera en que ha de entenderse la actividad de los cristianos en este mundo.»

El mismo monseñor Guano, en las declaraciones a que me estoy refiriendo, explicó en líneas generales la estructura del nuevo esquema, según quedó concebido en la reunión de Zurich:

«Tras una introducción, el primer capítulo deberá tratar de la vocación

y de los derechos del hombre, así como de la unidad de esta vocación para toda la humanidad. En el segundo capítulo se estudiará cómo la Iglesia está al servicio de Dios y del mundo. En el tercero se hablará de la acción de los cristianos en el mundo de hoy. Y, finalmente, en el cuarto se abordarán los más graves problemas que tienen planteados los hombres de nuestro tiempo, tales como la garantía de la dignidad humana, la satisfacción de las necesidades vitales del hombre, los problemas del hambre, de la familia, de la cultura, de la comunidad de pueblos. Cada uno de estos temas se amplía después con un estudio más detallado en los apéndices. La constitución les trata de una manera general, deteniéndose especialmente en el tema de la libertad» [358].

Este era el proyecto de Zurich. Después de las reuniones de Roma, a que me he referido antes, monseñor Ancel hizo a *La Croix* unas declaraciones, explicando que el esquema *De praesentia efficaci Ecclesiae in mundo hodierno* había sido mejorado tomando la siguiente estructura:

«Introducción dedicada a los *signos de los tiempos nuevos.* Capítulo primero, sobre la unidad profunda que hay en los designios de Dios y en la vocación del hombre para la construcción de la ciudad terrestre. Capítulo segundo, en el cual se expone cómo la Iglesia en cuanto tal y especialmente por medio de la Jerarquía interviene en la construcción de la ciudad terrestre, no para dominar, sino para servir; y se explica la relación que existe entre esta intervención y la misión primaria y esencial de la Iglesia, que es la de anunciar el reino de Dios. Capítulo tercero, en el que se habla de cómo los cristianos colaboran con los demás hombres, sus hermanos, en la misma tarea, aportando a ella todo el valor de la vida espiritual y demostrando que el cristiano siempre es 'hijo de Dios', nunca un profano; así, gracias a los cristianos, en el esfuerzo humano para construir la ciudad de los hombres todo se diviniza y todo se orienta finalmente a la consagración del mundo, según la expresión de Pío XII. Capítulo cuarto, trata de la persona humana y sus derechos; de la familia, de la cultura, de la vida económica y social; de la organización internacional y de la paz» [359].

Importante y difícil esquema, como puede verse por los datos apuntados. Tanto más difícil ha resultado su elaboración y resultará en lo sucesivo su perfeccionamiento cuanto mayor es la expectación que en torno a él se ha creado entre los católicos. Se trata de temas hacia los que los hombres de nuestro tiempo son muy sensibles. La Iglesia no puede dejar de decir una palabra certera sobre cada uno de los problemas que agobian a la humanidad en el momento presente y, como oí decir personalmente a monseñor Ancel

en una ocasión, resulta extremadamente arduo encontrar los términos justos que satisfagan el ansia de todos. Tanto más si el lenguaje ha de ser incisivo, y, al mismo tiempo, cargado de doctrina auténticamente evangélica y expuesta de una forma que resulte cercana a la manera de sentir y al estilo de los hombres de hoy [360].

Según los planes dados a conocer por monseñor Guano y monseñor Ancel, el texto del esquema llevará un apéndice o serie de anejos en los que se completarán las ideas expuestas en la constitución. Apéndice que, aunque no será directamente discutido en la asamblea, podrá ser objeto de observaciones por parte de los padres con miras a su perfeccionamiento.

En estas páginas de apéndice se ampliará el contenido del texto, sobre todo del último capítulo, exponiendo el pensamiento del Concilio sobre los problemas del mundo actual, de forma que la Iglesia, con su luz, recibida de Cristo, haga acto de presencia con buscada eficacia en el momento más oportuno del siglo XX.

Para hacer estos apéndices se ha usado como base el texto del primitivo esquema redactado antes de la reunión de Zurich, así como las sugerencias del proyecto presentado por el cardenal Suenens y de otros esquemas preparados por grupos de obispos o peritos de diversas naciones. Así, podemos citar, entre otros, un proyecto redactado por los consultores del episcopado español y algunos borradores de notas presentados por distinguidos seglares líderes de los movimientos católicos.

Ideología del esquema

Para tener una visión de las ideas que se han manejado en la preparación de este esquema y para orientar sobre el contenido del mismo, y sobre las discusiones que van a tener lugar en torno a él, será interesante que presentemos aquí, en líneas generales, los temas tocados en el antiguo esquema y en el proyecto del primado de Bélgica.

En la última redacción del entonces llamado esquema XVII —número que no corresponde ya al actual orden de materias— los seis capítulos, contenidos bajo el título *De praesentia efficaci Ecclesiae in mundo hodierno,* llevaban los siguientes epígrafes: *De admirabili vocatione hominis, De persona humana in societate, De matrimonio et familia, De culturae progressu*

rite promovendo, De ordine oeconomico et de justitia sociali, De comunitate gentium et pace.

Como temas de mayor interés, entre los muchos tocados, comprendidos bajo los anteriores títulos, pueden señalarse los siguientes:

La Iglesia y el mundo. La dignidad de la persona humana; unidad y diversidad de la naturaleza del hombre; el orden sobrenatural; el pecado y la redención; la función de la Iglesia en el orden temporal; la ley natural; el amor de Dios y del prójimo; la conciencia.

La persona humana; enumeración de los derechos de la persona humana según los diversos sectores en que se desarrolla la vida privada y social; la mujer en la sociedad moderna; problemas referentes al orden social, jurídico y político.

Santidad y fuerza santificadora del matrimonio y de la familia; el amor y la caridad; la fecundidad sagrada del matrimonio.

La Iglesia y la cultura; cultura y persona; cultura y comunidad; la cultura y la gloria de Dios; posición de la Iglesia ante las diversas culturas; lo que la Iglesia puede aportar a la cultura y lo que la cultura puede aportar a la vida de la Iglesia; preocupación de la Iglesia por la cultura.

Los bienes de la tierra y el trabajo del hombre; la actividad económica y sus fines humanos; el progreso; los sistemas económicos; participación de los hombres en una economía racional; naturaleza y dignidad del trabajo; obligación y derecho al trabajo; condiciones humanas del trabajo; el trabajo de la mujer; la justa retribución del trabajo y la política del rédito; la seguridad y previsión social; el derecho de libre asociación y sindicación; la propiedad privada y su función social; la justa distribución de las riquezas; la economía y sus leyes morales; el papel de la autoridad pública; aspecto pastoral de estos problemas.

La fraternidad universal entre los hombres; fundamento y fin de la comunidad internacional; la persona humana y la comunidad internacional; las comunidades políticas y la comunidad internacional; la cooperación entre los pueblos; las instituciones internacionales; la promoción de los países nuevos; la extensión de la humanidad por las tierras de nuestro planeta y el problema de la explosión demográfica; las tareas en favor de la paz; lo que la Iglesia tiene que decir sobre el desarme y la labor que los cristianos están llamados a realizar en la comunidad internacional, siempre como artífices de paz.

El citado proyecto del cardenal Suenens está redactado, sobre todo en

algunas de sus partes, con estilo de sabor bíblico y tiene una estructura que podríamos definir más eclesial. Habla en el primer capítulo de la misión de la Iglesia, abordando brevemente el problema de la libertad de la fe y poniendo el acento en la evangelización de los pobres y en la presencia de la Iglesia entre los hombres, para exponer luego el influjo que la Iglesia está llamada a ejercer en el mundo, sobre todo defendiendo la dignidad del hombre e indicándole su vocación. El segundo capítulo trata de la edificación del mundo bajo la dinámica del amor; la autonomía del mundo y las leyes naturales; la tarea del hombre en el mundo; el fenómeno de la convergencia humana; la marcha hacia la unidad; el uso de los bienes terrestres; la libertad y los problemas de la vida. El tercer capítulo está dedicado a exponer los deberes que la Iglesia tiene para con el mundo y su misión de servicio a los hombres; el testimonio en favor de la verdad y la exposición del mensaje evangélico sobre los más acuciantes problemas de la hora presente; la expansión de la caridad, que, como mandato supremo de Dios, lleva a la justicia y constituye la linfa vital para la comunión y convivencia pacífica entre todos los hombres de buena voluntad.

Diálogo del Papa con el mundo moderno

Como se puede ver por el historial que hemos trazado, la elaboración del esquema referente a la presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno ha puesto en actividad a los espíritus más finos y a las mentes más potentes y cultivadas del catolicismo. Son muchos los que han aportado sus ideas, para hacer un texto que testimonie el amor y la simpatía que la Iglesia siente hacia el mundo y que diga a los hombres de nuestro tiempo la palabra oportuna, que están esperando y deseando, tal vez sin saberlo. Es un esfuerzo para presentar al mundo —según la frase de Pablo VI cuando todavía era arzobispo de Milán—

> un cristianismo admirable, atrayente, simpático... teniendo en cuenta que el genio del apostolado está en saber amar... Amar al que está cerca y al que está lejos. Amar a nuestra patria y amar la de los otros. Amar a nuestros amigos y a nuestros enemigos. Amar a los católicos, a los separados, a los protestantes, a los anglicanos, a los indiferentes, a los musulmanes, a los paganos y a los ateos. Amar a todas las clases sociales, pero especialmente a las más necesitadas de ayuda, de asistencia, de promoción. Amar a los niños y a los ancianos, a los pobres

> y a los enfermos. Amar a quien se ríe de nosotros, a los que nos desprecian, ultrajan o persiguen. Amar a quien merece y a quien no merece ser amado. Amar a nuestros adversarios, deseando que nadie como hombre sea enemigo nuestro. Amar a nuestro tiempo, a nuestra civilización; la técnica, el arte y el deporte de nuestros días. Amar al mundo, tratando de comprender, compadecer, estimar y sufrir. Amar con el corazón de Cristo, con la amplitud de Dios [361].

En los inagotables escritos del cardenal Montini, combinados con los discursos que ha pronunciado ya de Papa, encontraríamos textos magníficos para componer un esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno.

El diálogo de la Iglesia con los hombres de nuestro tiempo ha sido siempre, como he hecho notar ya numerosas veces, una de las obsesiones del papa Montini. Por eso, al abrir la segunda sesión del Concilio, en su famoso discurso programático, puso esta idea como uno de los fines primordiales del Vaticano II y la explanó así:

> El Concilio tratará de tender un puente hacia el mundo contemporáneo. Singular fenómeno: mientras la Iglesia, buscando cómo animar su vitalidad interior con el Espíritu del Señor, se diferencia y se separa de la sociedad profana en la que vive sumergida, al mismo tiempo se define como fermento vivificador e instrumento de salvación de ese mismo mundo descubriendo y reafirmando su vocación misionera, que es como decir su destino esencial a hacer de la humanidad, en cualquiera de las condiciones en que ésta se encuentre, el objeto de su apasionante misión evangelizadora.
>
> Vosotros mismos, venerables hermanos, habéis experimentado este prodigio. Vosotros, en efecto, al iniciar los trabajos de la primera sesión, y como inflamados por las palabras inaugurales del papa Juan XXIII, sentisteis inmediatamente la necesidad de abrir, por así decirlo, las puertas de esta asamblea y gritar en seguida al mundo, desde los umbrales abiertos de par en par, un mensaje de saludo, de hermandad y de esperanza. ¡Original, pero admirable gesto! Se diría que el carisma profético de la Santa Iglesia se despertó en un momento; y como Pedro, el día de Pentecostés, sintió en seguida el impulso de levantar su voz y hablar al pueblo; así vosotros quisisteis en seguida tratar no ya de vuestras cosas, sino de las del mundo; no ya entablar el diálogo entre vosotros mismos, sino entablarlo con el mundo.
>
> ¡Esto significa, venerables hermanos, que el presente Concilio está caracterizado por el amor, por el amor más amplio y urgente, por el

amor que se preocupa de los otros antes que de sí mismo, por el amor universal de Cristo!

Este amor es el que nos sostiene ahora porque, al tender nuestra mirada sobre la vida humana contemporánea, deberíamos estar espantados más bien que alentados, afligidos más bien que regocijados, dispuestos a la defensa y a la condena más bien que a la confianza y a la amistad.

Debemos ser realistas, no ocultando la herida que no pocas regiones causan a este mismo sínodo universal. ¿Podemos estar ciegos y no advertir que muchos puestos de esta asamblea están vacíos? ¿Dónde están nuestros hermanos de naciones en las que la Iglesia es combatida, y en qué condiciones se encuentra la religión en estos territorios? Ante este recuerdo se aflige nuestro ánimo por las cosas que conocemos y todavía más por todo lo que no nos es dado saber, sea referente a la Sagrada Jerarquía, a los religiosos y religiosas, como a tantos hijos nuestros sometidos a temores, vejaciones, privaciones y opresiones por causa de su fidelidad a Cristo y a su Iglesia. ¡Cuánta tristeza por estos dolores y cuánta amargura al ver que en ciertos países la libertad religiosa, así como otros derechos fundamentales del hombre, son conculcados por principios y métodos de intolerancia política, racial o antirreligiosa! Duele el corazón al tener que ver cómo en el mundo existen todavía tantas injusticias contra la honrada y libre profesión de la propia fe religiosa. Pero más que con amargas palabras queremos todavía expresar nuestro dolor con una franca y humana exhortación a cuantos fuesen responsables de estas cosas, para que noblemente depongan su injustificada hostilidad hacia la religión católica, cuyos miembros deben ser considerados no como enemigos o como ciudadanos desleales, sino más bien como miembros honrados y laboriosos de la sociedad civil a la que pertenecen. Y enviamos, además, en esta ocasión, a los católicos que sufren por causa de su fe, nuestro afectuoso saludo e invocamos para ellos el consuelo del Señor.

No termina aquí nuestra amargura. La mirada sobre el mundo nos llena de inmensa tristeza al contemplar tantas calamidades: el ateísmo invade parte de la humanidad y arrastra consigo el desequilibrio del orden intelectual, moral y social del que el mundo pierde la verdadera noción. Mientras aumenta la luz de la ciencia de las cosas, se extiende la oscuridad sobre la ciencia de Dios, y, consiguientemente, sobre la verdadera ciencia del hombre. Mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza y la desesperación.

Tendríamos muchas cosas que decir sobre estas difíciles y, por tantos motivos, tristes condiciones del hombre moderno. Pero no es ahora el momento. Ahora, decíamos, el amor llena nuestro corazón y el de la Iglesia reunida en Concilio. Miramos a nuestro tiempo y a sus variadas y opuestas manifestaciones con inmensa simpatía y con un

inmenso deseo de presentar a los hombres de hoy el mensaje de amistad, de salvación y de esperanza que Cristo ha traído al mundo. «Porque no ha enviado Dios al mundo a su Hijo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El» (*Jn.*, 3, 17).

Que lo sepa el mundo: La Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito, no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y de salvarlo.

La Iglesia, asomada a la ventana del Concilio abierta sobre el mundo, mira con particular interés a determinadas categorías de personas. Mira a los pobres, a los necesitados, a los afligidos, a los hambrientos, a los enfermos, a los encarcelados; es decir, mira a toda la humanidad que sufre y llora; ésta le pertenece por derecho evangélico y nos complacemos en repetir a cuantos la forman: «Venid a mí todos» (*Mt.*, 11, 28).

Mira a los hombres de la cultura, a los estudiosos, a los científicos, a los artistas, y también de éstos tiene la Iglesia una grandísima estima y un grandísimo deseo de recibir sus experiencias, de fomentar su pensamiento, de defender su libertad y de ensanchar gozosamente la dilatación de su espíritu atormentado en las esferas luminosas de la Palabra y la Gracia divina.

Mira a los trabajadores, a la dignidad de sus personas y de sus fatigas, a la legitimidad de sus esperanzas, a la necesidad de mejora social y de elevación interior que tanto los aflige todavía, a la misión que se les puede reconocer, buena y cristiana, de crear un mundo nuevo de hombres libres y hermanos. ¡La Iglesia, Madre y Maestra, está junto a ellos!

Mira a los jefes de los pueblos, y las palabras graves y amonestadoras que con frecuencia ella se ve obligada a dirigirles las sustituye hoy con una palabra de aliento y de confianza: ánimo, gobernantes de las naciones, vosotros podéis dar a vuestros pueblos muchos de los bienes que la vida necesita: el pan, la instrucción, el trabajo, el orden, la dignidad de ciudadanos libres y concordes, con sólo que conozcáis verdaderamente lo que es el hombre; y sólo la sabiduría cristiana os lo puede decir con plenitud de luz; vosotros podéis, trabajando a una en la justicia y el amor, crear la paz, bien supremo tan deseado, y tan defendido y promovido por la Iglesia, y hacer de la humanidad una sola ciudad. ¡Dios sea con vosotros!

Pero la Iglesia católica mira más allá, por encima de los confines del horizonte cristiano: ¿Cómo podría ella poner límites a su amor si debe hacer suyo el de Dios Padre que hace descender la lluvia de sus gracias sobre todos (*Mt.*, 5, 48) y ha amado al mundo de tal manera que le ha dado a su Hijo Unigénito? (*Jn.*, 3, 16.) Ella mira, por tanto, más allá de su propia esfera y ve las otras religiones que conservan el sentido y el concepto de Dios, único, creador, providente,

sumo y trascendente, que tributan a Dios un culto con actos de sincera piedad y que fundan sobre estas creencias y prácticas los principios de la vida moral y social. La Iglesia católica descubre, naturalmente, y con dolor, lagunas, insuficiencias y errores en muchas de estas expresiones religiosas; pero no puede dejar de volver hacia ellas su pensamiento para recordarles que por todo lo que en ellas hay de verdadero, de bueno y de humano la religión católica tiene el aprecio que merece, y que para conservar en la sociedad moderna el sentido religioso y el culto de Dios —deber y necesidad de la verdadera civilización— ella está en primera línea como el más válido sostén de los derechos de Dios sobre la humanidad.

La mirada de la Iglesia se extiende todavía sobre otros inmensos campos humanos: los de las nuevas generaciones de juventud que suben con el deseo de vivir y afirmarse, los de los pueblos nuevos que están adquiriendo conciencia de sí, independencia y organización civil, y los de las innumerables criaturas humanas que se sienten solas, en medio del torbellino de una sociedad que no es capaz de darles una palabra verdadera para su espíritu; y a todos, a todos, lanza su grito de saludo y de esperanza, a todos desea y ofrece la luz de la verdad, de la vida y la salvación, porque Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 *Tim.*, 2, 4).

Con estas palabras el Concilio tiene ya raudales de luz, para encuadrar bien, en su maravilloso marco de doctrina y de orientaciones prácticas, el esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo actual, que figura el último en la agenda conciliar, y que será, por lo mismo, como el mensaje final del Vaticano II para los hombres de esta segunda mitad del siglo XX.

No es necesario citar más textos de Pablo VI, aunque podríamos, siguiendo la línea sistemática del proyecto de esquema, presentar aquí una antología completa sobre todo lo que el Santo Padre ha ido diciendo referente a los más graves problemas del mundo actual. Vigía atento sobre la marcha de la humanidad, el papa Montini tiene su palabra, portadora del pensamiento de la Iglesia, para todas las situaciones, para todas las categorías sociales, para todas las angustias y para todas las alegrías de la humanidad.

Por eso, quien se sienta orientado hacia el humanismo cristiano [362], quien tenga afanes sociales, quien quiera saber lo que es la paz que Jesús ofrece al mundo y desee luz sobre cualquier problema humano familiar, social o internacional, que acuda a los textos de Pablo VI. Y lo mismo el que quiera conocer los términos del diálogo que la Iglesia ha entablado con el mundo contemporáneo [363]. Algunos textos fundamentales sobre este diálogo en el que

tanto insiste el Papa actual los he citado en otros capítulos de este libro. Importante en este sentido es el mensaje de Belén y, también, el de la Pascua de Resurrección de 1964 [364].

Este último discurso es uno de los documentos más sensacionales que Pablo VI nos ha dado en su primer año de pontificado. Llamó tanto la atención que la revista *Ecclesia* comentó que «este radiomensaje bastaba para acreditar el genio de un Papa». Pablo VI habla en él del sentido religioso [365] en el mundo actual, desde la ciudad de Roma, «que señala el encuentro de la civilización humana con el designio divino de la salvación del mundo»; presenta a Cristo para que los hombres le reconozcan y en él vean el Salvador, el Hermano y el Amigo que nos trae cada año, cada domingo, cada día y cada hora un mensaje. Un mensaje siempre antiguo y siempre nuevo. El mensaje del Cristo vivo, que encierra la solución de todos los problemas que puedan agobiar a los hombres. Es el mensaje evangélico de la paz, de la auténtica felicidad. Fijémonos en algunas ideas:

> Cristo ha resucitado. Aquel Jesús que nació en Belén de María Virgen; que fue vaticinado por los profetas y fue Maestro en medio del pueblo de Israel; que fue reconocido y amado por algunos, rechazado por muchos y después execrado, condenado, crucificado, y murió y fue sepultado, ha resucitado, resucitó verdaderamente en la mañana del tercer día; ha recobrado una vida verdadera, nueva, sobrenatural, venciendo para siempre a la gran enemiga: la muerte. Ha resucitado...
>
> Nosotros somos testigos de este hecho. Somos la voz que se perpetúa año tras año en la Historia; somos la voz que se difunde por el mundo en círculos cada vez más amplios; somos la voz que repite el testimonio irrefragable de aquellos que fueron los primeros en verle con los propios ojos y tocarle con sus manos, y en advertir la novedad y la realidad del hecho que supera los esquemas de toda natural experiencia; somos los transmisores, de una generación a otra, de un pueblo a otro, del mensaje de vida de la resurrección de Cristo. Somos la voz de la Iglesia, fundada para esto, para esto propagada entre los hombres, que para esto milita, que para esto vive y espera, que por esto se siente dispuesta a confirmar con la propia sangre la propia palabra. Es el mensaje de la fe, que como trompeta angélica vibra todavía hoy en el cielo y sobre la tierra; ha resucitado. Cristo ha resucitado...
>
> En Cristo Jesús se realiza un designio de Dios; el misterio, oculto durante siglos, de la redención de la humanidad, es revelado; en Cristo nos salvamos. En Cristo se concentran nuestros destinos, en Cristo se resuelven nuestros dramas, en Cristo se explican nuestros dolores, en Cristo se vislumbran nuestras esperanzas.

La resurrección del Señor no es un hecho aislado: es un hecho que afecta a toda la humanidad, y de Cristo se extiende al universo; tiene una importancia cósmica. Y es maravilloso observar cómo ese prodigioso acontecimiento se refleja con efectos diversos y dramáticos en cada hombre que viene a este mundo; abarca al entero árbol genealógico de la humanidad...

Es menester reflexionar mucho sobre este valor universal de la resurrección de Cristo; de este valor derivan el sentido del drama humano, la solución del problema del mal, el nacimiento de una forma de vida, que precisamente se llama cristianismo...

Sobre el hecho real de la resurrección de Cristo se cimenta la religión que de El toma el nombre y la vida; y es tal la luz, la fuerza, la felicidad, la santidad que brotan de la fe encendida por El en el mundo, que la religión cristiana no sólo ofrece plenitud de paz y de gozo a quien la profesa de corazón, sino que irradia en torno a sí una invitación, suscita un deseo, engendra una inquietud, ofrece un blanco, capaces de mantener siempre vivo el problema religioso en el mundo...

Cualquiera que sea vuestra posición respecto a la religión, a vosotros, hombres de hoy que nos escucháis, desde la cumbre en que nos sitúa la Pascua cristiana os invitamos a recoger el mensaje de luz que viene al mundo de la resurrección de Cristo...

Lumen Christi, he aquí la luz de Dios. La luz brilla en las tinieblas, proclama el prólogo del Evangelio de Juan. Es necesario tener la sabiduría, el valor y la alegría de responder: *Deo Gratias!* Gracias, oh Dios, que en la Pascua de Cristo has encendido una luz providencial en la oscuridad del panorama humano cósmico...

El cristianismo es alegría. La fe es alegría. La gracia es alegría. Acordaos de esto, oh hombres, hijos, hermanos y amigos. Cristo es la alegría, la verdadera alegría del mundo.

La vida cristiana, sí, es austera; conoce el dolor y la renuncia, exige la penitencia, hace suyo el sacrificio, acepta la cruz y, cuando hace falta, afronta el sufrimiento y la muerte. Pero en su expresión última la vida cristiana es felicidad. Recordad el discurso-programa de Cristo, precisamente en las bienaventuranzas. De tal manera que la vida cristiana es esencialmente positiva; es liberadora, purificadora, transformadora: todo se reduce al bien, y, en consecuencia, todo se reduce a felicidad en la vida cristiana. Es humana. Es más que humana, penetrada como está por una presencia viva e inefable: el Espíritu consolador, el Espíritu de Cristo, que la conforta, la sostiene, la vuelve capaz de cosas superiores, la dispone a creer, a esperar, a amar. Es soberanamente optimista. Es creadora. Es feliz hoy, en espera de la plena felicidad de mañana...

¿Por qué resolvemos la vida religiosa en felicidad humana? Es fácil de comprender. Porque deseamos a todos que experimenten el cristianismo, el cual no es otra cosa que la consecuencia del misterio pas-

cual, en sus verdaderos términos, que son los de la solución y de la satisfacción de los problemas humanos. Por esto, a vosotros los que sufrís, os deseamos especialmente felices Pascuas; para vosotros que todavía tenéis hambre y sed de justicia, para vosotros que trabajáis, para vosotros que os fatigáis, sea buena y consoladora la Pascua. A vosotros, jóvenes, que tenéis el instinto de la felicidad, os deseamos que sepáis descubrir su manantial, más allá de la pantalla sensible, más allá del placer, más allá del éxito, en la realidad profunda de la vida, que sólo Cristo revela. A vosotros, cristianos, especialmente, a fin de que sepáis gustar lo que poseéis, y a fin de que podáis presentar al mundo la apología que él ahora necesita, la de la verdadera alegría, os enviamos nuestro saludo pascual.

Y mientras le extendemos a Roma, a la Iglesia, a los hermanos todavía separados de nosotros, a los que creen en Dios, y también a los que todavía no creen o han dejado de creer, damos a toda la humanidad, damos al mundo, como testimonio de la verdad y de la vida, nuestra bendición apostólica.

La bendición del Papa extendiéndose continuamente desde la Ciudad Eterna a todos los hombres, a todos los espacios y a todas las cosas es un símbolo de la presencia que la Iglesia quiere realizar en el mundo actual. Una presencia de amor, «misión de amistad», dirá el Papa en su mensaje de Belén. Presencia de simpatía y de comprensión, «para promover todo lo que es bueno y positivo, elevando y orientando a los hombres hacia la salvación». Misión de servicio: Una Iglesia que está para servir y no para reclamar o gozar de privilegios; una Iglesia que, como dijo Pablo VI también en su discurso de Belén, «no tiene otro interés que el de anunciar el mensaje de la fe y no pide nada, excepto la *libertad* de profesar y ofrecer a quien libremente la acoja esta religión, esta relación instaurada entre los hombres y Dios por Jesucristo, Nuestro Señor».

Tenemos aquí las coordenadas para la acción eclesial en los tiempos nuevos. Una acción que evangelice y santifique, irradiando simpatía cristiana, optimismo y confianza. Confianza en los hombres y confianza en los acontecimientos. Esa confianza total que nace de saber que Dios está en el timón de la Historia, que la guía providencialmente y que todo lo que ocurre decretado fue, permitido está, conducido va, bendecido puede estar, si nosotros lo bendecimos, que para eso somos cristianos, para bendecir y consagrar todas las cosas: *Consecratio mundi.*

Toda la Iglesia en diálogo con el mundo

Monseñor Ancel, en las declaraciones que hemos citado, dice que el esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo actual, por lo que se refiere a algunos temas, intenta avanzar sobre la *Pacem in terris.*

Al hablar del diálogo de la Iglesia con el mundo no se puede dejar de citar la famosa encíclica de Juan XXIII, que es uno de los grandes puntales para los tiempos nuevos; como no se puede dejar de citar a Pío XII, autor del «slogan» *consecratio mundi;* esta expresión feliz sintetiza toda la inconmensurable doctrina de sus luminosos discursos y encíclicas, que Frediani llama «nueva constitución para el mundo».

En el segundo capítulo de este libro hemos visto cómo los papas de nuestro siglo han preparado a la Iglesia para los tiempos nuevos; es decir, para el diálogo con los hombres de nuestra época. Así, pues, no es necesario volver ahora sobre ese tema citando las inmortales encíclicas de León XIII y la actividad pastoral y religiosa de San Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Con ellos empalma directamente la obra de Pío XII y Juan XXIII, cuya herencia ha recogido el «Papa moderno», Pablo VI [366].

Esta inquietud de los papas por poner a la Iglesia en contacto vital con los hombres y las civilizaciones es la inquietud del Colegio Episcopal y de todos los grandes apóstoles del catolicismo. Quisiera no tener temor de alargar demasiado este libro para poder reproducir aquí una serie de textos de nuestros obispos. A muchos podría citar. El cardenal Suenens, por ejemplo, tiene escrito cosas preciosas sobre los temas que nos ocupan [367]. Y en España, el arzobispo de Madrid, monseñor Morcillo, en vísperas del Vaticano II abordó todos los grandes problemas del mundo actual, exponiendo la posición de la Iglesia frente a ellos en su pastoral «Concilio en el siglo XX» [368].

Todos los afanes del Colegio Episcopal en este sentido los encontramos ya de alguna manera recogidos y expresados en el «Mensaje» que, al comenzar el Concilio, en octubre de 1962, enviaron «a todos los hombres y a todos los pueblos». El actual Papa, que entonces era un padre conciliar más, comentó con estas palabras la publicación del histórico mensaje:

> El Concilio ha tenido ya la primera actuación de cara al público, la discusión y aprobación del mensaje que los padres conciliares envían al mundo. Se daban cuenta de que la humanidad tenía muy fijos los ojos sobre ellos. Por eso, antes de penetrar en el estudio de las

> materias que conciernen a la vida de la Iglesia, han sentido el deber y el deseo de lanzar al mundo un saludo. Es un mensaje en el que hay mucho que leer y meditar. Ha comenzado así un diálogo solemne, elevado y nuevo, entre la Iglesia y la sociedad moderna. Aquí el ánimo permanece en suspenso, queda uno con la respiración cortada por la expectación: ¿Qué sucederá? ¿Habrá comprensión entre la Iglesia y el mundo? ¿Se producirá una respuesta por parte de éste? ¿Cómo corresponderá a palabras tan comprometedoras, dentro y fuera de la Iglesia, la realidad de la vida? Meditemos y recemos [369].

Este mensaje de los padres conciliares ha sido ya algo olvidado. Se trata, sin embargo, de un documento que merece aquí nuestra atención. Por eso es bueno que recordemos su contenido, de perenne actualidad:

«Nos complacemos en enviar a todos los pueblos y naciones el mensaje de salvación, de amor y de paz que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, trajo al mundo y confió a su Iglesia.

»Por esta causa, pues, todos nosotros, sucesores de los apóstoles, que formamos un solo cuerpo apostólico, cuya Cabeza es el sucesor de Pedro, nos hemos reunido aquí en oración unánime con María, Madre de Jesús, por mandato del Padre Santo Juan XXIII.

»En esta asamblea, bajo la dirección del Espíritu Santo, queremos buscar la manera de renovarnos a nosotros mismos para ser y aparecer cada vez más conformes al Evangelio de Cristo. Nos esforzaremos en manifestar a los hombres de estos tiempos la verdad pura y sincera de Dios, de tal forma que todos la entiendan con claridad y la sigan con agrado.

»Porque somos pastores de la Iglesia deseamos satisfacer las ansias de todos los que buscan a Dios 'por ver si llegan a Él o le encuentran, aunque no está lejos de cada uno de nosotros' (*Act.,* XVII, 27).

»Así, pues, obedientes a la voluntad de Cristo, que se entregó a sí mismo a la muerte por nosotros 'para presentar ante sí mismo una Iglesia sin mancha ni arruga..., una Iglesia que sea santa e inmaculada' (*Eph.,* V, 27), todas nuestras energías y todos nuestros pensamientos los dirigimos sobre nosotros, prelados, y sobre la grey que se nos ha confiado, para renovarnos de tal manera que aparezca a todo el mundo la faz amable de Jesucristo brillando en nuestros corazones 'para resplandor de la claridad de Dios' (II, *Cor.,* IV, 6).

»Creemos que el Padre amó tanto al mundo que para salvarlo entregó a su propio Hijo y por medio de Este mismo nos liberó de la servidumbre del pecado, 'reconciliando por Él todas las cosas, pacificándolas por la sangre

de su Cruz' *(Col.,* 1, 20), hasta el punto que 'nos llamamos y somos hijos de Dios'.

»El Padre, además, nos da el Espíritu Santo para que, viviendo la vida de Dios, amemos a Dios y a nuestros hermanos, con quienes somos una sola cosa en Cristo.

»Pero esta unión con Cristo está tan lejos de apartarnos de las obligaciones y trabajos temporales que, por el contrario, la fe, la esperanza y la caridad de Cristo nos impulsan a servir a nuestros hermanos en conformidad con el ejemplo del Divino Maestro, que 'no vino a ser servido, sino a servir' *(Mat.,* XX, 28).

»Lo mismo que la Iglesia no fue instituida para dominar, sino para servir: 'El entregó su vida por nosotros, y nosotros, a su ejemplo, debemos entregar nuestras vidas por nuestros hermanos' (1, *Joan,* 3, 26).

»Y puesto que de los trabajos del Concilio confiamos que aparezca más clara e intensa la luz de la fe, esperamos también una renovación espiritual, de la que proceda igualmente un impulso fecundo que fomente los bienes humanos, tales como los inventos de las ciencias, los adelantos de la técnica y una más dilatada difusión de la cultura.

»Reunidos de todas las naciones que alumbra el sol, llevamos en nuestros corazones las ansias de todos los pueblos confiados a nosotros, las angustias del cuerpo y del alma, los sufrimientos, los deseos, las esperanzas. Ponemos insistentemente nuestro corazón sobre todas las angustias que hoy afligen a los hombres. Ante todo, debe volar nuestra alma hacia los más humildes, los más pobres, los más débiles e, imitando a Cristo, hemos de compadecernos de las turbas oprimidas por el hambre, por la miseria, por la ignorancia, puestos constantemente nuestros ojos sobre quienes, por falta de los medios necesarios, no han alcanzado todavía una condición de vida digna del hombre.

»Por todo ello, en el decurso de nuestro trabajo hemos de tener muy en cuenta todo lo que a la dignidad del hombre se refiere, todo lo que contribuye a una verdadera fraternidad de los pueblos. 'La caridad de Cristo nos apremia' (2, *Cor,* V, 14), porque 'quien viere a su hermano en necesidad y no le abriese su corazón, ¿cómo va a permanecer en él la caridad de Dios? (1, *Joan,* III, 17).

»El Sumo Pontífice, Juan XXIII, en el radiomensaje del día 11 de septiembre de 1962, insistió sobre dos problemas:

»Ante todo, lo que se refiere a la paz entre los pueblos.

»No hay nadie en absoluto que no deteste la guerra; nadie, por el contrario, que no ansíe la paz. Pero, ante todo, la paz es deseada por la Igle-

sia, puesto que es Madre de todos. Ella, por boca de los sumos pontífices, nunca ha dejado de manifestar públicamente su amor y su afán de paz, mostrándose siempre dispuesta a prestar cordialmente su ayuda eficaz a cualquier propósito sincero.

»Ella pone todo su empeño en la unión de los pueblos y en suscitar entre ellos un mutuo y recíproco aprecio de obras y de sentimientos.

»Esta nuestra asamblea conciliar, admirable por la diversidad de razas, de naciones y de lenguas, ¿no es un fiel testimonio de un común amor fraterno y no brilla como signo sensible de ese mismo amor? Confesamos que todos los hombres, de cualquier raza y nación, somos hermanos.

»En segundo lugar, el Sumo Pontífice inculca la justicia social. La doctrina expuesta en la encíclica *Mater et magistra* demuestra claramente que la Iglesia es absolutamente necesaria al mundo de hoy para denunciar las injusticias y las indignas desigualdades, para restaurar el verdadero orden de las cosas y de los bienes, de tal forma que, según los principios del Evangelio, la vida del hombre llegue a ser más humana.

»Nosotros, en verdad, no poseemos ni las riquezas humanas ni el poder terreno, pero ponemos nuestra confianza en la fuerza del Espíritu Santo, prometido por Jesucristo a la Iglesia. Por eso, humilde y ardientemente, invitamos a todos, no sólo a nuestros hermanos, a quienes servimos como pastores, sino también a todos los hermanos que creen en Cristo y a todos los hombres de buena voluntad a los que 'Dios quiere salvar y conducir al conocimiento de la verdad' (1, *Tim.*, II, 4), a que colaboren con nosotros para instaurar en el mundo una sociedad humana más recta y más fraterna.

»El designio divino es tal que por la caridad brilla ya de alguna manera el reino de Dios, como prenda del reino eterno.

»Pedimos ardientemente que, en medio de este mundo, alejado todavía de la paz anhelada, por las amenazas nacidas del mismo progreso, admirable, por otra parte, pero no siempre atento a la ley suprema de la moralidad, brille la luz de la gran esperanza en Jesucristo, nuestro único Salvador.»

El Concilio, que empezó con este mensaje de los padres al mundo, terminará con otro mensaje de mucha más amplitud e importancia: el documento referente a la presencia y acción de la Iglesia entre los hombres de nuestro tiempo. Casi me atrevería a decir que en él los padres, después de compulsar la *vox populi,* que es la *vox Dei,* se pondrán en diálogo con la humanidad entera, con la civilización que Teilhard de Chardin llama «planetaria», cósmica [370].



18. Pablo VI besa el suelo de Getsemaní.

15. Pablo VI inicia su visita pastoral por los caminos del mundo: El viaje a Palestina

El Papa peregrino

Pablo VI es el Pontífice que más ha viajado antes de subir las gradas del solio pontificio.

Su predecesor, Juan XXIII, de joven, y luego como nuncio apostólico, había recorrido los caminos de Europa, Oriente y Africa del Norte.

Pío XII conocía muchas naciones de nuestro viejo continente y, siendo ya cardenal secretario de Estado, había realizado un largo viaje por numerosas ciudades de Norteamérica, además de visitar Buenos Aires y Río de Janeiro.

Montini ha cruzado varias veces el corazón de Europa, hasta tocar sus límites por el Norte. Por el Este llegó, en su juventud, casi hasta la frontera rusa y estuvo también en Budapest y Praga. Ha ido a América en dos ocasiones: la primera siendo el más inmediato colaborador de Pío XII en la Secretaría de Estado y la segunda, ya de cardenal, en 1960. Atravesó entonces de Norte a Sur las Américas: después de visitar algunas de las principales ciudades de Estados Unidos bajó hasta Brasil. En esta república latinoamericana se puso en contacto con autoridades religiosas y civiles; visitó instituciones sociales; recorrió los suburbios de Sâo Paulo y Río de Janeiro entrando hasta los barrios más miserables, con el afán de conocer personalmente la situación de aquellas poblaciones y poder hablar y tratar con la

gente pobre. Fue éste un viaje importante. Pero el más memorable le hizo un año antes de ser Papa, en julio y agosto de 1962. El futuro Pablo VI visitó el continente africano, cruzando por numerosas naciones y puestos de misión, durante un recorrido apostólico que dejó huellas profundas en el alma del actual Papa y en las poblaciones que tuvieron la suerte de acogerle [371].

Le gusta el avión al papa Montini. Para un Pontífice, que es Párroco y Obispo de todo el mundo, un reactor puede ser un medio de comunicación pastoral, un instrumento de contacto con los pueblos y las razas. Por eso Pablo VI le ha usado de nuevo siendo ya Papa para ir a Palestina. ¿Le volverá a tomar en más ocasiones? ¿Irá Pablo VI al Congreso Eucarístico Internacional de Bombay, para reunirse allí con católicos de todo el mundo y con los pobres de la India? ¿Irá a Filipinas? ¿Visitará alguna vez Lourdes o Santiago de Compostela? ¿Volverá a recorrer América por el Norte, por el Centro y por el Sur? ¿Visitará otra vez el continente «negro» de la esperanza? [372].

No podemos dar respuesta a estas preguntas tan interesantes. El Santo Padre tendrá sobre el particular su pensamiento y sus planes que, hasta ahora, no ha manifestado públicamente, aunque la prensa haya intentado descubrirlos o imaginarlos. Yo no voy a hacer profecías ni adelantar noticias que no sé. Tengo que dejar sin contestación las seis preguntas anteriores y otras que podría hacerme en el mismo sentido. Pero lo que sí me atreveré a afirmar es que Pablo VI, con su viaje al Oriente, ha iniciado, como Sumo Pontífice de la Iglesia universal, su visita pastoral por los caminos del mundo. La ha iniciado. El mismo o sus sucesores la continuarán. Los papas de nuestra época no esperarán a que los peregrinos de los cinco continentes vayan a Roma. Saldrán ellos mismos a buscarlos. Irán al encuentro de las viejas naciones cristianas y de los nuevos pueblos que nacen a la esperanza del futuro. Africa, Asia, Oceanía, América y Europa, toda la geografía de la cristiandad encierra itinerarios misteriosos para la visita pastoral de los Sumos Pontífices.

Esto es también un signo de los tiempos nuevos: el Papa peregrino por ese mundo que la Iglesia ama, al que la Iglesia quiere servir, encontrar y salvar...

Es verdad que los viajes de los papas encierran demasiadas dificultades de todo orden. Por eso su realización será siempre difícil y complicada. Pero los frutos bien valen el precio de las dificultades. Así, se puede prever que en la nueva época de la Iglesia tendremos repetidas veces la maravillosa

visión de los papas que cruzan el aire y los Océanos para entrar en contacto directo con sus hijos. Pío XII hizo llegar su coche hasta algún punto relativamente lejano de Roma, aunque sin cruzar los límites del Lacio; pero estuvo dispuesto en una ocasión a coger el avión e ir a Berlín y Varsovia para evitar con su mediación la guerra mundial [373]. Juan XXIII salió en tren por Italia. Llegó peregrino hasta Asís y Loreto y planeó algunos otros viajes que no pudo realizar [374]. Pablo VI ha iniciado su recorrido fuera de Italia y de Europa por los caminos que más merecían, que exigían —diríamos— la visita de un Papa: las tierras de Jesús.

Así, el Vicario de Cristo ha iniciado ya su visita pastoral por los meridianos de nuestro planeta. El comienzo no podía ser más espléndido. Vale la pena contarle para terminar así este libro que habla de la Iglesia actual y de Pablo VI, fijándose en el primer año de su pontificado. El viaje a Tierra Santa fue el acontecimiento más llamativo e importante de este período.

Tuve la alegría, la suerte, la gracia especial, de ir a Palestina en la caravana de periodistas que acompañó a Pablo VI. Así, la narración y las impresiones que voy a recoger aquí se basarán en datos personales de primera mano. Y para que sean más vivos y periodísticos le daré forma de crónica, reproduciendo mis notas tal como las escribí en aquellos días inolvidables y en aquel encantador marco bíblico [375].

Día 1 de enero de 1964: Meditación en el aire

Al filo del nuevo año, en el aeropuerto intercontinental de Fiumicino, las líneas aéreas italianas anuncian su vuelo especial Roma-Amman. Son las cuatro de la mañana. Paso franco a los periodistas que se dirigen a Tierra Santa para montar allí su cuartel general de información. En esta primera semana de 1964 Palestina va a ocupar el plano número uno de la actualidad mundial. Los corresponsales de prensa que habitualmente trabajamos en el Vaticano hemos recibido la orden de trasladarnos a Jerusalén.

Este reactor *Jet Super Dc 8,* de «Alitalia», en el que viajan los periodistas romanos, llegará a la tierra de Jesús con tres días de anticipación sobre el viaje del Papa. En la ciudad de los profetas nos uniremos a los reporteros y operadores de radio y televisión que, procedentes de todas las grandes capitales del mundo, han plantado sus tiendas a lo largo del itinerario palestinense de Pablo VI. Casi dos mil profesionales de la información han

sido movilizados para este acontecimiento que desborda la historia de la Iglesia: por primera vez un sucesor de San Pedro va a visitar los lugares donde nació, vivió y murió Cristo.

Llevo en mi carpeta la lista de los «enviados especiales» que han dado ya su nombre a la Oficina Católica de Información, creada estos días en Jerusalén a propuesta y en conexión con el *Ufficio Stampa* del Vaticano. No hay semanario o periódico de categoría que no haya registrado su nombre en este elenco.

Mientras nuestro reactor cruza vertiginosamente el cielo del Mediterráneo yo trato de ordenar en mis cuartillas blancas algunos pensamientos y noticias sobre el viaje del Papa a Tierra Santa.

En estos últimos días Pablo VI ha hablado mucho de su peregrinación a Palestina. Lo ha hecho en momentos solemnes y en conversaciones sencillas. Parece como si una idea obsesiva tocase continuamente su alma: A Belén, a Nazaret, a Jerusalén: para encontrar a Jesús, para ofrecer la Iglesia a Cristo, para hacer un llamamiento a la paz y la unidad: el viaje de la confesión de Pedro, el viaje del ofrecimiento, el viaje de la búsqueda y de la esperanza. Así habla en su radiomensaje de Navidad, en sus alocuciones a los cardenales y a los diplomáticos y en otros discursos de esta temporada [376].

Con expresiones como la siguiente describe Pablo VI el carácter puramente religioso de su peregrinación a Tierra Santa: «Saludaremos respetuosa y cordialmente a cuantos encontremos en nuestro camino, pero sin detener nuestros pasos presurosos y sin distraernos del único fin de nuestro viaje».

Hay una meta muy clara en esta iniciativa del papa Montini. Es necesario leer entre líneas todos los textos de Pablo VI, a que antes me he referido, para entrever la idea de fondo, que podría quedar fácilmente velada por el cúmulo de las informaciones marginales surgidas en torno al sensacional acontecimiento.

La idea se encuadra en el marco del Concilio Ecuménico y abre perspectivas nuevas a la Iglesia católica, a toda la cristiandad y a la humanidad entera.

Es necesario que el Vaticano II «celebre a Cristo», decía ya Pablo VI cuando todavía era arzobispo de Milán... Es la misma idea que encontramos en el histórico discurso con el cual Pablo VI inauguró la segunda fase del sacrosanto sínodo: las relaciones entre Cristo y su Iglesia. El Papa, con

su viaje a la tierra del Señor, quiere, ante todo, poner de relieve este aspecto. El apasionante amor a Cristo, al estilo paulino, que caracteriza la espiritualidad y la vida de Juan Bautista Montini nos dan la clave para descubrir el móvil inicial de esta aventura. Y luego la obsesión por la Iglesia: Ofrecer a Jesús una Iglesia nueva, renovada..., esa Iglesia que sueña Pablo VI abierta al diálogo con el mundo moderno, con todos los hombres de nuestro tiempo, con los cristianos separados especialmente.

El Papa, que, después de haber entrado estas Navidades en las casas de los pobres de Roma, viaja en un modernísimo reactor para visitar la pobre tierra de Palestina, con estos gestos, que, por sencillos y obvios, no dejan de ser geniales, marca un estilo nuevo, señala un camino que todavía no estaba abierto.

La Iglesia avanza con Pablo VI por senderos inéditos hacia amplios horizontes, cuyos límites no alcanzamos todavía a descifrar... Cuando el Santo Padre pise la tierra bendita, que está al otro lado del Mediterráneo, se habrá realizado un primer encuentro del Romano Pontífice con todo el Oriente cristiano. Y luego, cuando el Vicario de Cristo atraviese el confín que separa a dos naciones en guerra —Jordania e Israel—, la paz habrá cruzado con gallardía y decisión la frontera que divide trágicamente a toda la humanidad.

Estamos cruzando bajo el sol mañanero de Oriente la ruta aérea que el día 4, a esta misma hora, va a seguir el avión de Pablo VI.

El *Daily Mirror* publicó hace días una viñeta de Franklin en la cual aparece el reactor del Papa dominando desde la altura el globo terrestre y proyectando su sombra en forma de cruz sobre la geografía de nuestra tierra. «Paz a los hombres de buena voluntad», dice la inscripción que alude al primer viaje de un Papa por los aires. El Vicario de Cristo, desde esa altura colosal, observa nuestro bajo mundo para planear su evangelización.

En medio de su simbolismo la viñeta de Franklin es una muestra significativa de todas las fantasías que a lo largo del mes de diciembre han pululado por la prensa mundial en torno al viaje del Papa. Los periódicos, con comprensible afán hacia lo sensacional, han tratado de averiguar con anticipación los secretos sobre la ruta y el programa fijado para la estancia del Papa en Jordania e Israel...

Entre las curiosidades más llamativas hay que registrar las repetidas y discordantes descripciones sobre el avión que «Alitalia» pensaba preparar para tan augusto viajero: «El aparato irá pintado de blanco. Dentro llevará una capilla; los sillones estarán tapizados de rojo. Los pilotos han hecho ya

varias pruebas cruzando la ruta con aviones vacíos...». Reporteros impacientes han ido así inventando y apilando datos y más datos para construir la novela en torno al histórico viaje. Olvidaban estos periodistas que Pablo VI es un Papa de mentalidad muy moderna, que ha proyectado como pocos su visión apostólica sobre el mundo de la técnica y que, por eso, le gustan los aviones tal como son. Nada más contrario a su estilo que desnaturalizar lo moderno, complicando la vida de una compañía aérea, que gentilmente ofreció un pasaje para Amman tan pronto como supo que el Padre Santo quería llegarse hasta Palestina. Así, las modificaciones introducidas en la disposición interna del aparato han sido muy escasas y por fuera lo único llamativo es la bandera y el escudo pontificio dibujados en el reactor.

Pablo VI deseó desde un principio que su peregrinación se realizase con la máxima sencillez. Y así se hará dentro de los límites posibles en un acontecimiento tan singular; pues, naturalmente, la planificación del primer viaje de un Papa en pleno siglo XX había de quedar forzosamente desbordada por las circunstancias. Los Estados de Jordania e Israel midieron en seguida la grandeza del privilegio que les ha tocado y tratan de extremar sus delicadezas en la afectuosa acogida al augusto huésped. Las poblaciones que esperan el paso del Papa quieren volcarse para poner en juego un recibimiento apoteósico. Y la opinión pública mundial reclama ansiosa su derecho a conocer, ver directamente y observar con atención y complacencia todos los pasos de un Pontífice, que sube a un avión y se aleja de Roma por tres días, para adentrarse en el sugestivo paisaje de la tierra del Salvador.

Por eso, la radiotelevisión se dispone a realizar la operación informativa y visiva más gigantesca de la Historia, para permitir al mundo entero ver y oir directamente lo que va a ocurrir en Palestina. Los hombres fijarán su mirada en Pablo VI. Seguirán sus pasos por las orillas del Jordán. Escucharán su palabra en Belén y en Nazaret. Contemplarán sus gestos junto al lago Tiberiades, evocando la imagen de Jesús en coloquio con Pedro. Verán cómo reza un Papa en el cenáculo, pronunciando la plegaria *ut omnes unum sint*. Acompañarán con su mirada y su oración al Vicario de Cristo por los caminos del *Vía Crucis*. Le verán hincar sus rodillas en el huerto de Getsemaní y bendecir a los hombres de nuestro tiempo desde la cumbre del Calvario, haciendo con gesto hierático la señal de la cruz...

Día 4 de enero: Por los caminos de Jordania

Un avión que enarbola bandera pontificia ha aparecido en el cielo de la bíblica ciudad de Amman. Son las 13,10. Un viento frío sopla sobre el aeropuerto de la capital jordana, que ofrece en estos momentos un panorama verdaderamente excepcional. En una de las pistas ha sido extendida una alfombra roja que pisan el rey Hussein, seis patriarcas orientales y numerosas autoridades eclesiásticas y civiles. Miles de personas árabes y europeas están arracimadas en los alrededores del aeródromo; fuerzas del ejército jordano forman frente a las citadas personalidades y en dos grandes tribunas han sido acomodados centenares de periodistas y fotógrafos que se disponen a registrar el histórico acontecimiento que va a tener lugar en seguida.
He visto al *Jet Super DC 8* salir de entre las densas nubes. El ruido de sus motores ensordece cada vez más nuestros oídos. El avión suelta su tren de aterrizaje; se acerca al suelo; patina sobre la pista y se detiene en el punto exacto que le había sido señalado. Los cañones del aeropuerto están disparando salvas de honor. La muchedumbre ha comenzado a aplaudir y a aclamar al Papa. Pablo VI ha llegado a Palestina y se dispone a iniciar su peregrinación por la tierra de Jesús.

El saludo del rey y de las demás autoridades jordanas ha sido rápido y cordial. El Santo Padre, desde la puerta del avión, ha extendido sus manos hacia la muchedumbre para dar su primera bendición a esta misteriosa tierra. Después de entretenerse unos segundos con el rey y los patriarcas, ha subido a un podio y en silencio ha escuchado el himno pontificio y el de la nación jordana. Un grupo de niñas le ha ofrecido ramos de olivo, flores y palomas que inmediatamente han iniciado su vuelo. Terminada la ceremonia en la pista, el Pontífice se ha dirigido al pabellón real del aeropuerto y allí ha recibido el saludo oficial del rey Hussein, al que el Papa ha contestado pronunciando su primer discurso en Jordania. Terminada esta ceremonia se ha formado el cortejo de automóviles y Pablo VI ha emprendido su viaje hacia Jerusalén.

Situado en la caravana de los periodistas voy a seguir los pasos del Papa por la tierra de Jesús. La vía de Namur conduce, desde Amman, a la Ciudad Santa. Abren paso un coche oficial con autoridades de Jordania, unos *jeeps* de la policía y luego camina el automóvil del Papa, al que siguen una serie de coches con los tres cardenales y demás prelados que acompañan al

Romano Pontífice en esta peregrinación. Pablo VI atraviesa la capital de Jordania. Los ammanitas han embellecido sus calles y manifiestan su júbilo saludando al Papa desde las aceras, donde se ha concentrado la gente, ansiosa de ver pasar al famoso personaje del que tanto han oído hablar durante esta temporada.

Se sale de la ciudad y la carretera comienza a adentrarse en el desierto teniendo por panorama los montes de Moab. Cerca del mar Muerto, cuyas aguas dan un poco de variedad al paisaje, en el puente que atraviesa el Jordán, no muy lejos de la desembocadura de este sugestivo río, el Padre Santo hace su primera parada. Estamos en el lugar donde, según la tradición, fue bautizado Jesús por Juan Bautista, que en estos parajes predicaba la venida del Mesías. El Papa desciende del coche, da algunos pasos, clava su mirada en las aguas del Jordán y se recoge unos momentos en oración. Su rostro está reflejando claramente las primeras emociones del encuentro con la tierra del Salvador. Ha empezado su serena meditación, un coloquio interior con el Señor, que va a constituir el eje de esta rápida e intensa peregrinación.

La comitiva pontificia pasa por Jericó y a toda velocidad se dirige a Jerusalén. A lo largo de la carretera no hay pueblecito árabe que no haya montado sus sencillos y rudimentarios arcos de triunfo y que no haya sacado toda su gente para saludar al Papa de Roma. La llegada a la Ciudad Santa, con notable retraso sobre lo previsto, constituye un momento de intensa emoción para Pablo VI. No puede por menos de venir al recuerdo la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos. El saludo oficial del gobernador, del alcalde y de las demás autoridades jordanas tiene lugar en el puente del Emir Abdallah sobre las aguas del Jordán. Gentilmente, pero de prisa, el Papa saluda a las autoridades. Su atención está puesta en los lugares que pisa y su interés parece dirigirse, sobre todo, al contacto con las gentes.

Pablo VI ha llegado a Betania. Desciende de su coche para entrar en la pequeña iglesia levantada en el lugar donde estaba la casa de Lázaro. Evocación de innumerables recuerdos evangélicos, oración y, fuera ya del pequeño santuario, el diálogo con los presentes. Todas las calles de la ciudad por las que ha de pasar el Papa están inundadas de personas, banderas, colgaduras y aire de fiesta sencilla. Parece como si el Romano Pontífice fuera un personaje familiar para los habitantes de Jerusalén.

La comitiva llega a la puerta de Damasco, y aquí, en medio de una confusión inmensa producida por el júbilo, el desorden y la incapacidad del

escenario para contener un acontecimiento tan insospechado, el Papa desciende de su coche y comienza a pie su recorrido por las calles del *Vía Crucis.* Un auténtico camino de amargura para Pablo VI, pues la muchedumbre, después de haber desbordado completamente el cordón de los guardias, ha hecho que el Santo Padre caminase con suma lentitud, confundido entre la gente que trataba de besar sus manos y acercarse a él para saludarle y acompañarle hasta la cima del Calvario. Escenas que no se pueden describir.

En la basílica del Santo Sepulcro ha tenido lugar, a última hora de la tarde, la primera misa del Papa en Tierra Santa. Pocas personas hemos podido seguir dentro del templo este rito emocionante, en el que se ha visto a Pablo VI llorar repetidas veces. Era la misa de Resurrección junto al sepulcro vacío, a dos pasos del lugar de la crucifixión, en el centro mismo de la cristiandad, donde nunca había venido un Papa y donde ahora Pablo VI, con una plegaria sublime, ha tratado de abrir un camino nuevo al futuro de la Historia.

Relato de prisa una serie de hechos para componer una crónica que sólo puede narrar las cosas, sin entrar en su íntimo significado. No puedo describir en mis cuartillas las vivencias interiores del Papa. Algo se va reflejando en los textos de sus discursos. Léalos usted; trate de descubrir con intuición lo más profundo y espere la repercusión en la marcha futura de la Iglesia...

Desde el Santo Sepulcro el Papa ha ido a la delegación apostólica, su residencia palestinense. Ha recibido en audiencia a las diversas comunidades cristianas de Jerusalén y, a última hora de la noche, ha ido al huerto de Getsemaní, donde ha permanecido en oración desde las 10,30 hasta las 11,30. He asistido a la hora santa del Papa y he rezado con Pablo VI y con los sacerdotes y fieles presentes, evocando todos los textos evangélicos que hacen referencia a este santo lugar. He visto al Papa besar el suelo que Jesús regó con las gotas de su sangre. He contemplado durante casi una hora y muy de cerca sus gestos y su rostro emocionado... He tratado de imaginar, hacer míos los pensamientos del Santo Padre... y esto es todo lo que puedo decir en un relato incapaz de narrar lo inefable. Ha acabado así la primera jornada del Papa en Palestina.

Día 5 de enero: Por los senderos de Galilea

Pablo VI ha pasado en Israel la jornada de hoy. El Papa ha cubierto en su itinerario una serie de metas evangélicas altamente sugestivas. Entrando en el Estado judío por la frontera de Meghiddo se ha dirigido directamente a Nazaret. Al pasar el confín ha sido recibido y saludado por el presidente de la República y por las más altas autoridades de Israel; luego ha atravesado el río Kishon pasando no muy lejos del monte Carmelo. La llegada a Nazaret a media mañana ha sido apoteósica. Los cristianos, los árabes y los judíos del pueblo de Jesús, convertido hoy en una simpática ciudad, han tributado al Pontífice un recibimiento entusiasta y sencillo. Pablo VI ha celebrado la santa misa en la gruta de la Anunciación y ha pronunciado después del Evangelio una evocadora homilía, en cuyo tono y contenido se veían vibrar las más delicadas fibras de la espiritualidad y de la mentalidad del Santo Padre. La emoción contemplando al Papa en este lugar era incontenible.

De Nazaret al lago Tiberiades, el escenario de la vida pública de Jesús. Junto al mar de Galilea, que en sus cristalinas aguas reflejó tantas veces la figura del Maestro, han tenido lugar las escenas más sugestivas y algunas de las más conmovedoras de esta peregrinación del Papa. He visto la conmoción del Pontífice en el lugar mismo donde Jesús confirió el primado a Pedro. He observado cómo el Papa se recogía en profunda meditación y oraba serenamente, y le he visto inclinarse hacia el agua para tocarla con sus manos, evocando escenas evangélicas que el sucesor de San Pedro ha querido repetir en pleno siglo xx, con el afán de hacer revivir a la Iglesia la más puras emociones de sus orígenes... La visita a Cafarnaum, el paso por Magdala, la breve parada en el lugar de la multiplicación de los panes y los peces, la subida al monte de las Bienaventuranzas y luego la ascensión al Tabor... Ojalá fuera posible retratar en esta crónica las impresiones y los sentimientos del Papa en su peregrinación por Galilea. A lo largo del recorrido centenares de fotógrafos han ido recogiendo hermosas estampas del paso del Vicario de Cristo por estas tierras benditas y el montaje colosal de la televisión italiana ha hecho posible que las imágenes lleguen hasta los más diversos confines del mundo.

En Israel, la acogida al Santo Padre, tanto en los pequeños pueblecitos árabes como en las más populosas ciudades judías, ha sido entusiasta, aunque no tan enloquecedora, pero, ciertamente, más ordenada que en Jordania.

A última hora de la tarde el Papa hizo su entrada en la Jerusalén del Estado de Israel y se dirigió al monte Sión, para visitar el cenáculo y hacer allí su oración por la Iglesia, *ut omnes unum sint.*

Hermosa estampa la de Pablo VI rezando de rodillas en el frío suelo del lugar donde se fundó la Iglesia. El lector puede contemplar la foto en la portada de este libro. Basta fijar los ojos en ella tratando de penetrar en su significado. No necesita ninguna glosa.

Por la puerta de Maldelbaum, despedido con todos los honores, el Papa entró nuevamente en Jordania y se dirigió a la sede de la delegación apostólica, donde a las 21,12 se realizó uno de los actos más importantes y, ciertamente, el más sensacional que ha tenido lugar durante la estancia del Santo Padre en Jerusalén: la visita del patriarca ecuménico Atenágoras al Romano Pontífice.

Atenágoras I llegó a la residencia pontificia acompañado de un numeroso grupo de metropolitas ortodoxos del santo sínodo. Pablo VI salió a su encuentro hasta el ingreso de la casa y, con la máxima efusión y espontaneidad, los dos patriarcas —el de Oriente y el de Occidente— se abrazaron con muestras de singular afecto y emoción. El abrazo histórico que encerraba en su eclesial simbolismo las esperanzas de millones de cristianos. El Papa, tomando de la mano a Atenágoras, le llevó a la sala de las audiencias, donde mantuvo con él un coloquio de veinte minutos. Luego fueron introducidos en el modesto saloncito los metropolitas ortodoxos y los cardenales Tisserant, Cicognani y Testa, monseñor Dell'Acqua y otros prelados. El patriarca de Constantinopla pronunció entonces un breve discurso en lengua griega. Pablo VI le manifestó su gratitud regalándole un cáliz y ambos recitaron juntos el Padre nuestro y la oración por la unidad...

Así acabó la jornada del día 5, memorable para siempre en la historia de la Iglesia. Estoy narrando acontecimientos tan grandes que cualquier glosa a los hechos podría fácilmente desfigurarles. Se trata de ver y pensar para recordar siempre...

Día 6 de enero: Belén, Jerusalén, Roma

En el cuadro litúrgico de la fiesta de la Epifanía, mientras los ortodoxos celebran la natividad del Señor, ha tenido lugar a primera hora de la ma-

ñana la visita del Papa a Belén. La gente sencilla del pueblo y los peregrinos se han arracimado en la carretera, en las calles y en la explanada de la basílica, desbordando alegría como si esperaran a los Reyes Magos. Pablo VI llega derramando emoción y humildad en medio del triunfo. Entra en la basílica, llega hasta la gruta del nacimiento. Celebra la misa. Presenta oro, incienso y mirra. Hace la ofrenda de la Iglesia y pronuncia desde allí, dirigiéndose al mundo entero, uno de los mensajes más bellos que han salido de los labios de este Papa...

Ha acabado la ceremonia culminante de estos tres días de peregrinación. Pablo VI regresa a Jerusalén. Y, de nuevo ya en la Ciudad Santa, se dirige al monte de los Olivos para devolver la visita a Atenágoras. Los dos patriarcas se encuentran por segunda vez. Se abrazan fuertemente, renovando sentimientos que son de toda la cristiandad; hablan; leen juntos el Evangelio y esta vez es el Papa quien pronuncia un discurso y es Atenágoras quien ofrece dones a Su Santidad... Se publica luego un comunicado oficial que dice así:

«Al terminar su encuentro en Jerusalén, el Padre Santo Pablo VI y el patriarca ecuménico Atenágoras, de acuerdo con su santo sínodo, han reconocido juntos la gran significación de este encuentro y han dado gracias a Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que ha guiado sus pasos hacia la Tierra Santa, donde nuestro común Redentor, Cristo Nuestro Señor, ha vivido, ha enseñado, ha muerto y resucitado y ha subido al cielo, desde donde ha enviado al Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente. Este encuentro no puede ser considerado más que como un gesto fraternal, inspirado por la caridad de Cristo, que dejó a sus discípulos el precepto supremo de amarse los unos a los otros, de perdonar las ofensas hasta setenta veces siete y de estar mutuamente unidos. Los dos peregrinos, con los ojos puestos en Jesucristo, ejemplar y autor, con el Padre, de la unidad y de la paz, piden a Dios que este encuentro sea el anuncio y el preludio de acontecimientos futuros para gloria de Dios e iluminación de su pueblo fiel. Después de tantos siglos de silencio se han encontrado ahora con el deseo de hacer realidad la voluntad del Señor y de proclamar la antigua verdad del Evangelio confiado a la Iglesia. Que estos sentimientos comunes sean reconocidos por todos los miembros de las respectivas jerarquías y por todos los fieles, para que unos y otros puedan también participar de ellos y hacer subir al trono de Dios repetidas plegarias, a fin de que resplandezca, siempre más, a los ojos de todos los cristianos, la verdad de la única Iglesia de Cristo y de su Evangelio, luz y salvación del mundo».

La última mañana que Pablo VI pasa en la Ciudad Santa es muy densa. Devuelve las visitas a los patriarcas ortodoxo y armenio de Jerusalén, que habían ido a la delegación apostólica para saludar al Papa ya en la tarde del día 4. Recibe en su residencia a las autoridades de la ciudad, que desean cumplimentar al Sumo Pontífice en plan de despedida. Acoge a una pobre mujer que le lleva un niño poliomielítico y sale de casa para realizar un gesto evangélico: la visita a un viejo paralítico musulmán, Mathias Khalil Nahas, que desde hace años yace en su lecho imposibilitado. El Papa entra en la casa del pobre, le abraza, le consuela, le ofrece un recuerdo y le da su bendición...

Antes de abandonar Jerusalén el Sumo Pontífice envía un mensaje de paz a todos los jefes de Estado del mundo y a los dirigentes de las organizaciones internacionales civiles. Telegrafía igualmente a las personalidades principales de las Iglesias separadas. Luego sale de la Ciudad Santa despedido con inmenso amor por parte de todos.

Camino de Amman el Santo Padre se detiene un momento junto al mar Muerto, cerca de Qumran, donde en 1947 se encontraron los famosos manuscritos de la Biblia. Despedida oficial en el aeropuerto. Y a las 14,57 inicia su vuelo de retorno a Roma.

A las 18,21 el reactor toca suavemente la pista de Ciampino. El Papa entra en su ciudad por la Vía Appia que recorrieron San Pedro y San Pablo. El recibimiento tiene carácter oficial con la presencia del presidente de la República y del gobierno en pleno. El ingreso en la urbe resulta triunfal, indescriptible. Remonta las cimas de la apoteosis dejando en todos una impresión inefable. Algo jamás visto en una ciudad acostumbrada ya desde siglos a cosas tan grandes. Nunca Roma acogió a un Pontífice con tantas muestras de júbilo, con tan elevada tensión de entusiasmo. Por fortuna, nuestra civilización moderna cuenta con las cámaras de televisión y cinedocumental para transmitir a la Historia imágenes vivas de los acontecimientos abocados a la inmortalidad. Esta entrada del Papa en Roma no ha sido más que el epílogo de una secuencia de significativos episodios que han tenido por marco la tierra de Jesús, por fechas los primeros días del venturoso año 1964 y como actores al Romano Pontífice con el patriarca de Constantinopla y toda la cristiandad.

La crónica acaba aquí. Me falta sólo contar las impresiones que he ido grabando en mi recuerdo. No he intentado, desde luego, narrar todos los

detalles de cada uno de estos tres días inolvidables. Muchos he tenido que pasar por alto. Las jornadas del Papa en Palestina han sido muy llenas, agotadoras incluso para la fuerte fibra de Pablo VI, que en muchos momentos de su peregrinación aparecía visiblemente cansado. Pero ni un solo instante perdió de vista el significado y la vertiente histórica de su viaje.

Con la peregrinación del Papa a la tierra de Jesús, en los comienzos de este año 1964, la cristiandad ha iniciado un nuevo camino, cuyos espléndidos horizontes iremos descubriendo todos en el próximo futuro. Por eso esta peregrinación del Vicario de Cristo por el Oriente, con sus contornos eclesiales y ecuménicos, y con sus perspectivas históricas, quedará como tema de actualidad durante todo el pontificado de este Papa.

Belén, 1964: Nueva Epifanía de la Iglesia

Con su viaje a Palestina Pablo VI entró ya a velas desplegadas en la historia de la Iglesia.

Si queremos hacer algunos comentarios en torno al acontecimiento hay que comenzar diciendo que el momento culminante de todo el recorrido del Papa por los caminos de Jesús se registró junto a la sagrada gruta donde nació el Redentor del mundo y donde tuvo lugar la Epifanía. Allí Pablo VI hizo a Cristo la ofrenda de su Iglesia y luego la presentación de la misma ante los hombres de nuestro tiempo. Era éste uno de los fines que el Santo Padre se había propuesto con su peregrinación a Palestina y quedó así realizado con un gesto original que los hombres han observado con atención.

El discurso del Papa en Belén, que transcribiré luego, constituye un documento definitivo para la nueva línea de la Iglesia.

El Papa presentó la imagen de la Iglesia colocada entre Cristo —su Divino Fundador— y el mundo —objeto de su misión—: la Iglesia tal como la soñó y la quiso Jesús. La Iglesia dispuesta a saciar las expectativas y exigencias del mundo moderno, «al que mira con inmensa simpatía». Una Iglesia empeñada en rehacer la unidad cristiana. Una Iglesia que intenta reformarse con el Concilio, dando a sus estructuras y a su vida una vigorosa novedad...

Conservo entre mis recuerdos traídos del viaje a Tierra Santa un poco de mirra, tomada de la hermosa bandeja llena de esta sustancia oriental que

en Belén dejó el Vicario de Cristo. No más de veinte granos; me los regaló un amigo del Papa que los tomó de la bandeja después de la ofrenda. Yo los guardo como un pequeño tesoro que fácilmente atrae a los que le descubren en mi despacho. Entre los superiores del Colegio Español de Roma hay uno, don Aurelio Coro, que con un solo grano de esta mirra ha hecho feliz a su madre.

En la medalla oficial que el Vaticano acuñó para conmemorar la peregrinación del Papa a Palestina está representado el momento de la ofrenda de la Iglesia hecha por Pablo VI en Belén. Se ha registrado así para la Historia el gesto más significativo de los muchos que en Palestina realizó el Santo Padre. La inscripción reza así: *Paulus P.P. VI peregrinus in Terra Sancta Christo Ecclesiam offert.* Me regaló esta medalla de plata el cardenal Antoniutti, cuando se la dio también a los nuevos presbíteros y diáconos del Colegio Español, ordenados por él el día de San José. Su eminencia, al consignarnos el obsequio, hizo notar que en esa ofrenda del Papa figurábamos en primer lugar los sacerdotes.

En el pequeño museo de mis recuerdos guardo también la medalla oficial acuñada por el Estado de Israel alusiva a la bíblica ley del amor; y las series de sellos emitidos por Jordania y el Vaticano. Todo sirve para poner de relieve las dimensiones históricas del acontecimiento que estoy comentando.

Hay que destacar otra gran preocupación del Papa durante su viaje a Palestina, afán reflejado en todos sus gestos y palabras: llevar al mundo la unidad y la paz, que nacieron en Belén.

El mensaje que Pablo VI ha enviado desde Jerusalén a todos los jefes de Estado de la tierra, sin distinción de ninguna clase, para interesarse por «el bienestar y la paz de todos los pueblos en la justicia y en el amor», tuvo en el universo entero un eco fenomenal. Se vislumbra así la esperanza de que tantos esfuerzos de los papas —Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI— en este sentido han de lograr feliz resultado, cuando llegan, como ahora, a expresarse con los gestos del actual Pontífice, que recorre los caminos de Jesús, orando ardientemente por esta intención y gritando a todas las gentes: «¡Paz! ¡Paz!».

La nueva Epifanía de la Iglesia, que el mundo ha visto en Belén al comenzar el año 1964, se realizó en un cuadro sumamente sugestivo y pintoresco. La gruta llena de luces y, alrededor del Papa, bajo los muros del sagrado edificio, patriarcas católicos con sus hieráticos ademanes orienta-

les, metropolitas ortodoxos tocados por negras vestiduras que inspiran dignidad y majestad, obispos caldeos con sus trajes dorados, armenios de espaciosas barbas, coptos de negros ojos y semblante egipcio, sacerdotes y diáconos adornados con su pompa bizantina. Y también, dentro y fuera de la basílica, lanceros de la guardia personal del rey, soldados beduinos, moros con turbantes, árabes de elegantes vestiduras, pastores y pobres de la campiña de Belén, peregrinos europeos y prelados de Roma, a quienes —buen y atinado contraste— el Papa pidió que a la tierra de Jesús no llevasen los colorines, que nuestro mundo ya no aguanta en los eclesiásticos, y que no fueran a lucir títulos trasnochados para el nuevo estilo de la Iglesia.

Encantador paisaje de Belén en aquella inolvidable mañana azul: camellos en el horizonte, montes de piedras amarillas, palmas y olivos en el campo circundante, rudimentarios arcos de triunfo en la carretera, olor a tamariscos en los huertos, casas árabes con sabor a pobreza. Muchedumbres venidas de Oriente y Occidente. El Papa dijo misa en Belén, hizo la ofrenda de incienso, oro y mirra, y lanzó de nuevo al mundo el mensaje de los ángeles. Lo dijo allí mismo Pablo VI: «Como en una noche lejana, han vuelto los reyes magos; se ha repetido la Epifanía».

El coloquio del Papa con Cristo

Pablo VI se reveló, durante los días de su peregrinación, como un Papa muy humano, dotado de una alta espiritualidad y de una singular sensibilidad hacia el mundo de hoy en sus aspectos impresionantes y en sus pobres realidades. Los hombres descubrieron en los episodios de Palestina la autenticidad del papa Montini y su verdadero retrato.

Llamó extraordinariamente la atención la fuerza misteriosa con que el Pontífice se recogía para orar y meditar, cuando llegaba a los diversos lugares vinculados a algún recuerdo evangélico. El Santo Padre vivía con intensidad todos los momentos de su peregrinación, profundizando ansiosamente en el significado de lo que realizaba. Recuerdo muy bien las expresiones de su rostro en Belén, en Getsemaní, junto al lago de Tiberiades y durante la misa de Resurrección en el Santo Sepulcro, cuando al pronunciar la palabra «Pedro» se cascó su voz, y en sus mejillas, al compás de la emoción, aparecieron las lágrimas que duraron luego durante todo el rito. Incluso en momentos de especial confusión, como cuando un corto circuito pudo



19. El Papa se acerca a las aguas del lago de Tiberiades.

provocar el fuego en la basílica del Calvario, el Papa permaneció impávido, profundamente recogido en su interior meditación.

Eran éstas las señales externas del continuo diálogo con Cristo que Pablo VI mantuvo vivo durante su estancia en Palestina. Un encuentro con Jesús para acercarse más a El, para conocerle mejor evocando los episodios de su vida, tratando de recoger los ecos de su doctrina por los caminos que El recorrió. Un contacto directo con las fuentes, con los orígenes del Evangelio, cuya autenticidad quiere ver este Papa claramente reflejada en la Iglesia del siglo nuevo.

Pablo VI quería descubrir y tocar las huellas de Jesús y para ello se arrodilló en Getsemaní con el fin de besar la tierra, que Cristo empapó con su sangre, y subió por la Vía Dolorosa hasta la cima del Calvario, donde, junto al sepulcro vacío, con voz emocionada y rota por el continuo llanto, pronunció una delicada plegaria de conmovedores acentos, cuyo texto había sido redactado por el mismo Papa.

Pero Jesús no estuvo solamente en el Calvario. Su tierra era Galilea y por los caminos de la deliciosa Galilea pasó también Pablo VI. Se detuvo en Nazaret, donde todavía se respira el encanto, hecho de pobreza y humildad, que allí dejó la Sagrada Familia. En la gruta de la Anunciación el encuentro con Jesús se realizó en presencia de la Santísima Virgen, de quien habló el Papa con afectuosa devoción en su precioso discurso.

Desde Nazaret, siguiendo los caminos del Señor que suben hasta el Tabor y pasan Naín y Magdala, llegó Pablo VI a Cafarnaum rozando las orillas del lago evangélico. Senderos que hace dos mil años atravesaron tantas veces Jesús y Pedro, que nunca volvió a recorrer un Papa y que ahora, en pleno siglo XX, los ha vuelto a pisar el 262 sucesor del Pescador de Galilea.

Pablo VI pasó por Caná, donde un joven matrimonio árabe-cristiano quiso recordarle las bodas a las que Cristo fue invitado con su Madre. En el monte de las Bienaventuranzas, con el Evangelio en las manos, el Santo Padre leyó el sublime Sermón de la Montaña. En torno a ella Pablo VI rozó los campos de espigas, evocando las escenas de los apóstoles por aquellos parajes, y bajó hasta las laderas del lago Tiberiades para mojar sus manos en el agua, y recordar, en Tobga, la multiplicación de los panes; en la sinagoga de Cafarnaum, la historia personal de Pedro a través de sus relaciones con el Maestro y, en las orillas de Genesaret, la pesca milagrosa y la escena evangélica en la que el Señor, dialogando con Pedro, le confirió el primado.

Recogí en el lago de Genesaret un puñado de piedrecitas sobre las que

apoyó el Papa sus pies cuando se acercó a las aguas del Tiberiades. Se registró allí una de las escenas más bonitas del viaje del Papa. A la evocación interior que hacía Pablo VI y cuyos sentimientos se reflejaban claramente en su semblante se unió el encanto del lugar, la soledad en que allí estábamos los encargados de la información. Medí la importancia del momento y el valor del retraso en la actual civilización de las imágenes, cuando vi a los fotógrafos lanzarse como locos al agua para poder tomar de frente la escena que se desarrollaba en la orilla del lago. Allí se preparó Pablo VI para hacer al día siguiente en Belén su confesión de amor a Cristo.

Diálogo del Papa con los hombres

El diálogo de la Iglesia con los hombres de nuestro tiempo es una de las grandes ideas obsesivas de Pablo VI, como he explicado a lo largo del libro. El papa Montini lleva, como una especie de turgencia que no le deja tranquilo, el tormento del mundo moderno; es decir, el afán de hacer conectar a la Iglesia con este mundo, de entrar en diálogo abierto con la humanidad del siglo XX.

Durante el itinerario de Pablo VI por Palestina vimos todos una proyección estupenda de este esfuerzo: el Romano Pontífice traspasa las fronteras de su pequeño Estado; cruza por Italia; sube a un modernísimo avión, vuela sobre varias naciones enviando a sus jefes mensajes de saludo y de paz; llega al Oriente Medio; entra en contacto con un Estado árabe, que ni siquiera tiene relaciones diplomáticas con la Santa Sede; se entrevista con un rey musulmán; saluda a autoridades religiosas no cristianas; se deja custodiar por soldados desconocidos, auténticos legionarios, mercenarios beduinos; atraviesa las calles de Amman, donde la fantasía árabe no es capaz de cubrir la miseria de tanta pobre gente, refugiados o no, que viven en condiciones infrahumanas; se detiene en la tierra de Jesús, donde nada impide su contacto directo con las masas, católicas y no católicas, árabes, griegos, judíos; recorre los Santos Lugares para rezar y meditar devotamente en diálogo con Cristo, como antes decíamos, pero observa también a las gentes que le rodean, habla con todos, se acerca a las puertas de las casas y entra en ellas, para ver a los pobres y enfermos derramando por doquier bondad y caridad.

Observé continuamente en Palestina este afán por dialogar con el pueblo y acercarse a la gente. Cuando el Santo Padre salía de sus momentos de intensa concentración espiritual, su única preocupación era tomar contacto con la población católica, árabe o israelita, sin distinción de ninguna clase.

En este sentido el aspecto humano de la personalidad del papa Montini tuvo una proyección interesante. Quedaron rotas en absoluto todas las normas del protocolo. Pablo VI dio muestras de una sencillez encantadora. Visité la modestísima habitación que ocupó en su residencia palestinense. Le vi arrodillarse en el suelo pisado por Jesús; besar la tierra repetidas veces e inclinarse para tocar las aguas del Jordán y de Genesaret. Se interesó por el trabajo de los fotógrafos y habló con nosotros los periodistas en los lugares retirados donde esto le fue posible. Nunca podré olvidar la escena junto al lago de Tiberiades cuando el Papa, por iniciativa propia, rompiendo él mismo el cordón de los guardias, se acercó a nosotros y conversó afablemente con los que allí estábamos, para darnos a besar su mano y preguntarnos de dónde éramos y cómo iba nuestro trabajo.

Los que siguieron el viaje del Papa a través de las pantallas de la televisión recordarán las tumultuosas escenas de la puerta de Damasco, en Jerusalén. Seguramente que Pablo VI sufrió allí no poco y, sin embargo, aceptó, sonriente, las molestias, contento de encontrarse confundido entre la masa; una multitud en su mayoría árabe que aclamaba fanáticamente al Vicario de Cristo, movida por un entusiasmo contagiado, muy semejante al que invadió a los habitantes de Jerusalén cuando, hace dos mil años, aclamaban y recibían al mismo Cristo casi sin saber quién era aquel misterioso Profeta con aire de divinidad.

Con menos violencia, las escenas de la puerta de Damasco se repitieron a la entrada en Getsemaní, en Belén y en otros lugares; pero hay que decir que en alguna ocasión fue el mismo Papa quien las provocó en su intento continuado de acercarse a las gentes y dialogar con ellas. En Israel, donde el orden era perfecto y los cordones de la policía resultaban irrompibles, el Papa saciaba su nostalgia del contacto imediato con la masa saludando continuamente con el grito hebreo de *Shalom! Shalom!* (¡Paz! ¡Paz!).

En la Jerusalén jordana el Papa pidió que le llevaran a la casa de algún enfermo, como he narrado ya, y visitó así a un paralítico árabe, inmóvil desde hacía muchos años. Escena inefable la del coloquio del Vicario de Jesús con el pobrecito desgraciado. Encantadora estampa también en la entrada de la Jerusalén nueva, cuando al ofrecerles los judíos pan ázimo y

sal, el Santo Padre se agachó para coger del suelo el tarrito de sal que se había caído. En Betania Pablo VI aceptó una taza de café y un poco de agua que le ofrecieron los guardianes del santuario.

En Nazaret, después de la misa, tomó un vaso de leche que le presentaron unos campesinos llegados de los cercanos *kibbuzz*. En Meghiddo el Pontífice abrazó a un judío, el doctor Meir Mendes, cuyo padre fue salvado por monseñor Montini en el Vaticano durante la persecución nazi en Roma. Infinidad de anécdotas podríamos narrar para retratar los inagotables rasgos humanos de Pablo VI en Palestina.

Diálogo ecuménico en la cumbre

Vi al patriarca de Constantinopla[377] cruzar la puerta de la delegación apostólica, donde tuvo lugar su encuentro con el Romano Pontífice. La hierática figura de Atenágoras I me impresionó profundamente. Para la cristiandad, aquella tarde, 5 de enero de 1964, había sonado la hora de la más grande esperanza. Al día siguiente, como he narrado antes, Pablo VI fue al patriarcado ortodoxo de Jerusalén para devolver la visita a Atenágoras. Se repitió el encuentro en el mismo clima de amabilidad y de evangélica caridad.

¿Qué misteriosas palabras cruzarían durante su larga conversación los dos patriarcas, el de Occidente y el de Oriente? Los discursos oficiales pronunciados en aquella ocasión por Pablo VI y por Atenágoras I, las posteriores declaraciones de éste y las numerosas y expresivas alusiones que el Papa ha hecho ya al histórico acontecimiento, pueden hacernos intuir lo que todo esto significa en orden a la unión de las Iglesias. «El problema de la unidad no se puede ya eludir», afirmó categóricamente el Papa en su discurso de Belén. «La causa del ecumenismo ha dado en estos tres días más pasos que en los últimos cien años», comentó, hablando con los periodistas en la misma Jerusalén, el padre Duprey, encargado de la sección oriental en el Secretariado para la Unión de los Cristianos.

Rezar y trabajar por la unidad era otro de los fines fundamentales que el Papa se propuso en esta peregrinación que él mismo definió «de búsqueda». Sus sagrados afanes no han podido llegar a más espléndida conclusión. Quedó francamente abierto un camino nuevo que parece llevar con

prisa hacia la meta deseada. Los síntomas son muy claros. Las palabras del Papa también. Y el optimismo que desde entonces se viene respirando en Roma y Constantinopla es presagio de que tal vez a nuestro siglo le va a tocar ver cosas muy grandes en el campo del ecumenismo.

Es cierto, desde luego, que la sombra del abrazo de Pablo VI con Atenágoras I se viene proyectando con enorme fuerza desde Jerusalén hacia toda la cristiandad.

En la Historia los protagonistas de un acontecimiento no pueden normalmente prever cuáles serán las consecuencias de una palabra dicha o de un gesto realizado en un determinado momento.

El papa Montini no es el prelado de las espontaneidades que caracterizaban a Juan XXIII. Sus actitudes, sus discursos, sus escritos, llevan una profunda carga de reflexión que dejan traslucir el tormento interior de este hombre, su angustiosa inquietud ante los ideales delineados en el programa de su pontificado: la renovación de la Iglesia; el diálogo de la misma con un mundo en paz; la unidad de los cristianos.

Para lograr estas metas a Pablo VI se le ve dispuesto a todo, lanzado a las más insospechadas iniciativas. Por lo que se refiere al campo del ecumenismo hemos visto en Palestina hasta dónde han llegado sus gestos, visitando y ofreciendo dones al patriarca griego ortodoxo de Jerusalén, Benedictos; al patriarca armenio, Derderian —hay que poner también de relieve la importancia de estos encuentros—, y, sobre todo, a Atenágoras I de Constantinopla, patriarca ecuménico de todo el Oriente.

El saludo de paz, la oración común y el diálogo del Romano Pontífice con el más alto y distinguido personaje de la Iglesia oriental ha sido el acto de mayor trascendencia eclesial histórica registrado en este año 1964.

Desde el año 1439 —Concilio de Florencia— no se había vuelto a realizar ningún encuentro entre el patriarca de Oriente y el de Occidente. Esto es ya de por sí un dato muy significativo. Tanto más si se tiene en cuenta que el ambiente conciliar, en el cual se realizó este «diálogo en la cumbre», estaba dominado por una atmósfera sumamente esperanzadora, preparada por los precedentes que han venido abriendo camino al llamativo acontecimiento. El Concilio ha sido un precedente. Un precedente ha sido el Papa Juan XXIII, Atenágoras mismo, y el cardenal Montini, y el cardenal Bea.

El mundo de los últimos quince años ha sido un precedente con sus acontecimientos eclesiales, políticos y humanos, que habían de desembocar en el episodio de Jerusalén.

No hace muchos años, en 1959, Atenágoras declaraba a un periodista

católico francés: «Yo estoy dispuesto a ir a Roma. El Papa es el primer Obispo de la Iglesia de Cristo. El es la expresión auténtica de la plenitud del episcopado. Por eso entra en el orden normal de las cosas que el segundo obispo vea al primero, que el patriarca vea al Papa, con la condición de que la mano tendida encuentre los brazos abiertos». Palabras proféticas que, empalmadas con las que el enviado de Atenágoras dijo a Pablo VI en el Vaticano, el 28 de diciembre, y con las que luego hemos oído en Jerusalén, indican cómo las cosas han ido madurando conducidas por la mano misteriosa de Cristo, que preparó para nuestros días los tiempos nuevos.

Palestina, 1964: Nace la nueva frontera del ecumenismo

Dos cosas merecen especial atención, en el cuadro de los aspectos externos que caracterizaron el encuentro eclesial Oriente-Occidente: el lugar y el modo.

Jerusalén no ha sido una sede casual o neutral, ni un sitio pensado para eludir el suelo de Roma o de Constantinopla. Jerusalén era el lugar más indicado por su valor significativo, por ser el centro donde Jesús proclamó y realizó la unidad, rota luego por los hombres, y porque Jerusalén —como alguien ha comentado— es «símbolo de la abertura» decidida en aquel Concilio Apostólico en que Pedro recibió a Pablo y Pablo pidió a Pedro la abertura, la dilatación del Evangelio, por encima de las fronteras judaicas hacia los gentiles, hacia el mundo entero, con formas y estilo adecuados al mismo. Jerusalén es, además, el lugar donde más fácilmente puede encontrarse el sentido genuino y auténtico de la Iglesia que allí nació y dio sus primeros pasos, antes de que la empañasen la estratificación, las divisiones, el *juridicismo,* que ya desde los primeros siglos comenzaron a oscurecer la regla del amor y el espíritu de libertad traído por Cristo...

En cuanto al modo hay que fijarse en la cortesía o, más exactamente, en la caridad con que se realizó el encuentro. ¡Qué impresión nos hizo a todos los observadores allí presentes ver cómo se abrazaban Pablo y Atenágoras, cómo el Papa cogía del brazo al patriarca, le cedía el paso, le ponía a la derecha y, para estar a su mismo nivel, renunciaba al trono colocándose en un sillón igual que el de su huésped! Luego le devolvió la visita en un terreno de igualdad.

Aquí el Santo Padre, con su manera de obrar, puso de relieve un aspec-

to interesante en el problema de la unión. Y es que, al margen de las discusiones teológicas, e incluso jurídicas, que han de venir —lo ha dicho el Papa y lo ha dicho el patriarca—, como presupuesto necesario para realizar la unidad, conviene tener en cuenta la fraternidad en el episcopado. Dos obispos hermanos de la única Iglesia de Cristo: Pedro y Andrés, como dice Atenágoras, reconociendo que el Papa es el primer obispo... Es curioso observar a este propósito que el patriarca oriental fue recibido en el jardín de la residencia pontificia por tres cardenales, supremos dignatarios de la Iglesia de Roma, que dieron en absoluto la precedencia al patriarca y que, con su manera de proceder, hicieron ver que se sentían inferiores a él en dignidad. He aquí un detalle que tiene su importancia para quienes conocen la polémica sobre la precedencia entre cardenales y patriarcas.

En la línea de los hechos y de los gestos hay que recordar el obsequio del Papa a Atenágoras: un cáliz, símbolo de la *comunicatio in sacris* y de una luminosa esperanza que Atenágoras manifestó después en sus declaraciones: «Expreso el ardiente deseo de que el papa Pablo y yo podamos mezclar un día juntos el agua y el vino en este mismo cáliz».

Mientras tanto, la plegaria en común se ha realizado ya. Los dos patriarcas, por primera vez, después de centenares de años, han rezado juntos en la Ciudad Santa recitando la plegaria evangélica, al mismo compás, aunque en diversas lenguas, como símbolo de la catolicidad y diversidad dentro de la unidad. Sobre este hecho maravilloso puso el acento Pablo VI en el discurso que dirigió a Atenágoras.

El valor innovador de todas estas cosas es incalculable. Nada puede expresarlo mejor que la frase lapidaria del Papa pronunciada ya en Roma: «Nuestro viaje ha sido como un golpe de arado que ha venido a remover un terreno completamente endurecido e inerte».

Hay quien piensa que con el viaje del Papa a Palestina se ha abierto una nueva frontera en el campo de las relaciones entre las Iglesias separadas de Oriente y la católica. Es posible que venga ahora lo que podríamos llamar el período de la oración común y de la *communicatio in sacris* entre los pastores y fieles de estas cristiandades como última etapa preparatoria para la unión. Y como todo lo que está ocurriendo ha producido ya una cierta unidad, algunos quieren que no se hable en adelante de «Iglesias separadas», sino de «Iglesias hermanas».

Nació así en Jerusalén la nueva frontera del ecumenismo.

El viaje del Papa a Palestina proyectado sobre el Concilio

Desde Tierra Santa Pablo VI miraba continuamente al Concilio, abriéndole una serie de nuevas perspectivas que estamos palpando ya.

En la mente de Pablo VI el Vaticano II «es la manifestación y orientación hacia realidades concretas de un firme propósito que hoy tiene la Iglesia romana. Reorganizarse en torno al Evangelio, tornar rejuvenecida a sus orígenes. Descender desde la altura de sus profundos soliloquios al terreno de los hechos; ponerse sobre un plano existencial, de acción. La Iglesia peregrina quiere ser cada día el reflejo vivo de Cristo; caminar por los senderos de la pobreza, de la humildad, de la sencillez y de la caridad, hasta llegar a las últimas metas de la unidad. El viaje de Pablo VI a Palestina ha estado en esta línea, como expresión viva de los afanes del Concilio».

Estas palabras las ha dicho el padre Bevilacqua hablando en una conferencia sobre la peregrinación del Papa a Tierra Santa. La cita tiene un gran valor conociendo la figura de este sacerdote y la amistad que le liga con el papa Montini. Tanto, que Pablo VI, antes de ir a Palestina, le llamó para que le diese un retiro espiritual y se le llevó después a Tierra Santa, con el encargo de que en la Vía Dolorosa le predicase algunas de las estaciones del *Vía Crucis*. Cosa que luego no se pudo realizar porque, como ha dicho el mismo Bevilacqua en la citada conferencia, «todos los detalles de organización, cuidadosamente pensados y preparados, saltaron al aire en Jerusalén, cuando los pobres, sonriendo, con ardiente entusiasmo, sofocaron de amor a aquel que sin pompa alguna, con su dulleta blanca y con una sencilla estola, apareció ante las gentes sólo como Vicario del Redentor, pasando feliz confundido entre la masa bajo arcos de triunfo construidos con míseros trapos... Era el retorno a los orígenes de la Iglesia, el viaje que iniciaba una urgente transformación, en un gran encuentro con Cristo».

Buen y cercano testigo de todo lo que ocurrió en Palestina, el padre Bevilacqua ha testimoniado con sus palabras que el Concilio constituyó el centro de todos los pensamientos eclesiales que el Papa fue desflorando por los caminos de Jesús. Ahora los observadores de Roma afirman unánimemente que la peregrinación de Pablo VI a Palestina va a tener una influencia singular en la tercera etapa del Vaticano II.

«La próxima sesión del Concilio —ha dicho el doctor seglar Igino Giordani hablando desde las pantallas de la televisión italiana— estará influida y orientada por el resultado del viaje del Sumo Pontífice a Tierra Santa.

Este acontecimiento, seguido desde todas las partes del orbe por millones de hombres incluso no bautizados, ha desbordado la vida interna de la Iglesia interesando a toda la humanidad y poniendo de relieve que la religión no es un fenómeno marginal, sino un componente insustituible del mundo actual. Se ha visto el valor del papado y de la Iglesia. Todo esto tendrá su influencia en el Concilio cuando se traten los temas referentes a la estructura de la Iglesia, a su renovación y presencia en el mundo; y también cuando se aborden los problemas de la unidad, de la promoción de la paz y de la reconciliación entre hebreos y cristianos.»

De Palestina nos llega una tensión de reforma

Desde la tierra de Jesús Pablo VI nos pidió a todos una reforma capaz de poner a la Iglesia en su más fuerte tensión evangélica.

Es la idea de «vuelta a los orígenes», tan repetida por el Papa en sus discursos con acentuada explicación del genuino sentido de esta frase: No es que la Iglesia se haya separado de la línea que Cristo la trazó; es que en ese camino señalado por Jesús puede y debe correr cada día más, perfeccionándose continuamente y tratando de superar esquemas trasnochados, para dar al Evangelio nuevas y auténticas expresiones acomodadas al estilo de nuestro tiempo.

Evidentemente, esta reforma la ha de planear el Concilio y los campos sobre los que ha de proyectarse son muy amplios, como se ha señalado en otras páginas.

Si queremos recordar algunos puntos, ya tratados, poniéndoles ahora bajo la luz de las lecciones que nos dio el Papa peregrino por los caminos de Jesús, podríamos referirnos a los siguientes:

Las relaciones de la Iglesia con Cristo, tema precioso enriquecido con multitud de ideas de los discursos palestinenses del Papa y traducido a realidades en los gestos del Pontífice. El trabajo para la unidad entre las comunidades cristianas, que de Palestina ha recibido un impulso definitivo. El interés por la «Iglesia de los pobres», con la que el Santo Padre tuvo un encuentro muy real en la tierra de Jesús. Y los afanes de poner a la Iglesia en diálogo con los hombres; en este sentido el famoso y tan esperado esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo actual es tal vez el que más luces y sugerencias ha recibido de los hechos y pala-

bras del Papa en Palestina. El discurso de Belén es un texto fundamental en este sentido. «Miramos al mundo con inmensa simpatía... —dijo el Papa—. El cristianismo no se siente extraño al mundo.» Ante los graves problemas que acongojan a la humanidad «tenemos una palabra que decir, una palabra resolutiva». La dirá el Concilio en la constitución *De praesentia Ecclesiae in mundo hujus temporis*. Mientras tanto, ese esfuerzo hecho por Pablo VI para ponerse en contacto más directo y vital con los hombres y con los pueblos, con la civilización actual y con las pobres y tristes realidades de nuestro tiempo ha dado un gran impulso a la construcción de ese puente que la Iglesia quiere lanzar hacia el mundo moderno [378].

Gestos y palabras del papa Montini

El viaje de Pablo VI a Palestina no ha sido un episodio aislado en la vida del Romano Pontífice o un acontecimiento más en la trayectoria actual de la Iglesia: algo singular que ocupó por algunos días el primer plano en las pantallas del mundo y hubo de quedar luego arrastrado al olvido, dentro del vértigo de nuestra existencia, sitiada siempre por lo sensacional. La peregrinación de Pablo VI ha sido un suceso que los hombres no olvidarán fácilmente porque sus resonancias se harán sentir con vibrante sonido en la marcha futura de la cristiandad.

«Este retorno de Simón Pedro a su tierra natal, al final del segundo milenio de la Era cristiana, ha asombrado al mundo... Algo muy nuevo está sucediendo en la Iglesia, un evento colosal del que esta vuelta del Jefe de los apóstoles a los orígenes no es más que un episodio, que abre el camino nuevo, que marca la señal, por encima de toda raza o confesión, para la primera gran reunión de la familia humana.» Con estas amplias perspectivas François Mauriac presentó el viaje de Pablo VI en un profético artículo, publicado a primeros de este año 1964. El famoso y anciano escritor francés, nada sospechoso de clericalismo, habla en su escrito del «milagro de la Iglesia en 1964». «Contemplamos —dice— la aceleración de la Historia que se convierte ante nuestros ojos en aceleración de la gracia» [379].

Ya todo el mundo habla de la «nueva frontera», del «nuevo estilo», de la «nueva línea» de la Iglesia trazada por Pablo VI con su discurso de Belén y con sus actuaciones en Jerusalén y Roma.

La peregrinación del papa Montini por los caminos de Jesús hay que

verla y observarla desde este ángulo de perspectiva, bajo esta luz permanente, ahora que el recuerdo va dejando ya en la penumbra el aspecto anecdótico y puramente narrativo del acontecimiento para fijarse en lo fundamental: en los «signos de los tiempos» —la frase es del mismo Papa— que se han revelado en Palestina.

El paso de Pablo VI por Tierra Santa ha sido, sobre todo, un viaje de gestos y de realidades, no sólo de llamativas y esperanzadoras palabras. Ciertamente, los discursos del papa Montini en Palestina han pasado a la antología más selecta de textos eclesiales pontificios. Son palabras definitivas; pero todos sabemos cómo los gestos dicen a veces tanto y más que las palabras. Por eso en mi narración y comentarios he querido dar tanto relieve a los hechos y actitudes del Santo Padre.

En este sentido hay que anotar que la peregrinación del Vicario de Cristo a Palestina fue una revelación, un anuncio en clave de realidades y no sólo de palabras, del programa que Pablo VI se ha propuesto para su pontificado. Así, con sus gestos intrépidos, subrayados luego con expresivas discursos, el actual Pontífice hizo ver de una manera clara e incisiva lo que piensa, lo que pretende, hacia dónde quiere llevar a la Iglesia.

Pablo VI ha sido el primer Papa que, pisando las huellas mismas de Cristo, ha intentado, en los lugares en que se fundó la Iglesia, una confrontación de ésta con la imagen que de ella trazó Jesús. ¿Quién puede negar que fue éste un gesto sumamente significativo y de singular valentía?

El Papa, en Belén y en Nazaret, trató de intuir el ambiente que rodeaba a Jesús; encontró la misma pobreza que conoció Cristo; se acercó a las mismas grutas o casitas en las que estuvo el Señor y que todavía habitan hoy los pobres; vio el escenario en que Jesús y José trabajaron como carpinteros y pasó junto a la fuente de donde la Virgen sencilla sacaba agua... Pablo VI cruzó los caminos de Galilea que el Divino Profeta recorrió tantas veces a pie sufriendo frío, hambre y necesidades... Se acercó al lago Tiberiades, que guarda los ecos más auténticos del Evangelio predicado por el Salvador... Subió al monte desde el que nuestro Maestro proclamó las bienaventuranzas, es decir, el secreto del amor y de la auténtica felicidad del hombre... En Jerusalén Pablo VI contempló desde el monte de los Olivos el pináculo del templo, lugar en el que Jesús refutó todo *triunfalismo,* toda tentación de potencia terrena y de comodidad o placer... En el Calvario meditó profundamente lo que fue el sufrimiento de Cristo y la Redención... Y también lo que significó y significa para siempre la Resurrección. En el cenáculo se arrodilló en el suelo y rezó devotamente pensando en

la Iglesia que fundó Jesús, en la Iglesia que Pablo VI tiene ahora en sus manos...

Además, el Santo Padre, pasando de Jordania a Israel y de Israel a Jordania, pisó, como mensajero de paz, el lugar de la guerra. Se acercó a las alambradas que trágicamente dividen a la humanidad y pasó entre ellas con gallardía sembrando ideales de justicia y de amor, y gritando una y otra vez las palabras bíblicas: *Shalom! Shalom!* (¡Paz! ¡Paz!).

En la puerta de Damasco, en Jerusalén, junto a los poblados árabes y junto a los *kibbutz* judíos, en todos los espacios de Judea y Galilea aparecieron con atrayente fuerza los rasgos humanos de Pablo VI, sus actitudes eclesiales, traducción clara de sus afanes y pensamiento.

Estos fueron los gestos del Papa. Junto a ellos hay que poner las palabras que los explican y comentan.

"El quinto Evangelio"

La serie de discursos que Pablo VI pronunció en el marco palestinense forman una antología que merece especial atención. De propósito me he abstenido en este capítulo de citar los textos del Papa al compás de la narración; quería reservarme para dar ahora aquí íntegro el discurso de Belén, poniendo así el mejor epílogo a este capítulo.

Alguien ha llamado a ese documento «el quinto Evangelio». Es, ciertamente, un texto excepcional, en el que se nos da una visión realista, pero esperanzadora, del mundo actual, indicando la acción que la Iglesia está llamada a ejercer cerca de él:

> En Belén tenemos que dirigir tres palabras sencillas: la primera, a Cristo; la segunda, a la Iglesia, y la tercera, al mundo.

El Papa comienza dirigiendo su palabra a Cristo. Es la confesión del amor, en la que Pablo VI condensa todo el diálogo que en los días de Palestina ha tenido abierto con el Señor. Y hace la ofrenda de la Iglesia:

> A Cristo, en esta festividad de la Epifanía —que reviste el doble aspecto de la manifestación de Dios y del llamamiento de los pueblos a la fe—, ofrecemos de todo corazón, con humildad y modestia, pero con sincera alegría, nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor.

Solemnemente le dirigimos, haciéndola nuestra, la profesión de fe de Pedro :«Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo». Le decimos, además, como Pedro: «Señor, ¿a quién seguiremos nosotros? Sólo Tú posees palabras de vida eterna». E incluso hacemos nuestro el arrepentimiento y la confesión sincera de Pedro: «¡Señor!, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amamos».

A sus pies, como antaño lo hicieron los Magos, depositamos aquí los presentes simbólicos, reconociéndole como el Verbo de Dios hecho carne, y como Hombre, hijo de la Santísima Virgen María, nuestra Madre, el más excelso nacido en toda la humanidad. Le saludamos como el Mesías, el Cristo, el mediador, intercesor único, insustituible entre Dios y los hombres. El es el Pastor, el Señor, el Rey, el que fue, el que es y el que será.

Esta es la misma confesión que proclama hoy la Iglesia de Roma. Esta Iglesia que fue la de Pedro y fundasteis vos mismo, Señor, sobre esa misma piedra, y que, por consiguiente, es realmente vuestra Iglesia. Y he aquí la razón por la que se sigue conservando, prolongando vuestra Iglesia a través de la sucesión apostólica, ininterrumpida desde sus comienzos; salvad, Señor, esta Iglesia; defendedla, purificadla y fortificadla. Tú eres su vida, el Cristo de la Iglesia de Roma.

Esta confesión, esta profesión de fe, Señor, es la de toda vuestra Iglesia, a la que vos habéis querido y mantenido, una, santa, católica y apostólica. Todos los pastores y presbíteros, todos los religiosos y fieles, todos los catecúmenos de vuestra Iglesia universal, os ofrecen, al mismo tiempo que Nos, esta misma profesión de fe, de esperanza y de caridad. Todos nos acogemos a vuestra magnanimidad y confesamos vuestra grandeza. Todos nosotros escuchamos vuestra palabra y esperamos vuestra vuelta al fin de los siglos. Todos nosotros os agradecemos, Señor, el habernos salvado, elevado a la dignidad de hijos de Dios, de haber hecho de nosotros vuestros hermanos y de habernos infundido los dones del Espíritu Santo. Todos nosotros os prometemos vivir cristianamente, dentro de su esfuerzo de permanente obediencia a vuestra gracia, de renovación en nuestras costumbres. Todos nosotros os prometemos extender por el mundo vuestro mensaje de salvación y de amor.

Sigue el diálogo. Ahora con la Iglesia. Y Pablo VI expone su programa eclesial, hablando del Concilio y planteando como ineludible el problema de la unión de los cristianos:

Delante de este pesebre, Señor, queremos ahora dirigir nuestra palabra a la Iglesia, a cuya cabeza habéis querido poner esta humilde persona para que sea Pastor universal.

He aquí cuál es esta palabra: Simplemente, que la Iglesia de Cristo quiera hoy estar de todo corazón con Nos y quiera asociarse profun-

damente a la ofrenda que, en su nombre también, hacemos al Señor. En esta comunión reside su eficiencia, su dignidad y su armonía, juntamente con esas características que dan autenticidad a la verdadera Iglesia. Nosotros vivimos la hora histórica en la que la Iglesia de Cristo debe vivir su unidad, profunda y visible. Esta es la hora para nosotros de responder al deseo de Jesucristo: «Que ellos se unan completamente y que el mundo conozca que Tú, Padre mío, Tú me has enviado». A la unidad interna de la Iglesia corresponde en el exterior su fuerza apologética y misional.

Debemos concluir nuestro Concilio Ecuménico, debemos asegurar para la vida de la Iglesia novedad de sentimientos, de propósitos, novedad en sus apariencias y estilo, haciéndole recobrar su belleza de espíritu en todos los campos: en el pensamiento, en la palabra, en la oración, en los métodos educativos, en el arte y en la legislación canónica. Hará falta un esfuerzo unánime, al que todos los diferentes grupos deberán aportar su colaboración. Que cada uno comprenda esta llamada que le dirige Cristo por medio de nuestra voz.

Esto lo decimos a los católicos, que pertenecen ya a la barca de Cristo. Pero podemos extender la misma invitación a los hermanos cristianos que no están en comunicación completa con nosotros... Está claro que no se puede eludir el problema de la unidad: hoy esta voluntad de Cristo se impone en nuestras mentes y nos inclina a emprender con sabiduría y amor todo lo que sea factible para permitir a los cristianos gozar de la gran bienaventuranza y del supremo honor de la unidad de la Iglesia.

Aun en las circunstancias tan particulares en que nos encontramos hoy, debemos decir que tal resultado no puede ser nunca obtenido a costa de un detrimento de la fe y de sus dogmas. No podemos ser infieles al patrimonio de Cristo, pues no es nuestro, sino suyo; nosotros no somos más que los depositarios y los intérpretes. Pero lo repetimos una vez más: Estamos dispuestos a tomar en consideración todo medio razonable susceptible de facilitar las vías del diálogo, de alcanzar el mutuo respeto y la caridad absoluta con nuestros hermanos cristianos todavía separados de nosotros. La puerta del redil está abierta. La espera de todos es leal y cordial. El deseo es firme y permanente. El sitio disponible es amplio y cómodo. El paso a dar es esperado con todo nuestro afecto y puede ser dado con honor y en medio de un gozo mutuo. No queremos señalar unas etapas que entonces no serían libres ni plenamente espontáneas. Habrá de ser fruto de la inspiración divina, donde y cuando ésta quiera. Esperaremos ese feliz momento, que ha de llegar. Mientras tanto, pedimos a nuestros queridísimos hermanos separados solamente lo que deseamos para nosotros mismos: que el amor de Cristo y de la Iglesia inspire todo posible movimiento hacia el acercamiento y el encuentro. Procuraremos que el deseo de entendimiento y unión permanezca vivo e inalterable; pondremos nuestra confianza en la oración. Aun cuando ella

no sea todavía común, puede ser al menos simultánea y ascender paralelamente desde nuestros corazones, y desde los corazones los cristianos separados, para unirse a los pies del Altísimo, del Dios de la unidad.

Esperando, saludamos con mucho respeto y afecto a los ilustres y venerados jefes de las Iglesias distintas de la nuestra, reunidos aquí, a los que agradecemos cordialmente su participación en nuestra peregrinación; rendimos homenaje a la parte que ellos poseen del auténtico tesoro de la tradición cristiana y les expresamos nuestro deseo de un entendimiento dentro de la fe, la caridad y la disciplina de la única Iglesia de Cristo; enviamos nuestros votos de paz y de prosperidad a todos los pastores, religiosos y fieles de estas mismas Iglesias, sobre todo los cuales invocamos la luz y la gracia del Espíritu Santo.

La última palabra es para el mundo. Es el punto culminante del discurso. El Papa allana el camino para un encuentro entre el humanismo laico y el humanismo cristiano; se plantea el problema de la salvación del mundo moderno, al que Pablo VI mira con inmensa simpatía apreciando su capacidad para acoger el mensaje de Cristo, del cual es portadora la Iglesia. El Papa sueña con un mundo en paz, una cristiandad unida y una Iglesia renovada en diálogo abierto hacia todas las direcciones:

Queremos, por fin, en este bendito lugar y en esta hora especialísima, dirigir algunas palabras al «mundo». Por «mundo» entendemos todos aquellos que observan al cristianismo como desde fuera, es decir, todos aquellos que están o se sienten extraños con respecto a la cristiandad.

Quisiéramos, ante todo, presentarnos una vez más a este mundo en medio del cual nos encontramos. Nosotros somos los representantes y los promotores de la religión cristiana. Nosotros tenemos la certeza de predicar una causa que viene de Dios. Nosotros somos los discípulos, los apóstoles, los misioneros de Jesús, Hijo de Dios y de María, el Mesías, el Cristo. Nosotros somos los continuadores de su misión, los herederos de su mensaje, los ministros de su religión, que sabemos guardar con todas las garantías divinas de la Verdad. Nosotros no tenemos otro interés que el de anunciar nuestra fe. Nosotros no pedimos nada, sino la libertad de profesar nuestras creencias y de predicarlas a quien, con plena libertad, las acepte; acepte esta religión, esta relación nueva establecida entre los hombres y Dios por Jesucristo, Nuestro Señor.

Queremos añadir inmediatamente otro pensamiento que rogamos al mundo que considere con lealtad. Se trata del objetivo inmediato de nuestra misión. Este objetivo es el siguiente: Deseamos trabajar por el bien del mundo, por su interés, por su bienestar, e incluso creemos que el bienestar que le ofrecemos le es necesario.

Esta afirmación implica otras varias. Así: Miramos al mundo con inmensa simpatía, y si este mundo se considera a sí mismo extraño, ajeno a la cristiandad, ésta no se siente extraña al mundo. Cualquiera que sea el aspecto bajo el que se presente o la actitud que este mundo adopte con respecto a la cristiandad. Que lo sepa, pues, bien el mundo: los representantes y los predicadores de la religión cristiana aman al mundo con un amor supremo e insuperable: el amor que la fe cristiana infunde en el corazón de la Iglesia. Esta no hace nada más que servir de intermediaria al amor inmenso, maravilloso, de Dios hacia los hombres.

Esto quiere decir que la misión del cristianismo es una misión de amistad entre los pueblos de la tierra, una misión de comprensión, de aliento, de predicación, de elevación y —digámoslo una vez más— una misión de bienaventuranza. Sabemos que el hombre moderno se siente orgulloso de hacer las cosas por sí mismo. Inventa, descubre y realiza cosas sorprendentes. Pero todos estos resultados no le hacen ni mejor ni más feliz. No aportan a los verdaderos problemas del hombre la solución única, radical, universal. El hombre lucha con sigo mismo, conoce dudas atroces. Sabemos que su alma se encuentra envuelta en las tinieblas y presa de sufrimientos. Por eso vamos a decir a los hombres, al mundo, un mensaje que cremos liberador, y lo creemos así y nos sentimos autorizados a transmitirlo porque este mensaje es plenamente humano. Es el mensaje del Hombre al hombre. El Cristo que nosotros traemos a la humanidad es el «Hijo del hombre», como se llama El a sí mismo. El es el personaje más sublime nacido en el mundo, el prototipo de la nueva humanidad; es el hermano, el compañero, el amigo por excelencia. Solamente de El puede decirse con toda verdad que «sabía lo que pasaba en el hombre». El es enviado de Dios, pero no para condenar al mundo, sino para salvarlo.

El es el buen Pastor de la humanidad. No hay cualidad humana que no haya respetado, realzado, redimido. No existe sufrimiento humano que no haya comprendido, compartido y valorado. No hay necesidad humana —excepción hecha de toda imperfección moral— que no haya asumido y experimentado en sí mismo y propuesto a la mente y al corazón de otros hombres como objeto de los deseos y del amor de ellos, y, por así decirlo, como condición de la propia salud y bienestar. Incluso para el mal, que, en calidad de médico de la humanidad, El ha conocido y denunciado con el vigor más enérgico, ha tenido una infinita misericordia hasta el punto de hacer surgir, por medio de la gracia, en el corazón del hombre, las fuentes supremamente maravillosas de la redención y de la vida.

Pues bien, de la misma forma que el mundo sabe cómo el Cristo, que vive y reina en nuestra Iglesia, se manifestó a las gentes, partiendo de este lugar, de este pesebre sobre el que se señaló su aparición en la tierra, quisiéramos que el mundo que nos rodea tenga



20. Pablo VI y Atenágoras.

a bien recibir hoy, en nombre de Jesucristo, nuestro saludo lleno de respeto y de afecto.

El nuevo diálogo de la Iglesia con el mundo se inicia con el mensaje que desde Belén dirige el Papa a todos los pueblos y a todos los hombres. Es el mensaje de la paz y del amor.

Este saludo amoroso lo dirigimos especialmente a quienes profesan la creencia en un solo Dios —el monoteísmo— y que con nosotros rinden culto religioso al único y verdadero Hacedor, el Dios vivo y supremo, el Dios de Abraham, el Altísimo, aquel que precisamente sobre esta tierra —un día lejano que nos recuerdan la Biblia y el misal— fue celebrado por Melquisedec como «el Dios Altísimo, Supremo Hacedor del cielo y de la tierra». Nosotros, cristianos, instruidos por la Revelación, sabemos que Dios existe en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero consideramos siempre la naturaleza divina como única, proclamamos único al Dios vivo y verdadero. Por ello, que lleguen a esos pueblos adoradores de un Dios único nuestros mejores deseos de paz en la justicia.

Nuestro saludo se dirige también a todos los pueblos a los que nuestros misioneros católicos aportan, al mismo tiempo que la verdad evangélica, una invitación a participar del universalismo y un fermento capaz de hacer progresar la civilización.

Pero nuestro saludo hoy no puede conocer limitaciones: salta por encima de todas las barreras y quiere llegar a todos los hombres de buena voluntad e incluso a aquellos que, por el momento, no manifiestan amor alguno hacia la religión de Cristo; aquellos que se esfuerzan en impedir su predicación o en combatir a los fieles. Incluso a los perseguidores del catolicismo y a los que niegan a Dios y a Cristo. Les enviamos nuestro recuerdo paternal y doloroso, y serenamente les preguntamos: ¿Por qué, por qué?

Con el corazón invadido por estos pensamientos y estas oraciones, y desde Belén, patria terrestre de Cristo, invocamos para la humanidad entera abundancia de favores divinos.

Mensaje de Belén en 1964. Mensaje de Pablo VI a la Iglesia y al mundo. Con las glosas que el mismo Papa puso a su peregrinación por las tierras de Jesús, en los discursos de Palestina y también en los que ha ido pronunciando después; con sus gestos y palabras de cada día, el Santo Padre nos indica claramente que la Iglesia ha tomado un rumbo nuevo, un camino nuevo; se ha trazado una nueva frontera; está en una línea nueva.

Es la línea que prepararon los últimos papas. La línea que intuyó y puso en marcha Juan XXIII. La línea a la que el Concilio ha ido dando

forma y a la que Pablo VI está confiriendo estilo auténtico y definitivo. Es la aceleración de la Historia convertida en aceleración de la gracia, según la citada expresión de François Mauriac.

A los hombres y, sobre todo, a los jóvenes generosos de nuestra generación nos tocará recorrer este camino nuevo. Hay que estar atentos para captar y sintonizar con la nueva orientación, para actuar según el nuevo estilo: Observar hacia dónde va la Iglesia del futuro; hacia dónde lleva Pablo VI a la Iglesia de Cristo [380].

Epílogo

Mientras se imprimían las últimas páginas de este libro, Pablo VI ha publicado su primera encíclica «Ecclesiam suam». El documento pontificio lleva fecha del 6 de agosto, fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo, y fue hecho público en la mañana del día 10.

El mundo entero ha acogido con entusiasmo e interés esta primera carta del papa Montini. Se trata de un documento fundamental en la antología de textos eclesiales, que orientan la marcha de los tiempos nuevos. En él tenemos perfectamente reflejada la mentalidad del Papa actual y expuesto en síntesis su programa pontificio.

Esta encíclica nos dice claramente lo que va a ser la Iglesia con Pablo VI. Delinea los nuevos horizontes y señala los caminos que la Iglesia quiere recorrer en el futuro.

El pensamiento del Papa se mueve en torno a estas tres coordenadas:

— Conciencia de la Iglesia.

— Renovación de la Iglesia.

— Diálogo de la Iglesia con el mundo.

Desde su elección al supremo pontificado Pablo VI ha venido poniendo el acento sobre estos tres puntos, que constituyen el nervio de todos sus

escritos sobre la Iglesia. Por eso éstos han sido los temas desarrollados a lo largo de este libro. Y por eso, ahora, la nueva encíclica constituye el mejor epílogo que podía desear este volumen, dedicado a hablar del Papa y de la Iglesia de nuestro tiempo.

Así, pues, lector amigo, aquí tienes mi última palabra. Antes de que estas páginas finales entren en el vértigo de las rotativas, que las van a convertir en letra impresa, quiero decirte que la lectura de mi libro sólo quedará completa con una atenta lectura de la encíclica «Ecclesiam suam», *tema inagotable para nuestra meditación sobre la Iglesia...*

Notas

1. ECCLESIA

[1] El altar de la Confesión, en la basílica de San Pedro, es como el centro ideal de la Iglesia católica. En torno a este altar, erigido sobre la tumba del primer Papa, construyó Miguel Angel la famosa cúpula que corona el primer templo de la cristiandad. Podemos decir que, de la misma forma que el Coliseo resume en sí toda la monumental grandeza de la Roma de los Césares, la cúpula vaticana parece la expresión más justa de la sublimación que de Roma hicieron Cristo y Pedro. Tiene ciento trece metros de altura y cuarenta y dos de diámetro. Toda la parte interna está cubierta de mosaico. En la banda circular interior más alta están escritas, sobre fondo dorado, las palabras de Jesús a Pedro: *Tu es Petrus et super hanc Petram aedificabo ecclesiam meam et tibi dabo claves regni coelorum.* En la parte baja aparece completo, también con caracteres gigantescos de mosaico, el texto de San Cipriano, del que he citado algunas palabras: *Hinc una fides mundo refulget. Hinc sacerdotii unitas exoritur.* Es el texto que me sirvió de lema para el recordatorio de la primera misa. Juan XXIII quiso que el Concilio del siglo XX se celebrase junto al sepulcro de San Pedro, en la basílica vaticana, teniendo por escenario la Ciudad Eterna. Sobre Roma, como sede del Concilio, escribió el cardenal Montini una página preciosa en su pastoral *Pensemos en el Concilio,* publicada en la Colección «Iglesia, siglo XX»; «Sígueme», Salamanca, 1962, págs. 13-16.

— La frase «El papado es un carisma de unidad» está inspirada en las palabras que el patriarca Máximo IV Saigh dijo durante su intervención conciliar sobre el esquema *de Ecclesia,* en la XLII Congregación General, 7 de octubre de 1963. El texto de esta intervención ha sido publicado íntegro, en su original francés —lengua usada por el patriarca—, en *La Documentación Catholique,* 60 (1963), cols. 1.458-1.460: «*Le premier Concile oecuménique du Vatican à défini le dogme de la primauté du Pontife romain. Cette définition a donné lieu, çà et là, à des interprétations abusives qui l'on défigurée, faisant de la primauté, qui est charisme fait par le Christ à son Eglise, un obstacle à l'union des chrétiens*».

— Sobre el sepulcro de San Pedro se repartió a los padres conciliares, en varias lenguas, al comienzo de la LXXIV Congregación General —25 de noviembre de 1963—, un libro preparado por M. Guarducci: *La tradizione di Pietro in Vaticano alla luce della storia e dell'archeologìa,* Tipografía Políglota Vaticana, 1963. La traducción española fue preparada por la sección de Lengua Española de la oficina de prensa del Concilio.

— La cita de Pío XII es del discurso que pronunció el 1 de enero de 1952 ante los pere-

grinos alemanes. *Discorsi e radiomessaggi,* Tipografía Políglota Vaticana, vol. XIII, pág. 453.

[2] Según el elenco oficial de los papas, publicado por el *Anuario Pontificio,* Pablo VI es el doscientos sesenta y dos sucesor de San Pedro. Es decir, con Montini ha habido ya doscientos sesenta y tres papas, quedando excluidos, naturalmente, de este número, que podríamos llamar oficial, todos aquellos a quienes la Historia señala claramente como antipapas.

[3] El texto oficial del discurso que el papa Pablo VI pronunció en la inauguración de la segunda sesión del Concilio está publicado en AAS, 55 (1963), págs. 841-859. A los padres conciliares se les entregó este documento en un elegante folleto de cuarenta y cuatro páginas que lleva el siguiente título: *Pauli VI Pont. Max. Allocutio ad Patres Concilii Oecumenici Vaticani II in Basilica Vaticana habita cum altera Sessio inchoaretur die XXIX mensis septembris anno MDCCCCLXIII,* Tipografía Políglota Vaticana. El Sumo Pontífice habló en latín, pronunciando al final unos párrafos en griego y ruso. El texto italiano apareció en *L'Osservatore Romano* del 30 de septiembre de 1963. Este original en italiano, que, a juzgar por el estilo, fue, sin duda, el que redactó directamente Pablo VI, es el que he tenido presente para mi traducción. Entre el texto oficial latino y el original italiano se notan en algunos párrafos ciertas diferencias de matices. Al hacer mi versión he tenido también a la vista, como base, la traducción española que se distribuyó a los padres conciliares y a los periodistas, y que luego publicó *Ecclesia,* 2 (1963), páginas 5-15.

— Este documento merece la mayor atención, por lo cual le citaré en este libro numerosas veces hasta dar su texto completo. Se trata de un discurso que Pablo VI escribe a los tres meses de su elección, en la más excepcional ocasión que podía presentársele, y que tiene, como he dicho, el valor de una primera encíclica. Juan XXIII, elegido Papa el 28 de octubre de 1958, publicó su primera encíclica programática, *Ad Petri Cathedram,* ocho meses después de su elevación a la cátedra de Pedro, el 29 de junio de 1959. Pío XII, elegido Sumo Pontífice el 2 de marzo de 1939, firmó su primera encíclica, *Summi Pontificatus,* el 20 de octubre de 1939. Pío XI, elevado al solio papal el 6 de febrero de 1922, lanzó su primera encíclica, *Ubi Arcano Dei Consilio,* el 23 de diciembre de 1922. Benedicto XV, elegido Papa el 3 de septiembre de 1914, publicó su primera encíclica, *Ad Beatissimi Apostolorum Principis Cathedram,* el 1 de noviembre de 1914. Pío X, primer Papa de nuestro siglo —4 de agosto de 1903—, escribió su encíclica programática, *E supremi Apostolatus cathedra,* el 4 de octubre de 1903.

— No todos los discursos del Papa aparecen en *Acta Apostolicae Sedis.* El Vaticano publica las alocuciones y radiomensajes del Santo Padre en volúmenes especiales correspondientes a cada uno de los años de pontificado. En este libro, para citar los documentos de Pablo VI, me serviré, generalmente, de *L'Osservatore Romano,* que reproduce siempre el texto original. Las traducciones he procurado cuidarlas todo lo posible. *Ecclesia* publica, semanalmente, en español, todos los documentos pontificios.

[4] Cfr. Cipriano Calderón, *Montini, Papa,* «Sígueme», Salamanca, 1963, cap. 27, «Montini: Visión de la Iglesia», págs. 219-220.

[5] Son innumerables los textos de Juan Bautista Montini sobre la Iglesia. Para referirme sólo a los fundamentales habría que citar las homilías de Pentecostés, los mensajes sobre la unidad de la Iglesia, escritos todos los años con ocasión del octavario, que se celebra en el mes de enero, y algunos discursos pronunciados en congresos y asambleas de especial categoría. El *Ufficio Studi Arcivescovile,* en un volumen titulado *La Chiesa —Discorsi dell'Arcivescovo di Milano—,* 1957-1962, Milán, 1962, ha publicado los siguientes documentos: *La Iglesia en sus aspectos esenciales,* radiomensaje con ocasión de la misión de Milán de 1957; *La misión de la Iglesia,* discurso pronunciado en el II Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos, Roma, octubre de 1957; *La caridad de la Iglesia para con los alejados,* conferencia de la VIII Semana Nacional de Pastoral, septiembre de 1958; *Unidad y papado en la Iglesia,* lección en el Cursillo de Estudios Cristianos de la *Pro Civitate Christiana,* de Asís, agosto de 1960; *Lo que la Iglesia es y lo que la Iglesia no es,* discurso inaugural en la misión de Florencia, 1960. La traducción española de este último documento está publicada en *Montini, Papa,* «Sígueme», Salamanca, págs. 321-335. En el mismo libro, páginas 236-340, está publicado en español el texto de la homilía sobre «el misterio de la Iglesia», pronunciada por el cardenal Montini en Milán el día de San Ambrosio, 7 de diciembre de 1962.

[6] René Laurentin, *L'enjeu du Concile. Bilan de la deuxième session 29 septembre-4 décembre 1963,* Seuil, París, 1964, pág. 32.

[7] Yves M.-J. Congar, perito conciliar, *Le Concile au jour le jour, deuxième session,* Cerf, París, 1964, pág. 84.

— La cita de Bevilacqua está tomada de su libro *L'uomo che conosce il soffrire,* Studium, Roma, 1964, pág. 17.

[8] Monseñor Giovanni Colombo, arzobispo de Milán, *Prima lettera dal Concilio,* Roma, 6 de octubre de 1963, en *Rivista Diocesana Milanese,* 3 (1963), pág. 600.

[9] Monseñor Henri Jenny, obispo titular de Licaonia, nacido en Tourcoing, el 11 de julio de 1904, fue ordenado de sacerdote en 1927 y nombrado obispo auxiliar de Cambray en marzo de 1959. Habló sobre este tema en la XLI Congregación General (4 de octubre de 1963).

[10] Texto tomado de la pastoral *Pensemos en el Concilio,* ya citada, págs. 42-43.

[11] No he visto publicado en ninguna parte, hasta ahora, el texto completo de la referida intervención del cardenal Montini en el Concilio. Yo tuve la suerte de oírle y, colocado en mi mesa de trabajo, como encargado de la sección de Lengua Española de la oficina de prensa del Concilio, tomé algunos apuntes. El futuro Papa comenzó dando su total adhesión al plan de conjunto que había expuesto el cardenal Suenens para hacer del esquema *de Ecclesia* el tema principal y central de todo el Concilio. Esta constitución dogmática —explicó después—, por su importancia, debe constituir el nervio y punto focal de todos los demás documentos del Vaticano II. ¿Qué es la Iglesia? ¿Qué hace la Iglesia? Misterio y acción de la Iglesia: He aquí las dos grandes coordenadas para todos los estudios y decisiones conciliares. Según el cardenal Montini, el esquema elaborado por la comisión preparatoria contenía muchos elementos útiles, pero no era satisfactorio en su conjunto. Resultaba, por lo mismo, necesario profundizar más en la doctrina y elaborar un nuevo texto que respondiera mejor a los fines del Concilio. El futuro Papa se alegraba de que el Vaticano II hubiese tributado un homenaje a San José y mostrase su veneración a la Virgen con un texto dedicado a Nuestra Señora; pero lo más importante era celebrar a Cristo. El arzobispo de Milán habló sobre la relación de Jesús y la Iglesia y expresó su voto para que el esquema tratase profundamente este tema, pidiendo que se hiciese una constitución dogmática de estilo menos jurídico; un texto que expresase mejor lo que es el misterio y la vida de la Iglesia. En la segunda parte de su intervención el cardenal Montini hacía notar que no le satisfacía el esquema en la parte referente al episcopado. La doctrina sobre esta materia aparecía expuesta de una forma más jurídica que teológica. Hay que indagar cuál era la mente y la voluntad de Cristo sobre los obispos, usando el método de la constitución *Pastor Aeternus,* para tratar, sucesivamente, de la institución del Colegio apostólico, de la sucesión del mismo, de las funciones episcopales, de los poderes del obispo y de la sacramentalidad del episcopado. Hay que ver al obispo no solamente bajo su aspecto jurídico, sino como imagen del Padre. Por lo que se refiere a la misión de la Iglesia y sus derechos hay que tener presente que los hombres de nuestro tiempo no reconocen fácilmente los derechos divinos que tiene la Iglesia; y, en cambio, son sensibles ante los derechos naturales, considerando siempre una injusticia la conculcación de estos derechos humanos. Conviene, pues, insistir en este aspecto. A todo el esquema hay que darle un tono más ecuménico, reelaborándole con una colaboración más amplia, llamando a trabajar en él a cuantos puedan dar su útil aportación. *Hoc schema a Commissione mixta recognoscatur ut apte et congruenter sit compositum;* éstas son algunas de las ideas que el futuro Pablo VI expuso ante los padres conciliares, hablando sobre el esquema *de Ecclesia* en la primera sesión del Vaticano II. Para reconstruir su intervención sólo he tenido delante mis apuntes personales y un breve resumen publicado en *La Documentation Catholique,* 60 (1963), cols. 51-52. No es extraño, por lo mismo, que la reconstrucción sea tan pobre. Fue, sin embargo, uno de los mejores discursos pronunciados durante aquel primer debate referente al esquema *de Ecclesia* en su primera redacción. El cardenal habló suavemente, pero, al mismo tiempo, con mucha claridad y valentía, colocándose en posición abierta y avanzada. Suscitó aplausos en la asamblea y sus palabras tuvieron luego una gran resonancia e influencia en la dialéctica conciliar. Véanse, en mi libro *Montini, Papa,* las págs. 290-295, dedicadas a la acción en el Concilio del entonces arzobispo de Milán; en ellas se habla largamente de la repercusión que tuvo el voto a que nos estamos refiriendo.

[12] Monseñor Emilio Guano, obispo de Livorno, nacido en Génova, el 16 de agosto de 1900, fue ordenado de sacerdote en 1922 y nombrado obispo en abril de 1962. Para su intervención en el Concilio véase el comunicado en lengua española, de la oficina de prensa del Concilio, número 3, de 2 de octubre de 1963. *(Ecclesia* fue reproduciendo el texto de estos comunicados en los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1963.)

— Sobre la derivación de la Iglesia del misterio pascual de Cristo habló maravillosamente el cardenal Lercaro durante la XL Congregación General (3 de octubre de 1963), y el ya citado obispo auxiliar de Cambray, monseñor Henri Jenny, durante la XLI Congregación General (4 de octubre de 1963).

[13] Texto tomado de *La Chiesa nei suoi aspetti essenziali*, radiomensaje del cardenal Montini con ocasión de la misión de Milán de 1957, en *La Chiesa...*, pág. 5.

[14] Del discurso de Pablo VI a la Comisión Episcopal para América latina, 9 de julio de 1963, en *L'Osservatore Romano*, 10 de julio de 1963.

[15] Carta de Pablo VI al episcopado católico, 30 de abril de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 1 de mayo de 1964.

[16] Véanse, por ejemplo, las obras del padre Lombardi: *Para un mundo nuevo*, Balmes, Barcelona, 1952, caps. VIII-XII, págs. 177-261; *Ejercitaciones para un mundo mejor*, BAC, Madrid, 1962, caps. VII-X, págs. 74-97. En estos dos libros el famoso jesuita desarrolla ampliamente el tema «del misterio de Jesús», hablando de la actualidad de Cristo y de las ansias de la generación actual frente al mensaje del Señor. Puede leerse también el prólogo que el padre Bevilacqua ha puesto a la cuarta edición de su libro *L'uomo che conosce il soffrire*.

[17] Texto tomado de la pastoral de monseñor Montini sobre Cristo: Monseñor Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán, *Omnia nobis est Christus. Lettera pastorale all'archidiocesi Ambrosiana per la S. Quarésima dell'anno del Signore MCMLV*, Secretariado Diocesano pro Seminario, Milán, 1955.

[18] La Secretaría de Estado es la atalaya de la Iglesia desde la que mejor se puede observar el mundo. En el gobierno central de la cristiandad este dicasterio es para el Papa algo así como lo que sería para los Estados modernos el Ministerio de Asuntos Exteriores y el de la Gobernación si se fundiesen en un mismo organismo. En la Secretaría de Estado los más inmediatos colaboradores del Sumo Pontífice toman cada día el pulso al catolicismo y siguen atentamente la marcha de los acontecimientos que va creando la Historia. A la Secretaría de Estado van a parar todos los informes que envían al Santo Padre los nuncios y delegados apostólicos esparcidos por todo el orbe, y con este organismo mantienen contacto directo y diario los representantes de las naciones que ejercen funciones diplomáticas cerca de la Santa Sede. Así, pues, los altos prelados de este importante dicasterio romano son los eclesiásticos mejor enterados de la marcha del mundo y de los problemas de la Iglesia. Pasar unos años ocupando un puesto de responsabilidad en un organismo así, sirviendo de enlace entre el Papa y las naciones, es vivir en la mejor encrucijada para observar a los hombres y los acontecimientos de una época. Monseñor Montini llegó a la Secretaría de Estado en 1924. En 1937 fue nombrado sustituto y en 1952 prosecretario, cargo que ocupó hasta su elevación al arzobispado de Milán, en noviembre de 1954. Le tocó, por lo mismo, vivir, junto a Pío XI y Pío XII, las más grandes tragedias que ha conocido Europa y el mundo: las violencias de las dictaduras nazi y fascista; la expansión del comunismo, con sus catástrofes; la guerra mundial y los grandes acontecimientos que acompañaron a todos estos fenómenos, con sus tremendas repercusiones dentro y fuera de la Iglesia. Experiencia incomparable para preparar a un futuro Pontífice. Bien se ha podido decir que la Secretaría de Estado ha sido siempre un seminario para la formación de papas y cardenales.

[19] Del radiomensaje del cardenal Montini *La Chiesa nei suoi aspetti essenziali*, en *ob. cit.*, página 8.

[20] Texto de la ya citada pastoral de monseñor Montini sobre Cristo.

[21] De la homilía de Pablo VI en el día de su coronación. Texto original en AAS, 55 (1963), páginas 616-625. Traducción española en *Montini, Papa*, pág. 348.

[22] Del discurso de Pablo VI a los fieles de la parroquia de Nuestra Señora de la Salette, 15 de marzo de 1964. Texto en *L'Osservatore Romano*, 19 de marzo de 1964.

[23] La encíclica *Mystici Corporis* fue, tal vez, el documento más importante del pontificado de Pío XII. El texto oficial latino apareció en AAS, 35 (1943), págs. 193-248. En español tenemos varias ediciones, entre las que podemos citar: *El Cuerpo Místico*, «Sígueme», Salamanca, 1960 [4].

[24] La Comisión Teológica, preparatoria del Concilio, que, en frase de monseñor Felici —secretario entonces de la Comisión Central—, era algo así como la espina dorsal de las otras comisiones,

fue instituida, como las demás, con el *Motu proprio «Superno Dei nutu»*, de 5 de junio de 1960: AAS, 52 (1960), págs. 433-437. La Comisión Teológica ocupaba el primer lugar, después de la Central, en el elenco de los organismos preparatorios del Vaticano II y su fin era: «Examinar e investigar las cuestiones referentes a la Sagrada Escritura, a la Sagrada Tradición, a la Fe y costumbres». Estaba presidida por el cardenal Ottaviani, secretario del Santo Oficio, y formada por treinta y un miembros y treinta y seis consultores, a los que ha de añadirse el secretario, cargo ocupado por el padre Sebastián Tromp, S. J., profesor de Teología en la Universidad Gregoriana. De los treinta y un miembros cinco eran arzobispos residenciales y seis obispos, dos residenciales y cuatro titulares. Los demás eran todos famosos teólogos, profesores de Universidades o de importantes centros de estudios; así, figuraban tres rectores magníficos de Universidades pontificias, como la Lateranense, el Ateneo de Propaganda Fide y el Antoniano, de Roma; había dos profesores de la Gregoriana y otros dos del Angélico, de la Lateranense y de la de Lovaina; otros eran profesores en Munich, Washington, Salamanca, Milán y Friburgo; algunos eran sacerdotes seculares y otros religiosos dominicos, franciscanos, jesuitas y agustinos. En el grupo de los consultores estaban representadas Universidades de diversas naciones del mundo, así como de numerosas familias religiosas. Tanto los miembros como los consultores de la comisión eran especialistas en las materias que la misma iba a tratar y la mayoría de ellos eran publicistas de primera línea en el campo de los estudios eclesiásticos. En su conjunto representaban a quince países diversos: Alemania, Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Hungría, Irlanda, Italia, Suiza, Ucrania, Yugoslavia. Para el elenco completo de los miembros y consultores véase *Pontificie Commissioni Preparatorie del Concilio Ecuménico Vaticano II,* II edizione, a cura della Segreteria della Pontificia Commissione Centrale, 1961, págs. 48-55. Sobre el sistema de trabajo de la Comisión puede verse lo que dice Boaventura Kloppenburg, O. F. M., consultor de la Comisión Teológica preconciliar, en su libro *Concilio Vaticano II,* vol. I, Documentario Preconciliar, Vozes Ltda., Petrópolis, 1962, pág. 119.

— A esta comisión preparatoria sustituyó luego, apenas comenzado el Vaticano II, la conciliar llamada *Commissio de doctrina Fidei et Morum* (Cfr. *Ordo Concilii Oecumenici Vaticani II Celebrandi,* Tipografía Políglota Vaticana, 1962, pág. 18), que estaba también presidida por el cardenal Ottaviani y que constaba de veinticinco padres conciliares, a los que asistían en sus trabajos numerosos peritos teólogos, moralistas y escrituristas. Para el elenco de los miembros de la comisión consúltese *Commissioni Conciliari,* a cura della Segreteria Generale del Concilio, 30 de noviembre de 1962; *Commissioni Conciliari,* II edizione, a cura della Segreteria Generale del Concilio, 4 de noviembre de 1963, y *L'Osservatore Romano,* 11 de enero de 1964: «Nuevos nombramientos del Papa para las comisiones conciliares».

— Hay que hacer notar que la comisión conciliar de *doctrina Fidei et Morum* no había revisado el esquema *de Ecclesia* elaborado por la Comisión Teológica preparatoria y cuyo texto fue distribuido a los padres en la Congregación General del 23 de diciembre. Hace también al caso notar que la constitución sobre la Iglesia se presentaba al Concilio después de haber sido retirado el esquema *de Fontibus revelationis.* Esto ayuda a comprender el clima psicológico existente en torno a un documento conciliar que procedía de la misma comisión que había preparado el esquema sobre las fuentes de la Revelación; ya, al hablar sobre esta constitución, el cardenal Suenens, arzobispo de Malinas-Bruselas, en la XIX Congregación General —14 de noviembre de 1962—, hizo notar que así como no le agradaba el documento sobre las fuentes de la Revelación tampoco le agradaba ninguno de los otros esquemas preparados por la Comisión Teológica.

— La presentación del esquema *de Ecclesia* ante los padres conciliares la hizo el cardenal Ottaviani y la relación estuvo a cargo de monseñor Franic, obispo de Split (Yugoslavia).

[25] *Schemata Constitutionum et Decretorum de quibus disceptabitur in Concilii sessionibus,* series secunda, *de Ecclesia et de B. Maria Virgine* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, 1962. Puede verse un resumen del contenido del esquema y una explicación del mismo en Boaventura Kloppenburg, *Concilio Vaticano II,* vol. II, *Primeira sessão (Set.-Dez. 1962),* Vozes Ltda., Petrópolis, págs. 234-235.

[26] El debate se extendió durante seis Congregaciones Generales, del 1 al 7 de diciembre de 1963. Hablaron setenta y ocho padres, entre los cuales había veintidós cardenales, un patriarca, dieciocho arzobispos, treinta y cinco obispos y dos superiores religiosos, pertenecientes todos ellos a muy diversas naciones. Podríamos registrar aquí unas cuantas ideas señalando los aspectos más vitales de aquel interesante debate conciliar, pero temo que cualquier síntesis desfigure por com-

pleto el cuadro de conjunto. Véase mi artículo *Vaticano II: La Constitución dogmática sobre la Iglesia,* en *Ecclesia,* 30 de marzo de 1963, págs. 25-27.

[27] La presentación la hizo el cardenal Ottaviani, presidente de la comisión de *doctrina Fidei et Morum,* actuando luego de relator el cardenal Browne, vicepresidente de la misma. En el período de la reelaboración del esquema, el citado organismo se había dividido en subcomisiones, llamando a colaborar en el trabajo a miembros de otros organismos conciliares interesados en las diversas materias. Se utilizó como base o punto de partida un texto provisional en el que había trabajado un grupo de famosos teólogos, que encomendaron la redacción de su proyecto al distinguido catedrático de la Universidad de Lovaina monseñor Philips. Este proyecto, cuya copia conservo en mis carpetas conciliares, iba patrocinado de alguna manera por el cardenal Suenens, que fue el que tuvo la ponencia *de Ecclesia* en la Comisión Coordinadora, encargada de dar normas a las demás comisiones sobre el modo de preparar los nuevos esquemas. El episcopado alemán presentó también a la Comisión Teológica un proyecto de esquema *de Ecclesia;* otro fue presentado por el asesor del Santo Oficio, monseñor Parente. También el episcopado chileno presentó el suyo y no faltaron abundantes sugerencias y textos de diversos grupos de obispos y peritos. A base de este inmenso material, y teniendo presentes los votos expresados por los padres durante los debates de diciembre de 1962, salió el nuevo esquema, redactado, en alguna de sus partes, con un poco de prisa, supervisado por la Comisión Coordinadora y enviado a los padres en dos fascículos distintos; la primera parte con fecha 22 de abril de 1963, por mandato de Juan XXIII, y la segunda con fecha 19 de julio de 1963, por mandato de Pablo VI.

[28] *Schemata Constitutionum et Decretorum de quibus disceptabitur in Concilii Sessionibus, Schema Constitutionis Dogmaticae de Ecclesia, Pars I* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, 1963; *Schemata Constitutionum et Decretorum de quibus disceptabitur in Concilii Sessionibus, Schema Constitutionis Dogmaticae de Ecclesia, Pars II* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, 1963. Como documentos complementarios, iniciadas ya las sesiones del segundo período del Concilio, se distribuyeron a los padres: *Emendationes a Concilii Patribus scripto axhibitae super Schema Constitutionis dogmaticae de Ecclesia, Pars I* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, 1963; *Emendationes a Concilii Patribus scripto exhibitae super Schema Constitutionis dogmaticae de Ecclesia, Pars II* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, 1963, y *Relatio super Schema Constitutionis Dogmaticae de Ecclesia* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, 1963.

— Sobre el esquema *de Ecclesia* la oficina de prensa del Concilio facilitó a los periodistas una documentación en la que se reproducía, entre otras cosas, el siguiente texto del cardenal Döpfner que orienta muy bien sobre el contenido de la constitución: «En este esquema se ha querido dar a conocer la Iglesia en toda la riqueza de su vida y de sus propiedades características, tal y como ella se nos manifiesta en las palabras del Señor contenidas en los Evangelios, y en la predicación de los apóstoles, sobre todo del apóstol Pablo. La Iglesia aparece presentada como el pueblo elegido de Dios al que están llamados a formar parte los hombres de todo país y nación; como el Signo de la Salvación alzado en el mundo; como el Místico Cuerpo de Cristo, del cual el Señor, en cuanto Cabeza, es el principio vital, operando la salvación en medio de los hombres. De esta visión de conjunto del misterio de la Iglesia se pasa a considerar los diversos órdenes de personas que la componen. Ante todo, las que están investidas de una función jerárquica: el Papa y los obispos, los sacerdotes y los diáconos. Ellos tienen todos la tarea de servir al entero pueblo de Dios continuando la obra de Cristo como sus instrumentos y heraldos. Aquí justamente aparece una de las preocupaciones particulares del Concilio: la de esclarecer mayormente la posición y la misión del Colegio Episcopal y de cada uno de los obispos, dentro, sin embargo, de la plena aceptación de las decisiones del Concilio Vaticano I y de la definición dogmática sobre el primado del sucesor de Pedro. Se pasa a hablar después de los laicos, los cuales constituyen la mayor parte del pueblo de Dios, con la tarea de inserir el mensaje de Cristo en la vida de cada día, en la familia y en la profesión, y de manifestar en tal modo ya desde ahora el afirmarse del Señorío de Cristo sobre el mundo, en espera de su pleno cumplimiento en la segunda venida del Señor al fin de los tiempos. Y, por último, se habla de las personas consagradas a Dios, las cuales, con una vida llevada bajo el signo de la pobreza, de la castidad y de la obediencia, tratan de dar a la Iglesia, peregrinante aún aquí abajo, el ejemplo de una existencia humana completamente centrada en Dios. El esquema sobre la Iglesia no trata, en modo alguno, de formular principios revolucionarios: como todo Concilio, también el Vaticano II desarrolla sus trabajos con la más grande preocupación por mantenerse fiel a la constitución divina de la Iglesia según la Tradición. Nutrimos, sin embargo, la esperanza de que este texto podrá ofrecer los principios funda-

mentales que deberán después inspirar y guiar los sucesivos trabajos del Concilio sobre las tareas peculiares del obispo, sobre el apostolado de los laicos, sobre el movimiento ecuménico y sobre tantos otros problemas y tareas de la Iglesia en nuestro tiempo».

[29] Para la crónica y balance completo sobre los debates en torno al esquema referente a la Iglesia, además de los comunicados de la Oficina de prensa del Concilio, que *Ecclesia* reprodujo en sus números de septiembre y octubre de 1963, pueden consultarse las siguientes obras: Boaventura Kloppenburg, O. F. M., *Concilio Vaticano II,* vol. III. *Segunda sessão (Set.-Dez. 1963),* Vozes Ltda., Petrópolis, págs. 21-225; Yves M.-J. Congar, *Le Concile au jour le jour, deuxième session,* Cerf, París, 1964, págs. 89-123; René Laurentin, consultor de la Comisión Teológica preparatoria, perito del Vaticano II, *L'enjeu du Concile. Bilan de la deuxième session 29 septembre-4 décembre 1963,* Seuil, París, págs. 37-110; Antoine Wenger, *Vatican II, Chronique de la deuxième session,* Centurión, París, 1964, págs. 28-132; José Luis Martín Descalzo, *Un periodista en el Concilio, II etapa,* PPC, Madrid, 1964, págs. 87-282.

[30] Sobre los trabajos de la Comisión Teológica en estos primeros meses de 1964, y sobre el nuevo texto del esquema referente a la Iglesia, se han publicado numerosas noticias en la prensa y revista de información católica. Véanse mis artículos: *Perspectivas conciliares tras el viaje del Papa a Palestina,* en *Ecclesia,* 1 de febrero de 1964, págs. 23-26; *Tareas de las comisiones conciliares en orden a la tercera sesión del Vaticano II,* en *Ecclesia,* 28 de marzo de 1964, págs. 23-26.

[31] Cardenal Leo Jozef Suenens, arzobispo de Michelen-Bruselas. Es uno de los miembros más jóvenes y más brillantes del Sacro Colegio, primado de Bélgica y amigo personal del Papa; goza de un prestigio excepcional en la Iglesia. Tiene publicados varios libros; entre otros, *Iglesia en estado de misión,* que lleva prólogo de monseñor Montini. En septiembre de 1963 Pablo VI le nombró moderador del Concilio. El texto de su intervención sobre el esquema *de Ecclesia,* a que me he referido, ha sido muy difundido. Grazioso Ceriani le publica íntegro en su obra *L'ora del Concilio, cronache e primo bilancio del Concilio Vaticano II (prima sessione),* Massimo, Milán, páginas 395-399.

[32] Domenico Grasso, S. J., *Bilancio de la seconda sessione del Concilio,* en *La Civiltà Cattòlica* (1964), I, pág. 331.

[33] *La Chiesa nei suoi aspetti essenziali,* en *La Chiesa..., ob. cit.,* pág. 5.

[34] *Ibídem,* pág. 8.

[35] *Unitá e Papato nella Chiesa,* en *La Chiesa..., ob. cit.,* pág. 85.

[36] *Pensemos en el Concilio,* en *ob. cit.,* págs. 28-30.

[37] Del discurso de Pablo VI a los seminaristas el 4 de octubre de 1963, en *L'Osservatore Romano,* 6 de octubre de 1963.

[38] De la homilía a los periodistas que tuvo Pablo VI en la capilla paulina el 1 de diciembre de 1963, en *L'Osservatore Romano,* 2-3 de diciembre de 1963.

[39] Del discurso de Pablo VI en la parroquia de Nuestra Señora de la Salette, 15 de marzo de 1964, en *L'Osservatore Romano,* 19 de marzo de 1964.

[40] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 9 de octubre de 1963, en *L'Osservatore Romano,* 10 de octubre de 1963.

[41] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 18 de diciembre de 1963, en *L'Osservatore Romano,* 19 de diciembre de 1963.

[42] Del discurso de Pablo VI a una peregrinación de la archidiócesis de Trento, 8 de marzo de 1964, en *L'Osservatore Romano,* 9-10 de diciembre de 1964.

[43] Del discurso pronunciado por Pablo VI en la audiencia general del 9 de octubre de 1963, en *L'Osservatore Romano,* 10 de octubre de 1963.

[44] *L'Oservatore Romano,* 18 de mayo de 1964.

[45] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 5 de febrero de 1964, en *L'Osservatore Romano,* 6 de febrero de 1964.

[46] Daniel-Rops, *A orillas de la Plagaria,* «Destino», Barcelona, 1956, pág. 36.

[47] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 4 de marzo de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 5 de marzo de 1964.

[48] Cfr. la exhortación del Santo Padre a la parroquia de Casal Bertone, 1 de marzo de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 6 de marzo de 1964.

[49] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 8 de abril de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 9 de abril de 1964.

[50] Cfr. el discurso de Juan XXIII a la colonia irlandesa de Roma, en *Discorsi Messaggi Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII, III, Terzo anno del Pontificato*, Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1962, pág. 174.

[51] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 6 de mayo de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 7 de mayo de 1964.

[52] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 2 de junio de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 3 de junio de 1964.

[53] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 15 de abril de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 16 de abril de 1964.

[54] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 29 de abril de 1964, en *L'Osservatore Romano*, 30 de abril de 1964.

[55] El esquema sobre la Virgen ha sido uno de los que más vicisitudes ha sufrido desde que comenzó a prepararse el Vaticano II. En un principio se pensó que fuese un capítulo de la constitución sobre la Iglesia. Se encargó de redactarle un especialista en la materia, con el plan de presentarle al examen de la primera sesión general de la Comisión Teológica, en septiembre de 1961. Pero los principales mariólogos de la comisión, al estudiar el proyecto, le encontraron inmaturo, aduciendo contra él numerosas objeciones. El redactor propuso entonces con insistencia que el capítulo *de Maria* se separase del esquema *de Ecclesia;* sin embargo, la mayoría de los teólogos llamados a estudiar la cuestión se opuso a ello. Una subcomisión de obispos y especialistas revisó el texto que, finalmente, fue presentado al pleno de la Comisión Teológica, presidida por el cardenal Ottaviani, el 5 de marzo de 1962. Tras un profundo debate el relator consiguió que el capítulo sobre la Virgen pasase a formar un esquema separado. Con esto, el proyecto, que, como parte integrante de la constitución dogmática sobre la Iglesia, era largo y desproporcionado, como esquema particular resultaba demasiado corto. Así las cosas, en aquellos mismos días de marzo de 1962 algunos miembros y consultores de la Comisión Teológica, trabajando de noche y con prisa, reelaboraron un poco el texto para poderlo presentar en la sesión plenaria del día 9, en la que se corrigieron algunas cosas. La subcomisión competente volvió luego, en el mes de abril, a revisar el esquema, teniendo presente un contraproyecto presentado por el secretario de la Comisión Teológica, padre Tromp, cuyas propuestas fueron de alguna manera incorporadas al esquema. Este quedó así listo para ser enviado a la Comisión Central preparatoria del Vaticano II, la cual examinó el texto mariano en su última sesión —junio de 1962—, durante la última jornada, y en la última hora de reuniones, el día 29.

Inaugurado ya el Concilio —11 de octubre de 1962—, el equema de la Virgen —*Schema Constitutionis dogmaticae de Beata Maria Virgine Matre Dei et Matre Hominum*— fue impreso y distribuido a los padres formando un mismo volumen con el *de Ecclesia (Schemata Constitutionum et Decretorum de quibus disceptabitur in Concilii sessionibus, Series Secunda: De Ecclesia et de Maria Virgine)*. El texto sobre Nuestra Señora ocupaba seis páginas en folio, más veinticuatro de notas. Bajo el título general de *María, Madre de Dios y Madre de los hombres,* la constitución dogmática referente a la Virgen constaba de seis artículos que trataban sobre los siguientes temas: la estrecha relación que existe entre Cristo y María según el beneplácito divino; la función de la bienaventurada Virgen María en la economía de nuestra salvación; los títulos con los cuales se suele expresar la «consociación» de la Virgen con Cristo en la economía de nuestra salvación; los singulares privilegios de la Madre de Dios y de los hombres; el culto hacia la beatísima Virgen María, fautora de la unidad cristiana.

En la misma Congregación General en que se distribuyó el esquema —23 de noviembre— el secretario del Concilio, monseñor Felici, anunció a la asamblea que la constitución sobre la Virgen sería sometida a discusión tan pronto como acabasen los debates referentes al decreto *ut unum sint,* que trataba sobre la unidad de la Iglesia; es decir, en los últimos días del primer período conciliar, antes de entrar en el examen sobre el esquema *de Ecclesia.* Tres días después,

en la mañana del 26, se cambió la orden y se anunció a los padres que, después del decreto sobre la unidad, entraría inmediatamente en discusión la constitución dogmática referente a la Iglesia, «de la cual —se dijo— forma parte el esquema sobre la Virgen». Este anuncio motivó una intervención del cardenal Ottaviani, presidente de la Comisión Teológica, el cual, en la Congregación General del día 28, propuso que no se comenzase en aquel período del Concilio el estudio sobre la constitución *de Ecclesia*, ya que se trataba de un esquema muy largo, que exigía un prolongado debate y que, por lo mismo, no podría ser terminado en los pocos días que le quedaban a la primera etapa del Vaticano II. El cardenal pedía, en cambio, que se examinase el esquema sobre la Virgen, el cual resultaba lo suficientemente breve para ser terminado e incluso aprobado para el día 8 de diciembre, pudiéndose así concluir la primera sesión del Concilio con un gran homenaje a María Santísima en la fiesta de la Inmaculada Concepción. El Consejo de Presidencia, después de intensas consultas, no aceptó la propuesta del cardenal Ottaviani, y así, el estudio del esquema de la Virgen por parte de la asamblea ecuménica quedó aplazado.

Terminada la primera sesión del Concilio Juan XXIII dio a las diversas comisiones normas para que los esquemas fuesen reducidos y reelaborados a la luz de los fines ecuménicos y pastorales del Vaticano II, y teniendo en cuenta la mentalidad ya manifestada por la asamblea durante las Congregaciones Generales del primer período. En los primeros meses de 1963 la Comisión *de Fide et Moribus,* abrumada por la inmensa mole de trabajo que la proporcionó la revisión de las constituciones dogmáticas sobre la Revelación divina y sobre la Iglesia, no tuvo tiempo, al parecer, de retocar el esquema sobre la Virgen, por lo cual éste fue enviado de nuevo a los padres, al final de la primavera, impreso en un fascículo en el que aparecía el antiguo texto con un nuevo título: *Schema Constitutionis Dogmaticae de Beata Maria Virgine Matre Ecclesiae.* Se veía así la intención de estudiar la posición de la Virgen bajo un nuevo enfoque: «Madre de la Iglesia».

Apenas comenzó la segunda sesión del Concilio, en el pasado mes de octubre, durante los debates sobre la constitución dogmática referente a la Iglesia fueron numerosos los padres que aludieron al esquema de la Virgen, pidiendo unos que el texto pasase a formar un capítulo dentro de la constitución sobre la Iglesia y oponiéndose otros a esta propuesta. La Comisión Teológica estudió el asunto y en una votación obtuvieron mayoría los que deseaban la unión del esquema mariano al de Ecclesia. Pero, como la mayoría no fue muy amplia, los cardenales moderadores del Concilio decidieron someter el problema a la votación de la asamblea, la cual se pronunció, después de un interesante debate, en el que el cardenal König habló en favor de la inclusión y el cardenal Santos en contra. Uno y otro expusieron sus razones con altura y dialéctica, esforzándose en atraer la atención de sus distinguidos oyentes. El 29 de octubre de 1963 se votó sobre la siguiente proposición: «¿Agrada a los padres que el esquema referente a la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, se adapte de tal forma que constituya el capítulo VI del esquema sobre la Iglesia?». Monseñor Felici advirtió que los padres que votasen *placet* deseaban que el esquema sobre la Virgen formase el capítulo último de *de Ecclesia;* y que, en cambio, los que votasen *non placet* querían que el esquema mariano fuese una constitución propia, distinta de la *de Ecclesia.* El moderador, cardenal Agagianian, hizo notar a la asamblea que la votación que iba a tener lugar, fuera cual fuere el resultado, no disminuía en nada la dignidad de la Santísima Virgen y el honor o devoción que los fieles la deben; que la votación no afectaba al contenido del esquema, que en su momento oportuno sería sometido a discusión; que la adaptación del texto sería hecha por la comisión competente, y que la mayoría requerida en este caso era sólo el cincuenta por ciento de los votos más uno. Mil ciento catorce padres votaron *placet,* es decir, «sí» a la inclusión, y mil setenta y cuatro se pronunciaron por el «no». Así, pues, aunque con corta mayoría, la cuestión quedó definitivamente decidida en sentido positivo. Y quedó, al mismo tiempo, planteada a la Comisión Teológica el problema de redactar un nuevo texto que encuadre perfectamente en la constitución dogmática sobre la Iglesia. Tarea ésta que se preveía nada fácil, dada la tensión existente entre las dos tendencias. En seguida aparecieron numerosos proyectos muy distintos entre sí. Con miras a resolver el problema se formó primero una comisión de expertos, que se fue luego reduciendo hasta que el asunto quedó en manos de dos famosos teólogos, representantes de las dos distintas corrientes: el padre Balic, franciscano, presidente de la Academia Mariana Internacional, y monseñor Philips, profesor de la Universidad de Lovaina. Estos dos peritos conciliares, teniendo en cuenta las aportaciones de los diversos grupos de estudio, y en contacto con los exponentes de las distintas tendencias, redactaron un texto que, tras un difícil acuerdo, fue adoptado como base para la discusión en la Comisión Teológica. Esta examinó el proyecto en su reunión de mayo de 1964 y, después de amplia discusión y de algún

retoque, aprobó un texto definitivo que, según ha declarado el cardenal König (cfr. *La Rocca*, 15 de junio de 1964, pág. 17), «satisface a ambas tendencias». Así, pues, el último capítulo del esquema *de Ecclesia,* dedicado a la Virgen, está ya a punto para ser presentado en la sesión conciliar de 1964.

— Como fácilmente se intuye siguiendo las vicisitudes por las que ha pasado el esquema de la Virgen y que he narrado sumariamente, bajo la cuestión de procedimiento late un serio problema de otro carácter que motiva las diversas posiciones. No es éste lugar para entrar a fondo en el delicado y difícil asunto sobre el que tanto se ha escrito recientemente por parte de los especialistas. Diré sólo que el problema tiene una triple vertiente: teológica, pastoral y ecuménica.

— Por lo que se refiere al campo doctrinal se puede notar que hay actualmente una serie de cuestiones teológicas que suscitan profundas divergencias entre los mariólogos. Se colocan, de una parte, quienes dicen que «*de Maria nunquam satis*» y, de otra, los que buscan una posición más equilibrada, de la que podría ser expresión la famosa frase de San Ambrosio: «María es el templo de Dios, pero no el Dios del Templo». Para estudiar a fondo la cuestión mariana pueden consultarse, entre los libros más recientes, y de más circulación en los ambientes conciliares: Yves M.-J. Congar, *Il Cristo Maria e la Chiesa,* traducción de Olga Corziatto, Borla, Turín, 1964; René Larentin, *La Question Mariales,* Seuil, París, 1963; *Sancta Maria, Ecclesiae Mater, pro Beatissima Virgine Maria, in Concilio Vaticano II, Gloriosa Praedicanda;* opera et studio Societatis Mariologicae Hispanae, Madrid, 1964.

— Los padres conciliares han tenido durante los dos primeros períodos del Vaticano II los siguientes documentos sobre la Virgen: el *Schema Constitutionis dogmaticae de Beata Maria Virgine Matre Dei et Matre Hominum,* en *Schemata Constitutionum et Decretorum de quibus disceptabitur in Concilii sessionibus, Series secunda, de Ecclesia et de B. Maria Virgine* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1962; *Schemata Constitutionum et Decretorum de quibus disceptabitur in Concilii sessionibus: Schema Constitutionis Dogmaticae de Beata Maria Virgine Matre Ecclesiae* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963; *Emendationes a Concilii Padribus scripto exhibitae super schema Constitutionis dogmaticae de Beata Maria Virgine Matre Ecclesiae* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963; *Relatio circa schema Constitutionis dogmaticae de Beata Maria Virgine, Matre Ecclesiae* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963. Este último fascículo contiene los discursos pronunciados por los cardenales Santos y König, a que me he referido más arriba.

— Sobre el problema mariano en el Concilio cfr. René Laurentin, *ob. cit.* Boaventura Kloppenburg, *ob. cit.* Antoine Wenger, *ob. cit.*

[56] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 14 de agosto de 1963, en *L'Osservatore Romano,* 15 de agosto de 1963.

[57] Artículo 103 de la constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Ecuménico Vaticano II: *Constitución sobre la Sagrada Liturgia,* «Sígueme», Salamanca, 1963.

[58] Citado por Hans Küng, *El Concilio y la unión de los cristianos,* Herder, Santiago de Chile, 1962, pág. 134.

[59] *L'Osservatore Romano,* 5 de junio de 1964.

[60] Sobre *María, Madre del Señor, Imagen de la Iglesia,* ha publicado recientemente un precioso libro el viceprior de la comunidad protestante de Taizé, Max Thurian, que asiste al Concilio como observador, huésped del Secretariado para la Unión de los Cristianos: *Maria, Madre del Signore Immagine della Chiesa,* Morcelliana, Brescia, 1964. Es interesante fijar aquí la atención en este libro considerando que el problema mariano presenta un aspecto ecuménico de singular importancia. Por un lado, es bien sabido que la figura de la Virgen tiene, en la liturgia y en la vida cristiana de los hermanos orientales, un puesto de excepcional relieve; pero, por otro lado, resulta que el culto a Nuestra Señora es uno de los principales obstáculos, por parte de los protestantes, para el camino de la unión. Hans Küng, uno de los peritos conciliares más sensibles al ecumenismo, analiza ampliamente este problema en su libro *El Concilio y la unión de los cristianos,* págs. 131-135. La cosa es compleja y delicada. Pero los ecumenistas saben muy bien que la Virgen es la *Mater Unitatis,* y que nada le puede ser más grato a ella que la recomposición de la unidad de los cristianos. Esta posición de la Madre puede hacerlo todo fácil en este campo, si las cosas se miran con serenidad, sin fanatismo por ninguna de las dos partes, y con sentido eclesial. Un buen ejemplo de esta actitud es el libro de Max Thurian, *Marie, Mère du Seigneur, figure de l'Eglise.*

He citado la edición italiana porque lleva un prólogo del padre Bevilacqua que merece especial atención, por la autoridad de este religioso y por las interesantes ideas que allí expone a propósito del problema mariano y su aspecto ecuménico. Dice, entre otras cosas, que Max Thuriam «ha sabido analizar ampliamente uno de los puntos más cruciales de divergencia entre católicos y evangélicos, no sólo con amplia información y riguroso método crítico, sino también con perfecta lealtad, sentido ecuménico y esa simpatía por el tema sin la cual el mismo análisis crítico queda debilitado en sus posibilidades indagadoras. La Virgen aparece en el libro como lo que es y ha sido siempre en la liturgia y en el pensamiento católico: la creatura más teocéntrica y cristocéntrica, porque siendo la más humilde ha sido llevada al vórtice de la vida trinitaria: primer y más alto fruto de la Redención, templo de Dios. Las numerosas citas del autor sobre el pensamiento mariano de los padres de la Reforma hacen todavía más segura y confortante la *constatación* de que lo que nos divide de nuestros hermanos es infinitamente menos de lo que con ellos nos une... Después de leer las páginas de Max Thuriam muchos católicos tendrán la impresión de haber encontrado, en un país lejano, un extranjero, el cual, con gran maravilla para nosotros, habla con tanta verdad y calor de nuestra Madre que nos sentimos espontáneamente obligados a llamarle *hermano*». Para tener un juicio completo sobre este libro, que ha suscitado notable interés, tanto en el campo católico como protestante, véase la crítica que hace de él el conocido mariólogo René Laurentin: *La Vie Spirituelle* (1963), pág. 499.

[61] Textos tomados del citado discurso pronunciado por Pablo VI en la basílica de Santa María la Mayor, en *L'Osservatore Romano,* 13 de octubre de 1963.

[62] Del discurso de Pablo VI en la audiencia general del 27 de mayo de 1964, en *L'Osservatore Romano,* 28 de mayo de 1964.

[63] Del discurso de Pablo VI en la clausura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, 4 de diciembre de 1963, en *L'Osservatore Romano,* 5 de diciembre de 1963.

[64] En la fase antepreparatoria del Concilio más de seiscientos obispos pidieron expresamente que el Vaticano II hablase sobre la Virgen (cfr. *Acta et Documenta Concilio Vaticano II apparando, Series I, Appendix voluminis II, Pars I, 1961,* págs. 131-142). A causa de la tensión teológica, pastoral y ecuménica que se ha producido en torno al esquema mariano, la palabra del Concilio sobre María Santísima es muy esperada. Interesante me parece, a propósito de todo esto, la observación hecha por Nazareno Fabreti: «Sea cual fuere el destino final del esquema sobre la Virgen en la tercera sesión del Concilio, hay ya una cosa cierta, y es que el Vaticano II, afrontando este tema, ha logrado restituir a la doctrina y a la devoción en torno a la Madre de Dios, amplitud, transparencia, objetividad y equilibrio. Ha nacido o está naciendo así una doble y positiva consecuencia: un acercamiento o confrontación por parte de algunas corrientes protestantes con un tema y una figura que había sido usada muchas veces en función polémica, más que estudiada con libertad de espíritu; también la revisión por parte de muchos confeccionadores de manuales de piedad mariana de elementos, tal vez conmovedores desde el punto de vista de la buena fe, pero nada persuasivos desde el ángulo de la autenticidad teológica y litúrgica». *(L'Avvenire d'Italia,* 22 de marzo de 1964.)

[65] Con esta preciosa oración termina Pablo VI el citado discurso pronunciado en Santa María la Mayor el 11 de octubre de 1963.

[66] Texto tomado del discurso, ya citado, de Pablo VI en la clausura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II.

[67] De la carta de Pablo VI al episcopado católico, 30 de abril de 1964, en *L'Osservatore Romano,* 1 de mayo de 1964.

2. EL SIGLO DE LA IGLESIA

[68] «*Videte Ecclesiae Surgentis exordium*», frase tomada de la liturgia de Navidad, Lecciones de San Ambrosio en Maitines. *Breviarium Romanum, die 25 decembris.*

[69] Algunos de estos teólogos centroeuropeos usan mucho este término de «siglo de la Iglesia». El más explícito en este aspecto es el dominico francés Yves M.-J. Congar. La cita está tomada de su libro *Vatican II, le Concile au jour le jour,* Cerf, París, 1963, pág. 86. Allí aparecen citadas

las palabras de Romano Guardini y se hace referencia al libro que O. Dibelius publicó en 1926 con el título *El siglo de la Iglesia.*

[70] Una crónica sobre cómo siguieron la agonía de Juan XXIII y cómo actuaron antes y después de su muerte los encargados de la información, acuartelados, por decirlo así, en la *Sala Stampa del Vaticano,* puede verse en mi libro *Montini, Papa,* capítulo II: «De Juan XXIII a Pablo VI». Con ocasión de la muerte del papa Roncalli y de la elección de Pablo VI, *Epoca, Paris Match, Life* y otros famosos semanarios de circulación mundial dedicaron al acontecimiento números enteros magníficamente presentados, que se agotaron con una facilidad sorprendente. Para informar sobre el viaje de Pablo VI a Palestina, la televisión italiana, *Epoca* y *Paris Match* realizaron la operación periodística más gigantesca de la Historia. La narración de la misma está en el número de *Paris Match* del 18 de enero de 1964, págs. 22-26. Sobre la actuación de la televisión italiana publicó abundante información *L'Osservatore Romano,* 1 de enero de 1964, y un artículo *L'Osservatore della Domenica,* 12 de enero de 1964. Ya es significativo que esos grandes semanarios que tienen una difusión tan amplia en tantos ambientes profanos, y generalmente frívolos, dediquen números exclusivos a acontecimientos de la Iglesia.

[71] *Discorsi, Messaggi, Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII,* II, Secondo anno del Pontificato, 28 de octubre de 1959-28 de octubre de 1960, Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1961, pág. 747.

[72] Cfr. discurso de Pío XII a la juventud italiana de Acción Católica, 19 de marzo de 1958, *Discorsi e Radiomessaggi de Sua Santità Pío XII,* Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1959, tomo XX, págs. 23-26.

[73] Bibliografía sobre Pío IX: Ludovico Masetti Zanini, *Il bichiere di Papa Mastai,* Queriniana, Brescia, 1957; Domenico Massè, *Pío IX, Papa e Príncipe italiano,* Paoline, Módena, 1957; Alberto Serafini, *Pío IX, Giovanni Maria Mastai Ferretti, dalla giovinezza alla morte nei suoi scritti e discorsi editi e inediti,* volumen I, *Le vie della divina Providenza.* Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1958; Pierre Fernessole, *Pie IX, Pape (1792-1878),* Lethielleux, París, dos t., 1960-1963.

[74] Bibliografía sobre León XIII: Adriano Pierconti, *Da Leone XIII a Pío X, diario dal giorno 3 Luglio al 9 Agosto 1903 con documenti inediti,* Cooperativa poligráfica, Roma, 1904; P. G. Monetti, *Leone XIII,* Pía Società San Paolo, Roma, 1936.

[75] Bibliografía sobre San Pío X: Cardenal Merry del Val, *Pío X,* Il Messaggero di San Antonio, Padua, 1949; Pierluigi Occelli, *Il B. Pío X, Papa,* Paoline, Roma, 1951; Igino Giordani, *Pío X, un prete di campagna,* Società Editrice Internazionale, Turín, 1951; José María Javierre, *San Pío X, Cartas,* Juan Flors, 1954; *San Pío X a Venezia,* Celebrazioni e Documenti, en *Rivista diocesana del patriarcato di Venezia,* junio de 1959; José María Javierre, *Pío X,* Juan Flors, Barcelona, 1961 [5].

[76] Bibliografía sobre Benedicto XV: Fernand Hayward, *Un Pape Méconnu, Benoît XV,* Casterman, Tournay, 1955; Giambattista Migliori, *Benedetto XV,* G. Daverio, Milán, 1955 [2].

[77] Bibliografía sobre Pío XI: Guido Guida, *Pío XI,* Lucchi, Cerdeña, 1938; Luigi Salvatorelli, *Pío XI e la sua eredità Pontificale,* Einaudi, Turín, 1939; Giulio de Rossi dell Arno, *Pío XI e Mussolini,* Corso, Roma, 1954; Carlo Confalonieri, *Pío XI visto da vicino,* S. A. I. E., Turín, 1957; Michel de Kerdreux, *Dans l'intimité d'un grand Pape, Pie XI,* Salvator, Tournay, 1963.

[78] Bibliografía sobre Pío XII: Mansueto Kohnen, *Pío XII,* trad. de Oscar Rivero, Difusión, Buenos Aires, 1946; Piero Bargellini, *Il Pastore Angélico, Pío XII,* Sansoni, Florencia, 1948; Myron C. Taylor, *La corrispondenza fra il Presidente Roosevelt e Papa Pío XII durante la Guerra,* traducción de Francesco Mezzanotte, Garzanti, Cernusco sul Naviglio, 1948; Nazareno Padellaro, *Pío XII,* Tosi, Roma, 1949; Paul Dahm, *Pío XII, una vida para la justicia y la paz.* Dinor, San Sebastián, 1953; Ricardo Lombardi, *Pío XII, per un mondo migliore, La Civiltâ Cattòlica,* Roma, 1954; Jo Gérard, *Pie XII et le Vatican,* Goemaere, Bruselas, 1954; P. Pfeister, *Pío XII, estampas del Vaticano,* «Juventud», Barcelona, 1955; Príncipe Constantino de Baviera: *El Papa; un retrato de su vida,* «Destino», Barcelona, 1955 [2]; *Pío XII Pont. Max. postridie Kalendas Martias MDCCCLXXVI-MDCCCCLVI,* Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1956; Lercaro-Montini-Rebecchini, *Pío XII,* Vita e Pensiero, Milán, 1956; Luisa Spielgelberg Horno, *Dios guarde al Papa; la vida de Su Santidad contada a los niños,* Studium, Madrid, 1958; Alden Hatch y Seamus Walshe, *Corona de Gloria, vida del papa Pío XII,* trad. por Felipe Ximénez de Sandoval, Espasa-

Calpe, Madrid, 1958; *Pío XII il grande,* Paoline, Roma, 1959; M. Fraigneux, *Pío XII frente al mundo actual,* Atenas, Madrid, 1958; Riccardo Galeazzi-Lisi, *Dans l'ombre et dans la Lumière de Pie XII,* Flammarion, París, 1960; Igino Giordani, *Pío XII, un grande Papa,* Società Editrice Internazionale, Turín, 1961; Pío XII, *Discorsi e radiomessaggi di Sua Santità Pío XII,* veinte tomos y uno de índices. Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1955-59; *Pío XII a los españoles,* Oficina de Información de la Embajada de España cerca de la Santa Sede, Roma, 1957.

— Mientras preparo este libro, como reacción espontánea contra la deplorable obra *El Vicario (Der Stellvertreter),* de Rolf Hochhuth, y contra los que insensatamente han coreado este desgraciado drama, ha surgido en el mundo entero un movimiento en torno a Pío XII. Así, se han publicado en la prensa mundial y en las revistas infinidad de artículos sobre la figura y la obra del papa Pacelli, poniendo, sobre todo, de relieve su gigantesca labor en favor de la paz y de la humanidad sufriente. No puedo alargarme aquí, citando la enorme documentación de actualidad que he recogido en mis carpetas. Puede verse mi artículo *Recuerdo de Pío XII,* en *Ecclesia,* 21 de marzo de 1964, págs. 19-22.

[79] Editorial Iberia, Barcelona, 1954. Cfr. mi artículo *El encuentro de la Iglesia con los tiempos nuevos,* en *Trípode,* Caracas, marzo de 1964, págs. 5-6.

[80] A un año de la muerte de Juan XXIII disponemos de infinidad de testimonios para demostrar que Angel José Roncalli ha sido el hombre más universalmente amado en el mundo de hoy. Es tanta la admiración y la atracción suscitada por este Papa que la gente le venera con un afecto singular. Por eso, su sencillo sepulcro en la gruta de San Pedro está siempre lleno de flores frescas y de peregrinos que allí van continuamente a rezar, no *por* el papa Roncalli, sino *al* papa Roncalli. Ellos son para todos el testimonio más fehaciente de la simpatía y cariño que las gentes conservan hacia el inolvidable Pontífice del Concilio y de la *Pacem in terris.* Por lo demás, ha sido el mismo Pablo VI quien nos ha enseñado a dirigir nuestra plegaria al venerado papa Juan, cuando en presencia de todos los padres del Vaticano II, el día de la inauguración del segundo período conciliar, entabló diálogo con su predecesor, elevándole una oración sublime que suscitó en todos visible conmoción. Bien se explica así que haya un grupo de obispos decididos a llevar adelante la idea de que el Concilio diga algo oficialmente sobre la santidad de Juan XXIII en una de sus próximas sesiones. Sería una forma muy significativa de homenaje o glorificación, que teólogos tan autorizados y serenos como el padre Häring juzgan posible, hacedera y muy oportuna, según él mismo ha dicho, afirmando que un gesto así por parte del Vaticano II produciría un gran impacto en el mundo actual y haría un bien inmenso a muchos hombres, acrecentando notablemente el prestigio de la Iglesia. Hay en Roma, y en otras naciones de Europa y América latina, padres conciliares que desean hacer algo en este sentido. El Vaticano II dedicó ya a Juan XXIII, durante la pasada sesión —28 de octubre—, un homenaje lleno de amor y entusiasmo. En aquella ocasión, el cardenal Suenens, por encargo del Papa, pronunció un discurso que constituye uno de los escritos más preciosos que tenemos sobre Juan XXIII.

— Hace poco se publicó el diario espiritual del papa Roncalli: *Il Giornale dell'Anima e altri scritti di pietà* (Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1964), que se puso en venta en las librerías romanas durante los primeros días de Pascua y durante los primeros días de Pascua se agotó. Otro hecho singular que testimonia la simpatía que sigue suscitando entre el público el nombre de Roncalli. Este libro ha sido traducido ya a varias lenguas. En España lo ha publicado Ediciones Cristiandad. Cuando apareció la edición original en Italia, escribí, para *Ecclesia,* 11 de abril de 1964, págs. 27-28, un artículo del que copio los siguientes párrafos:

A los diez meses de la muerte del inolvidable Papa aparece este libro encantador, preparado con exquisito amor y fidelidad por el que fue secretario particular de Juan XXIII, monseñor Loris Capovilla.

El título, *Diario del alma,* lo puso el mismo Roncalli a los cuadernos en que, desde jovencito, fue anotando cuidadosamente sus coloquios con Dios, sus vivencias interiores, sentimientos, propósitos, meditaciones, hechos. Lo hizo siempre en los días de retiro espiritual, desde los primeros años de seminario hasta el último de Papa, con una constancia y un fervor que suscitan admiración por la capacidad de vida interior que este hombre poseía.

En diversas ocasiones Roncalli había enseñado este diario a sus directores espirituales y a algunos amigos más íntimos. En la primavera de 1961 se lo dejó ver al fiel secretario y confidente, don Loris. Este preguntó al Papa si podía dar a conocer tan hermosas y edificantes páginas, y Juan XXIII le contestó: 'Puede hacerlo. Antes sentía una cierta repugnancia a publicar o dejar publicar mis cosas... Comprendo que cuando se trata de un Papa se quiera conocer todo y

todo pueda servir para la Historia... Después de mi muerte, publicad, si queréis, estos escritos. Tal vez puedan hacer bien a las almas que sienten el atractivo del sacerdocio y de la más íntima unión con Dios'.

En las páginas de su diario está retratado todo el espíritu de Roncalli, sus efusiones espontáneas, los criterios y las colosales dimensiones del hombre y del sacerdote que, caminando por los senderos de la sencillez y del amor, llegó a la cumbre del pontificado romano para, con su ejemplo y su palabra, poner de moda en el mundo la caridad y la bondad ecuménica.

Quien aspire a conocer la fisonomía de Juan XXIII con todos sus contornos, el que desee penetrar en los motivos y en el ambiente interior de su actividad, captando el sentido que dejó marcado en la dirección de la Iglesia, tendrá que leer las quinientas páginas de este libro.

Se trata de un ejemplar único en la historia de la literatura cristiana: la vida entera de un sacerdote Papa contada por él mismo desde su niñez, a base de notas espirituales. Téngase en cuenta que éste es el terreno único en el que se mueve esta autobiografía. Pero el diario, sin salir de la vida ascético-mística, resulta un espejo clarísimo de toda la actividad exterior retratada en los impulsos y pensamientos interiores. Tenemos, por lo mismo, en tan excepcional documento, una fuente indispensable para la historia del seminarista, secretario luego de un obispo, director espiritual del seminario de Bérgamo, presidente del Consejo Central de las Obras Misionales Pontificias, visitador y delegado apostólico en el cercano Oriente, nuncio en Francia, patriarca en Venecia, Sumo Pontífice: 'El Papa bueno, el Papa de todos, el Párroco del mundo', que convenció y, desde estas páginas, seguirá convenciendo a los hombres 'a rezar, a meditar el Evangelio, a reformar el mundo mediante la propia reforma', Un Papa que nos enseñó a vivir y —todavía está fresco el recuerdo— nos enseñó a morir, porque fue 'un sacerdote que logró entrar en contacto con los hombres de su tiempo, dando un ejemplo de bondad, de paz, de caridad, de pobreza, de amor, cuya clave se encuentra explicada en su diario espiritual.

Este libro es una revelación que hará historia. Nos parecía conocer al papa Roncalli y ahora en estas páginas se descubre lo inesperado: la semblanza que de él teníamos era real, sí; pero mucho más bella y mucho más rica en interioridades de lo que podíamos imaginar. Pienso que con este documento en las manos queda muy facilitada la tarea de ese grupo de obispos que planea recoger firmas de los padres conciliares para proclamar oficialmente la santidad de Juan XXIII antes de que acabe el Vaticano II.

La lectura del diario espiritual de Juan XXIII produce deliciosa impresión y sugiere profundas reflexiones sobre los caminos de Dios y la marcha de su Iglesia. Resulta maravilloso y sorprendente observar el hecho de que un 'hombre nuevo', un 'Papa innovador', que ha cambiado el curso de la historia en la cristiandad, haya salido de una fidelidad tan constante y objetiva a determinadas prácticas piadosas y a ciertas tradiciones eclesiásticas que ese impulso renovador, dado por el mismo Juan XXIII a nuestros afanes eclesiales, nos hace considerar superadas o menos aptas para conectar con los hombres de nuestro tiempo. Pero basta leer atentamente entre líneas para ver cómo la evangélica sencillez de Roncalli sabe superar el formalismo de la técnica espiritual, las reglas, las normas que le sugieren los métodos educativos de su época juvenil y que él mismo hace espontánea y voluntariamente suyos, para escalar, a través de esas formas puramente externas, los valores de la más alta y fuerte espiritualidad, la auténtica santidad. Así, se puede admirar desde las primeras páginas del diario la autenticidad más rigurosa, el equilibrio junto a la exquisita sensibilidad humana y un genuino *Sensus Ecclesiae* que le lleva al encuentro definitivo con Cristo y con los hombres, nuestros hermanos, en un clima de amor sugerido sólo por las bienaventuranzas evangélicas. Es el ritmo de la naturaleza combinada con la gracia que llega a superar lo puramente formal, lo accidental, centrándolo todo en lo sustancial: Jesús y la Iglesia, la Iglesia en Concilio, que fue la única obsesión de los últimos meses de Juan XXIII.

Bajo su lema *Obedientia et pax* Roncalli supo convertir en paz de la tierra la paz del cielo. Esto es lo que nos dice la lectura de su diario espiritual.

— Los escritos y biografías sobre Juan XXIII publicados hasta ahora son numerosísimos. Y siguen apareciendo continuamente otros. Por eso resulta imposible dar una ficha bibliográfica completa. Me limitaré a citar los libros que he leído y tengo en mi biblioteca: Alberto Galter, *El nuevo Papa: Juan XXIII,* trad. por Felipe Ximénez de Sandoval, Studium, Madrid, 1958; Andrea Lazzarini, *Giovanni XXIII, Angelo Giuseppe Roncalli,* Herder, Roma, 1958; Lorenzo Bedeschi, *Il Papa che piace a tutti, Giovanni XXIII,* Salesiano, Asti, 1959; Francesco Olgiati, *L'alba serena di un Pontificato, Giovanni XXIII,* Vita e Pensiero, Milán, 1959 [2]; Alberto Giovannetti, *Jean XXIII,* traducción por Robert Juffe, Fleurus, París, 1959; Glorney Bolton, *Il Papa,* Longanesi, Milán, 1959; Leone Algisi, *Giovanni XXIII,* Marietti, Turín, 1959; Alberto Giovannetti, *João XXIII,*

Vozes Ltda., Petrópolis, 1959; Erich Pecher, *Juan XXIII; biografía ilustrada,* «Destino», Barcelona, 1961; Robert Quart, *Un hombre entre los hombres; retazos de la vida de Juan XXIII,* traducción por M. M. Muñoz Jiménez-Millas, Studium, Madrid, 1962; Jacobo Camariñas, *Juan XIII,* Ferma, Barcelona, 1962; Jesús Sánchez Díaz, *Juan XXIII,* Paulinas, 1963; P. Piero Gheddo, *Il Papa della Bontà; breve biografia popolare di Giovanni XXIII,* Pontificio Instituto Missioni Estere, Milán, 1963; Jean Chelini, *Jean XXIII, Pasteur des hommes de Bonne Volonté,* Cerf, París, 1963; *Testimonianze,* núms. 55-56, Giugno-Luglio, 1963; *Humanitas,* núms. 7-8, Luglio-Agosto, 1963; Loris Capovilla, *Giovanni XXIII, sette letture,* Librería Editrice Vaticana, Vaticano, 1963 [2]; Anselmo Freddi, *Giovanni XXIII fianciullo (dalla nascita fino ai dodici anni),* Carrara, Bérgamo, 1963; Xavier Rynne, *La Révolution de Jean XXIII (Letters from Vatican City),* trad. por R. Foufounis, Bernard Grasset, París, 1963; Loris Capovilla, *Giovanni XXIII in alcuni scritti di Don Giuseppe de Luca, con un saggio di correspondenza inèdita,* Morcelliana, Brescia, 1963; *Pastor amabilis, Commemorazione di Papa Giovanni XXIII,* Pro Civitate Christiana, Assisi, 1964; Kurt Klinger, *Il sorriso di Papa Giovanni,* trad. por M. Mareglia-P. Andolfi, Borla, Turín, 1964; Alden Hatch, *Giovanni XXIII, un uomo chiamato Giovanni,* Mursia, Milán, 1964; Ernesto Balducci, *Papa Giovanni,* Vallecchi, Florencia, 1964; Alessandro Corneli, *Testo, note, commenti, indici, rassegna della stampa dell'Encíclica Pacem in terris,* O. G. C., Roma, 1963; Juan XXIII, *Pacem in terris, La paz entre todos los pueblos fundada sobre la verdad, la justicia, el amor y la libertad,* Nova Terra, Barcelona, 1963; Juan XXIII, *Paz en la tierra, encíclica,* «Sígueme», Salamanca, 1963; Joaquín Ruiz-Jiménez, *Juan XXIII, encíclica Pacem in terris,* presentación, sipnosis y notas, Espasa-Calpe, Madrid, 1963; Juan XXIII, *Discorsi, Messaggi, Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII,* cinco tomos, Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1960-64.

[81] En mi libro *Montini, Papa* están publicados los escritos de monseñor Montini sobre Pío XII, Pío XI y Juan XXIII: páginas preciosas en las que el actual Papa nos da la mejor semblanza que tenemos de sus tres antecesores. (Cfr. capítulos: 5, «Montini, Pío XI, Pío XII y Juan XXIII»; 6, «Monseñor Montini habla de Pío XI»; 7, «Pensamiento de monseñor Montini sobre Pío XII», y 8, «Juan XXIII visto por el cardenal Montini», págs. 41-93.

3. PABLO VI. BIOGRAFIA

[82] Estos son los tres papas a los cuales ha estado íntimamente ligada la vida sacerdotal de Juan Bautista Montini, cuya biografía voy a trazar en este capítulo: Pío XI, Pío XII y Juan XXIII, amigos íntimos de Pablo VI. Se podría delinear toda trayectoria eclesial del actual Papa, desde el día de su ordenación sacerdotal hasta la elevación a la sede de San Pedro, describiéndola al compás de los pontificados de Aquiles Ratti, Eugenio Pacelli y Angel José Roncalli. Así lo hice en el capítulo 5 de mi libro *Montini, Papa,* obra que preparé y publiqué con ocasión de la elección de Pablo VI. Editada por Ediciones Sígueme, en agosto de 1963, fue el primer libro que apareció en lengua española sobre el nuevo Papa. Libro de información y documentación, con veintiocho capítulos —trescientas setenta páginas y catorce láminas—, en los que, después de evocar la muerte de Juan XXIII, el conclave y la elección de Pablo VI, se presentan diversos aspectos de la figura y obra de Montini, estudiando a éste como sacerdote romano, diplomático, pastor de almas, formador de sacerdotes, apóstol de la juventud y de los obreros, obispo moderno, cardenal, protagonista destacado en el Concilio. En la parte documental del libro se da una selección de textos con el pensamiento de Montini sobre diversos temas, presentando su visión de la Iglesia y de los problemas del mundo actual.

— Sobre el libro *Montini, Papa* pueden verse los artículos publicados en: *Ecclesia,* 9 de noviembre de 1963, págs. 25-26, por monseñor Eugenio Beitia, obispo de Santander; *Ya,* 25 de septiembre de 1963, por Jesús Iribarren; *Incunable,* noviembre de 1963, por Lamberto de Echeverría; *El Regional,* 17 de diciembre de 1963, por Pedro Martín Viñas; *Seminarios,* núm. 21, 1963, páginas 636-637, por Jorge Sans Vila; *Il Popolo,* 21 de mayo de 1964, por Mansetti Zannini, etcétera.

— El libro *Montini, Papa* se encuentra agotado desde primeros de año. Todos los datos biográficos sobre Juan Bautista Montini que figuran allí aparecen de nuevo en esta obra controlados y reelaborados. Son datos, en muchos casos, inéditos, sacados de mi experiencia y trabajo personal, en los años en que fui estudiando y siguiendo atentamente las tareas del futuro Papa,

primero en el Vaticano y luego en Milán. (Cfr. *Montini, Papa,* págs. 7-8.) Si ya antes de su elevación al supremo pontificado había procurado estudiar siempre con gran interés la figura de Montini, y había ido recogiendo en mis carpetas infinidad de datos sobre su vida y su obra, desde el 21 de junio de 1963 Pablo VI constituye el objeto principal de mi atención como sacerdote periodista. Por eso, durante estos meses, a la par que seguía el desarrollo del pontificado, he ido profundizando en el estudio de la biografía de Pablo VI, cuya síntesis, documentada con abundantes notas, presento en este capítulo. Creo que la historia personal de Juan Bautista Montini adquiere todo su valor y realce encuadrada aquí en este marco eclesial, ya que no ha sido más que una trayectoria trazada por Dios como preparación al pontificado, resultando, al mismo tiempo, un servicio excepcional a la Iglesia universal en puestos de primer plano junto a los tres últimos papas que le precedieron.

— Sigo atentamente y procuro leer todo lo que se publica sobre Pablo VI, como he leído también todo lo que apareció sobre Montini antes de su elección para Sumo Pontífice. No puedo dar aquí un elenco, que sería interminable, de todos los artículos que tengo recogidos o señalados en mis carpetas de documentación. Ni tampoco de todos los libros sobre el tema que poseo en mi biblioteca personal. Muchos de estos libros y artículos están citados a lo largo de esta obra. Aquí me limito a presentar las principales biografías que han aparecido, dando así, en forma general, una nota bibliográfica sobre Pablo VI: F. Baumann, *Papst Paul VI, Aus seinem Leben und Wirken,* Butzon-Bercker, Kevelaer, 1963; Fernando Bea, *Vocabor Paulus,* Marietti, Turín, 1963; Gérard Eyre Noel, *The Montini Story, A Portrait of Paul VI,* Herder, Londres, 1963; José Luis González-T. Pérez, *Pablo VI,* Paulinas, 1964; Georges Huber, *Paul VI, esquisse biographique et psychologique,* Centurión, París, 1963, ed. italiana, *Paolo VI,* Ancora, Milán, 1963; José María Javierre, *Pablo VI, Pontífice romano; la herencia de Angel Roncalli en manos de Juan Bautista Montini,* Alameda, 1963; Madeleine Juffe, *Paul VI,* Fleurus, París, 1963; Paul Lesourd, *Qui est le Pape Paul VI?,* París, 1963; Andrea Lazzarini, *Profilo di Montini, Paolo VI,* Herder, Roma, 1963; Antonio Montero, *La vida de Pablo VI,* folleto PPC, Madrid, 1963; Wilhelm Sandfuchs, *Papst Paul VI. In nomine Domini,* Arenas, 1963; Giovanni Scantamburlo, *Biografia di Paolo VI, Avremo cuore per tutti,* Coleti, Roma, 1963; Egido Sterpa, *Paolo VI, un Papa diverso,* AMZ, Milán, 1963.

[83] El testimonio del cardenal König que he citado se encuentra en *L'Osservatore Romano,* 29 de junio de 1963. El del cardenal Cento, en *La Rocca,* 15 de septiembre de 1963, y el del cardenal Tisserant, en *L'Homme Nouveau,* 2 de febrero de 1964.

[84] Cita de Jesús Iribarren, tomada del artículo *Montini, Papa; biografía y antología de Pablo VI,* publicado en *Ya,* 25 de septiembre de 1963.

«Desde Concesio a la colina vaticana; desde la parroquia de San Antonio a la basílica de San Pedro, toda la vida del papa Montini ha sido una seria, severa, consciente y perseverante preparación a los designios inefables que el Señor tenía sobre él»; cardenal Fossati en el libro ya citado de F. Bea, pág. 6.

[85] Es importante recorrer y estudiar los caminos de Juan Bautista Montini para captar el ambiente que ha rodeado su vida y comprender así mejor su personalidad. (Yo lo he hecho varias veces recogiendo siempre infinidad de datos para la biografía de Montini.)

— Los Lodrone, a los que, al parecer, perteneció antes del setecientos la casa que los Montini tienen en Concesio, fueron condes-obispos de Gurk, en Austria. El otro personaje citado en la lápida colocada junto a la pila bautismal de Concesio, monseñor Bosio, cinco años mayor que Juan Bautista Montini, es, desde julio de 1948, arzobispo de Chieti.

[86] «Los Montini son una antigua familia originaria de Alzano in Val di Savio, desde donde se trasladaron a Brescia, llegando a sobresalir con gran honor en las magistraturas cívicas y en el ministerio eclesiástico. Una familia, podríamos decir, de abogados y sacerdotes. '*Una vecchia casa di Brescia*', como la llamaba, ya en el 1500, el cronista Pandolfo Massimi alabando sus '*galanti et costumati Uomini*'»; Lazzarini, *ob. cit.,* pág. 17. Sobre Jorge Montini está preparando una obra amplia el director de *La Voce del Pòpolo,* de Brescia, sacerdote Antonio Pappani.

[87] La carta de Jorge Montini, dirigida a Alejandro Commoti, está citada por F. Bea, *ob. cit.,* página 38. El artículo de Ludovico Montini apareció en *Oggi,* 14 de mayo de 1964.

[88] Pablo VI tiene dos hermanos que viven aún. Uno mayor que él, Ludovico, que nació en 1896, y otro más pequeño, Francisco, nacido en 1900. Este siguió la carrera de médico y vive ahora en Brescia. Ludovico siguió las huellas de su padre, dedicándose a la vida política. Es doctor en Jurisprudencia. De 1921 a 1923 trabajó como agregado a la Oficina Internacional del Trabajo,

de Ginebra. Fue luego uno de los fundadores del *Istituto Cattòlico di Attività Sociali* y secretario de las Semanas Sociales de Italia. Participó en la acción social-política clandestina durante la última etapa del fascismo. Después de la liberación de Italia fue nombrado alto comisario para la Alimentación y, luego, presidente de la delegación italiana para las relaciones con la U. N. R. R. A. Ha sido vicepresidente de la Confederación Italiana para las Cooperativas y miembro de la Dirección de la Democracia Cristiana. Actualmente es presidente de la *Attività Assistenziali Italiane e Internazionali*. Es miembro de la Asamblea del Consejo de Europa, en Estrasburgo, y de la Comisión para los Asuntos Sociales, y miembro también de la Asamblea de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Fue diputado de la Asamblea Constituyente y del Parlamento republicano en la primera, segunda y tercera legislaturas republicanas, elegido por el Colegio de Brescia-Bérgamo. Ahora es senador de la República. Siempre ha sido un miembro destacado del Partido Demócrata Cristiano. (Cfr. *Qui è? Dizionario Biogràfico degli uomini di oggi*, Roma, 1961.)

[89] El colegio Arici es toda una institución en Brescia. Una fundación que costó muchos sudores a Tovini, el cual, alentado por los católicos de la ciudad, quiso crear este centro de enseñanza para asegurar a los hijos de las mejores familias brescianas una educación auténticamente cristiana. Comenzó a funcionar en 1882. La dirección fue encomendada a los jesuitas y en 1884 los fundadores adquirieron para sede del colegio el edificio donde está actualmente instalado. Durante los primeros años de su existencia el colegio pasó por graves vicisitudes a causa de las dificultades que puso, para su funcionamiento, el Ministerio de Instrucción Pública, instigado por Zanardelli y otros masones de la ciudad, que veían con malos ojos la floreciente institución. Superadas las dificultades, con recursos legales y con el apoyo que le daba ante la opinión pública el periódico dirigido por Jorge Montini, el colegio siguió una vida gloriosa bajo la dirección de los jesuitas. Cfr. *In Nomine Domini*, Comitato per le Nuove Chiese, Milán, 1955, págs. 56-61. Actualmente está en manos de los sacerdotes seculares; es, por lo mismo, un colegio diocesano de segunda enseñanza, reconocido por el Estado. Grande y bien montado, para alumnos internos y externos. En los últimos años ha sufrido algunas transformaciones materiales. Ahora mismo están derribando la iglesia para hacer una nueva capilla; pero las aulas, el refectorio, los pasillos y las habitaciones son las mismas por las que pasó el Papa actual cuando era joven. Se llama Cesare Arici en honor de un modesto poeta bresciano. Mejor le cuadraría ahora el nombre de «Colegio Giovanni Battista Montini».

[90] Cfr. Scantamburlo, *ob. cit.*, pág. 18.

[91] Cfr. F. Bea, *ob. cit.*, pág. 40.

[92] Merecía la pena hablar largamente, como lo he hecho, del padre Julio Bevilacqua, al que tantas veces voy a citar a lo largo de este libro. Bevilacqua es de Verona; pero muchos le consideran bresciano, por haber pasado en la ciudad de Brescia una gran parte de su vida. Se ha escrito no poco sobre este famoso sacerdote. Todos los biógrafos de Pablo VI le dedican especial atención, con datos que el anciano filipense lee con cierto desenfado comentando graciosamente: «*da quando Montini è Papa mi hanno fatto dire e fare tante cosse che mai ho fatto ne deto*...». Es verdad, pero podría añadirse que, por lo general, las informaciones de los biógrafos y periodistas, aunque a veces sean un tanto inexactas, retratan perfectamente el estilo y la mentalidad del «maestro», como le llaman sus amigos, entre ellos Montini. El artículo del cardenal Montini sobre Bevilacqua, que he citado en el texto, está publicado en *Humanitas*, 1961.

— La ponencia sobre «la parroquia y los alejados» a que me he referido está publicada en *La Parrocchia e i lontani*, La Locusta, Vicenza, 1962. En la nota 7 está citado otro libro de Bevilacqua: *El hombre que conoce lo que es sufrir*. Son muy numerosos los escritos de este distinguido sacerdote.

[93] Monseñor Bosio, que había nacido, como Juan Bautista Montini, en Concesio, vive todavía. Cfr. nota 85.

[94] Cfr. F. Bea, *ob. cit.*, pág. 53.

[95] Monseñor Giuseppe Almici, nacido en Zone, el 6 de febrero de 1904, fue ordenado de sacerdote el 2 de junio de 1928 y consagrado obispo en mayo de 1961. Actualmente es obispo auxiliar de Brescia.

[96] Cardenal G. B. Montini, *Studi Romani*, 10, 1962, pág. 231.

[97] *L'Osservatore Romano*, 28 de junio de 1963.

[98] Arcadio Larraona, claretiano. Nació en Oteiza de la Solana, el 13 de noviembre de 1887; fue ordenado de sacerdote el 10 de junio de 1911. Famoso jurista, fue muchos años profesor de Derecho, ejerciendo al mismo tiempo importantes funciones en la Curia romana, hasta llegar a ser secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos. Juan XXIII le creó cardenal en el consistorio del 14 de diciembre de 1959. Fue durante algunos meses penitenciario mayor de la Santa Iglesia, y el Papa le nombró, luego, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, cargo que ocupa actualmente.

[99] Alfredo Ottaviani nació el 9 de octubre de 1890, en Roma, donde se ordenó de sacerdote el 18 de marzo de 1916. Es un gran jurista. Ha sido profesor de Derecho público eclesiástico en el Pontificio Ateneo Lateranense. Fue minutante de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide y rector del Pontificio Colegio Nepomuceno. Siempre alternó sus tareas en la Curia romana con el ministerio apostólico en las parroquias de la Urbe. Pío XI le llamó a la Secretaría de Estado y le hizo, primero, subsecretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios y, luego, sustituto de la Secretaría de Estado; en este cargo comenzó sus actividades al iniciarse la nueva etapa que siguió a la firma de los pactos de Letrán. En 1935 el Santo Padre le nombró asesor del Santo Oficio y en este supremo sacro dicasterio ha trabajado desde entonces. Es ahora secretario del mismo. Como primero de los cardenales diáconos, fue quien el 21 de junio anunció *Urbi et Orbi* la elección de Pablo VI.

[100] Ettore Baranzini nació en Angera, el 22 de septiembre de 1881; fue ordenado de sacerdote el 27 de marzo de 1904 y consagrado obispo en junio de 1933. Es actualmente arzobispo de Siracusa.

[101] Cfr. F. Bea, *ob. cit.*, pág. 88.

[102] *L'Osservatore Romano,* 14 de febrero de 1964.

[103] Cfr. *Montini, Papa,* capítulo 9: «Montini, sacerdote romano», y 10, «Roma en la palabra de Juan Bautista Montini».

[104] La Pontificia Academia Eclesiástica es el instituto en el cual se preparan los diplomáticos de la Iglesia. Surgió en el año 1701 como iniciativa privada, con el fin de facilitar una conveniente sede a los jóvenes eclesiásticos de familias nobles que afluían a Roma para dedicarse a los estudios. La Academia Eclesiástica pasó luego muy pronto a depender inmediatamente de los papas, que la tuvieron después siempre bajo su especial protección. Poco a poco se fue desarrollando y convirtiendo en un centro especializado, hasta llegar a ser el instituto para la formación de los diplomáticos de la Santa Sede. De ella han salido numerosos y distinguidísimos personajes que han prestado incalculable servicio a la cristiandad: papas, cardenales, nuncios apostólicos, etcétera.

[105] José Pizzardo nació en Savona, el 13 de julio de 1877; fue ordenado de sacerdote el 19 de septiembre de 1903 y nombrado arzobispo titular de Cirro el 28 de marzo de 1930. Recibió la consagración episcopal el 27 de abril de 1930 y fue creado cardenal por Pío XI en el consistorio del 13 de diciembre de 1937. Es obispo de Albano desde junio de 1948. Ha sido secretario de la Suprema Congregación del Santo Oficio. Ocupa ahora el cargo de prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios, y, por esto, es gran canciller de la Pontificia Universidad Gregoriana; pero hasta ser cardenal pasó casi toda su vida en la Secretaría de Estado de Su Santidad. Estuvo una temporada de secretario en la nunciatura apostólica de Baviera; luego fue sustituto de la Secretaría de Estado y, después de la firma de los tratados de Letrán, secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Su vida apostólica, como prelado del Vaticano, y luego como cardenal, ha estado siempre muy ligada a la Acción Católica, de la que ha sido un gran promotor.

[106] Del discurso que monseñor Montini pronunció con ocasión del doscientos cincuenta aniversario de la fundación de la Pontificia Academia Eclesiástica. (Cfr. *Montini, Papa,* pág. 111.)

[107] El libro de oro de la Academia Eclesiástica, a que me he referido, lleva el siguiente título: *La Pontificia Academia Eclesiástica,* 1701-1951, Ciudad del Vaticano, 1951. Es una interesante publicación de carácter histórico sobre la Academia Eclesiástica y la diplomacia pontificia, con importantes documentos referentes al desarrollo de la diplomacia eclesiástica a través de los siglos. El elenco de los alumnos que han pasado por la Academia desde el año 1701 al 1950 ocupa las páginas 131 a 171. El citado autógrafo del cardenal Montini aparece en la página 117.

[108] Monseñor Lauri, creado cardenal por Pío XI en el consistorio del 20 de diciembre de 1936, fue penitenciario mayor de la Santa Iglesia. Pío XII le nombró camarlengo. Murió el 8 de octubre de 1941. Monseñor Chiarlo nació el 4 de noviembre de 1881. Fue ordenado de sacerdote en mayo de 1904. Entró en la diplomacia pontificia, y después de pasar por varias capitales fue nuncio apostólico en Brasil. En octubre de 1928 había sido elevado por Pío XI a la dignidad arzobispal. Juan XXIII le creó cardenal en el consistorio del 15 de diciembre de 1958. Ha muerto este año.

[109] *L'Homme nouveau,* 2 de febrero de 1964. La Nunciatura de Varsovia había sido abierta, en tiempos poco serenos, por monseñor Aquiles Ratti, futuro Pío XI. Benedicto XV había designado a Ratti visitador apostólico en Polonia, con el encargo de estudiar un plan y disponer las cosas para la reorganización de las jurisdicciones episcopales. Nombrado nuncio en 1919, tuvo que realizar algunas misiones extraordinarias en la frontera rusa y en la Alta Silesia, para obtener que los lituanos fuesen tratados con justicia La tarea del enviado pontificio resultó muy difícil y el Papa le llamó a Roma, a petición del Gobierno polaco, en la primavera de 1921.

[110] Domingo Tardini, que fue secretario de Estado de Juan XXIII, nació en Roma el 29 de febrero de 1888 y murió el 30 de julio de 1961. Comenzó muy joven a trabajar en la Secretaría de Estado, después de haber sido profesor de Teología en el Ateneo Lateranense. Fue sustituto de la Secretaría de Estado inmediatamente antes que Montini y luego secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, hasta que Pío XII le hizo, juntamente con el futuro Pablo VI, prosecretario de Estado, en noviembre de 1952. Juan XXIII le creó cardenal en el mismo consistorio que a Montini, el 15 de diciembre de 1958, y le consagró obispo unos días después.

[111] *Ya,* 22 de junio de 1963; interesante artículo de Joaquín Ruiz Jiménez sobre Pablo VI. El testimonio D'Ormessor está tomado de *L'Osservatore Romano.*

[112] Silvio Negro fue uno de los más grandes periodistas italianos. Murió hace cinco años y últimamente había ocupado el cargo de corresponsal de *Il Corriere della Sera* en el Vaticano. Conocía muy bien a monseñor Montini y ha escrito sobre él algunos artículos preciosos. En vísperas del conclave apareció un libro póstumo de Silvio Negro sobre el Vaticano: *Vaticano Minore, e altri scritti Vaticani di Silvio Negro,* Neri Pozza, Vicenza, 1963. El cardenal de Milán, tan aficionado a estos temas, recibió en seguida el libro, y recuerdo que, el día antes de la entrada en el conclave, vi en el patio de San Dámaso, del Vaticano, al cardenal Montini, que se interesaba por este libro hablando con el actual corresponsal de *Il Corriere della Sera,* en el Vaticano, Fabrizio de Santis. La cita de Silvio Negro, reproducida en este capítulo, está tomada de *Il nostro Cardinale,* número único publicado en Milán, en 1958, en el que Silvio Negro tiene un artículo titulado *Montini en el Vaticano.*

[113] *Montini al servizio della Chiesa,* artículo del padre Bevilacqua publicado en *Il nostro Cardinale,* ya citado.

[114] Alberto Giovannetti, *El Vaticano y la Guerra,* trad. por Felipe Ximénez de Sandoval, Espasa-Calpe, Madrid, 1961.

[115] Luis Maglione había nacido en Carosia, archidiócesis de Nápoles, el 2 de marzo de 1877. Fue nuncio apostólico en París y Pío XI le creó cardenal en el consistorio del 16 de diciembre de 1935. Fue prefecto de la Sagrada Congregación del Concilio, y Pío XII, elegido Sumo Pontífice el 2 de marzo de 1939, le nombró secretario de Estado el 12 del mismo mes. Murió el 22 de agosto de 1944. Sobre el nombramiento del cardenal Maglione, por parte de Pío XII, para secretario de Estado, véase lo que he escrito en mi libro *Vaticano, mitad de siglo,* Flors, Barcelona, 1957, págs. 238-240.

[116] Cfr. el libro *Vita contro morte. La Santa Sede per le Vittime della seconda guerra mondiale,* de Igino Giordani, Arnaldo Mondadori, Varona, 1956.

[117] La revista *Ecclesia,* del Vaticano, interesante arsenal de documentación sobre las actividades de la Santa Sede, se publicó, cuidadosamente presentada en huecograbado, desde enero de 1943 hasta diciembre de 1960. No tenía carácter oficial.

[118] Los apuntes sobre las conversaciones de Ttimamn con el secretario de Estado y con el sustituto, monseñor Montini, fueron publicadas en *Forcing Relations of the United States diplomatic Papers,* 1961, y están citadas por Giovannetti, págs. 2?6, 228-252. A otra conversación de Ttimamn con Montini hace referencia monseñor Giovannetti en la pág. 240. Según el *Anuario Pontificio* del

año 1954, el Japón, con fecha 25 de marzo de 1953, acreditó ante el Vaticano a su excelencia el señor Inoue Takajiro en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario.

[119] Monseñor Igino Cardinale, arzobispo titular de Nepte, insigne diplomático, fue jefe del Protocolo de la Secretaría de Estado hasta octubre de 1963. Pablo VI le nombró delegado apostólico en Inglaterra. Nació en Fondi, el 14 de diciembre de 1916. Fue ordenado de sacerdote en julio de 1941 y consagrado obispo el 20 de octubre de 1963. Tiene escrita la importante obra sobre la diplomacia pontificia a que me he referido: *Le Saint-Siège et la Diplomatie*, Desclée, París, 1962.

[120] Robert A. Graham, S. J., *Diplomazia Pontificia, Studio sulla Chiesa e lo Stato sul piano internazionale*, Paoline, títolo originale: *Vatican Diplomacy*, Princeton University Press, 1959, traducida por Paolo Stacul y Rocco Romeo, marzo de 1962. Leyendo libros como el de Paul Duclos, *Le Vatican et la seconde guerre mondiale. Action doctrinal et diplomatique en faveur de la paix*, París, 1955, Pedone, se da uno cuenta hasta qué punto monseñor Montini fue, durante los años de la guerra, protagonista de primer plano en lo que podríamos llamar política internacional eclesiástica o diplomacia vaticana proyectada sobre el mundo.

[121] Cfr. texto en *Montini, Papa*, págs. 121, 123.

[122] Studium, 27 (1931): Artículos de Juan Bautista Montini sobre *Le idee di San Paolo, Introduzione*, págs. 28-32; *L'impostazione della vita morale*, págs. 90-96; *L'Apostolato e la filosofía*, páginas 138-144; *L'Apostolato femminile*, págs. 203-209; *La spada dell'Apòstolo*, págs. 399-404; *Apología e polèmica*, págs. 455-460; *Il Dio vivo*, págs. 572-580.

[123] Asistente G. B. Montini: 1) *Conscienza Universitaria: note per gli studenti*, Studium, Roma, 1930, págs. 110; 2) *La vita del Christo: Schemi di lezioni sui preceti della morale cattòlica per gli studenti di scuole Superiori*, Studium, Roma, 1931, págs. 131; 3) *Introduzione allo studio di Christo: Schemi di lezioni di religione per studenti di scuole Superiori*, Studium, Roma, 1934, páginas 178.

[124] Cfr. Lazzarini, *ob. cit.*, pág. 57.

[125] Ugo Piazza, famoso poeta y escritor católico; Guido Gonella, sociólogo y periodista, ha sido secretario político de la Democracia Cristiana y ministro de Instrucción Pública y de Justicia en varios Gabinetes después de la guerra; Federico Alessandrini, escritor y pensador, es vicedirector de *L'Osservatore Romano;* Julio Andreotti, actualmente ministro de Defensa en el Gobierno italiano; Pablo Emilio Taviani, actualmente ministro del Interior en el Gobierno italiano; Aldo Moro, jefe de la Democracia Cristiana y actual presidente del Gobierno de Italia.

[126] Monseñor Sergio Pignedoli. Nació el 4 de junio de 1910; fue ordenado de sacerdote el 1 de abril de 1933. Pío XII le nombró, 22 de diciembre de 1950, arzobispo titular de Iconio. Estuvo de nuncio apostólico en algunas naciones latinoamericanas y luego de arzobispo auxiliar de Milán, con monseñor Montini. En septiembre de 1960 Juan XXIII le designó delegado apostólico para el Africa Centro-Occidental, con residencia en Lagos (Nigeria). Pablo VI le ha nombrado delegado apostólico en Canadá. El artículo a que me he referido en el texto está publicado en la revista, número único, titulada *L'Arcivescovo di Milano, Monsignor Giovanni Battista Montini*, editada con ocasión del ingreso de monseñor Montini en Milán, enero de 1955.

[127] Julio Andreotti, «sacerdote e diplomatico», en *In Nomine Domini...*

[128] Cfr. *Montini, Papa*, cap. 20, «Así habla monseñor Montini a los jóvenes», págs. 213-239, donde se recogen preciosos escritos de monseñor Montini dirigidos a la juventud.

[129] *L'Homme nouveau*, 2 de febrero de 1964.

[130] Para explicarse estas diferencias de fechas referentes al nombramiento de monseñor Montini como arzobispo de Milán téngase en cuenta que el nombramiento oficial fue hecho el 1 de noviembre de 1954, pero no se publicó hasta el día 3. (Cfr. mis crónicas en *Ya* durante esos días, y en *Signo*, 22 de enero de 1955.

[131] Los nombramientos de los nuevos obispos, antes de ser publicados en AAS, aparecen en *L'Osservatore Romano* y la oficina de prensa del diario los comunica a los periodistas en su boletín de noticias, que sale dos o tres horas antes que el diario pontificio. Estas noticias de la Santa Sede, que *L'Oservatore Romano* publica diariamente en la sección titulada «Nostre informazioni», encierran a veces una aparente monotonía, que con facilidad deja impasibles a los pe-

riodistas o lectores superficiales. Así, con una sencilla e invariable fórmula, hecha ya desde hace muchos años, el diario pontificio va anunciando continuamente nombramientos de nuevos obispos. Son noticias que, por lo general, resultan poco sensacionales para un corresponsal romano habituado a servir a su periódico sólo aquellas informaciones vaticanas que lleven una carga de intensa novedad o puedan ser fácilmente matizadas con un comentario de carácter político. Sin embargo, los redactores de la prensa católica sabemos muy bien que precisamente en esas pequeñas, y al parecer intrascendentes noticias, como pueden ser los nombramientos de nuevos obispos para diócesis famosas o para las más innominadas del mundo, está encerrada toda la vitalidad de la Iglesia. Ahí tiene una de sus más espléndidas manifestaciones la perenne juventud de la Esposa de Cristo. Estas son las decisiones pontificias que sin mucho ruido van rejuveneciendo y renovando a la cristiandad. Cuando el Papa hace un nuevo nombramiento de obispo, al mismo tiempo que alarga la «sucesión apostólica» ensancha también los pabellones que la Iglesia tiene planteados en todos los rincones del orbe. Cada miembro nuevo que ingresa en la sacra jerarquía lleva siempre consigo un potencial inédito para la evangelización del mundo moderno. Si este comentario se puede hacer de cualquier nombramiento episcopal, ¿qué diríamos de este que registró el día 3 de noviembre de 1954? Pío XII designaba arzobispo a un futuro Papa.

[132] Por aquellos días el periodista Corrado Palenberg publicó, en un famoso semanario italiano, un artículo que lleva los siguientes títulos sensacionalistas: *Milano sarebbe per Montini l'anticàmera del papato. Se Pío XII, invece di nominare il prosegretario di Stato capo della arcidiòcesi ambrosiana, deccidese di tenerlo al proprio fianco, l'alto prelato avrebbe scase possibilità di ascendere al trono di Pietro alla morte di Pacelli, dato che per tradizione il Pontefice viene scelto fra i cardinali.*

[133] Angel dell'Acqua, sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad, cargo que ocupó ya con Juan XXIII y con Pío XII desde que en noviembre de 1952 Montini fue nombrado prosecretario de Estado. Nació en Milán, el 9 de diciembre de 1903; fue ordenado de sacerdote el 29 de junio de 1936 y Juan XXIII le nombró arzobispo titular de Calcedonia el 14 de diciembre de 1958.

[134] Giuseppe Antonio Ferretto, hoy cardenal. Nació en Roma, el 9 de marzo de 1899; fue ordenado de sacerdote el 24 de febrero de 1923, y nombrado arzobispo titular de Sardica el 14 de diciembre de 1958. Era entonces asesor de la Sagrada Congregación Consistorial. Juan XXIII le creó cardenal el 16 de enero de 1961. Es titular de la iglesia suburbicaria de Sabina e Poggio Mirteto.

[135] *L'Osservatore Romano,* 5 de noviembre de 1954.

[136] Alfredo Ildefonso Schuster, benedictino. Nació en Roma, el 18 de enero de 1880, hijo de un guardia suizo del Vaticano. Era abad de San Pablo cuando Pío XI se fijó en él —1929— para nombrarle arzobispo de Milán. Le creó cardenal en el consistorio del 15 de julio de 1929. Murió el 30 de agosto de 1954, dejando tras sí una gran estela de santidad. Asceta y hombre de estudio, especialista en liturgia, ha sido una de las figuras más destacadas del episcopado italiano en lo que va de siglo.

[137] En el episcopologio de la diócesis de Milán figuran ciento cuarenta obispos, a partir de San Anatolone, que fue elegido el año 51 de la Era cristiana, hasta el cardenal Montini, nombrado por Pío XII para la sede ambrosiana en noviembre de 1954. Los más célebres son: San Ambrosio —374-396— y San Carlos Borromeo —1560-1585—; famoso fue también el cardenal Federico Borromeo —1595-1631—, inmortalizado por Alejandro Manzoni. En lo que va de siglo se han ido sucediendo en la sede de Milán los distinguidos cardenales Andrés Carlos Ferrari —1894-1921—, gran apóstol, que murió en olor de santidad; Aquiles Ratti —1921-1922—, que, como Pablo VI, pasó de Milán al pontificado romano; Eugenio Tossi —1922-1928—; Ildefonso Schuster —1929-1954—, del que ya he hablado, y que fue el inmediato antecesor del cardenal Montini. (Cfr. *L'Italia,* 4 de noviembre de 1954.)

[138] Monseñor Luigi Oldani, que fue luego obispo auxiliar del cardenal Montini, en un artículo publicado en *L'Italia,* el 17 de diciembre de 1958, cuenta que, el 30 de agosto de 1954, cuando aún no había sido enterrado el cardenal Schuster, comenzó ya a circular por los ambientes de Milán el nombre de monseñor Montini como candidato número uno para la sede ambrosiana. — Los diarios milaneses de la tarde, del 30 de agosto, publicaban la fotografía del prosecre-

tario de Estado de Pío XII, anunciando que seguramente sería Montini el sucesor del cardenal Schuster. La profecía de los periodistas se cumplió, aunque el nombramiento no se hizo efectivo hasta el 1 de noviembre y público el día 3. Pero las voces sobre esta designación continuaron circulando intensamente por Roma, Milán y otras ciudades de Italia durante los meses de septiembre y octubre. Así, *La Gazzeta del Popolo,* del 9 de octubre de 1954, publicó un artículo, en el que aludía al nombramiento de Montini para Milán, titulado *El Vaticano ha designado ya al sucesor del cardenal Schuster.* El 15 del mismo mes el citado periódico dio de nuevo la noticia con los siguientes títulos: *Parece ser que monseñor Montini será el sucesor del cardenal Schuster. Aunque esta voz corre ya por todas partes con insistencia, los ambientes vaticanos se muestran bastante cautos porque esta designación privaría al Papa de su más inmediato colaborador. Il Corriere della Sera,* del 17 de octubre, publicó una nota en la que daba por cierto que monseñor Montini iría a Milán, añadiendo que en la Secretaría de Estado sería sustituido por monseñor Tardini, que pasaría a ser prosecretario de Estado para los Asuntos Ordinarios, mientras que monseñor Samoré sería designado prosecretario para los Asuntos Extraordinarios. El 29 de octubre *Il Corriere della Sera* publicó sobre el asunto un largo e interesante artículo de Silvio Negro, titulado: *Gran expectación en el Vaticano ante el nombramiento del sucesor de Schuster. La voz pública da ya como segura la designación de monseñor Montini, lo cual determinaría una serie de importantes cambios en los cargos de Curia.* En los días 1, 2 y 3 de noviembre, en vísperas ya de la publicación del nombramiento, númerosos periódicos, como *Il Corriere della Sera,* de Milán; *La Stampa,* de Turín; *Il Giornale d'Italia,* de Roma, y otros, anunciaron ya como seguro e inminente el nombramiento de monseñor Montini para Milán.

[139] Las cartas apostólicas con las que Pío XII comunicó oficialmente el nombramiento del nuevo arzobispo de Milán al interesado, a los obispos sufragáneos de la archidiócesis ambrosiana y al cabildo metropolitano, clero y fieles de la misma son extraordinariamente expresivas. Constituyen, por lo mismo, fuera de toda *praxis* protocolaria, un testimonio muy elocuente y delicado del amor que el papa Pío XII sentía hacia su fiel colaborador y amigo Juan Bautista Montini. He reproducido un párrafo de la primera de estas tres cartas apostólicas. En mi carpeta de documentación sobre la vida de Pablo VI tengo una copia completa de las tres.

[140] En los últimos días de noviembre y primeros de diciembre de 1954 Pío XII estuvo grave y la tensión en Roma y en el mundo por la salud del Papa subió a su punto más alto. Su Santidad padecía una afección al estómago que le producía un hipo agotador, hasta el punto de que muchos llegaron a sospechar que fuese cáncer. Le atendieron los doctores Galeazzi Lisi, aquiatra pontificio; Niehans, Di Stefano, Gasbarrini y Paulucci di Valmagiore. Pío XII no sólo superó la crisis, sino que se rehizo totalmente de su salud y volvió a su incansable actividad, que llevó luego a ritmo acelerado hasta las vísperas de su muerte, acaecida el 9 de octubre de 1958.

[141] Eugenio Tisserant, decano del Sacro Colegio, es uno de los miembros más distinguidos de la jerarquía católica; sabio de fama mundial, gran orientalista, conocedor de las lenguas semíticas y viajero incansable por regiones de Europa, Medio Oriente, Africa y América. Pío XI le hizo viceprefecto de la biblioteca vaticana y le hizo cardenal cuando sólo tenía cincuenta y dos años, para honrar en él a las ciencias sagradas. Figura de primerísimo plano en la Iglesia. En la consagración episcopal del actual Papa actuaron de obispos consagrantes, con el cardenal Tisserant, monseñor Jacinto Tredeci, obispo de Brescia, diócesis de origen del sacerdote Montini, y monseñor Domenico Bernareggi, que era entonces vicario capitular de Milán y continuó después como obispo auxiliar de monseñor Montini; murió el año 1962.

[142] Cfr. *L'Osservatore Romano,* 13-14 de diciembre de 1954: texto italiano de los dos mensajes citados.

[143] *L'Osservatore Romano,* 10 de diciembre de 1954.

[144] *Realtà,* 16 de junio de 1955.

[145] Texto tomado del *Anuncio oficial* de la misión de Milán. El texto casi íntegro del discurso que monseñor Montini pronunció en la catedral el día de su ingreso solemne en la diócesis puede leerse en *Montini, Papa,* págs. 134-140. Se trata de un documento importante porque en él el nuevo arzobispo expone su programa y refleja su mentalidad pastoral en una visión diáfana y moderna de los problemas apostólicos

[146] Convocatoria para el sínodo anual menor; *Rivista Diocesana Milanese* (1956), pág. 382.

[147] Desde que llegó a Milán monseñor Montini tuvo consigo como secretario particular al joven

sacerdote don Pasquale Macchi, que es también, ahora, secretario particular del Papa. En la secretaría particular del arzobispo trabajaban algunos otros sacerdotes, entre ellos don Bruno Bossi, que el Santo Padre trajo también al Vaticano.

[148] *I suoi sacerdoti,* artículo de monseñor Luigi Oldani en *L'Italia,* 17 de diciembre de 1958. Monseñor Oldani fue nombrado obispo auxiliar del cardenal Montini en octubre de 1961 y sigue ahora como auxiliar del actual arzobispo. Es milanés. Nació el 29 de septiembre de 1905, fue ordenado de sacerdote el 5 de junio de 1928 y consagrado obispo por el futuro Pablo VI el 7 de diciembre de 1961. El cardenal Montini, cuando fue elevado a la cátedra de Roma, tenía en Milán tres obispos auxiliares. El primero de ellos, vicario general de la diócesis, era monseñor José Schiavini, milanés, nacido el 2 de agosto de 1889, ordenado de presbítero el 6 de julio de 1913 y nombrado obispo titular de Farsali y auxiliar de Milán el 15 de abril de 1955. A este prelado le dejó encargado de la diócesis con plenos poderes Pablo VI apenas elegido Papa. Luego le hizo arzobispo titular de Famagusta. El segundo de los obispos auxiliares era monseñor Giovanni Colombo, a quien Pablo VI nombró luego sucesor suyo en la sede ambrosiana. (Cfr. nota 154.) El tercero era monseñor Oldani, del cual he hablado antes. En 1962 murió el más anciano de los obispos auxiliares, monseñor Bernareggi, único de los citados que estaba ya con el cardenal Schuster. Poco después de su llegada a Milán, monseñor Montini tuvo consigo unos años como arzobispo auxiliar a monseñor Pugnedoli, del que he hablado en otro lugar.

[149] Véase *Montini, Papa,* págs. 187-206, cap. 18, «Páginas del cardenal Montini sobre el sacerdocio», donde se recogen algunos expresivos documentos de Juan Bautista Montini sobre el sacerdocio.

[150] El *Anuario Pontificio* de 1963, año en que Pablo VI dejó Milán, nos da los siguientes datos sobre la archidiócesis ambrosiana: Superficie, 4.880 kilómetros cuadrados; 3.751.649 habitantes, de los cuales 3.748.000 son católicos. Las parroquias son 977, los sacerdotes diocesanos, 2.221; los sacerdotes religiosos, 1.338, y los seminaristas mayores, 608. Sobre las ordenaciones sacerdotales y las vocaciones en la archidiócesis de Milán cfr. *Diocesi di Milano,* marzo (1961), página 138. Milán tiene tres seminarios menores; uno para vocaciones tardías con más de sesenta alumnos y luego el gran seminario mayor de Venegono. La jornada de las vocaciones se celebraba todos los años el día de Pentecostés. [Cfr. *Diocesi di Milano,* mayo (1960) y febrero (1961).]

[151] La crónica de la inauguración del convictorio y el resumen del discurso que he citado fue publicado por el *Corriere d'Informazione,* 24-25 de junio de 1957, que hace el siguiente comentario: «Así habló el arzobispo con incisiva franqueza a los jóvenes sacerdotes en uno de esos discursos improvisados en los que la palabra le resulta, casi sin querer, apasionada, revelando un espíritu entusiasta y ardiente, que su acostumbrada prudencia exterior le impide otras veces exteriorizar».

[152] La citada disposición fue publicada en la *Rivista Diocesana Milanese* (1956), pág. 384.

[153] El decreto de aprobación del nuevo *Statuto per gli Oblati diocesani,* promulgado por monseñor Montini en la fiesta de la Asunción de la Virgen, de 1957, está publicado en la *Rivista Diocesana Milanese* (1957), págs. 376-377; la traducción española del texto completo de este estatuto ha sido publicada en *Seminarios,* 21 (1963), págs. 565-573. En *Rivista Diocesana Milanese* (1956), páginas 33-36, puede verse una *Instrucción sobre la asistencia económica al clero,* publicada por monseñor Montini el 7 de diciembre de 1955.

[154] Giovanni Colombo. Nació en Caranno, archidiócesis de Milán, el 6 de diciembre de 1902; fue ordenado de sacerdote el 25 de mayo de 1926, nombrado obispo titular de Filippopoli di Arabia el 25 de octubre de 1960. Le consagró el cardenal Montini el 7 de diciembre de 1960 y Pablo VI le nombró arzobispo de Milán el 10 de agosto de 1963.

[155] *L'Italia,* 1 de febrero de 1963.

[156] *L'Osservatore Romano,* 6 de julio de 1963.

[157] Cfr. *L'arcivescovo...,* pág. 11, citado en la nota 161.

[158] Cfr. *Il Giornale dei lavoratori,* 7 de enero de 1955.

[159] *Il Giornale dei lavoratori,* 5 de mayo de 1955.

[160] Más información sobre la fiesta internacional cristiana del trabajo, organizada en Milán por monseñor Montini el 1 de mayo de 1956, puede verse en el artículo que con el título *Cristo ha*

llegado al mundo del trabajo. Obreros católicos de todos los continentes celebraron en Milán el primero de mayo internacional cristiano, publiqué en *Ecclesia,* 12 de mayo de 1956, pág. 15. Pueden verse también mis crónicas publicadas en *Ya* los días 1 y 2 de mayo de 1956.

[161] Celestino Melzi, *L'Arcivescovo dei lavoratori al mondo del lavoro,* Stefanoni, Milán, 1956.

[162] Carlo Chiavazza, *La missione di Milano, del 1957, capolavoro della moderna pastorale,* en *L'Osservatore Romano,* 3 de julio de 1963.

[163] *La missione di Milano, 1957, atti e documenti,* Arcivescovado de Milano, Milán, 1959.

[164] Cfr., además de las citadas crónicas del diario *Ya,* mi artículo publicado en *Incunable,* enero de 1958, con los siguientes títulos: *Hay que conquistar para Cristo la civilización del cemento; Entre los rascacielos, en las fábricas, en los almacenes y en los Bancos de una gran metrópoli se oye la voz del Padre; Dos cardenales, treinta obispos y mil trescientos misioneros a la conquista del pueblo; Monseñor Montini quiere edificar en Milán la Moderna Ciudad de Dios.*

[165] Véase en *Montini, Papa,* págs. 161-177, el capítulo «El arzobispo habla de la misión», en el que se recoge el texto de una charla dada por monseñor Montini a los seglares, sobre la misión, y el discurso que el arzobispo pronunció en la clausura de la misma.

[166] *L'Invito ai lontani,* en *La missione di Milano...,* págs. 152-155.

[167] Cfr. Angelo Barraciu, *Sulle trace di Dio,* Editrice Arcivescovile, Milán, 1957.

[168] Cfr. *Le nuove Chiese di Milano, 1950-1960,* Arcivescovado di Milano, Milán, 1962.

[169] El director del *Corriere Lombardo,* Benso Fini, escribió el citado artículo con el título *Milano e il suo vescovo,* en *L'Italia,* 17 de diciembre de 1958. El otro testimonio citado es de Tomasso Gallerete Scotti y está tomado de la revista *Diocesi di Milano,* marzo (1960), 5.

[170] El texto del mensaje del Papa a la población católica lombarda fue publicado en *L'Italia,* 7 de enero de 1955.

[171] Antonio Bacci. Nació en Giugnola, archidiócesis de Florencia, el 4 de septiembre de 1885; fue ordenado de sacerdote el 9 de enero de 1909. Juan XXIII lo creó cardenal diácono de San Eugenio en el consistorio del 28 de marzo de 1960. Le nombró arzobispo titular de Colonia de Cappadocia el 5 de abril de 1962 y le consagró el 19 del mismo mes y año.

[172] Afirmación del cardenal Tisserant. Cfr. *L'Homme nouveau,* 2 de febrero de 1964.

[173] Véase, por ejemplo, el artículo publicado en el semanario *Oggi,* 30 de octubre de 1958, con el título *Montini, el grande assente del conclave,* firmado por Silvio Bertoldi.

[174] Domenico Tardini, *Pío XII,* Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1960.

[175] Cfr. *L'Osservatore Romano,* 13 de enero de 1953; texto latino e italiano de la alocución pontificia y lista de los cardenales creados por Pío XII en el consistorio de la mañana anterior.

[176] He aquí el elenco de los nuevos cardenales creados en aquel famoso consistorio: Monseñor Juan Bautista Montini, arzobispo de Milán; monseñor Juan Urbani, patriarca de Venecia; monseñor Pablo Giobbe, arzobispo titular de Tolemaide di Tebaide, nuncio-internuncio apostólico en Holanda; monseñor José Fietta, arzobispo titular de Sardica, nuncio apostólico en Italia; monseñor Fernando Cento, arzobispo titular de Seleucia Piera, nuncio apostólico en Portugal; monseñor Carlos Chiarlo, arzobispo titular de Amida, nuncio apostólico; monseñor Amleto Juan Cicognani, arzobispo titular de Laodicea di Frigia, delegado apostólico en los Estados Unidos de América; monseñor José Garibi y Rivera, arzobispo de Guadalajara; monseñor Antonio María Barbieri, arzobispo de Montevideo; monseñor Guillermo Godfrey, arzobispo de Westminster; monseñor Carlos Confalonieri, arzobispo titular de Nicópoli al Nesto, secretario de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios; monseñor Ricardo Santiago Cushing, arzobispo de Boston; monseñor Alfonso Castaldo, arzobispo de Nápoles; monseñor Pablo María Richaud, arzobispo de Bordeaux; monseñor Juan O'Hara, arzobispo de Filadelfia; monseñor José María Bueno y Monreal, arzobispo de Sevilla; monseñor Francisco König, arzobispo de Viena; monseñor Julio Döpfner, obispo de Berlín; monseñor Domingo Tardini, secretario de Estado de Su Santidad Juan XXIII; monseñor Alberto di Jorio, auditor general de la Reverenda Cámara Apostólica; monseñor Francisco Bracci, secretario de la Sagrada Congregación de la Disciplina de los Sacramentos; monseñor Francisco Roberti, secretario de la Sagrada Congregación del Concilio; monseñor Andrés Jullien, decano del Tribunal de la Sagrada Rota Romana.

[177] *Papa Giovanni XXIII nella mente e nel cuore del suo successore*, Germani, Milán, 1964, páginas 27-33.

[178] Los cardenales son los «sacerdotes romanos» por excelencia. Cardenal presbítero quiere decir precisamente eso: sacerdote incardinado *pleniori sensu* en la diócesis del Papa. Debe ser éste de «sacerdote romano» un título muy noble y muy apreciado, cuando uno de los más famosos cardenales de nuestro tiempo, el ya citado secretario de Estado de Juan XXIII, eminentísimo Domingo Tardini, dejó escrito en su testamento, y así se ha cumplido, que en la sencilla losa de su sepulcro no figurasen más que estas palabras, como dato único para la Historia: DOMINGO TARDINI, SACERDOTE ROMANO.

[179] Cfr. *Montini, Papa*, cap. 2, «De Juan XXIII a Pablo VI», págs. 14-27.

[180] Cfr. mi artículo *El Papa de la paz*, en Ecclesia, 18 de mayo (1963), pág. 19.

[181] Cayetano Cicognani. Nació en Brisighella, diócesis de Faenza, el 26 de noviembre de 1881. El 24 de septiembre de 1904 recibió la ordenación sacerdotal. Terminó sus estudios eclesiásticos en Roma, doctorándose en Teología, Filosofía, Derecho canónico y Derecho civil. Trabajó primero en la Rota romana y fue profesor de Derecho en el Pontificio Instituto de Sant'Apollinare. Luego entró en la Pontificia Academia Eclesiástica, donde realizó los estudios de Diplomacia. En 1915 entró al servicio de la Secretaría de Estado de Su Santidad y al año siguiente Benedicto XV le envió como secretario a la Nunciatura de España. Estuvo cuatro años en Madrid y pasó luego de auditor a la Nunciatura de Bélgica. Fue también algún tiempo encargado de Negocios en Holanda y en 1924 Pío XI le nombró internuncio apostólico de Bolivia. Recibió la consagración episcopal el 1 de febrero de 1925, con el título arzobispal de Ancira. Estuvo cuatro años en La Paz y en 1928 fue enviado como nuncio apostólico al Perú. En 1936 fue trasladado a la Nunciatura de Viena y en 1938 Pío X le nombró nuncio apostólico en España. Asistió así en nuestra Patria a la última etapa de la guerra, a la reconstrucción de nuestro catolicismo y fue testigo y protagonista de la vida de la Iglesia española hasta el mes de octubre de 1953. Su misión en España terminó con la elaboración y la firma del Concordato. Todos los católicos españoles, y muy especialmente los eclesiásticos, saben lo que nuestro catolicismo debe al cardenal Cicognani, cuyo nombre ha quedado unido a la reciente historia de la Iglesia española. En el consistorio del 12 de enero de 1953 Pío XII le creó cardenal. A finales de aquel mismo año Su Santidad le encomendó la prefectura de la Sagrada Congregación de Ritos y más tarde le nombró también proprefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica. Falleció el 5 de febrero de 1962. Su hermano, el cardenal Amleto Cicognani, sucedió al cardenal Tardini en el cargo de secretario de Estado de Juan XXIII y es, también ahora, secretario de Estado de Pablo VI.

[182] Agosto de 1963.

[183] Aurelio Signora. Nació el 21 de octubre de 1902; ordenado de sacerdote el 29 de julio de 1925 fue nombrado arzobispo titular de Nicosia el 12 de marzo de 1957. Es delegado pontificio del Santuario y prelado *nullius* de Pompei.

[184] *Ya*, 25 de septiembre de 1963.

[185] Cfr. el artículo publicado en *Oggi*, 4 de junio de 1964, con la firma de Maurizio Chierici.

[186] *Papa Giovanni XXIII nella mente...*, págs. 59-63.

[187] Texto tomado del discurso del cardenal Montini en la Noche Santa de la juventud italiana de Acción Católica, 1 de junio de 1963, en *Papa Giovanni...*, págs. 65-74.

[188] Discurso del cardenal Montini en la catedral de Milán, Pentecostés de 1963, en *Papa Giovanni...*, págs. 75-87.

[189] *Anuncio de la muerte de Su Santidad Juan XXIII*, mensaje del cardenal Montini al clero y a todos los fieles, 3 de junio de 1963, en *Papa Giovanni...*, págs. 89-97.

[190] *In morte di SS. Giovanni XXIII;* discurso del cardenal Montini en la catedral de Milán, 7 de junio de 1963, en *Papa Giovanni...*, págs. 95-106.

[191] *L'Italia*, 14 de junio de 1963.

[192] Cfr. *Ecclesia*, 29 de junio de 1963, págs. 15-17; *Carta desde Roma*, en la que Antonio Montero cuenta sus experiencias de los días que precedieron al conclave.

[193] Enrico Dante, prefecto de las Ceremonias Apostólicas, secretario de la Sagrada Congregación

de Ritos, nombrado por Juan XXIII arzobispo titular de Carpasia. Nació en Roma, el 5 de julio de 1884; ordenado de sacerdote el 3 de julio de 1910 y consagrado obispo el 21 de septiembre de 1962.

194 Cipriano Calderón, *Vaticano, mitad de siglo,* Flors, Barcelona, 1957. Véase parte segunda, «Cómo se elige el Papa», págs. 53-180.

195 Cfr. José María Javierre, *Pío X...,* págs. 34-40.

196 La constitución de San Pío X sobre la Sede Vacante lleva fecha de 25 de diciembre de 1904.

197 Cfr. José María Javierre, *Merry del Val,* Flors, Barcelona, 1961, pág. 510. Hoy ya, después de la publicación de los apuntes del cardenal Piffl, sabemos lo que pasó en el conclave de 1914.

198 Cfr., en mi libro *Vaticano...,* «secretos que se han roto», págs. 198-200; cfr. Salvatorelli Luigi, *Pío XI e la sua eredità pontificale,* Giulio Einaudi, Turín, 1939, cap. 11, «Archille Ratti, papa Pío XI», págs. 35-42. El artículo de *Il Messaggero* al que he aludido se titula *Il conclave de 1922,* 5 de marzo de 1939. La primera revelación sobre los apuntes del cardenal Vanutelli la hizo V. Camerani en el artículo *Note Vaticane* publicado en *Nuova Antología,* 16 de diciembre de 1935.

199 Cfr. el texto de la conferencia sobre Pablo VI dada en París por el cardenal Tisserant el 24 de enero de 1964. El cardenal Gustavo Federico Piffl, arzobispo de Viena, pertenecía a la Congregación de Canónigos Regulares del Santísimo Salvador. Nació en Landskron, el 15 de octubre de 1864; Pío X le creó y publicó cardenal en el consistorio del 25 de mayo de 1914 con el título de San Marcos; murió en Maastricht, el 30 de agosto de 1932.

200 *Vaticano, mitad de siglo...,* parte tercera, «El conclave de 1939 y la elección de Pío XII», páginas 181-246.

201 *Giornale del'Anima...,* pág. 330 (cfr. nota 80). Véase mi artículo *El conclave de 1958 y sus protagonistas,* en *Ecclesia,* 25 de octubre de 1958, pág. 479.

202 La constitución apostólica de Pío XII *Vacantis Apostolicae Sedis* es del 8 de diciembre de 1945. Juan XXIII, con fecha 5 de septiembre de 1962, publicó el *Motu proprio «Summi Pontificis electio»* modificando algunas normas de la constitución de Pío XII. Cfr. *Constitutio de Sede Apostolica Vacante et de Romani Pontificis electione, a Pío PP. XII exarata et a Ioanne PP. XXIII reformata,* Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963.

203 Cito siempre la conferencia del cardenal Tisserant, dada en París, a la que he aludido ya repetidas veces.

204 *Profilo de Montini...,* pág. 125.

205 El texto de esta declaración del cardenal König está publicado en *La Rocca,* 15 de junio de 1964, págs. 16-17. Se trata de una entrevista concedida a Vicenzo d'Agostino. El arzobispo de Viena vuelve a insistir aquí sobre el asunto del Papa no italiano: «Es verdad —dice— que antes del conclave muchos afirmaban que el nuevo Papa no sería un italiano. También algunos cardenales italianos me habían insinuado a mí que ellos verían favorablemente este acontecimiento [la elección de un Papa no italiano]. Confieso que, si es verdad que hoy la internacionalidad de la Iglesia progresa cada vez más, y que con el tiempo podremos tener incluso un Papa no italiano, me parece, sin embargo, que ahora los tiempos no están todavía maduros para esto. Además, no se debe olvidar el hecho de que el Papa es Obispo de Roma y que, por lo mismo, resulta más fácil que un Papa italiano esté al frente de una diócesis italiana. Por lo demás, el Papa es también Primado de Italia y. consiguientemente, en este sentido es casi natural que sea un italiano».

206 *Nel ricordo di Paolo VI,* della relazione del cardinale Fernando Cento; *La Rocca,* 15 de septiembre de 1963.

— Cfr. en *La Gaceta Ilustrada,* 4 de julio de 1964, el artículo de Ramón Cunill titulado *El conclave de 1963.*

4. SEMBLANZA Y ESTILO DEL PAPA MONTINI

207 Cfr., por ejemplo, Francesco Zanetti, *Pío X aneddòtico,* Istituto Editoriale San Michele, Roma, 1937.

[208] *L'Italia,* 17 de diciembre de 1958.

[209] La cita de Renzo de Santis está tomada del artículo de Guido Larri *Mons. Montini, oratore,* en *In nomine Domini...,* págs. 121-124. La cita de Silvio Negro está tomada de su artículo publicado en la revista *Il nostro Cardinale,* ya citada.

[210] Cfr. *La voce del Popolo,* 25 de enero de 1964.

[211] *Un profilo di monseñor Montini,* en *Il Quotidiano,* 7 de noviembre de 1954.

[212] Tanto para el testimonio de Lercaro como para el de Häring, cfr. *La Rocca,* 15 de junio de 1964.

[213] Cfr. *La Voce del Pòpolo,* ya citado.

[214] Cfr. *Hermandad,* boletín de los sacerdotes operarios diocesanos, julio de 1963.

[215] Cfr. *Il Resto del Carlino,* 26 de abril de 1964, y *Le Figaro,* 22 de junio de 1963.

[216] Cfr. *Etudes,* septiembre de 1963.

[217] Cfr. *Vita,* 24 de junio de 1964.

[218] Cfr. *Ecclesia,* 4 de julio de 1964. La revista *Madre y Maestra,* en su número de junio de 1964, págs. 6-7, publica una entrevista del padre Arias con Joaquín Ruiz-Giménez, en la que éste aporta algún dato interesante para la semblanza de Pablo VI. El ex embajador de España ante la Santa Sede, que conoció y trató a monseñor Montini en los tiempos de Pío XII, dice entre otras cosas: «Pablo VI, como mentalidad social y política, es profundamente democrático. No hemos de olvidar que fue el traductor de Maritain al italiano. Todo esto no puede dejar de reflejarse en sus actitudes... Como reveladora de su pensamiento quedó famosa la conferencia en el Ayuntamiento de Roma, siendo ya cardenal y al comienzo del Concilio, cuando glosó la frase de Cavour 'La Iglesia libre en un Estado libre', afirmando que desgajada de su contexto histórico podía muy bien ser aceptada por la Iglesia».

5. NUEVOS HORIZONTES PARA LA IGLESIA

[219] Cfr. *Discorsi, Messaggi, Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII...,* págs. 3-5.
— El cardenal Schuster, en sus memorias, ha explicado por qué Eugenio Pacelli escogió el nombre de Pío: «Cuando el cardenal Pacelli se percató claramente de que los votos del Sacro Colegio se dirigían hacia él, quedó sumamente turbado. Yo le animé a aceptar la cruz. El futuro Sumo Pontífice se resignó y me preguntó entonces qué nombre prefería yo de estos dos: Eugenio o Pío. Un papa Eugenio V habría recordado la memoria de Eugenio IV y del Concilio de Florencia, del cual, en el año 1939, se celebraba precisamente el quinto centenario. Aquel Concilio fue muy importante, porque en él las venerables Iglesias de Oriente se unieron finalmente a la cátedra apostólica de San Pedro y el patriarca y el emperador de Constantinopla, Paleólogo, firmaron juntamente con Eugenio IV la bula de unión. En cambio, a favor del nombre de Pío la principal razón del nuevo electo era que dicho nombre significaba un programa y todo el mundo habría comprendido en seguida que el nuevo Vicario de Cristo iba a continuar fielmente la obra interrumpida por el undécimo Pío. A estas razones que me explicó el cardenal Pacelli, mientras estábamos de pie a la puerta de la capilla sixtina, respondí que consideraba preferible el nombre de Pío XII, porque representaba un programa más urgente y de mayor actualidad para el orbe católico» (cfr. *Vaticano, mitad de siglo...,* págs. 243-244).

[220] Cfr. nota 122.

[221] Las declaraciones de los cardenales Cento y König, a que me he referido, son las ya citadas repetidas veces.

[222] *Temoignage,* sobre Pablo VI, en *L'Homme nouveau,* 2 de febrero de 1964.

[223] *Schemata Constitutionum et decretorum de quibus disceptabitur in Concilii sessionibus, Schema Decreti De Oecumenismo* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963; *Emendationes a Concilii Patribus scripto exhibitae super schema Decreti De Oecumenismo* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963; *Relatio super Schema Decreti de Oecumenismo* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963.

[224] Cfr. *La Rocca,* 15 de julio de 1964, pág. 16.

[225] Para tener un panorama de los debates en torno al esquema sobre el ecumenismo, además de los comunicados oficiales publicados en *Ecclesia* —noviembre-diciembre (1963)—, véase *L'enjeu du Concil...,* págs. 145-164, y *Vatican II...,* págs. 172-218:

[226] Unido al esquema *de Oecumenismo,* como apéndice o declaraciones, van el esquema sobre la libertad religiosa y el esquema sobre los judíos y las religiones no cristianas. Por lo que se refiere a la libertad religiosa cfr., en la citada *Relatio super Schema...,* la exposición del relator, monseñor De Smet, que llamó mucho la tención en el Concilio.

[227] Monseñor Charrière y el padre Dumont. Son dos grandes ecumenistas, el primero miembro y el segundo consultor del Secretariado para la Unión de los Cristianos. Cristóbal Dumont es francés y pertenece a la orden dominicana; monseñor François Charrière, obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo, nació el 1 de septiembre de 1893. Fue ordenado de sacerdote el 15 de julio de 1917 y nombrado obispo el 20 de octubre de 1945. Cfr. *Ecclesia,* 3 de agosto de 1964, págs. 23-24, donde están publicadas las declaraciones de monseñor Charrière a que me he referido.

[228] *L'Osservatore Romano,* 19-20 de agosto de 1963.

[229] Discurso de Pablo VI a los observadores del Concilio, 17 de octubre de 1963; *L'Osservatore Romano,* 19 de octubre de 1963.

[230] El cardenal Agustín Bea, considerado hoy como uno de los campeones del ecumenismo, es una de las figuras más egregias del Sacro Colegio. Es jesuita; famoso escriturista; fue rector del Pontificio Instituto Bíblico y era el confesor de Pío XII; nació en Riedböhringen, el 28 de mayo de 1881. Fue ordenado de sacerdote el 25 de agosto de 1912. Juan XXIII le creó cardenal en el consistorio del 14 de diciembre de 1959 y le consagró obispo, con el título arzobispal de Germania di Numidia, el 19 de abril de 1962. Su pensamiento y actividades en el campo ecuménico hasta el comienzo del Concilio están reflejados en su libro *L'Unione dei Cristiani, Problemi e principi, ostacoli e mezzi, realizzazioni e prospettive, La Civiltà Cattolica,* Roma, 1962. Desde que comenzó el Vaticano II el cardenal Bea ha pronunciado otras muchas conferencias y ha publicado numerosos artículos en *La Civiltà Cattolica* y otras importantes revistas. En el Concilio ha tenido varias intervenciones y ha desplegado una extraordinaria actividad como presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos.

[231] Véase el texto francés en *L'Osservatore Romano* del 29 de abril de 1964 y el texto español en *Ecclesia* del 9 de mayo de 1964, pág. 19.

[232] Véase el texto latino e italiano en *L'Osservatore Romano* del 18 de enero de 1964 y el texto español en *Ecclesia* del 25 de enero de 1964, págs. 5-7.

[233] *L'Osservatore Romano,* 28 de marzo de 1964.

[234] Cfr. Francisco Arrighi, *Un anno di lavoro ecumenico,* en *L'Osservatore Romano,* 28 de junio de 1964.

— En el clima ecuménico que vive hoy la cristiandad las publicaciones en torno a este tema aparecen cada día más numerosas. Aquí, en la imposibilidad de dar una bibliografía completa, quiero citar, ante todo, la importante pastoral escrita, con ocasión de la Curesma de 1964, por el cardenal Bueno Monreal, arzobispo de Sevilla *(Ecclesia,* 21 de marzo de 1964, págs. 15-18), y los siguientes libros, que pueden servir de orientación y estudio: Will Herberg, *Protestans, Catholiques et Israélites, La religion dans la société aux Etats-Unis,* Spes, París, 1960; Georges Huber, *Vers L'union des Chrétiens,* Centurión, París, 1962; Lorenz Jaeger, *Il Concilio, La Chiesa, le Chiese,* Morcelliana, 1962; Hans Küng, *El Concilio y la unión de los cristianos,* trad. por Daniel Ruiz Bueno, Herder, 1962; Bernard Lambert, *Le problème oecuménique,* Centurión, París, t. 2, 1962; Raymond Veillet, *Unité Chrétienne,* Spes, París, 1962; François Biot, *Les Chrétiens séparés face à l'Eglise,* Cerf, París, 1963; Jean Guiton, *Verso l'unità nell'amore,* trad. por Guiseppe Riggio, Morcelliana, Brescia, 1963; Alfred Lamargue, *Vers l'unité? Catholiques et protestants,* Cerf, París, 1963; Jean Maurice, *Voyages chez les Protestants, Anglicans et Lutheriens,* Cerf. París, 1963; Raymond Veillet, *Pour une attitude oecuménique,* Fleurus, París, 1963.

[235] Cfr. Roberto Zavalloni, *Prospettive pastorali nel pensiero di G. B. Montini,* en *La Scuola,* Brescia, 1964; Celestino Melzi, *La pastorale del cardenal G. B. Montini,* suplemento de *Ambrosius,* Milán, 1963; Giovanni Battista Montini, Sua Santità Paolo VI, *Pastorale Litúrgica,* ed. Liturgiche, Roma, 1963.

[236] Páginas 133-152.

[237] Del primer radiomensaje de Pablo VI al mundo, ya citado.

[238] *L'Osservatore Romano,* 4 de septiembre de 1964.

[239] Sobre la parroquia Pablo VI ha dicho cosas de gran interés pastoral en sus alocuciones pronunciadas durante sus visitas a las parroquias de Roma. Véanse los discursos tenidos en la parroquia de San Pío X, 16 de febrero de 1964 *(Ecclesia,* 29 de febrero de 1964); en la parroquia de Nuestra Señora de Lourdes, 23 de febrero de 1964 *(L'Osservatore Romano,* 28 de febrero de 1964); en la parroquia de Casal Bertone, 1 de marzo de 1964 *(L'Osservatore Romano,* 6 de marzo de 1964); en la parroquia de la Madre de Dios, 8 de marzo de 1964 *(L'Osservatore Romano,* 15 de marzo de 1964); en la parroquia de Nuestra Señora de la Salette, 15 de marzo de 1964 *(L'Osservatore Romano,* 19 de marzo de 1964).

— Roma cuenta con doscientas diecisiete parroquias, de las cuales ciento diecinueve están en manos de los religiosos. Los sacerdotes actualmente incardinados en la diócesis son trescientos noventa y ocho. Pero en la Ciudad Eterna, naturalmente, hay muchos más sacerdotes pertenecientes a otras diócesis italianas y a diversas naciones; son los monseñores que trabajan en los dicasterios y diversos organismos de la Curia, en los colegios eclesiástico nacionales y en otra obras religiosas que tienen su sede en Roma. Además, el número de religiosos residentes en la Urbe, y que trabajan en las ciento sesenta curias o procuras generalicias, y en las catorce Universidades y centros superiores de estudios con sede en Roma, es muy elevado. Centenares son, por otra parte, los sacerdotes y religiosos jóvenes que cursan estudios en los citados centros, mientras que los seminaristas, procedentes de todas las naciones, se cuentan por miles. No hay en Roma ningún organismo que disponga de una estadística completa y detallada de los sacerdotes y religiosos que residen en la ciudad. La Oficina Pastoral, recientemente creada en el Vicariato, está realizando ahora este trabajo de estadística con miras a emplear también, en orden al apostolado en esta masa de eclesiásticos, a quienes el Papa ha invitado a que colaboren directa y ordenadamente en las tareas pastorales de la ciudad. En el cuadro del clero residente en Roma hay que colocar a los veintinueve cardenales de la Curia y a los sesenta y cinco arzobispos u obispos que viven actualmente en la Urbe. No pocos de éstos ejercen altas funciones en los sagrados dicasterios, otros son canónigos de las basílicas y algunos no tienen ningún cargo especial. (Cfr. *La diocesi di Roma, 1964,* Vicariato di Roma, 1964.)

[240] En la Colección «Iglesia, siglo XX» está publicado el texto latino y español de la constitución sobre la sagrada liturgia; *Constitución sobre la Sagrada Liturgia,* «Sígueme,» Salamanca, 1963. El texto español del decreto sobre los medios de comunicación social está editado por SIE, Madrid, 1963. Innumerables son los artículos y comentarios que se han publicado sobre estos documentos conciliares, especialmente sobre la constitución litúrgica. Citamos aquí algunos: *La Maison Dieu,* 76, 77, 78 (1964). *Fasc. Liturgie et vie Chrétienne.* Un equipo de consultores del episcopado español, bajo la dirección del arzobispo de Madrid, monseñor Morcillo, ha preparado para la BAC un amplio comentario sobre la constitución litúrgica.

— Sobre los medios de comunicación social véase el pensamiento de monseñor O'Connor, arzobispo presidente de la Comisión para los Medios de Comunicación Social, en una entrevista concedida al *L'Osservatore della Doménica,* 19 de abril de 1964.

[241] Cfr. capítulo 7: «Concilio con Pablo VI».

[242] Cfr. el texto español del citado *Motu proprio,* en *Ecclesia,* 18 de abril de 1964, páginas 7-8. El elenco de los miembros del Consejo para la ejecución de la constitución litúrgica apareció en *L'Osservatore Romano,* 5 de marzo de 1964 (cfr. sus nombres en *Ecclesia,* 14 de marzo de 1964); entre ellos figuran dos españoles; monseñor Juan Hervás y Benet, obispo titular de Dora, prelado *nullius* de Ciudad Real, y monseñor José Enciso Viana, obispo de Palma de Mallorca. El presidente, cardenal Lercaro, ha sido, en la Iglesia de nuestro tiempo, uno de los grandes campeones de la pastoral litúrgica, a la que ha dedicado todas sus ilusiones y afanes de obispo. Es uno de los cuatro moderadores del Concilio. Apenas comenzó el Vaticano II fue elegido por la asamblea ecuménica miembro de la Comisión Litúrgica. Su labor en este organismo fue muy apreciada. Le tocó actuar de relator general sobre la constitución *de Sacra Liturgia.* En algunas ocasiones tuvo intervenciones personales de mucha categoría. Tiene publicados numerosos escritos sobre liturgia pastoral. En España la Colección «Iglesia, siglo XX» ha presentado recientemente el siguiente opúsculo: Santiago Lercaro, *La liturgia, cristianización del mundo,* «Sígueme», Salamanca, 1964.

243 Cfr. el texto español del *motu proprio,* en *Ecclesia,* 18 de abril de 1964, págs. 5-7. A los miembros que formaban ya parte de la antigua comisión pontificia para el cine, la radio y la televisión, el Papa, al constituir el nuevo organismo —que corresponde al artículo 19 del decreto sobre los medios de comunicación social—, ha nombrado algunos miembros nuevos, entre ellos a un español, el obispo auxiliar de Sevilla, monseñor Cirarda. El presidente de la comisión, monseñor Martín John O'Connor, arzobispo titular de Laodicea de Siria, es norteamericano. Nació en Scranton, el 18 de mayo de 1900; fue ordenado de sacerdote el 15 de marzo de 1924; Pío XII le nombró obispo titular de Tespia el 11 de noviembre de 1942; Juan XXIII le hizo arzobispo titular. Es rector del Colegio Norteamericano de Roma.

244 El cardenal Pablo Marella, designado por Su Santidad presidente del Secretariado para las religiones no cristianas, nació en Roma el 25 de febrero de 1895. Fue ordenado de sacerdote el 25 de febrero de 1918; se doctoró en Filosofía, Teología y Derecho canónico en la Universidad Pontificia Lateranense. Fue enviado como auditor a la Delegación apostólica de Washington, donde estuvo hasta el año 1933, colaborando con el delegado apostólico, monseñor Fumasoni-Biondi. Luego fue nombrado arzobispo titular de Doclea y delegado apostólico en el Japón. Recibió en Roma la consagración episcopal, el 29 de octubre de 1933. Poco tiempo después desempeñó en el Extremo Oriente una misión delicadísima, por la que el emperador del Japón le otorgó el Gran Cordón del Sol de Levante. En su libro *Visión de esperanza* monseñor Marella insistía en la formación de misioneros para que llevaran con eficacia las conversaciones de los habitantes del país. Durante la guerra mundial montó un archivo de doscientas mil fichas de prisioneros de guerra. En el año 1948 fue delegado apostólico en Australia. En 1953, nuncio apostólico en Francia, como sucesor de monseñor Roncalli. Fue creado cardenal por Juan XXIII en el consistorio del 14 de diciembre de 1959. Es presidente de la comisión conciliar para los obispos y el gobierno de las diócesis y miembro de la comisión para la revisión del código de Derecho canónico. Asimismo, es prefecto de la Sagrada Congregación de la Fábrica de San Pedro y arcipreste de la patriarcal basílica vaticana. El mejor elogio de él y de su competencia para el nuevo cargo le hizo el mismo Papa en el citado discurso del día de Pentecostés.

6. PABLO VI, AÑO UNO

245 *Montini, Papa,* del cap. 28, «Pablo VI: Programa para un pontificado», pág. 341.

246 *L'Osservatore Romano,* 24 de junio de 1964.

247 *Ya,* 21 de junio de 1964, página central en huecograbado. La frase está tomada de un artículo de Jesús Iribarren publicado el día anterior; a él pertenece el texto que reproduzco como comentario.

248 Desde los tiempos de Pío IX hasta que se firmaron los pactos de Letrán, 11 de febrero de 1929, los papas habían permanecido cautivos en el Vaticano. A partir de esa fecha Pío XI y luego Pío XII salieron de la Ciudad del Vaticano alguna que otra vez. Juan XXIII hizo frecuentes y casi diríamos ordinarias estas salidas; pero Pablo VI ha tenido un gesto nuevo al hacer su primera salida ya al día siguiente de su elección, ganándose así, desde un primer momento, la simpatía de los romanos, pues su paso por las calles de la ciudad, en aquella inolvidable tarde del 22 de junio, fue triunfal.

249 *Ecclesia,* números correspondientes al 20 y 27 de junio de 1964. El índice de los documentos de Pablo VI en el primer año de su pontificado ocupa veintisiete páginas.

250 Todos estos documentos están publicados en *Ecclesia.* El embajador, su excelencia don Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate, presentó sus cartas credenciales a Pablo VI el 12 de mayo. Puede verse la crónica en *L'Osservatore Romano* del 13 de mayo de 1964. El diario vaticano presentó al nuevo embajador con una nota biográfica cargada de elogios para tan distinguido jurista y diplomático.

7. CONCILIO CON PABLO VI

251 Cfr. *Montini, Papa,* pág. 15.

252 Carta del cardenal Montini a sus fieles de Milán, escrita «desde el Concilio». *Montini, Papa,* pág. 302.

[253] Presentación del cardenal Montini al libro *Il Concilio nel cuore e nella voce di Giovanni XXIII,* Arzobispado de Milán, 1962.

[254] Fechas conciliares.—*25 de enero de 1959:* Desde la basílica de San Pablo el papa Juan XXIII anuncia al mundo su propósito de convocar un Concilio Ecuménico.—*16 de mayo de 1959,* vigilia de Pentecostés: El Papa nombra la «Comisión antepreparatoria del Concilio». Su misión es entrar en contacto con el episcopado católico para recibir sus consejos y sugerencias; recoger las propuestas formuladas por los diversos dicasterios de la Curia romana; trazar las líneas generales de los temas a tratar en el Concilio, después de oir también el parecer de las Facultades teológicas y canónicas de las Universidades católicas; sugerir la composición de los organismos (comisiones, secretariados, etcétera) que habrían de encargarse luego de la próxima preparación de los trabajos conciliares. La comisión quedó formada por los más insignes prelados de la Curia romana: los secretarios y asesores de las Sagradas Congregaciones; como presidente fue designado el cardenal Domingo Tardini, secretario de Estado de Su Santidad, y como secretario monseñor Pericles Felici, auditor de la Sagrada Rota romana.—*4 de julio de 1960:* Juan XXIII publica el *Motu proprio «Supernu Dei nutum»,* con el cual constituye la Comisión Central Preparatoria del Concilio, diez comisiones especializadas (la Teológica, la de Obispos y Gobierno de las Diócesis, la de Disciplina del Clero y Pueblo Cristiano, la de Religiosos, la de Sacramentos, la de Liturgia, la de Estudios y Seminarios, la correspondiente a las Iglesias orientales, la de Misiones, la de Apostolado de los Laicos) y tres secretariados (el de Prensa y Espectáculos, el Administrativo y el Secretariado para la Unión de los Cristianos). Al frente de cada una de estas comisiones el Papa pone un cardenal, y nombra, como miembros y consultores de las mismas, a numerosos obispos y destacados eclesiáticos de toda la Iglesia. Monseñor Felici es designado secretario general de la Comisión Central. Todos estos organismos (a los que se añadió más adelante la Comisión del Ceremonial y la Comisión Técnico-organizativa, así como las subcomisiones para la preparación del reglamento, para las cuestiones mixtas y para las enmiendas) entraron muy pronto en acción, para estudiar y preparar los asuntos que el Papa había de someter después a la asamblea general de todo el episcopado católico.—*25 de diciembre de 1961:* El Sumo Pontífice Juan XXIII firma y manda pregonar la bula *Humani Salutis,* con la cual se convoca para el año 1962 el Concilio Ecuménico Vaticano II.—*2 de febrero de 1962:* Con el *Motu proprio «Concilium diu»* el Santo Padre decreta que el Concilio comience el día 11 de octubre, fiesta de la Maternidad de la Virgen.—En los *primeros días de septiembre de 1962* el Papa promulga el reglamento, nombra los presidentes de las comisiones conciliares, los miembros del Consejo de Presidencia del Concilio y otros cargos, entre ellos el de secretario, que nuevamente recae en monseñor Felici. Sucesivamente se constituye la secretaría del Concilio y se crea la oficina de prensa y otros organismos técnicos.—En los *primeros días de octubre* comienzan a llegar a Roma todos los obispos del mundo, y el *día 11,* fecha imborrable en la historia de la cristiandad, se inaugura solemnemente el Concilio Ecuménico Vaticano II. (Sobre la fase preparatoria del Concilio véase *Vaticano II, etapa preparatoria, crónicas de Roma,* por Cipriano Calderón, «Iglesia, siglo XX», 2, «Sígueme», Salamanca, 1962.)

[255] Cfr. *Un periodista en el Concilio, II etapa,* pág. 124.

[256] Sobre la intervención del cardenal Montini en el debate referente al esquema litúrgico véase lo que dice Klopenburg en *Concilio Vaticano II,* vol. 2, pág. 93. En la nota 11 de este libro se da el resumen de la intervención del cardenal Montini en las discusiones sobre el esquema *de Ecclesia.* Para tener una idea completa de lo que significó la intervención del futuro Pablo VI en los debates de la última semana del primer período del Concilio véanse las páginas de mi *Diario de impresiones y noticias sobre el Concilio,* publicadas en *Montini, Papa,* págs. 290-295.

[257] Cardenal Montini, *Lettere dal Concilio,* Milán, 1963.

[258] En *Montini, Papa,* cap. 25, puede verse más amplia información sobre las actividades del cardenal Montini en torno al Concilio desde el anuncio del mismo hasta el final del primer período. En el capítulo 26 se publican íntegras las siete *Cartas desde el Concilio,* escritas por el arzobispo a sus fieles de Milán. Se trata de documentos muy interesantes para conocer el pensamiento del futuro Pablo VI sobre el Concilio, si bien dichas cartas no constituyen más que una mínima parte de los numerosos escritos que dedicó a este tema el actual Papa antes de su elección pontificia.

[259] Sobre la preparación de la segunda etapa del Concilio pueden verse mis crónicas publicadas en *Ecclesia* en los meses de enero-mayo de 1963.

[260] Los diversos textos citados están tomados del discurso del cardenal Montini dirigido a los sacerdotes en la asamblea de Varese, *I sacerdoti e il Concilio Ecuménico,* en *Discorsi al clero,* páginas 203, 204, 207.

[261] *Discorsi...,* págs. 162, 163, 166.

[262] Es el mismo Papa quien, en su discurso de apertura del Concilio, llama a San Miguel Arcángel «protector del pueblo de Dios». La Iglesia como «pueblo de Dios» había de ser después uno de los temas dominantes en el debate sobre el esquema *de Ecclesia,* que tuvo lugar en el segundo período del Concilio.

— El comunicado de la oficina de prensa del Concilio, con el cual se anunciaba la reanudación del mismo para el 28 de septiembre, fue publicado el día 27 de junio. En realidad, el texto estaba ya preparado en la Secretaría del Vaticano II el día 26 por la mañana. Se había redactado el día anterior y esperaba la orden de publicación, que no fue dada hasta el día 27. Dice así: «Con un rescripto *ex audientia,* que lleva la fecha de hoy, 27 de junio de 1963, y firmado por su eminencia el cardenal Amleto Giovanni Cicognani, secretario de Estado de Su Santidad, se ha anunciado que el Padre Santo Pablo VI ha ordenado la reanudación de los trabajos de la segunda fase del Concilio Vaticano II para la fecha 29 de septiembre próximo, en el XVII domingo después de Pentecostés y festividad del Arcángel San Miguel. El rescripto que contiene esta decisión será comunicado en los próximos días por la Secretaría general del Concilio a todos los padres conciliares. El establecimiento de esta importante fecha es una nueva prueba concreta del deseo que tiene Su Santidad Pablo VI en orden a la continuación del Concilio Vaticano II, al que, como él mismo afirmó en su primer mensaje radiado a la ciudad y al mundo el pasado 22 de junio, se vuelven los ojos de todos los hombres de buena voluntad. 'Esta será la obra principal —había dicho Su Santidad Pablo VI— en la que pensamos poner a contribución todas las energías que el Señor nos ha dado'».

[263] Juan XXIII hizo público los nombres de los cardenales designados para componer el Consejo de Presidencia y el Secretariado para los Negocios Extraordinarios del Concilio después de la publicación del reglamento un mes antes de inaugurarse el Concilio.

[264] Cfr. artículo 7 del *Ordo Concilii...,* Editio altera. En realidad, no se puede hablar de nuevo reglamento del Concilio, sino de una nueva edición corregida del publicado por Juan XXIII.

[265] Cardenales del Consejo de Presidencia:

— Eugenio Tisserant. Nació el 24 de marzo de 1884 en Nancy; fue ordenado de sacerdote el 4 de agosto de 1907; creado cardenal en el consistorio del 15 de junio de 1936 y fue consagrado obispo el 25 de julio de 1937. Es obispo de Ostia y, por lo mismo, decano del Sacro Colegio. Estuvo durante casi un cuarto de siglo al frente de la Sagrada Congregación para la Iglesia oriental. Actualmente es prefecto de la congregación del ceremonial, bibliotecario y archivero de la Santa Iglesia y presidente de la pontificia comisión para los estudios bíblicos. Pertenece a la Academia Francesa y en sus viajes por Europa, Oriente Medio, Africa y América ha conocido numerosas regiones de la cristiandad. Es seguramente el cardenal que sabe más lenguas modernas y dialectos orientales, hasta el punto de que puede rezar el rosario cada día del mes en un idioma distinto.

— Archille Liénart. Nació en Lille el 7 de febrero de 1884; fue ordenado de sacerdote el 29 de junio de 1907 y nombrado obispo de Lille el 6 de octubre de 1928; Pío XI le hizo cardenal en el consistorio del 30 de junio de 1930. Es el más venerable de los prelados franceses, decano del episcopado y presidente de la asamblea de los arzobispos. Goza de un gran prestigio en su nación por sus grandes méritos de cultura y apostolado. Se ha distinguido, sobre todo, con sus afanes sociales en la gran ciudad obrera e industrial en la cual nació y de la que es pastor. Actualmente es también prelado de la misión de Francia.

— Ignace Gabriel Tappouni. Nació en Mossul el 3 de noviembre de 1879; fue ordenado de sacerdote el 3 de noviembre de 1902; nombrado obispo titular de Danaba el 14 de septiembre de 1912 y arzobispo de Aleppo de los sirios el 24 de febrero de 1921. El 24 de junio de 1929 fue elegido patriarca de Antioquía y Pío XI le creó cardenal en el consistorio del 16 de diciembre de 1935. Como se ve es uno de los obispos más ancianos de la Iglesia, pues fue consagrado ya en tiempos de San Pío X. Con su inmensa barba blanca, su hierática figura y su aire patriarcal, trajo como nadie al Concilio el recuerdo de los tiempos más lejanos, cuando los obispos orientales eran mayoría en estas asambleas ecuménicas. Apenas fue anunciado el Concilio, este cardenal escribió una carta a Juan XXIII planteando el problema de la unidad cristiana, pidiendo aclaraciones

sobre cómo sería tratada esta cuestión en el Concilio y mostrando su agradecimiento al Papa que, «con su valiente iniciativa, abría a la Iglesia un camino sublime».

— Norman Thomas Gilroy. Nació en Sydney, el 22 de enero de 1896; fue ordenado de sacerdote el 24 de diciembre de 1923; nombrado obispo de Port Augusta el 10 de diciembre de 1934. En marzo de 1935 fue promovido arzobispo coadjutor, con derecho a sucesión, de Sydney, sede que pasó a ocupar en 1940. Pío XII le hizo cardenal en el consistorio del 18 de febrero de 1946. Prelado de mucho equilibrio y de mucho empuje misional. En noviembre de 1949 presidió y dirigió, en calidad de legado pontificio, el Concilio plenario de todos los obispos de la India.

— Francis Spellman. Nació en Whitman, archidiócesis de Boston, el 4 de mayo de 1889; fue ordenado de sacerdote el 14 de mayo de 1916; nombrado arzobispo titular de Sila y auxiliar de Boston el 30 de julio de 1932. Pío XII le nombró arzobispo de Nueva York en abril de 1939 y le hizo cardenal en febrero de 1946. Goza de gran fama en su nación y en el mundo entero, que ha cruzado repetidas veces, de parte a parte, ejerciendo la caridad a lo grande. Hombre de un dinamismo a toda prueba, buen escritor, culto y simpático, con amplia experiencia en todos los campos de la vida eclesiástica, desde la diplomacia pontificia, que ejerció durante su juventud en la Secretaría de Estado, hasta la acción pastoral en una de las ciudades más grandes del planeta.

— Joseph Frings. Nació en Neuss, archidiócesis de Bolonia, el 6 de febrero de 1887; ordenado de sacerdote el 10 de agosto de 1910 y nombrado arzobispo de Colonia el 1 de mayo de 1942; creado cardenal por Pío XII en el famoso consistorio de 1946. Es el presidente de la conferencia episcopal alemana. Era rector del seminario cuando, en plena guerra mundial, fue nombrado arzobispo de su propia archidiócesis, y se prodigó con toda su alma para aliviar las grandes calamidades que agobiaron a su ciudad y a su patria.

— Ernesto Ruffini. Nació el 19 de enero de 1888, en un pueblecito de la diócesis de Mantua; fue ordenado de sacerdote el 10 de julio de 1910 y nombrado arzobispo de Palermo el 11 de octubre de 1945. Es cardenal del consistorio de 1946. Antes había sido secretario de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudio. Fue profesor de Sagrada Escritura, y siendo prelado de Curia, como él mismo ha manifestado, pidió personalmente a los papas Pío XII y Pío XI que convocasen un Concilio.

— Antonio Caggiano. Nació el 30 de enero de 1889; sacerdote de la diócesis de Santa Fe, ordenado el 23 de marzo de 1912; nombrado obispo de Rosario el 13 de septiembre de 1934. Pío XII le creó cardenal en 1946 y Juan XXIII le nombró arzobispo de Buenos Aires en agosto de 1959. Eximio pastor de almas y ardiente apóstol, trabajó desde su juventud incansablemente en la Acción Católica y en la acción social, campos en los cuales cuenta con una singular experiencia.

— Giuseppe Siri. Nació en Génova, el 20 de mayo de 1906; fue ordenado de sacerdote el 22 de septiembre de 1928 y nombrado obispo auxiliar de Génova para el entonces cardenal Boeto, jesuita, a quien sucedió luego en la sede el 14 de mayo de 1946. Fue creado cardenal por Pío XII en el consistorio de 1953. Es presidente de la conferencia episcopal italiana, hombre de distinguida cultura y de fino espíritu, cuando ingresó en el sacro Colegio era el cardenal más joven de la Iglesia.

— Stefan Wyszynski. Nació en Zuzela, el 3 de agosto de 1901; el mismo día del año 1924 fue ordenado de sacerdote y el 4 de marzo de 1946 nombrado obispo de Dublín. El 12 de noviembre de 1948 pasó a la diócesis de Gniezno y Varsovia. Pío XII le creó cardenal en 1953. Campeón de la fe en Polonia.

— Albert Gregory Meyer. Nació en Milwaukee, el 9 de marzo de 1903; fue ordenado de sacerdote el 11 de junio de 1926; el 18 de febrero de 1946 fue nombrado obispo de Superior; en julio de 1953 pasó a la diócesis de Milwaukee y en septiembre de 1958 fue nombrado arzobispo de Chicago. Juan XXIII le hizo cardenal en el consistorio del 14 de diciembre de 1959. Es una de las grandes figuras del episcopado norteamericano.

— Bernard Jan Alfrink. Nació en un pueblecito de la diócesis de Utrecht, el 5 de julio de 1900; fue ordenado de sacerdote el 15 de agosto de 1924 y nombrado arzobispo titular de Tiana el 28 de mayo de 1951. En octubre de 1955 pasó a regir la diócesis de Utrecht y Juan XXIII le hizo cardenal en el consistorio del 28 de marzo de 1960. Arzobispo intrépido y decidido, muy valiente en sus ideas y en su acción apostólica, con grandes inquietudes sociales y profunda cultura.

Cardenales de la Comisión Coordinadora:

— Amleto Giovanni Cicognani. Nació en Brisighella, diócesis de Faenza, el 24 de febrero de 1863; fue ordenado de sacerdote el 23 de septiembre de 1905 y nombrado arzobispo titular de

Laodicea de Frigia el 17 de marzo de 1933. Juan XXIII le creó cardenal en su primer consistorio del 15 de diciembre de 1958 con el título de San Clemente, que dejó en 1962 para pasar a ser obispo titular de la iglesia suburbicaria de Frascati. Famoso jurista, fue durante algún tiempo asesor de la Sagrada Congregación para la Iglesia oriental, y luego, durante veintiséis años, delegado apostólico en Norteamérica. Fue el segundo secretario de Estado de Juan XXIII y actualmente lo es de Pablo VI.

— Giovanni Urbani. Nació en Venecia, el 26 de marzo de 1900; fue ordenado de sacerdote el 24 de septiembre de 1922 y nombrado obispo titular de Assume el 29 de octubre de 1946, siendo luego promovido a la sede arzobispal titular de Sardi, el 27 de noviembre de 1948. El 14 de abril de 1955 fue nombrado obispo de Verona y el 11 de noviembre de 1958 Juan XXIII le designó su sucesor en el patriarcado de Venecia, creándole cardenal pocos días después. Antes de ir a Verona fue durante varios años consiliario nacional de la Acción Católica Italiana, logrando un gran prestigio en los ambientes del laicado católico.

— Carlo Confalonieri. Nació el 25 de julio de 1893; sacerdote de la archidiócesis de Milán, fue ordenado el 18 de marzo de 1916. Pío XII le nombró arzobispo de L'Aquila el 27 de marzo de 1941. En febrero de 1950 fue nombrado secretario de la Sagrada Congregación de Seminarios y Juan XXIII le hizo cardenal en su primer consistorio de diciembre de 1958. En su juventud fue secretario particular del papa Pío XI. Actualmente es secretario de la Sagrada Congregación Consistorial .

— Julius Döpfner. Nació el 26 de agosto de 1913; fue ordenado de sacerdote de la diócesis de Wurzburgo el 29 de octubre de 1939. El 11 de agosto de 1948 fue nombrado obispo de su diócesis y el 15 de enero de 1957 trasladado a Berlín. Juan XXIII le creó cardenal en 1958 y le nombró arzobispo de Munich en julio de 1961. Es una de las grandes figuras del episcopado alemán. Joven, muy lanzado y muy dinámico en la vida apostólica.

— Leo Jozef Suenens. Nació el 16 de julio de 1904; ordenado de sacerdote de la diócesis de Bruselas el 4 de septiembre de 1927. Fue nombrado obispo auxiliar de su diócesis el 12 de noviembre de 1945 y arzobispo de Michelen-Bruselas el 15 de diciembre de 1961. Juan XXIII le creó cardenal el 19 de marzo de 1962. Es una de las figuras más conocidas del episcopado católico.

— Gregorio Pietro Agagianian. Armenio, nacido en un pueblecito del Cáucaso, el 18 de septiembre de 1895, fue ordenado de sacerdote en Roma el 23 de diciembre de 1917. En julio de 1935 fue nombrado obispo titular de Comana y el 30 de noviembre de 1937 elegido patriarca de Cilicia de los armenios. Pío XII le creó cardenal en febrero de 1946 y en 1958 le nombró prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Es uno de los más prestigiosos y distinguidos cardenales de la Curia romana.

— Giacomo Lercaro. Nació en Quinto al Mare, archidiócesis de Génova, el 28 de octubre de 1891; fue ordenado de sacerdote el 25 de junio de 1914 y nombrado arzobispo de Ravena el 31 de enero de 1947. En abril de 1952 pasó a regir la archidiócesis de Bolonia y Pío XII le agregó al sacro Colegio en 1953. Es uno de los cardenales más famosos de la Iglesia y una de las grandes figuras del episcopado italiano.

— Francisco Roberti. Nació en Pergola el 7 de julio de 1889; fue ordenado de sacerdote el 3 de agosto de 1913. Juan XXIII le creó cardenal el 15 de diciembre de 1958 y le consagró obispo el 19 de abril de 1962. Famoso jurista, fue muchos años secretario de la Sagrada Congregación del Concilio y es actualmente prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica.

— De la Comisión Coordinadora son también los cardenales Liénart y Spellman, que figuran igualmente en el Consejo de Presidencia y que, por lo mismo, he citado ya antes. Durante la primera etapa del Concilio formó también parte del Consejo de Presidencia el cardenal primado de España, Enrique Pla y Deniel, arzobispo de Toledo, que, a causa de su avanzada edad y precaria salud, presentó su dimisión en el verano de 1963. Nació en Barcelona el 19 de diciembre de 1876; es sacerdote desde el año 1900 y obispo desde 1918. Antes de ir a Toledo estuvo en Avila y luego en Salamanca. Pío XII le creó cardenal en el famoso consistorio de 1946.

[266] Monseñor Pericle Felici, por ser secretario del Concilio, ocupa frecuentemente el primer plano de la actualidad eclesiástica. Sacerdote de profunda vida espiritual y de grandes cualidades intelectuales, cuenta en la actualidad cincuenta y dos años y tiene una ficha excepcional en la Curia romana. Es de Segni, pequeña ciudad del Lacio; hijo de un geómetra, inició sus estudios en el mismo Segni, de donde pasó luego al seminario romano y más tarde a la Universidad Lateranense, donde se doctoró en Teología, con una magnífica tesis sobre el psicoanálisis desde el punto de vista moral. Ordenado de presbítero con especial dispensa de Pío XI, cuando sólo tenía veintidós años y dos meses, continuó sus estudios de especialización, doctorándose en Derecho

canónico y civil. A los veintisiete años fue nombrado rector del Seminario Jurídico de Sant'Apollinare, donde permaneció diez años formando sacerdotes y dedicándose al apostolado entre los jóvenes del anejo instituto. En 1934 le encomendaron la cátedra de Teología moral en la Pontificia Universidad del Laterano y en 1947 Pío XII le nombró auditor de la Rota Romana, cargos éstos que conjugó con los de director espiritual del Seminario Romano y consiliario diocesano de las asociaciones obreras católicas. Tiene publicadas varias obras jurídicas. Es un gran humanista y habla el latín como si fuera su idioma natal; más aún —como algunos dicen—, piensa en latín y se divierte haciendo versos en la lengua de Horacio y Virgilio. En la primavera de 1959 el cardenal Tardini, secretario de Estado de Juan XXIII, llamó una mañana a monseñor Felici y le comunicó, de parte del Papa, que tenía que dejar sus tareas de juez en la Rota para dedicarse al Concilio. Había sido nombrado secretario de la comisión antepreparatoria del Vaticano II. Desde entonces, haciendo honor al significado de su apellido, con alegría, con serenidad, pero como una máquina aceleradora, ha desarrollado una actividad colosal hasta poner en marcha todo el engranaje preparatorio del Concilio e impulsar después su desarrollo desde la secretaría general, que es como el motor del mismo. En octubre de 1960 Juan XXIII le nombró arzobispo titular de Samosata.

— Los cinco subsecretarios del Concilio son: uno melquita, monseñor Nabaa, arzobispo de Beirut; uno español, monseñor Morcillo, arzobispo de Madrid; uno francés, monseñor Villot, arzobispo coadjutor de Lyón; uno norteamericano, monseñor Krol, arzobispo de Filadelfia, y uno alemán, monseñor Kempf, obispo de Limburgo.

267 Cfr. el artículo 4.º del reglamento del Concilio.

268 Cfr. el artículo *I moderatori* escrito por Giuseppe Alberigo, en *L'Avvenire d'Italia,* 29 de septiembre de 1963.

269 Los auditores laicos del Concilio durante la segunda sesión del mismo han sido los señores: Mieczyslaw de Habicht, Silvio Golzio, Jean Guitton, Emilio Inglessis, Jean Larnaud, Raimondo Manzini, James Norris, Henri Rollet, Ramón Sugranyes de Franch, Augusto Vanistandael, Juan Vázquez, Vittorino Veronese y Frencesco Vito.

270 Los miembros del Comité de Prensa del Concilio, que preside monseñor Martín O'Connor, arzobispo titular de Laodicea de Siria, son: el arzobispo de Sens, René Stourm; el arzobispo de Goritzia, Andrea Pancrazio; el arzobispo de Cape Town, Owen McCann; el arzobispo de Bhopal, Eugène d'Souza; el arzobispo de Dakar, Jacinthe Thiandoum; el arzobispo coadjutor de Belo Horizonte, João Rezende Costa; el obispo de Belleville, Albert Zuroweste; el obispo de Osnabrück, Helmut Hermann Wittler; el obispo de Tiro de los maronitas, Joseph Khoury; el obispo de Breda, Gerardus Henricus de Vet; el coadjutor de Katowice, Herbert Bednorz; el obispo auxiliar de Sevilla, José María Cirarda Lachiondo; el vicario apostólico de Grouard, Henri Routhier, y monseñor Marcos McGrath, de Panamá. Secretario del Comité es monseñor Fausto Vallainc.

271 La oficina de prensa que dirige monseñor Vallainc está dividida en siete secciones lingüísticas, al frente de las cuales figura un sacerdote periodista: monseñor Gerardo Fittkau, para el alemán; el padre Eduardo Heston, de la Santa Cruz, para el inglés; el padre Francisco Bernard, agustino asuncionista, para el francés; el padre Francisco Farusi, jesuita, para el italiano; el padre Pablo Almeida, jesuita, para el portugués; don Esteban Wesoly, para el polaco; don Cipriano Calderón, operario diocesano, para el español.

272 En los periódicos de los últimos días de septiembre y primeros de octubre de 1963 pueden verse abundantes comentarios al discurso del Papa que justifican la referida afirmación.

273 La marcha de la segunda sesión del Concilio puede seguirse a través de los diarios «comunicado» de la Oficina de Prensa. Los comunicados en lengua española fueron publicados por el semanario *Ecclesia.* Los correspondientes a la primera sesión del Concilio han sido recogidos todos por José María Burgos en un volumen editado por la Acción Católica española.

274 El Santo Padre, durante las semanas del Concilio, intervino personalmente, aparte del acto de inauguración y clausura, en la ceremonia mariana celebrada en Santa María la Mayor para conmemorar el primer aniversario del comienzo del Concilio; en el acto celebrado en honor de Juan XXIII y en la conmemoración del cuarto centenario de la fundación de los seminarios.

275 *L'Osservatore Romano,* 15 de abril de 1964.

276 En una audiencia a un grupo de obispos Pablo VI dijo que acababa de oir, y le había

gustado mucho, la intervención tenida en el Concilio por el obispo de Astorga, monseñor Marcelo González, sobre la santidad de los obispos y sacerdotes.

[277] *Relatio quam, in conventu Em.mrum Cardinalium Concilii Praesidentiae Commissionis de negotiis Concilii coordinandis et Moderatorum coram SS. D. N. Paulo Pp. VI in aedibus Vaticanis habito die XV novembris 1963, legit Em.mus card. Jacobus Lercaro Moderator; quaeque aprobata, ex voto Patrum, Patribus omnibus communicatur,* texto distribuido a los padres en una Congregación General.

[278] En la Congregación General del 29 de diciembre el secretario del Concilio, monseñor Felici, leyó a la asamblea un escrito que el comunicado en lengua española resumió así: «El Sumo Pontífice ha decidido que en la sesión pública del día 4 de diciembre se sometan a votación definitiva la Constitución sobre la sagrada Liturgia y el Decreto sobre los medios de comunicación social, textos conciliares aprobados ya en Congregación General. La importancia de esta sesión es, por lo mismo, muy grande y las votaciones que tendrán lugar en ella serán de singular trascendencia. El Concilio sólo hace definiciones dogmáticas relativas a la fe o costumbres cuando lo indica explícitamente. Si no hace una indicación expresa en este sentido lo que declara no es infalible, pero es doctrina del magisterio auténtico de la Iglesia, expuesta de modo auténtico. En caso de definición dogmática esto ha de constar claramente en el texto y, además, se ha de avisar a los padres de que con su voto tratan de definir una verdad. Las decisiones que se van a tomar en la sesión pública del día 4, con la votación de los documentos enunciados, son de carácter disciplinar, pues se trata de textos pastorales que no contienen ninguna definición dogmática. Sin embargo, dada la trascendencia de las votaciones que se van a hacer y de las decisiones que ellas implican, el Sumo Pontífice Pablo VI pide ardientemente a todos los padres que examinen de nuevo con atención el contenido de los textos que van a ser sometidos a votación, que mediten la decisión que han de tomar y que recen mucho estos días para que el Espíritu Santo les ilumine y les sugiera lo que sea para mayor gloria de Dios y bien de las almas».

[279] Véase lo que dice Martín Descalzo en *Un periodista en el Concilio, II etapa,* pág. 431, a propósito de la fórmula con la cual el Papa promulgó los documentos conciliares.

[280] Florentius Romita, *Facultates et privilegia a S. P. Paulo VI episcopis concessa lit. ap. «Pastorale munus». Brevis commentarius cum formulariis,* Desclée, Roma, 1964.

[281] Cfr. mi artículo *Vaticano II: La constitución dogmática sobre la revelación divina,* en *Ecclesia,* 23 de marzo de 1962, págs. 23-26.

[282] Cfr. mis crónicas conciliares publicadas en *Ecclesia* en los meses de enero a junio de 1964.

[283] *Elenchus Schematum Constitutionum, Decretorum, Propositionum et Votii de quibus deliberabitur in Sacrosanto Concilio.* Cfr. *Comunicato del Ufficio Stampa del Concilio Ecuménico Vaticano II,* 27 de junio de 1964.

[284] «El Concilio Vaticano II está cerrando la época que llamamos postridentina. Así, la promulgación de la primera constitución conciliar señala el nacimiento de la nueva época. Nueva no sólo por el camino que se abre a la vida litúrgica del pueblo cristiano, sino también por los numerosos fermentos vitales que se han venido manifestando desde hace tiempo, precisamente en torno al movimiento litúrgico o como fruto del mismo, y que en el Concilio han encontrado ahora su plena confirmación: el sentido ecuménico, una eclesiología más 'sacral' y más sacramental, la presentación de la doctrina en un estilo más ligado a la palabra de la Escritura y de los padres, una espiritualidad moderna enraizada en el misterio de Cristo y una orientación abiertamente pastoral predominante en todas las actividades de la Iglesia... He aquí una serie de aspectos que caracterizan esa amplia renovación provocada por las intensas y movidas tareas del Concilio. Renovación que responde a las exigencias actuales y a la expectación de nuestro tiempo, que es, sin duda, un tiempo nuevo.» Cardenal Lercaro, *La liturgia cristianización del mundo,* en la Colección «Iglesia, siglo XX», «Sígueme», Salamanca, 1964, pág. 17.

8. EL COLEGIO EPISCOPAL

[285] *L'Osservatore Romano,* 28 de marzo de 1964.

[286] Cfr. nota 11. La pastoral del cardenal Montini sobre el Concilio ha sido ya repetidamente

citada en este libro; los textos copiados aquí se encuentran en las páginas 23, 24, 27, 43. En los textos del papa Montini citados en este capítulo la letra cursiva ha sido introducida por mí.

287 El texto sangrado y las palabras citadas entre comillas están tomadas del discurso que el cardenal Montini pronunció el 16 de agosto de 1960 para inaugurar un cursillo sobre el Concilio, organizado por la Universidad Católica de Milán, en *Discorsi sulla Chiesa*, págs. 139-145.

288 Eugène d'Souza, de los misioneros de San Francisco de Sales. Nació en Nagpur, el 15 de noviembre de 1917; fue ordenado de sacerdote el 29 de septiembre de 1944. El 12 de julio de 1951 fue nombrado obispo residencial de Nagpur, diócesis que el 19 de septiembre de 1953 fue elevada a arzobispado. En 1963 fue nombrado arzobispo de Bhopal.

289 Ambos discursos han sido publicados en *Ecclesia*. Véase el número del 2 de noviembre de 1963 y el del 11 de julio de 1964.

290 Cfr. Teodoro Giménez Urresti, *Qué es la colegialidad episcopal*, en *Ecclesia*, 29 de febrero de 1964, págs. 17-20, y Wilhelm Bertrams, S. J., *La Collegialità episcopale*, en *La Civiltà Cattòlica*, I (1964), págs. 809-828.

291 Del discurso *In morte di SS. Giovanni XXIII*; cfr. *Papa Giovanni...*, pág. 105.

292 *Bilancio della seconda sessione*.

293 Cfr. cap. 5: «Nuevos horizontes para la Iglesia», clima pastoral.

294 Cfr. *Anuario Pontificio, 1964*, pág. 1583, «Consiglio generale per l'America latina».

295 Véase en el *Anuario Pontificio, 1964*, pág. 974, la lista de los cardenales que forman la comisión para la revisión del código de Derecho canónico.

296 Cfr. cap. 11: «Los sacerdotes de los tiempos nuevos y su formación»: «Obispos, sacerdotes... seminarios».

9. LA CURIA ROMANA

297 Alocución de Pablo VI a los cardenales prelados y oficiales de la Curia romana: texto italiano en *L'Osservatore Romano*, 22 de septiembre de 1963; traducción española publicada por *Ecclesia*, 28 de septiembre de 1963.

298 Texto tomado de un artículo publicado por monseñor Roberti en el *Album* editado con ocasión del Año Santo de 1950.

299 La palabra «dicasterio», que en griego significa «tribunal», designa genéricamente los organismos de gobierno de la Santa Sede. Cfr. nota al c. 242, *Código de Derecho canónico*, BAC.

300 Niccolò del Re, *La Curia romana, lineamenti storico-iuridici, Storia e Letteratura*, Roma, 1952[2].

301 Cfr. *Romana Curia a beato Pío X sapienti Consilio Reformata*, Romae, apud custodiam librariam pont. Istituti Utriusque Juris, 1951, págs. 13-34.

302 Cfr. *Romana Curia...*, pág. 38.

303 Cfr. *Romana Curia...*, págs. 35-84.

304 Los cardenales que están actualmente al frente de los dicasterios romanos son los siguientes: Alfredo Ottaviani, secretario del Santo Oficio; Carlos Confalonieri, secretario de la Congregación Consistorial; Gustavo Testa, secretario de la Congregación para la Iglesia oriental; Benedicto Aloisi-Masella, prefecto de la Congregación de Sacramentos; Pedro Ciriaci, prefecto de la Congregación del Concilio; Hildebrando Antoniutti, prefecto de la Congregación de Religiosos; Gregorio Pedro Agagianian, prefecto de la Congregación de Propaganda Fide; Arcadio María Larraona, prefecto de la Congregación de Ritos; Eugenio Tisserant, prefecto de la Congregación Ceremonial; Amleto Juan Cicognani, prefecto de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios; José Pizzardo, prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades de Estudio; Pablo Marella, prefecto de la Congregación de la Fábrica de San Pedro; Fernando Cento, penitenciario mayor; Francisco Roberti, prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica; Santiago Luis Copello, canciller de la Santa Iglesia; Pablo Giobbe, datario de Su Santidad; B. Aloisi-Masella, camarlengo de la Santa Iglesia; A. G. Cicognani, secretario de Estado de Su Santidad.

[305] Véase la crónica de esta audiencia en *L'Osservatore Romano,* 22 de septiembre de 1963, que da el elenco de las principales personalidades que asistieron a la misma.

[306] Las citas de los cardenales Léger, Frings y König están tomadas del libro de Mario Gozzini *Concilio aperto,* 1963 [4]. Cfr. mi artículo *Perspectivas para la segunda etapa conciliar,* en *Ecclesia,* 9 de febrero de 1963, pág. 25.

[307] Cfr. *Pensemos en el Concilio,* págs. 37-41. Al final del texto citado el cardenal Montini pone la siguiente nota: «Sobre esta afloración de deseos en torno al Concilio se pueden citar, entre otras, las siguientes publicaciones: *Umfrage zum Koncil,* Herder, Friburgo, i. B. 1961: son ochenta y una opiniones de laicos y de teólogos sobre el Concilio; *Fragen an das Koncil,* Herder, Friburgo, i. B., 1961; Daniel Rops, *Vaticano II, el Concilio de Juan XXIII,* Plaza y Janés, Barcelona, 1962; *Civiltà Cattòlica,* años 1960, 1961, 1962; *Ils attendent le Concile,* en *Témoignage Chrétien,* París, 1961; *Qu'attendons-nous du Concile?,* en *Pensé Catholique,* Bruselas, 1960; *Un concile pour notre temps,* art. de R. Voillaume, *Ce que le monde attend de l'Eglise et du Concile,* Cerf, París, 1961, págs. 29-57; R. Lombardi, S. J., *Concilio, per una riforma nella carità,* Apes, Roma, 1961; Hans Küng, *El concilio y la unión de los cristianos,* Herder, Barcelona, 1962; cfr. también *Il mondo atende la Chiesa,* Studium, Roma, 1957». Sobre el «reformismo católico contemporáneo» ha escrito en español un libro estupendo Ramón Torrella, consiliario nacional de la J. O. C.

[308] Cfr. *Amare Ecclesiam,* en cap. 1.

[309] La cita es de Laurentin, *ob. cit.,* pág. 27, en la cual comenta el discurso del Papa a la Curia.

[310] Cfr. mi artículo *La Iglesia de cara al nuevo decenio 1960-1970,* en *Ecclesia,* 2 de enero de 1960, págs. 20-21.

[311] A principios del año 1962 se hicieron famosas las sugerencias para la reforma de la Curia hechas por el padre Lombardi en su libro *Concilio, per una riforma nella carità,* capítulo sobre la Curia romana.

[312] Cardenal König, *L'Unità della Chiesa e la speranza del mondo,* en *L'Avvenire d'Italia,* 19 de abril de 1964.

[313] Laurentin, *ob. cit.,* pág. 28.

[314] *Romana Curia,* págs. 43, 45.

[315] Cfr. *Ecclesia,* 16 de diciembre de 1961, pág. 28.

[316] Como hemos visto, el cardenal Roberti, aparte de ser un gran jurista, es una de las personas que más a fondo han estudiado la reforma de la Curia realizada por San Pío X.

[317] El Papa terminó su discurso a la Curia invitando a los sacerdotes de la misma a prestar su trabajo apostólico a las tareas pastorales de Roma. Para el gobierno de su diócesis el Santo Padre se sirve del Vicariato. Desde tiempos muy remotos el Sumo Pontífice ha tenido, para el gobierno espiritual de Roma, *Vicari in spiritualibus,* dotados de la dignidad episcopal. Existe un documento del pontificado de Inocencio III —1198— en el que el Papa habla de su «vicario». Figura ésta que se fue delineando luego a través de los siglos hasta que Pablo IV, en el año 1558, la dio carácter jurídico definitivo, señalando sus prerrogativas y decretando que tan alto cargo fuese desempeñado siempre por un cardenal. A partir de entonces ha habido exactamente cuarenta cardenales vicarios o provicarios de Su Santidad. Y en lo que va de siglo se han sucedido los eminentísimos Domingo Jacobini, Pedro Respighi, Basilio Pompili, Francisco Marchetti Selvaggiani, Clemente Micara, nombrado por Pío XII en 1951, y Luis Traglia, a quien Juan XXIII hizo provicario en 1960. La actual organización del vicariato de Roma la decretó San Pío X en 1912 con la constitución apostólica *Etsi nos.* Se compone de cuatro secciones distintas: la primera para el culto divino y la visita apostólica, la segunda para la disciplina del clero y del pueblo cristiano, la tercera para los asuntos judiciales y la cuarta para la administración de los bienes eclesiásticos. Bajo la dirección del cardenal vicario actúa el arzobispo vicegerente, actualmente monseñor Cunial, que tiene también jurisdicción ordinaria vicaria en la diócesis. Los oficiales mayores del vicariato son: el secretario, el provisor y el ecónomo. El sínodo romano prevé una completa reorganización del vicariato que no ha sido aún realizada; probablemente le tocará también llevarla a cabo a Pablo VI.

10. REFORMA DE LA CORTE PONTIFICIA

318 Artículo 10 del Tratado entre la Santa Sede e Italia, del 11 de febrero de 1929: «Los dignatarios de la Iglesia y las personas pertenecientes a la corte pontificia que serán indicadas en una lista a concordar entre las altas partes contrayentes, aun cuando no fuesen ciudadanos del Vaticano, serán siempre y en todo caso, respecto a Italia, exentos del servicio militar, del jurado y de toda prestación de carácter personal». Para la ejecución de este artículo la Santa Sede y el Gobierno del reino de Italia firmaron el 6 de septiembre de 1932 un protocolo en el cual figura el elenco de los dignatarios eclesiásticos y laicos de la corte papal. Cfr. *Patti lateranensi, convenzioni e accordi successivi fra il Vaticano e l'Italia fino al 31 dicembre 1945,* Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1946, págs. 16 y 149-163.

319 En la nota 265 he dado los datos biográficos del cardenal Amleto Cicognani. El datario de Su Santidad, cardenal Paolo Giobbe, nació en Roma el 10 de enero de 1880; fue ordenado de sacerdote el 4 de diciembre de 1904; desde marzo de 1925, fecha en que fue nombrado arzobispo titular de Tolemaide di Tebaide, ha ocupado altos cargos en la diplomacia vaticana. Era internuncio apostólico en Holanda cuando Juan XXIII le creó cardenal en el consistorio del 15 de diciembre de 1958. Sucedió al cardenal Tedeschini en el cargo de detario.

320 El discurso del Papa a la nobleza y al patriciado romano fue publicado por *L'Osservatore Romano* del 15 de enero de 1964; la traducción española se encuentra en *Ecclesia,* 25 de enero de 1964, pág. 13. La alocución de Su Santidad a la guardia noble se encuentra en *L'Osservatore Romano,* 15 de enero de 1964; la traducción española, en *Ecclesia,* 25 de enero de 1964, pág. 16.

321 Cfr. *La Voce del Popolo,* 25 de enero de 1964.

11. LOS SACERDOTES DE LOS NUEVOS TIEMPOS Y SU FORMACION

322 Monseñor Denis Eugène Hurley, de los oblatos de María Inmaculada. Nació en Cape Town el 9 de noviembre de 1915; fue ordenado de sacerdote el 9 de julio de 1939; nombrado obispo el 12 de diciembre de 1946. Es miembro de la Comisión Conciliar de Seminarios.

323 Monseñor Marcelo González Martín. Nació en Villanubla, archidiócesis de Valladolid, el 16 de enero de 1918; fue ordenado de sacerdote el 29 de junio de 1941 y nombrado obispo de Astorga el 31 de diciembre de 1960. El artículo a que me refiero fue publicado primero en *Ecclesia,* 7 de marzo de 1964, con el título *La figura del obispo vista desde el Vaticano II,* y luego en un folleto de PPC —núm. 226—, con el título *Obispos, al día.* Sobre este tema ha hablado también monseñor Narciso Jubany, obispo de Gerona, en una entrevista a la revista *Concilio,* junio de 1964.

324 Del discurso del Papa al episcopado italiano, 15 de abril de 1964.

325 Sagrada Congregación de Seminarios y Estudios Universitarios, *Enchiridion Clericorum, Documenta Ecclesiae sacrorum alummnis instituendis,* Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1938. La Sagrada Congregación está preparando ahora una nueva y moderna edición del *Enchiridion.*

326 La Comisión Conciliar para la Disciplina del Clero y Pueblo Cristiano, después de ser constituida durante el primer período del Concilio, celebró su primera reunión plenaria el 3 de diciembre de 1962 para trazar el calendario y el plan general de trabajo. En febrero de 1963 se reunió de nuevo para examinar los esquemas con las oportunas enmiendas de los padres que le habían sido enviadas de la Secretaría; en esta sesión se preparó un nuevo esquema que fue enviado a la Comisión Coordinadora en el mes de marzo y más tarde a todos los obispos del mundo. El presidente de esta comisión es el cardenal Pedro Ciriaci y entre sus miembros figuran dos prelados españoles: el arzobispo de Oviedo, monseñor Enrique Tarancón, y el obispo de Orense, monseñor Temiño Saiz. El secretario de la comisión es también español, don Alvaro del Portillo, distinguido miembro del Opus Dei.

327 Entre los muchos libros que pueden consultarse en torno a este asunto merecen especial atención las encuestas realizadas por Jorge y Ramón María Sans Vila, *Cómo ve usted al sacerdote, qué espera de él,* «Sígueme», Salamanca, 1960 [2]; *Por qué me hice sacerdote,* «Sígueme», Salaman-

ca, 1963 [3]. Véase, en *Ecclesia,* 14 de marzo de 1964, el artículo *El Concilio y los sacerdotes,* escrito por el obispo de Cádiz, monseñor Antonio Añoveros, que tanto se interesó en el aula ecuménica por los temas teológicos y pastorales referentes a los presbíteros.

[328] Cardenal Montini, *Discorsi al clero,* Milán, 1964.

[329] El famoso decreto tridentino con el cual se crearon los seminarios fue aprobado el 15 de julio de 1563. Para conmemorar el acontecimiento la Sagrada Congregación de Seminarios publicó un hermoso volumen con el elenco completo de todos los seminarios del mundo. En los últimos meses del pasado año 1963, en Roma y en muchas otras diócesis de diversas naciones, se conmemoró con actos solemnes el cuarto centenario de la fundación de los seminarios. Discursos, artículos, academias e iniciativas de carácter divulgador suscitaron con este motivo en torno a los centros de formación sacerdotal cierto interés por parte de todos. El eco, no siempre entusiasta, producido por el acontecimiento ha dado mayor actualidad a uno de los más graves problemas que la rápida evolución del mundo moderno ha planteado a la Iglesia de nuestro tiempo: la adecuada formación de los futuros sacerdotes. No sé si a la hora de recordar el acontecimiento todos los que han hablado y escrito sobre este tema han adoptado la misma posición del cardenal Suenens. El primado de Bélgica, en una conferencia que dio en el Centro de los Obispos Africanos, creado en Roma con ocasión del Concilio, una tarde del mes de octubre de 1963, hablando sobre el panorama de la Iglesia actual, se refirió a los colegios de formación sacerdotal con estas palabras: «Me parece que el mejor homenaje que podemos hacer al Concilio de Trento, al celebrar el cuarto centenario del decreto sobre la fundación de los seminarios, es el de reconocer las muchas cosas que han cambiado en estos cuatrocientos años. No para caminar en sentido contrario, sino para completar y avanzar...».

En *L'Osservatore Romano* de los días 3, 4 y 5 de noviembre de 1964 puede verse la crónica de los actos conmemorativos celebrados en Roma con ocasión del cuarto centenario de la fundación de los seminarios. A la Ciudad Eterna acudió una nutrida peregrinación de seminaristas españoles y otras naciones. El Papa les recibió en audiencia y les dirigió el hermoso discurso que citamos en este capítulo.

Con ocasión de este centenario se han publicado numerosos estudios sobre el famoso decreto tridentino.

[330] *Schemata constitutionum et decretorum de quibus disceptabitur in Concilii sesionibus, Schema de Sacrorum Alumnis Formandis* (sub secreto), Tipografía Políglota Vaticana, Vaticano, 1963. La Comisión Conciliar de Seminarios, Estudios y Educación Católica está presidida por el cardenal Pizzardo y de ella forman parte dos prelados españoles: el arzobispo de Valencia, monseñor Olaechea Loizaga, y el de Barcelona, monseñor Modrego y Casaús; entre los peritos agregados a esta comisión figuran: el director general de los Operarios Diocesanos, reverendísimo don Vicente Lores Palau, y el secretario general de dicho instituto, don Germán Mártil.

[331] Cfr. *Yunque,* enero-febrero de 1964, pág. 21: Monseñor Ancel, en una entrevista concedida a esta revista, dice: «Según Juan XXIII y Pablo VI, en el Concilio no se deben estudiar las cuestiones ya estudiadas. Juan XXIII decía con cierto humor: 'No es necesario molestar a los obispos del mundo entero para que vengan a repetir lo que ya saben'».

[332] En España tenemos dos historiadores, Luis Sala Balús y Francisco Hernández, operarios diocesanos, profesores de la Universidad de Salamanca, que trabajan intensamente preparando la *Historia de los Seminarios,* y que han publicado ya numerosos trabajos sobre este tema.

[333] *The Christian Century, and Ecumenical Weekly,* 24 de abril de 1963. Cfr. *Il Regno,* febrero de 1964.

[334] Es mucho lo que se ha escrito sobre seminarios, principalmente a partir de la publicación de la *Menti nostra* aparecida en 1950. Especial atención merece el libro de Germán Mártil, *Los seminarios hoy. Problemas de formación sacerdotal,* «Sígueme», Salamanca, 1958 [2]. En España los sacerdotes operarios publican la prestigiosa revista *Seminarios,* que lleva ya diez años de existencia.

[335] La carta apostólica apareció en *L'Osservatore Romano* del 4 de noviembre de 1963. La traducción española puede verse en *Ecclesia,* 23 de noviembre de 1963, pág. 5.

[336] El citado artículo de monseñor Colombo, titulado *Il sacerdote di oggi, comme il cardinale Montini vuole i suoi preti perchè corrispondano alle attese del mondo moderno,* está publicado en

la citada revista *Il nostro cardinale*. Monseñor Colombo le ha puesto ahora como prólogo al libro ya citado *Discorsi al clero*.

[337] La traducción española de todos los discursos citados está publicada en *Ecclesia*. El discurso al Colegio Español está inédito.

[338] La cita del cardenal Suenens está tomada de la conferencia a que me he referido en la nota 329. La cita de monseñor Hurley está tomada de su artículo «Caridad cristiana y libertad apostólica», publicado en la revista *Seminarios*, 9 (1963), págs. 425-432. La del cardenal Lercaro, de una alocución dirigida a sus sacerdotes. El cardenal Suenens habla ampliamente sobre la formación pastoral de los futuros sacerdotes en su famoso libro *La Iglesia en estado de misión*, que tiene prólogo de monseñor Montini. Monseñor Hurley se interesa mucho por los problemas relativos a una moderna formación del clero; a la Comisión Conciliar de Seminarios presentó un esquema muy original e interesante, en el cual todo el problema de la formación sacerdotal se plantea de una forma nueva bajo un aspecto muy en consonancia con la línea pastoral del Concilio. En la conmemoración solemne de la fundación de los seminarios, que tuvo lugar en la basílica vaticana, el cardenal Wyszynski pronunció un estupendo discurso en el que se encuentran ideas magníficas para los nuevos métodos de formación sacerdotal; el texto de este discurso ha sido publicado en la revista *Seminarios*, 9 (1963), págs. 603-627.

12. LA HORA DE LOS LAICOS

[339] Mensaje de Pablo VI a España en la clausura del año paulino, 25 de enero de 1964; texto, en *Ecclesia*, 1 de febrero de 1964, pág. 5.

[340] Cfr. entrevista de monseñor Ancel a la revista *Yunque*, enero-febrero de 1964.

[341] *Pablo VI y el apostolado seglar (desde el principio de su pontificado, junio de 1963, a febrero de 1964)*, Acción Católica, Madrid, 1964. *L'Azione Cattòlica nella parola di SS. Paolo VI*, Sales, Roma, 1963. Cfr. la revista *Iniziativa*, de la Acción Católica italiana, junio de 1964, número especial dedicado a *L'Azione cattòlica nell magistero di Paolo VI*.

[342] Cfr. *Montini, Papa*, cap. 24: «Mensaje del cardenal Montini al mundo moderno».

[343] *Pensemos en el Concilio*, pág. 45. El texto del Papa sobre los laicos, citado anteriormente, está tomado del discurso a los graduados católicos; cfr. *Pablo VI y el apostolado....*, páginas 83 y sigs.

[344] Cfr. *Comunicados de la Oficina de Prensa del Concilio*, 16-25 de octubre de 1963. Doy a continuación los datos biográficos de los obispos citados en el texto:

— Monseñor H. H. Wittler. Nació en Osnabrück, el 28 de septiembre de 1913; fue ordenado de sacerdote el 30 de octubre de 1938 y nombrado obispo de su ciudad el 27 de julio de 1957.

— Cardenal José María Bueno y Monreal. Nació en Zaragoza, de 11 de septiembre de 1904; fue ordenado de sacerdote el 19 de marzo de 1927; el 1 de diciembre de 1945 fue nombrado obispo de Jaca; en mayo de 1950 pasó a regir la diócesis de Vitoria; en octubre de 1954 fue nombrado arzobispo titular de Antioquía de Pisidia y coadjutor de Sevilla; sucedió en esta sede al cardenal Segura, el 8 de abril de 1957, y fue creado cardenal por Juan XXIII el 15 de diciembre de 1958; con ocasión del Día de la Acción Católica publicó una carta pastoral sobre este tema, de la cual puede verse un extracto en *Ecclesia*, 16 de mayo de 1964, pág. 17.

— Monseñor Arturo Tabera Araoz, de los misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de María. Nació en El Barco de Avila, el 29 de octubre de 1903; fue ordenado de sacerdote el 22 de diciembre de 1928 y nombrado obispo el 16 de febrero de 1946; rigió primero la diócesis de Barbastro, de donde pasó luego a Albacete en mayo de 1950.

— Monseñor Pablo Barrachina Esteban. Nació en Jérica, diócesis de Segorbe, el 31 de octubre de 1912; fue ordenado de sacerdote el 13 de julio de 1941 y nombrado obispo de Orihuela-Alicante el 3 de abril de 1954.

— Monseñor Juan Hervás y Benet. Nació en Puzol, archidiócesis de Valencia, el 30 de noviembre de 1905; fue ordenado de sacerdote el 17 de junio de 1929 y nombrado obispo titular de Alinda el 13 de enero de 1944; fue auxiliar de Valencia y luego coadjutor, con derecho a sucesión, de Mallorca, pasando a ser obispo de dicha diócesis el 22 de diciembre de 1947; en marzo de 1955 fue nombrado obispo titular de Dora y prelado *nullius* de Ciudad Real.

— Monseñor Casimiro Morcillo González. Nació en Soto del Real, diócesis de Madrid, el 29 de enero de 1904; fue ordenado de sacerdote el 18 de diciembre de 1926 y nombrado obispo titular de Agatopoli y auxiliar de Madrid el 25 de enero de 1943; en mayo de 1950 fue designado obispo de Bilbao y en septiembre de 1955 arzobispo de Zaragoza, de donde pasó a regir la recién creada archidiócesis de Madrid, en mayo de 1964; su pastoral *Los seglares y el Concilio* está publicada en su libro *Concilio en el siglo XX,* Estela, Barcelona, 1962.

— Monseñor Vicente Enrique y Tarancón. Nació en Burriana, el 14 de mayo de 1907; fue ordenado de sacerdote el 1 de noviembre de 1929 y nombrado obispo de Solsona el 25 de noviembre de 1945; ha sido secretario del episcopado español y tiene escritos numerosos libros, en los que aborda con gran valentía el tema del laicado católico; actualmente es arzobispo de Oviedo.

— Monseñor Rafael González Moralejo. Nació en Valencia, el 19 de mayo de 1908; fue ordenado de sacerdote el 29 de junio de 1945; el 25 de febrero de 1958 fue nombrado obispo titular de Dárdano y auxiliar de Valencia.

— Monseñor Manuel Fernández-Conde. Nació en Puertollano (Ciudad Real), el 8 de septiembre de 1909; fue ordenado de sacerdote el 17 de marzo de 1934; nombrado obispo de Córdoba el 2 de febrero de 1959; trabajó muchos años en la Secretaría de Estado de Su Santidad; la agencia Prensa Asociada difundió en su *Boletín* del 14 de mayo de 1964 un artículo de monseñor Fernández Conde sobre Pablo VI y la Acción Católica.

— Monseñor Pedro Cantero Cuadrado. Nació en Carrión de los Condes, el 23 de febrero de 1902; fue ordenado de sacerdote el 22 de marzo de 1926; nombrado obispo de Barbastro el 22 de diciembre de 1951 y de Huelva el 23 de octubre de 1953; actualmente es arzobispo de Zaragoza.

[345] Durante el debate dedicado al esquema sobre los medios de comunicación social en la última semana de noviembre de 1962 intervino un buen grupo de obispos españoles, y fue precisamente uno de ellos, monseñor Juan Pedro Zarranz y Pueyo, obispo de Plasencia, el que cerró el debate sobre este tema en la Congregación General del 26 de noviembre; cfr. *Calendario del Concilio,* en *Ecclesia,* 8 de diciembre de 1962, pág. 29.

[346] En la fase preparatoria del Concilio había una Comisión para el Apostolado de los Laicos y un Secretariado para la Prensa y Espectáculos. Al comenzar el Concilio estos dos organismos fueron refundidos en uno solo, que se llamó Comisión del Apostolado de los Laicos, Prensa y Espectáculos.

[347] *Rivista Diocesana Milanese* (1958), págs. 86-88.

[348] Cfr. *Pablo VI y el apostolado...,* págs. V-VIII. El texto de monseñor Riberi está tomado de su artículo publicado en *Ecclesia,* 16 de mayo de 1964, pág. 20, con el título *Ante el Día Nacional de la Acción Católica.*

13. LA IGLESIA DE LOS POBRES

[349] *Discorsi e radiomessaggi di Giovanni XXIII,* t. VI, pág. 524. El *Diario de Juan XXIII* nos da magníficos testimonios del amor que este Papa tenía a la pobreza.

[350] Yves M.-J. Congar dedica al cardenal Lercaro su libro *El servicio y la pobreza en la Iglesia,* trad. española de Pedro Danell, Estela, Barcelona, 1964. El texto de la intervención del cardenal Lercaro que sirve de base a este capítulo ha sido muy difundido; puede verse completo en Ceriani, *ob. cit.,* pág. 454.

[351] Pierre Gerlier. Nació en Versalles el 14 de enero de 1880; fue ordenado de sacerdote el 29 de julio de 1921; nombrado obispo de Tarbes y Lourdes el 14 de mayo de 1929; el 30 de julio de 1937 fue nombrado arzobispo de Lyón y Pío XI le hizo cardenal en el consistorio del 13 de diciembre de 1937. Su testimonio está tomado de *Equipes Enseignentes,* número especial, segundo trimestre, 1962-1963, pág. 89.

—Monseñor Alfred Ancel. Nació en Lyón, el 22 de octubre de 1898; fue ordenado de sacerdote el 8 de julio de 1923 y nombrado obispo titular de Mirina y auxiliar de Lyón el 17 de febrero de 1947. Su testimonio está tomado de la citada revista *Yunque,* enero-febrero, página 20.

— Maximos IV Saigh, de la Sociedad de los Misioneros de San Pablo. Nació en Aleppo, el 10 de abril de 1878; ordenado de sacerdote el 17 de septiembre de 1905; nombrado obispo de Tyr el 30 de agosto de 1919, trasladado a Beirut el 30 de agosto de 1933, fue elegido patriarca de Antioquía de los melquitas el 30 de octubre de 1947. Su testimonio está tomado de *Equipos Enseignantes,* número especial, segundo semestre, 1962-1963, pág. 87.

— Georges Hakim. Nació en Tantah, patriarcado de Alejandría de los melquitas, el 18 de mayo de 1908; fue ordenado de sacerdote el 20 de julio de 1930 y el 13 de marzo de 1943 fue nombrado obispo de Akka. En el Concilio habló varias veces sobre el tema de la pobreza.

— Juan José Iriarte. Nació en Buenos Aires, el 13 de diciembre de 1913; fue ordenado de sacerdote el 20 de septiembre de 1947 y nombrado obispo de Reconquista el 23 de octubre de 1957. Su testimonio está tomado de *Le Monde,* 1 de junio de 1963.

— Gregorio B. Varghese Thangalathil, de la Congregación de la Imitación de Cristo. Nació en Kalooppara, diócesis de Tiruvalla, el 1 de febrero de 1916; ordenado de sacerdote el 24 de agosto de 1944 y nombrado obispo el 25 de octubre de 1952.

— Tulio Botero Salazar, de la Congregación de la Misión. Nació en Manizales, el 9 de marzo de 1904; ordenado de sacerdote el 19 de diciembre de 1931 y nombrado obispo titular de Mérida el 7 de mayo de 1949; en mayo de 1952 fue trasladado a la diócesis de Zipaquirá y de allí al arzobispado de Medellín, en diciembre de 1957.

— Helder Pessôa Câmara. Nació en Fortaleza, el 7 de febrero de 1909. Fue ordenado de sacerdote el 15 de agosto de 1931 y el 3 de marzo de 1952 nombrado obispo auxiliar de Río de Janeiro, siendo promovido arzobispo titular de Salde en abril de 1955. Pablo VI le ha nombrado este año arzobispo de Olinda y Recife, que es una de las archidiócesis más importantes y más pobres del Brasil.

— Cardenal Richard James Cushing. Nació en Boston, el 24 de agosto de 1895; ordenado de sacerdote el 26 de mayo de 1921 y nombrado obispo titular de Mela y auxiliar de Boston en 1939. Pío XII le nombró, en septiembre de 1944, arzobispo de Boston y Juan XXIII le agregó al Sacro Colegio en el consistorio de diciembre de 1958. Es uno de los cardenales más famosos de la Iglesia.

— Cardenal Laurean Rugambwa. Nació en Bukongo, diócesis de Bukoba, el 12 de julio de 1912; ordenado de sacerdote el 12 de diciembre de 1943 y nombrado obispo el 13 de diciembre de 1951. Rigió la diócesis de Rutabo; Juan XXIII le hizo cardenal en el consistorio del 28 de marzo de 1960 y le trasladó a la diócesis de Bukoba el 21 de junio del mismo año. Ha sido el primer miembro africano del Sacro Colegio.

— Cardenal Paul Emile Léger, sulpiciano. Nació en Valleyfield, el 26 de abril de 1904; ordenado de sacerdote el 25 de mayo de 1929 y nombrado arzobispo de Montreal el 25 de marzo de 1950. Pío XII le creó cardenal en el consistorio del 12 de enero de 1953.

— Valerian Gracias. Nació en Karachi, el 23 de octubre de 1900; ordenado de sacerdote el 3 de octubre de 1926 y nombrado obispo auxiliar de Bombay el 16 de mayo de 1946. Pío XII, en diciembre de 1950, le nombró arzobispo de la citada sede y creó cardenal en el consistorio de enero de 1953. Es el primer cardenal indio que ha habido en el Sacro Colegio.

— Monseñor Morcillo hizo su entrada en la archidiócesis de Madrid el 9 de mayo de 1964. El testo citado está tomado del discurso que pronunció en la catedral; cfr. *Ecclesia,* 16 de mayo de 1964, pág. 22.

[352] La pastoral del cardenal Montini sobre «el cristianismo y el bienestar social» está presentada en español por la Colección «Iglesia, siglo XX». Los otros dos textos citados del cardenal Montini están tomados de su discurso *I sacerdoti e il Concilio Ecumenico,* pronunciado en Varese el 6 de febrero de 1963, en *Discorsi al clero,* pág. 214.

[353] Para la citada intervención del cardenal Léger en el Concilio véase el comunicado de la oficina de prensa, y lo mismo para la intervención de monseñor Frane Franic, obispo de Split desde 1960; éste nació el 29 de diciembre de 1912; ordenado de sacerdote el 25 de diciembre de 1936 y nombrado obispo titular de Agatopoli en septiembre de 1950.

—Georges Mercier, de los Misioneros de Africa. Nació en Karignan, archidiócesis de Reims, el 1 de agosto de 1902; ordenado de sacerdote el 2 de febrero de 1928; es obispo desde junio de 1948 y rige la diócesis de Laghouat (Argel) desde septiembre de 1955. Su testimonio está tomado de la citada revista *Equipes Enseignantes,* número especial, segundo semestre, 1962-1963, págs. 89-90.

[354] Gérard Huyghe. Nació en Fives-Lille, el 31 de agosto de 1909; ordenado de sacerdote el

29 de junio de 1933 y nombrado obispo de Arras el 15 de diciembre de 1961. Su testimonio está tomado de *Documentation Catholique,* 3 de marzo de 1963, cols. 323-324.

[355] El testimonio del cardenal Liénart está tomado de *Le Monde,* 12-13 de mayo de 1963.

14. PRESENCIA Y ACCION DE LA IGLESIA EN EL MUNDO MODERNO

[356] Cfr. *La Rocca,* 15 de febrero de 1964, pág. 23.

[357] Al esquema sobre la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo se le ha venido llamando «esquema 17» porque ocupaba este lugar en el elenco de las constituciones y decretos que se hizo después de la primera sesión del Concilio; ahora no se le puede llamar así porque en el nuevo elenco ocupa el número 13. Para completar los datos sobre la historia de este esquema puede verse mi artículo *Vaticano II: Presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno,* en *Ecclesia,* 25 de mayo de 1963, págs. 25-28.

— Doy ahora los datos biográficos de los miembros de la subcomisión mixta nombrada para la preparación del esquema citado:

— Emilio Guano. Nació en Génova, el 16 de agosto de 1900; ordenado de sacerdote el 23 de diciembre de 1922 y nombrado obispo de Livorno el 27 de abril de 1962; es uno de los obispos más abiertos y prestigiosos del episcopado italiano.

— Los datos de monseñor Ancel figuran en la nota 351.

— John Joseph Wright. Nació en Dorchester, archidiócesis de Boston, el 18 de julio de 1909; ordenado de sacerdote el 8 de diciembre de 1935; nombrado obispo titular de Egge el 10 de mayo de 1947; en enero de 1950 fue trasladado a Worcester y desde enero de 1959 rige la diócesis de Pittsburgh.

— Joseph Blomjous, de los Misioneros de Africa. Nació en Oisterwijk, diócesis de 's-Hertogenbosch, el 10 de febrero de 1908; ordenado de sacerdote el 29 de junio de 1934 y nombrado obispo titular de Bubasti el 13 de junio de 1946, y rige la diócesis de Mwanza (Tanganyka) desde marzo de 1953.

— Joseph Schröffer. Nació en Ingolstadt, diócesis de Eighstätt, el 20 de febrero de 1903; ordenado de sacerdote el 28 de octubre de 1928 y el 23 de julio de 1948 nombrado obispo de Eighstätt.

— Franz Hengsdach. Nació en Velmede, archidiócesis de Paderborn, el 10 de septiembre de 1910; ordenado de sacerdote el 13 de marzo de 1937 y nombrado obispo titular de Tantano el 20 de agosto de 1953; desde noviembre de 1957 rige la diócesis de Essen.

— Jacques Eugène Louis Ménager. Nació en Anor, archidiócesis de Cambray, el 27 de junio de 1912; ordenado de sacerdote el 29 de junio de 1936 y nombrado obispo titular de Antioquía Menor el 23 de junio de 1955; desde el 7 de diciembre de 1961 rige la diócesis de Meaux.

— Los datos biográficos de monseñor McGrath los he dado en otra nota.

[358] Las citadas declaraciones de monseñor Guano sobre el esquema 17 fueron publicadas en la revista *Orientierung,* en marzo de 1964, y fueron reproducidas por *La Croix.*

[359] *La Croix,* 3 de junio de 1964. Interviú concedido por monseñor Ancel a Pierre Gallay.

[360] Véase, en *Informations Catholiques Internationales,* 7 de mayo de 1964, el artículo del padre François Hourtart, director del Centro de Investigaciones Sociológicas de Bruselas, respecto a lo que se espera del esquema sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo. Véase el interesante libro *Il mondo attende la Chiesa,* Studium, Roma, 1957, donde hay artículos de Adenauer, Baur, Blyth, Chank, Corçao, Dawson, D'Ormesson, Folliet, Klompe, La Pira, López-Ibor, Marshall, Meany, Mutara III, Scheyven, Severy, Stern, Tanaka, Veronese, Von Le Fort, Wu.

[361] Del discurso *La misione della Chiesa* al Segundo Congreso Mundial del Apostolado para los Laicos, Roma, octubre de 1957, en *Discorsi sulla Chiesa,* págs. 39-40.

[362] Algunos han llamado a la constitución sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo el «esquema del humanismo cristiano». Se podría citar aquí el famoso libro de Maritain, *Humaniisme Intégral. Problèmes temporals et spirituels d'un nouvelle Cretiénté,* Aubier, París, 1936.

[363] Cfr. *Pablo VI llama al diálogo,* selección de textos de Pablo VI con una presentación

antológica por el consiliario de la Junta Nacional de la Acción Católica española, Miguel Benzo, Acción Católica, Madrid, 1964.

[364] El texto italiano del mensaje pascual de Pablo VI fue publicado en *L'Osservatore Romano,* 1 de febrero de 1964; la traducción española se encuentra en *Ecclesia,* 11 de abril de 1964, página 5.

[365] Sobre el sentido religioso en el mundo moderno tiene escrita el cardenal Montini una estupenda pastoral, que ha sido presentada en español por la Colección «Iglesia, siglo XX», «Sígueme», Salamanca.

[366] Véase el artículo del padre Jesús Iturrioz, *Ante la próxima III sesión del Concilio Vaticano II,* en *Razón y Fe,* julio-agosto de 1964, pág. 81.

[367] Véanse los libros ya citados del cardenal Suenens, y véase también, en *Testimonienze,* noviembre-diciembre de 1963, *La Chiesa di fronte all'evoluzione del mondo moderno.*

[368] Casimiro Morcillo, *Concilio en el siglo XX,* «Sígueme», Salamanca, 1962; en la Colección «Iglesia, siglo XX», núm. 3.

[369] *Lettere dal Concilio,* pág. 30.

[370] Cfr. *Montini, Papa,* cap. 24: «Mensaje del cardenal Montini al mundo moderno».

15. PABLO VI INICIA SU VISITA PASTORAL POR LOS CAMINOS DEL MUNDO: EL VIAJE A PALESTINA

[371] *Diocesi di Milano,* diciembre de 1962; amplio artículo informativo sobre el viaje del cardenal Montini por Africa, escrito por don Pascuale Macchi, secretario particular del cardenal, que acompañó a su eminencia en este histórico viaje por el continente negro. En *Montini, Papa,* en la lámina colocada frente a la página 280, puede verse el mapa con el itinerario que siguió el futuro Papa en este viaje: Rhodesia, Sudáfrica, Nigeria, Ghana... En Sudáfrica visitó Johannesburg y Pretoria, entrando hasta los barrios negros del *Apartheid,* mezclándose entre la gente de color y oficiando en la bendición de la primera piedra de una iglesia para los negros. Su viaje por los Estados Unidos comenzó por Nueva York y siguió luego por el Estado de Indiana; en la Universidad católica de Notre-Dame recibió el doctorado *honoris causa* en Derecho, juntamente con el presidente Eisenhower. Pasó luego por Chicago, Filadelfia, Washington, Baltimore y Boston; tocó las islas Bahama y Trinidad, saltando luego a Brasilia. Después de visitar São Paulo recibió, en la Universidad de Río de Janeiro, el doctorado *honoris causa* en Ciencias sociales. Vía Recife, Dakar, Lisboa, Zurich, regresó luego a Milán.

[372] La prensa ha fantaseado no poco con los futuros viajes del Papa, si bien sus noticias se fundaban siempre en algunos indicios o informaciones reales. Así se sabe que el cardenal Gracias invitó a Pablo VI, apenas elegido Sumo Pontífice, a ir a Bombay para el Congreso Eucarístico Internacional que tendrá lugar a finales de noviembre de 1964. El arzobispo de Cebú, monseñor Julio Rosales, declaró en el mes de mayo (cfr. *Ya,* 14 de mayo de 1964, pág. 1) que Pablo VI visitará el próximo año Filipinas para asistir a las conmemoraciones del cuatrocientos aniversario del comienzo de la predicación del cristianismo. De Pío XII y de Juan XXIII se sabe que quisieron visitar Lourdes; por eso no sería extraño que lo hiciera el actual Papa. El cardenal de Santiago de Compostela, doctor Quiroga y Palacios, ha invitado a Pablo VI a visitar la ciudad del Apóstol. Poco después de la elección del actual Pontífice el nuncio apostólico en Brasil, ya fallecido, monseñor Lombardi, declaró a la prensa que este Papa visitaría Latinoamérica. El presidente Jhonson le ha invitado oficialmente a ir a los Estados Unidos. Los africanos le verían de nuevo con inmensa alegría en sus tierras prometedoras. Las invitaciones oficiales, o sin carácter oficial, que el Papa ha recibido ya para futuras visitas a los diversos continentes son muy numerosas.

[373] La noticia de un posible viaje del papa Pío XII a Alemania y Polonia en el verano de 1939, para mediar personalmente con miras a evitar la guerra mundial, la dio, en agosto del citado año, el *Manchester Guardian* y *L'Osservatore Romano* se refirió a ella sin desmentirla. También Giovannetti, en su citado libro *El Vaticano y la guerra,* la recoge.

[374] El arzobispo, prelado *nullius* de Pompei, me contó personalmente que Juan XXIII tenía

planeado ir al santuario de Pompei a finales de mayo de 1963 y que se lo impidió su última enfermedad. También es sabido que planeaba un viaje a Montecassino y que había hablado ya con el cardenal Montini para una posible visita a Milán y Bérgamo. Juan XXIII soñó también en un posible viaje a Tierra Santa.

375 Fui a Palestina como «enviado especial» de *Ecclesia* y publiqué una serie de crónicas en la citada revista durante el mes de enero.

376 A partir del anuncio oficial que el Papa hizo de su viaje a Palestina, en su discurso de clausura del Concilio, habló numerosas veces de este asunto en sus alocuciones de diciembre de 1963 y primeros días de enero de 1964. Pueden verse los textos en *Ecclesia*.

377 Atenágoras I (Aristocle Spyrou). Nació en marzo de 1886 en Vassilikon (Epiro). En 1922 fue consagrado obispo y elegido metropolita de Corfú. Desde 1931 hasta 1948 estuvo al frente de las archidiócesis ortodoxas de las Américas, con residencia en Nueva York, fomentando la buena convivencia entre las comunidades cristianas y distinguiéndose por sus afanes acuménicos. En 1948 el santo sínodo de Constantinopla le eligió Patriarca ecuménico y desde entonces ha venido dedicando todos sus esfuerzos, su prestigio y sus afanes a la causa de la unión, buscando siempre un coloquio directo con la Santa Sede. Saludó con gran entusiasmo la elección de Juan XXIII y miró con vivo interés la convocación y desarrollo del Concilio Ecuménico. En los últimos años, con sus gestos y palabras, ha dado grandes pasos hacia la unión. Vio con suma alegría la elección de Pablo VI, y ambos patriarcas —el de Occidente, Sumo Pontífice, y el de Oriente— han iniciado un coloquio providencial, abriendo grandes horizontes a la cristiandad.

378 Cfr. el capítulo sobre la presencia y acción de la Iglesia en el mundo moderno.

379 Cfr. el artículo de F. Mauriac, en *Paris Match*, 5 de enero de 1964.

380 Sobre el viaje de Pablo VI a Palestina se ha escrito mucho. Infinidad de artículos y números especiales de revistas en un primer momento; luego, abundantes libros, entre los que se pueden indicar los siguientes: *Pietro ritorna*, hermoso álbum con fotografías y narraciones, editado por la Custodia de Tierra Santa, Jerusalén-Milán, 1964; *Papa Paolo VI in Terra Santa*, un álbum fotográfico editado por Bunte Ilustrieter, Offenburg-Baden, 1964; L. Roger, *Volo AZ-1820, Libro illustrato del Pellegrinaggio Papale in Terra Santa*, Messaggero, Padua, 1964; *Il Papa in Terra Santa*, La Locusta, Vicenza, 1964; *Paolo VI, Pellegrino dell'Unità*, en *Testimonianze*, enero-febrero de 1964; Gabriel Carrara, *Fioretti in Terra Santa*, Coletti, Roma, 1964; Arturo D'Onofrio, *Paolo VI nella Terra di Gesù Pellegrino di Pace*, Ler, Nápoles, 1964 [2]; Nazareno Fabretti, *Paolo VI, Pellegrino Ecuménico*, Borla, Turín, 1964; Wenger-Gallay-Munsch, *Paul VI pélerinage*, Centurión, París, 1964; Toulat, *Avec Paul VI en Terre Sainte*, Fleurus, París, 1964; *Pélerinage de S. S. Paul VI en Terre Sainte*, número especial de la revista libanesa *Ach-chirah*, marzo de 1964.

Indice de nombres

No figuran en este índice el nombre de Pablo VI ni el de Juan Bautista Montini, ya que en todas las páginas se habla del Papa. La primera serie de números corresponde a la página (p); la segunda, a las notas (n) colocadas todas al final del libro.

Indice de láminas

INDICE

GENERAL DE MATERIAS

Páginas

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR
EL DIA 14 DE AGOSTO DE 1964 EN
LOS TALLERES TIPOGRAFICOS SU-
CESORES DE RIVADENEYRA. MADRID

